

HISTORIA DE FELIPE SEGUNDO.



1866

HISTORIA

DEL REINADO

DE FELIPE SEGUNDO,

REY DE ESPAÑA.

ESCRITA EN INGLÉS POR GUILLERMO H. PRESCOTT,

Y TRADUCIDA CON ADICIONES Y NOTAS,

POR D. CAYETANO ROSELL.

TOMO I.

MADRID: 1866.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

PROLOGO DEL TRADUCTOR.

La historia de Felipe Segundo puede considerarse como la general de Europa en la segunda mitad del siglo décimo sexto. Fecundo en hombres insignes, copioso y vario en acaecimientos, memorable por sus discordias y por la sangrienta pertinacia con que se mantuvieron principios é intereses tan encontrados, con razon ha merecido aquel período, y sigue mereciendo hoy dia la preferencia de cuantos se dedican á los estudios históricos y políticos.

Mas con ser tantas en número, y por su autoridad tan inestimables, la mayor parte de las memorias que se conservan de aquel reinado, apenas se conoce escritor alguno que fiel intérprete de los hechos de la razon y de la justicia, haya acertado á explicar imparcialmente su verdadera historia. Con las alabanzas de los propios, alternan las censuras de los extraños: de Francia

y de Inglaterra, de Flándes y de Alemania, de nuestras mismas provincias, de cuantos estados, en fin, sintieron un día el pesado cetro de la dominacion austriaca, se alza un clamor general para reprobear la desacertada política del monarca que mereció á sus vasallos el renombre de *Prudente*. Tiempo es ya de que la historia dirima esta competencia, dando en rostro con sus calumnias á los adversarios, ó con sus lisonjas á los panegiristas: diciendo de parte de quién estuvo la agresion, y hasta qué punto fué inevitable y justa la resistencia; sobreponiéndose á consideraciones vulgares y mezquinos intereses de los partidos: juzgando, en suma, al político por el espíritu de su época, al rey por los sentimientos de su pueblo, y al hombre por el amor y respeto de su familia.

Digna y aun exclusiva era esta empresa de una pluma española, imitadora del gran Mariana ó dichosa rival del profundo Melo; tanto mas, quanto que ni puede ya cegarnos el antiguo patriotismo, de que vivimos tan apartados, ni la actual generacion propende á abogar por la fama de sus mayores. Pero ¿qué estímulo hay para tales estudios en España, ni qué recompensa cabe á tan ímprobos tareas?

Un autor estrangero, el norte-americano Prescott, conocido y aun célebre entre nosotros por sus historias de la Conquista del Perú y de Méjico, y por la de los Reyes Católicos, acaba de dar á luz en Lóndres los dos primeros volúmenes de la de Felipe Segundo, á los que seguirá en breve la publicacion de los restantes. La innumerable copia de documentos que ha obtenido de

los archivos mas importantes de Europa, su infatigable diligencia en reunir cuantos autores le han precedido y cuantos materiales y datos hacian á su propósito, su grande erudicion, recto juicio y maravillosa aptitud para este género de investigaciones, hacen presumir, que al tenor de la muestra que ofrece en los dos tomos mencionados, la historia de Felipe Segundo aventajará, si es posible, á las que anteriormente le han granjeado tan alta reputacion.

Confesamos ingénuamente el sentimiento que nos cuesta tener que agradecer á los extrangeros el afan con que cultivan la historia de nuestra patria; mas no por eso hemos de menospreciar su mérito, ni desconocer el eminente servicio que prestan á nuestra literatura; antes debemos aprovecharnos de sus escritos, y contribuir cuanto nos fuera dable á difundirlos y generalizarlos entre nosotros.

Con este fin nos hemos propuesto dar á luz la traduccion á nuestro idioma de la importante obra de Prescott, procediendo en ella con todo esmero y fidelidad, compulsando escrupulosamente los documentos á que se refiere, restableciendo la frase genuina de los textos que á cada paso intercala en su narracion, pero traducidos á su lengua, y conservando las innumerables notas y extractos que embellecen sus curiosas páginas. Y como al fin la desemejanza de creencias, la falta de tradiciones, el conocimiento de una lengua tan rica como la castellana del siglo décimo sexto, y hasta la inseguridad de las copias, inconvenientes todos tan naturales en un extraño, pudieran á veces inducir en algun yerro

al diligente historiador de Felipe Segundo, nos proponemos tambien añadir cuantas observaciones y enmiendas creamos oportunas y necesarias. Ni nos faltarán tampoco nuevos documentos que agregar al inmenso caudal de su repertorio ; de suerte que nuestra traduccion, por mas que esta promesa nos empeñe en trabajos difíciles y prolijos, añada algun interés al original, y satisfaga en cuanto esté de nuestra parte los deseos y esperanzas de los lectores.

PROLOGO DEL AUTOR.

Ningun periodo de la historia de España, á no exceptuar el de Carlos Quinto, ha ofrecido mas de continuo materia á las plumas de los historiadores, que el reinado de Felipe Segundo. Para los ingleses, son hasta familiares las páginas de Watson, que con razon mereció el favor del público por la lucidez de su estilo, (mérito, sin embargo, no tan raro en aquel tiempo), por la sobriedad de sus reflexiones y por el arte con que trazó historia tan complicada, manteniendo siempre despierto el interés de sus lectores. Pero los de aquella época no se mostraban muy exigentes respecto á los documentos en que debe apoyarse todo relato histórico: bien que, á decir verdad, no era entonces fácil obtener, si permanecian inéditos, semejantes materiales. Confesemos, no obstante, que tampoco Watson au-
duvo muy solícito en aprovecharse ni aun de los que

hubiera podido adquirir á poca costa, en lo cual no se pareció á su célebre antecesor Robertson; contentándose con lo que buenamente se le venia á la mano, y por consecuencia, edificando sobre cimiento frágil. Puede, pues, considerarse el reinado de Felipe Segundo como terreno aun fértil para los escritores ingleses y americanos.

Nunca ha podido emprenderse la historia de aquella época con mas facilidad que hoy día, en que la ilustrada política de los gobiernos europeos ha abierto sus archivos á las investigaciones de los eruditos, y en que sobre todo se concede entrada franca en el de Simancas, que ha permanecido durante uno y otro siglo herméticamente cerrado, siendo inestimable depósito de los secretos de la monarquía española.

La historia de Felipe Segundo es la de toda Europa en la segunda mitad del siglo décimo sexto. Comprende el período en que las doctrinas de la Reforma perturbaron de tal manera los ánimos de los hombres, que de resultas de la terrible contienda que se promovió entre la cristiandad, hasta la gerarquía romana estuvo á pique de desaparecer. Felipe entonces, no menos por su carácter personal, que por su dignidad de soberano de la mas poderosa monarquía de Europa, hubo de ponerse al frente de los que con mas teson defendian la incolumidad de la Iglesia antigua; por cuya causa intervino siempre su política en los asuntos interiores de las demas potencias; y asi los materiales para su historia no solo deben sacarse de la Península, sino de fuera de ella. Bajo este aspecto, el reinado de Fernando é Isabel

ofrece un singular contraste con el de Felipe Segundo; por lo que habiendo terminado la historia del primero, me propuse emprender mas adelante la del segundo, reuniendo una coleccion de documentos auténticos, de los existentes en los archivos públicos de las principales capitales de Europa. Dificil era la empresa; y aunque por mi parte pude adelantar algo, confieso que no la hubiera enteramente llevado á cabo, á no haber tenido la suerte de contar con la cooperacion de mi amigo el señor don Pascual de Gayangos, profesor de lengua arábica de la Universidad de Madrid. Nadie mas competente que este distinguido literato para el empeño que con tanta benevolencia tomó á su cargo; pues ademas de una envidiable facilidad, hija de su larga práctica, para descifrar los misteriosos manuscritos del siglo décimo sexto, posee tan á fondo la historia de su país, que solo él era capaz de designar entre la infinita multitud de papeles que hubo de reunir, los que eran mas esenciales y adecuados á mi designio.

Dedicóse, pues, con incansable asiduidad á examinar algunas de las principales colecciones que se conservan, tanto en Inglaterra como en el Continente; entre las cuales deben mencionarse la del Museo Británico y la del Archivo de Papeles de Estado de Lóndres; la Biblioteca de los duques de Borgoña, en Bruselas; la de la Universidad de Leyden; la Real del Haya; la imperial de París, y el Archivo del Reino, en Hôtel-Soubise; la Biblioteca de la Academia de la Historia, y la Nacional de Madrid, y como mas importante, el antiguo Archivo de Simancas, en cuyo vedado recinto fué el señor Ga-

yangos uno de los primeros á quienes se consintió penetrar.

Ademas de estos depósitos públicos, existen otros particulares que me han franqueado sus dueños con la mayor liberalidad: citaré, con especialidad, el de la difunta Lady Holland, que tuvo la amabilidad de permitir que el señor Gayangos sacase copias de los manuscritos archivados en su casa; el del Baron Sir Tomás Phillips, que me dispensó en esta ocasion el mismo favor que anteriormente me habia hecho; y por último, el del caballero Patricio Fraser Tytler, ya difunto, excelente historiador escocés, que generosamente puso á mi disposicion varios documentos, copiados de los archivos públicos por su propia mano, y referentes al reinado de María Tudor.

La coleccion formada en España por el señor Gayangos, se aumentó ademas con los documentos sacados del archivo de la casa de los marqueses de Santa Cruz, cuyo ilustre antecesor fué quien primero tuvo á su cargo el mando de la Armada Española; con los de la casa de Medina Sidonia en que se conservan algunos papeles del Duque á cuyas órdenes corrió luego aquella malhadada expedicion; y con los de la casa de Alba, nombre que hace recordar los actos mas memorables del gobierno de don Felipe.

A estos manuscritos, allegados asi por una y otra parte, deben añadirse las obras impresas, que como publicadas en vida del mismo monarca, necesariamente habian de suministrar algunos datos sobre su gobierno. De las que no era dable adquirir, el señor Gayangos

cuidó de proporcionarme copias, y si no del todo de ellas, por lo menos de aquella parte que mas podia convenir á mi propósito; y el resultado de tanto trabajo ha sido hacerme con una coleccion de documentos auténticos, para ilustrar el reinado de don Felipe Segundo, como probablemente no habrá reunido hasta ahora ningun otro. Ni hasta ahora tampoco era posible prometerse buen éxito de esta empresa.

Quedaban, sin embargo, por esclarecer algunos puntos, respecto á los cuales confiaba aun hallar datos que pudieran serme de gran provecho, pues esta clase de trabajos son de tal naturaleza, que siempre dejan campo abierto á nuevas investigaciones. Debe, no obstante, quedar satisfecho el historiador, cuando ha juntado tal número de materiales auténticos, que al paso que resuelvan muchas de las dificultades con que se tropieza en los escritos contemporáneos, le sirvan en el caso presente para trazar bajo su verdadero punto de vista el carácter de don Felipe y la política de su gobierno. De nuevo me creo obligado á manifestar mi reconocimiento á algunas otras personas que me han ayudado en la prosecucion de mi tarea.

Uno de los primeros es mi amigo Mr. Eduardo Everett, que en su larga y brillante carrera política, nunca ha sentido entibiarse el amor con que mira las letras, y en que vincula su mas legitima reputacion. Un año antes de encargarse de su destino en la legacion de su patria en Lóndres, pasó al Continente, donde con la bondad que le caracteriza, gastó mucho tiempo examinando en obséquio mio las grandes bibliotecas, primero de París, y

despues, con mayor eficacia, las de Florencia. Del *Archivo Mediceo*, en que obtuvo permiso del gran duque para detenerse en prolijas investigaciones, sacó copias de algunos documentos importantes, y entre otros, de las cartas de los ministros toscános, que me han servido de mucho para aclarar varios puntos oscuros de mi narracion. Mayor copia de materiales consiguió aun reunir en la librería privada del conde Guicciardini, descendiente del ilustre historiador del mismo nombre. No sé cómo encarecer los favores que debo á la generosidad de este caballero; ni cómo expresar mi gratitud á las atenciones que me dispensó el príncipe Corsini; no menos que el marqués Gino Capponi, cuyo nombre se distinguirá siempre por la ilustrada proteccion que le han merecido los buenos estudios; y esto, aun viéndose entre las privaciones mas amargas que puede experimentar una persona de sus luces.

Pero todavía faltaba otra cosa importante en mi coleccion; las *Relaciones venecianas*, como se llaman las memorias que escribian los embajadores de aquella República cuando volvian á Venecia, despues de haber desempeñado sus cargos. Los historiadores saben muy bien el valor que tienen estos documentos, por las noticias que dan de los países á que se refieren. De este cuidado me libró, sin embargo, la incansable condescendencia de mi amigo Mr. Fay, ministro á la sazón de los Estados Unidos en Suiza, que mientras estuvo agregado á la legacion americana de Berlín, no omitió diligencia alguna para proporcionarme los documentos que deseaba, copiándolos, como algunos otros papeles de importancia, de

los manuscritos de la Biblioteca Real de Berlin y de la Ducal de Gotba. En este particular tambien debo de mostrarme agradecido al distinguido bibliotecario de este último establecimiento, Mr. Pertz, por haberse dignado complacerme en todo cuanto necesitaba.

Por medio del mismo Mr. Fay, conseguí tambien autorizacion del príncipe Metternich para registrar el Archivo Imperial de Viena, donde por las íntimas relaciones que existieron entre las córtés de España y Austria, suponía yo poder encontrar materiales preciosos para mi obra. El resultado no correspondió á mis esperanzas; pero tuve ocasion de contraer una deuda de gratitud con el eminente literato, Dr. Fernando Wolf, que llevó su amabilidad hasta el punto de encargarse de hacer repetidas investigaciones, no solo en el archivo arriba mencionado, sino tambien, y con éxito mas satisfactorio, en la Biblioteca Imperial de Viena, que está á su cargo.

No concluiré esta relacion de las personas á quienes tantos favores debo, sin citar los nombres de Mr. de Salvandy, ministro de Instruccion Pública en Francia al tiempo que estaba yo ocupado en formar mi coleccion; de Mr. Rush, entonces ministro de los Estados Unidos en París; de Mr. Rives, de Virginia, que le sucedió en este cargo; y por último, de mi amigo el Conde de Circourt, erudito cuyos aventajados trabajos en los periódicos literarios de su pais, y sobre multitud de materias, le han granjeado una eminente reputacion entre los escritores de nuestro tiempo.

Con no ménos interés me he visto favorecido por

Mr. Van de Weyer, ministro de Bélgica en Londres; por Mr. B. Homer Dixon, cónsul de los Países Bajos en Boston; y por mi amigo y pariente Mr. Tomás Hickling, cónsul tambien de los Estados Unidos en San Miguel, que me facilitó varios manuscritos relativos al estado de las Azores, en el tiempo en que, juntamente con Portugal, entraron estas islas bajo el dominio de Felipe Segundo.

Conocidas ya del lector las fuentes á que he recurrido, réstame exponer en breves palabras el plan que sigo en mi narracion. La primera dificultad con que tropieza el que se propone escribir la historia de este periodo, proviene de la naturaleza misma del asunto, pues abraza tal multitud de hechos aislados, por no decir incongruentes, que apénas es posible conservar la unidad de interés que requieren este género de escritos. Asi, aunque la revolucion de los Países Bajos es, propiamente hablando, un mero episodio respecto á la principal parte de la obra, por su importancia merece tratarse como asunto de suyo separado é independiente (1). A medida que el historiador va entrando en el reinado de Felipe Segundo, se halla continuamente perplejo y como embarazado por un inconveniente parecido al que ocurre en un drama cuando adolece del vicio de dos acciones; y el mejor medio para vencer esta dificultad

(1) Hace ya tiempo que se espera con impaciencia una historia sobre el particular, si á estas horas no ha visto ya la luz pública, debida á la pluma de nuestro benemérito conciudadano Mr. J. Lothrop Motley, que durante estos postreros años, y para el mejor desempeño de su obra, ha fijado su residencia cerca de los puntos donde ocurrieron las escenas que se habia propuesto referir. Ninguno que conozca el elevado talento de este escritor y el entusiasmo con que ha acometido su empresa, podrá dudar del acierto con que procederá en asunto tan árduo como importante.

es no perder de vista el principio dominante, que por decirlo así, sirve de motor á tan complicada máquina y la sujeta á la unidad de accion. Pues bien: en la historia de Felipe Segundo, este principio no es otro que su política; su política, que consistia en sostener á todo trance la supremacía de la Iglesia, y por consiguiente la de su corona. «La paz y el sosiego público,» escribia en cierta ocasion, «han de mantenerse en mis dominios, con solo mantener la autoridad de la Santa Sede.» Esta política, tan segura y fija en su modo de obrar, como las leyes de la misma naturaleza, puede decirse que fué la que dirigió todos los acontecimientos ocurridos en el trascurso de tan larga dominación; y teniendo sin cesar esto presente, será como el lector acertará á salir del intrincado laberinto de la historia de don Felipe, y á descifrar lo que de otra suerte le parecerian enigmas incomprendibles en su conducta.

En cuanto á la composicion de esta obra, he seguido en su mayor parte el plan que desde luego me habia propuesto. Léjos de limitarme á la estricta narracion de los acontecimientos políticos, he procurado trazar el cuadro de la cultura intelectual y de las costumbres del pueblo, sacando todo el partido que me era dable de las relaciones de espectáculos y ceremonias de la corte, en que si bien no suele verse mas que los trajes de la época, pueden servir no obstante para presentar con cierto realce á los ojos del lector la forma extrínseca de siglo tan pintoresco. Por lo que hace á la narracion, tampoco he seguido rigurosamente el orden cronológico de los sucesos, sino que los he distribuido en

grupos, segun el asunto con que guardan conexión; de manera que se dejen ver mas clara y distintamente. Asi es que he reservado algunos que no carecen de importancia, para tal ó cual parte de la obra, cuando atendiendo al tiempo en que se verificaron, debieran constatar mucho antes. Por último, he tenido cuidado de corroborar el texto con las citas de los originales en que se apoya, mayormente siendo estos raros ó de difícil adquisicion.

En la parte relativa á los Países Bajos, he seguido otro sistema hasta cierto punto diferente. Animados sus escritores de un espíritu verdaderamente patriótico, se han dedicado estos últimos años á recorrer sus archivos, asi como el de Simancas, con el objeto de ilustrar plenamente los anales de su nacion; y el resultado ha sido ver la luz una serie de publicaciones, que no están terminadas todavía. El historiador debe de mostrarse profundamente agradecido á estos solícitos exploradores, cuyos trabajos le suministran tan preciosos materiales, que forman la base principal de su narracion; porque, en efecto, ¿cuál podrá compararse á las correspondencias escritas por las personas mismas que intervinieron en los sucesos? En tan sólido fundamento he apoyado esta parte de mi historia; y he adoptado el sistema de intercalar los extractos de las correspondencias en el cuerpo del escrito, pues aunque á veces le hacen prolijo, tienen la ventaja de familiarizar en cierto modo al lector con los personajes de que se trata, oyendo los términos en que cada uno se expresa.

En la primera parte de este Prólogo, he hecho mé-

rito de las personas que me han auxiliado en la preparacion de mis materiales, pero no debo concluir sin dedicar tambien un recuerdo de gratitud á mis amigos personales, Mr. Carlos Folsom, sabio bibliotecario del Ateneo de Boston, que ha renovado los obsequios que ya otra vez me hizo de revisar mis manuscritos antes de confiarlos á la imprenta, y Mr. Juan Foster Kirk, cuyos conocimientos en la historia y lenguas de la Europa moderna me han sido muy útiles en mis investigaciones, y cuya penetracion critica me ha ahorrado no poco trabajo en la preparacion de esta obra.

A pesar de tantos medios para llevarla á cabo, y de tan nuevos materiales, desconfió mucho de haber desempeñado con acierto asunto de tamaña extension en sus proporciones y de tal complicacion en sus diferentes partes. No alegaré por disculpa las dificultades materiales que tengo que vencer; pues no hay razon alguna para no hacer bien una cosa, cuando no está uno obligado á hacerla; pero permítaseme decir que mi empresa ha sido resultado de una esmerada preparacion; que en ella he procedido con sinceridad y buena fé; y que por muchos que sean los defectos de esta obra, no podrá menos, consideradas las ventajas que llevo á los que me han precedido, de ofrecer á mis lectores tal novedad en los hechos y un carácter de autenticidad en sus apreciaciones, que necesariamente ha de aparecer bajo un punto de vista mas completo que el que hasta ahora ha tenido, la historia de Felipe Segundo.

Boston, julio de 1835.

:

ADVERTENCIA.

Las notas del original irán señaladas con números arábigos: las de la presente traducción con asteriscos.

HISTORIA DE FELIPE SEGUNDO.



LIBRO I.

CAPITULO I.

ABDICACION DE CARLOS QUINTO.

Reflexiones preliminares.—España bajo el gobierno de Carlos Quinto.—Dispónese éste á renunciar el cetro.—Su abdicacion.—Su regreso á España.—Su partida á Yuste.

1555.

En otra obra que he dado á luz, he procurado describir el período en que las diferentes provincias de España quedaron sometidas á un solo imperio bajo el cetro de Fernando é Isabel; y en que merced á su sabio y bienhechor gobierno, salió aquella nacion de la oscuridad en que por tanto tiempo habia vivido allende los Pirineos, y comenzó á brillar como uno de los

mas poderosos entre los pueblos de Europa. En esta, me propongo examinar un período posterior en la historia de la misma nacion, el reinado de Felipe Segundo; en que con mayores recursos y un territorio acrecentado por una serie gloriosa de descubrimientos y conquistas, se elevó á la cumbre de su poder; pero en que mal regida por una funesta administracion, no solo se enagenó las voluntades de los que con ella partian límites, sino que echó en su seno los gérmenes de corrupcion que lentamente la llevaron á su postracion y desmembramiento.

Por el matrimonio de Fernando é Isabel, quedaron unidos en comun lazo varios de los estados de la Peninsula; y en 1526, pasó el cetro de la monarquía española, con todas sus dependencias del Antiguo y Nuevo Mundo, á manos de su nieto Carlos Quinto, que, aunque nominalmente habia compartido el trono con su madre, Juana, por incapacidad de ésta, fué declarado soberano de tan vasto imperio. Ya antes habia heredado de su padre, Felipe el Hermoso, toda aquella parte del ducado de Borgoña que comprendia el Franco Condado y los Países Bajos. En 1519, fué elegido para la imperial corona de Alemania, y no mucho despues agregó á sus dominios los bárbaros imperios de Méjico y el Perú: con que España veia ya realizada la idea magnífica, despues tantas veces repetida, de que el sol no se ponía jamás en la esfera de sus dominios.

Pero la importancia de esta monarquía no era la que debía prometerse de tantas adquisiciones: veíase como perdida en la inmensidad misma de su grandeza; de suerte que algunas de las que eran rivales suyas en Europa, y habían reconocido el cetro de Carlos Quinto, gozaban de mas consideracion que ella, y eran tenidas en mas por sus contemporáneos. En el primer período del reinado de aquel monarca, estalló en Castilla un levantamiento, que hubiera podido ser interesantísimo para la humanidad, mas la «Guerra de las *Comunidades*,» que así se denominó, concluyó en breve, sucumbiendo los patriotas, y recibiendo la libertad de España, en la batalla de Villalar, un golpe de que no había de reponerse en algunos siglos. Desde aquel fatal instante, (amargo fruto de la animosidad de las razas y de las pasiones del populacho), quedó el país en inalterable tranquilidad, la tranquilidad que naturalmente resulta no de un gobierno libre y prudente, sino del que impera tiranizando; y el pueblo, á cubierto de toda invasion extraña por el antemural de los Pirineos, pudo dedicarse al cultivo de las artes de la paz, con tal que no se mezclase en asuntos de política ni religion, es decir, en los que constituyen los grandes intereses de la humanidad; mientras los que se sentían animados de espíritu aventurero, hallaban estímulo á sus proezas en las guerras de Europa, ó recorriendo las ilimitadas regiones del Occidente.

Estrecho campo, pues, se ofrecía en España á los

ojos del historiador, al paso que Alemania era teatro de una de aquellas memorables luchas que tanta influencia ejercen en la suerte de la civilizacion. En este reinado comenzó la sangrienta guerra de la libertad religiosa, y fué menester que Carlos acudiese con su atencion y con su presencia á aquel campo de batalla. Por lo demas, poca parte de su vida pasó en España, en comparacion de lo mucho que discurrió por otros de sus dominios. Todas sus aficiones y simpatías las tenia puestas en los Países Bajos, pues su nacimiento habia sido en Flándes; hablaba la lengua de este país con mas facilidad que el castellano, bien que poseyese con tal perfeccion las de todos los países sujetos á su imperio, que con cualquiera de sus vasallos podia conversar en su nativo idioma. Sabia del mismo modo acomodarse á las costumbres y gustos peculiares de cada país; mas siempre mostró desvío hácia el carácter de los españoles. Solo tomó de éstos su celo religioso, con cierta mezcla de supersticion, efecto del temperamento melancólico, que sin duda habia heredado de su madre. Todas sus costumbres eran flamencas. En su palacio y en la cámara de su hijo, introdujo el pomposo ceremonial de la córte de Borgoña; de Flándes hizo venir sus mas íntimos consejeros, lo cual dió en gran parte ocasion á las turbulencias de Castilla en los principios de su reinado, pues el orgullo de los españoles necesariamente habia de resentirse de la postergacion á que en la córte imperial se

los reducía. Si hacía estimación de España, era principalmente por los recursos que le proporcionaba para alimentar sus ambiciosas miras; y así rara vez la visitaba, que no fuese para solicitar subsidios de las cortes. Nada de esto se les ocultaba á los españoles; y de aquí el contemplarle con menos afecto que á otros reyes, en quienes no concurrían tan recomendables prendas. No podían mirarle como propio: su reinado no tenía nada de nacional; sus amigos mas íntimos eran alemanes; y como Cárlos Quinto de Alemania, no como Cárlos Primero de España, era conocido en su tiempo, y sigue figurando aun en las páginas de la historia.

Cuando ascendió al trono, al comenzar el siglo décimo sexto, podía decirse que bajo cierto aspecto, se hallaba Europa como á principios del siglo octavo. Los turcos la amenazaban por el Oriente, como en este los árabes por el lado opuesto, y parecía próxima ya la hora en que ó cristianos ó mahometanos habían de conquistar la supremacía. Los otomanos, ensobrecidos con sus triunfos, llevaban el espanto hasta los mismos muros de Viena; y Cárlos, que como cabeza del imperio, era el adelantado de la cristiandad, hubo de salirles al encuentro. Treinta y dos años tenía, cuando marchando contra el formidable Soliman, le obligó á emprender una ignominiosa retirada; y con menos efusión de sangre que la que se pierde en una escaramuza, salvó de aquella agresión á Europa. Em-

barcóse despues derecho á Túnez, ocupado á la sazón por una horda de piratas, que eran el terror del Mediterráneo; deshízolos en una sangrienta batalla, con muerte de su caudillo, y sacó de sus prisiones diez mil esclavos. Voló por toda Europa la fama del jóven héroe, que consagrando su espada en defensa de la cruz, fué de allí en adelante el verdadero campeón de la cristiandad.

Pero de aquella suprema altura descendió repetidas veces para empeñarse en reyertas de carácter mas personal y frívolo, como lo fué su porfiada y sangrienta enemistad con Francisco Primero. Entre dos príncipes iguales en edad, en poder, en aspiraciones, y mas que todo en afán de gloria, cuyos dominios gozaban de límites comunes en toda la estension de sus territorios, difícil era que no se suscitasen causas de rencillas y competencias. Esta emulacion se declaró desde el momento en que la suerte favoreció á Carlos con un imperio; mas en toda aquella tenaz contienda, si se exceptúa algun ligero revés, siempre quedó triunfante la superioridad de Carlos de su atrevido, aunque menos diestro competidor.

Otra lucha en que el monarca español malgastó sus fuerzas, durante la mayor parte de su reinado, fué la que sostuvo con los príncipes luteranos de Alemania. Por largo tiempo le ayudó en ella la fortuna; pero es mas fácil combatir contra los hombres, que contra un gran principio moral. El de la Reforma habia echa-

do raíces muy profundas en Alemania para que acabasen con él ni la fuerza ni el artificio. Por medio de una política astuta, había ido consiguiendo Carlos frustrar los esfuerzos de la liga protestante, y con la decisiva victoria de Muhlberg parecía haberla enteramente desbaratado; pero semejante triunfo sirvió solo para acelerar su ruina, y el mismo hombre á quien había otorgado los despojos de la victoria, dió con ellos en rostro á su bienhechor; hasta que enfermo éste, quebrantado de ánimo y considerándose dichoso en escapar de manos de sus enemigos entre las sombras de la noche y en medio de una furiosa tempestad, se vió forzado por último á firmar el tratado de Passau, en que aseguró á los protestantes las mismas inmunidades religiosas á que se había opuesto todo el tiempo que empuñó el cetro.

No mucho despues recibió nueva humillacion por parte de Francia, regida en la actualidad por otro rival mas jóven, Enrique Segundo, hermano de Francisco. Su buena estrella, la estrella de Austria, parecía declinar ya hácia su ocaso; y asi hubo de conocerlo, cuando al levantar, con harta repugnancia suya, el sitio de Metz, exclamó lleno de amargura: «La suerte es una cortesana, que reserva sus favores para los jóvenes.»

Desalentado, pues, por estas contrariedades, y todavía mas por el estado de su salud, que le privaba de tomar parte en los ejercicios bélicos á que estaba

acostumbrado, sentia irle faltando las fuerzas para soportar como antes el peso de la corona. Poco mas de treinta años tenia cuando empezó á padecer de la gota, sintiéndose últimamente tan moleestado de sus ataques, que casi habia perdido el uso de sus miembros. De pasar días y noches á caballo, metido en su armadura de acero, é insensible al rigor de las tempestades y de las estaciones, habia venido ahora al extremo de poder sostenerse apenas con la ayuda de su baston. Veíase precisado á guardar cama días enteros, y á no salir en semanas de su habitacion, lo cual aumentaba la melancolia, que hasta cierto punto era un achaque de su naturaleza. Su mayor placer consistia en que le leyesen algun libro, especialmente de religion, negándose á recibir á todo el mundo, como no fuese á sus mas fieles é íntimos consejeros; y de tal manera habia perdido la aficion á los negocios, que durante meses enteros, segun afirma uno de sus biógrafos, que podia tratarle á menudo, se abstuvo de leer todo género de comunicaciones, no queriendo firmar papel alguno, ni siquiera una triste carta (1). En circunstancias como aquellas, no acierta uno

(1) «Post annum ætatis quinquagesimum, præmentibus morbis, tantopere negotiorum odium cepit, ut diutius interdum nec se adiri aut conveniri præterquam ab intimis pateretur, nec libellis subscribere animum induceret, non sine suspitione mentis imminuta; itaque constat novem mensibus nulli nec libello nec diplomati subscripsisse, quod cum magno incommodo reipublicæ populariumque dispendio fiebat, cum a tot nationibus et quibusdam longissime jus inde peteretur, et certa summa negotia ad ipsum fere rejicerentur.» (Sepulveda opera.—Matriti, 1780: vol. II, p. 539).—El autor, que á la sazón se

á comprender cómo se manejarían los asuntos de la nacion. Muerta su madre doña Juana, cobraron cuerpo en su mente las lúgubres imaginaciones que en ella llegaron á punto de turbarle el juicio. Figurábasele que la oía llamarle á voces y mandarle que la siguiese; por eso olvidando las cosas del mundo, soló pensaba en las espirituales, y en poner en ejecucion el proyecto que habia concebido de renunciar la corona y acogerse á un retiro religioso, donde pudiera prepararse á acabar sus dias: proyecto que algunos años antes se le habia ocurrido, cuando estaba en el colmo de sus ambiciones y prosperidades. Tan opuestas son las cualidades de carácter que concurrían en este hombre extraordinario!

Mas aunque habia llegado á elegir hasta el punto de su retiro, habia aplazado la realizacion de aquel propósito, lo uno por la situacion lastimosa de su madre, y lo otro en consideracion á los pocos años de su hijo. El primer inconveniente desapareció con la muerte de doña Juana, que habiendo reinado, bien que solo en el nombre, medio siglo, no pudo ver libre su razon del desvarío que la aquejaba desde la muerte de su esposo.

La edad de don Felipe, su hijo y heredero, tampoco podia servirle ya de obstáculo. Desde la niñez le habian educado para la dignidad suprema, y siendo

hallaba en la córte y tenia frecuentemente entrada en la cámara imperial, habla por esta razon como testigo de vista.

aun muy jóven, confiádole el gobierno de Castilla. Cuidó su padre de darle sabios y experimentados consejeros, y el príncipe, que mostraba una discrecion muy superior á sus años, se aprovechó maravillosamente de sus lecciones. Veinte y nueve tenia, edad sobrada para que un mozo manifieste ya carácter, y para poder colegir en don Felipe la madurez que ostentaria en el mando. Ya su padre le habia cedido la soberanía de Nápoles y el Milanésado, como en arras de su casamiento con María de Inglaterra; y en aquellos países se hallaba, cuando determinado Carlos á apresurar el acto de su abdicacion, le envió á decir que se encaminase á Bruselas, donde habia de verificarse la ceremonia. Igual aviso se dió á las diferentes provincias de los Países Bajos, y orden de que mandasen allí sus diputados, con poderes bastantes para recibir la renuncia del emperador y jurar obediencia al príncipe su heredero; y como formalidad preliminar, en 22 de octubre de 1555, confirió á don Felipe el gran maestrazgo, que como señor de Flandes, le pertenecía, de la orden del Toison de oro, de Borgoña, que era en aquella época la mas ilustre y ambicionada de todas las órdenes militares de caballería.

Hiciéronse, pues, los preparativos para celebrar la ceremonia de la abdicacion con toda la pompa y solemnidad que lo grandioso del caso requeria, eligiéndose al efecto el salon principal del real palacio de Bruselas. Colgaron de tapices las paredes de aquel

espacioso recinto, cubriendo el suelo de magníficas alfombras. Levantóse un estrado en uno de los extremos del salon, de seis á siete pies de altura, en que se colocó un trono ó sillón régio para el emperador, y los demas asientos para don Felipe y los grandes señores flamencos que estaban ya esperando á su soberano. Sobre el trono habia un suntuoso dosel con las armas de la casa de Borgoña; y enfrente del tablado se veia el sitio reservado á los diputados de las provincias, que ocupaban los asientos segun el orden de precedencia que les correspondia (1).

A los veinte y cinco de octubre, dia fijado para esta solemnidad, otorgó Carlos Quinto un documento en cuya virtud cedia á su hijo la soberanía de Flándes (2). Preparados los que debian concurrir al acto, salió el emperador acompañado de don Felipe y numerosa comitiva, y todos juntos y en orden, se encaminaron al salon, donde estaban ya reunidos los diputados (3).

(1) Hállase la relacion circunstanciada de esta imponente ceremonia en un M. S. del Archivo de Simancas, publicado en la Coleccion de Documentos inéditos para la Historia de España. (Madrid, 1845), tomo VII, pág. 534 y sigs.

M. Gachard ha publicado en su preciosa coleccion, *Analectes Belgiques*, (Paris, 1830), pág. 75-81 una relacion oficial de todos estos pormenores, estendida de orden del gobierno y conservada en Bruselas en el Archivo del Reino.

(2) Existia una copia del acta original de abdicacion entre los papeles del cardenal Granveia, en Besanzon, y está incluida en la coleccion de documentos publicada por orden del gobierno francés bajo la direccion del sabio Weiss, Papeles de Estado del cardenal de Granveia, segun los Manuscritos de la Biblioteca de Besanzon, (Paris, 1843), tomo IV, pag. 480.

(3) Es extraño que una cosa tan pública y notoria como la fecha

Tenia Cárlos á la sazón cincuenta y seis años de edad; de modo que aunque su cuerpo se iba encorvando, era efecto de su poca salud, mas bien que de la vejez. En su semblante se dejaba ver una profunda ansiedad, y se conocía que había vivido entre continuas fatigas, puesto que conservase la majestad de expresión que ostentan los retratos en que le inmortalizó el pincel inimitable del Ticiano. Su cabello, en otro tiempo de color claro, que tiraba á rojo, había empezado á variar antes de los cuarenta años, y ya iba encaneciendo, como su barba. Era de frente ancha y desembarazada, la nariz aguileña, los ojos azules y la tez fresca, que manifestaban su origen teutónico. La única facion irregular de su rostro era la mandíbula inferior, saliente como su labio bello, tan característico en todas las fisonomías de la dinastía austriaca ⁽¹⁾.

Su estatura no pasaba de mediana. Era fuerte y rehecho de miembros, y aunque en otro tiempo bien formado, los padecimientos le tenían al presente débil y enflaquecido. Llevaba la una mano apoyada en un

exacta de la abdicacion de Cárlos V, sea materia de discordancia entre los historiadores. Muchos escritores de aquel tiempo designan la que queda mencionada, y está conforme además con el M. S. de Simancas tambien citado, cuyo autor refiere los pormenores de la ceremonia con toda la minuciosidad de un testigo ocular.

(1) «Frat Carolus statura mediocri, sed brachiis et cruribus crasis compactisque et roboris singularis, ceteris membris proportione magnoque commensu respondentibus, colore albus, crine barbaque ad flavum inclinante; facie liberali, nisi quod mentum prominens et parum coherentia labra nonnihil eam deturpabant.» Sepúlveda Opera, volumen II, pág 827.

baston, y la otra en el brazo de Guillermo de Orange, que jóven entonces, habia de ser con el tiempo el enemigo mas formidable de su casa. Y todavía parecia su aspecto mas melancólico por lo triste de su vestido, pues llevaba luto por su madre, sin mas adorno que el magnífico collar de la Orden del Toison, que pendia de su cuello.

Detrás del emperador iba Felipe, tambien de mediana estatura, y parecido á su padre asi en las proporciones como en el rostro, excepto que el del hijo era mas sombrío y de expresion un tanto siniestra, pues se traslucia en él cierta reserva, á pesar de que procuraba disimularla, conociendo que todos ponian en él los ojos. La ostentacion de su traje correspondia á la grandeza de su dignidad y contrastaba con el de su padre, próximo á abandonar las pompas y honores del mundo, en que su hijo iba á figurar en breve.

Al lado de Felipe se veia á María, hermana del emperador y antigua reina de Hungría, que habiendo ejercido el cargo de gobernadora de los Países Bajos por espacio de veinte años, anhelaba resignarlo en manos de su sobrino, y retirarse á la vida privada, como su hermano. Leonor, que asimismo lo era de ambos, y á la sazón viuda del rey de Francia Francisco Primero, intervino tambien en aquella ceremonia antes de encaminarse á España, adonde pensaba acompañar al emperador.

A estos individuos de la familia imperial seguian el cuerpo de la nobleza de los Países Bajos, los caballeros del Toison de Oro, los consejeros reales y los grandes dignatarios de la Casa Imperial, todos espléndidamente vestidos con sus trajes de ceremonia y adornados con las insignias de sus respectivas órdenes. Ocupado que hubo el emperador el trono, con don Felipe á su derecha, la regente á la izquierda, y los demas de su acompañamiento repartidos en los asientos que tenian dispuestos de antemano, se dirigió á la asamblea el presidente del consejo de Flándes, y en breves palabras indicó el objeto con que habian sido convocados, y las causas que obligaban á su soberano á renunciar el cetro, concluyó por suplicarles en nombre del mismo, que tuviesen á bien prestar la misma obediencia á don Felipe, su hijo y legítimo heredero.

Hecha una corta pausa, se levantó Cárlos para pronunciar las pocas palabras con que pensaba despedirse de sus vasallos. No sin dificultad pudo mantenerse en pié, pero apoyando la mano derecha en el hombro del príncipe de Orange, con cuya preferencia, y mas en tan solemne ocasion, mostró el mucho aprecio que hacia de aquel jóven caballero. En la otra mano tenia un papel con apuntaciones para su discurso, al cual dirigia la vista de vez en cuando para auxiliar á su memoria. El razonamiento lo hizo en lengua francesa.

No queria, dijo, separarse de su amado pueblo

sin dirigirle algunas espresiones de las que le dictaba su corazón. Cuarenta años hacia que habian puesto en sus manos el cetro de los Países Bajos, confiándole poco despues imperio mas dilatado, el de España y Alemania; cargo en extremo pesado para su mocedad. El, no obstante, desde luego habia procurado cumplir con sus deberes hasta donde habia podido, mirando siempre por el bien de su querida patria, y muy especialmente por los intereses de la cristiandad, que se habia esforzado en mantener ilesa contra los infieles; aunque á tan loable propósito se habian opuesto, unas veces las enemistades de los vecinos reinos, y otras las heregías y sectas de la Alemania.

Para llevar á cabo su empresa, no habia nunca vacilado en sacrificar su reposo y bienestar. Cuarenta viajes, tan pronto de paz como de guerra, habia hecho á Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España y Flándes, cruzando cuatro veces los mares de España, y ocho el Mediterráneo. Ninguna fatiga le habia sido costosa, mientras habia tenido fuerzas para sobrellevarlas; pero una cruel enfermedad le tenia ahora sin alientos y quebrantado: y viendo su imposibilidad de atender á los graves cuidados del gobierno, hacia largo tiempo que habia determinado retirarse. De esta resolucion le habian hecho desistir el estado en que su desdichada madre se encontraba, y la poca experiencia de su hijo; pero ya no existian tales inconvenientes; y así se juzgaria culpable para con Dios y para

con el mundo, empeñándose en conservar las riendas del gobierno cuando le era imposible manejarlas, y cuando cada año habia de ser mayor su imposibilidad.

Rogábales pues se persuadiesen de que este y no otro era el motivo que le obligaba á renunciar el centro que habia tenido en sus manos por tanto tiempo; y que asi como habian sido siempre para él vasallos amantes y sumisos, lo fuesen tambien para su sucesor. Ante todo les pedia que mantuviesen la pureza é integridad de la fé en sus reinos; y que si en tiempos tan estragados habian dado algunos lugar á la duda en sus corazones, para siempre la desterrasen de ellos. «En lo que toca al gobierno que he tenido, dijo para concluir, confieso haber errado muchas veces; y si alguno se puede de esto quejar con razon, protesto aqui delante de todos que seria agraviando sin saberlo yo, y muy contra mi voluntad; y pido y ruego á todos los que aqui estais me perdoneis y me hagais gracia de este yerro ó de otra queja que de mí se pueda tener (1).»

(1) En este razonamiento están conformes dos personas que se hallaban presentes: un escritor flamenco, cuyo MS. se conserva en el Archivo del Reino, y ha sido últimamente publicado por Gachard en sus *Anales Belgiques* (pág. 87); y Sir John Mason, embajador de Inglaterra en la corte de Carlos, que describió toda la ceremonia en una comunicacion dirigida á su gobierno (Orden de la cesion de los Países Bajos á S. M. el Rey, MS.) Tambien el historiador Sandoval inserta íntegro el mismo razonamiento, (*) segun la relacion de uno que presencié el acto. *Historia de la Vida y Hechos del emperador Carlos V*, (Amberes, 1681), tom. II. pág. 599.

(*) De Sandoval hemos copiado las últimas palabras del discurso del emperador, que á la verdad no es tan breve como indica Prescott.

Mientras duró el discurso del emperador, reinó el mas profundo silencio en el auditorio. Cárlos habia sido siempre amado del pueblo de los Países Bajos, que le habian visto nacer, y contemplaban con cierto orgullo sus proezas, como quienes de su gloria se prometían que les cupiese alguna alabanza y honra; y como le veian por vez postrera con tan venerable aspecto, y oian las sentidas palabras con que se despedía de ellos, se afligieron hasta el punto de no haber en la asamblea persona alguna que no prorumpiese en llanto.

Trascurrieron unos momentos, y volviéndose hácia su hijo, que con muestras del mas profundo respeto, aguardaba sus órdenes, le habló el emperador en estos términos: «Si los vastos dominios en cuya posesion entráis hoy los tuviéseis por herencia, debiérais mostráros profundamente agradecido: ¡cuánto mas adquiriéndolos por renuncia y donacion en tiempo de vuestro padre! Mas aunque es tan grande la obligacion, quedareis libre de ella con solo dejar obligados á vuestros vasallos. Gobernad pues de manera, que merezca yo aplausos, y no censuras, por esto que hago ahora en vuestro favor. Proseguid segun habeis comenzado. Temed á Dios; obrad siempre en justicia; respetad las leyes, y sobre todo mirad por los intereses de la religion; y plegue al Señor Todopoderoso bendeciros con un hijo, en quien, si algun dia os hallais anciano y postrado por una enfermedad, podais

renunciar el cuidado del reino con la misma confianza con que renuncio yo en vos el mio.»

Enternecido al oír esto don Felipe, quiso echarse á los pies de su padre, asegurándole que pondría cuanto estuviese de su parte para hacerse digno de la bondad con que le trataba; pero le levantó el emperador, abrazándole tiernamente y derramando copiosas lágrimas. Todos los circunstantes, aun los mas duros de corazón, se conmovieron con aquella escena, y «no se oía,» dice uno que la presencié, «en tan anchuroso recinto, mas que sollozos y mal reprimidos lamentos.» Cárlos, rendido á la violencia de sus esfuerzos, pálido y desencajado, cayó, sin poder tenerse, sobre el asiento, y fijando los ojos en su pueblo, no tuvo fuerza mas que para exclamar: «Dios os bendiga! Quedaos adios, hijos míos! (4)»

Así que unos y otros se sosegaron, se puso en pie don Felipe, y pronunció en francés algunas palabras para manifestar á los diputados el sentimiento que le

(4) Sandóval, Hist. de Cárlos V, tom. II, págs. 597-599.—Leti, vita del catolico Rè Filippo II. (Coligni, 1679), tom. I págs. 240-242.—Vera y Figueroa, Epitome de la vida y hechos del invicto emperador Cárlos Quinto, (Madrid, 1649), págs. 119-120.

Sir John Mason describe así esta interesante escena.—«Al llegar aquí, no pudo menos de prorumpir en lágrimas, que le arrancaban, por una parte lo doloroso del suceso, y por otra, segun creo, el ver que de todos los presentes, propios ó extraños, no había una sola persona que, mas ó menos conmovida, no derramase, mientras duró la mayor parte de su discurso, copioso llanto. Ademas rogó á todo el mundo que le perdonasen su debilidad, hija de su quebrantada salud, y de tener que hablar de asunto tan triste como era el despedirse de unos vasallos á quienes tanto amaba y que tantas pruebas de afecto le habían dado.»—Orden de la cesión de los Países Bajos á S. M. el Rey, MS.

cabia en no poder dirigirse á ellos en su natural idioma, si bien les aseguró que estaba dispuesto á favorecerlos y á hacer de sus buenos servicios la estimacion que se merecian; de todo lo cual les impondria mas cumplidamente el obispo de Arras.

Era este Antonio Perrennot, mas conocido como cardenal de Granvela, hijo del célebre ministro de Carlos Quinto, y destinado á desempeñar un papel muy importante en el gabinete de Felipe Segundo. Con claras y fáciles razones, prometió á los diputados, en nombre de su nuevo soberano, que serian respetadas las leyes y franquicias de la nacion, y reclamó su auxilio para que le ayudasen con sus consejos, y como leales vasallos, mantuviesen el vigor de las leyes en sus dominios; y habiéndole acto continuo contestado los diputados, encareciendo el dolor con que veian la pérdida de su postrer monarca, y protestando de su fidelidad al nuevo soberano, hizo la reina María formal renuncia del mando, y se dió por terminada la ceremonia. Consideradas la gravedad de sus consecuencias, la dignidad de los que en ella intervinieron como actores y la solemnidad del acontecimiento, puede reputarse como uno de los mas importantes de que hace mencion la historia. Vulgar máxima es en el mundo que las coronas de los reyes están cubiertas de espinas; y no es menester mucha filosofia para convencerse de que la felicidad no consiste en elevarse á encumbrados puestos. Multitud de ejemplos se

han visto de hombres que han escalado un trono, vertiendo á torrentes la sangre humana; pero muy pocos han sido los que una vez apoderados del esplendor de la soberanía, hayan renunciado á ella sin violencia, y menos aun los que despues de menospreciarla, hayan vivido contentos en su nuevo estado, sin sentir el aguijon del arrepentimiento. De estos seres privilegiados, Cárlos fué uno, como lo demostró en lo sucesivo.

El 16 de enero de 1556, en presencia de cuantos nobles españoles habia en la córte, firmó el instrumento en virtud del cual cedia á don Felipe la corona de Castilla y Aragon, con todas sus dependencias (1).

Reservó para el último de todos el acto en que habia de renunciar tambien la de Alemania en favor de su hermano Fernando, si bien demorándolo algun tiempo á ruegos de este mismo, que deseaba preparar los ánimos de los electores para tan inesperada transmision del cetro á que obedecian; mas aunque Cárlos accedió á conservar el título, la autoridad y el ejercicio de la soberanía de hecho pasaron á Fernando (2).

En este tiempo, estaba aun Cárlos empeñado en la

(1) Tampoco están acordes en el día de la renuncia los historiadores contemporáneos, pero parece que debe admitirse como exacta la fecha que cita Sandoval en su Hist. de Cárlos V, tom. II, páginas 603—606.

(2) Lanz, *Correspondenz des Kaisers Karl V.*, B. III, s. 708.

A los cinco años de haber sucedido esto, Cárlos trató de conseguir de Fernando que transmitiese á don Felipe las pretensiones que como rey de romanos tenia al imperio; pero fracasó la negociacion, como no

guerra contra Francia. Trató de negociar una paz permanente, y aunque no lo consiguió, tuvo, sin embargo, la satisfacción de ajustar una tregua el 5 de febrero de 1556, por tiempo de cinco años; con que ambas potencias quedaron en posesion de sus respectivas conquistas: bien que en el estado en que se hallaban estas, semejante tregua no era muy favorable á España; pero Cárlos hubiera otorgado concesiones aun mayores, por no dejar la herencia de una guerra á su sucesor.

Realizado, pues, cuanto era necesario para que el monarca mas poderoso de Europa quedase reducido á la situacion de un caballero particular, no habia ya nada que pudiese retrasar su viaje, y lo emprendió hácia el punto donde debia darse á la vela. Acompañáronle gran número de señores flamencos y los embajadores extranjeros, recomendando una y otra vez á estos últimos los intereses de su hijo. Al efecto se hallaba anclada en el puerto de Flesinga una escuadra de cincuenta y seis bajeles; y eligiendo ciento cincuenta personas de la casa imperial, que constaba de setecientas sesenta y dos, acompañado de ellas y de sus hermanas, y despidiéndose afectuosamente de don Felipe, que se veia precisado á detenerse en

podia menos de fracasar, porque Fernando no estaba disgustado del mando, y porque Cárlos no le podia ofrecer compensacion bastante á la pérdida de un imperio. Véase lo que dice Marillac, ap. Raumer, *Sixteenth and Seventeenth Centuries*, (Soudre, 1835, traduc. ingl), tomo 1, págs. 28 y sigs.

Flándes, el 13 de setiembre se hizo á la vela en el mencionado puerto de Flesinga.

La travesía fué por demas molesta á causa de las tempestades ; y Cárlos que al propio tiempo se vió cruelmente aquejado de la gota, desembarcó muy caido de ánimo en Laredo de Vizcaya, el día 28 del mismo mes ; mas no bien echó pié á tierra , se levantó una furiosa tormenta que ocasionó algunas averías en las embarcaciones; en lo cual la fé religiosa del pueblo vió manifiesta la proteccion de la Providencia, que habia preservado de todo riesgo á la escuadra hasta que el emperador estuvo á salvo (1).

Cárlos se quejó al desembarcar , y seguramente con razon , de los pocos preparativos que se habian hecho para recibirle. Don Felipe habia escrito repetidas veces á su hermana la regente que estoviese todo en órden para cuando llegase el emperador (2); y doña Juana dió al efecto las órdenes que creyó del caso. Mas ni la prontitud ni la puntualidad son virtudes muy propias de los españoles : aunque á decir verdad, no faltan razones con que justificar esta falta, pues tan-

(1) «Favor sin duda del cielo,» dice Sandoval, que tiene el suceso en cierto modo por milagroso, añadiendo que el bajel del emperador sufrió toda la fuerza de la tormenta y encalló en el puerto (Hist. de Cárlos V., tom. II, pág. 607). Pero esta y otras particularidades de que hace mencion aquel historiador en el caso presente, no están confirmadas por ningun testigo de vista, y por lo tanto deben de considerarse como ornatos de la narracion.

(2) La última carta de don Felipe, de fecha 8 de setiembre, se inserta íntegra en el MS. de don Tomás Gonzalez (Retiro, Estancia y Muerte del Emperador Cárlos V, en el Monasterio de Yuste) que ha servido de fundamento á la interesante narracion de Mignet sobre Cárlos V.

tas veces habia suspendido Cárlos su viaje de los Países Bajos, que cuando de veras lo realizó, puede decirse que cogió á todo el mundo de improviso: y que en este descuido no hubo intencion alguna, se vió despues claramente (1).

En todos los puntos del camino festejaron á Cárlos, que por el estado de su salud se veia obligado á viajar en una litera, como á un soberano que regresaba á sus dominios. Entró de noche en la antigua ciudad de Burgos, y le recibieron con iluminaciones en las calles, echándose á vuelo todas las campanas. Detúvose allí tres dias, hospedándose en casa del condestable, adonde fueron á felicitarlo los señores de aquella tierra, mientras el pueblo, por donde quiera que pasaba, acudía á victorearle. En Torquemada le ofreció sus respetos, juntamente con otras personas, el ilustre presidente del Perú, Gasca, que habiendo sido enviado á América á reprimir la insurreccion de Gonzalo Pizarro, consiguió restablecer la tranquilidad, conduciéndose tan hábilmente en aquel delicado encargo, que á su vuelta le elevó el emperador á la silla episcopal de Plasencia; y á la

(1) Entre otras contrariedades, ocurrió la de no haberse recibido cuatro mil ducados que doña Juana habia mandado poner á disposicion del emperador asi que desembarcase, como consta de una carta del secretario del mismo emperador. Gaztelu, á Vazquez de Molina, octubre, 6, 1556, en que le dice: «El emperador tuvo por cierto que llegado aqui, hallaria los cuatro mil ducados que el rey le dijo habia mandado proveer, y visto que no se ha hecho, me ha mandado lo escribiese luego á vuestra merced, para que se haga, porque son mucho menester.»—M.S.

sazon moraba en su diócesis, probablemente mas contento con aquel pacífico ministerio, que con el brillante pero espinoso desempeño de un vireynato del Nuevo Mundo.

Desde Torquemada, se encaminó Cárlos Quinto á Valladolid, donde su hija doña Juana se hallaba con la corte. Los preparativos que para recibirle le hicieron, fueron en todo correspondientes á la dignidad de que habia gozado; aunque él, indiferente ya á todas aquellas demostraciones, las reservó para sus dos hermanas, las reinas de Francia y Hungría, que entraron solemnemente en la capital, al otro dia de haberlo verificado su hermano con la llaneza de un particular cualquiera.

Permaneció allí algun tiempo para descansar de las incomodidades del camino; y aunque no asistió sino á muy pocas de las fiestas que se celebraron en la corte, no pudo eximirse de dar audiencia á sus antiguos ministros y á cuantos caballeros castellanos acudieron á tributarle el homenaje de sus respetos. Allí tuvo también ocasion de ver á su nieto don Cárlos, el heredero de su monarquía; y no falta quien afirme que con su acostumbrada penetracion, desde luego halló en el aspecto del príncipe algo que le hizo concebir graves recelos.

Cuarenta dias prolongó su estancia en Valladolid, en cuyo tiempo se sintió muy mejorado de sus dolencias, con la pureza y benignidad del clima. Bien

hubieran querido acompañarle sus hermanas cuando volvió á ponerse en camino, y aun despues, fijar no lejos de la suya su residencia; mas él no lo consintió en manera alguna; y despidiéndose afectuosamente de todos los individuos de su familia, como quien no pensaba volver á verlos, apresuró el término de su jornada.

El punto que para retirarse del mundo habia elegido, era el monasterio de Yuste, en la provincia de Extremadura, á corta distancia de Plasencia; pero todavía volvió á detenerse otros tres meses en Jarandilla, estado del conde de Oropesa, para dar tiempo no solo á que se terminasen algunos reparos que habia sido menester hacer en el monasterio, sino á que llegase una buena suma de dinero que un día y otro esperaba en vano. Tenia necesidad de este recurso principalmente para satisfacer los atrasos que debia á varias personas de las de su antigua servidumbre; desatencion de que era en cierto modo responsable don Felipe, que tan presto daba al olvido una de sus mas sagradas obligaciones. Pero en rigor, la culpa de esta falta no debia imputarse al nuevo soberano, ausente del reino á la sazón, é ignorante de lo que en el particular acontecia, sino á sus ministros y á los que tenian obligacion de proveer en este asunto: aunque bien considerado, ni don Carlos ni don Felipe, absolutos señores de las Indias, dejaron fama de muy puntuales en la satisfaccion de sus compromisos

pecuniarios. Con todo, en el presente caso, la historia de Carlos Quinto en Yuste, salva al hijo de toda nota de ingratitud, y aun de negligencia, respecto al padre (4).

Dícese que aquel sitio había llamado su atención algunos años antes, en una correría que hizo por aquella parte, y que lo designó para su futura residencia. El convento pertenecía á los monjes de la órden de San Jerónimo, que aunque rígidos observantes de su regla monástica, habían mostrado no menos gusto en la eleccion de morada, que en los medios que idearon para embellecerla. Situado en una campiña solitaria, pero pintoresca, que resguardaba en torno la cordillera que se estiende á la parte septentrional de Extremadura, ostentaba el edificio su grandiosa antigüedad en medio de deliciosos jardines y calles de mirtos, naranjos y limoneros, cuya

(4) Sandoval no hace mención de este particular, pero si Strada (De bello Belgico, (Ambéres, 1640) tom. I, pág. 42) y Cabrera, sobre todo, que como de la servidumbre real y como historiador, es mucho más autorizado. He aquí la imparcialidad con que se expresa: «En Jarandilla, ameno lugar del conde de Oropesa, esperó treinta dias treinta mil escudos con que pagar y despedir sus criados, que llegaron con tarda provision y mano; terrible tentacion para no dar todo su aver antes de la muerte.—Felipe Segundo, rey de España» (Madrid, 1619) libro II, cap. 44.

Las cartas escritas por entónces en Jarandilla, manifiestan los apuros en que se veía el emperador por falta de fondos. Tan exhausto estaba su tesoro, que llegó el caso de tener que pedir á su mayor-domo para el gasto corriente cien reales prestados. «Los últimos dos mil ducados que trajo el criado de Hernando Ochoa se han acabado, porque cuando llegaron, se debian ya la mitad, de manera que no tenemos un real para el gasto ordinario, que para socorrer hoy, he dado yo cien reales, ni se sabe de donde haberlo.» Carta de Luis Quijada á Juan Yaquez, ap. Gachard, *Retraite et Mort de Charles Quint.* (Bruselas, 1854) tom. I, pág. 76.

fragancia alternaba con la fresca humedad de los manantiales, que en gran copia brotaban de las peñascosas vertientes de aquellos montes. Era un deliciosísimo retiro, que con su apacible soledad y amena perspectiva, convidaba al alma á huir del bullicio del mundo y entregarse á profundas meditaciones. En él, tras una vida tan desasosegada y azarosa, el César habia determinado pasar los pocos dias que le restaban; mas no le fué dado, segun creia, mantenerse apartado de los hombres, ni negarse siempre á terciar en las altas cuestiones que en el mundo se debatian; porque no profesaba Cárlos la innoble filosofia que hizo á Diocleciano menospreciar los cuidados del imperio por el cultivo de un miserable huerto.—Pero dejémosle ahora en su retiro, y sigamos en sus primeros pasos al príncipe, cuyo reinado forma el asunto de la presente historia.

CAPITULO II.

PRIMEROS AÑOS DE DON FELIPE.

Nacimiento de Felipe Segundo.—Su educacion.—Confíasele la Regencia.—Contrae matrimonio con María de Portugal.—Su viage á Flándes.—Festejos públicos.—Proyectos ambiciosos.—Su vuelta á España.

1527.—1551.

Nació FELIPE SEGUNDO en Valladolid, el 21 de mayo de 1527. Fué su madre la emperatriz Isabel, hija de Manuel el Grande de Portugal, y por su padre descendia de las casas ducales de Borgoña y Austria; de suerte que por entrambos lados contaba entre sus progenitores á Fernando é Isabel la Católica de España. Por su sangre, pues, era español á medias; mas por carácter y temperamento, lo fué del todo.

Celebróse con la debida solemnidad la ceremonia de su bautizo, por mano del cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, el día 25 de junio, recibiendo el nombre de Felipe, en memoria de su abuelo paterno Felipe el Hermoso, cuyo breve reinado, (de que estuvo en posesion por su matrimonio con doña Juana,

reina propietaria de Castilla), apenas le dejó figurar en el catálogo de aquellos soberanos.

Con indecible júbilo recibieron Carlos y la nación entera el plausible nacimiento del niño, heredero de tan grandioso imperio; y ya se preparaban á celebrarlo cual correspondia, cuando llegaron las nuevas de la prision del papa Clemente Sétimo, y del saco de Roma por las tropas españolas que mandaba el condestable de Borbon. Al saber lo acontecido y las crueldades á que los conquistadores recurrieron, se llenó de espanto la Europa toda; y hasta los protestantes, en medio de su escasa afición al papa, miraron con horror atrocidades que no hubieran seguramente consentido los tiempos de Atila ni de Alarico (*). Por mas responsabilidad que cupiese á Carlos en el mantenimiento de aquella expedicion, seria una injusticia suponer que no hubiese participado de la indignacion general respecto á su modo de conducirse, y que se hubiera atrevido á menospreciar el sentimiento de la cristiandad celebrando regocijos públicos en aquel momento: así que inmediatamente se dieron órdenes para suspenderlos, no sin disgusto de las gentes del pueblo, cuyo amor al pontífice no era tanto que les obligase á dar tregua á su lealtad como vasállos; antes bien

(*) Sabido es, sin embargo, que tanta parte como el condestable de Borbon, tuvo cuando menos en el horrible saco de Roma el tirolés Jorge Frundsberg, que tomó á sueldo treinta y cinco compañías de *lansquenets*, compuestas de gran número de protestantes; y que á vueltas del incendio, del pillaje y de toda especie de crímenes, se degradó al pontífice, y en su lugar se proclamó á Lutero.

con aquella contrariedad entraron en recelos de que el reinado del nuevo príncipe no fuese de buen agüero á la religion católica (1).

No tardó, sin embargo, mucho en proporcionárseles ocasion de satisfacer por completo su entusiasmo, con motivo de la proclamacion de don Felipe como legítimo heredero de la corona. Celebróse la ceremonia con gran pompa y esplendor en las córtes de Madrid el 19 de abril de 1528, cuando solo contaba once meses de edad, llevándole en brazos su propia madre, que juntamente con el emperador, asistió á aquel acto, y jurándole obediencia, como sucesor á la corona, los nobles, el clero y los diputados. Mas no bien se hizo pública la ceremonia, cuando toda la nacion, como para desquitarse del pasado encogimiento, se entregó al júbilo y regocijo: todo fué luminarias y fuegos artificiales; todo bailes, corridas de toros, cañas, y los demas espectáculos propios de aquel pueblo, no menos poético que caballeresco.

Cuidados del gobierno llevaron poco despues á Carlos á otras partes de su dilatado imperio, y hubo de dejar encargado el niño al celo de una señora

(1) Cabrera. Felipe Segundo, libro I, cap. I.—Vanderhammen, don Felipe el Prudente, (Madrid, 1623) p. 4.—Breve Compendio de la vida privada del rey don Felipe Segundo, atribuido á Pedro Mateo, cronista mayor del reino de Francia, MS.—Leti, Vita di Filippo II., tom. I, pág. 69 y sig.

Andavano susurrando per le strade, cavando da questa proibitione di solemnità pronostici di cattivi augurii; gli uni dicevano, che questo Principe doveva esser causa di grandi afflitione alla Chiesa; gli altri che cominciando a nascere colle tenebre, non potera portar che ombra alla Spagna. Leti, vita di Filippo II, tomo. I, pág. 73.

portuguesa, doña Leonor de Mascareñas, ó por mejor decir, al de la emperatriz Isabel, cuya prudencia y maternal solícitud podían inspirarle absoluta confianza. A su vuelta á España, en que el príncipe entraba ya en la edad de siete años, le puso servidumbre aparte, y eligió dos personas para el delicado cargo de entender en su educación ⁽¹⁾.

Era una de ellas Juan Martínez Siliceo, catedrático á la sazón de Salamanca, hombre de piedad y ciencia, de carácter acomodado, según algunas correspondencias de Carlos Quinto, no solo al aprovechamiento de su discípulo, sino al suyo propio, dado que de tal modo acertó á captarse el favor del príncipe, que de humilde eclesiástico, subió por grados á las dignidades primeras de la Iglesia.

Bajo su dirección se instruyó Felipe en los antiguos clásicos, perfeccionándose tanto en el estudio del latín, que podía escribir en esta lengua, y escribió á menudo durante su vida, con facilidad y correctamente. Aprendió asimismo el italiano y el francés, si bien en el primero no parece se aventajaba mucho; mas el segundo lo hablaba con perfección, á pesar de que rara vez se determinaba á usar mas que de su

(1) *Ibid.*, tom. I, pág. 74.—Noticia de los Ayo y Maestros de Felipe Segundo y Carlos su hijo, MS.

Et passò i primi anni et la maggior parte dell' età sua in quel regno, onde per usanza del paese, et per la volontà della madre che era di Portogallo fu allevato con quella reputatione et con quel rispetto che pareva convenirsi ad un figliuolo del maggior Imperatore che fosse mai fra christiani. Relatione di Spagna del cavaliere Michels Soriano, Ambasciatore al Re Filippo, MS.

propio idioma. A las ciencias, y sobre todo á las matemáticas, mostró mucha inclinacion. Era muy entendido en arquitectura, como lo manifiestan los monumentos fabricados en aquel insigne período de las artes; en pintura y escultura, no dejaba tambien de ser inteligente; y por último, á todos estos conocimientos juntó en el fin de sus dias los de una crítica nada vulgar, á lo menos para un monarca.

El otro personaje á quien se confió la crianza de don Felipe, fué don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, que amaestró á su pupilo en el manejo de las armas, en el arte de cabalgar, en la destreza que requerian las justas y los torneos, y en cuantos ejercicios eran familiares á los caballeros de aquella edad; y no contento con esto, trató de robustecerle con el varonil entretenimiento de la caza, al cual, sin embargo, se mostró menos aficionado á medida que fué entrando en años.

Pero, á mas de todas estas prendas personales, ninguno tan á propósito como Zúñiga para inculcar en su pupilo los deberes de su régio estado. Era descendiente de una familia antigua, y habia pasado gran parte de su vida en las córtes, mas no conocia la doblez ni la adulacion que por lo comun caracterizan al cortesano, sino que por el contrario se hallaba poseido de sentimientos de honor que no le permitian falsear nunca el lenguaje de la verdad. Discurria siempre con el corazon en la mano, con sobrada fran-

queza, si se atiende á lo poco que de ella gustaba su pupilo; y Cárlos, que conocia el carácter de Zúñiga, escribia á su hijo que le honrase y mirara con afecto. «Aunque él se os figura algo áspero, le decia, no se lo debeis tener á mal, antes tener por muy cierto que el amor que os tiene, deseo y cuidado de que seais tal cual es necesario, le hace apasionar en ella y tener esta severidad.... y habeis de mirar que como todos los que habeis tenido y teneis cabe vos son blandos y os descan contentar, esto hace parecer á don Juan áspero; y si él hubiera sido como los otros, todo hubiera sido á vuestra voluntad; y no es esto lo que conviene á nadie, ni aun á los viejos, cuanto mas á los mozos, que no pueden tener el conocimiento ni freno que la experiencia y edad da á los otros.» El sabio emperador, que conocia cuán raro es que la verdad penetre hasta los oídos de los reyes, apreciaba el mérito de un hombre que con tanta entereza la manifestaba (1).

Aleccionado, pues, por estos preceptores, y mas aun por las circunstancias de su vida, que son la enseñanza mas provechosa, creció Felipe en edad, y fué poco á poco mostrando las cualidades peculiares

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. I, cap. I.—Leti, vita di Filippo II., tom. I, pág. 97.—Noticia de los AyoS, MS.—Relatione di Michele Soriano, MS.—Relatione di Federico Badoaro, MS. (*)

(*) La carta de Cárlos Quinto, que cita Prescott, y dico tener copiada, es de 6 de mayo de 1543, y se publicó como él mismo añade, en el Semanario Erudito de Valladares, (Madrid, 1778), tom. XIV, página 456 y sig.

de su carácter. Parecía demasíadamente cauto y reservado en su proceder, y por extremo mirado en sus palabras, así como en el juicio y reflexión, mas grave de lo que sus años requerían. Nunca se advertía en él la viveza de imaginación ni el ímpetu ardoroso de un natural resuelto, temerario y noble; la severidad de su rostro tenía algo de melancólica; y era tan dueño de sus acciones, que ni aun de mozo llegó casi nunca á descomponerse.

El emperador, á quien los negocios tenían alejado de España la mayor parte del tiempo, no podía atender por sí á la educación de su hijo. Desgracia fué para éste que muriese su buena madre, dejándole de doce años. Carlos, que amaba á su esposa cuanto puede amar un hombre embebecido en grandes proyectos é insaciables ambiciones, estaba en Madrid al recibir la noticia de su enfermedad; y aunque á toda prisa se encaminó á Toledo, residencia de la emperatriz, llegó solo á tiempo de abrazar sus inanimados restos, antes de que los diesen sepultura. Extremos de dolor hizo el inconsolable monarca, y á duras penas pudieron separarle de la habitación donde yacía el cadáver, hasta que por fin se encerró á solas con su llanto en el próximo monasterio de la Sisia.

Bien merecía Isabel el sentimiento que por ella hizo su esposo, pues era en todo señora de generosas y sublimes prendas. Su fortaleza llegaba hasta el extremo de no exhalar un gemido, ni aun en el acto de

su alumbramiento, pareciéndole que no era digno dar semejante muestra de poquedad de ánimo, y haciendo quitar la luz por si la vehemencia del dolor la obligaba á algun gesto que desdijese de su dignidad (1). Al propio tiempo estaba dotada de las demas virtudes de su sexo: su palacio era un verdadero taller de industria, en que, para no divertir sus ratos de ocio en frívolos pasatiempos, estaba continuamente ocupada con sus camareras en hilar y hacer tejidos elegantes; pues como su antecesora la reina Isabel la Católica, mandó algunas labores de tapiceria, trabajadas por sus propias manos, para que sirviesen de ornamento en los altares de Jerusalem; y realzaba este mérito con una afabilidad y atractivo tales, que se esculpió una medalla con su retrato, y por emblema las tres Gracias en el reverso, con una letra, que decia: *Has habet et superat* (2).

Tenia Isabel treinta y seis años cuando la sorprendió la muerte: Carlos no habia cumplido cuarenta; y aunque nunca mas volvió á casarse, no parece que influyera mucho aquella pérdida en la benignidad de su ánimo, haciéndole mas tolerante con los yerros, ó mas compasivo con las desventuras de sus vasallos; pues á pocos meses del fallecimiento de su esposa, y con motivo de la insurreccion de Gante, halló medio

(1) Florez, Memorias de las Reinas Católicas, (Madrid, 1707, tom. II, pág. 869.

(2) Ibid. tom. II, pág. 877.

de pasar por los estados de su antiguo enemigo el rey de Francia, y llegando á la ciudad rebelde, tomó tan rigurosa venganza de sus desdichados habitantes, que quedó memoria de ella en Europa toda ⁽¹⁾.

Era aun Felipe demasiado jóven en este tiempo para encargarse del gobierno durante la ausencia de su padre; pero tenia á su lado consejeros de experiencia, que inspirándole sabias máximas, le iban acostumbrando al manejo de los negocios, que algun dia habia de dirigir, y á esto deseaba el emperador que comenzara á consagrarse, no obstante su corta edad; en términos de que, estimulado por el disgusto que le aquejaba, parece como que se disponia á anticipar la consecuencia natural de su falta, resignando el cetro en manos de don Felipe, tan pronto como viese á éste en aptitud de empuñarlo por sí solo.

Nada alteró durante su ausencia el sosiego de que gozaba España, adonde volvió en el invierno de 1544, despues de la infausta jornada de Argel, la mas desastrosa de cuantas hasta entonces habia emprendido. Allí vió sepultarse su escuadra entre las olas, y á impulso de las tormentas, creyéndose dichoso en hallar un abrigo con los despedazados restos de aquella, en el puerto de Cartagena. Poco despues de su arribo, recibió una carta del príncipe en que se condolia de tan lamentable pérdida, y trataba de con-

(1) «Tomó la posta vestido en luto como viudo,» dice Sandoval, Hist. de Carlos Quinto, tom. II, pág. 285.

solarle con la reflexion de que la habian causado los elementos y no sus enemigos, añadiendo á estas algunas expresiones afectuosas, que debieron complacer á Carlos, si creyó que eran obra de su hijo ⁽¹⁾. A poco tiempo emprendió Felipe un viaje á la parte del Mediodía; mientras acompañado del que á la sazón era su predilecto, pudo encontrar el emperador alivio á sus infortunios.

Habíanse prevalido los franceses del mal estado en que las cosas de Carlos se encontraban, para dar una embestida al Rosellon, presentándose el Delfin con algunas fuerzas á las puertas de Perpiñan. Consideró el emperador favorable ocasion aquella para que el príncipe hiciese su aprendizaje como guerrero, y en su consecuencia se encaminó éste en posta á Valladolid. Reunióse aceleradamente un ejército considerable, y puesto Felipe al frente de él, acompañado de algunos de los mas expertos generales de su padre, se dirigió á toda prisa hácia la costa; mas no esperó el Delfin á tenerle encima, sino que levantando su campo, se retiró sin disparar un mosquete, ganando á escape la parte de la montaña. Entró Felipe triunfante en la plaza, y regresó poco despues, sin haber manchado su frente con laureles sangrientos, para recibir los plácemes de su padre. La prontitud con que en aquella ocasion efectuó sus movimientos, le granjeó buen concepto entre los españoles, y su

(1) Inserta Cabrera esta carta, Felipe Segundo, lib. I., cap. 2.

éxito venturoso parecia servirle de favorable presagio para lo sucesivo.

A su vuelta, pasó á presidir las córtes de Monzon; donde continuaban reuniéndose, separadamente, los diputados de Aragon, Cataluña y Valencia, desde mucho tiempo antes de la incorporacion de estas provincias con Castilla; y de ellas recibió Felipe, con todas las formalidades que prescribia la constitucion, el homenaje de los que las representaban, como sucesor á la corona de Aragon.

La guerra con Francia, que despues de una tregua temporal se habia renovado con mas violencia que nunca, no permitió al emperador prolongar mucho tiempo su permanencia en la Península; con lo cual se confirmaron los españoles en la opinion de que, las pocas veces que los visitaba, era solo con el objeto de obtener recursos para sus interminables guerras, y de que no vivia entre ellos mas tiempo que el necesario para realizar este designio. Pero antes de ausentarse, invistió con la regencia á Felipe, bajo la direccion general de un consejo compuesto del duque de Alba, el cardenal Tavera y el comendador Cobos; y no mucho despues, mientras andaba aun recorriendo, antes de embarcarse, la parte de Cataluña, escribió una carta á su hijo dándole algunas advertencias políticas, y hablándole sin el menor rebozo del carácter de los señores que habia nombrado para que le ayudasen en el gobierno. Esta carta, que es un

documento muy notable, contiene ademas algunos consejos excelentes sobre el modo con que habia de conducirse en su vida privada. «Del duque de Alba, decia el emperador, servíos en esto, (como militar y como político) y honradle y favorecedle, que es el mayor soldado y estadista que ahora tenemos en los Reinos..... De ponerle á él ni á otros grandes muy adentro, os habeis de guardar, porque por todas vias que él y ellos pudieren, os ganarian la voluntad, que despues os costaria caro; y aunque fuese por cualquier via, temo que no lo dejarán de tentar..... En estas dudas, siempre os atened á lo mas seguro, que es á Dios, y no cureis de los otros.»

En seguida hacia el emperador algunas observaciones respecto al comendador Cobos, considerándole como hombre dado á las cosas del mundo, y encareciéndole al propio tiempo las consecuencias de los vicios, no menos fatales para el alma que para el cuerpo; y algun fundamento parece que habia para semejante reprehension, porque el príncipe habia mostrado cierta aficion á los galanteos, como la mostró mas adelante. «Hasta aqui no se ve cosa en vos que notar notablemente, aunque no falta bastante que enmendar; y conviene lo hagais así, y que seais tan perfecto, que no haya que reprehender ni notar en vos, y as os lo ruego. El obispo de Cartagena, añade, le conocemos todos por muy buen hombre; y cierto que no ha sido ni es el que mas os conviene para vuestro es-

tudio. Ha deseado contentaros demasiadamente: plegue á Dios no haya sido con algunos respetos particulares. Él es nuestro capellan mayor: vos os confesais con él; no seria bien que en lo de la conciencia os desease tanto contentar como lo ha hecho en el estudio.»

En la cubierta de esta curiosa correspondencia, encargaba el emperador á su hijo que no la enseñase á nadie, y que si alguna vez estaba enfermo, ó la rompiese, ó se la devolviese en pliego cerrado. En ella con efecto hubieran visto aquellos cortesanos, que de tan alto predicamento creían gozar con el monarca, cuán enterado estaba este de todos sus pasos, cuán bien conocia su carácter respectivo, y hasta qué punto estaba persuadido de la ambicion que los dominaba: admirable conocimiento de las personas que tantas veces sirvió á Carlos para elegir las mas á propósito á la realizacion de sus planes, y por consiguiente al resultado que se proponia.

La carta de Palamós es, entre otras que pudieran citarse, una prueba del cuidado con que aun de lejos atendia Carlos á su hijo, y procuraba influir en su carácter; pues como experto navegante ponía ante la vista del jóven piloto un derrotero, por donde, sin otro auxilio, pudiera recorrer con seguridad mares para él extraños y desconocidos; bien que por entonces no fuese la navegacion muy peligrosa, porque España yacía en profunda calma, descansando de la

terrible tempestad que en otras partes de Europa estremecia á los príncipes en sus tronos.

Una novedad estaba á punto de efectuarse en las relaciones domésticas de don Felipe. Su tálamo, en el concepto de todo el mundo, era el mas codiciado de Europa, y ya su padre hacia tiempo que pensaba en su matrimonio. Al principio trató de unirle con Margarita, hija de Francisco Primero, poniendo por este medio término para siempre á las rencillas que con su antiguo rival tenia; pero Felipe se inclinaba mas á la alianza con Portugal; y habiéndose al fin decidido Carlos por esta, en diciembre de 1542 se firmaron las capitulaciones matrimoniales entre don Felipe y la infanta doña María, hija de Juan Tercero y de Catalina, hermana del emperador, y por consiguiente prima hermana de don Felipe. Al propio tiempo se ajustó el matrimonio de Juana, la hija menor de Carlos, con el primogénito de Juan Tercero, heredero de su corona. Estos enlaces mútuos entre las familias reales de Castilla y Portugal, eran tan frecuentes, que muchos de sus individuos tenian un parentesco comun en varios y aun íntimos grados de afinidad.

Contaba Juana ocho años menos que su hermano, y aun habia otra hija de Carlos, María, nacida un año despues que don Felipe. Estaba destinada á porvenir mas brillante que su hermana, como esposa del futuro emperador de Alemania. Asi que Felipe y la princesa de Portugal cumplieron diez y seis años, pues

solo se llevaban algunos meses, se resolvió llevar á efecto su matrimonio, designándose para celebrarlo, la ciudad antigua de Salamanca.

Salió del palacio de su padre y de Lisboa la infanta portuguesa en octubre de 1543 y tomó el camino de Castilla. Acompañábanla gran séquito de nobles, con el arzobispo de Lisboa á su cabeza. Al propio tiempo salia otra embajada no menos numerosa, para recibirla en la frontera y conducirla á Salamanca, yendo al frente de ella el duque de Medina Sidonia, pariente mayor de los Guzmanes, y magnate el mas acaudalado y poderoso de Andalucia. Habia adornado su palacio de Badajoz con la mayor suntuosidad para alojar á la princesa: las colgaduras eran de paños de oro; las camas, aparadores y algunos otros muebles de pulida plata; el duque caminaba en una magnífica litera, y los machos que la conducian llevaban herraduras de oro (*). A tres mil ascendia el número de criados y personas que componian aquella cabalgata, todos perfectamente montados, y todos con las libreas é insignias de sus señores; entre ellos los atabales, trompetas y clirimías del duque, y seis indios con sacabuches, (espectáculo raro entonces en España), que ostentaban en sus pechos grandes escudos de plata con las armas de los Guzmanes. Las crónicas refieren largamente el recibimiento hecho á la infanta, pero no

(*) Los frenos y clavazon de los machos que la traian (la litera), dice Sandoval, eran de oro.

dan de sí pormenor alguno que sirva para ilustrar la historia de los trajes y costumbres de España en el siglo décimo sexto.

Tenia la infanta cinco meses menos que don Felipe (*) ; era mediana de cuerpo, de bella figura, aunque un tanto gruesa, y se distinguía por el atractivo y graciosa expresión de su semblante. Llevaba una saya de tela de plata con labores de oro, capa de terciopelo morado con fajas de tela de oro, y gorra de lo mismo con una pluma azul y blanca. Las gualdrapas de la mula eran de riquísimo brocado, y el sillón que ocupaba doña María, de plata.

Así que llegó cerca de Salamanca, salieron á recibirla el rector y doctores de la universidad con sus hábitos académicos; á estos seguían los alcaldes y regidores, vestidos de ceremonia, con trajes de terciopelo carmesí, calzas y botas blancas; cerrando la marcha los soldados de á pié y de caballería, formados en hileras, muy bien aderezados, que presentaban un aspecto brillante, y que después de haber ejecutado varias evoluciones, formaron la escolta de la princesa. Por este orden, al compás de la música, y entre las aclamaciones de la muchedumbre, entró la suntuosa comitiva por las puertas de la capital.

Colocóse la infanta debajo de un magnífico palio, cuyas varas sostenían los magistrados de la ciudad;

(*) Sandoval dice que diez y siete años, cuatro meses de edad mas que el príncipe su esposo.

llevaba las riendas de su mula el último embajador de Portugal, don Luís Sarmiento, que habia efectuado las capitulaciones matrimoniales; y de esta suerte llegó al palacio del duque de Alba, que se habia destinado para su alojamiento. Salíó á recibirla con toda ceremonia la duquesa, en presencia de muchas damas y caballeros ricamente ataviados; y mientras la infanta se dignó dar á besar su mano á cada una de las señoras, la historia refiere la circunstancia de haber honrado á su ilustre huésped con un abrazo.

Todo aquel tiempo habia estado Felipe muy cerca de la infanta, sin que ella le conociese, pues impaciente por ver á la que iba á ser su esposa, habia salido con unos cuantos de su servidumbre, á alguna distancia de la ciudad, yendo todos disfrazados de cazadores; y cubriéndose con un ancho sombrero de terciopelo y con un tafetan el rostro, pudo ingerirse entre la multitud y al lado de la infanta, examinándola de cerca sin ser visto de nadie (*). De este modo formó parte de la comitiva durante las cinco horas que duró la entrada, hasta que empezó á oscurecer; «si oscuridad podía haber,» dice un historiador, «donde daba mas luz que la del mismo día el resplandor de diez mil antorchas.»

(*) Sin embargo, afirman nuestros historiadores que antes de llegar á Salamanca, se tenia ya aviso de que saldría el príncipe disfrazado; y que dentro de la ciudad, habiendo una vez prevenido á la infanta que don Felipe estaba mirándola, se tapó la cara con un abanico.

La siguiente noche del 12 de noviembre, era la señalada para el matrimonio. Sirvieron en él de padrinos el duque y la duquesa de Alba, y el arzobispo de Toledo, Tavera, hizo los desposorios. Duraron las fiestas toda una semana. Las damas mas hermosas de Castilla lucieron sus gracias en los saraos; los nobles mas distinguidos de Europa rivalizaron entre sí, desplegando toda su magnificencia en banquetes y torneos; y á la tranquilidad que por tanto tiempo habia reinado en los sombríos cláustros de Salamanca, sucedió el tumulto de aquellas ruidosas fiestas.

A los diez y nueve dias del propio mes, trasladaron los nuevos esposos su residencia á Valladolid, ciudad dichosa y funesta á un tiempo para la princesa; funesta, porque no habian pasado dos años, cuando el 8 de julio de 1545, dió á luz un hijo, que fué el célebre don Carlos, cuyo misterioso fin tanta materia ha dado á cavilosas conjeturas. Sobrevivió María al nacimiento del niño muy pocos dias; que á no ser así, quizá su amor y cuidado maternales hubieran influido de otro modo en su carácter, y especialmente en su fortuna. El cuerpo de la infanta, que primero estuvo depositado en la catedral de Granada, se trasladó despues al Escorial, al magnífico panteon que construyó su esposo para los reyes de España (1).

(1) Flórez, Reinas Católicas, tom. II, páginas 383 y 389.—Cabrera, Filipo Segundo, lib. 1, cap. 2.—Leti, vita di Filippo II, to-

Al año siguiente murió asimismo Tavera, arzobispo de Toledo, hombre de excelentes prendas y á quien tenia en mucha estima el emperador, segun puede deducirse del elogio que hizo de él cuando dijo que «con su muerte perdía Felipe mas que con la de su esposa, pues otra muger podía hallar, pero no otro Tavera.» Ocupó su puesto el cardenal Siliceo, preceptor que habia sido de don Felipe, y que promovido despues á la silla arzobispal de Toledo, recibió de Roma el capelo. El carácter un tanto lisonjero de este buen eclesiástico contribuyó mucho sin duda á su rápido encumbramiento, desde una pobre cátedra de Salamanca á la mitra suprema del arzobispado de Toledo, que por sus inmensas rentas y autoridad, podía considerarse en la iglesia cristiana, como poco inferior á la tiara pontificia.

En los años siguientes no ocurrió suceso alguno de importancia que alterase el reposo de la Península; pero el emperador se vió empeñado en el extranjero en un árduo conflicto, de que por fin le sacaron vencedor sus armas en la decisiva batalla de Mühlberg.

Esta victoria, que puso por trofeo en sus manos la

mo I, pág. 142.—Breve Compendio MS.—Relazione Anónimo, MS.
 Los pormenores relativos al casamiento los he tomado principalmente de Florez, tan minucioso en la relacion de las funciones de la corte, como un maestro de ceremonias (*).

(*) En la Biblioteca Nacional de Madrid existe MS. otra relacion muy puntual y curiosa de estas fiestas, Cód. Aa.—408.

persona de su mayor enemigo, le constituyó al propio tiempo en la ventajosa situación de dictar leyes á los príncipes protestantes de Alemania. Retiróse despues á Brusélas, donde recibió una embajada de su hijo, felicitándole por el triunfo que habia obtenido. Estaba Cárlos deseoso de verle, porque habian pasado cerca de seis años desde que se separó de él la vez postrera; y deseaba no menos llevarle á los Países Bajos para que personalmente le conociese el pueblo, á quien habia de gobernar andando el tiempo; y con este designio mandó á Felipe pasar á Flándes, así que llegase á Castilla la persona nombrada para sustituirle.

El elegido al efecto era Maximiliano, su sobrino, hijo de su hermano Fernando; jóven de excelentes prendas, de sano juicio y llanos modales; en una palabra, muy á propósito, á pesar de su juventud, para el cargo que se le confiaba. Estaba prometido en matrimonio, como queda dicho, á la hija mayor del emperador, su prima María; y debia efectuar su boda al propio tiempo que se hiciese cargo de la regencia.

Llególe á Felipe la orden de su padre, cuando estaba presidiendo las cortes de Monzon. En ellas se persuadió de que la asamblea aragonesa no era tan dócil como las de Castilla, pues los diputados de las montañas de Aragon y de las costas de Cataluña se resistieron mucho á aprontar nuevos subsidios para

empresas de mera ambicion, que si redundaban en gloria de su soberano, á ellos no les proporcionaba beneficio alguno; y tanto persistia aquel pueblo en su negativa, y tan abiertamente desaprobaba la conducta de sus gobernantes, que Felipe hubo de oir poco agradables reconvenciones. La convocacion de las cortes de Aragon era á los ojos del rey de España, lo que la de un concilio general á los del papa, recurso á que solo debia apelarse en casos de absoluta necesidad.

Apenas llegó Maximiliano á Castilla, celebró sus bodas con la infanta doña María, verificándose la ceremonia con la ostentacion de costumbre, en la ciudad de Valladolid; y entre las fiestas que se ejecutaron, la que mejor pareció fué la representacion de una comedia del Ariosto; prueba de que la culta literatura italiana, que tan visible influencia habia ejercido en las obras de los insignes poetas castellanos de aquella era, habia en cierto modo ganado terreno aun entre el pueblo.

Antes de abandonar Felipe á España, obedeciendo las órdenes de su padre, practicó algunas reformas en la etiqueta de su palacio, estableciéndola por el estilo de la de Borgoña, que era mucho mas ostentosa, y por consiguiente de mucho mayor dispendio que la que primitivamente se usó en Castilla. Creó multitud de cargos nuevos, dando los mas importantes á los grandes de primera clase. Al duque

de Alba, nombró mayordomo mayor; á don Antonio de Toledo, hermano de éste, caballero, y á Figueroa, conde de Feria, capitán del cuerpo de la guarda española. De los camareros, fué uno Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, personaje muy importante del gabinete de don Felipe. Hasta los oficios domésticos que tenían relacion con la persona y mesa del príncipe, se concedieron á personas de categoría. Púsose una guardia permanente en el alcázar. Felipe comía en público con grande aparato, asistido por sus reyes de armas y al son de instrumentos y chirimías: pompa que hace recordar la de la corte de Luis XIV. Todo esto disgustaba mucho á los españoles, que no comprendían por qué había de abandonar el príncipe las sencillas costumbres de su patria, por los usos extraños de Borgoña; y lo singular es, que tampoco era del agrado de don Felipe, sino que se acomodaba así al gusto de su padre, que por este medio quería lisonjear á los flamencos, estableciendo las ceremonias que estaban acostumbrados á ver en la corte de sus príncipes borgoñones (1).

Terminados, pues, los preparativos, y confiada la regencia á su cuñado, no había ya causa alguna que demorase el viaje de don Felipe; y así lo emprendió, acompañado del duque de Alba, del gran almirante

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. 1, cap. 2.—Leti, vita di Filippo II, tom. I, páginas 166, 183 y sig.—Sepulveda Opera, vol. II, página 346.

de Castilla, Enriquez, de Ruy Gomez, príncipe de Eboli, y de un numeroso séquito de personas distinguidas. Ni fallaron tampoco buen número de jóvenes de las principales familias que deseasen tomar parte en la expedición, pues se hizo punto de honra entre la nobleza el alistarse en ella á sus hijos y parientes. Aumentaban asimismo el número algunos artistas y hombres dedicados á las ciencias, pues el emperador quería que se formara alta idea de don Felipe en los pueblos por donde pasara.

Con este brillante acompañamiento, dió principio á su jornada en el otoño de 1548. Tomó el camino de Zaragoza; hizo una escursión hácia Perpiñan con el objeto de inspeccionar sus fortificaciones; visitó devotamente el monasterio de Nuestra Señora de Montserrat; pasó uno ó dos dias en Barcelona, disfrutando de las fiestas que se le tenían preparadas en los amenos jardines del cardenal de Trento, y desde aquí se encaminó al puerto de Rosas, donde le esperaba una escuadra genovesa, en cuyas galeras ondeaba el pabellon imperial. Llegaban éstas al número de cincuenta y ocho, sacadas de Génova, Sicilia y Nápoles, todas al mando del famoso Andrea Doria, el veterano de cien batallas.

En su navegacion á Génova experimentó alguna contrariedad por parte de los vientos, pero por fin arribó á aquel puerto, saliendo á recibirlo en una magnífica galera el Dux y los principales senadores.

Celebróse su desembarco con salvas de artillería disparadas desde la muralla y baluartes, y fué á hospedarse en el palacio de los Dorias, notable, aun en aquella ciudad de edificios tan suntuosos, por la grandeza de su arquitectura.

Mientras permaneció en esta ciudad, se vió obsequiado por cuantas atenciones puede prodigar la hospitalidad mas elegante; pero no todo el tiempo lo invertia en recreos y diversiones, pues diariamente recibia embajadas de los diferentes estados de Italia, y entre ellas una del papa Paulo Tercero, presidida por su sobrino Octavio Farnesio, cuyo principal objeto era solicitar del príncipe que se interesase con su padre en la restitucion de Parma y Plasencia á la Santa Sede. A esto respondió Felipe en buenos términos, aunque, como dice un historiador, «en el punto esencial bastante ambiguos» (1), pues ya parecia estar algo impuesto en las artes de la política. No mucho despues le envió el papa una espada que él propio habia bendecido, y el sombrero que llevó puesto la noche de Navidad, á lo cual acompañaba una carta autógrafa, en que, despues de encarecer la mística importancia de aquel don, no encubria las esperanzas que abrigaba de que Felipe fuese con el tiempo el verdadero campeon de la Iglesia.

(1) «Non rispose che in sensi ambigui circa al punto essenziale, ma molto ampi né complimenti.» Lett. vita di Filippo II, tom. I, pág. 189.

Trascurridas dos semanas, tornó el príncipe á proseguir su viaje, llegando al célebre campo de la batalla de Pavía, donde le mostraron el lugar en que Francisco Primero fué hecho prisionero, y en que una emboscada de los españoles decidió del éxito del combate; y no pudo menos de abrir al júbilo su pecho, viéndose en tierra tan memorable por la brillante victoria que su padre habia alcanzado: victoria que debia ser causa de odios tan implacables por parte de su vencido rival, y principio de tanta efusion de sangre.

De Pavía pasó á Milan, hermosa capital de Lombardia y la mas preciosa conquista de los españoles en Italia. Era Milan en aquel tiempo únicamente inferior á Nápoles en poblacion, pero á todas llevaba ventaja en la magnificencia de sus edificios, en el esplendor de su nobleza y en la opulencia é industria de sus ciudadanos. Tenia á la sazón gran celebridad por sus primorosas fábricas de seda y sus armas curiosamente trabajadas é incrustadas de plata y oro. En las artes de lujo y civilizacion material, ninguna de las capitales de la cristiandad podia competir con ella.

Apenas se aproximó el príncipe á los arrabales, salió inmensa multitud de pueblo á saludarle. Quince millas antes de llegar á la ciudad, se veia el camino interrumpido con arcos de triunfo, adornados de flores, ramos é inscripciones en latin y en italiano, que se reducian á panegíricos del padre y pronósticos de la

futura gloria de su hijo. Formaban parte del concurso las damas nobles de Milan en lijeros y graciosos carruajes, cubiertos de brocado y seda, y los caballos de lujosos caparazones. Al llegar cerca de la ciudad, se presentaron doscientos caballeros que habian de servirle de escolta, armados de punta en blanco, con cotas de las fábricas de Milan y seguidos de cincuenta pajes con lujosas libreas, que debian estar á las órdenes del príncipe mientras permaneciese en aquella poblacion.

Entró Felipe en ella debajo de un patio, con el cardenal de Trento á la derecha, y Filiberto, príncipe del Piamonte, al otro lado. Recibióle el gobernador de la plaza, y poco despues los senadores con trajes de etiqueta. Las casas de toda la carrera por donde habia de pasar la comitiva, estaban colgadas de tapices y cuadros de los mas insignes pintores de Italia; y los balcones y miradores llenos de curiosos que deseaban contemplar á su futuro soberano, y poblaban el aire de ruidosas aclamaciones. La fiesta de aquel dia terminó por la noche con una brillante funcion de fuegos artificiales, en que se aventajaban mucho los milaneses, y con luminaria general en toda la ciudad.

Fué el tiempo que Felipe permaneció en Milan una serie no interrumpida de banquetes, fiestas y cuantos espectáculos pudo inventar el gusto de imaginacion de aquel pueblo, para complacer á su ilustre huésped. En nada halló tanto agrado como en los es-

pectáculos teatrales, que en Italia se ejecutaban con mas elegancia y perfeccion que en ningun otro pais de allende los Alpes. Y no se contentó con ser espectador pasivo las mas veces, sino que se deleitaba mucho en la danza, á que era muy dispuesto por su gallarda y ágil figura. En presencia de las señoras renunciaba en gran parte á su habitual reserva, y la distinguida galantería de sus modales le granjeó una favorable reputacion entre las bellezas de Italia, á quienes probablemente no debia desagradar tampoco su munificencia. A la esposa del gobernador, que le prodigó mil atenciones en un espléndido sarao, regaló una sortija de diamantes, de valor de cinco mil ducados, y á su hija un collar de rubies, valuado en tres mil. Otros obsequios hizo no menos preciosos á diferentes personas de la corte, y aun á los músicos y gente de clase inferior que habian contribuido á festejarle. A los templos dió no menores pruebas de generosidad: en una palabra, no omitió ocasion alguna de conducirse con liberalidad propia de un rey.

Algo hubo de hacer, sin embargo, para corresponder á las atenciones que se le prodigaban, complaciendo de algun modo á sus huéspedes, y tuvo la suerte de ofrecerles un espectáculo curioso, que, aun para aquel pueblo tan dado á toda suerte de placeres, tenia el raro mérito de la novedad. Tal era el gracioso torneo introducido en Castilla por los árabes españoles. En él tomaron parte los principales nobles

que formaban su acompañamiento. Dividieronse en seis cuadrillas ó bandos, cada uno con distintas empresas y colores, cubiertas las cabezas con unos lienzos á manera de turbantes, por el estilo del que gastaban los moros. Iban montados á la jineta, es decir, con los estribos cortos, y blandiendo en las manos ligeras lanzas, que tenian puestas al extremo banderolas de color muy vivo, para que se distinguieran unas de otras las cuadrillas respectivas. Asi ataviados y montados á la ligera, los caballeros españoles imitaban las vistosas maniobras de los moriscos, quebrando algunas cañas, mostrando incomparable ligereza en el cabalgar, y dando pruebas de una agilidad y gracia que no podía menos de deleitar á los italianos, embebecidos con aquel combate tan animado, pues hasta entonces solo estaban hechos á ver los pesados y poco airosos ejercicios de los torneos de los demas paises (1).

Al cabo de algunas semanas, abandonó el príncipe don Felipe los hospitalarios muros de Milan y se encaminó al Norte; mas no bien habia salido de la ciudad, se encontró con un cuerpo de doscientos arcabuceros montados, con sus uniformes amarillos y mandados por el duque de Arschot, que su padre le enviaba para que le sirviesen de escolta. Atravesó el

(1) Estrella, El Felicissimo Viaje del Príncipe don Pbelipe desde España á sus Tierras de la Baxa Alemania, (Amberes, 1552), pp. 1, 21, 3
—Leti, vita di Filippo II, tom. I, pág. 190.—Breve Compendio MS.

Tirol, y por Munich, Trento y Heidelberg, prosiguió su viaje á Flándes. Durante todo el camino salian á saludar á la real comitiva innumerable multitud de personas de ambos sexos, ansiosas de ver de cerca al jóven príncipe, destinado á empuñar el cetro mas poderoso de Europa. Felicitábanle los magistrados de las ciudades por donde pasaba con arengas y ricos presentes, que muchas veces le entregaban en unas urnas ó globos de plata henchidos de ducados de oro. Recibia Felipe aquellos dones con graciosa condescendencia; y á decir verdad, no eran de despreciar en ocasion de dispendios tan considerables. A las arengas, solia replicar el duque de Alba, que iba al lado del príncipe. Las jornadas las hacian á caballo, único modo de viajar seguramente por un pais en que eran muy raros los caminos á propósito para carruajes.

Por último, y despues de un viaje de cuatro meses, llegó el acompañamiento á las inmediaciones de Bruselas. Conocíase su proximidad á las grandes poblaciones por el gentío que le salia al encuentro, y por las tumultuosas aclamaciones que se dirigian á Felipe, haciéndole creer que estaba en medio de su propio pueblo. A veces se acrecentaba la concurrencia con los destacamentos de los soldados. Llegó por fin el momento en que entre el estruendo de la artillería y el volteo de las campanas, que desde todas las torres esparcian por los aires sus sonidos, entró Felipe en la capital de Bélgica.

En esta ciudad tenia su corte la regente María, y con ella habitaba en el propio palacio su hermano el emperador. Tuvo, pues, éste la satisfaccion de abrazar de nuevo á su hijo, de quien habia estado tantos años separado, y no menos de notar por sí mismo la alteracion que el tiempo habia hecho en el semblante del príncipe. Tenia á la sazón veinte y un años, y se distinguia por la buena apariencia de su persona, en que convenian todos cuantos de cerca le miraban; y esta misma opinion se vé confirmada por el retrato que de él nos dejó el pincel de Ticiano, concluido antes de que marchitase su fresca juventud la palidez de las enfermedades, antes de que los cuidados y disgustos dicsen á sus facciones una expresion melancólica y sombría.

Era de complexion bella y hasta delicada; la barba y cabellos de un rubio clero; los ojos azules y las cejas un tanto juntas; la nariz delgada y aguileña: su mayor imperfeccion era el labio grueso, carácter de la raza austriaca, y la mandíbula inferior mas prominente aun que la de su padre; pero se asemejaba mucho á éste en el aspecto, si bien en el del príncipe no se descubria inteligencia tan despejada. La estatura era mediana; el cuerpo ágil y bien formado. Tenia grande esmero en vestir con riqueza y elegancia, aunque sin demasiada afectacion de ornato. Su aire era grave, y en él se echaba de ver la majestad del antiguo castellano, y hasta la expresion

natural de su severo y flemático temperamento ⁽¹⁾.

Durante su larga permanencia en Bruselas, tuvo Carlos Quinto ocasion de perfeccionar la educacion de su hijo en un ramo en que aun no tenia muchas nociones, la ciencia del gobierno. Ni podia hallarse preceptor de mas experiencia que el hombre que habia dado impulso á todos los grandes movimientos políticos de Europa, en los postreros veinte y cinco años de aquel siglo. Pasaba don Felipe algunas horas diariamente en el gabinete de su padre, discutiendo con él sobre los asuntos públicos, ó asistiendo á las conferencias del Consejo de Estado. Seguramente puede afirmarse que Carlos, en sus instrucciones privadas, no dejaria de inculcar en el ánimo de su hijo los dos principios que forman la base del gobierno de don Felipe, el mantenimiento de la autoridad real en toda su latitud y la defensa mas estricta de la comunión católica romana; y no menos probable es que hallase la conveniente aptitud y dócil preparacion en su discípulo: por lo menos adquirió Felipe una aplicacion perseverante, y una insistencia en la ejecucion de sus planes, como pocos príncipes habrán tenido ⁽²⁾.

(1) «Sua altezza si trova hora in XXIII anni, di complessione delicatissima e di statura minore che mediocre, nella faccia imiglia assa al padre e nel mento.» Relatione del Clarissimo Monsig. Marino Cavallo tornato Ambasciatore del Imperatore Carlo Quinto l' anno 1554, MS.
«Et benché sia picciola di persona, e però così ben fatto et con ogni parte del corpo così ben proporcionato et corrispondente al tutto, et veste con tanta politezza et con tanto giudicio, che non si può vedere cosa piu perfetta.» Relatione di Michele Soriano, MS.

(2) Mariano Cavallo, embajador en la corte imperial, que atestigua los hechos referidos en el texto, manifiesta algunas dudas sobre si

El principal objeto que se propuso don Felipe en su jornada á los Países Bajos, fué darse á conocer al pueblo de todas aquellas provincias, estudiar el carácter peculiar de cada cual en su propio territorio, y recibir el juramento que habian de prestarle como á su futuro soberano; así que, despues de una larga residencia en Bruselas, salió á recorrer las provincias, acompañado de la reina regente, de la misma comitiva que habia llevado, y ademas de gran número de nobles.

Habia siempre mirado Carlos Quinto con especial predileccion á los Países Bajos, que á la sombra de su imperio, bien que no adquiriesen todos los recursos que han debido en época posterior á sus instituciones liberales, vieron no obstante acrecentarse su prosperidad. Ningun otro país de Europa reunia tanto número de poblaciones comerciales en igual estension de territorio, pues sus pueblos florecientes se distinguian por sus riquezas, industria y empresas comerciales, no menos que por la esplendidez con que vivia su aristocracia. En la ocasion á que nos referimos, rivalizaban aquellos pueblos entre sí en fidelidad y demostraciones para con el príncipe, y en la

don Felipe, despues de tan esmerada educacion, podia igualarse á su padre. «Nelle cose d' importanza, facendolo andare l' Imperatore ogni giornio per due ó tre hore nella sua camera, parte in Consiglio et parte per ammaestrarlo da solo a solo, dicesi che fin hora á fatto profitto assai, et da speranza di proceder piu oltre, mala grandezza di suo padre et l' esser nato grande et non haber fin qui provato travaglio alcuno, non lo fara mai comparirse a gran giunta eguale all' Imperatore.» *Relatione di Marino Cavallo, MS.*

magnificencia con que en todas partes le recibian. Uno de los que iban en la comitiva real, escribió una obra para referir la multitud de obsequios que en todas partes se tributaron á don Felipe, hasta el punto de parecer mas bien que viaje, expedicion triunfal la suya; y tantos pormenores daba de sí el asunto, que aquel patriótico autor llenó con ellos un libro voluminoso, para los contemporáneos interesante, mas para nosotros de muy poco atractivo ⁽¹⁾. Solo las inscripciones puestas en los arcos de triunfo y en los edificios públicos, ocupan multitud de páginas. Habia unas en latin y otras en el idioma del pais, y todas presagiaban largos dias de ventura á la nacion, asi que bajo el benigno cetro de Felipe comenzára á gozar de calma y de libertad: presagios sobre manera lisonjeros, que mostraban cuán poco dotados de espíritu de profecía estaban los autores de semejantes vaticinios ⁽²⁾.

En todos estos regocijos, solo la ciudad de Amberes invirtió cincuenta mil doblones; mas ninguna comparable con Bruselas en los gastos de sus fiestas, de las cuales la mas notable fué una justa. Bajo los príncipes de la casa de Borgoña, los flamencos estaban muy

(1) Es la misma obra de Estrella que dejamos citada (El Felicissimo viaje del príncipe don Phelipe) testimonio el mas autorizado que puede darse para la relacion de este viaje. La obra, que no se ha reimpresso despues, se ha hecho en extremo rara.

(2) Véanse, por ejemplo, las siguientes, que se pusieron una en Arras, y otra sobre la puerta de Dordrecht.

«Clementia firmabitur thronus ejus.
»Te duce libertas tranquilla pace beabit.»

familiarizados con estas empresas caballerescas; pero habian ya declinado mucho desde la invencion de la pólvora y los demas adelantos hechos en las ciencias militares; con todo, fué opinion general que ninguna justa se habia celebrado con tanto esfuerzo y magnificencia desde los tiempos de Carlos el Temerario. El historiador de este suceso parece haberse indentificado, como Froissart en sus páginas, con el espíritu del feudalismo. Daremos aqui algunos pormenores, aun á riesgo de incurrir en la nota de vulgaridad para aquellos que crean nos hemos detenido mucho en referir los regocijos hechos en las córtes de Castilla y de Borgoña. Parécenos, sin embargo, que semejantes narraciones forman parte del cuadro natural de siglo tan pintoresco, y que las noticias que proporcionan respecto á las costumbres de la época, no carecen de interés para los que se dedican á la historia.

La justa se verificó en una anchurosa plaza, cercada con este objeto, frente á la gran casa de la villa de Bruselas. Cuatro caballeros estaban dispuestos para mantener el campo contra cuantos quisieran combatir con ellos, y de antemano se habian designado los premios para los vencedores. Los cuatro mantenedores eran, el conde Mansfeldt, el conde Hoorne, el de Aremberg y el señor de Hubermont; entre los jueces figuraba el duque de Alba; y en la lista de los competidores afortunados se leen los nombres del príncipe don Felipe de España, de Manuel Filiberto,

duque de Saboya, y del conde Egmont: nombres célebres en la historia; pero ¡cuán en breve habian de venir unos con otros á las manos en sangrienta pugna, los mismos que á la sazón se recreaban en meros pasatiempos de caballería!

El día comenzó bajo buenos auspicios, y las vallas se llenaron de ciudadanos de Bruselas y de innumerable multitud de pueblo de los lugares comarcanos. Las galerías que había al rededor del pabellón estaban ocupadas por la nobleza y por las damas de la capital; y un dosel que ostentaba las armas imperiales bordadas sobre carmesí y con oro, indicaba el sitio que habían de ocupar Carlos Quinto y sus hermanas, la regente de los Países Bajos y la reina viuda de Francia.

Por espacio de cuatro horas sostuvieron gallardamente el campo los cuatro mantenedores contra cuantos aventureros se presentaron ansiosos de probar su esfuerzo en presencia de asamblea tan ilustre. Por último sonaron las trompetas anunciando la entrada de otros cuatro caballeros, cuyo brillante séquito suponía ser personas de elevada alcurnia. Eran el príncipe don Felipe, el duque de Saboya, el conde Egmont y don Juan Manrique de Lara, mayordomo del emperador. Iban armados de todas armas, con sayos de terciopelo morado carmesí, y los caballos con penachos morados y amarillos.

Corrió Felipe la primera lanza siendo su contrario

el conde Mansfeldt, capitán flamenco de alto nombre. Dada la señal, arremetieron los dos caballeros uno contra otro, y encontrándose en medio de la tela, chocaron entre sí de manera, que hicieron pedazos las lanzas hasta chocar cuerpo con cuerpo, y ambos vacilaron en las sillas, pero los dos se tuvieron firmes. Levantóse en la plaza gran clamoreo de aplausos entre los espectadores, tanto mas ruidosos, cuanto que uno de los combatientes era el príncipe heredero.

Corrieron lanzas con varia fortuna otros muchos caballeros, siguiéndose una justa á la fola, en que tomaron parte todos los que eran capaces de medir sus fuerzas; y hubo hechos de armas de que indudablemente conservaron larga memoria los ciudadanos de Bruselas. Dadas las siete de la tarde, anunció un toque de trompetas la conclusion de la fiesta, y se retiró el concurso con el mayor orden, pasando los caballeros á cambiar sus pesadas armaduras por las ligeras galas del sarao. La municipalidad habia preparado un magnifico banquete, digno de los augustos huéspedes. A él concurrieron el emperador y sus hermanas, que presenciaron también la distribución de los premios, entre los cuales habia un brillante rubí destinado al vencedor en la *lanza de las damas*, que fué entregado por los jueces á don Felipe, príncipe de España.

Tras el banquete se dió un baile, en que se distinguió por su cortesana galantería el mismo príncipe,

asi como en la justa se habia señalado por su esfuerzo. Túvose tambien una mascarada al estilo oriental, yendo unos vestidos de turcos y otros de albaneses; pero no se prolongó la fiesta mas que hasta las doce de la noche, en que concluyó el sarao, retirándose los convidados muy contentos del suntuoso festin con que les habia obsequiado la villa de Bruselas ⁽¹⁾.

Otro premio ganó tambien Felipe combatiendo con un valiente caballero llamado Quiñones, mas no le cupo la misma suerte en el lance que sostuvo con el hijo de su antiguo ayo Zúñiga, pues recibió un fuerte golpe en la cabeza, de que asustado el caballo, le llevó á escape buen trecho y cayó á tierra sin sentido. Grande fué el sobresalto, pero no tuvo ulteriores consecuencias ⁽²⁾.

No faltaban algunos, sin embargo, que negasen á don Felipe la destreza en el manejo de la lanza. Marrillac, embajador francés en la córte imperial, hablando de un torneo que dió Felipe en honor de la princesa de Lorena en Augsburgo, asegura que no habia visto en su vida mas floja lanza; y refiriéndose á otro lance, añade que el príncipe español no pudo ni si-

(1) Assi fueron á palacio siendo ya casi la media noche, quando se uvieron apeado muy contentos de la fiesta y banquete, que la villa les hiciera. Estrella, Viaje del príncipe Phelipe, p. 73.

(2) «ictum accepit in capite galeaque tam vehementem, ut vecors ac dormienti similis parumper in vectu ephippio delaberetur, et in caput armis superiorem corporis partem gravius deprimentibus caderet. Itaque semianimis pulvere spiritum intescludente jacuit, donec á suis sublevatus est.» Sepulveda Opera, vol. II. p. 381.

quiera tocar á su competidor (1). Mas de un golpe hubiera tenido que darle para ser visto de un francés; porque esta nacion miraba entonces á los españoles como en época anterior y en otra muy posterior á los ingleses. Las largas competencias entre el monarca francés y el español infundieron tal espíritu de reciproca aversion en los ánimos de sus vasallos, que no puede menos de oirse con desconfianza el juicio que formaba una nacion respecto de otra en el siglo décimo sexto.

Pero cualesquiera que fuesen los triunfos de Felipe en aquellos ejercicios caballerescos, lo cierto es que tenia poca aficion á ellos, y que si tomó parte en la fiesta, fué solo por contentar á su padre y acomodarse al tiempo. De jóven, alguna vez habia cazado, pero se sentia tan poco inclinado á esta diversion, como á los ejercicios atléticos de la caballería. Era de constitucion no muy robusta, y preferia fortalecerla mas con la dieta que con el ejercicio. Se habia propuesto comer solo vianda, que era alimento mas nutritivo, absteniéndose de toda clase de pescado y fruta (2). A mas

(1) Raumer, Sixteenth and Seventeenth Centuries, vol. I. p. 24.

El extracto de Von Raumer de los M.SS. de la Biblioteca Real de Paris contiene varios pormenores muy curiosos sobre los reinados de Cárlos Quinto y Felipe Segundo.

(2) «E. S. M. di complessione molto delicata, et per questo vive sempre con regola, usando per l' ordinario cibi di gran nutrimento, lasciando i pesci, frutti et simili cose che generano cattivi humori; dorme molto, la però essercitio, et i suoi trattenimenti domestici sono tutti quieti; et benché nell' essercitio habbi mostrato un poco di prontezza et di vivacità, però si vede che ha sforzato la natura, la quale incina piu alia quiete che all' essercitio, piu al riposo che al travaglio.» Relatione di Michele Soriano M.S.

de su ninguna afición á los ejercicios activos, se mostraba tambien indiferente á los espectáculos alegres, tan del gusto de aquella edad poética; pues por su voluntad no se hubieran celebrado tantas fiestas durante su largo viaje. Era ceremonioso y muy atento con cuantos se acercaban á su persona, pero de ningun modo dado á las pompas y bullicio de la vida palaciega. Preferia pasar las horas en la soledad de su habitacion, conversando agradablemente con los pocos á quienes dispensaba su confianza; y asi fué, que le costó al emperador no poco trabajo sacarle de su retiro y presentarle en la sala de audiencias, ó llevarle consigo á visitas de etiqueta ⁽¹⁾.

Esta propension de Felipe al sosiego y aislamiento no le recomendaba mucho á los flamencos, que estaban acostumbrados al fausto y profusion de la corte de Borgoña. Para su carácter sociable y bullicioso, no era el severo aspecto del príncipe, que por otra parte contrastaba con la afabilidad de su padre, análoga en un todo á las costumbres de las diferentes naciones que le obedecian, y tan acomodada á sus cualidades, que era astuto y político con los italianos, familiar y franco con los alemanes, pundonoroso y severo con los castellanos ⁽²⁾. Con estos últimos, era con quienes

(1) «Barissime volte va fuora in campagna, ha piacere di starsi in camera, co suoi favoriti, a ragionare di cose private; et se talli, hora l'Imperatore lo manda in visita, si scusa per godere la solità quiete.» *Relacione di Marino Cavallo, M.S.*

(2) «Pare che la natura l'abbia fatto atto con la familiarità e domestichezza á gratificare á Fiammenghi et Borgognoni, con l'ingegno

tenía mucho de comun Felipe, pues en todo parecia español, y ni hablaba ni pensaba nada que no fuese de España ⁽¹⁾. A los Países Bajos miraba como tierra extraña y poco digna de su afecto; sus consejeros y amigos eran todos españoles, de suerte que el pueblo de Flándes llegó á persuadirse del escaso favor que gozaria bajo su dominio, viendo de antemano que no habria cargo de confianza en su país en qué no pusiese á los castellanos, asi como en los primeros tiempos de Carlos Quinto habian recaido en los flamencos todos los de Castilla ⁽²⁾.

Nada se le ocultaba al emperador mas que la impopularidad de su hijo, hasta el punto de que por entonces principió á dar algunos pasos para asegurar en sus sienes la corona del Imperio. En agosto de 1550 convocó una junta de electores y dignatarios del Imperio para la ciudad de Augsburgo, y en ella propuso la eleccion de don Felipe como rey de romanos, asi que hubiera obtenido de su hermano Fernando la renuncia de esta dignidad. ¿Quién diria que Carlos perderia en esta ocasion su habitual conocimiento de la naturaleza humana? Pero lo cegaba el deseo de acre-

et prudentia à gli Italiani, con la riputatione et severità alli Spagnuoli; vedendo hora in suo figliulo altrimenti sentono non picciolo dispiacere di questo cambio.» Ibid. M.S.

(1) «Philippus ipse Hispaniæ desiderio magnopere aestuabat, nec aliud quam Hispaniam loquebatur.» Sepulveda Opera, vol. II. página 401.

(2) «Si fa giudicio, che quando egli succederá al governo delli stati suoi debba servirsi in tutto et per delli ministri Spagnuoli, alla qual natione è inclinato piu di quello, che si convenga a prencipe, che voglia dominare a diverse.» Relatione di Marino Cavallo, M.S.

centar el poder de su hijo, á pesar de que por experiencia propia sabia que no por mas poderoso, habia de hacerle mas feliz.

Encaminóse, pues, con Felipe á Augsburgo, donde los esperaban ya Fernando y los que componian la dieta Germánica. En vano exigió Cárlos de su hermano que renunciase la sucesion imperial en favor del príncipe; ni rdegos, ni argumentos, ni instancias, ni aun las lágrimas, segun se dice, de su comun hermana la regente María, movieron á Fernando á desprenderse de su rica herencia. Igual desengaño recibió Cárlos cuando variando de pretension, pidió á su hermano que consintiese en la eleccion de Felipe para sucesor suyo á la dignidad de rey de romanos, ó por lo menos que dividiese esta (cosa inusitada), entre el príncipe y su primo Maximiliano, hijo de Fernando, destinado por los electores á suceder á su padre.

Este jóven príncipe, que tambien habia sido llamado á Augsburgo, se mostraba tan poco dispuesto como Fernando á acceder á las proposiciones de su exigente suegro, aunque prudentemente alegaba, como fundamento de su negativa, que no podia oponerse á la decision de los electores. Estaba seguro de que fallarian en su favor, dado que por una parte deseaban no perpetuar el cetro imperial en la rama de los monarcas castellanos, y por otra tenian muy presente lo que habian sufrido con el despótico carácter de Cárlos Quinto, y no creian que degene-

rasede éste mucho en su sucesor. Anhelaban que los mandase un alemán, uno que comprendiera la índole nacional, y sinceramente participase de los sentimientos del pueblo; y la benevolencia y buena fé de Maximiliano le habian ya granjeado el amor de sus compatriotas, y héchole en su opinion digno del trono (1).

Felipe, por otro lado era menos querido aun de los alemanes que de los flamencos. En vano habia brindado por ellos una y otra vez en los banquetes, como solia hacerlo, hasta que el cardenal de Trento le aseguró que se habia captado en sumo grado el amor del pueblo (2). La natural altivez de su carácter debió darle á entender en mas de una ocasion que estaba equivocado. Cuando Carlos volvia á su palacio, acompañado, segun costumbre, por multitud de nobles y príncipes del imperio, se despedia de ellos amistosamente, dándoles la mano y quitándose el sombrero; pero Felipe observaron que proseguia su camino sin volver la vista ni tratar de averiguar quienes habian ido haciéndole los honores; lo cual era afectar mas grandeza que su padre. Decíase de él, en una palabra, que se consideraba superior á Carlos Quinto, tanto como podia

(1) Cabrera, Felipe Segundo; lib. I, cap. 3.—Leti, vita di Filippo II, tom. I, pp. 495, 498.—Sepulveda Opera, vol. II, pp. 399, 404.—Marillac, ap. Raumer, Sixteenth and Seventeenth Centuries, vol. I, p. 28, et seq.

(2) Marillac, a Raumer, Sixteenth and Seventeenth Centuries, Trad. ing. vol. I, p. 30.

serlo el hijo de un emperador con respecto al hijo de un rey ⁽¹⁾. Temeraria jactancia, que los alemanes no podian menos de contemplar como un indicio de su carácter: en suma, el proceder de Felipe, que segun testimonio de un contemporáneo, habia agrada- do poco á los italianos y disgustado positivamente á los flamencos, era hasta odioso para los alemanes ⁽²⁾.

Ni se crea que la eleccion de Felipe fuese tampoco grata á los españoles. Bastante tiempo se habia vis- to esta nacion hecha satélite del imperio; resentíase su orgullo del modo con que la habia tratado Cárlos Quinto, que parecia tener en España una posesion pa- trimonial, de mas ó menos valor, segun los recursos que le proporcionaba para representar un papel airo- so en el gran teatro de Europa; y la altivez castellana del siglo décimo sexto, penetrada de estas pretensio- nes, no queria verse humillada hasta tal extremo. Suspiraba, pues, por un príncipe nacido y criado en España, que se contentase con pasar la vida en ella, y no tuviese ambiciones ajenas á su gloria y prospe- ridad; y en esta idea aun se mostraban mas tenaces los españoles que los alemanes, dado que su aparta- da situacion los hacia ser mas exclusivos, mas estric-

(1) Hauke, Ottoman and Spanish Empires in the Sixteenth and Seventeenth Centuries. (Trad. iug. London, 1843) p. 34.

(2) «Da così fatta educatione ne segui quando S. M. uscì la pri- ma volta da Spagna, et passò per Italia et per Germania in Fiandra, lasciò impressione da per tutto che fosse d' animo severo et intratta- bile; et però fu poco grato a Italiani, ingratisimo a Fiamenghi et a Tedeschi odioso.» Relatione di Michele Soriano, MS.

tamente nacionales, y sufrir menos el predominio de los extraños. Pedían, pues, un rey español para su trono, y este rey era Felipe; y ya anticipaban la hora en que España había de separarse del Imperio, y bajo el cetro de un soberano propio, colocarse en el preeminente lugar que le correspondía respecto á las demas naciones.

Cárlos, á todo esto, seguía en su empeño con tal obstinacion, que parecia próximo un rompimiento entre las diferentes ramas de su familia: hasta llegó el caso de que Fernando se encerrase en su habitacion, esquivando el trato de Cárlos y de su hermana. (1) Pero por fin triunfó el talento ó la pertinacia del emperador de la resolucion en que estaba su hermano, haciéndole venir á un acomodamiento privado, en virtud del cual, retenia la posesion de la corona imperial, allanándose á que Felipe lo sucediese como rey de romanos, y á que Maximiliano sucediese luego á Felipe (2). Fernando aventuraba poco en unas concesiones que al fin y al cabo no habia de sancionar el colegio electoral, y los reveses que las armas del emperador experimentaron al siguiente año,

(1) Marillac, ap. Baumer, Sixteenth and Seventeenth Centuries, vol. I, p. 32. Véase tambien la característica carta de Cárlos á su hermana la regente de los Países Bajos, (diciembre 16 de 1550), llena de expresiones contra su hermano por su ingratitud y deslealtad. El plan, segun Cárlos lo concebía, era provechoso á una y otra parte.—«*Ce que convenoit pour établir nos maisons.*» Lantz, Correspondenz des Kaisers, Karl V., Leipzig, 1846), B. III, 48.

(2) Una copia del citado documento que contiene este convenio, de fecha 9 de marzo de 1551, se conserva en el archivo de Bélgica. Véase Mignet, Cárlos V., pág. 42, nota.

echaron además por tierra las esperanzas que podía tener en aquella asamblea; de manera que no pareció volviere á tratar del engrandecimiento de su hijo, asegurándole la sucesion al imperio.

Habia, pues, realizado Felipe el importante objeto de su viaje, presentándose al pueblo flamenco y recibiendo sus homenajes como heredero de la corona. En cierto sentido no habia dejado aquella resolucion de serle provechosa, por ser punto menos que imposible que un jóven que habia pasado la vida en el estrecho recinto de su pais, sometido siempre á las mismas influencias, no adquiriese alguna elevacion en sus ideas, viajando por tierras extrañas y conversando con diferentes naciones. Conveníale asimismo mucho familiarizarse con el carácter é instituciones de los pueblos á quienes iba á gobernar un día, lo cual no podia conseguir sino viviendo entre ellos. Pero su visita á Flándes no tuvo los mejores resultados, y la causa fué porque evidentemente no produjo impresion muy favorable en aquel pueblo. Cuanto mas de cerca le veían, tanto mas extraño le contemplaban, y como estas impresiones suelen ser recíprocas, parecia tambien que Felipe se alejaba sin sentimiento de aquella tierra: asi que ya en la primera entrevista que tuvieron el futuro soberano y sus vasallos, se echaban de ver los síntomas de desvio que por último habia de trocarse en perpétuo é irreparable rompimiento.

Deseoso don Felipe de llegar cuanto antes á Castilla, apresuró sus jornadas, sin detenerse á recibir las felicitaciones que salian á hacerle en todos los puntos por donde pasaba. De esta determinacion exceptuó únicamente á Trento, donde estaba reunido el memorable concilio eclesiástico que tanto lugar ocupa en los anales de la Iglesia. Apenas se aproximó á la ciudad, salieron en cuerpo á recibirle el cardenal legado y los obispos y demas dignatarios del concilio; y mientras permaneció allí, fué obsequiado con mascaradas, bailes, representaciones teatrales y torneos inventados para representar escenas del Ariosto ⁽¹⁾. Estas diversiones de los reverendos padres formaban peregrino contraste, á no interpretarse como un saludable reposo, con la solemne ocupacion de redactar un credo para el orbe cristiano.

Desde Trento tomó Felipe á toda prisa la vuelta de Génova, donde se embarcó en la escuadra del veterano Doria, como al salir de España. Arribó á Barcelona en 12 de julio de 1554, siguiendo en derecha á Valladolid, donde volvió á tomar las riendas del gobierno. Aquí recibió nuevas instrucciones con carta de su padre, escrita en Augsburgo y llena de acertados consejos sobre la política que debía seguir, y de francas apreciaciones respecto á las relacio-

(1) Leti, Vita di Filippo II, tom. I, pág. 499.—Memorial et Recueil des voyages du Roi des Espagnes, escript par le controleur de S. Majesté, MS.

nes exteriores y domésticas del país: carta sobre manera prolija, pero que demuestra cuán bien comprendía el claro talento de Carlos Quinto, á pesar de lo poco que se habia dedicado á los negocios de la monarquía, su condicion peculiar, y la suma de sus recursos (4).

Los años sucesivos lo fueron de desengaño para el buen Carlos, pues en ellos experimentó la derrota de Innsbruck, y tuvo lugar el desastroso sitio de Metz, cuando vencido por los protestantes y humillado por los franceses, cayó sobre el alma del emperador el peso de aquellas contrariedades, y estimulado por ellas, acaso mas que por las pláticas de sus consejeros espirituales, comenzó á desasirse del mundo y sus vanas pompas.

Estos reveses, sin embargo, hacian poca impresion en España, cual si no pudieran trasponer los Pirineos los rumores de la guerra encendida en otras partes. Verdad es que España enviaba á ella sus hijos de tiempo en tiempo para que combatesen bajo las banderas de Carlos Quinto; y que en aquella escuela se perfeccionó el admirable sistema de disciplina y táctica, que habiendo empezado con el Gran Capitan, hizo de la infanteria española el arma mas terrible de toda Europa; pero el pueblo en general se tomaba

(4) Esta carta, de que conservo una copia manuscrita, sacada de otra de la rica coleccion de sir Tomas Phillips, la publicó integra Sandoval, en su Hist. de Carlos Quinto, donde ocupa doce páginas en folio. Tomo II, pág. 475 y sig.

poco interés en el resultado de empresas tan lejanas, en que apenas le cabia provecho alguno. Y no porque el espíritu de los españoles de entonces fuese inactivo, ni yaciese en el letargo que mas adelante se apoderó de ellos, pues en aquel pais reinaba por el contrario grande actividad intelectual. Vedábales un gobierno arbitrario remontarse á las regiones de las ciencias teológicas y políticas; pero lo propio acontecia hasta cierto punto en la mayor parte de las naciones vecinas; á mas de que se desquitaban de aquella prohibicion, cultivando con mas esmero y afan su elegante literatura. El númen, que como un astro, habia ya comenzado á asomar por el horizonte, á fines del reinado de Felipe debia llegar á su mayor gloria y apogeo. Los poetas cultos del reinado de su padre se confesaban deudores del arte á los italianos, de quienes lo habian aprendido en su reciente comunicacion con los dominios de Italia; pero el gusto nacional iba recobrando nuevamente su supremacía, y el agradable tono de sus composiciones acomodándose cada vez mas á los antiguos modelos castellanos.

Imposible era que ninguna especie de literatura extranjera prevaleciese en España, donde lengua, costumbres, trajes y usos se conservaban inalterables despues de tantas generaciones, así como debian subsistir algunas mas, y aun despues de haber Cervántes representado una ficcion con todos los caracteres de la existencia nacional, y con mayor vive-

za de la que cabe en las páginas de un cronista. En los rudos romances de los siglos décimo cuarto y décimo quinto, podían ver los castellanos del décimo sexto pintada su existencia con bastante exactitud. Aun pulsaba el enamorado caballero su guitarra al resplandor de la luna y bajo el balcón de su dama, ó se hacia digno de sus favores en los moriscos juegos de cañas. El pueblo bajo entonaba aun sus ingeniosas seguidillas, ó acudia en tropel á las corridas de toros, el cruel espectáculo de los toros, ó al de los autos de fé, todavía mas inhumano. Este último, que comparativamente era de origen muy moderno, de la época de Fernando é Isabel, podía considerarse como una consecuencia legítima de las largas guerras con los moros, que hicieron á los españoles intolerantes en religion; pero atroz como llegó á ser para tiempos mas ilustrados y humanos, los antiguos españoles lo consideraban como un sacrificio agradable al cielo, con que reanimaban las yertas cenizas de su religiosa sensibilidad.

El fin que tuvo la guerra de los moros con la toma de Granada, produjo una alteracion importante en la condicion de los españoles; pero hallaron sin embargo otro campo abierto al fanatismo caballeresco en la cruzada contra los infieles del Nuevo Mundo. Los que volvían á España de aquellas partes, poco ó nada habian adquirido de los usos y costumbres extrañas, porque el español era el único ser civi-

lizado que hallaban en los desiertos de América.

Así vivían interiormente los españoles, siempre encerrados en el mismo círculo de ideas, costumbres y preocupaciones, siempre excluyendo y tal vez menospreciando lo ajeno. Y no porque no existiese diferencia entre unas y otras provincias, cuyo carácter distintivo se iba transmitiendo con tradicional escrupulosidad de padres á hijos, sino porque al fin y al cabo había un fundamento común de carácter nacional. Quizá no ha habido nunca pueblo alguno, si se exceptúa el judío, que mas se haya distinguido por su nacionalidad. En medio de este pueblo y bajo semejantes influencias, nació y se educó Felipe Segundo. Por temperamento y por constitucion propia se acomodaba perfectamente á esta influencia misma; y á medida que fué creciendo en años, vieron, no sin orgullo y satisfaccion, los españoles que su futuro soberano era el dechado mas perfecto de carácter nacional que podía haberles la suerte deparado.

CAPITULO III.

ALIANZA CON INGLATERRA.

Estado de Inglaterra.—Carácter de María.—Propónese el matrimonio de don Felipe.—Capitulaciones matrimoniales.—Insurrección de Inglaterra.

1553.—1554.

En el verano de 1553, á los tres años de regresar don Felipe á España, ocurrió un acontecimiento que influyó considerablemente en su fortuna: tal fué la muerte de Eduardo Sexto de Inglaterra, después de un importante pero efímero reinado. Sucedióle su hermana María, princesa desventurada, cuyo renombre de «Cruel» la distinguió tristemente de los demás soberanos de la casa de Tudór.

Habia el reinado de su padre Enrique Octavo dado principio á una gran revolucion religiosa, cuyos efectos debian de hacerse sentir por algun tiempo; pero Enrique mostró mas entereza en abolir antiguas instituciones, que en establecer otras nuevas. Con la supresion de los monasterios, se enaje-

nó las voluntades de la milicia espiritual, que era el sosten mas firme en que se apoyaba la autoridad de Roma; y completó la obra de la independendencia nacional, sentándose resueltamente en la cátedra de San Pedro, y atribuyéndose la autoridad de príncipe de la Iglesia. Asi, mientras por una parte se proscribía la supremacia del papa, por otra se conservaba la integridad de la religion católica romana en su principio mas esencial; es decir, seguía la nacion siendo católica, pero no papista.

De este impulso que dió Enrique Octavo, dedujo consecuencias aun mas importantes su hijo Eduardo Sexto, cuyos ministros abrazaron sinceramente las opiniones de los reformistas alemanes, considerablemente modificadas, sobre todo en cuanto hacia relacion á las formas exteriores y disciplina del culto. Hízose, pues, del protestantismo la religion del pais, y la iglesia de Inglaterra adquirió en gran parte la organizacion peculiar que conserva todavfa al presente. Pero el reinado de Eduardo fué harto pasajero para que las nuevas opiniones arraigasen en el corazon del pueblo. Por otra parte, casi toda la aristocracia mostró despues que con todo aquel celo religioso que habia afectado, estaba poco dispuesta á privarse de sus beneficios temporales. Al ascender, pues, al trono una reina católica, se efectuó visiblemente la reaccion; y aunque costó algun trabajo recobrar la fé primitiva á vueltas de la restitution que

naturalmente iba embebida en ella de las propiedades confiscadas á las órdenes monásticas, las concesiones políticas de Roma dispensaron de un rigor escrupuloso en esta parte á la sinceridad de sus nuevos prosélitos; viéndose Inglaterra, una vez repudiada la heregía, admitida en el gremio de la iglesia católica romana, y puesta nuevamente bajo la jurisdicción de su pontífice.

En vista de la docilidad con que los ingleses de aquellos tiempos acomodaban sus creencias religiosas á las de su soberano, no debe causarnos maravilla la caústica invectiva del embajador veneciano, que residía en la corte de Lóndres en tiempo de la reina María. «El ejemplo y autoridad del soberano, dice, entran por mucho para con este pueblo, en materias de fé. Lo que él cree, creen ellos; sea judaismo, sea mahometismo, les importa poco. Se avienen fácilmente á su voluntad, por lo menos en lo que se refiere á las prácticas exteriores, y mucho mas en cosa que halague á sus gustos ó que les tenga cuenta (1).»

(1) «Quanto alla religione, sia certa V'ra Sent.^a che ogni cosa può in loro l' essemio et l' autorita del Principe, che in tanto gl' inglesi stimano la religione, et si muovono per essa, in quanto sodisfanno all' obbligo de sudditti verso il Principe, vivendo com' ei vive, credendo cioche ei crede, et finalmente facendo tutto quel che comanda conservarsene, piu per mostra esteriore, per non incorrere in sua disgratia, che per zelo interiore; perche il medesimo faciano della Maumettona o della Giudea, pur che l' Re mostrasse di credere, et volesse cosi; et s' accommodariano a tutte, ma a quella piu facilmente dalla quale sperassero o vor, maggior licentia et libertá di vivere, o vero qualche utile.» Relazione del Clarissimo M. Giovanni Micheli, ritornato Ambasciatore alla Regina d' Inghilterra l' anno 1687, MS.

El embajador Juan Micheli era uno de aquellos príncipes mercaderes de que echaba mano Venecia para las legaciones extranjeras; hombres que familiarizados con los negocios, fácilmente averiguaban los recursos del país adonde iban destinados, y al propio tiempo las intrigas que se tramaban en las cortes. Extendían sus observaciones en memorias bien trabajadas, que al regresar á Venecia, se leían públicamente ante el Dux y ante el senado. Esta colección de documentos forma parte de los materiales mas preciosos y auténticos para la historia de Europa en el siglo décimo sexto. La memoria de Micheli sobre la situación de Inglaterra en tiempo de la reina María, es muy difusa; y algunas de sus observaciones son interesantes para los lectores de nuestros días, porque ofrecen un buen punto de comparación con lo pasado ⁽¹⁾.

Celebra á Lóndres como una de las capitales mas nobles de Europa, y comprendiendo sus arrabales, le da por población unas ciento ochenta mil almas ⁽²⁾. Los

(1) Soriano alaba los modales afectuosos y corteses de su compatriota Micheli, que le hacian generalmente popular en las cortes donde residia. «Di Michiel e gratissimo a tutti lino al minore per la dimestichezza che havea con grandi, et per la dolcezza et cortesia che usava con gl' altri, et per il giudicio che mostrava con tutti.» *Relatione di Michele Soriano, MS.* En varias bibliotecas de Europa se hallan copias de la interesante *Relacion de Soriano*; y entre otras en la colección de M. SS. Cottonianos, en los de Lansdowne, del Museo Británico, y en la Biblioteca Barberini de Roma. La copia que yo poseo es de la biblioteca ducal de Gotha. Sir Enry Ellis en la segunda serie de sus «Original Letters» ha dado un extracto de los MS. Cottonianos.

(2) Estos datos están conformes con el M. S. de Lansdowne.

grandes señores, como en Francia y en Alemania, pasaban la mayor parte del tiempo en sus estados.

El reino, estando unido, era bastante fuerte para rechazar cualquiera invasion enemiga, á pesar de su corta marina, pues por incuria ó por mal entendida economía, habian ido disminuyéndola, hasta el punto de no tener mas que cuarenta buques de guerra. La marina mercante era la que podía suministrar hasta dos mil, que con poco trabajo era fácil equipar y poner en estado de hacerse á la vela. La mayor fuerza del ejército consistia en la artillería, y en estar provisto de todas las municiones de guerra. El arma que mas reputacion gozaba era el arco, ó ballesta, en el cual se ejercitaban los ingleses desde que tenian uso de razon: en lo que flaqueaban era en caballería, pues aunque abundaban los caballos en el pais, eran de poca alzada, débiles y alimentados con yerba ⁽¹⁾. Era una nacion envidiable sobre todo por lo llevaderas que eran las cargas públicas, porque no pagaban contribucion el vino, la cerveza, la sal, las telas, ni ninguno de los artículos que en otros paises forman las principales rentas ⁽²⁾.

Los Cottonianos, segun Sir Henry Ellis, calculan la poblacion en ciento cincuenta mil almas.

(1) «Essendo cavalli deboli, et di poca lena, nutriti solo d'erba, vivendo como le pecore, et tutti gli altri animali, per la temperie dell'aere da tutti i tempi ne i pascoli a la campagna, non possono far gran pruove, ne sono tenuti in stima.» Relatione di Gio. Micheli, MS.

(2) «Non solo non sono in essere, ma non pur si considerano gravanze di sorte alcuna, non di sale. non di vino, o de bira, non di macina, non di carne, non di far pane, et cose simili necessarie al vivere, che in tutti gli altri luoghi d'Italia, specialmente, et in Fiandra,

El total de estas no excedian por lo comun de doscientas mil libras. Rara vez se reunian los parlamentos, excepto para auxiliar al rey contra alguna rebelion, ó para coadyuvar á sus empresas. Ninguno se atrevia á resistir á la voluntad del rey, pues como serviles acudian al llamamiento, y como serviles obedecian⁽¹⁾. Los ingleses del siglo actual se reirán del contraste que ofrece el estado de aquellos tiempos con el que la nacion presenta hoy dia; aunque volviendo la vista á los impuestos, quizá la risa se trocará en suspiros.

El embajador veneciano pinta á la reina María con colores algo diferentes de los que comunmente suele tener en los retratos que de ella hacen los historiadores ingleses. Era de treinta y seis años de edad cuando subió al trono; mediana de estatura, no gruesa, como su padre y madre lo habian sido, y maravillosamente bien formada. «Sus retratos, dice Micheli, manifiestan que de jóven debió ser no solo de figura agradable, sino hasta bella; aunque cuando él la vió, estaba ya algo acabada, por la agitacion en que habia vivido y por las enfermedades⁽²⁾.» Pero si en atractivos

sono di tanto maggior utile, quanto é piú grande il numero dei sudditi che le consumano.» Ibid. MS.

(1) «Si come servi et sudditi son quelli che v'intervengono, così servi et sudditi son l'attione che si trattano in essi.» Ibid., MS.

(2) «E donna di statura piccola, piu presta che mediocre; é di persona magra et delicata, disimile in tutto al padre, che fu grande et grosso; et alla madre, che se non era grande, era pero massiccia; et ben formata di faccia, per quel che mostrano le fattezze et li lineamenti che si veggono da i ritratti, quando era piu giovane, non pue

personales habia desmerecido, no asi en cuanto á su intelectual aprovechamiento. Era de comprension viva, y como su hermana menor, Isabel, versada en varios idiomas, hablando en francés, en español y en latin, y en el último fácil y correctamente (4). Pero la aventajaba en estos conocimientos su hermana, que conocia bien el griego, y hablaba el italiano con elegancia. María, sin embargo, hablaba y escribia en su lengua con soltura y perfeccion, al paso que su hermana usaba de frases ambiguas é insulsos conceptos para expresar, ó mas bien para encubrir sus sentimientos.

Tuvo María la desgracia de padecer una enfermedad crónica, que durante algunas semanas, y aun meses, la tenia todos los años encerrada en su habitacion; y esto junto con sus disgustos domésticos, la ocasionaron una melancolía que en sus últimos años degeneró en displicente austeridad. El tono de su voz, dice el veneciano, era masculino, y sus ojos inspiraban no solo reverencia, sino temor, á todos aquellos en quienes los fijaba. Su elevacion y gene-

tenuta honesta, ma piu che mediocrementemente bella; al presente se li scoprono qualche crespè, causate piu da gli affanni che dall' età, che la mostrano attempata di qualche anni di piu.» Ibid. MS.

(4) «Quanto se li potesse levare delle bellezze del corpo, tanto con verita et senza adulatione, se li puo aggiunger, di quelle del animo, perche oltre la felicità et accortezza del ingegno, atto in capir tutto quel che posso ciamar altra, dico fuor del sesso suo, quel che in una donna parera maraviglioso, é instrutta di cinque lingue, le quali non solo intende, ma quattro ne parla speditamente; questi sono oltre la sua materna et naturale inglese, la franzese, la spagnola et l' italiana.» Ibid., MS.

rosidad de ánimo, añade, no decayó nunca ni aun en medio de los mayores riesgos: en todo mostraba proceder de sangre verdaderamente real ⁽¹⁾.

Sus sentimientos piadosos, prosigue diciendo, y la paciencia con que sobrellevaba las aflicciones, exceden á todo encarecimiento. Fortalecida por una profunda fé y el convencimiento de su inocencia, la compara á la luz que no puede apagar el soplo del viento, y que continúa alumbrando con mayor brillo ⁽²⁾. Acomodábase á las circunstancias de los tiempos, porque la Providencia la reservaba un sublime destino.—Ya se comprenderá que este lenguaje es de un católico fiel y reconocido á los servicios que María habia hecho á su religion.

Injusticia seria negar que María fuese sinceramente devota: la hija de Catalina de Aragon y la nieta de Isabel de Castilla, no podia abrigar otras creencias. Todas las mujeres de aquella real estirpe se habian distinguido por su religiosidad, aunque

(1) «E in tutto coraggiosa, et così risoluta, che per nessuna avversità, né per nessun pericolo nel qual si sia ritrovata, non ha mai, pur mostrato, non che commesso atto alcuno di viltà né di pusillanimità; ha sempre tenuta una grandezza et dignità mirabile, così ben conoscendo quel che si convenga al decoro del Re, come il più consummato consigliere che ella habbia; in tanto che dal procedere, et dalle maniere che ha tenuto, et tiene tuttavia, non si può negare, che non mostri d'esser nata di sangue veramente real.» Ibid. MS.

(2) «Della qual humiltà, pietà, et religion sua, non occorre ragionare, né renderne testimonio, perche son da tutti non solo conosciuto ma sommamente predicato con le prove.... Fosse come un debil lume combatutto da gran venti per estinguerlo del tutto, ma sempre tenuto vivo, et difeso della sua innocentia et viva fede, accioche habesse a risplender nel modo che hora fa.» Ibid. MS.

oscurecida á veces por un tanto de hipocresía; mas en María, la hipocresía degeneró en fanatismo, y el fanatismo en espíritu de persecucion. Nada quizás ha ocasionado tantos males al mundo como el fanatismo; pero no siempre son estos males la medida exacta de la culpa que ha cabido á sus autores. A la reina Isabel debe atribuirse exclusivamente el establecimiento de la inquisicion en España; pero el investigador de su reinado no negará á esta gran reina las alabanzas de que por su ternura, su sinceridad y su amor á la justicia se hizo merecedora. Desgraciadamente los sentimientos que en ella, lo mismo que en su augusta abuela, habian alimentado, la hicieron creer que era acertado conservar ciertos ministros no tan escrupulosos como ella; y en estos es en quienes debe recaer la responsabilidad de algunas determinaciones, cuya conveniencia solo ellos podian apreciar debidamente.

Otra prueba irrecusable de la sinceridad de María en sus opiniones religiosas, es la ninguna violencia con que sacrificó sus intereses personales, siempre que convenia hacerlo en bien de la religion. Dió al fuego la traduccion que con ímprobo trabajo habia hecho de una obra de Erasmo, porque asi se lo aconsejó su confesor; y el que sea autor comprenderá fácilmente lo costoso de semejante sacrificio. Otro aun mas importante, y que todos estimarán en lo que vale, fué el empeño que puso en devolver á la Iglesia las propiedades que habian sido confiscadas y pasado

á la corona. «Muy pobre está mi erario para renunciar á ellas, decía á sus ministros; pero prefiero perder diez coronas, añade con sublime abnegacion, á que mi alma corra este peligro (1).»

Lo que no puede negarse es que María habia heredado hasta cierto punto la escosiva rigidez de su padre, y que carecia de la compasion hácia sus semejantes, que tanto realce añade á los encantos de la mujer. A toda rebelion se seguian terribles represalias: Lóndres quedaba convertido en una carnicería, y las plazas y calles principales se veian sembradas de repugnantes trofeos de cabezas y miembros de las muchas víctimas que habian perecido bajo el hacha del verdugo (2). Cierta que tal era el espíritu de aquel siglo; pero el suplicio de la desdichada Juana Grey, tan jóven, tan bella y tan virtuosa, mancilla de tal suerte el buen nombre de María, que solo puede compararse á la crueldad de Isabel para con la malhadada reina de Escocia.

El proceder de María con Isabel forma otro de los cargos que se le hacen, aunque no aparece suficientemente motivado; y en todo caso hay muchas circunstancias que lo atenúan. Habia visto á su madre, la noble Catalina, expuesta á las mas indignas crueldades, y obligada á ceder tálamo y trono á la

(1) Burnet, History of the Reformation (Oxford, 1846), vol. II, part. II, p. 537.

(2) Stryppe, Memorials, (London, 1724), vol. III, p. 93.

madre de Isabel, su astuta competidora; á ella se la declaró ilegítima, concediéndole á su hermana menor sus derechos de sucesion. Aun despues de haberse asegurado la corona, gracias á su intrépida conducta, la hostigaba á todas horas el recuerdo de aquella ofensa. No pasaba día sin que se hicieran públicas las pretensiones de Isabel, y con razon debia María vivir sobresaltada, viendo que estallaba una conspiracion tras otra, con el objeto, segun decian, de sentar á su hermana en el trono. A medida que fué entrando en años, tenia la mortificacion de ver tambien á su rival granjearse la aficion del pueblo, que procedia desdeñoso para con ella. ¿Qué extraño, pues, que en vista de todo esto, contemplase á su hermana con desconfianza y hasta con aversion? Que asi lo hizo, lo asegura el ministro veneciano; y es indudable que en los primeros años del reinado de María, estuvo pendiente de un hilo la vida de su hermana; pero al fin tuvo bastante fortaleza de ánimo para desechar las sugerencias de Cárlos Quinto y su embajador, que la aconsejaban quitase á Isabel la vida, como condicion indispensable para su propia seguridad y la de Felipe. Sabia que su hermana tenia noticia, ya que no fuese cómplice enteramente, de la sublevacion de Wyatt, pero no quiso abusar de la ley para perjudicarla; lo cual barto dice en su favor, tratándose de época tan poco escrupulosa en este punto. Conjurada aquella tempestad, María, mas ó menos sincera-

mente, trató á Isabel con suma benignidad, bien que el nombre de ésta siguiese con fundamento, ó sin él, figurando en cuantas conspiraciones se fraguaban ⁽¹⁾. El último acto de María, el único quizás en que abiertamente se opuso á la voluntad de su esposo, fué el de negarse á hacer que su hermana aceptara la mano de Filiberto de Saboya; y eso que por este medio se deshacia de su rival, porque Isabel hubiera entonces perdido sus derechos, y acaso hasta sus esperanzas á la posesion de la corona. En semejante situacion ¿hubiera mostrado Isabel la misma ternura en favor de su sucesora?

Pero por mas que nos empuñemos en justificar la conducta de María, y sobre todo en lo que hace relacion á los asuntos espirituales, para transferir la responsabilidad de sus actos á sus consejeros, no es posible contemplar aquel reinado de persecucion religiosa sin profunda pena. Y no porque el número de víctimas fuese mayor que el de las que en semejantes casos habian en otro tiempo perecido, pues el mayor fué el de trescientas arrojadas en una hoguera, y no llega al de los que murieron á manos del verdugo ó violentamente en tiempo de Enrique Octavo. Ni tampoco excedia mucho al que se vió mas de una vez en un solo

(1) «Non si scopri mai congiura alcuna, nella quale, o giusta o ingiustamente, ella non sianominata..... Ma la Regina sforza quando sono insieme di riceverla in publico con ogni sorte d'humanità et d'honore, ne mai gli parla, se non di cose piacevole.» Relatione di Gio. Micheli, MS.

auto de fé en España; pero en esta nacion podia considerarse como un espectáculo nacional, como una fiesta de toros, ó cualquier otra diversion del pueblo, y en Inglaterra no podian tolerarse horrores semejantes. La heróica legion de mártires condenados á la muerte mas angustiosa, por defender los derechos de su conciencia, era una escena repugnante y ofensiva para los ingleses. Estos sentimientos se han perpetuado entre ellos hasta el presente: el reinado de la persecucion religiosa era alli en sí mismo una cosa escepcional; y la humanidad contemplará siempre con horror y conmiseracion las hogueras de Smithfield, que empañan con un borron sangriento aquella página de la historia nacional.—Volvamos á referir los sucesos relativos al breve tiempo en que anduvieron mancomunados los intereses políticos de España y de Inglaterra.

Cárlos Quinto habia mostrado siempre el mas vivo interés por la suerte de su augusta parienta. De jóven estuvo en Inglaterra, y su tia la reina Catalina le propuso contraer matrimonio con la princesa Maria, que entonces solo tenia seis años, para que se verificase cuando entrara en edad competente; pero el plazo era muy lento para un hombre como Cárlos, y segun se dice para la impaciencia de sus vasallos, que anhelaban ver casado á su monarca con una princesa que proporcionase heredero á la monarquía. Anulóse, pues, esta boda, y el

emperador dió su mano á Isabel de Portugal ⁽¹⁾.

María, que desde aquellas conferencias, se consideraba ya como emperatriz futura, contaba once años á la sazón; edad bastante para sentir, segun dicen, el aguijón de los celos, y para mostrar algun despecho por la inconsecuencia de su augusto amante; sin embargo, esta circunstancia no entibió las amistosas relaciones en que años adelante unos y otros se mantuvieron; y Carlos siguió protegiendo los intereses de su parienta y defendiéndola con buen resultado en mas de una ocasion, tanto en el reinado de Enrique Octavo, como en el de su hijo Eduardo Sexto. A la muerte de este último, se declaró defensor de María en sus derechos á la sucesion ⁽²⁾; y cuando ésta quedó definitivamente asegurada, el sagaz emperador adoptó las precauciones necesarias para sacar partido de ella ⁽³⁾.

(1) Hall, Chronicle. (London 1809), pp. 692, 714.—Sepulveda Opera, vol. II, pp. 46, 48.

Cuanto Sepulveda refiere acerca del reinado de María merece gran crédito, por haber sometido esta parte de su historia á la revision del cardenal Pole, segun consta de una de sus epístolas á aquel prelado. Opera, tom. III, pág. 309.

(2) El emperador, sin embargo, parece que escribió en otros términos á su embajador en la corte de Inglaterra. «Desfaillant la force pour donner assistance a nostre dicté cousin comme aussy vous scavez qu'elle deffault pour l'empeschement que l'on nous donne du costel de France, nous ne veons aulem apparent moyen pour asseurer la personne de nostre dicté cousin.» L'Empercur á ses Ambassadeurs en Angleterre, 14 juillet, 1553, Papiers d'Etat de Granvelle, tom. IV, pág. 25.

(3) En una carta que dirigió Carlos á su embajador de Londres con fecha 22 de julio de 1553, despues de muchos buenos consejos que debia dar á la reina María en nombre del emperador, respecto al gobierno de su reino, le previene que la dé á entender haber llegado el tiem-

Formó el desigmo de unir á Felipe con María, asegurando así en favor de su hijo la posesion de la corona de Inglaterra, de la misma suerte que por el matrimonio del hijo de su rival, Enrique Segundo de Francia, habia pasado á él la soberanía de Escocia. Desacierto era seguramente tratar de someter á comun dominio naciones tan desemejantes en muchas cosas, y en intereses tan incompatibles, como eran España é Inglaterra; y no han dejado los historiadores de extrañar que príncipe por experiencia tan persuadido de lo difícil que es gobernar reinos apartados uno de otro, se empeñase en aglomerar estas dificultades sobre los hombros de su inexperto primogénito; pero el ansia de adquirir es achaque universal, y no hay ambicion que retroceda ante la idea de que por poco que uno posea, es mas de lo que con acierto puede manejar.

Era opinion comun que María intentaba contraer matrimonio con su jóven pariente Courtenay, conde de Devonshire, conocido por su gallarda presencia, y

po de tomar esposo, y que si queria aprovecharse de su dictámen en el particular, podia contar con él seguramente.

«Et aussy lui dírez-vous qui il sera besoin que pour estre soustenué audit royaume, emparcé et defendue, mesmes en choses que nel sont de la profession de dames, il sera tres requis que tost elle prenne party de mariage avec qui il luy semblera estre plus convenable. tenant regard á ce que dessus; et que s'il lui plait nous faire part avant que s'y déterminer, nous ne faudrons de avec la sincerité de l'affection que lui portons, lui faire entendre liberalement, sur ce qu'elle vandra mettre en avant, nostre advis, et de l'ayder et favoriser en ce qui elle se determinera. L'Empereur á ses Ambassadeurs en Angleterre, 22 juillet, 1556.» Ibid. p. 56.

á quien habia libertado de la prision en que estaba encerrado años hacia, tratándole despues con la mayor consideracion. Noticioso de esto Cárlos, encargó á Renard, su ministró en la córte de Londres, político no menos astuto que intrigante⁽¹⁾, que tantease el ánimo de la reina en el particular, pero de modo que no la infundiese recelo alguno. Debía hacerla entender particularmente cuán ventajosa podria serle su union con un poderoso príncipe extranjero, y ofrecerle los consejos de su soberano en esta y en cualquiera cosa que lo hubiese menester. Debía asimismo hacer alguna indicacion respecto al conde de Devons-hire, pero con mucha cautela, observando que si la reina estaba interesada por su primo, y era como cualquiera otra mujer, no variaria de propósito por mas consejos y reflexiones que se le dirigiesen⁽²⁾. En esto mostraba Cárlos conocer á las mujeres tan profundamente como á los hombres; y como consecuencia natural puede añadirse que tenia formado un alto

(1) Granvela, que no era muy afecto al ministro, por la parte que tomó despues en los disturbios de Flándes, juega muchas veces del vocablo con el nombre de *Renard* (Zorro), pareciéndole muy propio de su carácter.

(2) «Quant à Cortenay, vous pourriez bien dire, pour éviter au propos mentionné en voz lettres, que l' on en parle, pour veoir ce qu' elle dira; mais gardez vous de luy tout desfaire et mesmes qu' elle n' aye descouvert plus avant son intention; car si elle y avoit fantaisie, elle ne layroit (si elle est du naturel des autres femmes) de passer oultre, et si se ressentiroit á jamais de ce que vous luy en pourriés avoir dit. Bien luy pourriés-vous toucher des commoditez plus grandes que pourroit recevoir de mariage estrangier, sans trop toucher á la personne où elle pourroit avoir affection.» L' Evê-que d' Arras á Renard, 14 aout. 1653. *Ibid.* p. 77.

concepto de su suficiencia, probándolo, en que no solamente encargó mas de una vez á mujeres el gobierno de sus estados, sino que se fió de ellas en negociaciones politicas de árduo empeño.

Pudo ser que María tuviese las intenciones que se le atribuian respecto de Courtenay , pero debió convencerse de que era hombre muy frívolo para ella; porque lo cierto es que recibió con complacencia las indicaciones de Renard acerca del matrimonio proyectado,—«riéndose á carcajadas, dice el enviado, no una sino varias veces, y dirigiéndome una mirada expresiva en que parecia querer decirme que le agradaba mucho la idea, declarándome en seguida sin rodeos que no tenia intencion de dar su mano á ningún inglés (1).» En otra conferencia posterior, habiéndose atrevido Renard á decirle á medias palabras que el príncipe de España era un partido ventajoso, le interrumpió María asegurándole que «ella no habia sentido nunca eso que las gentes llaman amor, ni jamás habia pensado en casarse hasta que la Providencia la habia elevado al trono: y que si á la sazón consentia en hacerlo, era contra su deseo, y únicamente en atencion al bien público;» pero rogó al enviado manifestase al emperador cuánto deseaba obedecerle y compla-

(1) «Quant jo luy fiz l'ouverture de mariaige, elle ce print a rire, non une fois, ains plusieurs fois, me regardant d'un oeil signifiant l'ouverture luy estre fort agreable, me donnant assez a cognoistre qu'elle ne taichoit ou desiroit mariaige d'Angleterre.» Renard à l'Évêque d'Arras. 15 agosto 1553. Ibid. p. 78.

cerle en todo, como si fuese su padre, previniendo, sin embargo, que no podia suscitar semejante asunto en su consejo, mientras no tuviese alguna comunicacion que sirviese para anunciarlo (1).

Cárlos, que no vió en todo esto mas que un fingimiento mujeril, se resolvió á entablar resueltamente la pretension de Felipe, y despues de recomendar á la reina que no menospreciára á Courtenay, le hizo presentes las ventajas que podrian resultar de una alianza extrangera con que fortalecer su trono. Con una galanteria por cierto muy ingeniosa, declaró que á no ser por su edad y por lo postrado que le iban dejando las enfermedades, no hubiera vacilado un momento en proponerse á si mismo para aquella alianza (2), pero que en su lugar podia ofrecer la persona mas querida para él en el mundo, su hijo el príncipe de Asturias: y por último concluyó asegurando que todo aquello era una observacion que

(1) «Et, sans attendre la fin de ces propos, elle jura que jamais elle n'avoit senti esguillon de ce que l'on appelle amor, ny entré en pensément de volupté, et qu'elle n'avoit jamais pensé á mariaige sinon depuis que a pleu á Dieu la promouvoir á la couronne, et que celluy qu'elle fera sera contre su propre affection, pour le respect de la chose publique; qu'elle se tient toute assurée sa majesté aura consideration á ce qu'elle m'ordict et qu'elle desire l'obeir et complaire en tout et part tout comme son propre père; qu'elle n'oseroit entrer en propos de mariaige avec ceulx de son conseil, que fault, le cas advenant, que vienne de la meute de sa majesté.» Renard á l'Evêque d' Arras, 8 septembre 1553. Ibid. p. 98.

(2) «Vous la pourrez assurer que, si nous estions en saige et disposition telle qu'il conviendroit, et que jugissions que de ce peut redonner le bien de ses affaires, nous ne voudrions choisir aultre party en ce monde plus tost que de nous alier nous-mesmes avec elle, et seroit bien celle que nous pourroit donner astant de satisfaction.» L'Empereur á Renard, 20 septembre 1553. Ibid. pag. 112.

en último resultado quedaba sometida á su superior criterio ⁽¹⁾.

Renard se creyó ya autorizado para encargar á la reina el secreto en toda aquella negociacion, pues si no se mostraba inclinada al casamiento propuesto, ¿á qué conducia el divulgarlo? y si por el contrario merecia su beneplácito, como el emperador se atrevia á creerlo, y descaba consultarlo con su consejo antes de tomar resolucion alguna, valia mas que no diose este paso, y le hiciese á él solo depositario de su confianza ⁽²⁾. El discreto emperador tenia otro motivo

(1) Ibid., pp. 408-416.

Simon Renard, el embajador imperial que se hallaba entonces en la corte de Inglaterra, era natural del Franco Condado, y desempeñaba la plaza de *maître aux requêtes* (relator de peticiones) en la corte del emperador. Aunque hombre un tanto intrigante, era lo que el correspondal de Granvela, Morillon, llama *buen político*, y en varios sentidos á propósito para la comision que se le habia encargado. Su correspondencia es de inestimable precio, porque descubre las tretas de que se valió España en aquel complicado juego, que terminó casándose Maria con el heredero de la monarquia de Carlos Quinto. Se conserva en el archivo de Bruselas, y las copias de estos MSS. que forman cinco volúmenes en folio, deben hallarse en Besançon con la coleccion del cardenal Granvela. De parte de ellos se aprovechó Griffet para la compilacion de sus *Nouveaux Eclaircissements sur l'Histoire de Marie Reine d'Angleterre*. Desgraciadamente Griffet no devolvió los MSS., y resulta un vacío en la série de correspondencias de Renard, contenidas en los papeles de Granvela, que está publicando actualmente el Gobierno francés. Seria de desear que se hubiese llenado este vacío con los originales del archivo de Bruselas. Mr. Tytler ha hecho un señalado servicio dando á luz un extracto de la última parte de las correspondencias de Renard, que se copió de los MSS. de Bruselas por orden de la comision de Registros.

(2) «Car si, quant a soy, il luy semble estre chose que ne luy convint ou ne fût faisable, il ne seroit á propos, comme elle l'entend tres-bien, d'en faire declaration á quique ce soit; mais en cas aussi qu' elle juega le party luy estre convenable et qu' elle y print inclination, si, á son advis, la difficulté tumba sur les moyens, et que en iceulx elle ne se peut resoldre sans la participation d' aucuns de son conseil, vous la pourriez en ce cas requerir qui elle vouldut prendre de vous confiance pour vous declarer á qu' elle en vouldroit tenir

mas para dar estas instrucciones. Habia una negociacion pendiente por aquel tiempo para casar á Felipe con la infanta de Portugal, y Carlos deseaba estar enteramente seguro del consentimiento de María, antes de dar publicidad á un negocio que pudiera perjudicar á la boda portuguesa, la cual se debia mantener como un recurso, por si se frustraba la de Inglaterra ⁽¹⁾. En caso de que María aceptase el enlace de su hijo Carlos, que conocia la prevencion con que mas que ningun otro pueblo miran los ingleses á los extranjeros ⁽²⁾, procuraria ganar tiempo antes de dar conocimiento al consejo de la reina de Inglaterra; y con poca diligencia por su parte, no dudaba que iria ganando á algunos individuos de aquel cuerpo, en número bastante para salir airoso de su empeño ⁽³⁾.

No era dable mantener tan secretas estas comunicaciones, que no trasluciesen algo los ministros de María, y con especialidad Noailles, el embajador francés en la corte de Londres ⁽⁴⁾. Era este diplomático

propoz, et ce qu' elle en voudroit communiquer et par quelz moyens.» L'Empereur á Renard, 20 septembre, 1553. Ibid. p. 144.

(1) La alianza matrimonial con España pareció tan mal á los portugueses como á los ingleses, y probablemente por las mismas razones. Véase la carta de Gronveit de 14 de agosto de 1353. Ibid. pág. 77.

(2) «Les estrangiers, qu' ilz abhorrissent plus que nulle autre nation.» L'Empereur á Renard, 20 septiemb. 1553. Ibid. p. 113.

(3) «Et si la difficulté se trouvoit aux conseillers pour leur interet particulier com plus iltz sont interessez, il pourroit estre que l'on auroit meilleur moyen de les gaigner asseurant ceulz par le moyen desquelz la chose se purroit conduyre, des principaulz offices et charges dudict royaume, voyre et leur ollrant appart sommes notables de deniers ou accroissance de rentes, privileges et prerogatives.» L'Empereur á Renard, 20 septiemb., 1553. Ibid. p. 143.

(4) Para tener mas secreta la negociacion, se mandó retirar á los

hombre poco escrupuloso, pero diligente por extremo, y se sobresaltó al punto previendo la fuerza que adquiriria España con esta nueva alianza; por lo cual, y acomodándose á las instrucciones que tenia de su gobierno, determinó hacer todo lo posible para frustrarla. Los ministros de la reina, y sobre todo el canciller Gardiner, obispo de Winchester, mostraron no menos repugnancia á semejante matrimonio. El nombre español habia llegado á hacerse terrible por las crueldades cometidas en las guerras de aquel reinado, principalmente en el Nuevo Mundo. La ambicion y vastos dominios de Cárlos Quinto le hacian tambien el soberano mas formidable de Europa; y los ingleses miraban con suma prevencion la alianza con un príncipe que en tan gran menosprecio habia puesto la libertad de su pais, para que mirase la de los demas con mayor respeto. Recelaban sobre todo del fanatismo de los españoles; y el pavoroso espectro de la Inquisicion que ya creian tener delante, sobresaltaba aun á los mas católicos, que se estremecian al contemplar el cúmulo de desventuras que traeria tan malhadado enlace.

compañeros que Renard tenia en Lóndres, y que no convenia tomasen parte en ella, siguiéndola exclusivamente él y Granvela, obispo de Arras, que le comunicaba las instrucciones del emperador desde Bruselas.—«Et s' est résolu tant plus l' empereur rappeler voz collègues, a fin que aulcung d' iceulx ne vous y traversa ou bien empescha s' y estans montrez pen affectionnez, et pour non si bien entendre le cours de ceste negociation, et pour aussi que vous garderez mieulx le secret qu' est tant requis et ne se pourroit faire, passant ceste negociation par plusieurs mains.»—L' Evêque d' Arras á Renard, 13 septembre 1583, *Ibid* pág. 103.

Pocos esfuerzos tenian que hacer Noailles y el canciller para comunicar su desconfianza á los individuos del parlamento, que estaba entonces reunido; y asi se firmó en la cámara inferior una peticion á la reina para que, atendiendo al bien del reino, contrajesse matrimonio, si bien rogándola al propio tiempo que no eligiese esposo extranjero, si no el que mereciese esta preferencia entre sus propios súbditos (1).

Mas no conocian los ministros de María su carácter, como lo conoció Carlos Quinto cuando encargó á su agente que no la contradijese en lo mas mínimo, porque contrariarla, era tanto como aferrarla mas en su propósito. En una entrevista privada que tuvo con Renard, le participó la reina que tenia noticia de las intrigas de Gardiner, y de que Noailles estaba haciendo *todo lo imposible* para evitar su union con Felipe. «Pero yo seré su esposa» añadió; y en seguida introduciendo al embajador en su oratorio, á media noche, se arrodilló en su presencia, y repitiendo el himno *Veni Creator*, afirmó solemnemente que no daría la mano á hombre alguno sino al príncipe de España (2).

(1) «Pour la requerir et supplier d' eslire ung seigneur de son pays pour estre son mary, et ne vouloir prendre personnaige en mariage, ny leur donner prince qui leur puisse commander aultre que de sa nation.» Ambassades de Noailles, (Loyden, 1763) tom. II. p. 234.

(2) «Le soir du 30 octobre, la reine fit venir en sa chambre, où estoit exposé le saint sacrement, l' ambassadeur de l' empereur, et, après avoir dit le *Veni Creator*, lui dit qu' elle lui donnoit en face dudit sacrement sa promesse d' épouser le prince d' Espagne, laquelle elle ne changeroit jamais; qu' elle avoit feint d' être malade les deux jours

Esto acontecia el día 30 de octubre, y el 17 del mes siguiente se dirigian los comunes al palacio de Whitehall, donde se hallaba indispuesta la reina, para presentarla una peticion. En vez de replicar María por medio de su canciller, como lo tenia de costumbre, tomó por sí la palabra, y les dijo que de Dios habia recibido la corona, y que de él solo recibiria inspiraciones en tan grave asunto ⁽¹⁾; que no habia pensado hasta entonces en contraer matrimonio; mas toda vez que ellos lo consideraban necesario por el bien del reino, lo meditaria; que era negocio en que nadie estaba tan interesada como ella misma, y que podian vivir seguros de que en su eleccion atenderia no menos á la felicidad de su pueblo que á la suya propia. Los comunes, que rara vez se atrevian á levantar los ojos ante los príncipes de la casa de Tudor, se retiraron tranquilos con aquella oferta; y desde aquel momento no opusieron por su parte resistencia alguna.

A las razones de María se añadieron otras mas conciliadoras y no menos eficaces y persuasivas, equivalentes á otras tantas sumas de oro, cadenas y alhajas de la propia especie, que repartió con pro-

précédents, mais que sa maladie avoit été causée par le travail qu' elle avoit eu pour prendre cette resolution.»—MS. del archivo de Bélgica, citado por Mignet, Carlos Quinto, pág. 78 nota.

(1) «Qu' elle tenoit de Dieu la couronne de son royaume, et que en luy seul esperoit se conseiller de chose si importante.» Ambassades de Noailles, tom. II, pág. 269.

fusion el embajador de España entre los individuos del consejo ⁽¹⁾.

El siguiente mes de diciembre salió una embajada solemne de Bruselas con direccion á la corte de María para ofrecer á esta la mano de don Felipe. Iba á su cabeza Lamoral, conde de Egmont, el caballero flamenco que tanto se distinguió años adelante por sus bélicas hazañas, y mas aun por sus desventuras. Seguíanle porcion de señores flamencos y un brillante cuerpo de guardias. Desembarcó en Kent, y al punto se propagó la nueva de que era el mismo Felipe; y tan general era el aborrecimiento con que el pueblo miraba aquella boda, que hubieran corrido riesgo los dias del conde, á no haberse deshecho á tiempo la equivocacion. Prosiguió, pues, Egmont navegando por el Támesis, y tomó tierra en Tower Wharf el 2 de enero de 1554. Recibiéronle con gran pompa lord William Howard y varios nobles ingleses, escoltándole con gran ceremonia hasta Westminster, donde se le dió un convite por cuenta de la ciudad. Gardiner obsequió á los enviados con un suntuoso banquete, y al dia siguiente Egmont y su comitiva fueron á Hampton Court «donde hubieron gran mesa, dice un antiguo cronista, y cazaron venados, y tal mano se dieron en destruirlos, que apenas quedó uno á vida, pues,

(1) «Le dit lieutenant a fait fondre quatre mil escuz pour chaines, et les autres mil se repartiront en argent, comme l'on trouvera mieulx convenir.» Renard, ap. Tytler, Edward VI. and Mary. vol. II. p. 325.

añade en tono compasivo, mataron á roso y veloso, á golpes y cuchilladas ⁽¹⁾.»

El día 12 se presentó el conde flamenco á la reina y le hizo sus proposiciones para el matrimonio con el príncipe don Felipe; pero María que probablemente conoció haber andado sobrado explícita, procedió entonces con mas reserva. «No era propio de una reina soltera, dijo, tratar públicamente así de asunto tan delicado como era su matrimonio; que hubiera convenido mas valerse de sus ministros, á quienes hubiera hecho partícipes de todo; pero que tuvieran entendido, añadió, poniéndose los dedos delante de los ojos, que con quien estaba ya casada era con su reino, no pudiendo nadie obligarla á quebrantar el voto que habia hecho en su coronacion.»

Pero á pesar de este artificio, habia ya mostrado tal predileccion hacia su prometido esposo, que llamó la atencion de los cortesanos, y uno de ellos la atribuye á un retrato de Felipe, del cual «se enamoró profundamente ⁽²⁾.» Que tuviese en su poder este retrato, se sabe por una carta de la tia de Felipe, la regente de los Países Bajos, en que dice á la reina de Inglaterra que le envia el retrato del príncipe pintado por el Ticiano, y que esperaba se lo devolviese

(1) Strype, (Memorials, vol. III. pp. 58, 59.)—Holinshed, Chronicles, (London, 1808,) vol. IV. pp. 40, 34, 41.

(2) Strype, (Memorials, vol. III. p. 496.) que copia un párrafo de un MS. de Sir Thomas Smith, de cuya aplicacion, aunque no cita el nombre de la reina, no puede dudarse.

asi que tuviera el original. Añadia que se habia hecho tres años antes, y que pasaba por muy parecido, si bien era menester, como sucedia con otros del mismo maestro, mirarlo á cierta distancia, para percibir bien la semejanza (4).

Los contratos matrimoniales se extendieron con cierto detenimiento, dirigiendo su redaccion el canciller. Citaremos únicamente las condiciones mas importantes. Se estipulaba que Felipe habia de respetar las leyes de Inglaterra, y dejar á todo el mundo en el pleno goce de sus derechos é inmunidades. La reina se reservaba la facultad de conferir títulos, honores, gracias y cargos de cualquiera especie que fuesen. De estos se excluia á los extranjeros. Si del matrimonio naciese un hijo, sucederia en la corona de Inglaterra y en las posesiones españolas de Borgoña y los Países Bajos; pero en caso de que muriese don Carlos, hijo de don Felipe, el que quedase del presente matrimonio recibiria, ademas de dicha herencia, la de España y todos sus dominios. La reina no saldria de su reino sin su expreso consentimiento, ni sus hijos sin anuencia de la nobleza. En caso de que falleciese María, no podria reclamar don Felipe el derecho de tener parte en la gobernacion

(4) «Si est-ce qu'elle verra assez par icelle sa ressemblance, la voyant, á son jour et de loing, comme sont toutes peintures dudict Titian que de prés ne se reconnoissent.» Marie, Reine de Hongrie, á l'Ambassadeur Renard, novembre 19, 1553, Papiers d'Etat de Gravelle, tom. IV. p. 150.

del reino. En otros artículos se determinaba que bajo ningún pretexto comprometiese don Felipe á la nación en sus guerras con Francia, sino que procurase mantener las relaciones amistosas que á la sazón mediaban entre los dos países ⁽¹⁾.

Tales eran las cortas estipulaciones de un tratado que parecía mas bien de defensa contra un enemigo, que de matrimonio. Estaba escrito con tan minuciosas precauciones, que acreditaba la sagacidad de los que habian entendido en él, pues se ponía á salvo la independencia de la corona, así como las libertades del pueblo. «Pero si este pacto se rompe, preguntaba uno de los oradores del parlamento, ¿quién exigirá su cumplimiento?» Cuantos recapacitaban en el particular, conocian al punto que ninguna seguridad habia contra las vejaciones de don Felipe, pues una vez enlazado con la reina, sabria granjearse su cariño y obediencia, y ponerla de parte de su política, por mas perjudicial que fuese á los verdaderos intereses del reino.

No bien trascendió al público este tratado, cuando el descontento del pueblo, que ya habia empezado á manifestarse en algunas partes, cundió por todas y reventó estrepitosamente. Aparecieron pasquines, y se dieron á luz libelos en que se zaheria á los ministros de la reina y se satirizaba á los españoles: y aqui y

(1) Véase el tratado en Rymer, Foedera, vol. XV, pág. 377.

allá se propalaban infelices pronósticos de la ruina de la monarquía. Hasta los muchachos se hacian intérpretes de la ojeriza de sus padres, jugando unos á los ingleses y otros á los españoles; en términos de que un chicuelo malrotado, que hacia de don Felipe, de milagro escapó con vida á los denuestos y golpes de sus enfurecidos perseguidores ⁽⁴⁾.

Pero no paró en diversion de mozalvetes la oposicion que habia empezado á fermentar, pues acaecieron en diferentes puntos del reino tres distintas insurrecciones, la principal y mas temible acaudillada por sir Tomas Wyatt, hijo del célebre poeta del mismo nombre. Fué allegando gente, y creció el número de los insurgentes por habérsele agregado gran parte de las fuerzas que abandonaron sus banderas, formando causa comun con los mismos á quienes iban á castigar. Con este refuerzo, Wyatt se encaminó á Lóndres; llenáronse los ánimos de consternacion, y todos estaban amedrentados, menos la intrépida María, que mostró un denuedo y un menosprecio á aquel peligro, como si se tratase de una asonada insignificante.

Aceleradamente entró en la ciudad, reunió al pueblo en Guidhall, y pronunció una enérgica arenga, que se conserva en las páginas de Holinshed,

(4) «Par la «añade Noailles, que refiere el caso,» vous pouvez veoir comme le prince d' Espagne sera le bien venu en ce pays, puisque les enfans le logent a a gibet.» *Ambassades de Noailles*, tom. III, página 150.

concluyendo con la siguiente peroracion, en que aludía á la causa de aquellas inquietudes. «Y ciertamente que si yo hubiera entendido ó pensado que semejante matrimonio habia de haber producido tales peligros y conflictos, queridos vasallos míos, ó causado el menor detrimento en parte alguna del reino de Inglaterra, ni hubiera consentido en él, ni me hubiera casado en mis días. Mas por mi palabra de reina os prometo y afirmo, que si la nobleza y comenes reunidos en la alta córte del parlamento, juzgan que este matrimonio no ha de ser útil y conveniente á todo el reino, que no solo no llevaré á cabo este de que se trata, sino ningun otro de que pueda resultar el menor peligro á tan noble reino. Y por ahora, buenos y fieles vasallos míos, cobrad ánimo, y como leales que sois, seguid á vuestro príncipe legítimo, para escarmentar á esos rebeldes enemigos míos y vuestros, y no hayais temor alguno, pues de mí sé decir que no me infunden el menor cuidado (1).» Este brio varonil de la reina se comunicó á los que la escuchaban, y en pocas horas se vieron alistados bajo la bandera real hasta veinte mil ciudadanos.

Entre tanto iban avanzando los rebeldes, y se supo á poco tiempo que Wyatt estaba en la orilla opuesta del Támesis, y luego que habia atravesado el

(1) Holinshed, vol. IV, pág. 46. Todas las historias inglesas que se refieren á aquel tiempo, dan pormenores mas ó menos extensos sobre esta insurreccion.

rio. En breve anunciaron su presencia un buen número de realistas que venian huyendo, y entre ellos Courtenay, el cual volvió grupas tan de prisa, que no dejó su crédito de valiente muy bien parado. Con esto se acrecentó la confusion, y acudieron gran número de señores y damas á Whitehall, donde estaba la reina, para que les infundiese el aliento de que estaba poseída. Los ministros se echaron á sus pies, rogándola que se pusiese á salvo en la torre, como el único lugar seguro; pero ella se reía, despreciando á hombres tan pusilánimes, y determinó permanecer allí hasta ver qué acontecia.

No hubo que esperar mucho: Wyatt se adelantó hasta Ludgate con desesperado esfuerzo, mas los suyos flaquearon: los pocos que se le mantuvieron fieles hubieron de ceder al número de sus contrarios, y él quedó prisionero, y todos los demas huyeron desconcertados. Con este triunfo, María se arraigó mas fuertemente en el trono, y desde aquel día no volvió á hablar contra el matrimonio español el pueblo, y todavía menos el parlamento.

Con tan evidente demostracion de enemiga hácia su hijo, hasta el emperador entró en recelos, y trató de obtener alguna seguridad formal, antes de aventurarse entre aquellos isleños turbulentos; para lo cual escribió á su embajador que la exigiera completa de su gobierno; pero ninguna podia darse mas que la palabra de la reina de no omitir diligencia alguna para

que el príncipe viviera á salvo. Renard andaba muy perplejo, conociendo su compromiso, pues por una parte no se atrevía á responder del sosiego de los ingleses, y por otra conocía estar el negocio tan adelantado, que no podia España retroceder. Escribió sin embargo, á Carlos y á Felipe, recomendándoles que no llevase este mas séquito que el necesario, y que se cuidára de que no acompañasen á los nobles sus mujeres, pues no parecía sino que toda la causa del mal que sobre sí tenían, dimanaba de una mujer ⁽¹⁾. Sobre todo encargaba á don Felipe y á los que con él hiciesen el viaje, que diesen de mano á la *altivez* castellana, y procediesen afablemente, para apaciguar asi el enojo de los ingleses ⁽²⁾.

(1) «L'ou a escript d' Espagne que plusieurs sieurs doliberoient amener leurs femmes avec eulx pardeça. Si ainsi est, vostre Majesté pourra preveoir ung grand desordre en ceste court.»—Renard, ap. Tytler, *Eduard VI and Mary*, vol. II. pág. 354.

(2) «Seulement sera requis que les Espaignolez qui suyront vostre Alteze comportent les facons de faire des Angloys, et soient modestes, confians que vostre Alteze les aicarassera par son humanité costumiere.» *Ibid.*, pág. 335.

CAPITULO IV.

ALIANZA CON INGLATERRA.

Ratificación del matrimonio de María.—Doña Juana, regente de Castilla.—Embarcarse don Felipe para Inglaterra.—Magnífico recibimiento que se le hace.—Matrimonio de Felipe y María.—Vida de los nuevos esposos.—Influencia de don Felipe.—Restauración de la Iglesia católica.—Partida de don Felipe.

1554.—1555.

En el mes de marzo de 1554 llegó á Inglaterra, con nueva embajada, el conde de Egmont, á fin de cangear las ratificaciones del tratado de matrimonio. Verificó su entrada en la capital, del mismo modo que la vez primera, y fué recibido por la reina en presencia de su consejo, celebrándose con grande aparato la ceremonia. Postrada de rodillas María, invocó á Dios por testigo de que en aquel enlace no obraba por motivo alguno mundano ni pecaminoso, sino atendiendo al bienestar y tranquilidad del reino, por quien debía ante todo sacrificarse, y esperando que el cielo le daría fuerzas para cumplir la promesa que habia hecho al ceñirse la corona.

Pronunció estas palabras con tanta gracia, que no pudieron menos los circunstantes, dice Renard, el cual era uno de ellos, de prorumpir en lágrimas. Cangiéronse las ratificaciones, y en presencia de la córte recibieron el juramento los representantes de España é Inglaterra; mientras María, arrodillándose de nuevo, rogó á todos los que allí estaban que uniesen sus oraciones á las suyas para que el Altísimo se dignase inspirarla acierto en la observancia de los artículos del tratado, y bendijese su matrimonio.

Presentó el conde de Egmont á la reina un rico anillo de diamantes que la enviaba el emperador; y poniéndoselo María, lo mostró á los que la rodeaban; pues «seguramente, exclama el ministro español, era joya de mucha estima y digna de admiracion.» Egmont preguntó á María, antes de encaminarse á España, si tenia que honrarle con algun mensaje para el príncipe don Felipe; á lo que replicó la reina, que podía ofrecerle su afectuosa consideracion, y asegurarle que procuraria competir con él en todo género de buena correspondencia como estaba obligada á hacerlo por amante y por esposa; y habiéndola preguntado si queria enviarle algun escrito, replicó que «no, hasta que él la escribiese primero (1).»

(1) Los pormenores de esta entrevista están tomados de uno de los despachos de Renard al emperador, de fecha 8 de marzo de 1554, ap. Tiler, *England under the Reigns of Edward VI and Mary*, (vol. II, págs. 326, 329.)—Obra en que el autor, así por la publicacion de documentos originales como por sus ingeniosos comentarios, ha contribuido mucho á ilustrar esta parte de la historia de Inglaterra.

Estas circunstancias nos revelan un hecho que por otra parte es insignificante. Hasta entonces no habia escrito un solo papel Felipe, ni dado prueba alguna de interés hácia su prometida esposa: su padre se habia encargado de todo esto, siendo en efecto quien arregló el matrimonio, quien ganó la voluntad de la novia, y puso de su parte á los principales consejeros, en una palabra, quien entendió en todo lo relativo á este negocio. Como consecuencia de esto mismo, aseguran algunos que Felipe inclinaba ya su afecto hácia otra parte, y que de buena gana hubiera preferido la mano de su parienta doña María de Portugal (1); y aun cuando así no fuese, lo probable es que no estuviera muy satisfecho del enlace con una mujer que le llevaba once años de edad, y cuyos encantos personales, por seductores que hubiesen sido en otro tiempo, hacia mucho que por efecto de sus dolencias y de su melancólico carácter, apenas se traslucian. Aspiraba, sin embargo, á ser poderoso; y si algun escrúpulo le quedaba en el particular, al mero recuerdo de que tal era la voluntad de su padre, se desvanecía (2).

(1) Florez, *Reynos Catholicos*, tom. II, pág. 890.

(2) Felipe hubiera preferido ver tornar á su padre á su primer designio de tomar por esposa á María; pero consintió, sin murmurar siquiera, en aceptarla para sí. Mignet copia un párrafo de una carta de Felipe al emperador sobre este asunto, en que manifiesta ser un modelo de obediencia filial; carta que transcribe tambien Gonzalez en su obra inédita, *Retiro y estancia de Carlos Quinto*.—«Y que pues piensan proponer su matrimonio con vuestra magestad, hallándose en disposicion para ello, esto seria mas aceptado. Pero en caso que vuestra magestad esté en lo que me escribe y le pareciere tratar de lo que á mí toca, ya vuestra magestad sabe que como tan obediente hijo, no he

«Hizo en esto, exclama Sandoval, lleno de admiración, lo que Issaac dejándose sacrificar por hacer la voluntad de su padre, y por el bien de la iglesia (1).» El mismo respeto que Felipe tuvo á su padre en materia tan delicada, halló él despues en su hijo mediando la misma causa.

Noticioso de haberse ratificado los artículos del matrimonio, envió don Felipe por via de presente una preciosísima joya á la reina de Inglaterra, por medio de un caballero español de la mas distinguida nobleza, el marqués de las Navas (2). Embarcóse este en Vizcaya con una escuadra de cuatro buques, y tomó tierra en Plymouth; y prosiguiendo su camino á Lóndres, se incorporó con el jóven Lord Herberd, hijo del conde de Pembroke, que tenia encargo de acompañarle con una escolta de cuatrocientos jinetes, todos de la nobleza, á su palacio patrimonial de Wletshire. «Segun iban cabalgando á Wilton, dice Lord Edmundo Dudley, que formaba parte del acompañamiento, fueron corriendo liebres, en que mostró mucho placer el marqués, por ver que era diversion que se tenia tan á la mano. En el gran convite que se dió al marqués, en la cena de aquella noche y en el almuerzo

de tener mas voluntad que la suya; quanto mas siendo este negocio de importancia y calidad que es. Y así me ha parecido remitirlo á vuestra magestad para que en todo haga lo que le parecerá y fuere servido.» Mignet, Charles quint. p. 76.

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V., tom. II. pág. 537.

(2) «Una joya que don Felipe le enviaba, en que habia un diamante de valor de ochenta mil escudos.» Cabrera, Felipe II, lib. I, cap. 4.

del día siguiente, reinó tal profusion, que era maravilloso cómo en tan poco tiempo habian podido hacerse tantos preparativos.... y ciertamente no era para mi poca satisfaccion el ver que todo aquello se hacia en honra y servicio de la majestad de la reina (1).»

Al propio tiempo iba don Felipe previniéndose para salir de España, y nombraba el gobierno que habia de administrar el reino durante su ausencia. El emperador resolvió que quedase con la regencia su hija, la princesa doña Juana, la cual tenia ocho años menos que don Felipe. Uno y medio antes habia ido á Portugal á casarse con el heredero de aquel reino; pero frustráronse los lisonjeros presagios que aquella union prometia, por la muerte prematura del príncipe, ocurrida el 2 de enero de 1554. A las tres semanas de acaecer esta catástrofe, dió á luz la desdichada viuda un hijo, que fué el famoso don Sebastian, cuyas quijotescas aventuras le grangearon mayor celebridad que la que otros monarcas han merecido por su prudencia. Inconsolable con tan reciente pérdida, tuvo doña Juana que violentarse para complacer á su padre, resignándose á figurar otra

(1) Carta de lord Edmundo Dudley á los lores del consejo, MS. Este documento y otros varios MSS. referentes al mismo periodo, los debo á la condescendencia del malogrado Mr. Tytler, que los copió de los originales existentes en el archivo de Papeles de Estado.

El joven lord Herbert, mencionado en el texto, es el mismo que despues obtuvo el título de conde de Pembroke, y casó en segundas nupcias con la célebre hermana de Sir Felipe Sidney, á quien dedicó «La Arcadia», menos conocida sin embargo por esta dedicatoria que por el epitafio que puso en su monumento Ben Jonson, en la catedral de Salisbury.

vez en la escena política. En julio salió de Lisboa, lugar algún día de tantas ilusiones para ella, y de esperanzas tan repentinamente desvanecidas, y con lágrimas de toda la corte, regresó á Castilla acompañada de una escolta numerosa. Recibióla su hermano el rey en la frontera, y la condujo á Valladolid, donde con la debida solemnidad, se hizo cargo de la regencia. Para que pudiese sobrellevar mejor la carga del gobierno, se nombró un consejo de Estado, compuesto de personas muy distinguidas, bajo la presidencia del arzobispo de Sevilla. Con el dictámen de estas personas, debía doña Juana proceder en cuantos negocios y dificultades le ocurrieran; y á mas le dejó don Felipe, antes de partir, amplias instrucciones respecto á la política que habia de observar, sobre todo en materias de religion ⁽¹⁾.

Parecia doña Juana señora discreta y virtuosa, cualidades que no eran raras en las princesas de su familia. En su liberalidad para los conventos y monasterios procedía sin tasa, como lo muestran los innumerables testimonios de gratitud perpetuados en sus claustros. Tenia una costumbre peregrina. Cuando daba audiencia á los embajadores extranjeros, llevaba cubierto el rostro con el velo; «y prevenida de que estos se quejaban, pretestando que no sabian si hablaban con la princesa, levantaba el manto al em-

(1) Cabrera, Felipe segundo, lib. I., cap. 4.—Florez, Reynas Cathólicas, tom. II., p. 373.—Memorial des Voyages du Roi, MS.

pezar la audiencia, preguntando: *¿soy la princesa?*; y en oyendo responder que sí, volvía á echarse el velo, como que ya cesaba el inconveniente de ignorar con quien hablaban, y que para ver, no necesitaba tener la cara descubierta ⁽¹⁾.» Quizá guardaría doña Juana este recato por creerlo propio de su condicion de viuda, y como una muestra de respeto á la memoria de su malogrado esposo; pero acaso no parezca aventurado suponer que le aquejaba un desvarío semejante al que por tanto tiempo perturbó la razon de su abuela, que tambien llevaba el propio nombre, doña Juana de Castilla.

Antes de salir de Valladolid, puso don Felipe servidumbre separada á su hijo don Carlos, y para preceptor que le educase, nombró á Luis de Vives, que no debe confundirse, aunque en el nombre sean iguales, con el sabio tutor de María de Inglaterra; y hechos cuantos preparativos se requerian, salió para el punto donde debia embarcarse, en direccion al Norte, deteniéndose antes en Compostela para encomendarse al santo tutelar de España, cuyas reliquias habian sido durante la edad media tan adoradas de los peregrinos, que acudian de los pueblos occidentales de la cristiandad.

Estando en esta ciudad, firmó el tratado de matrimonio, que le llevó desde Inglaterra el conde de Bed-

(1) Florez, *Reynas Cathólicas*, tom. II., p. 873.

ford. De allí pasó á la Coruña, donde le aguardaba una escuadra de mas de cien velas, mandada por el almirante de Castilla, que á mas de los marineros, llevaba á bordo cuatro mil hombres sacados de la flor de las tropas españolas. El 11 de julio se embarcó con todo aquel acompañamiento, en que juntamente con los condes de Egmont y de Hoorne, iban los duques de Alba y Medinaceli, el príncipe de Eboli, en suma, los señores mas distinguidos de Castilla. Seguíanlos á todos sus mujeres y vasallos, dependientes y criados, y porcion de parásitos ociosos destinados á realizar la ceremonia y el esplendor de su soberano. Asi se estimó el consejo dado por el embajador de Lóndres respecto á las mujeres de los que acompañasen á don Felipe, y á la llaneza que convenia mostrase este para no excitar la animadversion de los ingleses (1).

Pasados algunos días de agradable navegacion, llegó la escuadra española á la vista de las combinadas de Inglaterra y Flándes, cuyo mando tenia el lord almirante Howard, que estaba cruzando el canal para acompañar al príncipe hasta las playas de su país. Parece que era este caballero de modales un tanto bruscos, y mas ingénuo que complaciente. Desde luego ofendió á los flamencos, comparando sus

(1) Carta de Bedford y Fitz waters, al Consejo, ap. Tytler, Edward VI and Mary, vol. II. p. 410.—Cabrera, Felipe segundo, lib. I. cap. 4, 5.—Sepulveda opera, vol. II. pp. 496, 497.

embarcaciones á las conchas de las almejas (1); y aun se asegura que disparó un cañonazo al acercarse la escuadra de Felipe, con el objeto de que arriasen velas y reconociesen así la supremacía que en la mar ejercian los ingleses. Esto, sin embargo, será presuncion de algun escritor de esta nacion, porque se hace duro creer que españoles como los de aquellos tiempos hubieran pasado por tal afrenta, y mas aun que el almirante inglés hubiera llevado hasta aquel punto su descortesía.

El 19 de julio anclaron las escuadras en el puerto de Southampton, é inmediatamente salieron multitud de lanchas, una de ellas ornada de un rico pabellon y cubierta de paños recamados de oro, con remeros vestidos de blanco y verde, que eran los colores de la casa real, y al punto se conoció que era el barco de la reina preparado para don Felipe; y en otras lanchas, todas primorosamente adornadas, entraron los nobles y sus familias.

Al echar pié á tierra el príncipe español, fué recibido por los señores ingleses que acudieron á prestarle pleito homenaje; y el conde de Arundel, le presentó en nombre de la reina la brillante insignia de la orden de la Jarretiera (2). Iba Felipe vestido, como de

(1) «Il appelle les navires de la flotte de vostre majesté coquilles de moules, et plusieurs semblables particularitez.» Letter of Renard, ap. Tytler, Edward VI and Mary, vol. II. p. 414.

(2) «L'ordre de la Jarretiere, que la Royne et les Chevaliers ont concluzd luy donner; et en á fait faire úne la Royne, qu' est estimée sept

costumbre, de terciopelo negro, y cubierta la cabeza con una gorra, adornada, segun se usaba entonces, con cadenas de oro. Por órden de María se le tenia prevenido un caballo andaluz, en que montó con gran desembarazo, pues era excelente jinete, agrandando mucho al pueblo por sus corteses modales y la gracia con que manejaba el caballo.

Encaminóse la regia comitiva á la antigua iglesia de Holy Rood, donde debia cantarse la misa en accion de gracias por la prosperidad del viaje. En seguida pasó Felipe á la habitacion que en palacio le estaba prevenida, toda ella aderezada suntuosamente, las paredes cubiertas de tapices que representaban las hazañas de Enrique VIII; viéndose entre otras inscripciones una en que se le proclamaba «cabeza de la iglesia y defensor de la fé;» palabras que, como probablemente estarian en latin, no dejarian de entenderlas los españoles ⁽¹⁾.

Recibióse en Lóndres la noticia del desembarco de Felipe con demostraciones de extremado júbilo, salvas de artillería, repique de campanas, procesiones en las iglesias, iluminaciones en las calles principales, y mesas públicas provistas de abundantes man-

ou huit mil escuz, et jointement fait faire plusieurs riches habillemens pour son Altesse.» *Ibid.*, p. 416.

(1) Salazar de Mendoza, *Monarquía de España*, (Madrid, 1770), tom. II, p. 448.—*Ambassades de Noailles*, tom. III, pp. 283, 286.—*Se-puvedæ opera*, vol. II, p. 498.—*Cabrera, Felipe II*, lib. I, cap. 8.—*Leti, vita di Filippo II*, tom. I, p. 234.—*Holinshed*, vol. IV, p. 87.—*Memorial des voyages du Roi*. MS.

jares, vinos y cervezas, que pródigamente se servían á todo el que se acercaba⁽¹⁾: en una palabra, se entregó la ciudad á un regocijo universal, como si se tratase de recibir á un monarca victorioso que regresaba á sus dominios, en vez de aquel cuyo nombre poco antes habia sido objeto de la execracion de todo el mundo. María ordenó inmediatamente que se dispusiesen los señores de la corte para acompañarla á Winchester, donde pensaba recibir al príncipe; y el 24 de julio entró con gran pompa en aquella capital y estableció en el palacio episcopal su residencia.

En los pocos dias que Felipe permaneció en Southampton, salió á menudo y se dejó ver del pueblo con frecuencia. Las noticias que se le habian dado del espíritu público, le sugirieron algun recelo por su seguridad; así que desde luego determinó mostrarse tan afable y condescendiente, que lejos de inspirar odio á los ingleses, se grangease su afecto en lo posible; y á decir verdad, parece que lo consiguió, bien que algun otro individuo de la clase superior de la aristocracia se eximiese de la regla general, no des- cubriéndose cuando pasaba; mas el imponerse, como lo hizo, el deber de mirar atentamente á todo el mundo, es suficiente prueba de que abrigaba alguna desconfianza⁽²⁾.

(1) Strype, Memorials, vol. III, pp. 427, 428.

(2) Este cambio en las costumbres de Felipe, parece que llamó mucho la atención. De él hace mencion Wolton, embajador en la corte de

Tanta afabilidad no pudo menos de excitar la envidia de los españoles que le acompañaban, los cuales se mostraron doblemente disgustados con la rígida interpretación que se dió á uno de los artículos del contrato, pues á muchos les prohibieron desembarcar por considerarlos como extranjeros, y á otros, estando ya en tierra, los obligaron á entrar de nuevo en sus bajeles y volver á España ⁽¹⁾. Siempre que Felipe salía, iba acompañado de los ingleses, que además le servían á la mesa. Almorzaba y comía en público, cosa que le agradaba poco; pero sin embargo brindaba según la costumbre inglesa, y animaba á los suyos para que siguiesen su ejemplo cuando bebía de la cerveza mas fuerte del país ⁽²⁾.

El día 23 del propio mes llegó el conde de Pembroke con una brillante compañía de doscientos jinetes, todos caballeros, que debían escoltar al príncipe hasta Winchester; y además se le agregó un cuerpo

Francis, que en una de sus cartas habla del particular, como de cosa que era asunto de todas las conversaciones de Paris. Wotton á Sir W. Petre, agosto 10 de 1554, MS.

(1) Según Noailles, Felipe prohibió á los españoles que abandonasen las embarcaciones, so pena de la vida si llegaban á saltar en tierra. Esto era tomar al pié de la letra las condiciones del tratado de matrimonio. «Après que le dict prince fust descendu, il fet crier et commanda aux espaignols que chacun se retirast en son navire et que sur la peyne d' estre pendu, nul ne descoudist á terre.» *Ambassades de Noailles*, tom. III. p. 287.

(2) Leti, *Vita di Filippo II*, tom. I. pp. 231, 232.

«Lors il appella les seigneurs espaignols qui estoient pres de luy et leur dict qu' il falloit désormais oublier toutes les coustumes d' Espaigne, et vivre de tous pointes á l' Anglois, á quoy il vouloit bien commencer et leur monstret le chemin, puis se fist apporter de la biere de laquelle il beut.» *Ambassades de Noailles*, tom. III. p. 287.

de arqueros ingleses, cuyas túnicas de paño amarillo, listadas de terciopelo encarnado, indicaban los colores de la casa de Aragon. El dia estaba poco agradable; caía la lluvia con tanta fuerza, que bastaba á entibiar el entusiasmo, no solo de Felipe, sino del mas apasionado amante. Era sin embargo el principe demasiado galan y caballero, para que los elementos le intimidasen; y aunque la distancia no era mucha, hubo de pasarla á caballo, único medio de poder andar en un tiempo en que era imposible caminar con carruajes.

Corto trecho habian andado él y su comitiva, cuando les salió al encuentro un caballero que á todo correr iba en busca de Felipe, y entregándole un anillo que le enviaba María, le rogó de su parte que no se expusiese á tan crudo temporal y que suspendiera su marcha hasta el siguiente dia. No comprendiendo el principe al enviado, que hablaba en inglés, y sospechando que María le avisaba de algun riesgo que podia correr, hizose prontamente á un lado, y pidió parecer al duque de Alba y al conde Egmont sobre lo que debia hacer en tan apurado lance; mas viéndole uno de los cortesanos tan perplejo, se acercó á él y le dijo el verdadero mensaje que traia el desconocido. Tranquilizóse entonces, y sin vacilar mas tiempo, envolviéndose en su capa aguadera de fieltro encarnado, y calándose el sombrero hasta los ojos, prosiguió su camino, menospreciando la furia del temporal.

Segun iba adelantando, aumentaban su comitiva la gente y soldados que de los alrededores acudian, de modo que al entrar en Winchester, se habian reunido algunos millares de personas. Era ya muy entrada la noche, cuando enlodados todos y llenos de agua, llegaron á las puertas de la ciudad, donde estaban el mayor y los consejeros, que ofreciendo al príncipe las llaves de la poblacion, le fueron guiando hasta donde habia de aposentarse.

Aquella misma noche tuvo Felipe la primera entrevista con María, que fué privada, acompañándole despues á su vivienda el canceller Gardiner, obispo de Winchester. Pasaron juntos poco mas de una hora los dos amantes; y como Maria hablaba con facilidad el castellano, pareció la conferencia menos embarazosa y breve de lo que en otro caso hubiera sido (1).

Al dia siguiente salieron ambos en público, Felipe con las principales personas de uno y otro sexo que le acompañaban, y á medida que iba pasando por las calles á pié y pausadamente, tocaban los músicos y ministriles, y en esta conformidad llegaron al palacio real. La sala del besamanos era la principal de aquel edificio. María se adelantó á recibir á su pro-

(1) Segun Sepúlveda, Felipe dió una interpretacion bastante lata á la costumbre inglesa de saludar, besando no solo á su prometida, sino á todas las señoras que estaban presentes, lo mismo á las casadas que á las solteras. «Intra ædes progressam salutans Britannico more suaviavit; habitoque longiore et jucundissimo colloquio, Philippus matronas etiam et Regias virgines sigillatim salutaturque.» Sepúlveda, Opera. vol. II, p. 499.

metido, y le saludó dándole un afectuoso beso delante de todo el mundo; despues de lo cual le condujo á una especie de trono que habia preparado, y le hizo sentarse á su lado debajo de un rico dosel. Allí permanecieron por espacio de mas de una hora hablando juntos, dando tiempo á los cortesanos para que á su sabor los contemplasen, y adquiriesen materia de murmurar en lo sucesivo respecto á los trajes y modales que tan extraños á unos y otros les parecian; pues á pesar de la procedencia española de María, habia tan poca semejanza en el aspecto de los españoles é ingleses de aquella época, como entre el ciudadano inglés y el natural del Japon en nuestros dias.

El siguiente, que era el de Santiago, santo patron de España, debian celebrarse los esponsales. Don Felipe trocó el sencillo traje que vestia por las ricas galas de novio que le habia preparado su futura: vestido blanco de raso, como el cronista nos lo refiere, y de tisú de oro, sembrado todo de perlas y piedras preciosas. De su cuello pendia el magnífico collar del Toison de oro, y ceñida á la pierna, por debajo de la rodilla, la insignia de la no menos ilustre orden de la Jarretiera. Así engalanado y á pié, se dirigió á la catedral, donde le aguardaban los suyos, que habian procurado rivalizar unos con otros en ostentacion y magnificencia.

Media hora tuvo que esperar Felipe á la reina en la entrada de la catedral. Llegó por fin, rodeada de

las señoras y caballeros de su corte, vestida tambien de raso blanco y tisú de oro, y cubierta de diamantes de inestimable precio, gran parte de ellos regalo de don Felipe, que se los habia mandado con el príncipe de Eboli, asi que desembarcó. Sus zapatos verdes y su manto de terciopelo negro formaban singular contraste con lo restante de su vestido, que para gala de novia, hubiera parecido muy extraño en estos tiempos. Llegado que hubo la reina, se dirigieron ambos consortes á la nave de la catedral, en cuyo coro fueron recibidos por el obispo de Winchester, acompañado de los grandes prelados de la iglesia británica. Cranmer, su superior, y primado de Inglaterra, que hubiera debido celebrar el casamiento, estaba ausente, desterrado y preso.

Ocuparon Felipe y María sus asientos bajo un ré-
gio dosel y á los lados de un altar. Con la reina, se
veian las señoras de la corte, cuya hermosura, dice
un escritor italiano, parecia cobrar mayor realce a
lado de los atezados rostros del Mediodía ⁽¹⁾. Por todo
el ámbito y espaciosas galerías del templo cruzaban
multitud de espectadores de todas clases, que habian
acudido desde los puntos mas distantes á presenciar
la ceremonia.

(1) «Poco dopo comparve ancora la Regina pomposamente vestita, rilucendo da tutte le parte pretiosissime gemme, accompagnata da tanto e così belle Principesse, che pareva ivi ridotta quasi tutta la bellezza del mondo, onde gli Spagnoli servivano con il loro olivastro, trá tanti soli, come ombra.» Leti, vita di Filippo II. tom. I. p. 232.

Impuso silencio la voz de Figueroa, consejero del emperador, que en voz alta comenzó á leer un instrumento poco antes otorgado por Cárlos V; en el cual declaraba este, que siendo aquel matrimonio obra propia suya, y deseando que su amado hijo comenzase á gozar anticipadamente, como era justo, de su dignidad y de la de su ilustre consorte, cedia en favor suyo los derechos y soberanía que gozaba sobre el reino de Nápoles y el ducado de Milan, para de esta suerte igualar á entrambos cónyuges, y que María, en vez de dar su mano á un vasallo, se uniese á un soberano cual lo era ella.

Ocurrióse alguna dificultad respecto á la persona que habia de hacer la entrega de la reina, pues era ceremonia en que hasta entonces no se habia pensado; y despues de una breve conferencia, se determinó que la verificáran el marqués de Winchester, y los condes de Pembroke y Derby, como en efecto lo hicieron en nombre de todo el reino; cuyo acto terminado, prorumpió en alegres vivas la muchedumbre, que no parecía sino que los muros de la antigua catedral con la fuerza de las voces se estremecian. Echó la bendicion á los desposados el obispo de Winchester; y volviendo á sentarse ambos, concluyó la misa, y el príncipe dió á su esposa el «ósculo de paz,» segun la costumbre de aquella época. Duró la ceremonia cerca de cuatro horas; y terminada, tomó Felipe á María de la mano, y salieron de la iglesia, seguidos de

gran número de prelados y nobles, y precedidos de los condes de Pembroke y Derby, que llevaban sendos estroques desnudos, símbolo de la soberanía. Hicieron este espectáculo mas vistoso la variedad de trajes de las dos naciones, la rica y pintoresca vestimenta de los españoles y la severa y magnífica de los ingleses y flamencos, que en festiva confusion alternaban unos con otros. Así fué desfilando pausadamente la brillante comitiva al alegre compás de animadas músicas, mientras poblaban el aire las afectuosas aclamaciones del pueblo, que, como siempre, contemplaba aquellas grandezas y pompas embelesado.

En el salon del palacio episcopal habia preparado un suntuoso banquete para todas las personas que habian asistido á los casamientos. En uno de los extremos, se veia un estrado, cubierto con un rico dosel, y debajo de esto, una mesa para el rey y la reina, con otro asiento al lado para el obispo Gardiner, que fué el único personaje á quien se dispensó el honor de comer con los soberanos.

Debajo de dicho estrado, y á entrambos lados, ocupaban toda la longitud del salon las mesas para los nobles de una y otra nacion, que se fueron colocando (y no tuvo que hacer poco en esto la etiqueta) por el órden que segun su clase les correspondia. La mesa de los reyes estaba cubierta de platos de oro; y en un ancho aparador, formado por una graderia de ocho escalones, lucian gran número de bajillas de

plata y oro, como para probar la magnificencia del prelado ó de su soberana: bien que semejante ostentacion fuese mas propia de los españoles que de los ingleses, siendo una de las cosas en que la grandeza castellana acostumbraba á desplegar toda su opulencia (1).

En el fondo del salon se habia colocado una orquesta de excelentes músicos, que alegraban el banquete con sus armonías; pero quien mas amenizó la fiesta, fueron los niños de Winchester, entrando algunos en el salon para recitar en latin epitalamios en alabanza de los reales cónyuges; por lo cual, los agasajó la reina con un regalo.

Despues del banquete se tuvo el baile, y en él, si hemos de dar crédito á un antiguo escritor inglés, vieron con envidia los españoles que eran muy inferiores á los ingleses (2); lo cual, sin embargo, no deja de parecer extraño, atendiendo á que el baile ha sido siempre la diversion nacional de España, para quien es lo que la música para Italia, la verdadera condicion de su existencia social (3). No fué

(1) El aparador del duque de Alburquerque, que murió á mediados del siglo décimo séptimo, tenia de alto cuarenta escalones de plata; y á su muerte tardaron seis semanas en hacer el inventario de sus bajillas de plata y oro. Véase Dunlop Memorias de España durante los reinados de Felipe IV y Carlos II. (Edimburgo 1831, tom. I, página 384.

(2) Strype, Memorials, vol. III, pág. 430.

(3) Respecto á los antiguos bailes nacionales de la península, da algunos permenores interesantes Ticknor, en su Historia de la Literatura española (New York, 1849) vol. II, pág. 445,—448; autor que, bajo el título de *Historia de la Literatura*, trata tambien de las insti-

dado prolongar mucho tiempo esta diversion, y á las nueve de la noche, se suspendieron hasta el día siguiente los regocijos nupciales ⁽¹⁾.

En estos placeres pasaron Felipe y María los pocos días que estuvieron en Winchester, desde donde con su córtc, se trasladaron á Windsor. Debía aquí celebrarse un capítulo de la órden de la Jarretiera, y se celebró en efecto, para dar á don Felipe la investidura de aquella dignidad. Un rey de armas se atrevió con este motivo á quitar el escudo de Inglaterra, substituyéndole con el de España, como para honrar á su nuevo soberano; mas este acto de deferencia llenó de indignacion á los ingleses, y fué menester que aquel funcionario se apresurára á enmendar su yerro ⁽²⁾.

El 28 de agosto entraron á caballo y pública-

taciones sociales y políticas de la nacion, cuyo carácter ha procurado estudiar bajo todos aspectos.

(1) «Relation of what passed at the Celebration of the Marriage of our prince with the Most Serene Queen of England.»—Del original de Lovana.—ap. Tytler, Edward VI. and Mary, vol. II. p. 430.—Salazar de Mendoza, Monarquía de España, tom. II. p. 447.—Sandoval, Historia de Carlos V., tom. II. pp. 560,—563.—Leti, vida di Filippo II, tom. I. pp. 234-233.—Sepúlveda, opera, vol. II, p. 500.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. I. cap. 5.—Memorial de Voyages. MS. Miss Strickland, Lives of the Queens of England, vol. V. pp. 389—396.

Al último escritor en especial debo muchos pormenores relativos á las ceremonias y grandes solemnidades de que hablo en las páginas precedentes. Sus noticias están sacadas con particularidad de dos obras que no tengo en mi poder, el Libro de Precedentes de Ralph Brook, heraldo de York, y la narracion de un italiano, Baccardo, testigo de vista de las escenas que refiere. Los interesantes volúmenes de Miss Strickland son muy útiles al historiador por los muchos extractos que contiene de curiosos documentos inéditos, que no han llegado á noticia de escritores que exclusivamente tratan de acontecimientos políticos, y que por esta razon han hecho poco aprecio de todo lo que se refiere á asuntos domésticos y personales.

(2) Hofinsched, vol. IV, pág. 62.

mente en Lóndres Felipe y María, pasando por en medio de la población de Southwark, y atravesando el puente de Lóndres. Tampoco se omitió aquí preparativo alguno por la ciudad, con el fin de recibirles grandiosamente. Las columnas de los edificios se adornaron de flores, atajando las calles con arcos triunfales, y poniendo en las fachadas de las casas pinturas ó blasones con panegíricos de los ilustres novios; en uno de los cuales se hacia mérito de la genealogía de don Felipe, declarándole descendiente de Juan de Gante, es decir, todo lo inglés que era posible hacerle.

Había entre las pinturas una que representaba á Enrique Octavo con una biblia en la mano: temeridad que escandalizó al canciller Gardiner, el cual dirigiéndose al pintor con palabras injuriosas, al punto le obligó á quitar de aquellas manos sacrilegas el libro santo, que solo podía estar dignamente en las de su hija la reina María, por su celo en restaurar el primitivo culto de la iglesia. No quiso el pobre artista perder tiempo en corregir su obra, y se contentó con borrar el libro, pero tan completamente, que se llevó de paso los dedos de la figura, dejando mutilado al monarca, como los pobres mendigos que enseñan el informe muñon para causar lástima á los transeuntes ⁽¹⁾.

(1) Ibid, pág. 63.

Pero el espectáculo que mas alegró á los ciudadanos de Lóndres, fué una inmensa cantidad de barras de plata y oro, que Felipe mandó pasear por la ciudad, hasta la torre, donde debian ser depositadas en las arcas reales. Dícese que eran tantas, que las cajas que las contenian llegaron á ocupar una vez hasta treinta carros; y en otra ocasion se cargaron dos carruajes grandes con aquel tesoro, de peso tan considerable, que para llevarlo se necesitaron cerca de cien caballos (4). El pobre pueblo que habia contemplado á los españoles como una nube de langosta que caía sobre su tierra, no pudo menos de alegrarse viendo repletas sus arcas con el producto de las minas de América.

De Lóndres pasaron los reales esposos á las sombrías soledades de Hampton Court, valiéndose Felipe, ya cansado de tantos festejos como se habia visto obligado á presenciar, de la indisposicion de María, para retirarse á aquel punto, y entregarse al descanso á que era tan aficionado; género de vida que sin embargo no parece fuese muy agradable á sus vasallos ingleses; un antiguo cronista, por lo menos, se queja de que estuviesen continuamente cerradas las puertas del

(4) Los españoles debieron admirarse, no menos que los ingleses, de ver tal cantidad de oro y plata en las arcas de su rey, espectáculo de que rara vez habian gozado ni Carlos V, ni Felipe II, sin embargo de ser señores de las Indias. Cien caballos bien podian tirar de algunos carros cargados de plata y oro; pero la suma, considerando el valor de la moneda en aquellos tiempos, cuesta trabajo tenerla por exacta, así como que pudiese llevarse en dos carruajes.

palacio, no pudiendo nadie penetrar en él sin decir el objeto que llevaba, lo cual pareció muy extraño á los ingleses, que no estaban acostumbrados á semejante ceremonia ⁽¹⁾.

Felipe habia dado completamente de mano á los recelos que al principio abrigó por su seguridad; pero con todo, era sobrado cuerdo para seguir afectando la misma franqueza que cuando desembarcó, en lo cual procedió prudentemente. «No se echaba ya en él de ver, dice el embajador veneciano en su relacion al senado, aquel *sosiego* (esto es, la grave indiferencia de los españoles) que le distinguia en el primer viaje á Italia y Flándes ⁽²⁾. A él podia acercarse todo el que lo deseaba, pues á todo el mundo estaba dispuesto á oír. «Mostraba, añade Micheli, cierta solicitud en enterarse de los negocios, y hasta aficion á ocuparse en ellos,» (aficion que debió aumentarse con los años); «hablaba poco; pero sus reflexiones, aunque lacónicas, eran oportunas: en una palabra, concluye di-

(1) Holished, ubi supra.

(2) Relatione di Gio. Micheli, M. S.

Miguel Soriano, que representaba á Venecia en Madrid en 1559, habla en el mismo sentido, aunque con mas encarecimiento, de la alteracion que Felipe hizo en su trato mientras estuvo en Inglaterra. «Essendo avvertito prima dal cardinale di Trento, poi dalla regina Maria, et con più efficaccia dal padra, che quella riputatione et severità non si conveniva a lui, che dovea dominar nationi varie et popoli di costumè diversi, si mutò in modo, che passando l'altra volta di Spagna per andar in Inghilterra, ha mostrato sempre una dolcezza et humanità così grande, che non ó superato da Principe alcuno in questa parte, et benché servi in tutte l'attioni sue riputatione et gravità regie alle quali e per natura inclinato et per costume, non è però mancato anzi fauo parere la cortesia maggiore che S. M. usa con tutti.» Relatione di Michele Soriano M. S.

ciendo, es un príncipe de superior talento, de comprensión penetrante y de un discernimiento muy superior á su edad.»

Pero la afición de Felipe á los negocios no era sin embargo tanta, que le obligase á mezclarse prematuramente en su dirección; y así fué bastante cauto para dejar entender en ellos á la reina y á sus ministros, cuyas opiniones parecia escuchar con la mas sincera deferencia. Procuraba sobre todo no dejar traslucir deseo alguno de tomar parte en la administracion de justicia, pero sí en todos aquellos actos que eran de pura gracia: intervencion que le grangeó crédito y grande afecto para con el pueblo ⁽¹⁾. Y que supo conquistarse sus simpatías, se infiere del testimonio de algunos escritores contemporáneos, que con enfáticas alabanzas celebran su afable trato, por cierto no muy en armonía con las noticias que se habian propalado sobre su carácter. «Entre otras cosas, escribe Wotton, el ministro inglés en la corte de Francia, una he oido de él, que me agrada sobre manera, y es la urbanidad y cariño con que trata á todo el mundo; pues á decir verdad, habia oido á varios que en el viaje que hizo á Italia, dejó algo que desear en cuanto á proceder con alguna mas afabilidad con que proce-

(1) Lasciando l' essecution delle cose di giustizia alla Regina, et a i Ministri quand' occorre di condannare alcuno, o nella robba, ó nella vita, per poter poi usarli impetrando, come fá, le gratie et le mercedi tutte; le qual cose fanno, che quanto alla persona sua, non solo sia ben voluto et amato da ciascuno, ma anco desiderato.» *Relatione di Gio. Micheli. M. S.*

dió (1).» Otro escritor de la época, en una carta particular, escrita poco despues de la entrada del rey en Lóndres, no solo le describe personalmente como «de tan gallarda presencia, que no podia haber hecho la naturaleza hombre mas perfecto.» sino que concluye alabándole por su «fácil ingenio y la benignidad de su carácter (2).»

Desde el punto en que desembarcó, no dejó de mostrarse fiel á sus prácticas religiosas. «Éra, dice Micheli, tan puntual en oír misa y en todas sus devociones, como pudiera serlo un monje, y mucho mas, segun algunos juzgaban, de lo que á su edad y estado convenia; asi es que los eclesiásticos con quienes conversaba constantemente, se deshacian en elogios de su piedad (3).»

Y no se crea que hubiese en esto nada de hipocresía, pues por mas interés que hubiese afectado en favor de la religion, para ser visto de los hombres, la verdad es que tal como comprendia este interés, su proceder era sincero. El actual estado de Inglaterra hubiera podido inducirle á dominar sus escrúpulos

(1) Carta de Nicolás Wotton á Sir William Petre. M. S.

(2) Véase lo que dice John Elder, ap. Tytler. Eduard VI. and Mary, vol. II. p. 258.

(3) «Nella religione.... per quel che dall' esterior si vede, non si potria giudicar meglio, et più assiduo, et attentissimo alle Messe, a i vesperi, et alle prediche, come un religioso, molto più che á lo stato, et età sua, á molto pare che si convegga. Il medesimo conferiscono dell' intrinseco oltra certi frati Theologi suoi predicatori huomini: certo di stima, et anco altri che ogni di trattano con lui, che nelle cose della conscientia non desiderano nè più pia, nè miglior intentione.» Relatione di Gio. Micheli. MS.

con relacion á María. «Preferible es no reinar, decía algunas veces, á ser rey de unos herejes.» Pero ¡qué triunfo mas glorioso que el de convertir á estos mismos herejes y hacerlos volver al gremio de la iglesia! Descaba preparar los ánimos de sus nuevos súbditos á fin de que admitiesen con el honor debido al legado del Papa, el cardenal Pole, revestido de la necesaria autoridad para recibir la sumision de la Inglaterra á la Santa Sede; y así empleó todo su valimiento personal con los nobles mas distinguidos, y los puso de su parte, prodigando entre ellos los tesoros peruanos que tenia guardados en la torre; á lo menos se asegura que repartió algunas pensiones anuales, hasta en cantidad de cincuenta y sesenta mil coronas de oro á algunos de los ministros de la reina; bien que se alegase por pretexto el deseo de recompensar la fidelidad de que habian dado pruebas para con su soberana ⁽¹⁾.

A principios de noviembre llegó la noticia de haber desembarcado el cardenal. Le habia detenido algunas semanas el emperador en Alemania, porque desconfiaba, y segun parece, con fundamento, de sus intenciones respecto al matrimonio de don Felipe; mas una vez vencida esta dificultad, pudo de nuevo emprender su marcha, subiendo el Támesis en una magnífica barca que ostentaba en la proa una gran cruz

(1) Ibid.

plata, emblema de su autoridad de legado; y al desembarcar fué recibido por el rey, la reina y toda la córte, con tal respeto y hasta reverencia, que desde luego podia pronosticarse bien de su embajada.

Era el mas á propósito de que hubiera podido echarse mano con aquel objeto. A su natural benignidad de ánimo, juntaba tal cortesía y gracia en sus modales, que se conocia bien estar familiarizado con la mas culta sociedad de Europa. Su régia cuna le autorizaba para tratar de igual á igual con personas de la mas alta clase, y le daba el mismo desembarazo en la córte que en el claustro. En su largo destierro habia adquirido el conocimiento de los hombres, diferentes segun los climas, al paso que como inglés de nacimiento, conocia á fondo las preocupaciones y carácter peculiar de sus conciudadanos. «El cardenal Pole, dice el ministro veneciano, es hombre de intachable nobleza, y de tal integridad, que nunca cede á las importunidades de sus amigos: el príncipe y el pueblo le aman tanto, que con razon puede dársele el título de rey, haciéndose todo por su autoridad⁽¹⁾.» En el sagrado colegio se veian pocos cardenales ingle-

(1) Ibid.

Mason, el ministro inglés en la córte imperial, que tenia muchas relaciones con Pole, habla de él asimismo con la mayor admiracion: «es tal que por su prudencia, sabiduria, virtud y bondad, todo el mundo le prefiere y adora; en él creese que Dios ha puesto sus principales dones. Su conversacion manifiesta multitud de cualidades que no se hallan ordinariamente sino en muy pocos hombres; y cualquiera á quien no le parezca así, no tiene mas que trabar con él conversacion media hora; pues no hay corazon tan duro que á poco tiempo, oyéndole, no seienta conmovido.» Carta de Sir John Mason, MS.

ses; y el que hubiese ahora uno de tan recomendables cualidades, y tan á propósito para aquel delicado cargo, era coincidencia de tal especie, que con razon atribuian Felipe y María todo aquello á desig-
nio de la Providencia.

El 17 de aquel mes, con motivo de la indisposicion de la reina, se reunió el Parlamento en Whitehall, y Pole pronunció aquel célebre razonamiento en que al recapitular los principales sucesos de su vida, refirió tambien las persecuciones que habia sufrido por causa de su conciencia; y en que recordando las mudanzas que Inglaterra habia ido efectuando en su religion, rogó á su auditorio que abjurase sus errores espirituales y se reconciliara con la iglesia católica. Aseguróles que tenia plenos poderes para absolverles de todo lo pasado, y (cosa no menos importante), para autorizar á los actuales propietarios á conservar la posesion de las propiedades de los conventos, confiscadas en tiempo del rey Enrique. Esta postrera gracia que con dificultad se habia recabado del pontífice, no solo conciliaba los intereses temporales y espirituales, sino que ahuyentaba todo escrúpulo que pudiesen tener aun aquellos legisladores; pues probablemente habria pocos en tan pacifica reunion, devorados de tal celo, que aspirasen á la palma del martirio.

Segun la indicacion que habia hecho la reina, al dia siguiente volvió á reunirse el Parlamento en Whitehall. Felipe tomó asiento á la izquierda de María,

debajo de su mismo dosel, y el cardenal Pole á la derecha, pero bastante apartado (1). El canciller Gardiner presentó una petición en nombre de los lores y comunes rogando se efectuase la reconciliacion con la Santa Sede: el legado entonces pronunció la solemne absolucion, y todo el auditorio recibió su bendicion de rodillas: con lo que purificada Inglaterra de su herejía, entraba de nuevo en la comunión de la iglesia católica romana.

Al punto despachó Felipe varias postas con esta alegre noticia á Roma, Bruselas y otras partes de la cristiandad, y en todas se celebró con públicos festejos, como si se hubiera alcanzado una gran victoria de los sarracenos; y como era tan conocido el celo de don Felipe por la fé, y se habia efectuado esta mudanza poco despues de su llegada á Inglaterra, á él se le atribuyó en gran parte (2); de suerte que antes de ocupar el trono de España, se habia hecho merecedor del título de católico que tienen en tanta estima

(1) Si hemos de dar crédito á Cabrera, no solo tomó asiento Felipe en el Parlamento, sino que aprovechó una ocasion, que creyó favorable para conciliar la buena voluntad de los legisladores con el legado, y pronunció un razonamiento que copia extensamente el historiador. Si esto fuese cierto, el auditorio no hubiera podido entenderle sino por milagro, porque ni Felipe hablaba en inglés, ni entre sus oyentes habria probablemente uno de cada ciento que entendiese el español. Pero la circunstancia le parece al historiador castellano muy á propósito para un milagro.—*dignus vindicari notus*.

(2) «Obraron de suerte don Felipe con prudencia, agrado, honras y mercedes, y su familia con la cortesía natural de España, que se redujo Inglaterra toda á la obediencia de la iglesia católica romana, y se abjuraron los errores y herejías que corrían en aquel reino.» Vanderhammen, Felipe el Prudente, p. 4.

los monarcas españoles. Mas grande era su triunfo que el que su padre había logrado despues de prolijas guerras contra los protestantes alemanes; mas grande que los conseguidos por Cortés y Pizarro en el Nuevo Mundo. Estos al fin habian combatido con los bárbaros; pero Felipe había tenido por campo de batalla uno de los países de Europa mas poderosos y civilizados.

A la conversion se siguieron en breve las persecuciones. Hasta qué punto tuviese parte en ellas, no está aun averiguado, pues no es fácil determinar, en vista de lo sucedido, si por él se suscitaron ó se precavieron; lo único que con seguridad se sabe es, que poco despues de haber fenecido los primeros mártires en Smith-Field, Alfonso de Castro, religioso español, predicó un sermón en que se declaró enemigo de bárbarie semejante, condenándola como opuesta al verdadero espíritu de la cristiandad, que era el de caridad y perdon, y recomendando á sus ministros que no castigasen á los pecadores, sino que los hiciesen ver sus errores y los inclinasen al arrepentimiento ⁽¹⁾. Esta audaz determinacion surtió buen resultado, en medio de hallarse tan enconadas las pasiones, pues por espacio de algunas semanas quedó como desarmado el brazo de los perseguidores; pero duró muy poco tiempo. No era la tolerancia virtud

(1) Strype, Memorials, vol. III. p. 209.

del siglo décimo sexto; las caritativas reflexiones del buen religioso no podían hacer mella en corazones tan endurecidos por el fanatismo; y el espíritu de intolerancia volvió á atizar las hogueras de Smith-Field con mayor saña que nunca.

Todo el mundo, sin embargo, se maravilló de que tan inesperada doctrina saliese de aquellos labios. El religioso era confesor de don Felipe; lo cual daba lugar á presumir que no se hubiera atrevido á hablar tan desembozadamente, á no haberlo mandado, ó por lo menos consentido, el mismo príncipe. Que Castro hubiese hecho esto por sugestión del soberano, se opone á la conducta que observó este toda su vida. No habían pasado aun cuatro años, desde que autorizó con su presencia un auto de fé en Valladolid, donde perecieron en la hoguera hasta cuarenta personas; y el suplicio de los herejes de Inglaterra no había de inspirarle mas compasión que el de los de España. Si pues el buen religioso obedeció en esto á don Felipe, preciso es creer que el príncipe obraría, no por humanidad, sino por política, y que el disgusto que manifestaba el pueblo al ver tan inhumanas ejecuciones, le hizo recurrir á aquel expediente, para preservarse del ódio que pudiera sobrevenir contra su persona ⁽¹⁾.

(1) En una carta á la regente doña Juana, escrita en Bruselas en 1557 parece que don Felipe reclama para sí el mérito de haber extirpado la herejía en Inglaterra, destruyendo á los herejes. «Aviendo apartado deste Reino las sectas, reduciédole á la obediencia de la Iglesia, i aviendo ido siempre en acrecentamiento con el castigo de los Ereges tan sin contradiciones como se hace en Inglaterra.» (Cabrera, Fi-

Hasta qué punto tuviese participacion en aquel ó en otros negocios, no es posible decidirlo; lo indudable es que procuraba no excitar los celos de los ingleses haciendo alarde de preponderancia ⁽¹⁾. Desde luego cabia la mayor parte á la reina, que parecia enamorada de él hasta un punto increíble, supuesto el carácter repulsivo y frío de su esposo; pero era jóven y de gallarda presencia; sus graciosos modales habian agradado siempre á las mugeres, aun en ocasiones en que no se habia mostrado tan descoso de complacer como en Inglaterra. Era el primero y el único amante que habia tenido María, pues el emperador, como hombre ya entrado en años, no podia halagar mas que su vanidad, y Courtenay por demasiado frívolo, no habia logrado inspirarla mas que un afecto pasajero. A este cariño, sin embargo, segun la opinion de algunos, no correspondia él con mucha galantería; pues aunque el embajador veneciano asegura que no cedia en ternura á su mujer, y que era el mas amante y el mejor de los esposos, es de presumir que en el

lpe segundo, lib. II. cap. 6.) El emperador, en una carta escrita en Yuste confirma esto mismo mas claramente. «Pues en Inglaterra se han hecho y hacen tantas y tan crudas justicias hasta obispos, por la orden que allí ha dado, como si fuera su rey natural, y se lo permiten.» Carta del Emperador á la Princesa. mayo 25, 1553. M. S.

(1) Micheli, cuyo testimonio es muy fidedigno, por haberse unido á Noailles en su oposicion al matrimonio de don Felipe, nos dice que este queria observar escrupulosamente todos los artículos del tratado. «Che non havendo alterato cosa alguna dello stile, et forma del governo non essendo uscito un pelo della capitolatione del matrimonio, ha in tutto tolta via quella paura che da principio fu grandissima, che egli non volesse con imperio, et con la potentia, disporre, et comandare delle cose á modo suo.» Relatione di Gio. Micheli. MS.

juicio que formase de la perfeccion conyugal del príncipe, tomase el buen italiano por regla lo que acontecia en su patria (4).

Mediado noviembre, poco mas ó menos, se dió cuenta al Parlamento de que la reina estaba embarazada; noticia que se recibió con el júbilo que en semejantes ocasiones suele manifestar la fidelidad de los vasallos, sobre todo por parte del emperador, que se regocijaba con la idea de un heredero, á pesar de que, segun el tratado del matrimonio, vendria á efectuar la division del grande imperio, que tanto se habia afanado en someter á un mismo cetro. En seguida acordaron los Comunes conceder á don Felipe, para en el caso de que la reina experimentase alguna contrariedad en su parto, la regencia del reino y la tutela de su hijo durante su minoría. Lo de la regencia no estaba muy conforme con lo estipulado en dicho tratado de matrimonio; pero esto mismo prueba hasta la evidencia cuánto habia sabido captarse don Felipe el afecto de sus nuevos súbditos.

Prosiguieron los síntomas siendo favorables, y cuando ya se acercaba la época del alumbramiento,

(4) «D' amor nasce l' esser innamorata como è et giustamente del marito per quel che s' ha potuto conoscer nel tempo che è siata seco dalla natura et modi suoi, certo da innamorar ognuno, non che chi havesse habuto la buona compagnia et il buon trattamento ch' ell' ha habuto. Tale in verità che nessun' altro potrebbe essergli stato nè migliore nè più amorevol marito..... Se appresso al martello s' aggiugesse la gelosia, della qual fin hora non si sa che patisca, perchè se non ha il Re per casto, almanco dice ella so che è libero dell' amor d' altra donna; se fosse dico gelosa, sarebbe veramente misera.» Relatione di Gio. Micheli. MS.

se despacharon á toda priesa correos que comunicasen la noticia á las diferentes córtes, llegando á verse satisfechos los deseos del pueblo hasta el extremo de asegurarse que habia nacido un príncipe. Echáronse á vuelo las campanas, se encendieron iluminaciones, se cantó el *Te Deum* en algunas iglesias, y hubo predicador que se entretuvo en describir las proporciones del infante, afirmando que príncipe mas bello ni mas grande, no se habia visto en tiempo alguno. «Pero fué regocijo inútil, dice el sarcástico cronista, pues el infante tan esperado y que tan seguro se creia, se averiguó por último que no era ni infante ni infanta, y hasta hoy nadie ha oido hablar de él (1).»

Lo que tuvo la reina fué una hidropesía; y sin embargo del triste fin de tantos pronósticos y preparativos, y de lo ridículos que parecerian, María se lisonjaba con la ilusion de dar un dia heredero á su corona. No participaba de esta esperanza su esposo, que convencido, por el contrario, de que no habia de realizarse, se sintió poco inclinado á prolongar su residencia en un pais que bajo diferentes aspectos le era odioso. Pruebas de deferencia recibia á toda momento; mas no se satisfacía su altivez con el papel secundario que se veia obligado á representar en público al lado de la reina. El Parlamento no habia accedido á los deseos que manifestó María de coronarle

(1) Holinshed, vol. IV, pp. 70, 82.

por rey de Inglaterra. La preponderancia que tenia en el gabinete no llegaba hasta el punto de someter la política de Inglaterra á sus propios intereses, ó lo que es lo mismo, á los de su padre; ni el Parlamento podia consentir en olvidar las estipulaciones del tratado de matrimonio en términos de formar causa comun con el emperador en sus hostilidades contra Francia (4).

Ni la violencia que tenia que hacerse don Felipe para acomodarse á los gustos y costumbres de los ingleses, podia menos de disgustarle; y aunque hubiera conseguido en esto mas de lo que esperaba, no era dable sobreponerse á las prevenciones y profunda antipatía con que la generalidad del pueblo miraba á los españoles, como se colegia de las sátiras que de vez en cuando publicaban contra ellos copleros y folletistas; sátiras en que no menos figuraba el rey, que los que formaban su acompañamiento.

Mal sufrían estos la permanencia en un país donde no cesaban de recibir disgustos. Si un español, como confiesa uno de ellos, iba á comprar algu-

(4) Soriano refiere la poca autoridad de que parecia Felipe gozar en Inglaterra, y el disgusto que esto le ocasionaba, así á él como á su padre.

«L' Imperatore, che disegnavá sempre cose grandi, pensó potersi acquistare il regno con occasione di matrimonio di quella regina nel figliuolo; ma non gli successe quel che desiderava, perche questo Re trovò tant' impedimenti et tante difficoltà che mi ricordo havere inteso da un personaggio che S. Mta. si trova ogni giorno più mal contenta d' haver atteso á quella pratica perchè non haver nel regno né autorità né obediéza, né pure la corona, ma solo un certo nome che serviva più in apparenza che in effetto.» *Relatione di Michele Soriano. MS.*

na cosa, de seguro tenia que pagar por ella un precio exorbitante (1); si armaban pendencia con algun inglés, dice otro escritor, quedaban sometidos á la legislacion de aquel pais, y podian tener por cierto que no escaparian sin buen castigo (2); justa ó injustamente, á cada paso ocurrían entre ellos causas de exasperacion y desasosiego. Eran pueblos muy desemejantes entre sí para que concordasen uno y otro; así fué, que cuando supieron que Felipe habia recibido de su padre la orden de salir de Inglaterra y reunirse con él en Flándes, respiraron llenos de regocijo.

El motivo de tan repentina determinacion era uno que llenó de asombro así á los castellanos como á toda Europa: la abdicacion de Cárlos V; negocio que no admitia ni vacilacion ni demora por parte de don Felipe. Pero María, acongojada con la idea solo de una separacion, consiguió de su esposo que retardase la marcha algunas semanas, hasta que por fin hubo de ceder á la urgencia del caso. Dispúsose pues lo con-

(1) «Hispani parum humano parumque hospitaliter a Britannis tractabantur, ita ut res necessarias longe carius communi pretio emerere cogerentur.» Sepulveda Opera, vol. II. p. 504.

(2) «Quando occorre disparere tra un inglese et alcun di questi, la giustizia non procede in quel modo che dovria.... Son tanti le cavillationi, le lunghezze, et le spese senza fine di quei lor' giudizi, che al torto, o al diritto, conviene ch' il forestiero soccumba; no bisogna pensar che mai si sottomettessero l' Inglessi come l' altre nationi ad uno che chiamano l' Alcalde della Corte, spagnuolo di natione, che procede sommariamente contra ogn' uno, per vie però, et termini spagnuoli; havendo gl' Inglesi la lor legge, dalla quale non solo non si partiriano, ma vogliono obligar a quella tutti gl' altre.» Relazione di Gio Micheli. MS.

veniente para el viaje del príncipe, á quien acompañó María con bastante ánimo por el Támesis hasta Greenwich; y aquí se separaron, despidiéndose afectuosamente de ella Felipe, para tomar el camino de Dover, y recomendando su persona é intereses al celo del cardenal Pole.

Después de una breve detención, causada por vientos contrarios, cruzó el estrecho de Calais, y el 4 de setiembre entró en aquella plaza fuerte, último resto de las posesiones continentales que quedaba aun á la Inglaterra.

Prodigáronle las autoridades cuantos honores eran debidos á su clase, y se detuvo allí algunos días recibiendo respetuosos parabienes de los habitantes, y dejando al marcharse gratos recuerdos entre los que formaban la guarnición, por haber mandado que se repartiessen entre ellos hasta mil coronas de oro. Volvió á seguir su marcha, con lucido acompañamiento de señores ingleses, y el de sus castellanos, contándose entre los primeros los condes de Arundel, Pembroke, Huntington y otros de los mas distinguidos del reino. En el camino le salió al encuentro una escolta que su padre le enviaba; y á fines de setiembre de 1555, entró con toda su comitiva en la capital de Flándes, donde el emperador y los personajes de la corte aguardaban con impaciencia su llegada ⁽¹⁾.

(1) Holinshed, vol. IV pág. 80.—Strype, Memorials, vol. III, p. 227.—Memorial de voyages, MS.—Lévi, Vita de Filippo II, tomo I, p. 236.

CAPITULO V.

GUERRA CON EL PONTIFICE.

Dominios de Felipe.—Paulo IV.—Córte de Francia.—Liga contra España.—El duque de Alba.—Preparativos de guerra.—Triunfos.

1555.—1556.

A poco de llegar á Bruselas don Felipe, ocurrió la memorable escena de la abdicacion de Cárlos V., á que se refieren las primeras páginas de este libro; en virtud de la cual, el que hasta entonces se consideraba como príncipe, se vió poseedor de la monarquía mas poderosa y vasta de toda Europa. Era rey de España, cuya corona comprendia los reinos de Castilla Aragon y Granada, que despues de haber sido estos independientes durante siglos, habian quedado reducidos por vez primera á un cetro comun en el reinado de su padre Cárlos V. Era así mismo rey de Nápoles y Sicilia, y duque de Milan, posesiones importantes que ponian casi exclusivamente en su mano la balanza de la política de Italia; señor del Franco

Condado y los Países Bajos, compuestos de las provincias mas florecientes y pobladas de la cristiandad, y habitados por pueblos sobremanera hábiles en el comercio, en la agricultura y en las diversas artes mecánicas. Como rey titular de Inglaterra, podia eventualmente ejercer una preponderancia, que, segun hemos visto, le permitia convertir los consejos de aquel pais en provecho propio. En Africa poseia las Islas de Cabo Verde y las Canarias, así como Túnez, Oran, y algunas otras plazas importantes de la costa de Berbería; en Asia las Filipinas y las Molucas; en América, á mas de los dominios de las Indias Occidentales, era dueño de los ricos imperios de Méjico y el Perú, y se creia con derecho á una ilimitada extension de territorio, que ofrecia inmenso campo á la codicia y empresas de los aventureros españoles. Dilatábanse, pues, los dominios de don Felipe por las cuatro partes del mundo; y el pabellon de Castilla, tremolando en los puntos mas remotos, en el Atlántico, en el Pacífico y en los mares de la India, se transmitia de puerto en puerto, y unia con los vínculos del comercio las diseminadas partes de su vasto imperio colonial.

Constaba el ejército español de la mas formidable infantería de Europa; de los tercios formados por Carlos Quinto y sus generales, que habian combatido en los campos de Pavia y Muhlberg, ó en el Nuevo Mundo, trepado los Andes con Almagro y Pizarro, y segui-

do á estos valientes caudillos para derrocar la dinastía de los Incas. Las naves combinadas de España y Flándes aventajaban á las de todas las demas potencias, no solo en número sino en apariencia; y si Inglaterra podia disputarles la supremacía en sus aguas, no por eso dejaban de ser dueñas del Océano. Para acudir á las necesidades de tan costosos establecimientos, no menos que á la complicada máquina de su gobierno, tenia Felipe á su disposicion los tesoros del Nuevo Mundo; sin que bastasen á dejar exhaustas sus arcas las empresas interminables de su padre, pues al punto se llenaban con los raudales de plata que corrian de las inagotables minas de Potosí y de Zacatecas.

Todo este vasto imperio con sus inmensos recursos, pendia de la voluntad de un solo hombre; rigiéndolo Felipe con la autoridad mas absoluta que habia gozado príncipe alguno de Europa desde el tiempo de los Césares. Unicamente los Países Bajos conservaban cierto género de independencian, á favor de sus antiguas instituciones; pero se conformaban en subvenir á las necesidades de la corona con mayor suma que la que importaban los productos de América. Nápoles y Milán obedecian á los vireyes españoles; y vireyes con poderes poco inferiores á los de un monarca, gobernaban tambien las colonias americanas, que recibian leyes de la metrópoli. Hasta en España habia decaido la autoridad de la nobleza, que empezaron á menoscabar Fernando é Isabel, y aniquiló del

todo Carlos Quinto, pereciendo tambien las libertades municipales en la funesta rota de Villalar, muy á los principios del reinado de este monarca. Sin nobleza y sin municipios, degeneraron las antiguas córtes en un simulacro de asamblea legislativa, con pocos mas derechos que el de presentar peticiones, y el de reclamar á veces, bien que infructuosamente, contra los abusos que se cometian. Ley era la voluntad del soberano, que desde su palacio de Madrid, la dictaba para España y sus mas lejanas colonias; siendo de presumir que, al propio tiempo que las naciones extranjeras miraban con interés las primeras resoluciones de un príncipe, en cuya mano estaban los destinos de Europa, no podian menos de contemplar con algun recelo aquel poder colosal que habia comenzado ya á hacer sombra á todos los demas estados.

Hallábase pues, Felipe, á la cabeza de los príncipes católicos romanos, y era, en lo temporal, lo que en lo espiritual el Papa. En el estado actual de la cristiandad, tenia el mismo interés que el Pontífice en reprimir el espíritu de reforma religiosa, que, ya pública, ya privadamente, comenzaba á asomar por todos los ángulos de Europa. Era el aliado natural del Papa, y persuadido de esto, como tal se propuso obrar; pero ¡extraña coincidencia! la primera guerra que hubo de sostener, fué contra el Papa mismo: guerra, sin embargo, en que no se empeñó con gusto.

Ocupaba á la sazón la sede pontificia Paulo IV, uno

de los hombres distinguidos que, en medio de tantos personajes oscuros como han reinado en el Vaticano, y yacen en el olvido, se labraron una impercedera página en la historia. Era napolitano de nacion, y de la noble familia de los Carraffas; educáronle para la iglesia; y desde luego se hizo notable por su aplicacion y aprovechamiento. Estaba dotado de una memoria prodigiosa, y no solo era eminente en las ciencias teológicas, sino instruido en varias lenguas antiguas y modernas, en algunas de las cuales se expresaba con facilidad. Como á su clase ayudaban sus conocimientos, fácilmente obtuvo en la iglesia dignidades importantes, pues en 1513, á los treinta y seis años de edad, fué nuncio en Inglaterra, y en 1525, renunciando sus beneficios, fundó con algunos de sus principales compañeros, una nueva órden religiosa, llamada de los Teatinos ⁽¹⁾. El objeto de este instituto era combinar en cierto modo la vida contemplativa

(1) Relazione di Roma di Bernardo Navagero, 1538, publicada en las Relaciones de los Embajadores Venecianos, Florencia, 1846, vol. VII, p. 378.

Navagero, en su informe al Senado, refiere minuciosamente las cualidades personales y la política de Paulo IV, cuyo carácter parece haber suministrado al sagaz veneciano un curioso estudio.

«Ritornato á Roma, rinuncio la Chiesa di Chieti, che aveva prima e quella di Brindisi, ritirandosi affatto, e menando sempre vita privata, aliena da ogni sorte di publico affare, anzi, lasciata dopo il sacco Roma stessa, passò a Verona e poi a Venezia, quivi trattenendosi lungo tempo in compagnia di alcuni buoni Religiosi della medesima inclinazione, che poi crescendo di numero, ed in santità di costumi, fondarono la Congregazione, che oggi, dal Titolo che aveva Paulo allora di Vescovo Teatino, de Teatini tuttavia ritiene il nome.»

Véase tambien la Relacion de la guerra entre Paulo IV y Felipe II, de Pietro Noras. MS.

de los monjes con los cuidados mas activos del clero secular. Visitaban á los enfermos, enterraban á los muertos y predicaban con frecuencia en público, desempeñando así las mas importantes funciones del sacerdocio. En el ministerio del púlpito, se distinguia Carraffa por la natural fluidez de su elocuencia, que si no siempre la mas á propósito para convencer, en cambio sabia comunicar á los oyentes un fervor irresistible ⁽⁴⁾. Mostróse celosa la nueva orden, sobre todo en la reforma del clero católico y en extirpar las herejías que amenazaban socabar los cimientos de la Iglesia; y si bien Carraffa y sus compañeros introdujeron la Inquisicion y sus rigores, debió consistir en que la vida ascética y de abnegacion se concilia mal con la sensibilidad humana, y hace que sus secuaces contemplen los remedios mas crueles como los mas eficaces para curar los errores del espíritu.

De tan austera vocacion pasó Carraffa en 1536 á una dignidad que le empeñaba mas inmediatamente en los negocios mundanos: nombróle Paulo III cardenal. Años atrás, en tiempo de Fernando el Católico, habia formado parte del real Consejo de Nápoles, á pesar de que la familia de Carraffa, siguiendo el partido de Anjou, miraba á la casa de Aragon como usurpadora. En esta creencia política habia sido educado el cardenal, tanto, que al verse elevado á esta

4) Relazione di Bernardo Navagero.

nueva dignidad, instó con empeño á Paulo III para que entablase las reclamaciones que la Santa Sede creia tener á la soberanía de Nápoles; y como Cárlos Quinto tenia noticia de todo esto, lo primero que hizo fué excluir á Carraffa del Consejo. Mas adelante le nombró el Papa, porque era su predilecto, para el arzobispado de Nápoles, y Cárlos, no solo desaprobó la eleccion, sino que opuso cuantos estorbos pudo para que no percibiese las rentas episcopales. Esta enemiga acabó de exasperar al cardenal, vengativo de suyo y terco; y lo que en un principio habia solamente sido aversion política, á la sazón era ya odio personal, implacable y reconcentrado⁽¹⁾.

Tales eran en este punto sus sentimientos, cuando por muerte de Marcelo Segundo, en 1555, ascendió el cardenal Carraffa al trono pontificio. Disgustó su eleccion al emperador, como no podia menos de suceder, y aun sorprendió á toda Europa, pues no era hombre muy conciliador para ganarse el favor y los votos de los electores. Hallábase, sin embargo, la iglesia católica menesterosa de una reforma con que ir reprimiendo el audaz espíritu del protestantismo. Esto lo conocian, no solo el clero superior, sino hasta el eclesiástico mas humilde; y á Carraffa reputaban todos como hombre mas á propósito que nadie para efec-

(1) Ibid.—Noves, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.—Giannone, Istoria civile del Regno di Napoli, (Milano, 1823,) tom. X. pp. 41—43.

tuar esta reforma. Ciñó, sin embargo, la tiara á los ochenta años de edad; aunque la decrepitud y los achaques eran precisamente razones de mucho peso para el Sacro Colegio, porque de este modo los competidores, que nunca faltaban, tenian esperanzas mas realizables en la próxima vacante: bien que mas de una vez acaeciese que el dichoso que habia debido su eleccion al mal estado de su salud, milagrosamente mejorase al empuñar el cetro pontificio.

Paulo Cuarto, pues tal fué el nombre que tomó el nuevo Papa, en agradecimiento á la memoria de su protector, adoptó desde luego un género de vida, que seguramente no esperaban sus colegas, porque de toda la austeridad y abnegacion de sus pasados tiempos comenzaron á desdeñir la pompa de su palacio y la profusion y regalos de su mesa. Cuando le preguntaban cómo queria ser servido: «¿cómo he de querer, respondia, sino como un gran príncipe?» Gastaba ordinariamente en comer tres horas, deleitándose con multitud de platos de los manjares mas sabrosos y delicados. Nadie le acompañaba, aunque solian estar presentes uno ó mas cardenales con quienes alegremente conversaba; y como al propio tiempo no se iba á la mano en el gasto que hacia del vino pastoso y negro de Nápoles, es de presumir que fuesen sus pláticas animadas^(*). Las que por lo comun

(*) «Vuol essere servito molto delicatamente; e nel principio del suo pontificato non bastavano venticinque piatti; beve molto piú d'

traía, se referían á los españoles, á quienes llamaba escoria de la tierra, raza maldita de Dios, herejes y cismáticos, engendro de judíos y moros. Lastimábase de la humillación de Italia, unida al yugo de nación tan despreciable; pero era llegado el tiempo, añadía, de fulminar sus rayos, y de que Cárlos y Felipe diesen cuenta de sus mal adquiridas posesiones y fuesen expulsados de aquella tierra ⁽¹⁾.

Mas no consumía Paulo todo el tiempo en improperios y en los placeres de la mesa, sino que mostraba la propia actividad que siempre en los trabajos de su gabinete y en la aplicación á los negocios. En sus horas era muy irregular, pues unas veces prolongaba sus estudios durante lo mas de la noche, y otras se levantaba mucho antes de rayar el alba: metido en quehacer, ninguno podía ponerse delante de él sin sufrir algun denuesto.

Parecía hallarse siempre en un estado de irritación nerviosa. «Es enteramente un haz de nervios, decía

quello che mangia; il vino é possente e gagliardo, nero e tanto spesso, che si potria quasi tagliare, e dimandasi mangiaguerra, il quale si conduce dal regno di Napoli.» Relazione di Bernardo Navagero.

(1) «Nazione Spagnuola, odiata da lui, e che egli soleva chiamar vile, ed abieta, seme di Giudei, e feccia del Mondo.» Nores, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.

«Diciendo in presenza di molti: che era venuto il tempo, che sarebbero castigati dei loro peccati; che perderebbero li stati, e che l'Italia saria liberata.» Relazione di Bernardo Navagero.

En otra ocasión decía el Papa de los españoles, que ahora eran dueños de Italia, y en otro tiempo habían sido sus cocineros. «Dice.... di sentire infinito dispiacere, che quelli che solevano essere cuochi o mozzi di stalla in Italia, ora comandino.» Relazione di Bernardo Navagero.

de él el ministro veneciano Navagero; y cuando anda camina con pasos tan sueltos, como si no tocase á la tierra⁽¹⁾.» Con verse elevado á la suprema dignidad del catolicismo, se aumentó su natural arrogancia. Siempre habia tenido la mas alta idea de la autoridad del sacerdocio; y al hallarse en la cátedra de San Pedro, mostraba confiar plenamente en su propia infalibilidad. Contemplaba á los príncipes de Europa no como á hijos suyos, que es el lenguaje de la Iglesia, sino como inferiores, que estaban obligados á obedecerle: sus ideas eran mas propias del siglo duodécimo que del décimosexto; de suerte que vino al mundo tres ó cuatro siglos mas tarde de lo que debiera. Solo atendia á sí propio; de nadie sufría consejos, y desdichado del que se atreviera á hacerle cargos, y sobre todo á embarazar sus proyectos. De su acierto jamás dudaba; y cuando su imaginacion concebía una idea, persistía en ella, y tenía frase segura para todo el día, sin que hiciesen mella en él ni argumentos ni persuasiones. A menudo solemos tropezar con caracteres de estos, á quienes la fuerza de voluntad y una indomable energía dan en el mundo la reputacion de *génios*; mas en rigor solo sirven para reemplazar á los verdaderos génios, por el ascendiente que sus cualidades les conceden sobre el mayor número de los hombres. Podían no obstante acer-

(1) «Cammina che non pare che tocchi terra; è tutto nervo con poca carne.» *Relazione di Bernardo Navagero.*

carse al pontífice aquellos que conocían su carácter, y que contemporizando con él y lisonjeándole, sabían aprovecharse de sus defectos; y tal fué la política que siguieron algunos de los parientes de Paulo, que á su sombra, salieron de la oscuridad en que vivían para brillar en elevados puestos.

Habia Paulo declamado toda su vida contra el nepotismo, como un pecado ignominioso en el que hacia cabeza de la Iglesia; pero no bien alcanzó la tiara, cayó en la misma debilidad, colmando de favores á tres de sus sobrinos; y lo mas singular era, que se habian dado á conocer por sus escándalos aun en Italia, país que en este sentido no tiene fama de escrupuloso.

El mayor, que representaba á la familia, fué elevado á la dignidad de duque, dotándole con una gran fortuna que provenia de los bienes confiscados á los Colonnas, casa muy ilustre, á quien Paulo persiguió encarnizadamente por su afecto á la causa de los españoles.

Al segundo le hizo cardenal, dignidad por cierto muy agena á su profesion, que era la militar, y todavía mas á su vida, por ser un verdadero libertino; hombre intrigante y de malas mañas, que estimulaba la venganza de su tío contra los españoles, á quienes aborrecia por los castigos que le habian impuesto estando al servicio del emperador ⁽¹⁾.

(1) «Sorvi lungo tempo l' Imperatore, ma con infelicissimo even-

Paulo, sin embargo, no necesitaba de sugestiones en el particular, pues muy pronto se vió que, en lugar de la reforma eclesiástica, aspiraba á realizar un proyecto que lisonjeaba mas sus pasiones, la ruina de la dominacion española en Nápoles, jurando, como Julio Segundo, de belicosa memoria, arrojar á los bárbaros de Italia. Debíó creer que los rayos del Vaticano eran superiores á las fuerzas del Imperio y de España juntas; mas no era tan insensato, que en demanda semejante únicamente recurriese á las armas espirituales: entabló negociaciones con Francia, por medio del embajador que esta nacion tenia en su córte, y firmó con ella un tratado secreto, en virtud del cual se comprometia cada una de ambas partes á suministrar auxilios de hombres y dinero con que dar principio á la guerra de la recuperacion de Nápoles; tratado que se concluyó el 16 de diciembre de 1555 (1).

No habian transcurrido aun dos meses despues de este acontecimiento, cuando el 5 de febrero de 1556, alucinado por las ventajosas ofertas que Carlos Quinto le hacia, y no muy tranquilo por la situacion de su empobrecido erario, abandonó el voluble francés

to, non avendo potuto avere alcuna ricompensa, come egli stesso diceva, in premio della sua mighor età, e di molte fatiche, e pericoli sostenuti, se non spese, danni, disfavore, esilio ed ultimamento un ingiustissima prigionea.» Nones, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.—Relazione di Bernardo Navagero.

(1) Nones, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS. Summonte, Historia della città e regno di Napoli, (Napoli, 1675,) tom. IV. p. 278.—Giannone, Istoria di Napoli, tom. X. p. 20.

á su nuevo aliado, y firmó el tratado de Vaucelles, que estipulaba una tregua de cinco años entre sus súbditos y los de Felipe.

Recibió Paulo la noticia en presencia de sus cortesanos, y aunque manifestó que no le merecía crédito, añadió que abrigaba la esperanza de que semejante paz sería provechosa á la cristiandad. A solas, sin embargo, no pensaba del mismo modo; pero sin malgastar su indignacion en fútiles amenazas, buscó medios de que tornáran las cosas á su primer estado, induciendo al francés á renovar el tratado que con él tenia hecho, y á dar al propio tiempo principio á las hostilidades. Y conociendo el carácter irresoluto del monarca con quien tenia que habérselas, despachó al cardenal Carraffa á París con amplios poderes para la conclusion de otro tratado, encargándole que hiciese tales ofrecimientos por su parte, cuantos creyera á propósito para ganarse la voluntad del francés y de sus ministros.

Empuñaba á la sazón el cetro de aquella monarquía Enrique Segundo, hijo de Francisco Primero, con quien tenia poquísima semejanza, ó á quien por mejor decir, solo se parecia en las brillantes exterioridades que realmente no constituyen el carácter. Afectaba cierto espíritu caballeresco, distinguiéndose en el arte de los torneos, y lisonjeándose con vanas pretensiones de gloria militar: en una palabra, se creia un héroe, y parecia haber inspirado este mismo convencimiento

á algunos de sus cortesanos. Pero de las cualidades que forman el carácter de un héroe, pocas eran las que poseia, hallándose tan distante de este concepto, como del de buen cristiano, sin embargo de que intentaba mostrar su amor á la religion persiguiendo á los protestantes, que por la parte meridional de su reino comenzaban ya á formar una secta formidable. Por lo demas, tenia escasa confianza en sus recursos, viviendo muy descuidadamente, y dejando la direccion de los negocios en manos de sus favoritos y de sus mancebas.

La mas célebre de estas era Diana de Poitiers, nombrada por él mismo duquesa de Valentinois, que prolongó sus encantos personales y el predominio que ejercia sobre su amante, mas tiempo del que suelen durar semejantes desvaríos. El condestable Montmorency y el duque de Guisa, eran las dos personas de la córte en quienes el rey tenia depositada su confianza.

Ana de Montmorency, condestable de Francia, era uno de los nobles mas presuntuosos de esta nacion, envanecido con su ilustre nombre, su dignidad y el ascendiente que ejercia sobre su soberano. Habia envejecido en el servicio de la córte, y Enrique, acostumbrado á él desde la niñez, nada sabia hacer sin su consentimiento; pero sus dictámenes, aunque confidencialmente emitidos, no rayaban muy alto en punto á acierto, pues era hombre poco profundo, y

aunque valiente, de escasa capacidad en asuntos militares. El convencimiento que en este particular tenía de si mismo, le inclinó á recomendar el partido de la paz, por ser el que mas cuadraba á su talento. Como católico era inflexible, y por demas minucioso en todas las prácticas de devocion; y si hemos de dar crédito á Brantôme, combinaba de una manera extraña las cosas de la milicia y las religiosas. Por ocupado que estuviese, no dejaba sus rezos á las horas de costumbre, interrumpiéndolos tan solo á veces para dar algunas órdenes en estos términos: «quítad de en medio á ese hombre;» «ahorcad á ese otro;» «atravesad á ese de una lanzada;» «prended fuego á tal pueblo,» y otras parecidas; y luego que cumplía asi sus deberes militares, volvía á sus oraciones ⁽¹⁾.

De carácter enteramente distinto era su jóven competidor Francisco, duque de Guisa, tio de María, reina de Escocia, y hermano del regente, hombre de temperamento enérgico, amante de la gloria, elocuente y popular en sus discursos, pues entusiasmaba al pueblo no menos con sus modales, que con la ostentacion de sus trenes y de su persona. Concurría

(1) Brantôme, que introdujo al condestable en su galería de retratos, no quiso pasar por alto esta anécdota que es muy característica: «On disoit qu' il se failloit garder des patenostres de M. le connestable, car en les dissaut et marmottant lors que les ocasions se presentoient, comme force desbordemens et desordres y arrivent maintenant, il disoit: Allez moy pendre un tel; attachez celuy là à cet arbre; faictes passer cestuy là par les picques tout à ceste heure, ou les harquebuses tout devant moy; taillez moy en pieces tous ces maraunts,» etc. Brantôme, Oeuvres (Paris, 1822,) tom. II. p. 372.

á la corte, seguido por lo comun de trescientos ó cuatrocientos caballeros, que en todo se le habian propuesto como modelo. Distinguíase por la riqueza de su vestido, que consistía en una ropilla carmesí, capa de arminios, y sombrero adornado con una pluma encarnada. De este modo se le veia con frecuencia montado en un soberbio caballo, seguido de bulliciosa turba de caballeros, y corriendo á galope por las calles de París con grande admiracion del pueblo.

Pero no consistía exclusivamente su mérito en semejantes vanidades: en los consejos se admiraba su cordura, y habia dado pruebas de ser el mejor capitán de Francia. El fué quien tuvo á su cargo el memorable sitio de Metz, donde se estrellaron todos los esfuerzos de los imperiales, acaudillados por Cárlos y el duque de Alba. Poco trabajo le costó á Carraffa ponerle de su parte, porque desde luego veia ante sí el brillante porvenir de la conquista de Nápoles. A los argumentos del sagaz italiano, ayudaba con los suyos la duquesa de Valentinois: asi que fueron inútiles cuantas advertencias hizo al rey el anciano Montmorency, representándole la misera situacion del erario, que le habia obligado á recurrir al vergonzoso arbitrio de poner en venta los cargos públicos: sus competidores alegaban que despues de tan larga contienda no se hallaba en mejor condicion España; que las riendas de su gobierno habian pasado de las diestras

manos de Cárlos á las de su inexperto hijo; y que la cooperacion de Roma era tan provechosa en aquellas circunstancias, que en manera alguna debia menospreciarse. Dejóse llevar ademas Enrique de la oferta que le hizo Carraffa, asegurándole que su tío le concederia la investidura del reino de Nápoles para uno de sus hijos menores, y para otro la de Milan: oferta que, como se comprenderá fácilmente, era muy seductora.

Examinado el asunto de buena fe, no podia menos de ocurrirse un reparo, la violacion del reciente tratado de Vaucelles; mas el papa, anticipándose á las objeciones que en el particular pudieran hacérsele, prometió desde luego su absolucion. Y como el rey dejase entrever algun recelo, fundado en la avanzada edad de Paulo, que no era para prometer muy larga vida, y en que su sucesor podria no mostrarse dispuesto á reconocer aquel tratado, quedó autorizado Carraffa para asegurarle que se ocurriria á esta eventualidad con una nueva creacion de cardenales franceses, ó de cardenales afectos á los intereses de Francia.

Resueltas, pues, de este modo todas las dificultades, concluyóse el tratado en julio de 1556. Por él se comprometieron ambas partes á aprontar cada cual doce mil hombres de infantería, quinientos hombres de armas, é igual número de caballos ligeros. Francia debia contribuir con trescientos cincuenta mil ducados para los gastos de la guerra, y Roma con

ciento cincuenta mil. Debía el Papa suministrar á las tropas francesas las provisiones necesarias, de cuyo importe sería á su tiempo reintegrado. Convinióse á mas de esto en que se daría la corona de Nápoles á uno de los hijos menores de Enrique, en que se agregaría una considerable porcion del territorio fronterizo del Norte á los dominios papales, y en que se destinarían de las nuevas conquistas estados de suficiente extension para los tres sobrinos de su Santidad. En una palabra, tan formalmente se hizo la particion, como si tuviesen la presa ya en las manos, y únicamente restase tomar cada cual su parte ⁽¹⁾.

Acordóse finalmente que Enrique lavitára al sultán Soliman para renovar su antigua alianza con Francia, pidiéndole que derramase sus galeras por la costa de Cantabria: lo cual hizo sin el menor escrúpulo el rey cristianísimo, aliado al Papa por una parte y al gran turco por otra, con ánimo de encender la guerra en los dominios del príncipe mas católico de la cristiandad ⁽²⁾.

Envanecido Paulo IV con la perspectiva de tan próspera negociacion, acabó de quitarse el velo que hasta entonces le habia encubierto; y prorumpiendo en denuestos mas apasionados que nunca contra

(1) Nares, Guerra fra Paolo quarto é Filippo Secondo, MS.—Summonte, Historia di Napoli, tom. IV. p. 289.—Giannone, Historia di Napoli, tomo X. p. 21.—De Thou, Histoire Universelle, tomo III, p. 23 y sig.

(2) Giannone, Historia di Napoli tom. X. p. 19.

don Felipe, tales cosas dijo á los cardenales españoles que estaban presentes, que no pudieron estos menos de repetir las mismas palabras á su soberano. Amenazó entre otras cosas con entablar un proceso en forma contra el rey para la recuperacion de Nápoles, que ya no le pertenecia por haber dejado de pagar el tributo anual á la Santa Sede; y aunque el pretexto era infundado, y el mismo Papa lo conocia, se entabló el proceso efectivamente, y por último se dictó sentencia de confiscacion contra el rey católico.

A injurias tan impotentes, agregó Paulo medios mas eficaces de agresion. Dió en perseguir á cuantos de algun modo se mostraban afectos á España ó á sus intereses; comenzó á reparar las murallas de Roma y á reforzar las guarniciones de la frontera; de suerte que llenó de sobresalto á los romanos, en cuya memoria estaba aun demasiado presente su postrera guerra con España, en tiempo de Clemente Sétimo, para que desearan exponerse á los riesgos de otra. Garcilaso de la Vega, que habia representado en la corte pontificia á don Felipe, durante el reinado de su padre, escribió una minuciosa relacion de todos estos hechos al virey de Nápoles; é inmediatamente se vió en una prision. A Tassis, el correo mayor de España, no solo le metieron en prision, sino que le dieron tormento; y Sarria, el embajador imperial, que despues de haber representado en vano contra tales ultrajes, pidió al Papa una audiencia para reclamar sus pasaportes, tu-

vo que aguardar mas de una hora en la puerta del Vaticano (4).

De todo esto tenia puntuales noticias don Felipe, que ya de tiempo atrás habia previsto la negra tormenta que allende los Alpes amenazaba, y aun tratado de conjurarla á fines del año último, poniendo el gobierno de Nápoles en manos del hombre mas á propósito que tenia para salir airoso de aquel empeño. Tal era el duque de Alba, gobernador entonces de Milan y general del ejército de Italia. Y como quiera que este notable personaje ha de ofrecer despues tanta materia á las siguientes páginas de nuestro relato, bueno será referir ahora algunas circunstancias de sus primeros años.

Descendia don Fernando Alvarez de Toledo de una ilustre casa de Castilla, cuyo nombre figura en muchos de los sucesos mas gloriosos de la historia de esta nacion. Nació en 1508, y siendo aun niño, tuvo la desdicha de perder á su padre, que pereció en Africa, en el sitio de los Gelves; por lo cual hubo de encargarse del huérfano su abuelo, el célebre conquistador de Navarra. De este insigne veterano recibió Fernando las primeras lecciones del arte de la guerra, concurriendo, cuando aun era muy mozo, á mas de una refriega; y tan sabrosa se le hizo desde luego la vida

(4) Nones, Guerra fra Paolo quarto e Filippo Secondo, MS.—Carta del duque de Alba á la Gobernadora. 28 de julio, 1556, MS.—Giannone, Historia di Napoli, tom. X. pp. 45, 46.

militar, que á los diez y seis años se escapó de su casa, y se alistó en la bandera del condestable Velasco en el sitio de Fuenterrabía. A poco fué nombrado gobernador de aquella plaza, y en 1527, teniendo escasamente veinte años, entró, por muerte de su abuelo, en posesion de los títulos y pingüe patrimonio de la casa de Toledo.

Por la aptitud que desde luego descubrió, no menos que por su elevada clase, empezó á distinguirse en breve; y á medida que don Felipe iba creciendo en edad, el duque de Alba se veia mas cerca de su persona, formando parte de su consejo y del de la regencia de Castilla. Acompañó al rey en sus viajes, y segun dejamos dicho, estuvo á su lado en Flándes y en Inglaterra. Era hombre sobrado altivo y de carácter muy imperioso para acomodarse á los artificios con que parece ser mas fácil labrarse el favor de un soberano; y si bien tuvo émulos mas diestros en la política cortesana, y que sabian acomodarse mejor á las circunstancias, como Felipe le comprendia perfectamente, y sabia cuán elevados eran sus pensamientos, hizo el debido aprecio de su fidelidad; y depositando en él toda su confianza, le dispensó la honra de nombrarle para los mas delicados cargos.

Con su habitual penetracion, habia desde luego conocido el emperador el talento militar de aquel jóven caballero; y así le llevó consigo á las campañas de Alemania, donde desde empleos muy subalternos, as-

cendió en breve al mando superior del ejército. Este era su cargo en el desgraciado sitio de Metz, donde la infantería española estuvo á punto de ser sacrificada por la tenacidad de Carlos Quinto.

En su carrera militar manifestó el duque muchas de las cualidades mas características de sus compatriotas; pero estas pertenecen á período mas avanzado de su vida. No estaba animado del espíritu novelesco y aventurero de los caballeros españoles, que parecían crearse peligros por el placer de arros-trarlos, y en un solo trance aventurarlo todo. Su cualidad distintiva era la precaucion, en la cual no cedía al hombre de mas canas que hubiera en el ejército; precaucion que llevó á veces hasta el extremo de refrenar el ánimo impetuoso del emperador. Era para maravillarse ver tanto seso en mozo de tan pocos años.

Pero á esta prudencia acompañaba un denuedo superior á los mayores riesgos, y una constancia que ni fatigas ni penalidades quebrantaban nunca. Para llegar á su objeto, preferia siempre los medios mas seguros, aunque fuesen los mas pausados; y no era hombre que se pagase de hechos brillantes, pues jamás trataba de sobrecojer á sus enemigos con golpes inesperados. No comprometia lance alguno que redundase en provecho suyo, como dependiera del éxito de un combate. Encaminábase siempre al fin, empleando al efecto un sistema de operaciones calculado de

antemano con la mas exacta prevision. Por esto era siempre próspero el resultado de sus operaciones; por esto ha habido pocos grandes capitanes que hayan salido mas constantemente vencedores de sus empeños. Pero casi ninguno de estos muestran el brillo que tanto seduce á la imaginacion de los jóvenes que aspiran á la gloria, dado que no consistian en triunfos ruidosos y decisivos. Tales eran los principales rasgos del carácter militar del caudillo á quien Felipe encomendó en tan árduas circunstancias el puesto de virey de Nápoles (1).

Antes de dar principio á sus hostilidades contra la Iglesia, determinó el rey de España tranquilizar su conciencia, justificando, en cuanto fuese posible, su proceder para con el papa; á cuyo efecto convocó una

(1) Póseo tres biografías del duque de Alba que describen toda su carrera. La principal es una latina, de un jesuita español, llamado Ossorio, que tiene por título «Ferdinandi Toletani Albæ Ducis, Vita et Res Gestæ» (Salmantica, 1669). Escribióla el autor un siglo poco mas ó menos despues del tiempo en que floreció su héroe; mas como parece que bebió en buenas fuentes, puede decirse que su narracion es de mucha autoridad. Habla como hombre práctico en los negocios, cualidad mas comun entre los jesuitas que entre los individuos de las demas órdenes. Y no es de extrañar que las fucciones mas características del retrato estén un poco embellecidas por la mano amiga del buen jesuita, pues tiene que referir las proezas del gran campeón del catolicismo.

La segunda es otra vida en francés, impresa cosa de treinta años mas tarde, traduccion de la precedente, allistoire de Ferdinand Alvarez de Toledo, Duc d'Albe» (Paris, 1699). La tercera es obra de mas pretensiones, y tiene por título «Resultas de la vida de Fernando Alvarez, tercero duque de Alba, escrita por don Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca, (1643).» Pertenece al parecer á un género de obras que no escasean en España, obras en que, en vez de una narracion sencilla, se tropieza con reflexiones vagas y oscuras, y en que el escritor disfraza su encumbrado panegirico con la solemne pompa de la filosofia moderna.

Junta compuesta de teólogos de Salamanca, Alcalá, Valladolid y otros puntos, y de letrados de los consejos, á quienes fió la resolución de las cuestiones que pensaba proponerles. Principalmente trataba de averiguar si, en caso de guerra defensiva con el Papa, sería lícito secuestrar las rentas de todos aquellos, naturales ó extranjeros, que percibiesen beneficios de España y negasen la obediencia á su soberano; si se podría embargar las rentas de la Iglesia y prohibir las remesas de dinero á Roma; si sería permitido convocar un concilio para examinar la validez de la elección de Paulo, que en algunos particulares parecia haber sido irregular; y si debería hacerse una información sobre los grandes abusos del patronato eclesiástico que ejercía la Sede romana, y sobre los medios que habrían de emplearse para remediarlos. La indicación de un concilio eclesiástico, era una amenaza que no debía sonar bien en los oídos del pontífice, y que solían emplear los príncipes de Europa como una especie de quite contra el arma de la excomunión; pero los puntos que debían ventilarse en el concilio, no eran tampoco de tal naturaleza, que calmasen la irritable condición de su Santidad. La junta, pues, de teólogos y letrados respondió tan favorablemente como el rey se había propuesto á todas sus preguntas (*); y escudado con sus dictámenes, mandó Felipe

(*) El dictámen de esta junta, ó por lo menos otro sobre el mismo asunto, fué obra del célebre Melchor Cano.

al virey que proveyese cuanto creyera oportuno á la defensa de Nápoles ⁽¹⁾.

Mas sin aguardar el duque semejante órden, comenzó á proporcionarse recursos y á reunir tropas procedentes del Abruzo y otros puntos de su territorio; y siendo como eran inevitables las hostilidades, determinó ganar tiempo, é introducir la guerra en los estados de su enemigo, antes de que pudiese este atravesar la frontera de Nápoles. Deseaba, no obstante, así como su soberano, eximirse en cuanto le fuera dable de toda responsabilidad personal antes de emplear sus armas contra el que era cabeza de la Iglesia. Animado, pues, de este espíritu, envió un manifiesto al Papa y á los cardenales en que, con enérgicas razones, ponía de manifiesto las innumerables quejas de su soberano; las ignominiosas é insultantes palabras de Paulo; la menguada venganza que habia tomado de los agentes de don Felipe y del embajador imperial; el proceso formado para desposeer de Nápoles á su soberano, y por último los amagos de guerra con que el Pontífice habia acudido á la frontera, que no dejaban la menor duda respecto á sus intenciones. Rogaba á su Santidad que se mirase bien antes de aventurarse á encender la guerra en su territorio; que debia conservar la paz como cabeza de la

(1) Giannone, Istoria di Napoli, tom. X. p. 27.—Consulta hecha á varios letrados y teólogos relativamente á las desavenencias con el Papa, MS. Este documento se conserva en el archivo de Simancas.

Iglesia, y no poner en tan apurado trance á la cristiandad; pintábale las calamidades inevitables de la guerra, y la ruina y desolacion de que en breve se verian cubiertos los hermosos campos de Italia; que si llegaba tan triste caso, al Papa deberia imputársele la culpa y exigirse la responsabilidad. Que por parte de Nápoles, la guerra se limitaria á la defensiva; que él tenia estrechas obligaciones, como quien estaba en aquel puesto para defender los dominios de su soberano, y que con ayuda de Dios los defenderia, hasta perder la última gota de su sangre ¹⁾.

Mientras de esta manera apelaba al Papa, solicitaba el duque de Alba los buenos oficios del gobierno veneciano para obtener por medio de este una reconciliacion entre el Pontífice y don Felipe; y entregó su enérgico manifiesto á un mensajero especial, persona de alguna consideracion en Nápoles; mas la respuesta del obstinado Paulo fué encerrar en una prision al enviado, y aun darle tormento, segun afirman algunos.

El duque, entretanto, que no tenia mucha con-

(1) Nones, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS. — Andrea, Guerra de la Campaña de Roma (Madrid, 1589,) p. 14. — Summonte, Historia di Napoli, tom. IV. p. 270.

Las relaciones mas circunstanciadas que se imprimieron sobre esta guerra, se hallan en la obra del napolitano Alejandro Andrea, publicada por primera vez en italiano y en Venecia, y despues traducida por el mismo autor al castellano, é impresa en Madrid. Andrea era un soldado de bastante experiencia, y sacó la historia de estas transacciones, en parte de lo que él mismo observó, y en parte, segun dice, de testigos muy veraces. La traduccion española se hizo por indicacion de uno de los ministros de Felipe, en lo cual se ve que el escritor no faltaria en su narracion á lo que debia esperarse de un fiel vasallo.

fianza en el resultado de sus gestiones, juntó un ejército, que en suma se componia de doce mil infantes, mil quinientos caballos, y un tren de doce piezas de artillería. El mayor número de peones fueron de Nápoles, bisoños la mayor parte; pero llevaba bastante fuerza de españoles veteranos, con no llegar entre todos mas que á un tercio de su gente. Señaló por punto de reunion San Germano, situado hácia la frontera septentrional del reino; y el 1.º de setiembre de 1556, acompañado por una lucida escolta de caballeros, salió de la capital, y el día 4 se halló en el indicado punto. Al otro dia pasó la frontera, seguido de sus tropas, y tomó el camino de Pontecorvo, cuyos habitantes, lejos de oponerle resistencia, le abrieron de par en par las puertas de la poblacion. Lo propio hicieron algunos otros puntos, de los cuales fué posesionándose el duque, poniendo en la iglesia mayor de todos ellos las armas del Sacro Colegio, y un cartel en que anunciaba que habia emprendido la defensa del colegio de cardenales hasta que se eligiese otro Pontífice. Por este medio daba á entender al orbe cristiano que el objeto de la guerra, en lo que se referia á España, no era la agresion, sino la defensa; y algunos historiadores opinan que anduvo muy político en este acuerdo, pues así introducía recelos y desconfianzas entre el Papa y los cardenales ⁽¹⁾.

(1) Giannone, *Historia di Napoli*, tomo X, p. 25.—Carta del duque de Alba á la Gobernadora, 8 de setiembre 1556, MS. «In tal mo-

Agnania, plaza bastante fuerte, se negó á rendirse, y hubo de detenerse tres dias hasta que sus cañones abrieron brecha en los muros. Mandó entrarla al asalto, y dado este, se procedió al saqueo; con lo cual dicho se está que no perdonarian atrocidad alguna de las que el implacable código de la guerra permitía en aquel tiempo contra las personas y propiedades de los habitantes indefensos, sin consideracion á su edad ni sexo ⁽¹⁾.

Otra ú otras dos plazas, que tambien hicieron resistencia, corrieron la misma suerte que Agnania; de modo que el duque de Alba, dejando en aquellos puntos las fuerzas de que podía disponer, cayó con sus victoriosas legiones sobre Tivoli, pueblo perfectamente situado en una altura que dominaba toda la parte oriental de la capital. Rindióse la plaza sin siquiera intentar defensa; y concediendo algun reposo á su gente, convirtió el duque á Tivoli en cuartel general, y dejó que se derramasen los soldados por toda aquella tierra, de donde sacó excelente forraje para los caballos.

Una série tan rápida de triunfos, el ver que iban cayendo pueblo tras pueblo en poder de su enemigo, y sobre todo el terrible escarmiento de Agnania, lle-

de, non solo veniva a mitigar l' asprezza che portava seco l' occupar la terre dello stato ecclesiastico, ma veniva a sparger semi di discordia, e di sisma, fra li cardinali, ed il papa, tentando d' alienarli da lui, e mostrargli verso di loro riverenza, e rispetto.» Norce, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.

(1) Norce, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.

naron á los romanos de consternacion. Salian de la ciudad, gritando despavoridas, las mujeres, y lo propio hubieran hecho los hombres, á no haberlo estorbado el cardenal Carraffa. El terror era tan grande, como si estuviese ya el enemigo á las puertas de la capital; mas en medio de tanta consternacion, dice-se que Paulo fué la única persona que se mantuvo con entereza. Navagero, el ministro veneciano, estaba presente cuando recibió la noticia del saco de Agnánia, y fué testigo de la serenidad con que prosiguió en sus habituales ocupaciones, como si tal cosa hubiese acaecido (1). En público obraba así; pero el golpe era sobrado duro para no entregarse á alguna acceso de ira, como parece que se entregó cuando estuvo á solas. En cuanto al agente veneciano, que habia ido á Roma para servir de mediador, é instádole para que tentase alguna via de acomodamiento con los españoles, por toda respuesta obtuvo que repasase el de Alba en breve la frontera, y que si hecho esto entablaba alguna solicitud, le oiria como á un hijo de la iglesia; mas no era verosímil que el general triunfador admitiera este partido (2).

En una entrevista con dos caballeros france-

(1) «Stava intrépido, parlando delle cose appartenenti a quel' uffizio, como se non vi fusse alcuna sospezione di guerra, non che gl' inimici fussero vicini alle porte.» Relazione di Bernardo Navagero.

(2) «Pontifex eam conditionem ad se relatan aspernatus in eo persistebat, ut Albanus copias domum reduceret, deinde quod vellet, á se supplicibus precibus postularet.» Sepulveda, De Rebus Gestis Philippi II. lib. I. cap. 17.

ses, que, como debía suponer, estaban interesados en la paz, exclamó: «Todo el que me aconseje la paz con esos herejes, es esclavo del demonio. El cielo le impondrá el castigo; caiga sobre él la maldición divina. Si me hubiera figurado que ibais á mezcláros en semejante asunto, no tendríais ya cabeza sobre los hombros. Y no creais que esta es meramente una amenaza, porque no os pierdo de vista; y si llego á entender que no me habláis con sinceridad, ó que tratáis de meterme otra vez en treguas, que maldicidas sean, por Dios omnipotente os juro que os haré cortar las cabezas; suceda lo que quisiere.» «Y de esta suertó,» concluye el que refiere esta escena; que era uno de los actores, «prosiguió hablando su Santidad casi por una hora, paseándose arriba y abajo por la habitacion, enumerando todos sus agravios; y volviendo á amenazarnos con la muerte, hasta que la falta de aliento le obligó á callar (1).»

Peró no se contentó con palabras el brio de Paulo Quarto; pues sin pérdida de momento mandó poner la capital en estado de defensa; echó una derrama para el mantenimiento de las tropas; las reforzó con las guarniciones de los puntos inmediatos; formó un cuerpo de seiscientos ó setecientos caballos, y tuvo la satisfaccion de que los defensores de Roma ascendiesen en breve á unos seis mil infantes, perfectamen-

(1) Sismondi, Histoire des Français, tom. XVIII, p. 47.

te habilitados para la guerra. Ofrecian un soberbio aspecto con sus lujosos uniformes y las banderas ricamente bordadas con las armas pontificias. Fueron desfilando por delante de su Santidad, que estaba en una de las ventanas de su palacio, y recibieron su bendicion; pero las espadas romanas no eran de muy acerados filos, ni aquella sagrada legion podia en manera alguna compararse con los valientes veteranos españoles.

Entre los soldados de que podia asi disponer el Papa habia un tercio de alemanes mercenarios que traficaban con la guerra, y que por cierto se hacian pagar bastante pródigamente. Eran todos luteranos, con poco conocimiento de la religion católica romana y con menos respeto aun hácia ella, dado que contemplaban sus ritos como cosa ridícula, y se burlaban de sus ceremonias mas solemnes, aun en presencia del mismo Papa; pero Paulo, que en otro tiempo hubiera castigado semejante irreverencia con la horca ó el cadalso, no trató de indisponerse con sus defensores, y hubo de disimular su mortificacion lo mejor que pudo. Bien observaban algunos que eran tiempos muy calamitosos aquellos en que la Iglesia contraia alianza con los herejes, y tenia por enemigos á los católicos (4).

(4) «Quel Pontefice, che per ciascuna di queste cose che fosse cascata in un processo, avrebbe condannato ognuno alla morte ed al fuoco, le tollerava in questi, come in suoi delensori.» Relazione di Bernardo Navagero.

Al propio tiempo el duque de Alba continuaba en Tívoli; y si hubiera querido aprovecharse del terror causado por sus triunfos, es de creer que sin gran dificultad hubiera podido enseñorearse de la capital; mas no era esta la política que se proponía seguir, no queriendo acabar con el Papa, sino traerle á la razón: así, que procuró ganar la ciudad privándola de todo auxilio; y como la posesion de Tívoli, segun queda dicho, le hacia dueño de los puntos que caian á la parte oriental de Roma, se propuso apoderarse tambien de Ostia, para de este modo cortar las comunicaciones entre la costa y la capital.

A cuyo efecto, juntando sus fuerzas, salió de Tívoli, y encaminó sus pasos por la Campaña, á la parte meridional de Roma. De camino fué tomando algunos puntos que pertenecian á la Santa Sede; y habiendo llegado á principios de noviembre á las inmediaciones de Ostia, se situó orillas del Tíber, y en el sitio en que este se divide en dos brazos, uno de los cuales, el mas septentrional, se llamaba Fiumicino, ó rio pequeño. La poblacion, que no pasaba de una aldea, consistia en unas cuantas casas separadas, muy otra en verdad de lo que habia sido la soberbia Ostia, cuyo anchuroso puerto se habia visto en otro tiempo lleno del comercio de todo el mundo. Protegíala una ciudadela medianamente fuerte, y guarnecida por un corto aunque escogido número de soldados, tan mal ayudados de provisiones milita-

res, que sin duda el gobierno no habia temido embes-
tida alguna por aquella parte.

Previno el duque que saliesen algunas lanchas de Nettuno, plaza de la costa, de que habia ya tomado posesion, y con ellas formó un puente por donde pasó un corto destacamento de su ejército, y ademas el tren de batir que iba con su artillería. El pueblo cayó fácilmente en su poder, mas la ciudadela no quiso rendirse, y hubo el duque de sitiaria en forma, construyendo dos baterías, en que colocó sus mejores cañones, que dominaban la parte opuesta de la fortaleza. A esto se siguió un incesante disparar contra las obras exteriores, á que contestó la guarnicion con gran denuedo.

Al propio tiempo mandó un buen número de caballos á las órdenes de Colonna, que fueron recorriendo el terreno hasta los mismos muros de Roma. A su encuentro salió un escuadron de caballería, cuyo marcial continente habia llenado de júbilo al anciano Papa, y no lejos de la ciudad tropezaron unos con otros. Los romanos aguantaron bravamente el primer empuje; pero pasado este, comenzaron á dar vueltas, y sin arriesgar otro golpe, abandonaron el campo al enemigo, que fué picándoles la retaguardia hasta las puertas de la capital; y tan mal parados quedaron de resultas del combate, que no fué posible conseguir saliesen de nuevo de la ciudad, á pesar de que el cardenal Carraffa, que á duras penas escapó de ma-

nos de los enemigos, lo efectuó con algunos de los que le seguian, para infundirles confianza y brio ⁽¹⁾.

Entretanto fué el duque estrechando vigorosamente el sitio de Ostia, y bien que hubiese ya transcurrido una semana, no daban los sitiados el menor indicio de rendirse; con lo que el general español, que veía irse consumiendo sus municiones, y que comenzaban á escasearle las vituallas, el 17 de noviembre determinó dar el asalto. Al rayar pues el alba del dia siguiente, y despues de oir misa, como lo tenia de costumbre, montó á caballo, y metiéndose por entre las filas de sus soldados para darles aliento, mandó embestir la plaza. Salió primero á escalar los muros un cuerpo de italianos, pero fueron rechazados con bastante pérdida; y viendo los oficiales que era imposible reunirlos otra vez, no quisieron insistir en aquel proyecto. Tentó nuevamente el riesgo un cuerpo escogido de infantería española, y con increíble dificultad lograron los que lo componian escalar la muralla, á pesar de la lluvia de piedras, combustibles y toda especie de objetos arrojadizos con que los recibió la guarnicion, penetrando por fin dentro de la plaza. Pero en esta se hallaron con defensores no menos alentados que ellos. La lid fué sangrienta y porfiada, cual ninguna de cuantas habian sostenido en toda aquella campaña, hasta que al ca-

(1) Nones, Guerra fra Paolo Quarto á Filippo Secondo, MS.

bo, viendo el duque la pérdida que tenían sus tropas y lo inútil de aquel empeño, así que comenzó á entrar la noche, mandó tocar retirada. Indudablemente llevaron los sitiadores la peor parte; pero los sitiados rendidos de fatiga, necesitados de municiones y faltos ya de aliento, no se creyeron bastante fuertes para sostener otro asalto al siguiente dia; y el 19 de noviembre, á las veinte y cuatro horas del primero, capituló la valiente guarnicion, y fué tratada con el honor debido á prisioneros de guerra (1).

Ya el éxito de la campaña estaba decidido; y el Papa, con sus mejores poblaciones en manos del enemigo é incomunicado con lo interior de sus estados y de la costa, debió conocer su ineptitud para contrarrestar aislado al poder de España. Pero si él no, sus súbditos lo conocieron, que á pesar de sus imprudentes alharacas, comenzaron á gritar sin rebozo contra la prosecucion de tan desastrosa guerra. Paulo, sin embargo, se negó á toda proposicion de paz, pues aunque abrumado por los últimos golpes, esperaba poder repararlos con la llegada de los franceses, que ya, segun noticias, aceleradamente venian por la parte de Milan; pero se mostraba inclinado á treguas porque con ellas entretenia el tiempo hasta que llegasen.

(1) Los pormenores del sitio de Ostia los refieren con mas ó menos minuciosidad, Nores, Guerra fra Paolo Quarto é Filippo Secondo, MS.; Andrea, Guerra de Roma, p. 72 y sig.; Campaana, Vita del Cathólico dou Filippo Secondo, con le guerre de suoi tempi, (Vicenza, 1603, tomo II, fol. 446. 147. Cabrera, Filipe Segundo, lib. II, cap. 15.

Con este propósito tuvo el cardenal Carraffa una conferencia con el duque de Alba y entabló negociaciones para la suspensión de hostilidades. El partido no era tampoco de desechar para el duque, cuyo ejército, enflaquecido con tantas pérdidas, no se hallaba, á fines de campaña tan rigurosa, en estado de hacer frente á enemigos que venian de refresco, y más acaudillados por capitán tan diestro como el de Guisa. Procuró, pues, no exponerse de nuevo á un combate con el general francés, en circunstancias no menos desventajosas que las que habian ocurrido en Metz.

Con tan buenas disposiciones, se acordó una tregua por ambas partes, y por espacio de cuarenta dias. Las condiciones fueron honrosas para el de Alba, en el hecho de dejarle en posesion de todas sus conquistas. Terminado pues este asunto, levantó el general español su campo hácia la márgen meridional del Tíber, y tomando la vuelta de la frontera, en breves dias entró triunfante á la cabeza de sus batallones en la ciudad de Nápoles (4).

(4) Nones, Guerra fra Paolo Quarto é Filippo Secondo, MS.—Andrea, Guerra de Roma, p. 86 y sig.

El Emperador Carlos Quinto, que tuvo noticia de esta tregua, cuando se encaminaba á Veste, la juzgó de muy diferente modo, desaprobando que el duque no hubiese sacado partido de la toma de Ostia por medio de un golpe decisivo, y hubiese dado tiempo á los franceses para entrar en Italia y combinarse con el Papa.—El emperador oyó todo lo que vuestra merce dize del duque y de Italia, y ha tomado muy mal el haber dado el duque oídos á suspensión de armas, y mucho mas de haber prorrogado el plazo, por pareçello que será instrumento para que la gente del rey que baxava á Piamonte se juntase con la

Así terminó la primera campaña de la guerra con Roma. Debió servir de lección para desvanecer la confianza y humillar la altivez de cualquier pontífice menos desvanecido que Paulo Quarto; pero no hizo mas que acrecentar su aversion á los españoles y avivar el fuego de su venganza.

del Papa, ó questa dilacion será necessitar al duque, y estorvalle el effecto que pudiera hazer, si prosiguiera su vitoria despues de haber ganado á Ostia, y entre dientes dixo otras cosas que no pude comprehender.» Carta de Martin de Gaztelu á Juan Vazquez, enero 10, 1557. MS.

CAPITULO VI.

GUERRA CON EL PAPA.

Entra Guisa en Italia.—Operaciones en el Abruzzo.—Sitio de Civitella.—Rechoza el duque de Alba á los franceses.—Amenazan á Roma los españoles.—Accede Paulo á la paz.—Prosigue y concluye su pontificado.

1557.

Mientras esto acontecía en Italia, llegaba el ejército francés á las fronteras del Piamonte, con el duque de Guisa por caudillo. Hallóse este al salir de París con un ejército de doce mil infantes, entre ellos cinco mil suizos, y los demas franceses, contando en este número una buena parte de gascones; llevaba ademas dos mil caballos y doce piezas de artillería, acompañándole en la empresa una brillante escolta de caballeros franceses, jóvenes la mayor parte, y ansiosos de ganar gloria combatiendo al lado del célebre defensor de Metz.

No tropezó el ejército auxiliar con impedimento alguno al pasar por el Piamonte, pues el rey de Es-

pañã habia prescrito al gobernador de Milan que aumentase las guaruiciones de los fuertes, pero que no opusiese resistencia á los franceses, á no ser que estos comenzasen las hostilidades:⁽⁴⁾ Al de Guisa se lo habian persuadido asi algunos de sus consejeros, y en particular su suegro, el duque de Ferrara, que al auxiliarle con un refuerzo de seis mil hombres, le instó repetidas veces á que se asegurase del Milanesado antes de penetrar mas hácia el Mediodía, porque de otra suerte dejaria á la espalda un peligroso enemigo. Los italianos, por otra parte, encarecian la importancia de este proyecto para infundir ánimo al partido que habia en Nápoles favorable al de Anjou, y para inclinar del lado de Francia á los estados que dudaban aun de su política, ó que recientemente habian contraido alianza con España.

Pero Francia ejercia á la sazón escaso predominio en los consejos italianos. Génova, por fin y postre de una revolucion malograda, seguia la parcialidad de España; de la cooperacion de Cosme de Médicis, entonces señor de Toscana, podia esta nacion estar segura desde que le hizo cesion de Siena; el duque de Parma, que en otro tiempo habia andado lisonjeando al monarca francés, al presente era de España, por haber recobrado á Placencia, de que no mucho antes le habia privado Carlos Quinto; y como prenda

(4) Sepulveda, De Rebus Gestis Philippi II., p. 43.

de reconciliacion, mandó á su hijo Alejandro Farnesio á la corte de Madrid, para que se educase al lado de don Felipe; de cuya educacion se vieron los frutos en la guerra de los Países Bajos, donde Alejandro dió pruebas de ser el capitán mas insigne de su tiempo. Venecia, desde su solitaria átalaya del Adriático, observaba las alteraciones políticas de Italia, y se disponia á sacar cuanto partido pudiese de todas las eventualidades; si bien, consecuente con su política conservadora, deseaba que subsistiese hasta donde fuera dable la posicion en que cada cual se mantenia, procurando que no se torciese el equilibrio en que vivian con la introduccion de otra potencia nueva en el territorio de Italia; y por esto aceptó sin reparo alguno la invitacion del duque de Alba para servir de mediadora entre ambas partes beligerantes. Pero todos sus proyectos quedaron frustrados por el Pontífice que habia encendido la guerra en Italia.

Aunque acertado en sí el consejo del duque de Ferrara, no mereció la aprobacion de su yerno el duque de Guisa, impaciente por acercarse á Nápoles, donde se figuraba que habia de hallar la mejor escena de sus triunfos. El Papa, por otra parte, le instaba con mucha priesa para que acelerase sus jornadas, haciendo á Nápoles objeto de su expedicion, mientras él habia tenido la precaucion de conseguir de su corte instrucciones en el propio sentido, á las cuales fingia que se acomodaba; y tanto irritó á su suegro esta determi-

nacion, que inmediatamente se separó de él, llevándose consigo sus seis mil soldados, alegando la necesidad en que se veía de reunir cuantas fuerzas pudiera para proteger sus propios estados contra el enemigo que desde Milan le amenazaba (4).

Privado así de aquel refuerzo, prosiguió el de Guisa su marcha, y entrando en los estados pontificios, siguió las márgenes del Adriático por Ravena y Rimini, viéndose de allí á poco en el interior, y deteniéndose en Gesi, donde halló excelentes alojamientos para los soldados y pastos abundantes para la caballería.

Dejando, pues, su ejército en tan deliciosos cuarteles, se encaminó en seguida á Roma para acordar con el Papa el plan de la campaña. Fué afablemente recibido de Paulo, que le trató con las distinciones propias de defensor tan decidido de la Iglesia. Animado con la presencia del ejército francés en sus dominios, no vaciló Paulo un momento en proclamar de nuevo la guerra contra España; las tropas romanas diseminadas por la Campaña, asaltaron las plazas débilmente guarnecidas por los españoles, y recobraron algunas de ellas como Tívoli y Ostia: con lo que, envalentonado el pontífice, dió rienda suelta á su júbilo, anticipando la pronta ruina del dominio de los españoles en Italia.

(4) Nones, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.—Andrea, Guerra de Roma, p. 466.

Pasado que hubo algunos días en el Vaticano, tomó el francés á Gesi con su ejército. Llevaba grandes esperanzas de poderoso auxilio por parte de su Santidad, y no mucho despues vió llegar á uno de los sobrinos de Paulo, el duque de Montebello, con un refuerzo insignificante; y sin esperar á mas, determinó entrar por la frontera de Nápoles, y dar principio á sus operaciones con el asedio de Campli.

Era esta una plaza de consideracion, situada en medio de un terreno feracísimo, que habia visto aumentarse su poblacion con gentes venidas de los pueblos inmediatos, porque, como punto mas seguro, habian elegido aquel para domicilio. La defensa que hizo no merece mencionarse: no supo resistir al ímpetu de los franceses, que arrebatadamente se apoderaron del pueblo. Cuantos hombres habian hecho resistencia fueron pasados á cuchillo, y las mujeres entregadas al desenfreno de la soldadesca; entróse á saco en las casas, y despues las pegaron fuego: la ciudad, poco antes tan floreciente, quedó hecha en breve un monton de ruinas. El botín fué cuantioso, pues los que se habian refugiado allí de las cercanias, habian llevado consigo todas sus alhajas, y asi hallaron inmensa copia de plata y oro dentro de las casas, con abundante repuesto de exquisitos vinos en las bodegas, de suerte, que se abandonaron á toda especie de excesos, mientras los desdichados ciudadanos salian como espec-

tros de entre las ruinas de sus antiguas habitaciones (4).

Lastimosa era la suerte de Italia en el siglo décimosexto. Habia llegado á la suma perfeccion en muchas de las artes propias de los pueblos ilustrados. Sus ciudades y hasta sus pueblos mas pequeños ostentaban el gusto mas exquisito en la arquitectura, llenos de magníficos templos y edificios elegantes, con fuentes de hermosa apariencia en medio de sus calles; y no habia rio alguno que no estuviese cruzado por sólidos puentes de fábrica. Enriquecian todos los edificios, así públicos como particulares, mil maravillas del arte, cuyo valor consistia mas en la ejecucion que en su precio intrínseco. Acababa de transcurrir la época en que habian asombrado al mundo con sus obras Miguel Angel y Rafael, y en la presente florecian el Correggio, Pablo el Veronés y el Ticiano, gloria de su nacion, á quien legaban las inmortales producciones que han hecho el embeleso y desesperacion de sus sucesores. Con las artes corrian parejas las letras, pues no bien enmudeció la mágica lira del Ariosto, comenzó á pulsar la suya otro insigne poeta, el Tasso, para celebrar las proezas de la caballeria cristiana: extraordinaria combinacion de cultivo y elegancia en las artes y en las letras, tanto mas admirable, cuanto mayor era el contraste que

(4) Nones, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo. MS.—Andrea, Guerra do Roma, p. 220.—De Thou, Histoire Universelle, tom. III, p. 86.—Cabrera, Felipe Segundo. (ib. III, cap. 9.

ofrecia el resto de Europa, donde comenzaba á alborar la aurora de mas perfecta civilizacion. Pero en medio de todo este adelanto intelectual, carecia Italia por desgracia, de las prendas que suelen hallarse entre los vigorosos pueblos del Norte, y que parecen indispensables para la existencia de las naciones. Podia hacer alarde de artistas, de poetas, y de grandes políticos, mas no de verdaderos patriotas, mas no de hombres que vinculasen sus esperanzas y su anhelo en la independencia de la patria. La libertad de las antiguas repúblicas italianas habia ya perecido, pues apenas vivia ninguna que no se hubiese prosternado ante las plantas de un señor. No se comprendia cuánto vale el principio de union para defenderse de un invasor extraño, como principio de la libertad política. Celosos unos de otros, y desavenidos entre sí todos los estados, comunicaban sus celos y rencillas á las poblaciones, que á su vez se veian destrozadas por opuestos intereses y banderías. ¿Qué extraño, pues, que su fortaleza individual fuese del todo estéril, lo mismo para crearse un gobierno que para labrarse una defensa? Las bellezas de todo género que con tanta profusion atesoraba Italia, únicamente le servian para estimular la codicia de sus invasores, á quienes ni fuerza ni denuedo tenia para contrarrestar. Sobre sus costas caian á lo mejor los corsarios turcos, y devastando las poblaciones marítimas, arrebataban y conducian esclavos á sus habitantes. Por otra parte cru-

zaban los Alpes, no menos bárbaros, los europeos, y derramándose por el interior, embestian á los pueblos y alquerías que hallaban desamparadas en las alturas ó en medio de los mas indefensos valles, y los convertian en ruina y desolacion. Desventurada era la nacion que en época tan borrascosa olvidaba por el estudio de lo artístico y de lo bello, las únicas virtudes que pueden grangearle su libertad y su independencia.

Desde las ruinas humeantes de Campli, marchó Guisa á poner sitio á Civitella, poblacion que distaba pocas millas. Hallábase en una escarpada eminencia, cuya parte superior coronaba una fortaleza bien provista de artillería; y era plaza importante, porque desde ella se aseguraba la frontera, contando asimismo con una guarnicion de mil doscientos hombres, que habia dejado el duque de Alba bajo la direccion de un militar de experiencia, el marqués de Santa Fiore. Por lo mismo creyó el general francés que la toma de este punto, inmediatamente despues del saqueo de Campli, sembraria el terror en todos aquellos pueblos, y alentaria al partido de Anjou para levantarse desembozadamente en su favor.

Mas como la plaza tratára de resistirse, se dispuso á asediarla en regla, levantando trincheras, y no esperando mas que la llegada de la artillería gruesa para empenar con firmeza las hostilidades. Estuvo aguardándola con impaciencia algunos dias, que le

dieron tiempo á construir cuatro baterías con que embestir á la vez por otros tantos puntos á la poblacion; y despues de un incesante cañoneo, á que los sitiados contestaron con no menos fortaleza y con bastante pérdida del lado de los franceses, por la situacion en que se hallaban, viendo el duque que habia logrado abrir una brecha, se determinó á un asalto general. Verificóse en efecto con la impetuosidad natural en los franceses, pero fueron rechazados denodadamente por los italianos, y cuantas veces intentaron penetrar en la plaza, hubieron de desistir de su empeño con mortandad considerable; hasta que convencido el duque de que habia procedido harto ligeramente, se vió obligado á tocar retirada, bien que reproduciendo el bombardeo sin cesar un momento desde sus baterías, mas con escaso fruto, por la direccion vertical que llevaban los disparos. Mayor estrago ocasionaban en el campo francés los cañones de Civitella.

No menos intrépidas que los hombres se mostraron en su defensa las mujeres, que resguardadas de escudos y de corazas, era de ver cómo asistian al lado de sus maridos y de sus hermanos, en los puntos mas peligrosos de la muralla; y no bien caía alguna, se adelantaba otra y ocupaba el lugar de su compañera ⁽¹⁾. La suerte de Campli les hizo ver que no debían esperar compasion alguna del vencedor, y prefirieron mejor la muerte que la deshonra.

(1) Andrea, Guerra de Roma, p. 226.

Como transeurrían un día y otro sin conseguir ventaja, empezaron las tropas de Guisa á cansarse de tan ociosa vida, pues el ánimo bullicioso del soldado francés, que sabia atropellar por cuantos obstáculos hallaba al paso, se entibiaba y consumía en el tedio de tan prolijas operaciones, sin aliciente ni suceso alguno que le interesase: la paciencia y la perseverancia eran mas propias de los españoles. Asi que empezaron sin el menor rebozo á murmurar del Papa, á quien miraban como causa de toda aquella confusion; y á lo mejor decian que estaban mandados por clérigos, «gente mas á propósito para rezar que para combatir (1).»

El mismo Guisa tenia motivos, que por cierto no trataba de encubrir, para estar disgustado con el pontífice. Despues de tantas alharacas y promesas de su Santidad, apenas habia recibido ningun auxilio de hombres, municiones ni dinero; y en cuanto á los señores favorables al de Anjou, ni uno solo habia osado declararse en su favor ni alistarse en su bandera. De todo esto habló con bastante acritud al sobrino del Pontífice, el duque de Montebello; y como el italiano le replicase no blandamente, dicen que concluyó el diálogo, tirándole el duque de Guisa una servilleta al rostro, y segun otros un plato (2). Ello fué que Montebello dejó muy disgustados á los franceses y se volvió

(1) Giannone, Historia di Napoli, tom. X. p. 40.

(2) Sismondi, Histoire des Français, tom. XVIII. p. 39.

á Roma; pero no era el defensor de la iglesia persona insignificante para habérselas con él, y Paulo creyó mas del caso, á lo menos por entonces, abogar su resentimiento.

El cielo al propio tiempo comenzó á desatarse en lluvias, anegando el campamento de los franceses, inutilizando sus provisiones, y causando gran pérdida hasta en la pólvora. Y aquella misma lluvia fué útil á los sitiados, porque llenó de agua sus aljibes; tanto que el profano Guisa exclamaba que Dios parecía haberse vuelto español ⁽¹⁾.

Mientras esto acacia en la parte septentrional de Nápoles, en la opuesta aceleraba el duque de Alba sus preparativos para la defensa del reino. Habia visto con satisfaccion malgastar el tiempo á su enemigo, primero en Gesi y posteriormente en Civitella, y se habia aprovechado de su descuido. Dirigiéndose á la ciudad de Nápoles, convocó una junta de los principales barones, y expuestas las necesidades del Estado, les pidió un préstamo extraordinario de dos millones de ducados. La nobleza accedió sin dificultad á sus descos; mas como por el pronto solo pudiera reunirse la tercera parte de la suma, se consiguió una orden del Consejo para que los gobernadores de cada una de las provincias invitasen á los eclesiásticos ricos de sus distritos á anticipar las otras dos partes de

(1) «Encendido de cólera, vino á decir: que Dios se aña vuelto español.» Andrea, guerra de Roma, p. 228.

aquel empeño; y en caso de que á buenas no lo hiciesen, que se procediera al embargo de sus rentas ⁽¹⁾.

En otro decreto del Consejo se mandaba recoger, para uso del gobierno, prévia tasacion, todo el oro y plata labrada que hubiese en los monasterios ó iglesias del reino; parte de ello, procedente de una ciudad del Abruzzo, trató de enviarse á Nápoles; pero tal alboroto se movió entre el pueblo, que juzgaron oportuno suspender por entonces toda resolucion en el particular.

El virey, sin embargo, halló medio de acrecentar sus recursos, secuestrando las rentas de los eclesiásticos que residian en Roma; y á favor de arbitrios semejantes, juntó suficientes fondos para hacer la guerra como deseaba. Reunió tambien un ejército de veinte y dos, ó veinte y cinco mil hombres, según otros; entre ellos tres mil veteranos españoles, cinco mil alemanes, y los restantes italianos, sacados principalmente del Abruzzo, y casi todos reclutas, en que podia confiarse poco; setecientos hombres de armas y quinientos caballos ligeros; de suerte que su ejército, por lo menos respecto á los italianos, era inferior en disciplina al de su enemigo, aunque muy superior en número.

En un consejo de guerra que reunió, hubo algu-

(1) Giannone, Istoria di Nápoli, tom. X. p. 35.

nos de opinion que el virey debia estar á la defensiva, y esperar que se acercase el enemigo á las inmediaciones de la capital; pero el de Alba viendo que semejante determinacion era de ánimos apocados, que desconfiaban de él y querian introducir la misma desconfianza entre los que le seguian, determinó marchar inmediatamente en busca del enemigo y no dejarle establecer en punto alguno del Reino.

Habia designado como punto de reunion para el ejército á Pescara, situada en el Adriático, y salió para esta plaza el 11 de abril de 1557. Concentró allí todas sus fuerzas, y con la artillería y el material, que habia hecho conducir por agua, despues de pasar muestra á su gente, emprendió la marcha en direccion al Norte. Al llegar á Rio Umano, envió un buen cuerpo de tropas que se apoderasen de Julia Nova, poblacion de alguna importancia, de que recientemente se habia hecho dueño el enemigo. Suponia el de Alba, y en esto no se engañaba, que el general francés habia elegido aquella plaza como favorable para una retirada, caso de fracasar lo de Civitella, dado que desde allí fácilmente podia mantenerse en comunicacion con el mar. Salió la guarnicion francesa contra los españoles, mas hubo de retroceder con bastante pérdida; y como los soldados de Alba les iban á los alcances, tan revueltos entraron los enemigos por las calles de la ciudad, que dejaron apoderarse de ella á los vencedores. En tan có-

moda posición estableció por entonces el virey sus alojamientos.

Viendo tan cerca al ejército español, comprendió el duque de Guisa la necesidad de provocar un resultado decisivo en el sitio de Civitella, y en su virtud dispuso hacer el último esfuerzo dando un asalto general; mas aunque los suyos se condujeron en él con mucho brio, fueron rechazados mas briosamente aun por la guarnición; y profundamente disgustado de tantos reveses, conoció el general francés que era ya indispensable abandonar la empresa. Ni aun esto le fué dado efectuar sin alguna pérdida, que le causaron los valientes defensores de Civitella, yéndole á los alcances, á medida que iba retirándose con sus tropas desalentadas hácia el próximo valle de Nireto. Asi terminó el sitio de Civitella, que por la confianza que inspiró á los napolitanos de aquella parte, no menos que por la holgura que proporcionó al de Alba para allegar recursos, puede decirse que decidió del éxito de la campaña. Prolongóse aquel asedio veinte y dos días, de los cuales catorce estuvieron disparando contra la ciudad los cañones de las cuatro baterías francesas. El virey supo con admiración la heroica conducta de los habitantes; y como muestra del respeto que le inspiraban, concedió algunas franquicias de consideración, con el carácter de perpétuas, á los ciudadanos de Civitella. También las mujeres entraron á la parte en esta recompensa, otorgándose á todo el que se

casase con alguna de ellas, y cualquiera que fuese el punto de donde procediera, las mismas inmunidades ⁽¹⁾.

Estableciéronse, pues, ambos ejércitos beligerantes á pocas millas uno de otro, aunque por ninguna de las dos partes se hizo demostracion que indicase hallarse dispuestos á venir á las manos. En el de Alba no era de estrañar, siendo esta su política, y del de Guisa no debía esperarse, hallándose con fuerzas tan inferiores á las del contrario: sin embargo, como el virey saliese de Julia Nova para ocupar una posicion no muy distante del campamento francés, creyó el de Guisa aventurado permanecer allí, y levantando sus reales, se retiró con todo el ejército por el Tronto, y sin esperar á mas, evacuó el reino de Nápoles.

Ningun indicio dió el general español de querer perseguirle, ni aun siquiera molestarle en su retirada: cosa que se le censuró severamente, y en particular que le dejase pasar un rio, donde pudo acometerle con gran ventaja; pero á decir verdad, el duque de Alba jamás aventuraba un combate mientras tuviese probabilidades de conseguir su objeto sin apelar á tal extremo; porque en todo hecho de armas, por

(1) Refieren circunstanciadamente el sitio de Civitella, Nores, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secundo, MS.; Andrea, Guerra de Roma, p. 222 y sig.; Ossorio, *Alba Vita*, tom. II., pp. 53—59; Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. III., cap. 9; de Thou, *Histoire Universelle*, tom. III, p. 87 y sig. etc.

mas que parezca favorable, debe siempre dudarse del resultado. Ni el presente caso era tan propicio, como á primera vista parece, á los españoles: llevaba el duque de Guisa sus batallones en admirable ordenanza, protegida la retaguardia por la flor de su infantería y de sus caballos, y en estos era muy superior á su enemigo; de suerte que la parte de ejército á propósito para empeñar inmediatamente un lance, no podia ofrecer completa seguridad de triunfo á los españoles. El objeto del duque de Alba habia sido, no tanto derrotar á los franceses, como defender á Nápoles, y esto lo habia conseguido con poca pérdida; y antes que exponerse á otra mayor, quiso seguir el consejo de aquel proverbio que dice: «al enemigo que huye, puente de plata ⁽¹⁾» además de que, segun él mismo añadía, «no pensaba jugar el reino de Nápoles, contra una casaca de brocado del duque de Guisa ⁽²⁾.»

Al ver que los franceses se retiraban, puso el de Alba sitio á un mismo tiempo á dos ó tres plazas de no mucha importancia, y rendido que las hubieron, él y sus capitanes se ensañaron en ellas con calculada inhumanidad; aunque segun el cronista cree, no era fiereza, sino severidad provechosa, para que aprendiesen con aquel escarmiento las plazas de escasa

(1) «Quiso guardar el precepto de guerra que es: Hazer la puente de plata al enemigo, que se va.» Andres, guerra de Roma, p. 285.

(2) Vera y Figueroa, Resultas de la vida del duque de Alba, p. 66.

importancia á no menospreciar la autoridad régia (4). Poco despues pasó el mismo duque de Alba el Tronto , y tomó posicion no lejos de los franceses, que permanecian en las inmediaciones de Asculi; y sin embargo, de que entre ambos ejércitos mediaban solo pocas millas, no se acometió empresa alguna, á no tenerse por tal la escaramuza que empeñaron unos cuantos hombres por una y otra parte, que concluyó en favor de los españoles. El resultado fué por último recibir el general francés orden del Pontífice de acercarse á Roma , donde era necesaria su presencia para proteger la capital. Contento seguramente el duque de que se diese tan honrosa interpretacion á su retirada , y satisfecho de haberse sostenido tanto tiempo contra fuerzas superiores á las suyas, retrocedió en buen orden á Tivoli, donde, por ser punto que dominaba las principales avenidas de Roma por la parte del Este, y de comodidad para alojar sus tropas, sentó sus reales desde luego. La manera con que el duque de Alba se mantuvo á la defensiva, segun lo habia resuelto al principio de la campaña, y cuando tantas ocasiones hubieran hallado otros muchos para renunciar á semejante plan, es prueba evidente de su constancia y firmeza de carácter, y no menos del ascendiente que ejercia sobre los suyos, pues nin-

(4) «Quiso usar alli desta severidad, no por crueza, sino para dar exemplo á los otros, que no se atreuesen un lugarejo á defenderse de un exercito real.» Andrea, guerra de Roma, p. 292.

guno se atrevió á desobedecerle en aquellas circunstancias.

El motivo que comenzó á sobresaltar al Papa, fué el ver tan pronto triunfante al aliado del duque de Alba, Marco Antonio Colonna, que habia derrotado á su gente, y apoderándose una tras otra de varias plazas de la Campania, en términos de no considerarse ya seguros los romanos en su capital. Hallábase Colonna sitiando á Seña, plaza de bastante importancia; y viéndose el duque de Alba libre de los franceses, resolvió marchar en su ayuda; para lo cual, volviendo á pasar el Tronto, y atravesando el territorio de Nápoles, se detuvo en Sora algunos dias. Cruzó asimismo la frontera, mas no bien se presentó en la Campania, recibió noticias de haberse entregado Seña. Despues de una enérgica defensa, habian con efecto tomado por asalto aquella plaza fuerte los sitiadores, entregándose la brutal soldadesca á las atrocidades de costumbre, y profanando hasta el sagrado de los conventos. En vano trató Colonna de evitar tamaños excesos, pues de nada servía para contener aquel desatado huracan su autoridad. Poco importaba en aquel siglo que una ciudad cayese en manos de unos ó de otros; alemanes, franceses, italianos, todos eran lo mismo. Las desdichadas poblaciones, que florecian con toda la magnificencia del lujo y de la riqueza, eran á lo mejor despojo de los vencedores. Con ellas se hacian cobro de las pagas que se les

debían, y que en aquella época solían estar muy atrasadas; y así recuperaban sus pérdidas, lo mismo los generales que los soldados ⁽¹⁾.

La toma de Seña produjo la mayor consternación en la capital, por creerse que inmediatamente darían á esta el asalto. Paulo IV, que no conocía el miedo, se hallaba poseído de impotente rabia. «Los enemigos han tomado á Seña, decía en un cónclave de cardenales, con saco, muerte y fuego. Mayor desdicha será que hagan lo mismo con Palliano; y no satisfechos aun, entrarán en Roma, y la saquearán, y prenderán á mi persona; y yo que deseo ser con Cristo, aguardo sin miedo la corona del martirio ⁽²⁾.» Paulo IV había atraído sobre Italia aquella nube de calamidades, y se consideraba mártir!

Pero en medio de tanta angustia, y aunque por todas partes le estrechaban á que hiciese concesiones, no quería amenguar un punto su altanería. Como condición *sine qua non*, reclamaba la de que Alba saliese inmediatamente del territorio romano y devolviese sus conquistas; y cuando al duque se le habló de esto, contestó pausadamente que «Su Santidad parecía estar en un error, suponiendo que su ejército se hallaba delante de Nápoles, en vez de ser los espa-

(1) Andrea, guerra de Roma, p. 302.—Ossorio, *Albae Vita*, tom. II, página 96.—Núres, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.

(2) Andrea, guerra de Roma, p. 303.
«Si mostrò prontissimo e disposto di sostenere il martirio.» Núres, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.

ñoles los que estaban á las puertas de Roma (1).»

Rendida Seña, se incorporó el de Alba con los italianos, y enderezó los pasos al pueblo de Colonna, en la Campania, donde á la sazón estaba su ejército acuartelado; y aquí se le ocurrió una empresa, que por lo aventurada, no parece avenirse bien con su habitual cautela. Propúsose asaltar á Roma de noche, mas no quiso revelar enteramente el designio á sus oficiales, contentándose con mandarles que estuviesen dispuestos para dirigirse la noche siguiente, que era el 26 de agosto, contra una ciudad poco distante, cuyo nombre no les dijo; participándoles solo que era una plaza muy rica, si bien deseaba que no se causase á los habitantes extorsion alguna ni en sus bienes ni en sus personas. Previno que ni siquiera habian de entrar los soldados en las casas, añadiendo que lo que perdiesen en botín, auumentando las pagas se compensaria; y que fuesen todos armados á la ligera, sin bagages, y con las camisas sobre la armadura, para que de este modo se pudieran conocer mejor unos á otros en medio de la oscuridad.

Era la noche tenebrosa, mas por desgracia comenzó á descargar un aguacero, poniéndose en tan mal estado los caminos, que no era posible marchar, y ya casi de día llegaron al punto designado. Entonces vieron con gran sorpresa que se trataba de atacar nada menos que á la misma Roma.

(1) Andrea, guerra de Roma, p. 306.

Paróse el duque á corta distancia de la ciudad, en una especie de pradera, y envió una corta fuerza que reconociese la capital, donde todo el mundo parecia estar tranquilo y entregado al sueño; pero así que fueron acercándose los exploradores, descubrieron gran resplandor, cual si fuese producido por multitud de luces, que parecian brillar por todas partes dentro de los muros, de lo cual dedujeron que habia gran movimiento entre los que habitaban aquella parte de la ciudad. No mucho despues vieron salir unos cuantos caballos por una de las puertas, y tomar la direccion de Tívoli, donde el campamento francés se hallaba. Recibió el duque este aviso no sin satisfaccion, viendo que los romanos de un modo ó de otro habian tenido noticia de su proyecto; que los caballos habian ido en busca de los franceses á Tívoli, y que en breve se hallaria entre unos y otros enemigos; mas conociendo cuán crítica era su posicion, al punto abandonó su designio, y por medio de una rápida contramarcha, tornó al punto de donde habia salido.

Acertaba el duque en parte de sus conjeturas, y en parte se equivocaba. Las luces que se habian visto dentro de la poblacion, eran de los centinelas de Carraffa, que temerosos de un ataque inopinado, á consecuencia de haber sabido los preparativos de los españoles, andaban rondando aquella parte antes del amanecer para asegurarse de que no habia peligro

alguno; pero los caballos que tan de madrugada habían salido hácia el campamento francés, ni llegaron siquiera á sospechar que tuviesen al enemigo á tiro de bala de sus murallas ⁽¹⁾.

Tal es la relacion que se conserva de tan extraño acaecimiento. Algunos historiadores afirman que no pensaba el duque atacar á Roma, sino meramente amenazarla, y á favor del terror que debía producir, suministrar al Papa un buen pretexto para finalizar la guerra. En apoyo de esto se asegura haber dicho á su hijo Fernando, poco antes de emprender la marcha, que temia fuese imposible evitar el saco de la ciudad, si una vez llegaban sus tropas á entrar en ella ⁽²⁾. Pero otros presumen que no era una vana amenaza, sino una sorpresa meditada con todo acuerdo, y que desistió al ver las luces y lo preparada que parecia hallarse la poblacion. Ni falta tampoco escritor que asegure haber visto por sus propios ojos las escalas, llevadas por un cuerpo de doscientos arcabuceros, destinados al servicio de trepar por las murallas ⁽³⁾.

Afirma Navagero, el ministro veneciano, que el verdadero objeto del de Alba era poner á buen re-

(1) Nares, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.—Andrea, guerra de Roma, pp. 306.—311.—Relazione di Bernardo Navagero.—Ossorio, Albæ Vita, tom. II, p. 117 y sig.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV, cap. 14.

(2) «Dijo á don Fernando de Toledo, su hijo, estas palabras: «Temo que hemos de saquear á Roma, y no querria.» Andrea, guerra de Roma, p. 312.

(3) Ibid., ubi supra.

caudo la persona de su Santidad, porque de este modo creia apresurar el término de la guerra. El cardenal de Sangiacomo, tio del duque, según relación del mismo veneciano, habia prevenido á su sobrino que no echase sobre sí la culpa en que habian incurrido sus compatriotas con el condestable de Borbon en el saco de Roma, pues tarde ó temprano, todos ellos habian acabado lastimosamente (4): advertencia que debió hacer alguna impresion en el ánimo del de Alba, que, aunque inflexible por naturaleza, no dejaba de tener escrúpulos, y como otros muchos de su tiempo, daba sin duda oidos á los argumentos que se fundaban en la supersticion.

Para nosotros es indudable que la determinacion del asalto, el consejo de los oficiales, y la presta retirada, así que sospechó le habian descubierto, todo esto parecia formal designio; y no debe tenerse por imposible que, como afirma el veneciano, se propusiese el duque meramente apoderarse del Papa. Pero que el hecho no hubiese pasado adelante, tampoco puede creerse; pues una vez dentro de los muros, ¿qué autoridad, ni aun la del duque de Alba, hubiera bastado á poner freno á la soldadesca? Se hubieran repetido las mismas escenas que cuando fué entrada

(4) Il Cardinal Sangiacomo, su zio, dopo la tregua di quaranta giorni, fu a vederlo e gli disse: Figliuol mio, avete fatto bene a non entrare in Roma, come so che avete potuto; e vi esorto che non la facciate mai; perché, tutti quelli della nostra nazione che si trovarono all' ultimo sacco, sono capitati male. *Relazione di Bernardo Navagero.*

aquella ciudad por el condestable de Borbon, ó quando cayó en manos de los feroces godos.

Al saber los romanos, así que llegó el día, el peligro que habían corrido aquella noche, y que el enemigo había estado en acecho, como el lobo sobre el rebaño, para cogerlos desprevenidos, cundió el espanto por toda la ciudad. Representáronseles todos los horrores del condestable del Borbon, ó por mejor decir se les vivieron á la memoria, pues había no pocos bastante ancianos para tener muy presente tan tremendo día. De pronto comenzaron á pedir á gritos la paz antes de que fuese tarde, yendo acompañados sus clamores de ademanes que hacían temer se alborotase el pueblo; en términos de que Strozzi, el capitán mas distinguido que tenían, dijo resueltamente al Papa que el único remedio era transigir al momento con el enemigo ⁽¹⁾.

Paulo había empezado á blandear viendo que en los momentos de mayor apuro, el ejército, en quien tanto confiaba, no había podido menos de retirarse. Y como llegase al campamento francés la nueva de la victoria decisiva ganada por los españoles en San Quintín, y ordenase el rey al duque de Guisa que se volviera con su ejército lo mas pronto posible para proteger á París, el duque, que probablemente andaba deseoso de dar fin á una campaña para él tan

(1) *Relazione di Bernardo Navagero.*

estéril de laureles, declaró que «no había fuerza humana que le sujetase á permanecer en Italia.» Y sin pérdida de momento se presentó en el Vaticano y mostró á su Santidad los despachos y órdenes de su córte. El caso era tan urgente, que Paulo no podia oponerse á la marcha del duque; mas como rara vez tomaba consejo de la razon, enfureciéndose de nuevo, le dijo á Guisa: «idos, que nada importa, pues habeis hecho muy poco por vuestro rey, todavía menos por la Iglesia, y absolutamente nada por vuestra honra (1).»

Dióse, pues, principio á la negociacion de un acomodamiento entre las partes beligerantes, en el pueblo de Cavi, donde el cardenal Carraffa representó á su tío el Pontífice, y el duque de Alba á los españoles. Por la mediacion de Venecia estendiéronse al cabo los artículos del tratado el 14 de setiembre, sin embargo de que el inflexible Pontífice todavía exigia condiciones poco mas ó menos tan extravagantes como las que antes se habia propuesto. En un artículo preliminar se estipulaba que el duque de Alba demandase públicamente perdon, por haber hecho armas contra la Santa Sede, y seria absuelto. «Primero que ceder en este punto, decia Paulo, preferiria que el mundo todo se anonadase; y esto, no por respeto mio, sino por la gloria de Jesucristo (2).»

(1) Sismondi, Histoire des Français, tom. XVIII, p. 44.

(2) Giannone, Istoria di Napoli, tom. X, p. 45.

Concertábase en el tratado que saliesen inmediatamente los españoles de los estados de la Iglesia, que devolviesen todas las plazas conquistadas, y que el ejército francés regresase libremente á su nacion. Felipe no tuvo tan en cuenta como el Papa á su aliado, pues Colonna, que tan buenos servicios habia prestado á su causa, ni aun recobró las posesiones de que el Pontífice le habia privado; si bien en un artículo secreto se pactó que quedasen sujetas sus reclamaciones al arbitrio y comun acuerdo del Papa y del rey de España ⁽¹⁾.

El tratado, á decir verdad, era de tal naturaleza, que el duque de Alba no pudo menos de quejarse amargamente, «pues no parecia sino que lo habia dictado el vencido antes que el vencedor.» Hizosele, pues, duro darle cumplimiento, sobre todo en la cláusula referente á su persona. «Si yo fuere rey, decia encolerizado, ya hubiera tenido Su Santidad que enviar á Brusélas á uno de sus sobrinos para pedirme á mí perdon, en vez de que mi general viniera á pedirselo á él ⁽²⁾.» Pero el duque de Alba no podia ni aun hacer reflexion alguna sobre este punto á su soberano, porque las órdenes de Felipe eran

(1) Nöres, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.—Andrea, guerra de Roma, p. 344.—De Thou, Histoire Universelle, tomo III, p. 128.—Giannone, Istoria di Napoli, tom. X, p. 45.—Ossorie, Albæ Vita, tom. II, p. 134.

(2) «Hoggi il mio Rè ha fatto una gran sciocchézza. e se io fossi stato in suo luogo. et egli nel mio, il cardinal Caraffa sarebbe andato in Fiandra à far quelle stesse sommissioni à sua Maestà che io vengo hora di fare à sua Santità.» Leti, Vita di Filippo II, tem. I. p. 295.

terminantes para dar al Papa cuantas satisfacciones fuesen posibles. Este monarca estaba en la persuasion de que una guerra contra la Iglesia no podia serle ni honorífica ni provechosa; además de que repugnaba á sus sentimientos, y de que le colocaba en una posicion falsa y no poco perjudicial á sus intereses políticos.

El anuncio de haberse hecho la paz llenó á los romanos de alegría, tanto mayor, cuanto mas grande habia sido la consternacion por que habian pasado. Ni pudo menguar su júbilo una calamidad que ya en otro tiempo habia sentido su poblacion: el Tiber, aumentado con las lluvias del otoño, salió de madre, arrasando edificios y árboles con gran furia, llevándose ahogados hombres y ganados, y echando á tierra largo trozo de la muralla de la ciudad. Gracias que tan funesto accidente no ocurriese pocos dias antes, cuando estaba llamando á sus puertas el enemigo (1).

El 27 de setiembre de 1557 hizo el duque de Alba entrada pública en Roma. Acompañábale la guardia del Papa, ataviada con su vistoso uniforme; y dentro de la ciudad se le reunieron las demás tropas, que en aquel servicio tan plausible se condujeron como bizarros soldados. Apenas entró por las puertas, salieron á su encuentro millares de ciudadanos

(1) Relazione di Bernardo Navagero.

que ensordecía el aire con sus vítores, y saludaban al general español con los títulos de Custodio y Libertador de la capital. Estos epítetos debieron parecer á su gobierno no mas que un cumplimento: ello fué que la procesion siguió su camino con todo el aire de triunfo de un conquistador que volvía victorioso de sus campañas para recibir la corona de laurel en el Capitolio.

Al llegar al Vaticano se postró el general español de rodillas ante el Papa y le pidió perdon por la ofensa que le habia inferido haciendo armas contra la Iglesia; y apaciguado Paulo con esta muestra de abnegacion, no puso dificultad alguna en absolverle. Además dispuso al duque señalada honra dándole asiento en su propia mesa, y teniendo la atencion de enviar á la duquesa la rosa de oro bendita que únicamente se reservaba á las personas reales y á los campeones insignes de la Iglesia ⁽¹⁾.

Pero la altívez del duque de Alba contempló todo aquello mas bien como humillacion que como triunfo, aunque en su conciencia, así como su soberano, se consolaba con verse libre de la responsabilidad de semejante guerra; era hombre, sin embargo, también de conciencia militar, y no podia menos de escandalizarse con las condiciones del tratado que aca-

(1) Giannone, *Istoria di Napoli*, tom. X, p. 43.—Noves, *Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo*, MS.—Lati, *Vita di Filippo II*, tom. I, página 293.—Andrea, *guerra de Roma*, p. 316.

baba de firmar. Deseaba, pues, hallarse cuanto antes en Nápoles, donde las atenciones de su cargo reclamaban imperiosamente su presencia; y con efecto, al llegar allí, no tuvo poco que hacer en reformar los abusos que de tanta perturbación habían nacido, y sobre todo en proveer hasta donde le fué posible á la angustia del tesoro; empresa no menos árdua que la de expulsar de Nápoles á los franceses ⁽¹⁾.

De esta manera terminó la guerra con Paulo Cuarto, guerra á que el Pontífice se arrojó sin preparacion alguna, que sostuvo sin seso, y que acabó con mengua de su reputacion; guerra que no solo no fué honrosa para ninguna de las partes interesadas en ella, sino que trajo consigo el rastro de calamidades que siempre acompañan á estado tan violento.

Los franceses corrieron la misma suerte que solia caberles siempre que, incitados por el ansia de gloria militar, cruzaban los Alpés para asolar los vérgéles de Italia, que como dice uno de sus proverbios, son lá tumba de los franceses. El duque de Guisa, después de una funesta campaña, en que su gloria se habia reducido á no experimentar derrota alguna formal, se creyó dichoso en poder regresar libremente con

1) Carlos V. que recibió la noticia de esta paz en Yuste, se mostró no menos disgustado de los términos en que se habia hecho, que de la conducta del duque, y hasta descargó su indignacion en este, como si hubiera sido el autor de ella. No quiso leer el pliego que le envió el de Alba, diciendo que sobrado lo sabia de todo; y mucho tiempo después «ojasele murmurar aun entre dientes,» y soltar algunas expresiones que no dejaban duda alguna sobre lo que en el particular pensaba. Retiro y Estancia, ap. Mignet, Carlos V, p. 307.

sus tropas desmembradas á su país. Nápoles, además de los daños que habia sufrido en sus fronteras, se veia sobrecargada con una deuda que debian heredar las generaciones sucesivas. Ni con la paz recobró el sosiego que apetecia, pues en la primavera del siguiente año de 1558, apareció en las aguas de Calabria una escuadra de turcos, y recorriendo sus costas, efectuaron un desembarco en varios puntos á la vez, saquearon algunas de las principales poblaciones, y ó degollaron á sus habitantes ó los sometieron al yugo de su intolerable esclavitud ⁽¹⁾. Tales fueron los dichosos frutos que se consiguieron de la alianza entre el gran señor y el príncipe de la Iglesia Católica. Soliman habia entrado en esta liga á instancia de los monarcas cristianos; pero no fué tan fácil disolver el compromiso, como lo habia sido contraerlo.

Sin embargo, las consecuencias de la guerra recayeron, como era justo, en quien la habia movido y provocado. Desde su palacio del Vaticano pudo Paulo seguir las huellas de sus enemigos, mirando las humeantes ruinas de la Campania, viendo saqueadas sus ciudades, menguadas sus tropas, amenazada la capital, y en fuerza de tantas vejaciones, determinados sus súbditos á recurrir á la rebelion. Ni aun la paz, positiva como ya era, realizaba ninguno de los deseos á que habia aspirado, en el hecho de deberla, no á

(1) Giannone, *Istoria di Napoli*, tom. X, p. 46.

sus armas, sino al retraimiento, ó mas bien á la supersticion de sus enemigos. Una leccion habia, sin embargo, recibido: los rayos del Vaticano no amedrentaban ya á los príncipes, como en los tiempos de las cruzadas.

Paulo habia llamado en su auxilio á los franceses para librarse de los españoles: solia decir que de los franceses, con el tiempo fácilmente se prescindia; «pero que los españoles eran como la mala yerba, que brota más cuanto más se arranca.» Aquel habia sido el mayor esfuerzo que se habia hecho para aniquilar el poder español de Nápoles; y sin embargo, continuaba vinculado en el cetro de aquel reino y en la dinastía castellana, con tan insignificante oposicion como la que tenia en el resto de su vasto imperio.

Libre de los cuidados de la guerra, dedicóse Paulo á plantear las grandes reformas que habian sido una de las principales causas de su eleccion; mas antes dió una muestra poco comun de entereza, cambiando de proceder respecto á su familia. Antes de su elevacion al pontificado, habia declamado mas que nadie, segun dejamos dicho, contra los abusos del nepotismo, debilidad habitual de sus predecesores, que como casi todos eran ancianos, buscaban naturalmente la compensacion de la falta de hijos en sus sobrinos y allegados por parentesco. Mas la predileccion de Paulo hácia los suyos era tanto mas censura-

ble, cuanto mayor el descrédito en que vivían. A decir verdad, el vínculo mas fuerte que le unía con ellos era el ódio con que miraban á los españoles: hecha la paz, y cesando por consiguiente el interés que los enlazaba, Paulo dió fácilmente oídos á las acusaciones contra sus parientes; y convencido al cabo de su indignidad y de la ingratitud con que pagaban su confianza, privó á los Carralfas de los cargos y honores con que los habia honrado, y los desterró á la parte mas lejana de sus dominios. Su sucesor despues, aumentando el rigor de la sentencia, hizo perecer á dos de los hermanos, al duque y al cardenal, públicamente ajusticiados por mano del verdugo ⁽¹⁾.

Dada esta prueba de dominio sobre sí mismo, comenzó Paulo á dictar las reformas que mas necesarias le habian parecido en sus primeros años. Procuró restablecer la mas estricta disciplina y la mas perfecta moralidad, así en las órdenes religiosas como en el clero secular, y sobre todo se empenó en extirpar la heregía de los protestantes, que habia empezado á ingerirse en la cabeza de la cristiandad, como de tiempo atrás estaba propagada por otros puntos. El medio de que se valió era el que mas cuadraba á su carácter, pues renunciando al sistema de argumentos y persuasiones, desplegó la saña de la

(1) Giannone, Istoria di Napoli, tom. X, p. 59. — Nores, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.

mas violenta persecucion. Echó mano de la Inquisicion, como de la bateria mas formidable que podia emplearse contra la fortaleza de los herejes, y tan incansable se mostró en su empresa, que en breve tiempo se vieron llenas de acusados las prisiones del Santo Oficio. Nadie se contemplaba á salvo en medio de la desconfianza con que se miraba todo el mundo; y tal terror llegó á dominar en Roma, que acaso sobrepujaba al que embargó á sus habitantes cuando estaban los españoles á las puertas de la ciudad eterna.

Por fortuna no se prolongó mucho semejante estado: Paulo murió repentinamente, á consecuencia de una fiebre, el 18 de agosto de 1559, á los ochenta y tres años de edad, y cinco de pontificado; y antes que exhalase el último suspiro, se levantó el populacho en masa, forzó las prisiones de la Inquisicion, y puso en libertad á cuantos estaban allí encerrados. Acometieron en seguida á la casa del inquisidor general, que redujeron á cenizas, y á duras penas pudo su dueño escapar con vida. Derribarón los escudos de armas de la familia de los Carraffas, colocados en todos los edificios públicos, y cebando su ira en la estátua inanimada del Papa, que echaron á tierra, la cortaron la cabeza, y arrastrando, entre el griterío y execraciones de la multitud, la arrojaron al Tíber. Esta fué la suerte que cupo al reformador, que en ninguna de sus providencias mostró ni asomo de hu-

manidad, ni conmiseracion hácia sus semejantes (1).

Mas en medio de todos sus defectos, se descubre algo en el carácter de Paulo IV que excita nuestra admiracion. Su proyecto, igual al de Julio II, de arrojar á los bárbaros de Italia, era un pensamiento noble, aunque irrealizable. «Lo que otros han deseado, yo á lo menos procuraré efectuarlo en mi país,» decia una vez al embajador de Venecia. «Si se desatienden mis clamores, tendré por lo menos el consuelo de haber defendido una buena causa, y de que se diga un dia que un pobre viejo italiano, con un pié en la sepultura, que no debió pensar mas que en su reposo y en dolerse de sus pecados, llevaba en el alma designio tan glorioso (2).»

(1) Nares, Guerra fra Paolo Quarto e Filippo Secondo, MS.—Giannone, Istoria di Napoli, tom. X, p. 50.

(2) «Della quale se altri non voleva aver cura, voleva almeno averla esso, e sebbene i suoi consigli non fossero uditi, avrebbe almeno la consolazione di avere avuto quest' animo, e che si dicesse un giorno: che un vecchio italiano che, essendo vicino alla morte, doveva attendere a riposare e a piangere i suoi peccati, avesse avuto tanto alti disegni.» Relazione di Bernardo Navagero.

CAPITULO VII.

GUERRA CON FRANCIA.

Inglaterra toma parte en la guerra.—Preparativos que hace don Felipe.—Asedio de San Quintin.—Derrota del ejército francés.—Asalto de San Quintin.—Triunfo de los españoles.

1557.

Mientras en Italia acaecía lo referido en el capítulo precedente, sustentábase la guerra con mayores proporciones y con resultados aun mas importantes en las provincias septentrionales de Francia. Viendo que Enrique había roto el tratado y su ejército atravesado los Alpes, se apresuró don Felipe á reunir sus tropas, aunque á la callada, para no llamar demasiado la atencion, procurando allegar fuerzas y recursos tales, que no solo bastasen á defender la frontera de los Países Bajos, sino á llevar la guerra al territorio de su enemigo.

Despachó, pues, á España á su ministro y confidente Ruy Gomez, para que solicitase auxilios de dinero y gente, encargándole al propio tiempo que vi-

sitase á su padre Carlos Quinto, á quien despues de participar el estado en que se hallaban los negocios, rogase que tomára parte en la diligencia de adquirir los fondos necesarios (1).

Andaba Felipe en extremo deseoso de comprometer en la guerra á Inglaterra. Durante su permanencia en los Países Bajos, habia estado constantemente en comunicacion con el gabinete inglés, y tomado parte muy activa en la gobernacion del reino. Solian enviarle los acuerdos del Consejo privado, y despues de examinados, los devolvía con observaciones al márgen, escritas de su propio puño; por cuyo medio intervenia y daba su dictámen en todas las resoluciones de importancia; y hasta en una ocasion previno que no se sometiese ninguna cuestion interesante al parlamento, sin que primero llevase su aprobacion (2).

En marzo de 1557, volvió Felipe á Inglaterra, donde fué recibido por su amante esposa con la mayor ternura y regocijo. No le escribía carta en que no le rogase que pasára á verla; pues en una eleccion tan aislada como la suya, que ni aun le era dado consolarse con los goces de la amistad, solo en

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV, cap. 2.—Carta del rey don Felipe Segundo á Bay Gomez de Silva á XI de Marzo, 1557, MS.—Papiers d'Etat de Granvelle, tom. V, pp. 61, 63.

(2) Tytler, en su obra «England under Edward VI and Mary», (tomo II, p. 483), ha impreso varios extractos de los acuerdos del Consejo con los comentarios marginales de don Felipe; y estos, escritos todos por mano del rey, parecen tan largos como los acuerdos á que se refieren.

su esposo podia hallar la proteccion y apetecida correspondencia; de suerte que cuanto mas limitado era su afecto, habia de ser necesariamente mas profundo.

No halló Felipe dificultad en que la reina accediese á sus deseos, con respecto á la guerra de Francia. Tambien ella se inclinaba á aquel partido, no solo por deferencia hácia su esposo, sino porque la política de Enrique Segundo habia labrado en su ánimo vivos resentimientos. Mas de una vez habia tenido que tolerar en su propia córte desaires del embajador francés; y una y otra se habia visto amenazado su trono por conspiraciones, que si no se organizaban, tenian por lo menos secreta guarida en Francia. Con todo, no era fácil inspirar á la nacion inglesa estos sentimientos. En una de las cláusulas del tratado de matrimonio se habia pactado que Inglaterra no tomaría parte en la guerra contra Francia; además de que los acontecimientos que sobrevinieron habian agriado los recelos de la nacion, mas bien contra los españoles, que contra los franceses.

Pero la insurreccion de Stafford, fraguada en las costas de Francia por aquel tiempo, hizo lo que ni Felipe con sus argumentos, ni María con su autoridad hubieran podido lograr en tiempo alguno. Despues de tantos agravios como habian recibido los ingleses de aquella parte, este postrero no podia menos de irritar á todo el mundo; y el parlamento creyó que su ho-

nor estaba interesado en no guardar ya miramientos con una potencia que persistía en fomentar todo género de conspiraciones para derrocar al gobierno y sumir en la guerra civil á la nacion. Asi, pues, el 7 de junio se despachó un heraldo que con las formalidades de otros tiempos, pues no solian estar ya en uso, declarase la guerra al rey de Francia, en presencia de su córte y en su misma capital; lo cual verificó el elegido al efecto con tanta solemnidad y altanería, que el anciano condestable Montmorency, no muy escrupuloso ni amigo de ceremonias, como hemos visto, excitó á su soberano á que hiciese con él un escarmiento (1).

Las circunstancias exigian imperiosamente la presencia de Felipe en los Países Bajos, y á los cuatro meses de llegar á Lóndres, se despidió por vez postrera de su alligida esposa, cuyo excesivo cariño debió interesarle tan poco como el desvío de sus vasallos.

Nada en efecto mas triste que el estado de María. Su salud quebrantada por una enfermedad que la lisonjeaba con esperanzas ilusorias y la ponía en ridículo para con todo el mundo, su trono y hasta su vida, objeto continuo de conspiraciones, muchas de las cuales se decia que no ignoraba su propia hermana; abatido su ánimo al ver cuánto habia desmerecido en

(1) Herrera, Historia general del Mundo, de XV. Años del Tiempo del Señor Rey Don Felipe II, (Valladolid, 1606), lib. IV, cap. 43.— Gaillard, Histoire de la Rivalité de la France et de l'Espagne, (Paris, 1801), tom. V, p. 243.

popularidad por el odioso sistema de persecucion á que la habian llevado sus visionarios consejeros; sin amigos, sin hijos, y hasta puede decirse que sin esposo, se hallaba aislada en el mundo, siendo mas digna de compasion, que el vasallo mas miserable de sus dominios. Pero los escritores protestantes, lejos de compadecerse de ella, la pintaban con los mas negros colores de fanatismo; bien que sus acusaciones se neutralizasen con las defensas de los historiadores católicos romanos, que concedieron á la reina de Inglaterra la palma de los santos y de los mártires. La experiencia nos enseña que no siempre los actos públicos sirven de regla para apreciar el carácter privado, sobre todo cuando aquellos se refieren á la religion. En la Iglesia Católica parece que todos pueden librarse en cierto modo de su responsabilidad moral por medio de la práctica que entrega la conciencia á la direccion de sus consejeros espirituales; y si la ilustracion del presente siglo no concede á ningun hombre el recurso de apología tan humillante, no sucedia asi en la primera mitad del siglo décimo sexto, en que vivió María, porque aun no habia difundido la Reforma el espíritu de independencia religiosa, que, al menos en cierto modo, se ha introducido hoy hasta el mas recóndito lugar de la cristiandad.

Mas el exámen detenido de los documentos contemporáneos, y especialmente de la correspondencia de la reina, justifica la conjetura de que en medio de

la debilidad que en ella debia producir la falta de salud, y atendidas las dificultades de su posicion, poseia muchas de las buenas cualidades de sus ilustres predecesoras Catalina de Aragon é Isabel de Castilla: la misma ternura y afecto conyugal, el mismo denuedo en los momentos de peligro, el mismo celo vehemente, aunque extraviado, en cumplir con sus deberes, y por desgracia la misma hipocresía: defecto tanto mas sensible en la reina de Inglaterra, asi como en Isabel la Católica, cuanto que por su situacion de soberanas independientes, afeó con indeleble borron la historia de sus reinados (4).

Asi que volvió á Bruselas, comenzó á pensar Felipe en los preparativos de la guerra, y con los recursos de España alistó buen número de alemanes mercenarios. Alemania era á la sazón el pais que suministraba mas soldados aventureros; hombres dispuestos siempre á enarbolar la bandera del que mejor pagase. Ni formaban exclusivamente en la infantería, como los suizos, sino que además de los lanceiros (*lanzknechts*), sostenian una fuerte legion de caballería, *reiters*, que asi se llamaban, los cuales, además de corazas y otras armas defensivas, llevaban pistolas, sin duda toscamente fabricadas, pero que los hacian temibles, por ser arma poco conocida entonces.

(4) Véase la importante obra de Tytler, *Reigns of Edward VI and Mary*. En la compilacion de esta obra, su cándido autor emite ideas sumamente favorables al carácter personal de la reina María.

de suerte que era la tropa que mas terror infundia en aquellos tiempos. Los hombres de armas, empuñando sus pesadas lanzas, se colocaban en línea, y habian menester ancho campo para maniobrar desembarazadamente; mas con facilidad quedaban desbaratados al menor obstáculo, y una vez que entraba en ellos el desórden, difícil era volver á reunirlos. Pero los *reiters*, con cinco ó seis pistolas cada uno en el cinto, formaban columnas de considerable espesor, y la clase de armas les permitia ejecutar todas las evoluciones de la caballería ligera, en que eran sobrenaturalmente diestros. Llevaba además Felipe entre su caballería un lucido cuerpo de lanceros borgoñones y gran número de nobles y caballeros españoles, codiciosos de ganar lauros en los campos de Francia, á la vista de su jóven soberano. La flor de sus infantes procedia de España, gente no solo acostumbrada á menospreciar riesgos y á resistir fatigas hasta un punto en que llevaban ventaja á las demás naciones, sino animada de un entusiasmo por su causa, que no podian sentir hombres extraños y mercenarios. Además esperaba el rey, y tardó poco en llegar, un refuerzo de ocho mil ingleses, mandados por el conde de Pembroke, dispuestos á combatir briosamente en el pais donde las armas de Inglaterra habian conseguido dos de las mas memorables victorias que celebraban sus anales.

Reunidas, pues, todas las fuerzas, sin contar las

de los ingleses, ascendian á treinta y cinco mil infantes y doce mil caballos, además de un tren muy completo de artillería de batir ⁽¹⁾. Dióse el mando de este ejército á Manuel Filiberto, príncipe del Piamonte, mas conocido por el título de duque de Saboya; hombre interesado como nadie en aquel empeño, pues estaba privado de sus dominios por los franceses, y del éxito de la guerra dependia el recuperarlos. No contaba á la sazón mas que veinte y nueve años de edad, pero tenia experiencia suya de las cosas de la milicia, como amaestrado en ella por Carlos V, que desde muy temprano habia puesto á prueba su aptitud confiándole mandos de importancia. Podia decirse que habia pasado la vida en el ejercicio de las armas; lejos de ser propenso á placeres afeminados, consagraba sus momentos de ocio á las faenas ímprobas de la caza; su constitucion, naturalmente poco robusta, con vivir casi siempre al aire libre, se habia mejorado y fortalecido, pues hasta cuando conversaba ó dictaba á sus secretarios, preferia hacerlo paseándose por su jardin. Mostrábase insensible á las fatigas, de suerte que pasaba todo un dia cazando, y parecia no

(1) Conf. De Thou, *Histoire Universelle*, tom. III, p. 448; Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. IV, cap. 4; Campana, *Vita del Re Filippo Secondo*, parte II, lib. 9; Herrera, *Historia General*, lib. IV, cap. 43.

En esto, como en todo lo que se refiere á datos numéricos, el historiador debe contentarse con lo que parece aproximarse mas á la verdad. Algunos escritores hacen subir á cincuenta mil hombres el número de la infantería española; pero yo he seguido el cálculo que parece mas probable, qual es el del contemporáneo De Thou, que no habia de disminuir las fuerzas del enemigo.

necesitar de reposo alguno, viéndosele en una de sus campañas comer, beber, y dormir con la armadura encima por espacio de treinta dias seguidos, como hubiera podido hacerlo el mas famoso caballero andante de la antigüedad.

En sus costumbres era arreglado por extremo; comia poco, y solo bebia agua; en los negocios diligente y cauto, en las palabras medido; y segun puede colegirse del ingenioso estilo de sus cartas, estaba dotado de gran penetracion de talento, y procuraba buscar siempre en las acciones de los hombres el motivo que á ellas los impulsaba ⁽¹⁾.

Habia recibido esmerada educacion, hablando con facilidad en varias lenguas, y aunque no muy dado al estudio, se complacia en leer historia. Tambien era aficionado á las ciencias matemáticas, que le servian de mucho en su profesion, pues era reputado como ingeniero sobresaliente ⁽²⁾. Su estatura no pasaba de mediana, y era muy bien formado, aunque tenia las piernas algo encorvadas; el color sonrosado, claro el cabello y el modo de andar airoso.

Tal es el retrato de Manuel Filiberto, á quien Felipe confió el mando de su ejército, y á quien patrocinó tambien en sus pretensiones á la mano de Isabel

(1) Véanse las cartas del duque publicadas en los papeles de Estado de Granvela, (tom. V, passim), documentos muy útiles y llenos de datos exactos sobre el carácter de las personas que estaban en relacion con él.

(2) Relazione della corte di Savoja de Gio. Francesco Morosini, 1870, ap. Relazione degli Ambasciatori Veneti, vol. IV.

de Inglaterra. Ninguno ciertamente mas digno de aspirar al régio tálamo; pero el duque era católico, y Isabel tenia además hartas pruebas del ódio que se habia atraído su hermana por haberse casado con extranjero. Bien hubiera querido Felipe interponer su autoridad en aquel proyecto, y la insistencia que empleó para con la reina demuestra cuán importante lo consideraba; mas el proceder de María fué en esta ocasion altamente loable, pues á riesgo de incurrir en el desagrado de su esposo, prudentemente le hizo entender que en conciencia no podia violentar el afecto de su hermana ⁽¹⁾.

El plan de campaña acordado en el gabinete de Felipe ⁽²⁾, era que el duque sitiase inmediatamente cualquiera de las poblaciones importantes de la raya septentrional de Picardía, que en cierto modo era la llave de los Países Bajos. La primera que se embistió fué Rocroy; pero la guarnicion, perfectamente provista de municiones, se defendió de tal manera y contestó tan bravamente al cañoneo de los españoles, que viendo el duque ser empresa prolija y de mas empeño que utilidad, levantó el campo y resolvió encaminarse hácia San Quintín. Era esta una plaza antigua, fronteriza de Picardía, provechosa en tiempo de paz, como que servia de depósito para el comer-

(1) Véase la carta de la Reina á Felipe, en Strype, Catalogue of Originals, número 56.

(2) Papiers d'Etat de Granvelle, tom. V, p. 115.

cio que se hacia entre Francia y los Países Bajos. A la sazón sobre todo era muy conveniente, por el hotin que de vez en cuando sacaban de Flandes unos y otros, merodeando por aquella tierra. Su situacion natural la ponía al abrigo de un golpe de mano, bien que las fortificaciones, sólidas en sus principios, como otras muchas de las plazas de la frontera, hacia años que estaban muy descuidadas.

Antes de comenzar sus operaciones contra San Quintín, y para librarse de la presencia del enemigo y evitar que introdujera recursos en la plaza, salió al encuentro del de Guisa el duque de Saboya, fingiendo que desistía del sitio; y hecha esta demostracion, volvió á emprender la marcha, y de repente apareció delante de San Quintín, cercándole por todas partes con su ejército.

Observaban al propio tiempo co sin zozobra los franceses los movimientos del enemigo. Tenian reunidas sus fuerzas en varios puntos de Picardía y Champaña, el mayor número al mando del duque de Nevers, gobernador de esta última provincia, caballero muy apuesto, que en varias ocasiones habia prestado ya buenos servicios. Este agregó su gente á la de Montmorency, condestable de Francia, que ocupaba una posicion céntrica en Picardía, y que á la sazón tomó el mando general, bien que su temeridad é impetuoso brio no fueran muy á propósito para semejante cargo. Penetrado que hubieron el objeto de

los españoles, determinaron reforzar la guarnición de San Quintín, pues de lo contrario recelaban que no podría sostenerse por espacio de ocho días. Tomó sobre sí esta arriesgada empresa Gaspar de Coligni, almirante de Francia ⁽¹⁾, cabeza de una antigua é ilustre casa y personaje de los mas señalados de su tiempo. Ya entonces era su nombre tristemente célebre en las páginas de la historia, por haber sido el del principal mártir de la matanza de San Bartolomé. Abrazó las máximas de Calvino, ilustrándolas con la austeridad y pureza de sus costumbres; la compostura que reinaba en su casa y la escrupulosa exactitud con que atendía á sus deberes religiosos, en nada se asemejaban á la licenciosa conducta de tantos y tantos católicos, que sin embargo no se mostraban menos resueltos que Coligni en combatir por la gloria de su fé. En sus primeros años habia sido compañero inseparable del duque de Guisa ⁽²⁾; mas como los calvinistas ó hugonotes, en fuerza de persecuciones quedaban reducidos á una posición aislada y aun hostil, tan apartados

(1) De Thou, Histoire Universelle, tom. III, p. 447.—Commentaires de François de Rabutin, ap. Nouvelle Collection des Mémoires pour servir à l'Histoire de France, par MM. Michand et Poujoulat, (Paris, 1838), tom. VII, p. 535.—Herrera, Historia General, lib. IV, cap. 44.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV, cap. 5.

(2) Ils furent tous deux, dans leur jeunes ans... sy grands compagnons, amis et confederes de court, que j'ay ouy dire á plusieurs qui les ont vus habiller le plus souvent de mesmes parures, mesme-hyées... tous deux fort enjoiez et faisant des folies plus extravagantes que tous les autres; et sur tout ne faisoient nulles folies qu' ils ne fissent mal; tant ils estoient rudes joüeurs et malheureux en leurs jeux. Brantôme, Œuvres, tom. III, p. 265.

se vieron ambos en opiniones y en intereses, que de camaradas se trocaron en enemigos irreconciliables. Por entonces no habian llegado á tanto extremo; pero la herejia iba ya introduciéndose en el corazon de Francia, de oculto y pausadamente.

Como Coligni era diestro en la milicia y estaba dotado de ánimo intrépido y fecunda imaginacion, nadie mas á propósito que él para la difícil empresa de defender á San Quintín. Además como gobernador de Picardía, comprendió que este era su deber; y sin pérdida de tiempo, poniéndose á la cabeza de mil ó mil doscientos hombres entre infantes y jinetes, tan buena mano se dió, que pudo meterse en la plaza antes de que la cercasen completamente los enemigos; tuvo, sin embargo, el sentimiento de que solo le acompañasen unos setecientos hombres, pues los restantes se habian rendido al cansancio ó equivocado el camino.

Halló el almirante la plaza en peor estado que suponía: las fortificaciones deterioradas, y el muro tan flaco por algunas partes, que amenazaba ruina, sin necesidad de que le hiciera zozobrar la artillería del enemigo. Tenia la poblacion víveres para tres semanas, y en los almacenes existia bastante repuesto de municiones; pero en cambio no llegaban á cincuenta los arcabuces con que contaba.

Hállase San Quintín en una altura, protegida de una parte por lagunas ó pantanos de grande exten-

sion, entre los cuales atraviesa el Soma, ó por lo menos uno de sus brazos. Por aquel mismo lado del rio habia acampado el ejército sitiador, prolongando su brillante línea hasta la orilla misma de los pantanos. Defendía la muralla exterior un ancho foso, pero dominaban á este las casas del arrabal, de que ya se habian hecho dueños los sitiadores. Habia asimismo un espeso plantío de árboles cerca de la poblacion, que podia ofrecer buena defensa, caso de que se aproximase el enemigo.

Una de las primeras prevenciones que adoptó el almirante fué practicar una salida, á cuyo efecto mandó pasar el foso y reducir varias casas á cenizas; mas no contentos con esto los soldads, derribaron los árboles que habia hácia aquella parte, con que se facilitó la aproximacion á la ciudad. Hiciéronse mil preparativos para una tenaz defensa; se averiguó la cantidad exacta que habia de provisiones, y se limitó la racion diaria de cada hombre. Y como escaseaban los recursos para sostenerse tan considerable poblacion por mucho tiempo, mandó Coligni que á excepcion de los que activamente se ocupasen en la defensa, todos los demás abandonasen la plaza al punto. Con uno ú otro pretesto, lograron quedarse cierto número y correr la suerte de la guarnicion; pero al fin se libró por aquel medio de setecientas personas inútiles, que si hubieran permanecido allí, habrian perecido de hambre, sirviendo sus cadáveres, como

friamente decia el almirante, para propagar una peste entre los soldados ⁽¹⁾.

Designó á cada cual su puesto; dijo que era preciso hacer rostro á todas las fuerzas de España, y con afectuosas demostraciones trató de inspirar á los demás la confianza de que él propio carecia. Desde una de las torres mas elevadas se puso á examinar el pais que tenia alrededor, se informó de los vados mas practicables de los pantanos, y envió á decir á Montmorency que sin refuerzo, no podria la guarnicion sostenerse muchos dias ⁽²⁾.

Habia este último jefe, poco despues de la salida del almirante, aproximado su ejército á las inmediaciones de San Quintin, y estableciéndose en los pueblos de La Fère, Ham y otros inmediatos, de modo que pudiese observar los movimientos de los españoles, y en caso necesario auxiliar á los sitiados. Al propio tiempo resolvió reforzar la guarnicion, si le era posible, con dos mil hombres, mandados por Dandelot, hermano menor del almirante, pero igual á él en prontitud y arrojo. Malogróse, sin embargo, esta expedicion, pues fuese traicion ó ignorancia del que la guiaba, equivocaron el camino, tropezaron con las

(1) «Il falloit les nourrir ou les faire mourir de faim, qui eust peu apporter une peste dans la ville.» Mémoires de Gaspard de Coligni, ap. Collection Universelle des Mémoires particuliers relatifs à l'Histoire de France, (Paris, 1788), tom. XL, p. 252.

(2) Ibid.—De Thou, Histoire Universelle, tom. III, p. 431.—Robuttin, ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tom. VII, p. 340.—Garnier, Histoire de France, (Paris, 1787), tom. XXVII, p. 383.

avanzadas de los contrarios, y desconcertados por aquel accidente, se introdujo en ellos la confusion, y mientras unos perecian acuchillados, quedaron otros sumergidos en los pantanos. Dandelot y los que sobrevivieron lograron á favor de la noche volver á La Fère y ponerse en salvo.

Viendo esto, resolvió el condestable hacer otra tentativa á cara descubierta, y para ello enviar alguna gente al mando del mismo Dandelot, embarcada por el rio, y proteger él la operacion con todo su ejército. Era este muy inferior en fuerzas al de los españoles, pues constaba de diez y ocho mil infantes y seis mil caballos, además de un tren de artillería de diez y seis cañones (1). Los que procedian de la última leva, lo mismo que los de su enemigo, eran mercenarios alemanes, pues los paisanos franceses, á excepcion de los gascones, que formaban un gallardo tercio de infantería, hacia mucho tiempo que no militaban en las guerras. La caballería francesa se componia, sin embargo, de una brillante legion de nobles y caballeros, lucida cual ninguna de las que hasta entonces habian combatido bajo las banderas de Francia.

(1) No discrepan tanto los historiadores en el cálculo que hacen de las fuerzas francesas como en el de las españolas. Yo he seguido la opinion de Garnier, (*Histoire de France*, tom. XXVII, p. 354), y la de De Thou (tom. III, p. 448), que sin embargo, da mil hombres menos á la caballería. En cuanto al número de los españoles, véase Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. IV, cap. 7.—Herrera, *Historia General*, lib. IV, cap. 45.—Campana, *Vita del Re Filippo Secondo*, parte II, lib. 9.

El 9 de agosto de 1557 puso Montmorency su ejército en movimiento, y á la mañana siguiente, dia memorable de San Lorenzo, al dar las nueve, se colocó en la orilla del Soma. En la opuesta y mas próxima á la plaza, se situaron las fuerzas españolas, cubriendo todo aquel terreno, en cuanto alcanzaba á medir la vista, con sus blancos pabellones; y las banderas de España, Flandes é Inglaterra, movidas por la brisa de la mañana, mostraban las diferentes naciones de que la desigual hueste se componia (4)

A la derecha del condestable habia un molino de viento, que dominaba la orilla próxima al campamento español. Habíase apoderado el enemigo de aquel edificio con un corto destacamento, y el primer cuidado de Montmorency fué ganárselo, como lo consiguió sin gran dificultad; y poniendo una guardia mandada por el príncipe de Condé, quedó libre de toda sorpresa por aquella parte. Aprovechando al mismo tiempo un terreno á propósito para colocar sus cañones, de modo que barriesen la orilla opuesta, comenzó de pronto á menudear descargas contra el enemigo. Habian ocultado su marcha los franceses tras las desigualdades del terreno, de suerte que cuando asomaron al otro lado del Soma, parecióles á sus contrarios que habian caído de las nubes, y el fuego con que fueron saludados les puso en el mayor desorden.

(4) Rabutin, ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tom. VII, página 548.

Corrian por uno y otro lado; y como fuesen á dar algunas balas en la tienda del duque de Saboya, hubo de desalojarla á toda priesa llevando en las manos su armadura. Inmediatamente abandonaron su posicion y marcharon rio adelante cosa de tres millas, hácia el campamento que ocupaba el conde de Egmont, comandante de la caballería (1).

Desvanecido Montmorency con tan buen principio, como si hubiera sido una victoria, comenzó á meter sus tropas en el agua: operacion mas árdua de lo que creia. No habia barcos dispuestos, y hubieron de aguardar dos horas hasta que llegaron, pero eran solo cuatro ó cinco, y tan pequeños, que fué menester pasar y repasar diferentes veces para desembarcar la gente; y como el peso que llevaban era excesivo, iban á dar al lado opuesto hácia los pantanos; y los soldados que saltaban para aliviar el peso, ó quedaban sumergidos en el agua, ó enteramente sepultados en el fango (2). Para colmo de desastres, se veian expuestos al fuego incesante de los arcabuceros que el general

(1) Ibid., ubi supra. — Monpleinchamp, Histoire, d'Emmanuel Philibert Duc de Savoie. (Amsterdam. 1699), p. 146.—De Thou, Histoire Universelle, tom. III, p. 457.

El primero de dichos escritores, Francisco de Rabutin, es respecto á estos hechos una de las mejores autoridades, pues tuvo parte en ellos yendo con el duque de Nevers.

(2) Encore á sortir des bateaux, á cause de la presse, les soldats ne pouvoient suivre les addresses et sentes qui leur estoient appareillées; de façon qu' ils s' escartoient et se jettoient á costé dans les creux des marets, d' où ils ne pouvoient sortir, et demeuroient lá embourbez et noyez. Rabutin, ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tom. VII. p. 549.

español habia situado en una altura que dominaba el punto del desembarque.

Mientras por todas estas causas se retrasaba el transporte de las tropas, el duque de Saboya reunió un consejo de guerra, y determinó que pues el enemigo estaba tan cerca, no debia dejársele escapar sin venir con él á las manos. Habia un vado practicable en el rio, próximo al campamento del conde de Egmont, y se mandó á este que lo pasase al frente de sus caballos, y entretuviese al enemigo hasta que el cuerpo principal del ejército español que acaudilaba el duque, tuviese tiempo para llegar.

Era Lamoral, conde de Egmont y príncipe de Gavre, que ofrecerá largo asunto á nuestra narracion en las siguientes páginas, un caballero flamenco de antigua é ilustre casa. Desde muy jóven se habia captado el interés del emperador, que le confió varios cargos de importancia, asi civiles como militares, conduciéndose en todos honrosamente; y á la sazón, que contaba treinta y cinco años de edad, desempeñaba el de general de la caballería y gobernador de Flándes.

Era de espíritu elevado y noble, ambicioso de gloria, y se pagaba tanto de cualquier triunfo, que en cierta ocasion hubo el duque de Saboya de reconvenirle, diciéndole que no era él el jefe del ejército (1); mas á vueeltas de estos defectos poseia excelen-

(1) Brantôme, *œuvres*, tom. I, p. 361.

tes cualidades, que no son raras en quien tiene aquellos. Era de aspecto franco y varonil, y aunque de carácter arrebatado, de corazón entusiasta y generoso. Distinguiase por su aire caballeresco y por su grave y pomposa elocuencia, de que gustaba mucho el pueblo, que ya entonces le profesaba especial cariño por su amor á la causa de la libertad. Era soldado de brio, pronto ó intrépido, muy á propósito para una embestida repentina y brusca, ó para una ocasión como la presente, que demandase energía y desembarazo; y así se encargó con gusto de la empresa que se le confiaba.

Pasaron los caballos ligeros el vado, que ya conocia Montmorency, el cual destacó un cuerpo de tiradores alemanes, de que habia algunos al servicio de Francia; pero era muy reducido su número, y no pudieron impedir que la caballería borgoñona, y después la infantería, fuesen avanzando, á pesar del fuego que les hacían, tan tranquilamente y con tanto orden como si fuesen á una revista ⁽¹⁾. A poco tiempo recibió el condestable la noticia de que el enemigo habia empezado á pasar, y conociendo su yerro, reforzó á los tiradores con un escuadron de caballos mandados por el duque de Nevers. Sin embargo, ya

(1) Copio las palabras de Monpleinchamp (Histoire du Duc de Savoie, p. 437), que sin embargo, dice que el fuego era de la artillería, lo cual no es creíble, porque las baterías francesas estaban á tres millas de distancia; bien que no es la exactitud el mérito principal de este escritor.

era tarde; pues cuando el comandante francés llegó á aquel punto, habia pasado tanta gente del enemigo, que hubiera sido insensatez acometerle: así que, después de consultar un momento con sus oficiales, resolvió Nevers efectuar con cuanta presteza le fuese dable una contramarcha, para reunirse con el grueso de su ejército.

Ocupaba el príncipe de Condé, como queda dicho, el molino que dominaba el otro vado, á la derecha de Montmorency, y desde lo alto de él pudo observar los movimientos de los españoles, cuyos batallones iban extendiéndose por la llanura, sin casi experimentar oposicion por parte de los franceses. De esto envió aviso al condestable, haciéndole presente la necesidad de una pronta retirada; mas el pobre anciano, poco dispuesto á oír consejos de quien era mucho mas jóven que él, replicó desabridamente: «que él era ya soldado antes que hubiese nacido el príncipe de Condé, y que con la ayuda de Dios esperaba poder darle aun lecciones durante algunos años;» y no quiso abandonar aquel punto hasta que no pasase el último hombre del refuerzo que habia llevado Dandelot (1).

La causa de tan funesta confianza era la noticia

(1) «Mauda au prince, pour toute réponse, qu' il étoit bien jeune pour vouloir lui apprendre son metier, qu' il commandoit les armées avant que celui-ci fût au monde, et qu' il comptoit bien en vingt ans lui donner encore des leçons.» Garnier, Histoire de France, tom. XXVII, página 368.

que le habian dado de ser el vado tan estrecho, que solo podrian pasar por él cuatro ó cinco hombres de frente, lo cual le daba tiempo sobrado para enviar tropas que protegiesen su retirada al pueblo de La Fère; mas por desgracia no eran cuatro ó cinco los que á la vez podian pasar el vado, sino quince ó veinte.

Entre tanto los franceses que habian atravesado el rio, al desembarcar en la orilla opuesta, eran muertos ó desarmados por los arcabuceros españoles; otros quedaban sumergidos en los pantanos; ello fué que solo cuatrocientos cincuenta, y aun estos heridos y muertos de cansancio, lograron meterse con Dandelot dentro de San Quintin. Así que vió el condestable desocupada la última barca, mandó tocar retirada. Delante se echó la artillería, la gente de á pie en seguida, y los últimos de todos los caballos, cuyo mando se reservó; y aunque procuró ganar el tiempo perdido apresurando la marcha, pudo adelantar poco, por el embarazo que ocasionaban los cañones en la vanguardia.

El duque de Nevers, que como hemos dicho, esquivó el venir á las manos con los españoles que habian vadeado el rio, se dispuso á incorporarse con el grueso del ejército; pero cuando llegó al punto que los suyos ocupaban, halló que lo habian abandonado; é incorporándose con Condé, que aun poseía el molino, apretaron juntos el paso para ver si alcanzaban al condestable.

Entre tanto el conde de Egmont, así que adquirió la seguridad de que tenia suficientes fuerzas para haberselas con el enemigo, dió orden de avanzar, sin aguardar á que el resto de la gente llegase á compar- tir con él los lauros de la victoria; y cruzando el campo que últimamente habia ocupado el condestable, tomó el camino mas ancho que conducia á La Fère. Las colinas interpuestas entre él y los franceses no le dejaron ver al enemigo hasta que habia andado un trecho por lo menos de media legua: el dia iba ya declinando, y el capitan flamenco temia que á pesar de su prontitud, se le escapase la presa de entre las manos. Por fin al trasponer las alturas, tuvo la satisfaccion de ver que iban retirándose á buen paso las columnas francesas. Picándoles la retaguardia, dió sobre los vivanderos y demas gente que seguia al ejército, los cuales, al descubrir tan de repente á los españoles, se sobrecogieron de modo, que comunicaron en breve su terror al resto del ejército (1). Retirarse en presencia del enemigo, es una prueba de debilidad que basta á desalentar al soldado mas animoso. Advirtiéndole Montmorency semejante confusión, reparó en la espesa nube que bajaba de las colinas, y conoció que iba á descargar sobre él; y como en tal apuro

(1) Rabutin, que refiere este incidente, añade que es imposible decir cómo empezó el desórden, pues se les vino encima la tormenta tan de repente, que nadie conservaba idea completa de lo que habia pasado. Rabutin, ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tom. VII, página 559.

pidiese consejo á un oficial anciano que llevaba á su lado, este le replicó: «si eso me hubiérais preguntado hace dos horas, os lo hubiera dicho; pero ahora ya es excusado (1).» Y así era la verdad, porque nada podía ya hacerse sino volver cara y apechugar con los españoles: por consiguiente, mandó el condestable hacer alto, y dió las órdenes que creyó oportunas para empeñar el combate.

Viendo el de Egmont que se preparaba de aquella suerte, repartió en tres divisiones su caballería. La primera que debía envolver el flanco izquierdo de los franceses, dió al príncipe de Brunswick y al conde Hoorne, nombre que mas adelante anduvo unido con el suyo en tiempos mas tristes que los actuales; la segunda, que principalmente se componia de alemanes, quedó mandada por el conde de Mansfeldt y con orden de acometer al centro; y él con las lanzas de Borgoña se encargó de la tercera, que formaba el ala izquierda y debía caer contra el flanco derecho de Montmorency. Dióse en seguida la orden de acometer, y arrimando la espuela á los caballos, se lanzó toda la columna contra el enemigo. Aguantaron su empuje los franceses, como soldados aguerridos que eran; pero vinoles encima la caballería con la furia de un tor-

(1) «Appellant á lui dans ce trouble le vieux d' Oignon, officier expérimenté, il lui de manda: Bon homme, que sau-il faire? Monseigneur, répondi d' Oignon, il y a deus heures que je vous l' aurois bien dit, maintenant je n' en sais rien.» Garcier, Histoire de France, tome XXVII, p. 368.

rente que todo lo va arrasando, y á los pocos momentos parecia no quedar esperanza alguna. Sin embargo, los jinetes franceses volvieron caras, y á la voz de Montmorency, que se metió en lo mas recio de la pelea, pararon el golpe; y acometiendo tambien á su vez, obligaron á los contrarios á detenerse. La lid, trabada ya igualmente por una y otra parte, se convirtió en reto de hombre á hombre y de caballo con caballo, tanto, que mas bien se asemejaba á otros tantos duelos personales, que á un combate, segun la táctica y ciencia militar; y con tanto encarnizamiento se peleaba en uno y otro campo, que por mucho tiempo estuvo dudoso el éxito; mas no hubieran obtenido ventaja los españoles, á no haberles llegado refuerzo de infantería y caballos que acudieron á socorrerlos. No pudiendo hacer rostro á tan superiores fuerzas los jinetes franceses, vencidos por el número, y no por el denuedo de sus contrarios, comenzaron á perder terreno; y cada vez mas estrechados por Egmont, que alentaba á su gente para que renovasen sus esfuerzos, al fin se vieron desbaratados. La retirada fué una derrota completa; huyendo por el campo en todas direcciones, eran perseguidos por los enemigos, especialmente por los *schwarzreiters* (*) alemanes, «negros,

(*) *Schwarzreiter*, caballo ó jinete negro. Don Luis de Avila y Zúñiga, en su *Comentario de la Guerra de Alemania*, explica lo que era esta gente, diciendo: «*Caballos negros*, que ellos llamaban, los cuales toman el nombre de las armas que traen, que son unos arneses negros y mangas de malla, murriones cubiertos, escopetas de dos palmas, y unos venablos.» Mas adelante los citaremos con el nombre

como demonios ⁽¹⁾, que con sus armas de fuego acabaron de destrozarlos.

En medio de semejante confusion, la flor de la infantería francesa, los gascones, combatian con admirable serenidad ⁽²⁾; pues formándose por sí mismos en cuadros, con los piqueros armados de sus largas lanzas al frente, y los arcabuceros en el centro, presentaban una falange impenetrable, donde se estrellaban la rabia y poder de los vencedores; y en vano corrían estos con sus caballos alrededor de aquellas sólidas masas erizadas de lanzas, obstinándose en romperlas, pues un tiro certero que derribó á un soldado de la silla, les hizo conocer que no debían aproximarse tanto.

En este estado se hallaba la batalla cuando se presentó en el campo el duque de Saboya, con el resto de las tropas inclusa la artillería. No podia llegar en sazon mas oportuna: colocaron prontamente los cañones frente á los cuadros franceses, cuya densa mole ofrecia un blanco infalible á los disparos de los españoles, y quedaron destrozados uno tras otro aquellos animados baluartes; y como ya era imposible cubrir

de caballos, o arneses negros, que tambien los llama el mismo Avila y Zúñiga.

Raiters, eran los alemanes que componian la caballeria ligera.

(1) «Noirs comme de beaux diables.» Brantôme, œuvres, tom. III, página 185.

(2) «Icelles compagnies de fanterie, en ce peu qu'elles se comportoient, autant belles, bien complètes et bien armées, que l'on en avoit veu en France il y avoit long-temps.» Rabutin. ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tom. VII, p. 551.

los huecos que iban dejando los que morian, se aprovecharon los caballos de aquella coyuntura para meterse en medio de la falange. Ni las prolongadas astas de los piqueros eran ya de provecho alguno, que por mas que las revolvian á derecha é izquierda, no podian evitar la muerte que por uno y otro lado los acosaba. Todo era confusion, y destrozo y ruina. Nadie pensaba ya en combatir, ni siquiera en defenderse; no veian salvacion mas que en la fuga. Atropellábanse unos á otros impacientes por escapar, y se metian entre los caballos desbocados que corrían libremente por el campo sin jinetes ni freno que los contuviesen. Muchos soldados arrojaban las armas para huir mas desahogadamente y librarse de los que les iban á los alcances; pero á lo mejor tropezaban con la artillería ó los carros de municiones que les interceptaban el camino. Horrible fué la matanza: arroyos de sangre francesa corrieron por aquellos campos.

Sin embargo, se concedia perdon á cuantos lo solicitaban; centenares y miles que arrojaron sus armas, hallaron cuartel. Nevers, segun afirman algunos, cubria el flanco derecho del ejército francés; otros aseguran que se hallaba separado de él por una hondonada ó valle. De todas suertes no fué mas feliz que su jefe, pues en breve se vió rodeado por la caballería de Hoorne y Brunswick, quedando hecho trizas su brillante cuerpo de caballos ligeros; pero en medio de todo, tuvo la fortuna de escapar con el prin-

cipe de Condé y con el resto de sus fuerzas hasta La Fère, donde se salvaron.

Si los españoles hubieran continuado persiguiéndolos, pocos franceses hubieran quedado aquel día para referir el caso de la rota de San Quintín; pero había durado el combate cuatro horas, la noche se echaba encima, y los vencedores, extenuados de fatiga y empachados de sangre, prefirieron cobrar reposo en el campo de batalla.

Al propio tiempo prosiguieron marchando unos tras otros los franceses hasta La Fère, y al entrar por las calles ó en los alojamientos que habían ocupado antes, parecían rebaño de medrosos ciervos, en cuyos oídos resonaba aun el fragor de la cacería. Pero en breve volvieron de su aturdimiento, y de nuevo cobraron bríos, al saber que su jefe Montmorency estaba aun resistiendo, con unos cuantos valientes que le habían seguido, el ímpetu de los contrarios. Cansados y heridos como estaban, saltaron otra vez sobre los caballos que acababan de dejar, determinados á volver á la batalla ⁽⁴⁾.

La noticia, sin embargo, carecía de fundamento. Montmorency había caído prisionero en manos de los españoles, y arriesgando de aquel modo su vida, pa-

(4) «A ces nouvelles s'eleverent tellement leurs esprits et courages, qu'ils recoururent incontinent aux armes, et n'oyoit-on plus partout que demander harnois et chevaux, et trompettes sonner á cheval, ayant chacun recouvert ses forces et sentimens pour venger la honte précédente; toutefois ce murmure se trouva nul, et demeura assoupi en peu d'heure.» *Ibid.*, p. 552.

recia haber querido mostrar que en manera alguna esquivaba el peligro en que habia puesto á sus compañeros. Cuando vió perdida la jornada, se metió en lo mas encendido del combate, posponiendo la vida á la pérdida de la honra; pero un pistoletazo que le tiró un *schwarzreiter*, rompiéndole el muslo, le imposibilitó de seguir en su resistencia, y quedó en poder de los enemigos, que le trataron con la consideracion debida. El número de prisioneros fué considerable, pues segun algunas relaciones, llegaron á seis mil, de los cuales parece que seiscientos eran caballeros y personas de distincion. En los muertos, como suele acontecer, no hay tanta conformidad, pues unos los calcularon en seis mil, y otros en doble número. Padres de familia, habia mas que los que suelen juntarse en semejantes casos, y á muchas casas nobles de Francia alcanzó el luto de tan funesto dia. Entre los que perecieron, estaba Juan de Borbon, conde de Enghien y príncipe de la sangre, que herido de muerte, fué llevado á la tienda del duque de Saboya, donde expiró poco despues, y de donde enviaron su cadáver á La Fère, para que con el honor debido le sepultasen. En cuanto á los españoles, nadie hace pasar su pérdida de mil hombres ⁽¹⁾.

(1) Campana, Vita del Re Filippo Secondo, p. II, lib. 9.

Segun relacion de algunos, la pérdida no pasó de cincuenta hombres, lo cual, consideradas la porfia y duracion de la batalla, difícilmente podrá creerse. Y esto recuerda las guerras que se sostuvieron contra los moros en la peninsula, donde, si damos crédito á los espa-

Mas de ochenta estandartes, contando los de la caballería, cayeron en poder de los vencedores, asi como la artillería, carros de municiones y todo el bagaje del enemigo. Desde la batalla de Agincourt, no habia experimentado Francia tan gran derrota ⁽¹⁾.

Salió de Bruselas el rey Felipe, y enderezó la marcha hácia Cambray, para hallarse mas próximo al duque de Saboya, con quien diariamente estaba en comunicacion desde que habia comenzado el sitio. Poco despues de la batalla, el 11 de agosto, fué á visitar personalmente el campo, y al propio tiempo escribió á su padre diciéndole el sentimiento que tenia por no haber tomado parte en la gloria de aquel combate ⁽²⁾. Tambien el emperador dió muestras de sentirlo ⁽³⁾; y seguramente, si Carlos hubiera empuñado entonces las riendas del gobierno, no hubiera faltado á semejante jornada. Pero Felipe carecia del ánimo intrépido y belicoso de su padre; su talento consistia

ñoles, comunmente no perdian mas que un hombre por cada ciento de los que morian entre los contrarios.

(1) Acerca de lo que queda expuesto, véase Rabutin, *op. Nouvelle Collection des Mémoires*, tom. VII, pp. 348-352.—Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. IV, cap. 7.—Campana, *Vita del Re Filippo Secondo*, parte II, lib. 9.—Monpleinchamp, *Vie du Duc de Savoie*, pp. 446-450.—Herrera, *Historia General*, lib. IV, cap. 15.—De Thou, *Histoire Universelle*, tom. III, pp. 454-460.—Garnier, *Histoire de France*, tomo XXVII, pp. 364-372.—Carta de Felipe Segundo á su padre anunciándole la victoria de San Quintin. MS.

(2) «Pues yo no me hallé allí, de que me pesa lo que V. M. no puede pensar, no puedo dar relacion de lo que pasó sino de oídas.» Carta de Felipe II á su padre, 11 de agosto, 1557, MS.

(3) Esto se deduce de una carta del mayordomo de Carlos V, Luis Quijada, al secretario Juan Vazquez de Molina, MS.

«Siento que no se puede conortar de que su hijo no se hallase en ella.»

en pensar, mas que en obrar, aplicando su fria reflexion á las deliberaciones del consejo, mas bien que á las operaciones de la guerra. En reclutar gente, en allegar recursos y en disponer la organizacion de los ejércitos, era infatigable. A su vista se formaban los planes de campaña; y si bien en la eleccion de personas procedia con una sagacidad superior á la de cualquier otro, tenia la prudencia de dejar que dirigiesen los demas la guerra; para lo cual no se sentia con inclinacion, ni acaso con aptitud, no creyéndose eminente caudillo, como su rival Enrique II, por haber gauauado los premios de un torneo.

Acompañáronle al campamento las tropas de su casa, y se presentó en él armado de pies á cabeza, que por cierto no lo tenia de costumbre; pero alguna vez parece que dió en el capricho de retratarse de aquella suerte; por lo menos se conservan retratos suyos de armadura completa, y uno especialmente ejecutado por el Ticiano. De los que á la sazón se pintaron, se remitió uno á la reina María, que en aquella época caballeresca debió experimentar cierto orgullo al ver á su esposo con la panóplia de guerrero.

Al llegar el rey al campamento, fué recibido con todos los honores de vencedor, con trompetas, salvas de artilleria y ruidosas aclamaciones de los soldados. El duque de Saboya puso á sus pies las banderas y demas trofeos de la batalla, y arrodillándose en seguida, hizo demostracion de besarle la mano; mas el rey

le levantó, y estrechándole entre sus brazos, dijo que no menores muestras de afecto merecia el capitan que tan insigne triunfo le habia ganado; y al mismo tiempo dirigió otras palabras igualmente afectuosas á Egmont y sus valientes compañeros, por la parte tan gloriosa que habian tenido en la batalla ⁽¹⁾.

Lo primero que debia hacerse, era disponer de los prisioneros, cuyo número embarazaba mucho las operaciones; y el rey dió libertad á todos los soldados, á condicion de que durante seis meses no habian de hacer armas contra los españoles, lo cual no perjudicaba mucho al servicio del ejército, porque los enviaron de guarnicion á algunos puntos distantes, y ocuparon su puesto las tropas á quienes relevaron. Los caballeros y personas de graduacion quedaron detenidos en varias fortalezas, hasta que se determinase la suma que respectivamente debia pagarse por su rescate. En esto consistia una parte no pequeña del botin de los conquistadores; y hasta qué punto fuese de consideracion, puede inferirse de la suma que ofreció el condestable por su persona y la de su hijo, que se asegura no bajó de ciento sesenta y cinco mil coronas de oro ⁽²⁾. Los soldados de aquellos tiempos, que aventuraban, ademas de la vida, su fortuna y su libertad, no puede negarse que hacian la guerra con condiciones mas desfavorables que en nuestros dias.

(1) Cabrera, Felipe II, lib. IV, cap. 7.

(2) De Thou, Histoire Universelle, tom. III. p. 246.

Inmediatamente se reunió un consejo de guerra para resolver qué operaciones deberian emprenderse sin pérdida de momento. Cuando Carlos Quinto recibió la noticia de la victoria de San Quintin, dícese que lo primero que le ocurrió preguntar fué «si estaba ya Felipe en París (1):» á haberla conseguido Carlos, es indudable que hubiera aprovechado los instantes, presentándose desde luego á las puertas de la capital de Francia. Pero Felipe no tenia carácter bastante audaz para dominar, ó por lo menos arrostrar los inconvenientes que le embarazasen el camino. Carlos calculaba las probabilidades del triunfo, y Felipe las que podian malograr su empresa. Por carácter se entregaba el primero á los mas brillantes proyectos, aunque á veces se exponia á duros reveses; su espíritu emprendedor habia nacido para edificar un grande imperio, y la cauta prevision de su hijo era mas á propósito para conservarlo. Felipe subió al trono oportunamente, dado que la prudente política de que cedió mano, convenia sin duda mas á su posición y á su carácter, que el sistema temerario del emperador.

(1) Brantôme es quien refiere esta anécdota con su acostumbrado sarcasmo. «Encor, tout religieux, demy saint qu' il estoit, il ne se peut en garder que quant le roy son fils eut gagné la bataille de Sainct-Quentin de demander aussi tost que le courrier luy apporta des nouvelles, s' il avoit bien poursuivi la victoire, et jusques aux portes de Paris.» Œuvres, tom. I. p. 11.

Luis Quijada, en una carta que escribió por entonces desde Yuste, traduce de otro modo la especie, si no tan terminantemente, por lo menos con alguna mas delicadeza. «Su Majestad está con mucho cuidado por saber qué camino avrá tomado el Rey despues de acabada aquella empresa de San Quintin.» Carta de 27 de Setiembre, 1567, MS.

Cuando el duque de Saboya dicen que emitió el dictámen de aprovecharse del terror presente, y marchar en derechura á la capital de Francia, Felipe no vió mas que los peligros á que se exponía. A sus espaldas quedaban varias fortalezas respetables, ocupadas por el enemigo; era menester cruzar algunos ríos con líneas de defensa suficientes para resistir á fuerzas mucho mayores que las que tenían; las fortificaciones que cubrían á París, eran formidables, y al primer aviso podían tomar las armas cuarenta mil ciudadanos, resueltos á defenderlas. Ni era prudente poner en tan apretado trance al enemigo, obligando á un pueblo determinado y leal, cual el francés, á levantarse en masa, como lo harían, tratándose de apoderarse de su capital. Su padre el emperador había invadido una vez el territorio de Francia con un poderoso ejército, y puesto sitio á Marsella, y todo el mundo sabía el resultado que había tenido tan temeraria resolución: «que los españoles, como se decía con mengua suya, habían entrado comiendo pavos, y salieron devorando raíces (1).» Felipe estaba por lo tanto determinado á proseguir en su primer plan de operaciones, y aprovecharse de los últimos triunfos de sus armas para estrechar el sitio de San Quintín con todas sus fuerzas. A tan considerable distancia de tiempo, no es fácil decidir si era ó no cuerda tal de-

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV. cap. 8.

terminacion; pero los sucesos que ocurrieron despues parece que la acreditan.

Hiciéronse, pues, los preparativos necesarios para estrechar el sitio. Ademas de los cañones que habia ya en el campamento y los que se cogieron en la batalla, sacaron de Cambray gran número de piezas para aumentar el tren de batir de los sitiadores. Cruzaron el rio, y al punto cayó en manos del duque el arrabal llamado D'He, en que apenas hicieron resistencia los franceses, contentándose con incendiar las casas al retirarse. El general español se aprovechó de cuantas ventajas pudo para establecer baterías próximas á la poblacion, que ni un momento suspendian el fuego, y que estremecian las murallas y torres hasta sus cimientos. Por su parte tambien los minadores comenzaron á trabajar, abriendo galerías hácia el centro de la plaza.

Apurada era pues la situacion de los sitiados, no tanto por la falta de alimentos, aunque los víveres andaban escasos, como por la indecible fatiga y riesgo en que se veian; y entonces fué cuando Coligni desplegó toda la fortaleza de su carácter. Conociendo la importancia de resistir todo lo posible, para que la nacion tuviese tiempo de volver en sí y reponerse del último desastre, procuró comunicar su valor á los corazones de los soldados, trabajando hasta con el último de ellos y compartiendo con todos sus molestias y privaciones. Alentaba á los pusilánimes, asegurándo-

les que en breve llegarían refuerzos; á unos felicitaba por su denuedo, y á otros lisonjaba preguntándoles su parecer. Encarecía mucho los recursos que tenía á su disposición; encargaba que si alguno le oía hablar de transigir ó de entregarse, desde luego quedaba facultado para atarle de pies y manos y arrojarle al foso; añadiendo que si alguno le hablaba de semejante cosa, haría con él lo propio ⁽¹⁾.

El duque de Nevers, que se había situado con el resto del ejército francés y algunas levas de gente que había levantado en las cercanías de San Quintín, procuraba darse la mano con el almirante, y hasta logró una vez meter en la plaza un refuerzo de ciento y veinte arcabuceros, aunque le costó triplicado número de gente, en que cebaron su saña los españoles. Sin embargo, la guarnición no llegaba con mucho al número necesario para cubrir bien el servicio: los refuerzos eran insignificantes; el descanso casi ninguno, pues velaban y combatían alternativamente, pasando el día en defender las brechas que no bastaba la noche para reparar. ¿Qué cuerpo había de resistir tan improbas faenas?

Por fortuna contaba Coligni con un hábil ingeniero llamado Saint Remy, que le ayudaba á reparar los

(1) Si l'on m'avoit tenir quelque langage, qui approchast de faire composition, je les suppliois tous qu'ils ne jettassent, comme un poltron, dedans le fossé par dessus les murailles: que s'il y avoit quelqu'un qui m'en tint propos, je ne lui en ferois pas moins. Coligni, Mémoires, ap. Collection Universelle des Mémoires, tom. XL. p. 272.

daños causados en las fortificaciones por la artillería y por las minas no menos destructoras de los españoles. A falta de materiales sólidos, de todo se echaba mano para cubrir las brechas; unas veces se ponian vigas atravesadas, y otras cajones llenos de tierra, detrás de los cuales disparaban con bastante seguridad los mosqueteros franceses; pero se acercaba ya el momento en que ni la habilidad de los ingenieros, ni el denuedo de la guarnición serian de provecho alguno: once brechas habia practicables, y Saint Remy aseguraba al almirante que no podria prolongarse la resistencia veinte y cuatro horas (4).

Tambien el duque de Saboya conoció que ya era tiempo de terminar el asedio, dando un asalto general. Señalóse al efecto el 27 de agosto, empezando por prender fuego á tres minas que derribaron algunos fragmentos de muralla, aunque no tanto como se suponía. En la mañana del 27 se pusieron todas las fuerzas sobre las armas, y despues de repartirlas el duque en tantos cuerpos como brechas habia, puso al frente de cada uno los mejores y mas valientes oficiales, y se reservó dirigir el asalto personalmente.

Tambien Coligni se preparó á resistir con indecible sangre fria, colocando un cuerpo de tropas en cada una de las brechas y eligiendo para sí y para

(4) Gaillard, Rivalité, tom. V. p. 253.

su hermano Dandelot las dos que por hallarse mas accesibles, podian considerarse como puntos de mayor peligro. En trance tan apurado, tuvo, sin embargo, la satisfaccion de que soldados y jefes parecieran hallarse animados de su propia abnegacion y heroismo.

Antes de proceder á su embestida, rompió el duque de Saboya un vivo fuego, para desbaratar las defensas de vigas y demas reparos con que interinamente se habian cubierto las brechas; y continuando el cañoneo algunas horas, hasta despues de medio dia no se tocó al asalto. Avanzaron los sitiadores, españoles, flamencos, ingleses y alemanes, aguijados por el estímulo de la competencia nacional. Habíase incorporado á las banderas de Felipe, al principio de la campaña, una bizarra division de ocho mil ingleses ⁽¹⁾, que ansiaban hallar ocasion en que distinguirse, dado que no les fué posible tomar parte en la batalla de San Quintín, donde principalmente decidió del triunfo la caballería; pero nadie sentia tan brioso entusiasmo como los españoles, que al fin iban á combatir á la vista de su soberano, el cual desde una eminencia próxima debía presenciar aquel combate.

No tuvieron que vencer grandes obstáculos, pues fácilmente treparon por los escombros y ruinas amon-

(1) Burnet, Reformation, vol. III, p. 636.

tonados al pie de la muralla, y fácilmente arrostraron el porfiado fuego de mosquetería con que desde las brechas los hostilizaban; los encargados de defenderlas tenían fuerzas suficientes para cubrir los portillos que habían quedado, y su elevada posición les concedía alguna ventaja sobre los enemigos; así que mantuvieron sus puestos con la decisión de hombres resueltos á perecer antes que rendirse. Terrible lucha se trabó al punto en toda la extensión de las murallas, en que los franceses, mostrando invencible intrepidez, batallaban tan vigorosamente como si de refresco entrasen en la empresa, y no estuviesen quebrantados por la falta de subsistencias y las fatigas de tanto tiempo. Cerca de una hora duró aquel sangriento empeño, y al cabo fueron en todos los puntos rechazados los españoles; no lograron ganar una sola brecha, y despedazados y sin aliento, hubieron de retirarse á sus cuarteles.

Irritado por aquella contrariedad, no quiso el duque darles tiempo para reponerse, sino que mandó repetir el asalto, y esta vez dirigió él el principal ataque contra una torre donde mas débil había sido la resistencia. Coligni había situado en aquel punto las tropas en quienes tenía menos confianza, por ser allí de mas firmeza las fortificaciones; pero un corazón de buen temple suple á cuantas defensas inventó el arte. Flaquearon, como era de temer, y arrojándose los españoles sobre ellos, quedó en su poder una

de las brechas. Ganado el primer paso, acometieron con ímpetu los demas españoles, y tras ellos los alemanes y los ingleses; y derramándose como un torrente por la muralla toda, embistieron de costado á los defensores. Lanzáronse al propio tiempo Coligni y su hermano Dandelot con pocos que les siguieron, por si les fuese posible atajar invasion tan repentina; pero se vieron mal secundados, y sobrecogidos por la muchedumbre, cedieron al fin, quedando desarmados y prisioneros. La guarnicion y las demas brechas siguieron defendiéndose tenazmente; pero entre unos que los atacaban por el flanco y otros por el frente, en breve quedaron destrozados, ó rendidos y en poder de los vencedores. A la media hora cesó el combate en toda la muralla, y la bandera española quedó tremolando encima de la poblacion (1).

Desastres y atropellos sin cuento ocurrieron en seguida, que dejaron muy atrás los horrores del último combate. Los triunfadores se esparcieron por la poblacion, llevándolo todo á saco, y cometiendo los

(1) Noticias mas ó menos circunstanciadas de la toma de San Quintin, traen Coligni, Mémoires, ap. Collection Universelle des Mémoires, tom. XL.; Rabutin, Mémoires. ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tom. VII. p. 356 y sig.; De Thou, Histoire Universelle, tom III pp. 464-470; Campana, Vita del Re Filippo Secondo, parte II. lib. 9; Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV. cap. 9; Monpleinchamp, Vie du Duc de Savoie, p. 132.

Juan de Pinedo, en una carta al secretario Vazquez (escrita en San Quintin el 27 de agosto), hablando del terrible combate que se dió cuando el asalto, elogia particularmente la bizzarria de los ingleses: «Esta tarde entre tres y quatro horas se ha entrado en San Quintin á pura fuerza peleando muy bien los de dentro y los de fuera, muy escogidamente todos, y por extremo los ingleses.» MS.

desmanes y violencias que aun en aquella ilustrada época eran comunes en las poblaciones que se ganaban por asalto. A su vista huían los desdichados habitantes; los ancianos y los impedidos, las mujeres y los niños, se refugiaban en los desvanes, en las cuevas, y en cuantos asilos creían hallar contra el furor de sus perseguidores. No se oían mas que lamentos de heridos y moribundos, ayes de niños y de mujeres, «tan lastimosos, dice uno que se halló presente, que hubieran enternecido el corazón de todo cristiano (1);» con los cuales alternaban los gritos de los vencedores, que embriagados de vino y cargados de botín, comenzaron á prender fuego á varios edificios, cual si hubiera sido preciso añadir á tan horrible escena la confusión de un incendio; de suerte que en pocas horas hubiera quedado reducida á cenizas la población, perdiendo Felipe por los excesos de los suyos la misma plaza que á tanta costa había ganado.

Mas en esto entró en ella el mismo rey, y como nunca había presenciado el asalto de ciudad alguna, le movió á compasión el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Inmediatamente mandó apagar el incendio, y que, bajo pena de la vida, nadie osase maltratar á los ancianos y enfermos, ni á las mujeres y niños, ni

(1) Carta del conde de Bedford á Sir William Cecil (fecha en nuestro campo cerca de San Quintín el 3 de setiembre de 1557) ap. Tylor, Edward VI. and Mary, vol. II. p. 493.

á los ministros de la religion, ni á los edificios religiosos, y muy especialmente á las reliquias del bendito San Quintin. Dicese que algunos infelices del pueblo se presentaron á don Felipe pidiendo que los protegiese, y que él mandó que los condujeran con suficiente escolta á lugar seguro (1).

El saqueo de la poblacion no era, sin embargo, fácil impedirlo; más lo hubiera sido arrancar su presa á unos hambrientos tigres; ademas de ser condicion en toda plaza que se tomaba por asalto, pues con ella contaba el soldado como con una parte de su paga. Los que mas se distinguian en aquellas brutales hazañas eran los mercenarios alemanes, tanto que indignaban aun á sus propios confederados. En la ocasion presente parece que disgustó sobremanera la poca escrupulosidad con que los de los arneses negros se apropiaron, no solo lo que les correspondia, sino la parte de los ingleses y de los españoles (2).

De este modo se rindió la antigua plaza de San Quintin, tras una resistencia no menos honrosa al valor de la guarnicion, que á la conducta del que la mandaba. Con estar sus fortificaciones tan deteriora-

(1) Segun Sepúlveda (De Rebus Gestis Philippi II, lib. I. cap. 30), nada menos que cuatro mil mujeres; pero no es probable que Coligni consintiera en quedarse con tantas bocas inútiles.

(2) Hechos dueños de todo el ejército real los *quartavotters*, se valieron de tal modo de la fuerza con los españoles, los italianos y los de otras naciones, así como con nosotros, que nadie pudo disfrutar de nada más que ellos. Mostraron tanta crueldad, que no se vió nunca avaricia semejante: prendieron fuego á la poblacion, y se quemó gran parte de ella. Carta del conde Bedford á Cecil, ap. Fytler, Edward VI. and Mary, vol. II. p. 495.

das, y con ser tan insuficiente el número de sus defensores, que nunca habian pasado de mil hombres, se mantuvo firme por espacio casi de un mes contra un ejército poderoso, que peleaba á la vista de su soberano, y al mando de uno de los mejores capitanes de Europa (1).

Proveyendo don Felipe quanto hacia al caso para restablecer las fortificaciones, dejó en San Quintin una guarnicion española, y volvió sus fuerzas contra el vecino pueblo de Catelet. Era plaza bastante fuerte; pero sus defensores no quisieron imitar á los de San Quintin, y apenas dieron una leve muestra de resistencia, el día 6 de setiembre capitularon. A esto se siguió la rendicion de Ham, célebre en toda Picardía por la solidez de sus fortificaciones; y por último condujo don Felipe su ejército victorioso contra Noyon y Chaulny, siendo este último punto tambien saqueado por sus soldados. Aterráronse los franceses al ver caer una tras otra las plazas fuertes de la frontera en manos de un enemigo que parecia haber asentado para siempre la planta en su territorio; y si Fe-

(1) Rabutin, Mémoires, ap. Nouvelle Collection des Mémoires, tomo VII. pp. 537-564. De Thou, Histoire Universelle, tom. III. páginas 449-470.—Campana, Vita di Filippo Secondo, parte II. lib. 9.

La mejor relacion del sitio de San Quintin se halla en las Memorias de Coligni, Collection Universelle des Mémoires, tom. XL. pp. 247-390, escritas por él en la prision en que vivió despues, cuando todavía conservaba frescos en su memoria los sucesos. Refiere estos sencillamente y sin pretensiones, lo cual le hace mas digno de crédito, aunque denuncié á pormenores minuciosos que el historiador general tiene que pasar por alto.

lilpe no se prevalió de aquellos triunfos para llevar mas adelante sus conquistas, debe atribuirse, no á negligencia propia, sino á la conducta, ó mas bien á la contestura de su ejército, formado de tropas, que, como vendidas al que mas daba, sentian escaso apego á aquel por quien combatian. Sacados de diferentes paises y reunidos en un solo campo, en breve se dejaban llevar los soldados de apasionadas rivalidades y competencias. Los ingleses movian discordias con los alemanes, y ni unos ni otros podian sufrir la insolente altívez de los españoles. Los alemanes se quejaban de que no llegasen á satisfacerles sus atrasos, queja que probablemente no careceria de fundamento, pues á pesar de sus cuantiosos recursos, Felipe encontraba muchas dificultades para allegar fondos, como les sucedia á todos los soberanos en una época en que lo que menos se conocia era un buen sistema de impuestos. Así fué que seducidos por las ofertas preferibles que les hizo Enrique II., los *schwarzreiters* abandonaron en gran número las banderas de don Felipe para pasarse á las de su enemigo.

No menos descontentos estaban los ingleses, como quien habia sacado de su pais una aversion decidida á los españoles, ulcerada desde el punto en que se habia verificado el matrimonio de su reina. Ni podian aquellos rudos isleños servir con gusto á la causa de don Felipe, pues andaban en batallas, no de lu-

glaterra, como ellos decian, sino de España; á mas de que cada nueva conquista iba acrecentando las fuerzas de un monarca ya de suyo sobrado poderoso; y como creian haber hecho mas de lo que era su deber, insistian en que se les permitiese dar la vuelta á su país; y el rey, que nada temia tanto como un rompimiento entre sus súbditos ingleses y españoles, cosa que preveia estaba para suceder de un momento á otro, se apresuró á darles su consentimiento.

Con la marcha, pues, de las fuerzas de Inglaterra, y con la segregacion de los alemanes, quedaba tan menguada la gente de don Felipe, que no á proseguir en sus conquistas, mas ni á conservar lo ganado, se reputaba ya suficiente la que tenia. Por otra parte era ya entrado el invierno, pues estaba finalizando octubre; y por tanto, dejadas guarniciones en las plazas que habia ganado, y mejorada en lo posible la defensa de estas, trasladó sus reales á Bruselas, y no mucho despues entraron en cuarteles de invierno sus soldados ⁽¹⁾.

Este fin tuvo la primera campaña de Felipe Segundo, la primera, y á excepcion de la siguiente, la única que personalmente sostuvo. Los resultados habian sido muy prósperos, pues ademas de las plazas importantes de que se habia hecho dueño en la fron-

(1) De Thou, Histoire Universelle, tom. III. pp. 173-177.—Cabrerá, Felipe Segundo, lib. IV. cap. 43.—Sepulveda, De Rebus Gestis Philippi II., lib. I. cap. 32.

tera de Picardía, había conseguido el lauro de una batalla campal insigne.

Pero militarmente considerada, no fué la campaña tan memorable como bajo el aspecto moral. En ella conoció Europa que el cetro de España había pasado á manos de un príncipe no menos celoso que su antecesor en mirar por los intereses de su reino; de un príncipe que, si no tan ambicioso como Carlos V., mostraba igual entereza para no sufrir desman ni agravio alguno de sus vecinos. La victoria de San Quintín, acaecida al principio de su reinado, sugeria el recuerdo de la que su padre ganó en Pavía, en época semejante de su vida, y de no menos próspero vaticinio para lo sucesivo. Felipe, poco dado á manifestar exteriormente sus sentimientos, consignó la satisfacción con que había visto el triunfo de sus armas, en la magnífica fábrica del Escorial, que después levantó en honra del glorioso mártir San Lorenzo, en cuyo día se dió la batalla, y á cuya intercesion atribuyó el logro de la victoria.

CAPITULO VIII.

GUERRA CON FRANCIA.

Rafuerzos extraordinarios de Francia.—Sorprende á Calais el duque de Guisa.—Invaden los franceses á Flandos.—Sangrienta batalla de Gravelinas.—Negociaciones para la paz.—Muerte de Maria.—Asciende al trono Isabel.—Tratado de Cateau-Cambresis.

1557.—1559.

El estado en que se hallaba Francia justificaba las conjeturas de don Felipe respecto á la lealtad del pueblo. No bien hubo recibido Enrique II la nueva de la fatal batalla de San Quintín, despachó correos en todas direcciones, ordenando que se incorporase toda la caballería á sus banderas, y convocando á las poblaciones para que le auxiliasen en tan apurado trance. La nobleza y los caballeros inmediatamente acudieron al llamamiento, acompañados de cuanta gente tenían á su disposicion; y no solo las poblaciones de importancia, sino las de segundo orden, se prestaron gustosas á aquella carga que el servicio público les imponia. París dió el primer ejemplo, mas

no contentándose con mostrar su celo en las procesiones que dispuso el clero, presididas por la reina y la familia real, en que sacaron varias reliquias de una y otra iglesia, se alistaron para defender la capital todos los ciudadanos capaces de llevar armas, y se hicieron grandes derramas para fortificar á Montmartre y subvenir á los gastos de la guerra ⁽¹⁾.

Dueño de estos y algunos otros recursos, pudo Enrique tomar á sueldo una division numerosa de suizos y alemanes mercenarios. Dispúsose que volvieresen á su patria las tropas que servían en otras partes, mientras el veterano mariscal Termes acudió con un buen ejército de Toscana, y el duque de Guisa volvió de Roma con el resto de sus batallones. En todas partes era recibido este caudillo popular con entusiasmo, pues no parecia sino que la nacion le contemplaba como al libertador de su patria. Su última campaña en el reino de Nápoles se celebró cual si hubiese sido una brillante serie de victorias; fué nombrado teniente general del ejército, y hasta los capitanes mas antiguos se envanejian de ser mandados por caudillo de tanto nombre.

Ni anduvo moroso el gobierno en aprovecharse de tan cuantiosos recursos como se ponian á su disposicion; así, aunque en lo mas crudo del invierno, se resolvió acometer alguna empresa que repa-

(1) De Thou, Histoire Universelle, tom. III. pp. 463-476.—Garnier, Histoire de France, tom. XXVII. p. 377 y sig.

rando los desastres de la última campaña, reanimára el abatido espíritu de la nación; y desde luego se propusieron recobrar á Calais, plaza fuerte que hacia mas de dos siglos estaba bajo el dominio de los ingleses.

Siempre se habia mirado en Francia con indignacion á un enemigo que así trataba de echar raíces en su propio suelo, considerando la recuperacion de Calais con el mismo entusiasmo con que los moriscos españoles, lanzados al interior de Africa, miraban la reconquista de su antiguo reino de Granada; y tan presente tenia esta idea todo el mundo en su imaginacion, que era dicho vulgar, tratándose de un militar de quien se esperaba poco, que «no era hombre que echaria de Francia á los ingleses (1).» Pero el sentimiento de que estaban poseidos se asemejaba sin embargo mas bien al deseo que á la esperanza, dado que la plaza era tan fuerte, tan accesible á los ingleses, y la guarnicion tan buena, que se tenia por inespugnable. Estas mismas circunstancias y el verse poseedores de ella tanto tiempo hacia, inspiraban por otra parte á los ingleses no menos confianza, como se deducia de una inscripcion grabada en las puertas de bronce de la poblacion, la cual decia: «cuando los franceses sitien á Calais, nadarán el plomo y el hierro

(1) C' étoit un proverbe reçu en France pour désigner un mauvais général, un guerrier sans mérite, de dire: «il ne chassera pas les Anglois de la France.» Gaillard, Rivalité de France et de l'Espagne, tom. V. p. 260.

como el corcho ⁽¹⁾» confianza, que como suele acaecer, denotaba su ruina.

No mucho antes, de vuelta á su pais el obispo de Acqs, enviado de Francia en Inglaterra, habia pasado por Calais, y dió inesperados informes sobre el deterioro de sus fortalezas, el corto número de la guarnicion, y en una palabra, la mala situacion en que se hallaba la plaza; mas el de Guisa, como hombre no menos cauto que animoso, antes de arrojarse á empresa tan aventurada, quiso tomar noticias mas exactas, y convencido de ser cierto cuanto habia dicho el obispo, acometió el proyecto con la vehemencia que le caracterizaba. Dícese que el plan adoptado fué primeramente sugerido por Coligni. Para deslumbrar al enemigo, envió el duque la division mas numerosa del ejército, al mando de Nevers, camino de Luxemburgo; con el resto de las fuerzas marchó él hácia Picardía, fingiendo amenazar una de las plazas conquistadas por los españoles; y no mucho despues, reunidas ambas divisiones, y el de Guisa al frente de ellas, forzando cuanto pudieron la marcha, se presentaron ante los muros de Calais.

Consistia la defensa de la poblacion en una faerte ciudadela y dos castillos, de los cuales el uno, que protegía las comunicaciones por agua, cayó en poder

(1) «Aussi les Anglois furent si glorieux (car ils le sont assez de leur nature) de mettre sur les portes de la ville que, lors que les François assiegeront Calais, l'on verra le plomb et le fer nager sur l'eau comme le liege.» Brantôme Oeuvres, tom. III, p. 303.

del duque el 2 de enero de 1558, y el otro, que miraba á la parte de tierra, al siguiente día. Dueño de estos dos puntos, se creyó seguro de toda lesion por parte del enemigo, y lo mismo por tierra que por agua, de suerte que asestó sus baterías contra la ciudadela, bombardeándola día y noche con extraordinaria furia. A los cinco días, así que hubo abierto brecha, se introdujeron por ella sus tropas victoriosas, y derrotada la guarnicion, enarbolaron los estandartes franceses en las murallas; y viendo el conde de Wentworth, comandante de la plaza, que con tan flaca guarnicion era imposible sostenerla, y menos habiéndose apoderado los enemigos de las defensas, capituló al octavo día. A la toma de Calais se siguieron la de Guisnes y la de Hanes; de modo que en pocos dias se vieron los ingleses expulsados de todo el territorio que poseian en Francia desde los tiempos de Eduardo III.

La pérdida de Calais causó profundo sentimiento en Inglaterra, donde asombrados de tan repentino contratiempo, descargaron su venganza sobre el comandante, considerándole como traidor; pero con mas acierto hubieran procedido arhacando la traicion á su propio gobierno, que de aquella suerte habia descuidado la defensa de la plaza. Recelando Felipe el designio de los franceses, participó sus sospechas al gobierno inglés, y se brindó á aumentar la guarnicion con un refuerzo de sus propias tropas; pero sus

aliados, que quizá desconfiaron de él, ó desecharon su consejo, ó cuando menos no supieron aprovecharlo (1). Aun despues de tomada la plaza, ofreció tambien enviar número suficiente de fuerzas para recobrarla, con tal que los ingleses coadyuváran á la empresa con una escuadra regular, pero tampoco aceptaron la propuesta, movidos tal vez de la misma desconfianza, aunque alegando por pretexto la imposibilidad de meterse en tanto gasto: ello fué que se perdió para siempre la ocasion de recobrarla (2).

Para la nacion no era, rigorosamente hablando, una gran pérdida, pues como algunas de las colonias que posee Inglaterra á la sazón, costaba Calais al año mas de lo que valia; era con todo útil porque facilitaba cualquiera invasion que se intentase contra Francia; pero aun esta misma facilidad de llevar la guerra á un país vecino, proyecto tan popular entre los ingleses de aquella época, era de resultados problemáticos. El mayor mal que traia la pérdida de Calais era el descrédito que de ella resultaba á la gloria de la nacion.

La alegría de los franceses fué por el contrario extraordinaria; no hubiera sido ciertamente mayor si atravesando el duque de Guisa el canal, se hubiera hecho dueño de Lóndres; y la presteza y acierto con que se llevó á cabo el triunfo, el denuedo con que el

(1) Burnet, History of the Reformation, vol. III. p. 646.

(2) Ibid., p. 630.

Jóven general arriesgó su vida en el asalto, y el desprendimiento con que cedía la parte de botin que le tocaba entre los soldados, todo entusiasmó á los franceses, gente de imaginacion muy viva, que desde aquel día le consideraron con mayor razon que antes como su ídolo.

Pero en lo restante de la campaña, no cupo á sus armas la misma suerte. En mayo se dirigió contra Thionville, plaza fuerte de Luxemburgo, y al cabo de un sitio de veinte dias, se apoderó de ella. Del mismo modo quedaron en su poder uno ó dos puntos de menos importancia, despues de lo cual permaneció su ejército en completa inaccion por espacio de tres semanas, á no ser que interpretemos por actividad las discordias que comenzaron á nacer en el mismo ejército. Sin embargo, no es dado censurar abiertamente por su conducta á ningun capitan de aquellos tiempos, cuando los hombres de que podia disponerse eran en gran parte mercenarios, y por consiguiente tan poco interesados por la causa en cuyo favor combatian, que con cualquier pretexto estaban prontos á amotinarse. Los que mas se señalaban en estas proezas eran siempre los *schwarzreiters* alemanes, insolentes é insubordinados hasta el punto de ser mas peligrosos como aliados que como enemigos. El valor que por otra parte daban á sus servicios, era la causa de sus exigencias exorbitantes; y á poco que se retrasasen sus pagas, que sucedia con

frecuencia, se tomaban la justicia por su mano, entrando á saco los pueblos por donde pasaban ó declarándose en completa rebelion. Ocasion hubo en que un baron aleman disparó un pistoletazo al mismo duque de Guisa; y tanto fué cundiendo este espíritu de indisciplina, que á pesar de su extraordinaria popularidad y sangre fria, no pudo el de Guisa someterlos á su autoridad; y el tiempo que se perdia en reprimir tales desórdenes, daba ocasion á las mas desastrosas consecuencias.

Dejó en Calais el duque una fuerte guarnicion al mando del anciano mariscal Termes, á quien mandó poco despues que con quinientos caballos y cinco mil infantes, procedentes algunos de la misma guarnicion, se encaminase á la Flandes Occidental, proponiéndose acudir al mismo punto con las fuerzas que le seguian, para empeñar en aquel cuidado á los españoles y evitar que segunda vez se introdujesen en Picardía.

El plan estaba bien pensado, y el mariscal ejecutó puntualmente las órdenes que se le dieron, pues tomando el camino de Saint-Omer, entró en Flandes por la parte de Dunquerque, sitió esta importante poblacion, y dado el asalto, la entregó al saqueo. En seguida avanzó hasta Nieuport; mas por el cansancio y el rigor de los calores, se vió acometido de un ataque de gota que le dejó enteramente imposibilitado. Pero el jefe que le reemplazó en el mando dejó que

Los soldados se derramasen por aquellos campos, donde cometieron tales atropellos y desafueros, que aun en aquella época parecieron escandalosos; y los infelices habitantes arrojados de sus casas, hubieron de recurrir á su gobernador el conde de Egmont para que en aquel desamparo los protegiese. Hallábase á la sazón el duque de Saboya con su ejército en Maubeuge, provincia de Namur, el cual envió orden al mismo Egmont para que juntando cuantas fuerzas pudiera de aquellas inmediaciones, cortase á los franceses la retirada, hasta que el mismo duque pudiera ir á ayudarle y escarmentarlos.

Indignado Egmont de las tropelías que se le refirieron, y encendido en deseos de venganza, apresuróse á obedecer la orden; y acudiendo voluntarios de todas partes, se vió en breve á la cabeza de un ejército que no bajaba de diez ú once mil infantes y dos mil caballos, con los cuales desde luego se puso en marcha, enviando delante un destacamento que ocupase el camino real por donde Termes habia penetrado en Flándes.

Sabedor con algun retraso el capitán francés de este movimiento, comprendió que era indispensable abandonar inmediatamente su posición y dejar expedita su retirada. Guisa estaba distante y ocupado en aplacar la rebelion de su campamento, y los flamencos se habian apoderado ya del camino real; de suerte que solo podía escapar por el lado de la costa y

cerca de Gravelinas, donde el Aa desemboca en el Océano; y aprovechando la baja de la marea, podía vadear el río, y encaminarse á Calais en derechura.

Persuadido Termes de que no debía perderse un solo instante, se levantó de la cama, se metió en una litera y comenzó á efectuar su retirada. Al salir de Dunquerque, prendió fuego á la poblacion, donde no quedaba á sus desdichados habitantes otra cosa que los edificios. Vióse embarazado en su marcha por la artillería, el bagaje y mas que todo por el cuantioso botin sacado de aquellas provincias; no obstante consiguió vadear el Aa y llegar á la orilla opuesta; pero mas habia madrugado el enemigo ⁽⁴⁾.

Al tener noticia Egmont del movimiento del mariscal, cruzó el río por mas arriba, donde estrechaba un tanto la corriente, y dejándose atrás la artillería, y hasta el bagaje, para quedar mas desembarazado, siguió á toda priesa la orilla del río y llegó á tiempo de cerrar el paso á sus contrarios. Véase, pues, Termes sin mas alternativa que pelear con los españoles, ó rendirse.

Enfermo como estaba, montó á caballo, y en breves palabras arengó á sus tropas. Mostrándoles las humcantes ruinas de Dunquerque, les dijo que allí

(4) De Thou, *Histoire Universelle*, tom. III, p. 238.—Garnier, *Histoire de France*, tom. XXVII, p. 512.—Rabutin, ap. *Nouvelle Collection des Mémoires*, tom. VII, p. 598.—Campana, *Vita del Re Filippo Secondo*, parte II, lib. 10.—Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. IV, cap. 24. Herrera, *Historia General*, lib. V, cap. 5.—Monpleinchamp, *Vie du Duc de Savoie*, p. 454.

no podían volver; y señalando con el dedo hácia Calais: «Allí, añadió, está nuestro alojamiento, pero tenemos que derrotar al enemigo para llegar á él.» Determinó por tanto no dar principio al combate, sino fortalecerse cuanto pudiera en su posición, y esperar la embestida de los españoles.

Colocó su infantería en el centro, y á entrambos lados la caballería; al frente puso los cañones, que consistían en seis ó siete falconetes de pequeñas dimensiones, y en la retaguardia una buena fuerza de piqueros gascones, preparados para acudir adonde fuera necesario. Ofrecíale además regular defensa el río Aa que tenía á la espalda; el ala izquierda resguardada con un parapeto formado por los bagajes y los carros de la artillería; la derecha, próxima al Océano, no necesitaba de mas seguridad.

Visto por el conde de Egmont que los franceses estaban preparados para el combate, dictó sosegadamente sus disposiciones. Repartió en tres trozos la caballería, de cuyo centro, compuesto de los hombres de armas y algunos caballos flamencos, se reservó él el mando; al costado derecho envió la caballería ligera, y en el izquierdo puso la de los españoles. Los infantes los situó de modo que pudieran apoyar á cualquiera de las divisiones de caballería; y hechos estos preparativos, mandó que el centro y la derecha embistiesen sin mas demora, y á toda brida se precipitó sobre el enemigo.

No obstante el daño que los causaban los cañones, á medida que iban avanzando, se conservaron unidos los batallones, y con tal ímpetu dieron en la izquierda y centro de los franceses, que jinetes é infantes quedaron desconcertados. Pero los caballeros que entre estos cabalgaban, eran no menos denodados que los que batallaron en la de San Quintín; así, aunque desconcertados por un momento, no perdieron ánimo, y despues de una resistencia desesperada, lograron rehacerse y rechazar á los enemigos. Segunda vez repitió Egmont su embestida, y segunda vez fué rechazado con mas pérdida que la primera; con cuya ventaja alentados los franceses, forzaron á los enemigos á retirarse á sus posiciones. Los cañones por otra parte, asestados de flanco y al descubierto contra las tropas que se retiraban, no dejaron de ocasionarles bastante pérdida; cayó muerto el caballo que montaba Egmont, y él mismo corrió peligro de ser atropellado por los que le seguian; mientras la reserva de los gascones, blandiendo sus largas lanzas, se adelantó en auxilio de la caballería, comenzando á gritar: «¡Victoria!» (1).

Parcía ya aquel lance perdido, cuando el ala izquierda de la caballería española, que aun no habia tomado parte en el combate, viendo el desórden en que iban los franceses siguiendo á sus enemigos,

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. XV. cap. 24. *«... victoria...»*

acometió bizarramente por el costado, lo cual bastó para detenerlos algun tiempo, y dar á los fugitivos sobrado para rehacerse. Egmont al propio tiempo subió en otro caballo, y poniéndose en medio de los que le seguian, procuró reanimar su valor y restablecer el órden, no solo con su ejemplo, sino diciéndoles á gritos: «Somos vencedores! Los que tengan amor á la gloria y á su patria, que me sigan!» (1). Y como un rayo se lanzó contra el enemigo.

Estrechados los franceses por el frente y por el costado, hubieron de retroceder, y continuaron retirándose hasta su primitiva posicion. En esto los *lansquenets* que llevaba Egmont avanzaron, menospreciando el fuego de la artillería, y se apoderaron de los cañones, derribando con sus lanzas á los que estaban encargados de su servicio (2). Hizose entonces general el combate; y como unos y otros peleaban en campo cerrado, y poco mas ó menos con iguales fuerzas, por ambas partes se porfiaba con esperanza de la victoria. Mas de repente volvió á quedar esta dudosa por un suceso que ni unos ni otros habian previsto.

Hallábase á cierta distancia, bien que no alcanzasen á verla los combatientes, una escuadra inglesa

(1) «Nous sommes vainqueurs; que ceux qui aiment la gloire et leur patrie me suivent.» De Thou, Histoire Universelle, tom. III, p. 240.

(2) Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV, cap. 41.

de diez ó doce embarcaciones; y como oyese el ruido de la batalla, fué aproximándose su comandante al teatro de la acción, y casi desde la misma playa rompió el fuego contra el ala derecha de los franceses, que era la que tenía mas cerca (1). Las descargas no harían probablemente mucho estrago, por ser la distancia considerable, aunque no falta quien diga que murieron algunos españoles; pero aun así fué extraordinario el terror que se apoderó de los franceses, al verse acometidos por un enemigo que no esperaban, y que parecía haber salido de los abismos del Océano. La precipitación con que trataron de ponerse en salvo fué causa de que la caballería del ala derecha atropellase al centro, y se introdujera una horrible confusión en que todo el mundo perdió su seriedad, huyendo revueltos infantes y caballos. Aprovechóse Egmont de esta ocasión para embestir con mayor denuedo, y á poco tiempo, aturdidos y destrozados, huyeron los enemigos por todas partes. Solo los valientes gascones, que formaban la reserva, se mantuvieron firmes en su puesto, hasta que impetuosamente acometidos por la falange de los lanceros españoles, hubieron de ceder al fin y ponerse en salvo como el resto del ejército.

Desde este momento se hizo la derrota general, y la caballería vencedora se derramó por todo el

(1) De Thou, *Histoire Universelle*, tom. III. p. 240.—Garnier, *Histoire de France*, tom. XXVII. p. 516.

campo persiguiendo y acuchillando sin piedad á los fugitivos. Los que no perecian al filo de la espada, quedaban sumergidos en el Aa, cuyas aguas habian crecido con la marea; otros se abogaron en el mar, y hasta mil y quinientos de los que habian logrado escapar murieron á manos del paisanaje que les tenia cortado el paso, para vengarse asi de la crueldad con que se habian ensañado contra su tierra ⁽¹⁾. Dos mil franceses se asegura que quedaron tendidos en el campo, y solo quinientos españoles, ó por mejor decir, flamencos, que componian el grueso del ejército. Quien sufrió mayor pérdida, fué la caballería francesa, pérdida tan considerable, que si ha de darse crédito á algunas relaciones, por cierto no muy fidedignas, ni un solo hombre logró salvarse ⁽²⁾. El número de prisioneros llegó á tres mil, entre ellos el mismo mariscal Termes, que quedó fuera de combate por una herida en la cabeza. En poder de los vencedores cayeron todos los bagajes, municiones y cuantioso botin cogido en Flandes por los invasores; de suerte que, aunque menor en el número de fuerzas, en importancia fué tan grande como la de San Quintín la victoria de Gravelinas ⁽³⁾.

(1) Cabrera, Filipe Segundo, lib. IV. cap. 24.—De Thou, Histoire Universelle, tom. III. p. 244.

(2) «Ma della cavalleria niuno fu quasi, ch' ò non morisse combattendo, ò non restasse prigione, non potendosi salvar fuggendo in quei luoghi paludosi, malagevoli.» Campana, Vita del Re Filippo Secondo, parte II. lib. 40.

(3) Para relaciones de esta batalla, véase Campana, Vita del Re

Pero los franceses, que tenían en pie un ejército poderoso, podían, mejor que otras veces, reponerse en breve de sus quebrantos. No bien supo el duque de Guisa lo sucedido, emprendió la marcha con todas sus fuerzas y se estableció á espaldas del Soma para preservar de una repentina invasion á Picardía; mientras el duque de Saboya, incorporando su gente con la del conde de Egmont, tomó posiciones á lo largo de la línea del Aucia, y amenazó sitiar á Dourlens. Los reyes de España y Francia se presentaron en sus respectivos campos. Hacia muchos años que los franceses no habían visto tanta y tan lucida gente como la que á la sazón acaudillaba Enrique, bien que no debiera ser grande la satisfacción de este monarca al reflexionar que la mayor parte eran extranjeros y comprados, hasta en número segun parece de cuarenta mil hombres. En cuanto á Felipe, juntaba poco mas ó menos las mismas fuerzas, y la

Filippo Secondo, parte II. lib. 40.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV. cap. 24.—De Thou, Histoire Universelle; tom. III. pp. 239-244.—Garnier, Histoire de France, tom. XXVII. p. 513 y sig.—Rabutin, ap. Nouvelle Collection des Mémoires. tomo VII. p. 598.—Herrera, Historia General, lib. V. cap. 5.—Ferrerías, Histoire Générale d'Espagne, tom. IX. p. 396.—Monpleinchamp, Vie du Duc de Savoie, p. 155.

No sé de batalla alguna sobre la cual se tengan pormenores entre si mas contradictorios que los que se refieren de la de Gravelinas. Todavía no están conformes los autores en si fué una escuadra inglesa la que hizo fuego á los franceses; y escritor hay que asegura haber sido española y procedente de Guipúzcoa. Otros dicen que desembarcaron los marinos, y en la playa combatieron con los enemigos. De cosas tan improbables, no es posible hallar probabilidad en ninguna; hay un hecho, sin embargo, y á la verdad el mas importante, en que conviene todos, á saber, que el conde de Egmont ganó en Gravelinas una victoria decisiva á los franceses.

prolongacion de la guerra le permitia ir acompañado de sus mas hábiles capitanes, entre ellos el duque de Alba, cuyos prudentes consejos servian como de temperamento á la arrebatada condicion del de Saboya.

Dividia á los dos ejércitos un espacio de cuatro leguas de tierra llana; de vez en cuando se trababan escaramuzas entre las tropas ligeras de uno y otro lado, y era de temer que á la hora menos pensada se empañase otra batalla general. Todos tenian puestos los ojos en aquel campo donde quizá iban á disputarse la supremacia los dos príncipes mas poderosos de Europa; y á haber estado en su lugar los padres de ambos, Carlos V. y Francisco I., de seguro hubieran apelado al recurso de las armas; pero Felipe no trataba de aventurar los triunfos adquiridos en el dudoso trance de un dia, y Enrique todavia estaba menos dispuesto á perder su capital, y tal vez hasta su corona, en las eventualidades de un combate.

Otras circunstancias coadyuvaban ademas á que ambos monarcas prefiriesen una pacífica avenencia, desistiendo de contienda tan porfiada. La principal era el angustioso estado en que cada cual tenia su hacienda ⁽¹⁾. Cuando, segun queda dicho, Felipe en-

(1) Hay una interesante carta de la hermana de don Felipe, doña Juana, escrita á su padre el emperador, cuando este vivia en Yuste, cosa de un año antes del tiempo á que aqui nos referimos. Doña Juana alegaba muy buenas razones, especialmente los apuros del Tesoro, para que don Felipe, aprovechándose de sus triunfos, hiciese la paz con Francia, razones que tan apremiantes parecian á la sazón

vió á España á Ruy Gomez de Silva, le encargó que arbitrase cuantos recursos le fuesen dables para obtener auxilios de dinero. Hízose almoneda de algunos cargos públicos; se empeñaron las rentas; se tomaron cuantiosas sumas de los mercaderes á interés exorbitante; se impuso un empréstito forzoso á varias personas, especialmente á las que se sabía haber recibido cantidades de consideracion por las últimas flotas del Nuevo Mundo, y se exigieron trescientos mil ducados en garantía de la próxima féria de Villalon. A la princesa doña Juana se la persuadió que enagenase la pension anual que tenia sobre las alcabalas y con ella acudiese á las necesidades del Estado; del rey de Portugal se obtuvieron mercancías que enviar á Flándes para aprovecharse del producto de su venta ⁽¹⁾. Tales fueron los tristes expedientes á que acudió don Felipe, heredero tambien en esto de su padre, para remediar las angustias del tesoro; y ademas de lo que sacó de Castilla, obtuvo millon y medio de ducados que como contribucion extraordinaria le concedieron los estados de Holan-

á don Felipe y á sus ministros. La toma de Calais ocurrida poco despues de la fecha en que doña Juana escribió su carta, y los grandes preparativos que hac á Enrique, al paso que infundieron recelos á su enemigo, alentarón á los franceses á proseguir la guerra, hasta que terminó esta con la derrota de Gravelinas.—Carta de la princesa Juana al emperador. 4 de diciembre, 1557, MS.—Carta del emperador á la princesa, 26 de diciembre, 1557, MS.

(1) *Relatione di Giovanni Micheli, MS.*—Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV. cap. 2, 4.—Campana, *Vita di Filippo Secondo*, parte II. lib. 41.

da ⁽¹⁾; pero todos estos recursos, con ser tan considerables, los absorbía en breve la necesidad de mantener sobre las armas tan numerosos ejércitos en Italia y Francia; no cesando el rey de encarecer á sus ministros, en cuantas correspondencias les dirigía, los apuros de dinero en que se hallaba, el atraso de haberes en sus tropas, y lo indispensable que era suministrarles fondos para no declararse en quiebra; pero las respuestas de sus ministros no eran á la verdad muy satisfactorias ⁽²⁾.

Otro de los motivos que inducian á los dos príncipes á terminar la guerra, era el estado de desasosiego en que se hallaban sus dominios. Los protestantes habian comenzado á perturbar la Holanda con sus doctrinas, y los hugonotes provocaban severas resoluciones por parte del gobierno francés. Poseído Enrique II, como Felipe, del espíritu inquisitorial, deseaba acabar de una vez con los herejes; en cuyo piadoso designio le alentaba Paulo IV, que por lo mismo que estaba imposibilitado de hacer la guerra á sus vecinos, parecia resuelto á no conceder á

(1) Relazione di Giovanni Micheli, MS.

(2) «Yo os digo que yo estoy de todo punto imposibilitado á sostener la guerra.

....Estos términos me parecen tan apretados que so pena de perderme no puedo dejar de concertarme.»—Carta de Felipe al obispo de Arras (febrero 42, 1559), papeles de Estado de Granveia, tom. V. p. 434 et alibi.

Felipe dijo al ministro veneciano que eran tales sus apuros, que si el rey de Francia no se hubiera anticipado á proponer un acomodamiento, se hubiera él visto obligado á hacerlo.—Campana, Vita di Filippo Secondo, parte II. lib. 41.

nadie su indulgencia; y así mandó legados á uno y otro monarca, encargándoles que en vez de destruirse recíprocamente, volviesen las armas contra los herejes de sus dominios, que minaban por sus cimientos el edificio de la Iglesia. ⁽¹⁾

Secundaron, además, la pacífica disposición de ambos monarcas los prisioneros franceses, y en particular Montmorency, hombre de tanta autoridad en la corte, que como dijo Carlos V, no hubiera sido tan importante la prision del mismo rey ⁽²⁾. Tenia también el anciano condestable otro motivo para desear con impaciencia la libertad, el ascendiente que con su ausencia y la prolongacion de la guerra iba cobrando en los consejos del rey el de Guisa, su competidor. Por medio de él se entablaron negociaciones con la corte de Francia, hasta que, calculando, y con razon, Enrique II., que mejor se darian aquellos pasos por comisionados al efecto, que por el que estaba en manos de sus enemigos, se nombraron por ambas partes personas que fijasen los términos del acomodamiento ⁽³⁾. Para que formasen parte de

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. IV. cap. 46.—Ferrerías, Histoire Générale d'Espagne, tom. VII. p. 397.

(2) «Habló que era de tener en mas la prissa del condestable, que si fuera la misma persona del Rey, porque faltando él, falta el gobierno general todo.» Carta del Mayordomo don Luis Mendez Quixada al Secretario Juan Vazquez de Molina, MS.

(3) Al gobierno francés no le faltaban motivos de desconfianza. De las correspondencias de Granvela se deduce que este ministro se valia de un agente *respectable*, que se encargaba de las cartas de Saint-André, y probablemente de las de los otros prisioneros, las cuales examinaba Granvela antes de que pasasen al campo francés. Papeles de Estado de Granvela, tom. V. p. 173.

esta comision, se nombró á Montmorency y á su compañero el mariscal Saint-André; pero quien debia tener mas intervencion en este asunto por parte de Francia, era el cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa, astuto, revoltoso y que como los demás de su familia, á pesar de su exterior humilde, podia decirse que era el que llevaba la voz de la guerra en Francia (1).

Los agentes que por parte de España se eligieron, eran personas muy distinguidas por su talento y autoridad en el reino; con mas gloriosa ó mas funesta reputacion, han logrado algunos inmortalizar sus nombres en las páginas de la historia, como el duque de Alba y su célebre rival, que despues lo fué en Holanda, Guillermo de Orange. Pero el que tenia mas mano en aquel negocio, por ser el que de hecho lo dirigia, era Antonio Perrenot, obispo de Arras, mas conocido por el título que despues tuvo de cardenal Granvela. Era, como queda dicho, hijo del famoso canciller de Carlos Quinto, llamado tambien Antonio, que le destinó desde luego, no tanto á la carrera eclesiástica como á la política; y tan aventajado salió el discípulo, que ya en tiempo del emperador sucedió

(1) Algunos historiadores, y entre ellos Sismondi, parece que dan mas crédito al político francés de lo que merece; (Histoire des Français, tom. XVIII, p. 73) pero Granvela, que conocia mejor el carácter de su antagonista, no se dejó engañar tan fácilmente. Una nota que hay entre sus papeles, dice así del cardenal francés: «Toute la démonstration que faisoit le dict cardinal de Lorraine de désirer paix, estoit chose faincte á la françoise et pour nous abuser.» Papiers d'Etat de Granvelle, tom. V. p. 468.

á su padre en la confianza real y le sobrepujó en aptitud para los negocios. Su carácter servicial y el celo que demostraba por los intereses de don Felipe, le grangearon el favor de este monarca; su trato insinuante y profundo conocimiento de los hombres, le hacian muy á propósito para entender en una negociacion en que era menester avenir voluntades tan discordes y conciliar tan dudosos y encontrados intereses.

Como se habia convenido en que, mientras durasen las negociaciones, hubiera tambien suspension de hostilidades, se resolvió alejar uno de otro los ejércitos beligerantes, no fuese que de la menor centella resultase un vasto incendio; y todavía se facilitaron mas las miras pacíficas de los dos monarcas, con licenciar, como licenciaron, parte de las legiones mercenarias, pues sus servicios eran tan costosos, que podian reputarse como uno de los mayores inconvenientes de la guerra.

Reunióse el congreso el 15 de octubre de 1558 en la abadía de Cercamps, cerca de Cambrai, debiendo suponerse, entre partes que estaban tan bien dispuestas, que en breve se entablarian términos aceptables para todos; mas como se habian complicado y prolongado tanto las guerras en tiempo de Cárlos Quinto, resultaba que muchos territorios habian cambiado de dueños entretanto, y no era fácil satisfacer las reclamaciones de todos ellos. Los dominios del duque de

Saboya, sin ir mas lejos, eran á la sazón propiedad de Enrique Segundo, que ademas se creia con derecho á ellos por herencia de su abuelo. Asi era en verdad; pero don Felipe no podia abandonar á su aliado, y mucho menos á quien habia elegido para que acaudillase sus ejércitos. Calais, sin embargo, era el mayor obstáculo, «Si volvemos á Lóndres sin esta plaza, decian los enviados ingleses que asistian tambien á las conferencias del congreso, á pedradas acabará el pueblo con nosotros (1).» Felipe se hacia cargo de esta reclamacion; pero ¿cómo Francia habia de renunciar á punto tan importante, y mas cuando lograba recobrarlo tras tantos años de expectativa? Ideando estaban los medios de dar vado á estas diferencias, cuando sobrevino un acontecimiento que interrumpió las negociaciones y produjo notable variacion en los intereses de Europa: la muerte de María, reina de Inglaterra.

En los últimos meses habia decaido mucho la salud de esta señora, aquejada no menos de enfermedades que de cuidados. La pérdida de Calais la contristó sobremanera, previendo que habia de ser un baldon para su reinado y acabar de despopularizarla. «Cuando muera, decia, valiéndose del lenguaje enérgico que desde entonces se hizo familiar entre

(1) «Adjoustant que, si Calaix demeueroit aux François, ny luy ny ses collègues n'oseroyent retourner en Angleterre, et que certainement le peuple les lapideroit.» Ibid., p. 319.

los ingleses, y que en ocasion parecida usó su gran almirante, se encontrará á Calais escrito en mi corazon (1).»

Felipe, que no sabia fuese tan grave el estado de la reina, envió en noviembre al conde y despues duque de Feria á Lóndres, con cartas para su esposa. Este caballero, que habia casado tambien con una de las damas de la reina, gozaba de gran favor con su soberano. A sus cortesias modales y al fausto que desplegaba, unia un juicio tan profundo y perspicaz, que no podia hallarse persona mas á propósito para aquel encargo. Recibió la reina con extremado júbilo las cartas que puso en su mano, pero tan postrada se veia ya, que no pudo leerlas; y conociendo Feria lo poco que prometia su salud, comenzó á practicar diligencias con el consejo para que recayese en Isabel la corona de María.

Tuvo el honor de comer con esta princesa en su residencia de Hatfield, distante unas diez y ocho millas de Lóndres. Entre otras cosas, le habló el duque de la buena voluntad que su soberano la profesaba, como lo habia mostrado en las pláticas que por ella habia movido para ponerla en libertad, y de lo mucho que deseaba que pasase á su mano el cetro; pero se guardó bien de añadir que semejante deseo, mas

(1) «Were I to die this moment, want of frigates would be found written on my heart.» El original de esta carta de Nelson existe en la curiosa coleccion de cartas autógrafas que perteneció al difunto Sir Roberto Peel.

bien que de afecto hacía Isabel, nacía de los celos con que miraba á Francia, en la cual se favorecian las pretensiones que tenía al trono de Inglaterra María Stuart, viuda del Delfín (1). La princesa se mostró reconocida á la proteccion que en sus desgracias la habia Felipe dispensado; «mas en cuanto á lo que al presente acontecia, añadió, ni el rey tenía la menor parte, ni tampoco los señores ingleses, á pesar de que algunos blasonaban de fidelidad; que todo aquello se lo debía al pueblo, y que solo en el pueblo confiaba (2).» Esta respuesta de Isabel explica su futuro engrandecimiento.

No se le ocultó á la penetracion del enviado que la princesa hablaba por sugerencias de otros, y así dijo en sus comunicaciones que las personas de quienes mas se fiaba ella, tenían decidida inclinacion hácia los luteranos, y por consiguiente pronosticaba que no dejarían de caer calamidades sobre aquel reino.

Al cabo, el 17 de Noviembre de 1558 expiró la

(1) Lo que en el particular sentía Felipe puede deducirse de una carta escrita á Granvela en que se hallan las siguientes palabras. «Si la Reyna moça se muriese, que diz que anda muy mala, nos quitaría de hartos embaragos y del derecho que pretenden á Inglaterra.» *Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. V. p. 613.

(2) «Tras esto véola muy indignada de las cosas que se han hecho contra ella en vida de la reina: muy asida al pueblo, y muy confiada que lo tiene todo de su parte (como es verdad), y dando á entender que el pueblo la ha puesto en el estado que está; y de esto no reconoce nada á V. M. ni á la nobleza del reino, aunque dice que la han enviado á prometer todos que la serán fieles.» *Memorias de la Real Academia de la Historia*, (Madrid, 1852), tom. VII. p. 254.

reina María, y tuvo fin su reinado efímero y desastroso. Aciaga estrella fué la suya. Intachable en su conducta privada, y sin embargo dotada de poco acierto, á pesar de los principios religiosos que tan sinceramente profesaba, dejó un nombre mas odioso para la generalidad de sus vasallos, que el de todos los demas monarcas de Inglaterra; antipatía debida indudablemente al espíritu de persecucion que como densa nube oscureció su reinado; y no porque este espíritu dejase de ser comun á toda la dinastía de Tudor, sino porque se ensañó contra los prosélitos de una religion que por último fué la que predominó en aquel pais; porque la sangre de aquellos mártires fecundó la semilla de una iglesia grande y poderosa, determinada en todo tiempo á arrostrar la desapoderada violencia de sus opresores.

Mediaba asimismo otra causa para que María no fuese popular. La hija de Catalina de Aragon no podia menos de respetar la memoria de los ilustres progenitores de quien descendia; y la educacion recibida en la cuna debia dar fruto en los postreros años. Cuando de jóven estuvo destinada á ser esposa de su primo Carlos V, una de las estipulaciones fué que habia de estar impuesta en la lengua y leyes de Castilla, y hasta vestir á la usanza de esta nacion. «Y ¿quién, exclamaba Enrique VIII, podrá instruir la mejor en todo esto que la reina su madre?» Pospúsose despues su enlace al de la infanta de Portugal, y sin embargo,

Cárlos V prosiguió mirando con el mas vivo interés por la suerte de aquella princesa, y ella á su vez contemplando el Emperador como su mas cercano deudo, su defensor y su consejero. ¿Qué extraño, pues, que unida á España por vínculos de parentesco de afición y de interés, se considerase María española mas bien que inglesa; y que arraigándose en ella estos sentimientos al dar su mano á Felipe II, acabase de romper el lazo que tan flojamente la unia á su patria? De aquí el que sus propios súbditos la mirasen como extranjera.—En su hermana Isabel concurrían circunstancias enteramente opuestas: gobernaba á su pueblo como una reina verdaderamente inglesa, sin aficiones, ni influencias, ni intereses que no fuesen los de su patria; esta por su parte correspondia á tanto celo con el amor mas decidido, y alrededor de su trono se formaban aquellos votos patrióticos que, á pesar de los yerros en que incurrió, todavía hacen su nombre querido de los ingleses.

No bien falleció su hermana, ocupó Isabel sin oposicion alguna el trono de sus antepasados. No desagradará al lector ver su retrato bosquejado por el ministro veneciano que habia en aquella época, ó mas bien dos años antes, cuando tenia veinte y tres de edad la nueva reina. «Esta princesa, dice, está adornada de tantas gracias físicas como morales, aunque en su fisonomía hay mas gracia que belleza (1). Es

(1) «Nón manco bella d'animo che sia di corpo; ancor'che di faccia

corpulenta y bien formada, de buen color aunque cetrino; los ojos hermosos, y las manos, de que se precia mucho, pequeñas y delicadas. Tiene excelente ingenio y ánimo extraordinario, como lo ha demostrado en las vicisitudes á que ha estado expuesta en su juventud. Es de carácter altivo é imperioso, condicion heredada de su padre Enrique VIII, que por ser tan parecida á él, dicese que la miró siempre con gran cariño ⁽¹⁾.» La verdad es que dió de esto repetidas pruebas.

Uno de sus primeros actos fué escribir una elegante epístola en latin á don Felipe, en que dándole parte de su advenimiento al trono, le manifestaba la esperanza que tenia de que continuase en las mismas «amistosas relaciones que sus antepasados, y si fuese posible, mas cordiales todavía.»

Recibió Felipe la nueva de la muerte de su esposa en Brusélas, donde se celebraron sus exequias con gran pompa, el mismo dia que se verificaron en Lóndres. No hubo demostracion de respeto que no se tributase á su memoria; mas no creemos pecar de injustos con don Felipe al suponer que su corazon no

si può dir' che sia piu tosto gratiosa che bella.» *Relatione di Giovanni Micheli, MS.*

(1) «Della persona è grande, et ben formata, di bella carne, ancor che olivastro, begl' occhi, et sopra tutto bella mano, di che fa professione, d' un spirito, et ingegno mirabile: il che ha saputo molto ben dimostrare, con l' essersi saputo ne i sospetti, et pericoli ne i quali s' è ritrovata così ben governare.... Si tien superba, et gloriosa per il padre; del quale dicono tutti che è anco più simile, et perciò gli fu sempre cara.» *Ibid.*

haria extremos de sentimiento por la pérdida de una mujer que le llevaba bastantes años, de tan débil temperamento, y cuyos atractivos personales, por grandes que hubiesen sido, á causa de sus padecimientos podian ya interesar muy poco. Por lo demas, profundo debió ser el sentimiento de un monarca tan ambicioso, viendo que el cetro de Inglaterra, puesto que no tuviese en él mas que un vano título, tan repentinamente se le iba de entre las manos.

Ya hemos visto que durante su estancia en aquel pais, habia Felipe, en mas de una ocasion, interpuesto en favor de Isabel sus buenos oficios. Quizá la buena amistad en que vivió con ella, asi como sus cualidades personales, le inspiraron cierto interés, que parece excitó un tanto los celos de su consorte (1); mas cualquiera que fuese la causa de estos, cedió á móviles de diferente especie que el sentimiento; en el hecho de procurar asegurarse la posesion de Inglaterra, estrechando con Isabel el mismo lazo que le habia unido con su antecesora.

Al mes, acaso no completo, de haber entrado en la Abadía de Westminster los inanimados restos de Maria, enabló el rey viudo pretensiones directas, por medio de Feria, su embajador, á la mano de la nueva

(1) El ministro español, duque de Feria, deseaba que el rey le autorizase para hacer mérito de los celos de Maria como de un argumento que no dejaría de hacer impresion en Isabel; pero don Felipe tuvo la delicadeza, ó el buen gusto, de no consentir en ello. Memorias de la Real Academia; tom. VII. p. 260.

reina; pero no le cegó su impaciencia en términos de declarar resueltamente su pasión, sino que por el contrario, verificó su propuesta bajo razonables condiciones.

Partíase del supuesto de que Isabel había de pertenecer al gremio de la Iglesia Católica Romana, y caso de no ser así, había de abjurar sus errores y hacer en este sentido su profesión de fé. Para el matrimonio debía obtenerse dispensa del pontífice. Felipe podría trasladarse á sus dominios de España, siempre que los intereses de este reino exigiesen su presencia; condicion que parecia indicar haberle resultado algun inconveniente de su excesiva condescendencia con el cariño ó los celos de María. Por último debía estipularse que el fruto del matrimonio no había de heredar el cetro de los Países Bajos, como se convino en los contratos anteriores, sino que habían de quedar estos reservados para su hijo don Carlos, príncipe de Asturias.

Encargó al de Feria que hiciese estas proposiciones de viva voz, no por escrito, «si bien, añadía el circunspecto soberano, no debe un hombre llevar á mal que se desechen sus proposiciones cuando se fundan, no en propósitos mundanos, sino en el mejor servicio de Dios y en el interés de la religion.»

Recibió Isabel aquel ofrecimiento, digno como era de consideracion, de la manera mas afectuosa, replicando al embajador: que en materia tan delica-

da no debía dar paso alguno sin auencia del Parlamento, pero que el rey Católico «debía estar seguro que en caso de casarse, sería él preferido á todos⁽¹⁾.» A Felipe parece que le satisfizo la esperanza que se le concedía, é inmediatamente escribió á Isabel una carta de su propio puño, en que procuró mostrarse por demas contento del buen resultado que hasta entonces habia dado la diligencia de su embajador.

La série de acontecimientos que en Inglaterra sobrevinieron hicieron ver, sin embargo, sobrado pronto que no debía confiarse enteramente en aquel resultado, y que los pronósticos del duque de Feria respecto á la política de Isabel, no dejaban de ser fundados. De allí á poco empezó el Parlamento á dictar resoluciones que dieron en tierra con la religion Católica Romana, restaurando la de la Reforma; y no podia caber la menor duda en que si la reina no las habia dictado, al menos tampoco se habia opuesto á sancionarlas.

Visto lo cual por don Felipe, aconsejóse de dos de sus ministros, en quienes tenia mas confianza, sobre si seria conveniente dirigirse á Isabel y manifestarla sin rebozo alguno que á menos de no desaprobbar los acuerdos del Parlamento, no podria llevarse á cabo el matrimonio⁽²⁾, halagando su vanidad

(1) Ibid. p. 264.

(2) «Pareceme que seria bien que el conde le hablasse claro en estas cosas de la religion, y la amonestasse y rogasse de mi parte que no hiciesse en este parlamento mudanza en ella, y que si la hi-

con encarécerle lo mucho que sentia verse obligado á renunciar á esperanza tan halagüeña; pero observando en seguida que una vez sometidas á su decision todas aquellas consecuencias, cualquiera que fuese el resultado, de nadie podria quejarse mas que de sí misma ⁽¹⁾. Sus prudentes consejeros, que probablemente no estarian acostumbrados á emitir su opinion en asuntos de aquella naturaleza, completamente se adhirieron al parecer de su soberano; bien que en todo caso juzgaban imposible que parara en hacerse protestante.

Qué efecto produciria tan franca manifestacion en el ánimo de la reina, no es fácil averiguarlo: lo cierto es que desde entonces tomó el asunto diverso rumbo para don Felipe. Dejándose Isabel de contemplaciones, replicó sin rodeos á Feria, que la apuraba en el particular, que en cuanto á la dispensa del papa, sentia un escrúpulo invencible ⁽²⁾; y no mucho despues declaró públicamente en el Parlamento lo que solia repetir con mucha frecuencia, á saber, que su deseo era vivir y morir soltera ⁽³⁾. Difícil es ase-

ciesse, que yo no podria venir en lo del casamiento, como en efecto no vendria.» Carta del rey Phelipe al duque de Alba, 7 de febrero, 1559, MS.

(1) «Convendria que hablasse claro á la reina, y lo dixesse rasanente que aunque yo desseo mucho este negocio, (y por aquí envasçella quanto pudiesse), pero que entendiesse que si haria mudanza en la religion, yo lo hacia en este desseo y voluntad, porque despues no pudiesse dezir que no se le habia dicho antes.» *Ibid.*

(2) Dijo que pensaba estar sin casarse, porque tenia mucho escrúpulo en lo de la dispensa del papa. *Memorias de la Real Academia*, tomo VII. p. 263.

(3) *Ibid.* p. 266.

gurar que Isabel hubiese tomado nunca por lo serio el matrimonio de don Felipe; si dió pábulo á sus esperanzas, fué solo mientras anduvo dudosa en la posesion del trono, y hasta que vió que su negativa ningun perjuicio podia traerla. Todo aquello fué un juego en que ni por una ni por otra parte se interesaron los corazones, pero juego en que, á decir verdad, se mostró la reina de Inglaterra mas hábil que el que pretendia ganarla.

Sufrió Felipe aquel desaire con sublime resignacion, manifestando á Isabel que «aunque habia recibido pena de no haberse concluido cosa que tanto deseaba, y parecia convenir al bien público, pues á ella no le habia parecido tan necesario, y que con buena amistad se conseguiria el mismo fin, quedaba satisfecho y contento⁽¹⁾.» Con toda esta filosofía, es muy de creer que, dado el carácter de don Felipe, algun resentimiento le quedaria en el fondo de su corazon, y que este agravio personal se combinaria despues con los políticos en la prolongada enemistad que sostuvo con la reina de Inglaterra.

En el mes de febrero se renovaron las conferencias para el tratado de paz, trasladándose el sitio de las reuniones que se hacian en la abadía de Cercamps á Cateau-Cambresis. Prosiguieron las negociaciones con mayor solitud que antes, como que los dos mo-

(1) *Ibid.* ubi supra.

marcas se veían cada vez mas apremiados por la necesidad, en particular don Felipe, que tenia alcanzado de pagas á su ejército, de tal modo, que solia decir á sus ministros hallarse amenazado de ruina y no vislumbrar salvacion posible si la paz no se realizaba (1). En tal estado pues debe suponerse que no era su situación la mas ventajosa para imponer condiciones á su adversario; pero Felipe y sus ministros se guardaron bien de manifestar sus apuros, antes afectaban en presencia de sus aliados y de sus enemigos una confianza en sus recursos que estaban muy lejos de tener; á la manera de una guarnicion hambrienta, que hace alarde de sus escasas provisiones para obtener mejor partido de sus contrarios (2).

Fuéron pues resolviéndose todas las dificultades, menos la cuestion cada vez mas árdua de Calais. Decíase que la reina de Inglaterra estaba resuelta á imponer la responsabilidad de su cabeza al ministro que abandonase aquella plaza. María, reina de Escocia, habia dado su mano al Delfin, que reinó despues

(1) El duque de Saboya decia en una carta á Granvela: «No ay un real y develes á la gente alemana, demas de lo que se les a pagado agora de la vieja deuda, mas d'un mylion d'escudos..... Por esso mirad como hazeys, que sino se haze la paz, yo veo el rey puesto en el mayor trance que rey s'a visto jamas, si él no tiene otros dineros, que yo no sé, ó que el señor Eraso alle algun secreto que tiene reservado para esto.» *Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. V. p. 438.

(2) El ministro de Londres tenia instrucciones para representar el mismo papel con los ingleses. «Todavía mostramos rostro á los franceses, como tambien es menester que allá se haga con los ingleses, que no se puede confiar que no vengan france es á saber dellos lo que allí podrian entender.» *Ibid.* p. 479.

con el nombre de Francisco Segundo, y se propuso que la primera hija que naciese de aquella union casára con el primogénito de Isabel y llevara á Calais en dote, por cuyo medio Inglaterra la recobraría, sin quedar lastimado el honor de Francia⁽¹⁾. De tan ridículo expediente echaron mano unos y otros para salir del compromiso en que se encontraban.

Pero comprendiendo la absoluta necesidad de dejar zanjado este negocio, ordenó Felipe á los plenipotenciarios españoles que comunicasen al de Feria, su ministro en Londres, las últimas instrucciones que les habia dado. En su virtud quedó el duque autorizado para manifestar que si bien Inglaterra habia perdido á Calais por negligencia, Felipe miraría por ella, resuelto como estaba á recobrarla; pero que por otra parte debia Isabel defenderla con todas sus fuerzas por mar y por tierra, y no en una sola campaña, sino durante la guerra, por mucho que se prolongáse; debiendo el gobierno meditar bien si el valor era proporcionado al coste. Habia el de Feria de hacer presente á la reina todo esto y empeñarla si fuese posible en una resolucion definitiva, pero de manera que no pareciese nunca haber obrado por sugerencias de otro, sino por voluntad propia, cargando con la responsa-

(1) *Ibid.* p. 468.

«That the said Dolphin's and Queen of Scott's eldest daughter shall marry with your highnes eldest sonne, who with her shall have Callice.» Forbes, *State Papers of Elizabeth*, vol. I. p. 54.

Parecia darse por seguro que Isabel no moriría soltera á pesar de cuánto aseguraba ella en contrario.

bilidad que pudiera haber en esto (1). La carta de los plenipotenciarios, que es un modelo en su género, manifiesta que la ciencia diplomática no ha adelantado gran cosa desde el siglo décimo sexto.

No habia menester Isabel de muchos argumentos para mirar con aversion una guerra que oscurecia como una densa nube la aurora de su reinado. Aumentaba por otra parte su inquietud el ver que Escocia se habia declarado partidaria de la guerra, y que con escaso crédito para este pais, se habian roto las hostilidades en todas aquellas costas. Ni su reino estaba tampoco en disposicion de hacer el extraordinario esfuerzo que exigia Felipe, aunque bien considerado, si no se resolvia á esto y consentia en los términos de aquel tratado, se veria precisada á sostener la guerra por sí misma. En tal conflicto, el gobierno inglés se convino por fin en un arreglo, que si no salvaba á Calais, por lo menos salvaba las apariencias, de modo que dejase satisfecha á la nacion. Convínose en que se devolveria á Calais pasados ocho años, y si Francia dejaba de cumplir esta condicion, satisfaria quinientas mil coronas á Inglaterra, la cual, sin embargo, no desistiria de sus reclamaciones ni aun

(1) «Hablando con la Reyna sin persuadirla ny á la paz ny á que dexé Calaix, ny tampoco á que venga bien á las otras condiciones propuestas por los franceses, para que en ningun tiempo pueda dezir que de parte de S. M. la haya persuadido á cosa que quizá despues pensasse que no le estuviessé bien. V. S. tenga respecto á proponerle las razones en balanza de manera que pesen siempre mucho mas las que ia han de inclinar al concierto.» Ibid. p. 479.

despues de cobrada dicha suma. Si durante este periodo, una de las partes ó algunos de sus súbditos, contraviniesen á este tratado ó violasen la paz asentada entre las dos naciones, la parte ofensora perderia todo derecho de reclamacion al territorio de que se trataba ⁽¹⁾. No era probable que pasasen ocho años sin que la Francia hallase un pretexto plausible para apoderarse de Calais.

El tratado con Inglaterra se firmó el 2 de abril de 1559, y al dia siguiente firmaron tambien el suyo Francia y España. En virtud de él, Saboya, Mantua y Génova, aliadas de Felipe, quedaban reinstaladas en la posesion de los territorios de que se les habia privado al principio de la guerra, quedando únicamente reservadas cuatro ó cinco plazas de importancia en Saboya, como garantías del Rey de Francia, hasta que se resolviese la reclamacion que tenia este pendiente sobre la herencia de dicho reino.

Las conquistas de Felipe en Picardía debian permutarse con las que habian adquirido los franceses en Italia y en Holanda; permuta principalmente útil á Felipe, pues en tiempo de Carlos V. habian sufrido algunos reveses las armas españolas, y su hijo adquiria á la sazón mas de doscientas poblaciones en cambio de cinco plazas que tenia por suyas en Picardía ⁽²⁾.

(1) Véase el tratado en Dumont, Corps Diplomatique (Amsterdam, 1728), tom. V. p. 34.

(2) Garnier, Histoire de France, tom. XXVII. p. 570.

Pactos tan perjudiciales para Francia indignaron profundamente al duque de Guisa, quien dijo á Enrique sin rodeos que una plumada suya costaria á la nacion mas de treinta años de guerra. «Dadme á mí, añadió, la peor plaza de las que vais á entregar, y yo me comprometo á sostenerla contra todo el poder de España (1).» Pero Enrique ansiaba la paz y la libertad de su amigo el condestable; y si bien fingió estimar en mucho la opinion del duque, tambien escribió á Montmorency que los Guisas volvian á sus antiguas mañas (2).—Y ratificó el tratado.

Terminado que hubieron los plenipotenciarios de las tres grandes potencias su difícil cargo, se dirigieron en solemne procesion á la iglesia á dar gracias al Altísimo por la feliz terminacion de sus tareas. Dióse al público el tratado; y á pesar de los términos tan poco favorables con que se trataba á Francia, á excepcion de algunos ambiciosos, que tenían puestas sus esperanzas en la prosecucion de la guerra, toda la nacion recibió con júbilo aquellas paces. De este sentimiento participaron cuantos andaban empeñados en las hostilidades, pues los mas distantes, como los españoles, se alegraban de que cesase una contienda que amenguaba tanto sus recursos, y los franceses,

(1) Mettez-moi, sire, dans la plus mauvaise des places qu' on vous propose d' abandonner, et que vos ennemis tâchent de m' en déloger. Gaillard, Rivalité de la France et d' Espagne, tom. V. p. 294.

(2) Garnier, Histoire de France, tom. XXVII. p. 567,

por haberse hecho teatro de la guerra su propio territorio.

El resultado de estas negociaciones acrecentó la reputacion que don Felipe habia sabido adquirirse con sus campañas. Prolijas y complicadas como aquellas fueron, están exactísimamente referidas en la correspondencia que por fortuna se ha conservado con los papeles de Granvela; y el curioso que recorra aquellas páginas, sin duda adquirirá en ellas el convencimiento de que los plenipotenciarios españoles procedieron con una habilidad, un conocimiento de los hombres con quienes tenian que tratar, y una política tan sagaz, que ni los franceses ni los ingleses, que intervinieron en aquellas pláticas, podian en manera alguna comparárseles. En todas las negociaciones se vió la mano de don Felipe, y todos los resortes que se tocaron, si no por su indicacion, se movieron al menos con su consentimiento. El fruto que consiguió fué muy diferente del que obtuvo Enrique II., pues mientras aquel defendía enérgica y noblemente á sus aliados, devorado este por su impaciencia en hacer la paz, abandonaba completamente á los que lo habian sido de Francia.

Desde sus primeras campañas reparó don Felipe los desastres con que humilló la fortuna en sus postreras guerras á Cárlos V.; y el tratado que acababa de concluir demostraba palpablemente que el número de pueblos que perdía era mucho menor que el de

las provincias que se le otorgaban ⁽¹⁾: no es, pues, extraño que se le reputase tan perspicaz en el consejo como afortunado en los combates. Vencedor en Picardía y en Nápoles, había arrancado la corona del triunfo al rey de Francia y postrado la altivez de Roma en una guerra que se había visto obligado á aceptar en defensa propia ⁽²⁾. Fiel á sus aliados y duro para sus enemigos, quizá no tuvo don Felipe período alguno de su vida en que gozase de autoridad tan legítima á los ojos de Europa, como el día en que firmó el tratado de Cateau-Cambresis.

Con el fin de estrechar la union entre unas y otras potencias, y calculando que no repugnaria á la nacion francesa el tratado, si se le daba color de serlo de matrimonio, se propuso una alianza entre las familias reales de España y Francia. Acordóse primeramente casar á la princesa Isabel, hija de Enrique, con el príncipe don Carlos, primogénito y heredero del rey católico, pues ambos cónyuges contaban poco mas ó menos la misma edad, es decir, unos catorce años. Mas como la boda con Inglaterra se había deshecho, creyóse despues que seria mas conveniente para Fran-

(1) «Pour tant de restitutions ou de concessions que revenoit-il á la France? moins de places qu' elle ne cédoit de provinces.» Gaillard, *Rivalité de la France et d' Espagne*, tom. V. p. 292.

(2) Carlos V. que en su retiro de Yuste debia naturalmente escrupulizar mas cualquiera colision con Roma que en los tiempos en que tenia prisionero al papa, aprobó sin vacilar la conducta de su hijo.

«Pues no se puede hacer otra cosa, y el rey se ha justificado en tantas maneras cumpliendo con Dios y el mundo, por oscurar los daños que dello se seguirán, forzado será usar del último remedio.» Carta del emperador á Juan Vazquez de Molina, 8 de agosto, 1537, MS.

cia sustituir en el tratado matrimonial el padre al hijo, es decir, el que ya era monarca al que solo tenía probabilidad de serlo; y aunque la desigualdad de años entre Felipe y la princesa de Francia era muy grande, el reparo se creyó pequeño. Dicese que la propuesta salió de los negociadores franceses, y que los españoles replicaron que sin embargo de la repugnancia de su soberano á contraer nuevo enlace, por consideraciones al monarca francés y por el bien general, renunciaria á semejante escrúpulo, aceptando la mano de la princesa con el mismo dote que se habia propuesto tratándose de don Carlos (1).

Sabedora de estos tratos la reina Isabel, se manifestó no poco resentida de que don Felipe se hubie-
ra consolado tan presto de haber renunciado á ella. «Vuestro soberano, dijo con cierto despecho al de Feria, ha debido sentir hácia mí un amor muy vehementemente, cuando no ha podido esperar ni cuatro meses.» No se mordió la lengua el embajador, sino que impu-
tó la culpa de que se hubiese frustrado aquel nego-
cio á la misma reina. «No es verdad, replicó ella, pues nunca dí á vuestro rey respuesta decisiva.» El conde la dijo que aunque las negativas habian sido

(1) «Il nous a semblé mieulx de leur dire rondement, que combien vostre majesté soit tousjours esté dure et difficile à recepvoir persua-
sions pour se remarier, que toutesfois, aiant représenté á icelle le
désir du roi très-chrestien et le bien que de ce mariage pourra succé-
der, et pour plus promptement con oüider cesté union et paix, elle s'
estoit résolue, pour monstrier sa bonne et syncère affection, d' y
condescendre franchement.» Grauvelle, Papiers d' Etat, tom. V.
p. 580.

en cierto modo indirectas, él no habia querido apurarla hasta el punto de decir redondamente que no, por no dar motivo á indignaciones entre dos tan grandes príncipes ⁽¹⁾.

En el mes de junio de 1559, llegaba á Francia el duque de Alba con objeto de pedir la mano de la princesa y desposarse con ella en nombre de su soberano. Acompañábale Ruy Gomez, conde de Melito, mas conocido por el título de príncipe de Éboli, el príncipe de Orange, el conde de Egmont y otros señores de la primera nobleza y dignidad, que autorizasen con su nombre la embajada. Fué recibido con gran ceremonia por Enrique II., que, rodeado de toda su corte, parecia querer mostrar asi al enviado el respeto y satisfaccion de que estaba poseido. El duque por su parte desplegó toda la pompa y bizarría de un verdadero caballero español; pues si bien se conformó con la costumbre francesa al saludar á las damas de la corte, al llegar á la que habia de ser su reina, se abstuvo de semejante libertad, y no permitió cubrirse, mientras estuvo en su presencia, aunque repetidas veces se lo rogaron: delicadeza que maravilló no poco á los franceses, y que se estimó como propia de la cortesía de tan noble castellano ⁽²⁾.

(1) Mem. de la Academia, tom. VII. p. 268.

(2) «Osservando egli l'usanza Francese nel baciare tutte l'altre Dame di Corte, nell'arrivar alla futura sua Regina, non solo intermise quella familiare cerimonia, ma non uolle né anche giamai coprirsi la testa, per istanza che da lei ne gli fusse fatta; il che fu notato per

El matrimonio se celebró el 24 de junio en la iglesia de Santa María. El rey Enrique entregó á su hija, y el duque de Alba la recibió como apoderado de su monarca; y finalizada la ceremonia, el príncipe de Éboli puso en el dedo de la princesa un riquísimo anillo de diamantes, memoria de su señor, con lo que la hermosa Isabel, prometida del príncipe don Carlos, vino á ser esposa del rey su padre: desdichada union cuyas misteriosas consecuencias habian de suministrar trágico asunto á las páginas de la novela, mas bien que á las de la historia.

A las bodas se siguieron grandes y lucidos festejos, y principalmente un torneo que era el espectáculo favorito de aquella época bulliciosa. Enrique se hallaba á la sazón afanado en la empresa de extirpar la heregía protestante, que según hemos visto, comenzaba á levantarse formidable en la capital de sus dominios (1). En la tarde del 15 de junio asistió á una sesión del Parlamento, y mandó arrestar á algunos de sus principales individuos por la libertad con que

nobilissimo, e degno alto di creaza Spagnuola.» Campana, Filippo Secondo, parte II. lib. 44.

(1) Y no solo en la capital de sus dominios, pues los comisionados ingleses, en una carta escrita en enero de 1539, avisaban á la reina, su señora, que ese habia hecho un convenio entre el difunto papa y los reyes de Francia y España para juntar sus fuerzas con el objeto de suprimir la religion... siendo su intento forzar al resto de la cristiandad, que fuese protestante, á someterse á la autoridad del papa, y recibir su religion.» (Forbes, State Papers, vol. I. p. 296.) Sin tan manifiesta evidencia de semejante acuerdo, se hallau indicios de él en otros testimonios que tendremos ocasion de citar mas de una vez en el transcurso de esta historia.

se habian expresado delante de él; y si bien les impuso pena de destierro, demoró el cumplimiento de la sentencia hasta que terminase la fiesta del torneo.

Era aquel rey muy dado á bélicos ejercicios, en los cuales ostentaba la gallardía de su persona y su admirable destreza en el cabalgar, en presencia de las bellísimas damas y de lo mas florido de su córte (1). En esta ocasion parece que quiso acrisolar su fama, ganándose uno y otro premio, y derribando á cuantos se ponian delante de su lanza. Ya á la caída de la tarde, cuando iba á terminar la fiesta, reparó en el jóven conde de Montgomery, caballero escocés y capitán de su guardia, que apoyado en su lanza no habia tomado parte en el combate. Excitóle el rey á romper una lanza con él en honor de su señora, sin que aprovecharan de nada los ruegos de la reina, que temerosa de una desgracia, instó á su esposo para que se contentase con los triunfos que habia logrado. Enrique se obstinó en apurar su suerte, y obligó al conde, que no se sentia dispuesto á empeñarse en aquel lance, á saltar sobre el caballo. Con tremendo choque se encontraron los dos campeones en medio

(1) Brantôme, que correspondió á los favores que le hizo Enrique II, dándole un lugar aventajado en su galería de retratos, elogia su destreza en los torneos y su admirable arte de manejar los caballos.

«Mais sur tout ils l'admirent fort en sa belle grace qu'il avoit en ses armes et à cheval; comme de vray, c'estoit le prince du monde qui avoit la meilleure grace et la plus belle teaué, et qui sçavoit aussi bien maistrer la vertu et bonté d'un cheval, et en cacher le vice.» Œuvres, tom. II. p. 353.

del palenque. Montgomery era adversario terrible, y con tal fuerza arremetió con su lanza, que dando al rey en el yelmo, le deshizo el resguardo de la visera. La lanza quedó hecha astillas, y con tanta violencia le entró al rey una por una sien, que le saltó el ojo. Vaciló el infeliz monarca en su silla, y hubiera caído á tierra, si no hubieran llegado tan pronto el condestable, el duque de Guisa y otros nobles, que le sacaron en brazos sin sentido de la tela. La herida de Enrique era mortal. Ocho dias pasó en horrible agonia, y expiró el 9 de julio á los cuarenta y dos años de edad y trece de su reinado. Presagio infausto para las bodas de Isabel ⁽¹⁾.

Extremos de sentimiento hizo el reino al saber la muerte del soberano. No poseia ninguna de las eminentes cualidades que hacen famoso á un príncipe por su grandeza ó por su bondad, pero sí la exterioridad que á veces interesa mas que el mérito positivo á todo un pueblo, y sobre todo si es un pueblo que se paga de exterioridades tanto como el de Enrique ⁽²⁾. No faltaban, sin embargo, en el reino algunos, de los afiliados en la secta de los hugonotes, que mirasen la muerte del rey de distinto modo, con

(1) *Ibid.* p. 354.—De Thou, *Histoire Universelle*, tom. III. p. 367.—Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. IV. cap. 20.—Campana, *Filippo Secondo*, parte II, lib. 14.—Forbes, *State Papers*, vol. I, p. 454.

(2) El comisionado inglés Sir Nicolás Throckmorton atestigua la popularidad que gozaba Enrique.—«Maravillaban los grandes hombres que por él se hacian, y las lágrimas que derramaban, así hombres como mujeres.» Forbes. *State Papers*, vol. I, p. 154.

cierta alegría por verse libres de sus persecuciones. Pero su alborozo era infundado. Pasaba el cetro á manos de una dinastía de príncipes imbéciles, ó mejor dicho, de su madre, la famosa Catalina de Médicis, que habia de reinar en lugar de ellos y ser el enemigo mas implacable que habian tenido jamás los hugonotes.

CAPITULO IX.

ÚLTIMOS DIAS DE CÁRLOS QUINTO.

Don Cárlos en Yuste.—Su sistema de vida.—Su interés en los negocios públicos.—Celebra sus funerales.—Su última enfermedad.—Su muerte y carácter.

1556.—1558.

Mientras acontecian los sucesos referidos en el capítulo precedente, ocurrió otro que, á haberse verificado antes, hubiera influido considerablemente en la política de Europa, y que al saberse, produjo el mayor interés en toda ella. Aludimos á la muerte del emperador Cárlos V. en el monasterio de Yuste, donde vivia apartado del mundo. Ya hemos visto en las primeras páginas de nuestra narracion, cómo despues de haber abdicado el cetro, se retiró á aquel convento de Jerónimos, situado en medio de las montañas de Extremadura, á donde el lector se complacerá en seguirle, y en saber de qué manera se conformó á tan nuevo género de vida, y cómo pasó los postreros dias

de su desasosegada existencia. La pintura que me propongo dar diferirá en mas de un punto de las que nos han dejado todos aquellos historiadores que escribieron cuando el Archivo de Simancas, en que se contienen los materiales mas auténticos para bosquejar esta narracion, no franqueaba sus puertas á investigador alguno, ya fuese natural, ya de pais extraño (1).

Cárlos V., segun hemos visto, tenia resuelto de tiempo atrás dejar algun día los cuidados del gobierno, y emplearse, eligiendo al efecto un sitio solitario, en el cuidado de su salvacion. El mismo designio habia tenido su esposa la emperatriz Isabel, como aparece de su permanencia en Yuste (2); murió, sin embargo, sobrado pronto para realizar aquel deseo; y Cárlos distraido en sus ambiciosos planes, no pudo llevar á cabo su propósito hasta el otoño de 1555 en que, falto de salud y fuerzas, y disgustado del mundo, renunció el cetro que habia empuñado por espacio de cuarenta años, y se retiró á vivir oscura y tranquilamente.

El punto que para vivienda habia elegido estaba

(1) Esta lisonjera esperanza no llegó á realizarse. Escribia yo esto en el verano de 1851, cuando no se habia publicado la vida de Cárlos V. en Yuste; pero despues han salido á luz hasta tres distintas, gracias á las incansables investigaciones de Mr. Stirling, M. Amedée Pichot y M. Mignet, al paso que M. Gachard, con la publicacion de los documentos originales de Simancas, facilita la comprobacion que puede hacerse de todos aquellos datos.—Véase la nota que va al fin de este capitulo.

(2) Sandoval, Hist. de Cárlos V., tom. II, p. 611.

situado á unas siete leguas de la ciudad de Plasencia, en la falda de la cordillera de montañas que atraviesan la provincia de Extremadura. Cercado de ásperas eminencias, y al abrigo de cerrados bosques de robles y de castaños, se veía el célebre monasterio libre de los Nortes impetuosos. A la parte de Mediodía iba declinando el terreno gradualmente hasta terminar en una uocha llanura llamada la Vera de Plasencia, que regada por las vertientes de la sierra, formaba peregrino contraste por su brillante vegetacion con las escabrosas montañas que le servian de limite. Era sitio muy á propósito para el que quisiera retirarse del comercio del mundo y consagrar sus dias á la oracion y demas prácticas piadosas. En aquella pacífica mansion habian prosperado los religiosos que la habitaban, dándose á conocer los unos por su santidad y los otros por su ciencia, cuyos frutos se conservan en la rica coleccion de manuscritos existentes en la librería del monasterio. La comunidad adquirió cuantiosos donativos, con que llegaron sus individuos á hacerse propietarios de buena porcion de tierra de aquellas cercanías, cuyo producto empleaban caritativamente en socorrer á los pobres que acudian á la puerta del convento; y no mucho antes de haber elegido Carlos este para morada, habian ensanchado el edificio, añadiéndole un terreno cuadrangular, y construyendo claustros que no carecian de cierta elegancia arquitectónica.

Ademas, tres años antes de encerrarse en él el emperador, envió un hábil arquitecto para hacer las obras de la parte que destinaba á su habitacion, la cual era muy sencilla, pues se componia de ocho piezas, cuatro en cada piso, que daban á la parte del Mediodía del monasterio, de no mucha elevacion, y de anchura proporcionada. Por ambos lados la preservaba un pórtico del calor del sol, y una galería abierta en el centro, daba paso al aire y las tenia constantemente ventiladas; mas como Carlos adolecia de la gota, y temia mas el frío que el calor, mandó poner chimeneas, que para los habitantes de tan templado clima, era un lujo desconocido *.

Desde su cámara, y por medio de una ventana que daba á la iglesia del monasterio, cuando estaba malo en el lecho y no podia oír misa, veía el altar mayor. Los muebles, segun relacion de persona que pasa por autorizada, eran en extremo sencillos, sin mas comodidad para descansar que «una sola silla de caderas, que mas era media silla, tan vieja y ruin, que si se pusiera en venta, no dieran por ella cuatro reales» (1); pero en el inventario de los muebles de Yus-

* En la obra de Mr. Gachard, *Retraite et Mort de Charles-Quint*, tom. I., se da una lámina que representa la planta del monasterio segun el proyecto aprobado por el emperador.

(1) *Ibid.*, tom. II. p. 610.—Véase tambien *El Perfecto Desengaño* por el marqués de Valparaiso, MS.

Hablando este último escritor de los muebles, se vale de las mismas palabras de Sandoval, á excepcion de una sola. Ambos debieron las principales noticias de su narracion sobre la vida de Carlos Quinto en Yuste, al prior del monasterio, Fray Martin de Angulo. La autoridad

te, en lugar de la «silla de caderas», se citan, además de varios asientos forrados de terciopelo, dos sillas de brazos, especialmente destinadas al servicio del Emperador, una de las cuales tenía una construcción particular, pues se componía de seis almohadas y una tarima, para descansar en ella de sus dolencias. No menos esmero en las comodidades de su persona manifestaba el guarda-ropa, pues contenía hasta diez y seis vestidos de seda y terciopelo, forrados de arminio, plumas ó suaves pieles de cabra de Berbería. Los adornos de la habitación, no solo eran cómodos, sino lujosos: colgaduras de terciopelo; alfombras turquescas y de Aloaráz, y veinte y cinco tapices ricamente labrados con figuras de flores y animales. En la alcoba tenía doce cortinas de riquísimo paño negro, pues desde la muerte de su madre acostumbraba á colgar de luto su dormitorio. Entre otros objetos de ornato ó curiosidad, se veían cuatro grandes relojes delicadamente contruidos, además de algunos de bolsillo, que entonces eran mucho mas raros que en nuestros días. Formaba empeño en que todos anduviesen exactamente, y con este objeto se había llevado consigo á Yuste á su fabricante. El servicio de su mesa era de plata, así como los utensilios de co-

de éste es sin duda irreconusable, pues fué testigo de los últimos momentos de Carlos Quinto, y escribió su relación para uso y á petición de la regente doña Juana. No es fácil saber por qué causa el buen padre presentaría á su héroe reducido á tales estrecheces: acaso creería que redundaba en mayor gloria del Emperador el haber trocado la magestad del trono por la vida completamente monástica.

cina y de dormitorio, que juntos pesaban cerca de cuatro mil onzas ⁽¹⁾.

En el inventario se expresan unos cuantos libros, la mayor parte de devoción; y se echa de ver la afición que Carlos Quinto tenía á las artes, en la pequeña pero escogida colección de pinturas que llevó para adornar las paredes de sus habitaciones. Nueve de ellas eran obra del Ticiano, de quien el Emperador había hecho siempre grande aprecio, eligiéndole para que trasmitiese su retrato á la posteridad. Cuatro de ellos y de la emperatriz conservaba en Yuste, además de algunos otros cuadros que eran los mas célebres del gran pintor veneciano, entre ellos el de la *Gloria*, en que se veía á Carlos y la Emperatriz, en medio de la mansión de los justos, sostenidos por unos ángeles y en actitud de orar humildemente ⁽²⁾. Estaba colocada esta pintura á los pies de su cama, y segun otros en el altar mayor de la iglesia; y dícese que solia contemplarla á menudo y con mucha ternura, porque le traía á la mente los mas gratos recuerdos; pues viendo la imágen de una persona á quien tanto había querido en la tierra, podía confiar en verse reunido con ella en la celestial morada, segun el ar-

(1) El lector hallará el extracto del inventario en Stirling's Cloister Life of Charles the Fifth. (London, 1832, Apéndice, y en Pichot's Chronique de Charles-Quint; (Paris, 1834, pág. 537 y sig.

(2) Mignet ha dedicado dos páginas á la descripción de este notable cuadro, del cual se conserva un grabado que se ejecutó á vista del mismo Ticiano. Carlos V, pp. 214 y 45.

tista los habia pintado ⁽⁴⁾. Desde el claustro superior á los jardines conducía una bajada ó plano inclinado, pues la dificultad que experimentaba Carlos para andar, no le permitia á veces bajar una escalera. Cerca-ba el jardin una tapia de bastante elevacion para que nadie pudiera verle; y aumentaban la delicia de aquel recinto multitud de higueras, naranjos y limone-ros, y varias plantas aromáticas que crecian por todas partes. Complaciase el emperador en cuidarlas, en podar los árboles, y en otras operaciones de horticul-tura; al propio tiempo le servia aquella ocupacion de ejercicio, y cuando el tiempo lo permitia, daba al-gunos paseos por una calle de crecidos castaños, que terminaba en una graciosa capilla construida en lo mas espeso del bosque, cuyas ruinas se ven to-davía al presente. Entre los árboles se alzaba un cor-pulento nogal, que tambien se conserva hoy dia, á cuya sombra meditaria mas de una vez aquel gran monarca en la incertidumbre de la vida futura ó en la efímera gloria de lo pasado.

(4) Vera y Figueroa, Vida y hechos de Carlos V, p. 427.

Un redactor del *Fraser's Magazine* de abril y mayo de 1834 insertó una noticia de este magnífico cuadro en dos artículos, cuyo asunto es la vida de Carlos Quinto en Yuste. Ambos son fruto del estudio de los mejores autores, en especial de aquellos que no pueden tener á menos los lectores ingleses, habiendo reunido dicho autor muchas noticias curiosas acerca de las personas que acompañaron al Empera-dor en su retiro; y aunque no parece haberse propuesto demostrar la parte tan activa que tuvo Carlos en los negocios públicos, resulta que su reseña es la mas completa que se ha publicado hasta ahora sobre esta interesante parte de la vida del Emperador.

(Conservo esta nota como la escribí en un principio, antes de saber que el autor de los mencionados artículos era Mr. Stirling).

Habia sido Carlos uno de los jinetes mas diestros de su tiempo; y creyendo poder hacer algun ejercicio á caballo, mandó llevar á Yuste una jaca y una mula, pero el mismo que un dia y otro, sin ceder al cansancio, quebrantaba los pesados caballos de Flándes ó los bravos corceles de Andalucía, no podia resistir á la sazón ni el pausado movimiento de una mansa jaca; tanto que habiendo hecho una prueba á poco de llegar al monasterio, viendo el trabajo que le costaba, desistió para siempre de repetirla ⁽¹⁾.

Pocos sitios hay mas dignos de ser visitados, que el que el célebre Emperador eligió para reposar de los espinosos cuidados del gobierno. Hace aun pocos años hubiera podido el viajero recibir de los moradores del convento la misma hospitalidad que con tanta benevolencia ofrecian siempre al que se acercaba á aquellas puertas; pero en 1809 saquearon el convento los franceses, y la brutal soldadesca de Soult convirtió el edificio y sus venerables claustros en un monton de confusas ruinas. Ni pudo preservarse del estrago la preciosa coleccion de manuscritos reunidos con tanto esmero por los buenos monjes; pues hasta el *palacio del Emperador*, como estos llamaban su vivienda, tuvo poco mas ó menos la misma suerte.

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V. tom. II. p. 610.—Sigüenza, Historia de la Orden de San Gerónimo, (Madrid, 1595—1605), parte III. p. 490.—Ford, Handbook of Spain, (London, 1845), p. 551.

De estos autores, el padre Sigüenza hizo la mejor descripción de la vivienda del Emperador, tal como estaba en su tiempo, y Ford del estado en que se halla actualmente.

bien que ocasionada por los que debian creerse amigos, por los liberales de Cuacos, que se decian patriotas, y convirtieron en cuadras para sus caballos el piso bajo del edificio, y la parte superior en pajares y graneros. Arrancáronse del jardín las moreras, cuyas hojas servian de alimento á los gusanos de seda que labraban sus capullos en el solitario albergue del César. Pero la naturaleza sigue siendo la misma que en vida de éste: todavía se elevan sobre las ruinas del monasterio las desnudas cumbres de la Sierra; las laderas de los montes se ven todavía cubiertas de arbustos y matorrales; y desde ellos descubre aun el viajero la deliciosa vera de Plasencia, tan fértil y fresca como en otro tiempo; y al discurrir por entre los pórticos y derruidos arcos del palacio, aspira la fragancia de mil plantas aromáticas y flores silvestres que brotan, en enmarañada confusion, en el sitio mismo donde tenia su jardín el Emperador ⁽⁴⁾.

Aunque este bajó por aquellas montañas en litera, hizo una jornada bastante lenta y penosa desde Valladolid. Detúvose algun tiempo en el cercano pueblo

(4) Véase el elocuente final de la vida de Carlos Quinto en Yuste, por Stirling.

Ford, en su admirable Manual (Handbook of Spain), que puede servir de guia asi al que quiera conocer á España desde su estudio, como al viajero que la recorra, dedicó algunos párrafos á referir la visita que hizo á este monasterio, donde, como dice él, parece que domina aun el espíritu del poderoso monarca que en él acabó sus días. Copiaremos unas cuantas líneas de la obra del viajero inglés, para que el lector pueda adquirir una idea de aquel lugar, mucho mas viva y exacta que cuantas descripciones pudiéramos hacer en nuestro texto. «Véanse abiertas de par en par aquellas mismas ventanas por

de Jarandilla, desde donde, despidiendo á la mayor parte de su afligida comitiva, prosiguió caminando con los demas que la componian hasta el monasterio de Yuste; y el 3 de febrero de 1557 entró en la mansion donde habia de acabar sus dias (1). Mucho lisonjeó á los religiosos de Yuste la preferencia que habia merecido á Cárlos su convento; y así que entró este en la capilla, entonaron un solenne *Te Deum*, agrupándose todos en torno del Emperador, que se prosternó ante el altar, para darle una prueba de su respeto y obediencia. Cárlos los recibió á todos afablemente, y despues de recorrer el departamento que le estaba reservado, se manifestó complacido de las obras que se habian hecho. No era hombre de carácter voluble, pues se tomaba tiempo para idear sus planes, y mucho mas para hacer variacion en ellos; así que hasta el día en que espiró en Yuste (por mas que otra cosa se haya dicho), se mostró satisfecho, no solo de la resolucion que habia formado, sino del sitio que habia elegido.

Desde luego determinó conformarse, en cuanto su salud se lo permitiera, á las prácticas religiosas

donde entraba la brisa perfumada con el aroma de los tomillos, y desde donde, con la claridad de la noche, podia espaciarse la vista por aquel dilatado valle, oír los dulces cantos de los ruiseñores, y contemplando el jardín ya abandonado, ver relucir las estrellas como diamantes en el aljibé que teniamos debajo ¡Cuántas veces habria contemplado Cárlos la misma escena á la propia hora, desde aquel mismo apacible y silencioso sitio, donde todo se conservaba en igual estado y solo se echaba de menos su personal! Handbock of Spain, p. 553.

(1) Carta de Martin de Castela al secretario Vazquez, 8 de febrero, 1557, MS.

del monasterio, sin que tuviese ánimo de abrazar rigurosamente aquella regla, pues la servidumbre que llevó consigo se componia cuando menos de cincuenta personas, la mayor parte flamencos ⁽¹⁾; número en verdad poco excesivo si se atiende al que habia en las casas de algunos caballeros particulares. Sin embargo, entre ellos se contaban algunos cuyos cargos eran mas propios del servicio de un príncipe que del que iba á encerrarse en una celda. Allí tenia mayordomo, limosnero, guarda-ropa, guarda joyas, ayudas de cámara, dos relojeros, varios secretarios, el médico y el confesor, ademas de los barberos, cocineros, reposteros, panaderos, cervecedores, guardas, porteros y lacayos. Algunos de ellos no parecian tener tanta vocacion como su señor á aquella vida retirada, y sin duda renunciarian con sentimiento á las pompas y vanidades del mundo de que se alejaban: por lo menos tales debian ser los sentimientos de Quijada, mayordomo del Emperador, en quien tenia depositada su confianza, y que corria con el gobierno de su casa. «Las vistas de las piezas de Su Majestad, decia aquel en una carta, con cierta displicencia, no son muy largas, sino cortas, y las que se ven, ó es una

(1) Sus nombres y cargos se hallan especificados en el codicilo que otorgó Carlos pocos dias antes de su muerte. Véase el documento en Sandoval, Hist. de Carlos V., tom. II. p. 662.

Otra lista mas completa ha sacado el infatigable señor Gaehard de varios documentos reunidos por él, por medio de los cuales ha podido rectificar la ortografia de Sandoval, que desfiguró completamente los nombres flamencos. Véase *Retraite et Mort de Charles Quint*, tom. I. p. 4.

montaña de piedras grandes, ó unos montes de robles no muy altos. Campo llano no le ay, ni cómo poderse pascar, que no sea por un camino estrecho y lleno de piedra. Río yo no ví ninguno, sino un golpe de agua que baxa de la montaña: huerta en casa ay una pequeña, y de pocos naranjos..... el aposento baxo no es nada alegre, sino muy triste, y como es tan baxo, creo será humido..... Esto es lo que me parece del aposento y sitio de la casa, y grandísima soledad (1).» «Por lo que hace á los frailes, decía el secretario Gaztelu (*), en el mismo tono amistoso, plegue á Dios que los pueda sufrir; que no será poco, segun suelen ser todos muy importunos, y mas los que saben menos (2).» Es, pues, evidente que los criados de Cárlos hubieran trocado de buena gana las privaciones de la vida monástica por los banquetes y fiestas de Bruselas.

El respetable prior del convento, al dirigir la palabra al Emperador, le dió el tratamiento de *paternidad*, hasta que uno de los frailes le apuntó al oído que le diese el de *majestad* (3); porque realmente,

(1) Carta de Luis Quixada á Juan Vazquez, 30 de noviembre, 1536, MS.

El mayordomo concluye rogando á Vazquez que no la enseñe á su señora doña Juana, la Regente, para que no se creyera que desaprobaba en nada cosa que se habia hecho segun los deseos del Emperador.

(*) El señor Gachard, en su obra citada, inserta otras dos cartas de Quixada á Vazquez, de 23 y 26 de febrero de 1537, en que se queja nuevamente de la vida de Yuste.

(2) Carta de Martín de Gaztelu, MS.

(3) «Llamando al emperador *paternidad*, de que luego fué adver-

Cárlos no habia perdido aun el derecho á este título, siendo como era emperador. La renuncia de la corona imperial, que como hemos visto, fué á poco tiempo de la de España, no se habia llevado á efecto, á consecuencia de no estar reunida la dieta cuando su enviado el príncipe de Orange se presentó en Ratisbona en la primavera de 1557. La guerra de Francia inspiró á Felipe deseos de que su padre conservase algun tiempo la soberanía de Alemania; de suerte que llevaba ya un año Cárlos Quinto en Yuste, cuando la dieta aceptó su renuncia, en Francfort, el 28 de febrero de 1558. Era, pues, aun Cárlos emperador y seguia recibiendo el título de tal en todas sus comunicaciones ⁽¹⁾.

Sobre los quehaceres ordinarios del monarca, tenemos minuciosas relaciones. Todos los dias, á no impedírsele el estado de su salud, oia misa, é inmediatamente despues se ponía á comer, lo cual verificaba siempre temprano y solo, prefiriendo esto á ocupar un asiento en el refectorio del monasterio. Gustábale trinchar y servirse á sí mismo, bien que no siempre estaban sus manos tan sueltas como necesitaba ⁽²⁾. Mientras comia estaba el médico presente, para

tido de otro frayle que estaba á su lado, y acudió con *magestad.* Ibid.

(1) «Emperador semper augustus de Alemania.»

(*) Hasta fines de abril ó principios de mayo no comenzó á usar Cárlos de sellos nuevos, sin corona, ni águila, ni toison, ni mas escudo que el de las armas de España y de Borgoña.—Véase, ap. Gachard, la carta de Gaztela á Vazquez, de 3 de mayo de 1558.

(2) Tampoco tenia los dientes en mejor estado. «Era amigo de cortarse él mismo lo que comia, aunque ni tenia buenas ni desembuel-

observar por lo menos lo inútiles que eran sus prescripciones, pues no tenia el paciente la virtud de la abstinencia. A veces concurría tambien el flamenco Van Male, ayuda de cámara favorito del Emperador, que era hombre de instruccion, y cuyas discusiones con el doctor entretenian mucho á don Carlos, pues recaian por lo comun en asuntos de Historia Natural, á que este era muy aficionado; y cuando no podian ponerse de acuerdo en algun punto, llamaban al confesor, para que, como persona de ciencia, fallara en a controversia.

Concluida la comida, que era ocupacion bastante larga, oia leer algun capitulo del teólogo ó santo padre que mas le interesaba. En otro tiempo parecia que su libro favorito era el que escribió Comines sobre la vida de Luis XI. ⁽¹⁾, príncipe cuya máxima *«qui nescit dissimulare, nescit regnare,»* era muy del agrado del Emperador: ahora, sin embargo, dado á la vida espiritual, preferia algunas páginas de San Bernardo, y mas aun de San Agustín, cuya elocuencia le embelesaba ⁽²⁾. Al caer de la tarde, oia una plática pronunciada por algun predicador de nombre, pues con este objeto habia enviado á Yuste la orden tres ó cuatro de los mas distinguidos de aquellos

tas las manos, ni los dientes.» Sigüenza, Orden de San Gerónimo, parte III, p. 492.

(1) De Thou, Hist. Universelle, tom. III.; p. 203.

(2) «Quando comia, leia el confesor una leccion de San Agustín.» El Perfecto Desengaño, MS.

tiempos; y si su enfermedad le privaba de oírlos, Fray Juan de Regla, su confesor, le repetía despues el tema y lo mas importante de los discursos. Era muy puntual en los ayunos y en la observancia de las festividades de la Iglesia; y cuando su salud le imposibilitaba de ayunar, remplazaba esta privacion con una rigurosa disciplina, especialmente en tiempo de cuaresma, en que llevaba esta mortificacion hasta el punto de teñir la disciplina en sangre; ejemplo que, segun dicen, siguió tambien Felipe, su heredero⁽⁴⁾.

La sinceridad con que habia entrado en aquella vida enteramente espiritual, le llevaba tambien á velar sobre la conducta de los demas, no exceptuando de los efectos de su celo ni aun á los mismos monjes; pues observando que algunos de los mas jóvenes prolongaban mas de lo que parecia necesario sus confe-

(4) Strada, De Bello Belgico, tom. 1. p. 15.—Vera y Figueroa, Vida y hechos de Carlos V., p. 123.—Sigüenza, Orden de San Gerónimo, parte III. p. 195.

Este último escritor es muy minucioso en las noticias que da respecto á las ocupaciones y vida del emperador en Yuste. Era el padre Sigüenza prior del Escorial, y en este monasterio de Gerónimos tenia ocasion de hablar frecuentemente con alguno de los religiosos que habian conocido á Carlos en su retiro. Su obra, dada á luz á principios del siglo siguiente, se ha hecho muy rara, tan rara que Mr. Gachard tuvo que contentarse con algunos extractos de ella manuscritos, por la dificultad de adquirir la edicion. Yo he tenido la fortuna de lograr un hermoso ejemplar, por medio de mis libreros, los señores Rich, hermanos, de Londres, dignos hijos de un erudito que por espacio de treinta años fué uno de los mas hábiles y diligentes coleccionadores de libros raros y preciosos.

(*) En España no escasea todavia tanto como dice el autor la obra del padre Sigüenza; pero convendria reimprimirla, como se ha hecho últimamente con su *Vida de San Gerónimo*. Lo de la disciplina no está completamente probado. Véase á Gachard, *Retraite et Mort*, tom. II, en el Prefacio.

rencias con las mujeres que iban á buscarlos á la portería del convento, «mandó pregonar en los lugares comarcanos que, so pena de cien azotes, mujer alguna no passasse de un humilladero que estaba como dos tiros de ballesta del monasterio (1).» Refiérese asimismo que en otra ocasion, como particularmente se propusiera corregir á uno de los mas mozos de la comunidad, llegó este á decirle: «¡No estais todavía contento con haber traído revuelto el mundo, que venís tambien aqui á alterar la paz de este pobre monasterio!»

Complaciáse ademas sobremanera, y como uno de sus ejercicios espirituales, en el canto, pues era en extremo aficionado á la música, que tanta parte tiene en los ritos de la Iglesia Romana. Cantaba con perfeccion y con voz clara y sonora, oyéndosele cuando tenia abiertas las ventanas de su dormitorio acompañar á los monjes que estaban en la iglesia. El coro se componia de los cantores de la Órden, y Cárlos no quiso llevar ningun otro de fuera. Estaba dotado de tan buen oído, que no solo distinguia cualquiera voz extraña de las conocidas, sino que le disonaba la menor nota que se diera en falso; y en este caso, no podía á veces menos de interrumpir sus devociones, y á media voz expresar su disgusto con cualquiera de aquellos apóstrofes groseros, que si bien no eran

(1) Sandoval, Hist. de Cárlos V., tom. II. p. 642; Valparayso, El Perfecto Desengaño, MS.

impropios de los hábitos de un guerrero, al presente desdecían mucho del lugar y sistema de vida que había elegido ⁽¹⁾.

El tiempo que no invertía en sus ejercicios religiosos, lo tenía distribuido en varias ocupaciones á que siempre había tenido afición, aunque no oportunidad para dedicarse, como al presente. Además del cuidado del jardín, gustaba mucho de cierta clase de invenciones mecánicas. Pocos años antes, estando en Alemania, había construido un ingenioso carruaje para su propio uso ⁽²⁾. A Yuste llevó consigo un ingeniero llamado Torriano (*), célebre por las máquinas hidráulicas que había construido en Toledo; y con ayuda de este, que era un mecánico sobresaliente, se entretuvo Carlos en hacer multitud de figuritas que representaban otros tantos soldados, y ejecutaban ejercicios militares. Los historiadores confían demasiado en nuestra credulidad, hablándonos de unos pajaritos de madera que habían uno y otro ideado, y entraban y salían por las ventanas con no pequeña ad-

(1) Véase Sandoval, Hist. de Carlos V., tom. II. p. 613. Pero el autor de El Perfecto Desengaño no habla de que el Emperador conservase tal costumbre, sin embargo, de que confiesa atenerse al MS. del prior Angulo.

(2) «Non aspernatur exercitationes campestris, in quem usum paratam habet tormentarian rhedam, ad esedi speciem, præcellentis arte, et miro studio proximis hisce mensibus a se constructam.» Lettres sur la Vie Intérieure de l'empereur Charles-Quint, écrites par Guillaume van Male, gentil homme de sa chambre, et publiées, pour la première fois, par le Baron de Reiffenberg, (Bruxelles, 1813, 4^o.) ep. 8.

(*) El famoso Juanelo.

miracion de los monjes⁽¹⁾; pero lo que mas les causaba asombro era un molinillo de mano para moler trigo, que en un solo dia hacia harina bastante para la manutencion de un hombre por espacio de una semana ó mas; y al ver esto los buenos padres creian que fuese obra de nigromantes, lo cual influyó tal vez en que el desventurado ingeniero se viese mas adelante perseguido por la Inquisicion.

Lo que sin embargo avivaba mas su curiosidad era el mecanismo de los relojes. Tenia gran número de ellos de todas clases que habian de andar iguales en su habitacion; y con este motivo se refiere el caso de que, viendo cuán difícil era que marcasen dos de ellos la misma hora, prorumpió en una exclamacion, conociendo la insensatez de poner acordes á los hombres en materia de religion, cuando no podia conseguir que dos relojes estuviesen conformes entre sí: reflexion filosófica que no sabemos cómo salió de los labios del hombre que, estando ya agonizando, recomendó fervientemente á su hijo la conservacion de la Inquisicion como el baluarte mas inexpugnable de la fé católica. En los jardines de Yuste se conserva todavía, ó no ha mucho se conservaba, un cuadrante solar construido por Torriano para que con mas exactitud pudiese apreciar el tiempo que

(1) «Interdum ligneos passerulos emisit cubiculo volantes revolutosque.» Strada, De Bello Belgico, tom. 1. p. 15.

transcurría en la monótona rutina del monasterio ⁽¹⁾.

Aunque poco afecto á visitas de curiosidad ó mera ceremonia ⁽²⁾, recibía el Emperador de vez en cuando á algunos de los señores que tenían estados en aquella tierra, y que, llevados de la mas sincera adhesion á su antiguo soberano, deseaban besarle la mano en su retiro. Pero con ninguno hallaba tanta satisfaccion como con Francisco de Borja, duque de Gandía, que despues fué colocado en el número de los santos por la Iglesia Católica Romana. Este habia brillado como Carlos en la cumbre de las grandezas mundanas, y tambien como él supo menospreciar la vanidad de las glorias de este mundo, pues en la primavera de la vida se retiró de los palacios en que habia figurado para vestir la sotana de jesuita. A invitacion del Emperador le hizo en Yuste mas de una visita, porque Carlos hallaba gran consuelo en verle y en discurrir con un amigo tan antiguo como él sobre cosas que para ambos tenían encanto tan delicioso; y el resultado de sus entrevistas era que uno y otro se confirmaban en la idea de haber andado muy cuerdos en renunciar al mundo y dedicarse con toda su alma al servicio del Señor.

Tambien visitaban de vez en cuando al Emperador sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y Hun-

(1) Ford, Handbook of Spain, p. 552.

(2) «A nemine, ne a proceribus quidem quicumque ex causa se adiri, aut conveniri, nisi si ægre admodum patiebatur.» Sepulveda, Opera, tom. II. p. 541.

gria, que, como hemos visto, le habian acompañado en su regreso á España; pero el camino era tan escabroso y el alojamiento de Yuste tan molesto, que quedaban aquellas señoras con poco deseo de repetir su visita, si bien la reina de Hungría no dejaba á menudo de verificarlo.

Objeto, sin embargo, de mayor predileccion que sus hermanas, era para el Emperador un mozo que escasamente contaba doce años y vivia con la familia de su mayordomo Quixada en el cercano pueblo de Cuacos. Fácil es colegir que aludimos á don Juan de Austria, como se llamó mas adelante el héroe que se immortalizó en Lepanto. Era hijo natural del mismo Carlos, pero de este secreto nadie tuvo noticia durante la vida de su padre, sino Quixada, que introdujo al mozo en el convento en calidad de paje. Ya en aquella temprana edad mostraba destellos del generoso ánimo que habia de ostentar un dia, sirviendo de alivio al padre en sus postreros años, y reanimando el calor de aquel corazon que iba apagándose en la fria atmósfera de los claustros.

Su mayor gusto era que fuesen á visitarle los que, procedentes del teatro de la guerra, podian darle cuantas noticias deseaba respecto á lo que en el mundo sucedia; y así en cierta ocasion tuvo una larga conferencia con un oficial que llegaba de los Países Bajos, llamado Spinosa, á quien hizo multitud de preguntas sobre el estado del ejército, la organizacion y

equipo de los diferentes cuerpos, y otras muchas circunstancias que manifestaban el vivo interés con que atendia á las operaciones de la campaña (1).

Es opinion muy generalizada que así que se retiró á Yuste, quedó el Emperador cual si se hubiera sepultado en vida, es decir, completamente retraido del mundo; «tan retirado de los negocios del Reyno y cosas de gobierno, como si jamás hubiera tenido parte en ellos (2);» «tan abstraído en su soledad, segun otro contemporáneo, que ni revoluciones ni guerras, ni el oro que en gran copia llegaba de las Indias, podian turbar en lo mas mínimo su sosiego (3).

Mas tan distantes de la verdad están estas conjeturas, que no solo prosiguió el Emperador mirando con interés los negocios, sino que aun desde el apartamiento en que vivia, directamente se mezclaba en ellos (4); á mas que don Felipe, que tenia sobrado ta-

(1) «Le hizo mas preguntas que se pudieran hazer á la donzella Theodor, de que todo dió buena razon y de lo que vió y oyó en Francia, provisiones de obispos, cargos de Italia, y de la infanteria y caballeria, artilleria, gastadores, armas de mano y de otras cosas.» Carta de Martin de Gaztelu á Juan Vazquez, 48 de mayo, 1558, MS.

(2) Sandoval, Hist. de Carlos V., tom. II. p. 614. Véase tambien á Valparayso (El Perfecto Desengaño, MS.), que usa de las mismas palabras, copiándoles probablemente de Angulo, á no ser que las tomase de Sandoval.

(3) «Ut neque curum, quod ingenti copia per id tempus Hispani classis illi advenit ab India, neque strepitus bellorum..... quidquam potuerint animum illum flectere, tot retro annis assuetum armorum sono.»—Strada, De Itello Belgico, tom. I. p. 14.

(4) Es singular que Sepúlveda, que visitó á Carlos V. en su retiro, haya sido el único historiador, que yo sepa, que haya reconocido la exactitud de este hecho, tan terminantemente expresado en las cartas de Yuste.—«Summis enim rebus, ut de bello et pace se consuli, deque fratris, liberorum et sororum salute, et statu rerum certiores fieri non recusabat.» Opera, tom. II. p. 544.

lento para estimar en lo que valian la experiencia y acierto de su padre, le consultaba sin cesar en cuantos casos árdulos sobrevenian. Y tan inexacto es tambien que este se dejase llevar de los celos que á menudo se le atribuyen, que por el contrario le vemos en cierta ocasion en que se hallaba apurado, rogar al Emperador que dejase su retiro y le auxiliase no solo con sus consejos, sino con su autoridad y su presencia ⁽¹⁾. La regente doña Juana, que estaba en Valladolid, á cincuenta leguas de Yuste, mantenía correspondencia seguida con su padre, pidiéndole parecer en los asuntos de su gobierno; y á pesar de que Cárlos hubiera podido ya creerse exento de toda responsabilidad, se mostraba tan solícito en el buen resultado de cuantos pasos daba don Felipe, como si él propio estuviera al frente del gobierno. «Escribid mas largo, dice uno de sus secretarios en una carta dirigida al que lo era del consejo de la Regente; porque el Emperador siempre en estas cosas pregunta si no hay mas ⁽²⁾.» Lo que mas desasosegado le tenia era la guerra de Italia, y lejos de manifestarse tan escrupuloso como Felipe, terminantemente declaraba que la guerra con el Pontífice era justa, atendiendo á la

(1) «Supplicando con toda humildad e instancia á su Magestad tenga por bien de esforzarse en esta coyuntura, socorriéndome y ayudándome, no solo con su parecer y consejo que es el mayor caudal que puedo tener, pero con la presencia de su persona y autoridad, saliendo del monasterio, á la parte y lugar que mas cómodo sea á su salud.» Retiro, Estancia, etc., ap. Mignet, Charles-Quint., p. 233, nota.

(2) Carta de Martín de Gaztelu á Juan Vazquez, 8 de noviembre, 1556, MS.

causa de Dios y á la de los hombres ⁽¹⁾. Cuando recibia el correo, no dejaba de quedar disgustado porque no traía noticias de la muerte de Paulo ni de la de Carraffa ⁽²⁾; y todavía le desagradó mas la tregua que pactó el duque de Alba con el Pontífice, sintiendo no tener á la sazón en su mano las riendas del gobierno. Fácil es colegir cuán mal llevaria la paz, y los términos, así públicos como privados, en que se hizo; de suerte que cuando Alba indicó que abandonaba á Nápoles, se encolerizó, como delicadamente dice uno de sus secretarios, mas de lo que convenia al buen estado de su salud ⁽³⁾.

Igual interés mostró en la guerra con Francia. La pérdida de Calais le tuvo muy inquieto; mas en las cartas que escribió con este motivo, en vez de gastar el tiempo en quejas infructuosas, parecia que solo deseaba saber cómo podria sacar á don Felipe de aquel conflicto ⁽⁴⁾. Grande por el contrario fué su alborozo con las nuevas del triunfo de San Quintin, y al punto fijó en París su consideracion, mostrándose muy cuidadoso «por saber qué camino habria tomado el rey

(1) «Pues no se puede hazer otra cosa, y el Rey se ha justificado en tantas maneras cumpliendo con Dios y el mundo, por excusar los daños que dello se seguirán, forzado será usar del último remedio.» Carta del Emperador á Vazquez, 8 de agosto, 1557, MS.

(2) «Del papa y de Carraffa se siente aqui que no haya llegado la nueva de que se han muerto.» Carta de Martin de Gaztelu á Juan Vazquez, 8 de noviembre, 1558, MS.

(3) Carta de Martin de Gaztelu á Juan Vazquez, 10 de enero, 1558, MS.

(4) Véase en particular, carta del Emperador á Su Alteza, 4 de febrero, 1558, MS.

despues de acabada aquella empresa» (1). Segun Brantôme, al recibir la noticia, solo se le ocurrió preguntar: «¿Y está Felipe en París?»—Sin duda creia que don Felipe era de su temple (2).

Del mismo modo sabemos que estuvo en negociaciones con Navarra (3), y en correspondencia con su hermana, la regente de Portugal, con el fin de que se reconociera á su nieto don Carlos como heredero de aquella corona, caso de que llegára á faltar su primo que debia ceñirla; y si fracasó el proyecto fué, como decia la regente, porque «pareceria odioso á la vida del rey niño.» Sin embargo, el pensamiento de unir bajo un mismo cetro dos pueblos que por su origen, idioma é instituciones comunes, parecian destinados por la naturaleza á vivir en uno, era profundo y grande; era digno de Carlos Quinto, y prueba que aun en el claustro no habia este renunciado del todo á sus ambiciones. Y ¡cuánta no hubiera sido su satisfaccion si hubiera podido prever que lo

(1) Carta de Luis de Quixada á Juan Vazquez, 27 de setiembre, 1557, MS.

(2) Brantôme, Œuvres, tom. I. p. 11.

Hiciera ó no Carlos entonces esta observacion, por lo menos se deduce de una carta inserta en la coleccion de Gonzalez, que era la idea que mas tenia en su imaginacion.—«Su Magestad tenia gran deseo de saber qué partido tomaba el rey su hijo despues de la victoria, y que estaba impacientissimo formando cuentas de que ya deberia estar sobre París.» Carta de Quixada, 40 de setiembre, 1557, ap. Mignet, Charles-Quint, p. 270.

Es extraño que esta interesante carta no se halle ni en la coleccion de Gachard, ni en la que se hizo para mí de los mismos originales.

(3) Cartas del Emperador á Juan Vazquez, de setiembre 27 y octubre 34, 1557, MS.

que él anhelaba tanto habia de realizarse por don Felipe! (1).

Pero los asuntos que mas especialmente empeñaban la atención de Carlos en su retiro, eran los de la hacienda. «Y en lo que toca, escribia á don Felipe, á la instancia con que pedis se os provea de dinero..... le escribo encarecidamente (á la princesa) que lo haga: de que siempre he tenido especial cuidado de encomendárselo en todas mis cartas, pues no puedo ayudaros en otra cosa» (2). Parece pues que se recur-

(1) El Emperador manifiesta sus deseos respecto á la sucesion de su nieto en una carta dirigida á don Felipe en sus últimos tiempos. (Carta del Emperador al Rey, 31 de marzo, 1558, MS.) Pero la relacion completa de la negociacion de Portugal, la trae Cienfuegos, Vida de S. Francisco de Borja, (Barcelona 1734) p. 269. La persona de quien Carlos se valió en tan delicado asunto, fué nada menos que su amigo el mismo Francisco de Borja, duque que habia sido de Gandia, y que como él se habia retirado del mundo á la soledad del claustro. Los biógrafos que celebraron los milagros y milagrosas virtudes del santo jesuita, hablan en varios capitulos de las visitas que hacia al Emperador en Yuste, y de las conversaciones que mediaban entre ambos, con una inocuosidad que hubiera envidiado Boswell, y de que seguramente podriamos dudar á no suponer que fuesen referidas por el mismo Borja. Uno de los puntos sobre que mas discurrecieron fué la importancia ó dignidad de la órden en que habia entrado el amigo del Emperador; órden que por entonces no habia aun logrado la supremacia que, gracias á su singular disciplina, obtuvo mas adelante; y Carlos trataba de persuadir á su imitador que abandonase la Compañia de Jesus por la órden monástica con quien él estaba en tan intimas relaciones; pero parece que Borja, si no satisfizo á su soberano, le obligó á desistir de su empeño alegando razones que probaban haber comprendido con su mucha penetracion la grandeza futura á que llegaria la nueva órden.—Ibid., pp. 273-279.—Ribadeneyra, Vida Francisci Borgiæ, (Lat. Trans., Antwerpæ, 1598,) p. 410 y sig.

(2) Carta del Emperador al Rey, 25 de mayo, 1558, MS.

Al margen se lee el siguiente acuerdo de mano de don Felipe, que manifiesta lo importante que creia la intervencion de su padre en este negocio: «Volvérselo á suplicar con gran instancia, pues quedamos en tales términos, que si me ayudan con dinero, los podriamos atraer á lo que conviniere.» «Besalle las manos, por lo que en esto ha mandado, y suplicarle lo lleve adelante, y que de acá se hará lo mismo, y avisarle de lo que se ha hecho hasta agora.»

ría á su mediación siempre que era menester obtener recursos para sostener la guerra: hechos que demuestran cuán equivocados andan los escritores que acusan á Felipe de haber privado á su padre de los medios de vivir decorosamente en Yuste; pues no solo fijó el Emperador la suma que necesitaba para sus gastos, sino que en una de sus cartas hallamos que pedia veinte mil ducados, en vez de diez y seis mil que se le daban, los cuales habian de pagársele por trimestres y anticipados⁴⁾. Pero que los pagos se retardasen muchas veces, es creíble, tratándose de un tiempo y de un país en que era un milagro la puntualidad.

Motivo tenia Carlos Quinto para exasperarse con el proceder de algunas personas con quienes habia de entenderse en el particular; y nada parece haberle encolerizado tanto en Yuste, como la conducta de algunos individuos de la Contratacion de Sevilla. «Estaba para escribiros, dice á la princesa doña Juana, sobre esta negra suelta de este dinero que estaba en Sevilla, y dejéto de hacer hasta agora..... por ver si con el tiempo se me pasase la cólera que desde que lo supe he tenido, la cual por ser tan justa, no solo no se me pasa, mas cada día se me acrecienta mas, y se me acrecentará hasta que yo sepa que los que tienen culpa en ella lo remedien..... Si cuando lo supe, añade, yo tuviera salud, yo mesmo fuera á Sevilla á

4) Carta del Emperador á Juan Vazquez, 31 de marzo, 1537, NS

ser pesquisador de dónde esta bellaquería procedía, y pusiéra todos los de la Contratacion en parte y los tratára de manera, que yo sacára á luz este negocio» (1). «El Emperador me manda, dice sú secretario Gaztelú, escribir que en prendiéndolos (á los oficiales de la casa de Contratacion), los metiesen en la cárcel, y que luego con grillos y cadenas, en bestias y medio dia, por afrentarlos, los traigan á Simancas, y metan, no en cámara ni torre, sino en una mazmorra..... Son tan sangrientas las palabras y vehemencia con que lo manda, que no se puede usar términos de mas templanza y moderacion» (2). Acostumbraban los de la casa de Contratacion á recibir el dinero procedente de las Indias, fuese con destino público ó particular, y entregárselo al gobierno, pagando á los mercaderes interesados en las remesas un equivalente en cédulas del gobierno; mas como los tales mercaderes no confiaban en aquella seguridad tanto como en el dinero, se ponian de inteligencia con los de la Contratacion y fraudulentamente cobraban lo que les pertenecía, perjudicando asi al gobierno, como el Emperador suponía, en sumas considerables; y esta

(1) Carta del Emperador á la Princesa, 31 de marzo, 1537, MS.— En toda la carta se descubre el carácter personal de Carlos V, y su tono imperativo manifiesta que habia renunciado á la corona, mas no á los humos de soberano, y de soberano absoluto.

(2) Carta de Martin de Gaztelu á Juan Vazquez, 42 de mayo, 1537, MS.

* El autor altera un tanto las palabras de la última frase, diciendo: «Es tal su indignacion y tan sangrientas las palabras y vehemencia con que manda escribir á vuestra merced, que me disculpará si no lo hago con mas templanza y modo.»

parece ser la causa que tanto estimulaba la ira de Carlos Quinto; pues con ser de carácter tan flemático, adolecía de repentinos accesos de indignacion; y en este particular no parece que su permanencia en Yuste le sirviese de lenitivo.

Los diez primeros meses que pasó en el monasterio, con la benignidad del clima, el sosiego del sitio y mas que todo sin duda con verse libre de afanes y cuidados, su salud mejoró mucho ⁽¹⁾, molestándole con menos frecuencia é intensidad que antes los ataques de la gota; pero en la primavera de 1558 volvieron á exacerbársele. «Desde tantos de noviembre, decia á su hijo, hasta pocos dias há, me ha dado (la gota) tres veces y muy recio, y me ha tenido muchos dias en la cama, y he estado hasta pocos dias há tan trabajado y flaco, que en toda esta cuaresma no he podido oír un sermón; y esto es la causa porque no os escribo esta de mi mano» ⁽²⁾. De suerte que solo unos cuatro meses estuvo en disposicion de poder escribir; su ánimo decaía á medida que se aumentaban sus padecimientos, y mucho mas desde el momento en que

(1) «S. M. está tan bueno, escribía Gaztelú á Juan Vazquez en 3 de junio de 1557, que quiere comer mañana en el refitorio con los frailes, y hará dos dias que pidió su arcabuz y tiró á dos palomas, sin que tubiese necesidad de ayuda.»

(*) Hay otra carta del mismo Gaztelu con fecha del dia siguiente, que publica Gachard en su coleccion de documentos sobre el Retiro y Muerte de Carlos V en Yuste (Bruselas, 1855) en que dice: «S. M. queda muy bueno, y ha comido hoy con los frailes en su refitorio, y está alegre y sin ningún género de indisposicion.»

(2) Carta del Emperador al Rey, 7 de abril, 1558, MS.

ocurrió la muerte de su hermana Leonor, reina viuda de Francia y Portugal, en febrero de 1558.

Era extraordinario el cariño que se profesaban el Emperador y sus dos hermanas; pero el bellissimo carácter de Leonor le daba cierta preferencia respecto á Carlos, que sintió aquella pérdida cual si hubiera dejado de existir uno de sus hijos. «Era muy buena cristiana, decía á su secretario Gaztelú, y arrojándose en lágrimas los ojos, añadía: nos hemos siempre querido mucho; tenía quince meses mas que yo; pero antes de que pasen otros quince, estaré ya probablemente en su compañía» (1). Ni la mitad de tiempo habia transcurrido cuando se realizó tan melancólico presagio.

Por entonces, como veremos mas adelante, tenia puesta el gobierno toda su vigilancia en los luteranos, cuya herejía habia ya comenzado á propagarse por varios puntos del reino; y se iba apoderando de Carlos el espíritu devoto, heredado sin duda de la familia real de Castilla, sus antecesores. Mientras estuvo en el trono, le distrajeran un tanto de aquella idea los cuidados políticos, pero á la sazón que estaba en un monasterio, no podia menos de pensar en cosas de

(1) «Sintiólo cierto mucho, y se le arrasaron los ojos, y me dijo lo mucho que él y la de Francia se habian siempre querido, y por cuán buena cristiana la tenía, y que le llevaba quince meses de tiempo, y que, según él se iba sintiendo, de poco acá podria ser que dentro de ellos le hiciese compañía.» Carta de Gaztelú á Vazquez, 21 de febrero, 1558, ap. Guichard, *Re traite el Mort*, tom. I. p. 270.—Véase tambien Mignet, *Charles-Quint*, p. 339.

religion, dando por consecuencia de esto en un sistema de intolerancia, que por otra parte se conformaba mucho con la naturaleza de su carácter. En una carta dirigida el 3 de mayo de 1558 á su hija doña Juana, le dice: «Os ruego..... que al arzobispo de Sevilla le encargueis, y á los del consejo de la Inquisicion muy estrechamente, que hagan en este negocio (en prender á varios luteranos que se habian puesto en salvo), lo que ven que conviene, y yo de ellos confio, para que se ataje con brevedad tan gran mal, y que para ello les deis y mandeis dar todo el favor y calor que fuere necesario, y para que los que fueren culpados sean punidos y castigados con la demostracion y rigor que la cualidad de sus culpas merecerá; y esto sin escepcion de persona alguna» (1). Y en otra carta á la misma princesa, de 25 del propio mes, añadia: «Si no fuese por la certidumbre que tengo de que vos y los de los consejos que ahí están remediarán muy de raiz esta desventura, castigando los culpados muy de veras, para atajar que no pase adelante, no sé si tuviera sufrimiento para no salir de aquí á remediarlo» (2). Así levantaba Cárlos su voz desde la soledad á donde se había retirado, y no omitia esfuerzo alguno para hacerse completamente responsable de la fiera persecucion que llenó tantas poblaciones de espanto y luto.

(1) Carta del Emperador á la Princesa, 3 de mayo, 1558, MS.

(2) Carta del Emperador á la Princesa, 25 de mayo, 1558, MS.

A mediados de agosto atacó con mayor fuerza al Emperador la gota, acompañada de otros síntomas tan graves, que hacia temer se aniquilase en breve su robusta constitucion. Se atribuyó por el pronto á un resfriado que habia tenido, aunque con mas razon hubiera debido atribuirse á su poca sobriedad, pues continuaba saciando su apetito con los manjares mas fuertes, como en los tiempos en que sus incesantes fatigas eran causa de que no le fuesen tan perniciosos. Verdad es que mientras comia tenia el médico al lado (lo cual hace recordar á Sancho-Panza en la Insula Barataria), para que le prescribiese lo que era mas ó menos saludable; pero prescindiendo de que el tal funcionario no estaba revestido de autoridad alguna, era tentacion tan grande para el Emperador una buena empanada de anguila, un capon perfectamente asado, ó cualquier otro plato por el estilo, que de nada servian las amonestaciones del pobre médico.

La postracion de fuerzas á que iba que-laudó reducido, le sugirió el presentimiento de su cercana muerte, que, como ya hemos visto, comenzó á presagiar de resultas de la pérdida de su hermana; y las profundas reflexiones que naturalmente debió sugerirle esta, le infundieron al propio tiempo, hácia fines de agosto, la extravagante idea de prepararse á la muerte celebrando sus propios funerales. Consultó la especie con su confesor, y lejos de desimpresionarle de ella el buen padre, se la recomendó como acto

meritorio. En su consecuencia se colgó de negro la capilla, sin que bastase á disipar completamente la oscuridad el resplandor de las luces; los monjes con sus hábitos, y los de la servidumbre del Emperador vestidos de luto, rodearon el elevado catafalco que, cubierto tambien de negro, se habia puesto enmedio de la iglesia. Entonóse el oficio de difuntos, y al compás del canto fúnebre, se dirigieron al Altísimo las preces de costumbre para que se dignase acoger en la celestial mansion el alma del difunto. No pudieron reprimir sus lágrimas ninguno de los presentes, al figurarse en su imaginacion la muerte del Emperador, ó por lo menos el lamentable estado á que se hallaba reducido; mientras éste, envuelto en un manto negro y con una vela encendida en la mano, tomaba parte en sus propias exequias, concluyendo la ceremonia con poner la luz en manos del prior, como para indicar que encomendaba su alma al Todopoderoso.

Tal es la relacion que de este imponente espectáculo nos han dejado los cronistas de la Orden de San Gerónimo, que han descrito la vida claustral de Carlos Quinto, y que desde entonces no han dejado de repetir, y por cierto con la mas escrupulosa puntualidad, cuantos historiadores han ido sucediéndoles (1). Nadie

(1) La historia de este hecho suministra un buen ejemplo del *crecit eundo*. El autor del MS. descubierto por M. Bakhuizen, de que hablo en la siguiente nota, aunque presencié la ceremonia, se contenta con indicarla ligeramete. Siglenza, que es el segundo, en tiempo y en autoridad, habla ya de la vela encendida que Carlos entregó al

manifestó duda alguna sobre el particular hasta que el escepticismo histórico de nuestros días ha sometido la cuestión á mas profundo exámen; resultando de él no hallarse mencionado semejante hecho en las cartas escritas por los de la servidumbre del Emperador que residian en Yuste, tales como su médico, su mayor-domo y su secretario, unas de fecha 31 de agosto, día en que se supone haberse celebrado la ceremonia, y otras del 4.º de setiembre; silencio inexplicable cuando tan presente debian tener aquel acontecimiento.

En lo que no cabe duda es en que, si llegaron á celebrarse las exequias, no pudo ser en la fecha que se dice, pues el 31 de agosto se hallaba enfermo el Emperador con una fiebre de que su médico nos da muchos pormocores, y de que no habia de volver á reponerse; y que todos hubieran pasado por alto un acontecimiento que tanto debió afectar al Emperador, es una cosa increíble.

La relacion de las exequias la escribió sin embargo uno de los padres gerónimos que entonces estaba en Yuste, y habla de la pena que le causó, lo mismo á él que al resto de la comunidad, ver á un hombre que así trataba de enterrarse en vida y de celebrar

prior; Strada, que vino un siglo despues, dice que concluyó la escena cayendo el Emperador al suelo con un desmayo. Por último, Robertson, despues de representar amortajado al Emperador, le coloca en el ataúd, y terminadas las preces por su alma, supone que le dejan allí los monjes entregado á sus meditaciones. De dónde sacaria Robertson esta particularidad, no es fácil averiguarlo; pero de seguro no la tomó de los autores que cita.

sus funerales antes de descender al sepulcro⁽¹⁾. Lo propio refiere el prior del Escorial, que facilísimamente podía saber todas aquellas circunstancias por testigos oculares⁽²⁾; y por último, se halla confirmado por mas de un escritor que, como próximos á la época en que acaeció el hecho, tenían medios de averiguar lo que en él hubiese de cierto⁽³⁾. Por otra parte las per-

(1) «Et j'assure que le cœur nous tendait de voir qu'un homme volût en quelque sorte s'enterrer vivant, et faire ses obsèques avant de mourir.» Gachard, *Retraite et Mort*, tom. I. p. lvi.

M. Gachard ha traducido el capítulo relativo á los funerales de una curiosa relacion manuscrita sobre la vida claustral del Emperador, descubierta por M. Bakharzen en el archivo de Bruselas; y como el autor era uno de los monjes que estaban en el convento cuando Carlos, el MS. es de grande autoridad; por lo que indudablemente haria M. Gachard un buen servicio á las letras publicándolo en el segundo tomo de su *«Retraite et Mort.»* (*)

(2) Sigüenza, *Hist. de la orden de S. Gerónimo*, parte III. pp. 200—204.

La historia del P. Sigüenza, que además de ser muy instructiva es de las mas notables por la elegancia de su estilo, fué resultado de muchos años de trabajo. El tercer tomo, que contiene la parte relativa al Emperador, se publicó en 1605, un año antes de la muerte de su autor, que, como queda dicho, debió tratar con algunos de los monjes trasladados despues de la muerte de Carlos, desde Yuste, á las sombrías soledades del Escorial.

(3) Tales fueron por ejemplo Vera y Figueroa, conde de la Roca, que publicó su obra en 1615; Sarada, que escribió cosa de veinte años despues; y el marqués de Valparaíso, cuyo manuscrito es de 1638. Nada digo de Sandoval, á quien en esto de las exequias se tiene por toda una autoridad; porque, como nos dice que el dinero que el Emperador se proponia gastar en sus exequias en vida, se invirtió luego en las verdaderas, parece que aquellas no llegaron á celebrarse nunca.

Hubiera sido de desear que se hubiera descubierto y publicado el MS. de Fray Martin de Angulo, pues siendo prior de Yuste mientras Carlos estuvo en este monasterio, seria su testimonio inapreciable como pinguo. Sandoval y el marqués de Valparaíso confiesan haberse atenido principalmente á la relacion de Angulo; pero en el asunto de las exequias no están acordes.

(*) Con efecto, lo ha publicado, y discurre prolijamente sobre el asunto de las exequias, que ni se atreve á negar ni tampoco á dar como un hecho.

sonas de quienes originalmente se sabe, son de tal especie, que ó no hay en él fundamento alguno, ó no es posible explicarlo por yerro de parte suya; sería preciso suponer que todo esto es una fábula; pues aunque el cronista gerónimo no siempre se muestra tan exacto como fuera de desear, especialmente en lo que se refiere al crédito de su Orden, ¿qué interés tenían los demás padres en forjar tan ridícula quimera? Ni esta suposición puede conciliarse con el respetable carácter de las personas, ni con el tono cándido y de buena fé que se nota en sus narraciones (1).

El que no se haga mención de las exequias en ninguna de las cartas de Yuste, da seguramente en qué pensar, mucho mas siendo positivamente falsa la fecha á que se refieren; pero debemos considerar que una cosa es la inexactitud de una fecha y otra la invención de una patraña, y que, como mas de una vez he tenido ocasion de observar, no es la verdad cronológica la mayor virtud de los escritores de las órdenes monásticas, ni aun de los demás historiadores del siglo décimo sexto. Ni sería extraño que se hubiesen celebrado las exequias algunos días antes del tiempo que se asegura; pues no tenemos cartas de Yuste desde el 18 al 28 de agosto; por lo menos yo no las poseo, ni sé que se hayan citado por nadie;

(1) La de Sigüenza puede considerarse como *simplex munditiis*. El MS. del monje de Yuste, hallado en Bruselas, segun M. Gachard, está escrito con la mayor sencillez y exactitud. «Retraite et Mort», tom. I. p. XX.

y si con el tiempo llega á publicarse alguna, no seria imposible que contuviese noticias relativas al mencionado funeral. El silencio que guardan cuantos escribieron á fines de agosto y principios de setiembre tiene una explicacion muy sencilla, á saber, el tiempo que habia ya transcurrido desde que se celebraron las exequias, por lo cual no llegó á sospecharse que tuvieran estas relacion con la enfermedad de Carlos, que es el asunto de las correspondencias. Aun para admitir esta solucion habrá sus dificultades; mas como ha de haberlas en todo cuanto se refiera á esta materia, mas vale que el lector las atribuya á error involuntario, que á una invencion destituida de fundamento.

Ni deja de tener fuerza esta postrera hipótesis, si se atiende al carácter de Carlos Quinto. Habia cierta propension á aberraciones mentales en la familia Real de Castilla, como se vió mas claramente en doña Juana, la madre del Emperador; y aunque no de continuo, no dejó este de padecer de aquel achaque, antes de retirarse á Yuste. No consideraremos esta resolucion como Paulo IV, es decir, como un indico evidente de demencia ⁽¹⁾, pues no deja de haber en su conducta alguna otra extravagancia, sin necesidad de esta, que infunda dudas respecto á su cabal juicio. Asi, por ejemplo, vemos que mandó celebrar las

(1) Mignet, Charles-Quint. p. 4.

honras, no solo de su familia, sino de todos aquellos cuya dignidad les daba á sus ojos importancia. No murió caballero alguno del Toison por quien no mandase celebrar solemne oficio de difuntos, que parecia ser su mayor distraccion mientras vivió en el claustro, como si aquella tétrica ceremonia tuviese para él cierto atractivo que nos recuerda la porfia con que su madre doña Juana retuvo el cadáver de su esposo, llevándole consigo á donde quiera que se encaminaba. Celebrado que hubo los funerales de su padre y de su esposa, que duraron algunos dias consecutivos, ocurriósele, como hemos dicho, la idea de presenciar tambien los suyos, ridiculez que no nos extraña en manera alguna, considerando el estado de febril excitacion en que se hallaba su mente á fuerza de contemplar un dia y otro aquellas lúgubres escenas.

Sea anterior ó posterior la fecha de tan extravagante ceremonia, lo que parece indudable es que el 30 de agosto experimentó una indisposicion que al siguiente dia se presentó con síntomas alarmantes. Y sobre esto tambien sus biógrafos los monjes refieren algunos pormenores que no constan en las cartas. Segun ellos, en la noche del 31, mandó Cárlos que le llevasen un retrato de su esposa la Emperatriz, que ya hemos dicho tenia algunos entre sus cuadros; y embebecido largo rato en contemplar aquel bello rostro, «no parecia, dice el cronista, sino que la rogaba que le alcanzase un lugar en la mansion de los bien-

aventurados, donde la creia ⁽¹⁾.» En seguida se puso á contemplar tambien otra pintura, la Oracion del Huerto, del Ticiano, y por último el Juicio final ó la *Gloria*, obra inmortal del mismo artista, que se dice estaba colocada en el altar mayor de Yuste, y que despues de la muerte del Emperador se trasladó con sus restos al Escorial ⁽²⁾. Con tanto ahinco y tan largo rato estuvo considerando la pintura, que llamó la atencion del médico, haciéndole recelar, segun lo débil que el Emperador se hallaba, le sobreviniese algun ataque de nervios. Y era ciertamente de temer, pues vuelto en sí de aquella como enagenacion, dirigió la vista al doctor, y le dijo que se le agravaba el mal. Pulsándole este, vió que con efecto tenia mucha fiebre y empeorándose cada vez mas, le mandó sangrar, aunque inútilmente ⁽³⁾. Sabedora de la novedad y del peligro que corria su padre, la princesa doña Juana, envió inmediatamente á su propio médico desde Valladolid donde residia. Mas ya no le aprovechaban remedios humanos, y todo presagiaba el fin cercano de su existencia ⁽⁴⁾.

(1) «Estubo un poco contemplándole; devia de pedirle que le previniese lugar en el alcázar glorioso que habitava.» Vera y Figueroa, Carlos Quinto, p. 427.

(2) Este famoso cuadro, que es del mejor estilo del Ticiano, forma una de las mas preciosas joyas del museo de Madrid.

(3) Para la relacion que precede de los principios de la enfermedad de Carlos, he tenido presente á Sigüenza, Orden de San Gerónimo, parte III, p. 204; Vera y Figueroa, Carlos Quinto, p. 127; Valparayso, El Perfecto Desengaño, MS.

(4) Vera y Figueroa, Carlos Quinto, p. 427.—Sigüenza, Orden de San Gerónimo, parte III, p. 231.—Carta de Luis Quijada al Rey, 17 de Setiembre, 1558, MS.

Oyó Cárlos tan fatal pronóstico, no solo con tranquilidad, sino con regocijo. Replicó que estaba anhelándolo tiempo hacia, y comenzó á dictar algunas disposiciones. El 9 de setiembre añadió un codicilo á su testamento, que otorgado pocos años antes, era difuso sobremanera, bien que el codicilo tampoco se recomendase por su laconismo. Su designio principal era atender á la suerte de los que le habian acompañado en Yuste; mas el codicilo ninguna mencion hace de su hijo don Juan de Austria, respecto al cual parece que habia dado ya instrucciones particulares á su mayordomo Quijada, pues pocos días antes habian tenido ambos á solas una larga conferencia; y lo que en este particular prescribió Cárlos, obedeció escrupulosamente el príncipe don Felipe. (1).

Merece citarse una cláusula del codicilo, á saber, la recomendacion que el Emperador hacia á su hijo, exigiéndole absoluta obediencia para que no perdiese de vista ni dejase de imponer el condigno castigo á los herejes de sus dominios; y esto sin escepcion, ni

(1) Parece que la princesa doña Juana tenia motivos para sospechar que el muchacho que tenia Quijada en su casa, era hijo del Emperador; y pocas semanas antes de la muerte de su padre, mandó escribir una carta al mayordomo preguntándole si era cierto y manifestándole deseos de proveer en al- un modo á su educacion; pero el cauto confidente, que refiere esto en una carta particular á don Felipe, trató de desvanecer las sospechas de la regente asegurado que el chico era hijo de un amigo, y que pues el Emperador no habia hecho mencion de él en su testamento, debia de ser infundado lo que se decia. «Ser ansy que yo tenya un muchacho de hun caballero amygo myo que me abia encomendado años a, y que pues S. M. en su testamento ni codicilyo, no azia memoria del, que hera razon tenello por burla.» Carta de Luis Quijada al Rey, 23 de noviembre, 1558, MS.

tolerancia ni indulgencia con ninguno. Encargaba asimismo á don Felipe que no descuidase la santa Inquisicion, por ser el mejor instrumento con que habian de realizar aquella buena obra ⁽¹⁾. Tales fueron las últimas palabras que el Emperador moribundo dirigió á su hijo, palabras que este oia con poca repugnancia; y los postreros consejos de su padre servian para alizar al encono y persecucion de que don Felipe habia ya empezado á hacer alarde.

Tan postrado estaba Cárlos el 19 de setiembre, que se creyó del caso administrarle la extrema-uncion, la cual prefirió recibir como los monjes, es decir, rezando una letanía, siete salmos penitenciales y otros varios pasajes de la Escritura, práctica mucho mas larga y angustiosa que la que se usa con los seglares. Mas no por eso enflaqueció su ánimo, pues al día siguiente pidió el Santo Viático, siguiendo la costumbre que frecuentemente habia tenido durante su enfermedad; y como el confesor le hiciese presente que despues del Sacramento de la Extrema-Uncion, el de la Eucaristía no era necesario: «aunque no lo sea, contestó, ¿no os parece que es buena compañía para jornada tan larga ⁽²⁾.» No obstante su extrema debilidad, se mantuvo por espacio de un cuarto de hora de rodillas sobre su lecho durante la ceremonia,

(1) Codicilo del Emperador, ap. Sandoval, Hist. de Cárlos V, tom. II, p. 657.

(2) Ibid. p. 647.

dando gracias á Dios por la merced que le dispensaba, y haciendo fervorosos actos de contricion, con tal ternura, que partia los corazones de cuantos presenciaban aquella escena (1).

Uno de sus mayores consuelos durante su enfermedad habia sido oír leer pasajes de la Escritura, y especialmente los salmos. Con el fin de que no le perturbasen en sus últimos momentos, habia dispuesto Quijada que hubiese allí pocas personas, siendo una de ellas Bartolomé de Carranza, elevado recientemente á la dignidad de arzobispo de Toledo. Habia este tenido mucha parte en las persecuciones suscitadas en Inglaterra en tiempo de la reina María; pero mas adelante él tambien fué víctima de otro poder mas fuerte que el suyo, el de la Inquisicion; pues hasta de las palabras de consuelo que pronunció junto al lecho mortuorio del Emperador, citadas despues por el confesor de este, se le hizo un cargo, alegándolas por prueba de su herejía.

El 21 de setiembre, fiesta de San Mateo, cerca de las dos de la madrugada, despues de haber permanecido largo rato silencioso, y conociendo que se acercaba su fin, exclamó el Emperador: «¡Llegó la hora!» Pusiéronle una vela encendida en la mano derecha, y apoyado en el hombro de su fiel servidor Quijada, se esforzó en asir con la izquierda un cruci-

(1) Carta sobre los últimos momentos del Emperador Carlos V, escrita en Yuste el 27 de setiembre, 1558, ap. Documentos Inéditos, tom. VI, p. 668.

fijo de plata, con el cual habia espirado su esposa la Emperatriz, y que por mandato del mismo Carlos se habia tenido prevenido para aquella ocasion (1). Estrechóle largo rato contra su pecho, y como tratase de apartarle el arzobispo de Toledo, fijó Carlos una tierna y anhelante mirada en aquel sagrado símbolo, que era para él un recuerdo no menos del amor humano que del divino. El arzobispo comenzó á recitar el salmo *De profundis*, y á poco tiempo, haciendo el moribundo un esfuerzo para abrazar el crucifijo, dijo con voz tan entera, que se oyó claramente en la pieza inmediata: ¡Ay Jesus! y cayendo de espaldas en la almohada, expiró sosegadamente (2). Habia siempre pedido á Dios, temeroso sin duda de la perturbacion mental que parecia hereditaria en su familia, que le concediese morir en su cabal acuerdo (3); y Dios se lo concedió.

(1) Carta de Luis Quijada á Juan Vazquez, 25 de setiembre, 1558, MS.—Carta del mismo al Rey, 30 de setiembre, 1558, MS.—Carta del arzobispo de Toledo á la princesa, 21 de Setiembre, 1558, MS.

(2) «Tomo la caudela en la mano derecha la qual yo tenya, y con la yzquierda tomo el crucifijo deziendo, ya es tiempo, y con dezir Jesus acabó.» Carta de Luis Quijada á Juan Vazquez, 25 de setiembre, 1558, MS.

Para los pormenores de la defuncion del Emperador, véase Carta del mismo al mismo, 24 de setiembre, MS.—Carta del mismo al Rey, 24 de setiembre, MS.—Carta del mismo al mismo, 30 de setiembre, MS.—Carta del arzobispo de Toledo á la princesa, 21 de setiembre, MS.—Carta del médico del Emperador (Henrico Matisio) á Juan Vazquez, 24 de setiembre, MS.—Carta sobre los últimos momentos del Emperador, 27 de setiembre, ap. Documentos inéditos, vol. VI, p. 667.—Sandoval, Hist. de Carlos V, tom. II, p. 648.

Los manuscritos mencionados se hallan ya impresos todos en la coleccion de Gachard.

(3) «Temiendo siempre no lo poder tener en aquel tiempo.» Carta de Luis Quijada al Rey, 30 de setiembre, MS.

Embalsamado su cadáver, y colocado en una caja de plomo, pusieronle de cuerpo presente en la capilla por espacio de tres dias, durante los cuales pronunciaron otros tantos discursos delante de su féretro los mejores predicadores del monasterio; y por último se le dió sepultura con la ceremonia y solemnidad debidas, no sin lágrimas de los religiosos y personas de su servidumbre, y con asistencia de multitud de personas que habian acudido de todas aquellas inmediaciones.

En el enterramiento, sin embargo, no dejó de haber sus dificultades. Habia ordenado que se le sepultase debajo del altar mayor, de tal conformidad, que viniese á dar la cabeza y la parte superior de su cuerpo en el sitio donde el sacerdote ponía los pies para celebrar el Santo Sacrificio. Nació indudablemente esta idea de un sentimiento de humildad por parte del Emperador; pero dió lugar á una disputa entre los religiosos sobre si podia ó no permitirse que ocupase un lugar consagrado, como lo era aquel, el cuerpo de uno á quien no se debiese veneracion de santo. Prolongóse la cuestion mas y con mas empeño de lo que las circunstancias requerian, hasta que por fin se obviaron las dificultades haciendo un hueco en la pared donde se introdujo el cadáver, de manera que con los pies llegase á la verja del presbiterio ⁽¹⁾. Pero

(1) Documentos inéditos, tom. VI, p. 669.

(2) Las palabras del documento á que el autor se refiere, son estas:

no permaneció mucho tiempo en Yuste, pues á los pocos años fué trasladado por órden de Felipe Segundo al Escorial, y en aquel magnífico pantcon se conserva, además de los restos de la Emperatriz doña Isabel.

Las exequias se celebraron con extraordinaria pompa por la córte de Roma, por la princesa doña Juana, en Valladolid, y finalmente, por Felipe Segundo, en Bruselas. Hallábase este en Arras al recibir la nueva de la muerte de su padre, é inmediatamente se trasladó á un monasterio que habia cerca de Bruselas, donde permaneció algunas semanas retirado. Dispuso que en todas las iglesias y conventos de los Países-Bajos diesen las campanas tres clamores diariamente por espacio de cuatro meses, y que on todo este tiempo no se celebrase funcion pública ni regocijo de ninguna especie. El 28 de diciembre por la noche entró en Bruselas, y al dia siguiente, antes de vísperas, se celebró una prócesion en la iglesia de Santa Gúdula, que todavía es la admiracion de los viajeros como uno de los monumentos mas grandiosos de la arquitectura de la edad media en los Países-Bajos.

Formaban la procesion las principales personas del clero, los religiosos de los diferentes monasterios con velas encendidas, los nobles y señores de la cór-

Que cavasen el muro de la iglesia, y en aquel seno posiesen el cuerpo, de manera que tocase poco en el altar.

te, los grandes dignatarios del Estado, y la servidumbre real, todos vestidos de rigoroso luto. Detrás iban los caballeros del Toison de Oro con la insignia y magnífico traje de la órden; el marqués de Aguilar llevaba el cetro imperial, el duque de Villahermosa la espada, y el príncipe de Orange el globo y corona del Imperio. Don Felipe iba á pie, cubierto el cuerpo con una capa negra y la cabeza con una gran capucha. Delante de su comitiva se veía á Ray Gomez de Silva, su ministro favorito, siguiéndole tambien el duque de Saboya, que marchaba separado y con la cabeza tambien cubierta por ser príncipe de la sangre. La escolta la formaban la guardia española y tudesa con los uniformes de su nacion, y la procesion se dirigió por las principales calles, todas iluminadas con hachas cuyo resplandor disipaba la oscuridad de la noche.

Constituian una parte muy vistosa de aquel espectáculo multitud de caballos llevados cada uno del diestro por dos caballeros, y adornados de magníficas gualdrapas y banderas en que se veian representados los diferentes escudos y armas de cada uno de los dominios del Emperador.

Pero nada llamó tanto la atención del pueblo como una grandiosa galera en cuyos costados estaban pintadas las diferentes proezas de la vida de Cárlos Quinto, y en los velos negros de seda que la adornaban, varias inscripciones en letras doradas, que recordaban los principales triunfos del héroe.

Aunque el palacio distaba poco trecho de Santa Gúdula, se prolongó la procesion por espacio de dos horas. En la nave del templo se levantó á propósito una especie de capilla, cuya cúpula ó dosel formado por cuatro coronas bordadas de oro, descansaba en otras tantas columnas jónicas primorosamente labradas, y en su parte interior se elevaba un sarcófago cubierto con un paño de terciopelo negro, y una ancha cruz encarnada: veíanse además la corona imperial, el globo y el cetro debajo del mismo templete, iluminado con tres mil hachas de cera.

Enfrente se habia construido un tablado, todo entapizado de negro, y sobre él un trono para don Felipe, con asientos ó gradas para los nobles y grandes dignatarios de la corona. De los arcos de la nave pendian pabellones de terciopelo negro con franjas de oro que ostentaban las armas imperiales; y por la parte superior se estendian las galerías ó tribunas destinadas á la duquesa de Lorena y á las damas de la corte ⁽¹⁾.

El viajero que á la sazón penetra en aquel recinto venerable donde Carlos Quinto acostumbraba á celebrar los capítulos de la orden del Toison de Oro, y contempla la imágen característica de este monarca copiada en sus grandiosas ventanas de vidrios de colores, no puede menos de representarse en la ima-

(1) Sandoval, Hist. de Carlos V. tom. II. p. 920.

ginacion el memorable dia en que el pueblo todo de Flándes y la flor de sus damas y caballeros celebraban alli mismo las exequias del famoso Emperador, y la nube de incienso, y el resplandor de tantas luces, y las sonoras armonías del órgano que estremecian el templo todo, acompañando las voces de los sacerdotes que entonaban su fúnebre *requiem* por el alma del difunto soberano (4).

(4) Por lo menos tales fueron las ideas que embargaron mi imaginacion discurriendo por las naves de aquella hermosa catedral antigua, en un viaje que hice á Bruselas, pocos años ha, en el verano de 1850. Permítame el lector, interesado en este asunto, que copie aquí el párrafo de una carta que escribí entonces á un amigo mio.

«Si viérais la noble catedral de Bruselas, que lleva la invocacion de Santa Gúdula, y oyérais el soberbio órgano que llena los ámbitos del templo con sus ruidosas armonías y los cantos de los sacerdotes, vestidos de ricos trajes de púrpura y oro, que se perdian en las inmensas bóvedas de aquel templo! Celebraban un oficio de difuntos, y el léctro, que probablemente seria de algun rico ciudadano, á juzgar por su ostentacion, se hallaba en el coro. Velábase arrodillada y orando devotamente á varias personas, sin cuidarse de los estrangeros protestantes que, llenos de curiosidad, examinaban las pinturas y estatuas do que estaba lleno el edificio. Lo que mas me admiró fué una pobre mujer que estaba de rodillas delante de las reliquias de la santa, cuya efigie marmórea cubierta con un velo blanco, se veja á poca distancia, únicamente separada por una ligera verja. A través de las magnificas ventanas que se elevaban desde el pavimento á la bóveda de la catedral, algunas de cien pies de elevacion, (*) penetraban los rayos del sol próximo á su ocaso. Los vidrios eran del tiempo de Carlos V., cuyo retrato conocí inmediatamente, por la barba saliente de su fisonomía austriaca. Al oír el responso que se cantaba en aquella famosa catedral, por donde habiau pasado tantas y tantas generaciones, y que conservaba todavía con tan vivos colores las siglas de los que un tiempo habian respirado dentro de su recinto, me trasladé á una época remota, y me creí contemporáneo de los gloriosos días en que Carlos V. celebraba los capítulos del Taison de Oro en aquel mismo templo.»

(*) ... *Magnificent windows, that rose from the floor to the ceiling of the cathedral, same hundred feet in height.*—Tales son las palabras del autor, que transcribimos para que no parezca yerro, pues no creemos que sea tampoco mala inteligencia, tan desmesurada altura de ventanas.

Me he entretenido en todos estos pormenores relativos á los postreros días de Cárlos Quinto, porque habiendo éste ejercido desde su retiro tanta influencia en los negocios públicos, no parecerán episodio impertinente en la historia de Felipe Segundo. Y antes de terminar este asunto, referiré sucintamente algunas otras particularidades que atañen á su persona, mas que á su carácter político, y que han sido superiormente descritas por pluma mas hábil que la mia.

Cincuenta y ocho años de edad tenia Cárlos cuando murió, agoviado mas que por ellos, por las enfermedades, pues tanto le combatieron estas física y moralmente, que puede decirse haber muerto de una vejez anticipada. Su naturaleza, se desarrolló muy lentamente, pues tenia veinte y un años y apenas le apuntaba el bozo ⁽¹⁾, y á los treinta y seis comenzaron ya á encanecerle los cabellos junto á las sienes. A los cuarenta empezó la gota á estragar su constitucion naturalmente robusta; y antes de los cincuenta, el hombre que habia sobrellevado sus campañas dia y noche sobre la silla de su caballo, y que tan infatigable parecia cuando iba á cazar por las ásperas sierras de la Alpujarra, tenia que ir metido en una litera como un pobre tullido, al frente de sus ejércitos ⁽²⁾.

(1) »De Rege vero Casare ajunt, qui ab eo veniunt, barbatum jam esse.» Petri Martyris Opus Epistolarum, (Amstelodami, 1670, fol.) ep. 734.

(2) En este bosquejo del carácter de Cárlos V., me he aprovecha-

Ni dió tampoco muestras de mayor precocidad en su inteligencia. Mientras vivió Chievres, el caballero flamenco que habia corrido con su educacion, Carlos no se cuidó de nada, y cuando fué á España por primera vez, que tenia diez y siete años, dió de sí tan mala idea, que los que tuvieron ocasion de tratarle no pudieron traslucir indicio alguno de su ulterior grandeza. Con todo, parecia que interiormente estaba penetrado de lo que habia de llegar á ser, y dejaba correr el tiempo. «*Nondum.*» «*Todavía no,*» fué la empresa que puso en su escudo, pues estaba intacto, en un torneo á que asistió en Valladolid cuando tenia diez y ocho años.

Pero así que á la muerte del ministro flamenco se vió el jóven monarca libre de la sujecion en que vivia, empuñó las riendas del gobierno como Luis XIV á la muerte de Mazarino, y mostrándose de pronto bajo otro aspecto, desplegó mayor independenciam que ninguno de sus predecesores. Porque no se entregó enteramente, como ellos, á su consejo de Estado: solo se fió de sí mismo; y si dispensaba su confianza á algun ministro favorito, como Granvela el viejo ó el cardenal su hijo, mas bien era por oír su parecer, que por atenerse ciegamente á sus opiniones. Informábase muy despacio de cuantos negocios ocurrían; y los

do de las pinceladas magistrales con que trazó Ranke el retrato de este monarca en la introducción á la parte de su grande obra sobre las naciones meridionales de Europa que ha consagrado á España.

embajadores estrangeros á quienes daba audiencia, salian maravillados de que estuviese tan al corriente de lo que acaecia en sus córtes y de los asuntos que traian entre manos,

No parecia sin embargo ser de muy viva comprension, ó en otros términos, era tardo en tomar sus resoluciones. Tenia esperando un dia y otro el correo antes de decidir lo que habia de hacerse; mas una vez determinado, nadie habia en el mundo que le hiciese variar de propósito. Hablando un dia con el veneciano Contarini sobre esta cualidad de su carácter, trató de lisonjerle el embajador diciéndole «que no era hombre obstinado por mantenerse firme en una resolucion prudente.» «Verdad es, contestó Carlos, pero es que tambien me empeño en mantener las que no son cuerdas.» (1).

Su infatigable actividad de espíritu y de cuerpo parecia estar en contradiccion con lo endeble de su mocedad, Imperio tan inmenso como el que tenia á su cargo, que abrazaba los reinos de España, los Países Bajos, Alemania y el Nuevo-Mundo, hubieran ofrecido á mas de un príncipe dificultades insuperables, ó por lo menos, cualquiera otro se hubiera visto obligado á gobernar, hasta cierto punto, por poderes, es decir, confiando los negocios á manos auxiliares; pero Carlos queria hacerlo todo por sí propio; él

(1) «Qualche fiato io son fermo in le cattive.» Contarini, cited by Ranké, *Ottoman and Spanish Empires*, p. 39.

ideaba los planes, y él los ejecutaba. El número de viajes que hizo por mar y tierra, según dijo en su despedida á los flamencos, verdaderamente era maravilloso, debiendo tenerse en cuenta que en aquel tiempo no había vapores ni ferro-carriles. Traía una vida semejante á la de un postillon; y sin embargo no acometía empresa alguna que no fuese de importancia. Conocía cuándo y dónde era necesaria su presencia; partía con prontitud y llegaba con puntualidad, sin equivocarse nunca ni el lugar ni las ocasiones. Para él no había punto lejano en su dilatado imperio; parecía tener el don de la *ubicuidad* (*).

El convencimiento de su propia fuerza daba empuje á una ambición que hasta entonces había tenido en su ánimo adormecida. Eran tan vastos sus planes, que, según general creencia, aspiraba nada menos que al imperio universal. Como su abuelo Fernando, y como su hijo Felipe, encubría todos aquellos proyectos bajo el velo de la religión; el principio religioso le servía para llevar adelante su política personal. Siempre parecía dispuesto á esgrimir sus armas en defensa de la cruz, simulando identificar los intereses de España con los de la cristiandad. Marchó contra los turcos, y se interpuso como un antemural entre ellos y la Hungría; marchó contra los protestantes, y

(*) Permítasenos el uso de esta palabra, pues no hallamos otra que exprese más gráfica y concisamente la actividad del que se halla en todas partes.

desconcertó sus fuerzas en el riñon mismo de la Alemania; cruzó el Mediterráneo, y humilló en Argel el poder de la Media-Luna; propúsose amenguar la altivez de Francisco Primero, y atravesó por Francia para escarmentar á los rebeldes de Flándes; dos veces entró en Francia como enemigo, y dos veces le tuvo París á sus mismas puertas. Ya no se contentaba con la modesta empresa de su primer escudo, sino que estampó en él «*Plus ultra*,» y trató de justificar esta arrogancia, impeliendo á sus escuadras por el Océano, y enarbolando la bandera de Castilla en las playas remotas del Pacífico. En todas estas empresas fué generalmente afortunado. Con los triunfos creció la confianza que en sí propio tenia. «Yo y la ocasion favorable» era su frase predilecta; y la «estrella de Austria,» se conserva todavía como un proverbio. Hasta que empezó á faltarle la vida, no se quejó de los desaires de la fortuna; hasta que su estrella comenzó á ocultarse en el horizonte, se mantuvo libre de nubes y esplendorosa.

Vivia pues en un estado de agitacion perpétua. ¿Qué mucho que al cabo llegára á resentirse su salud, como una planta obligada á producir artificialmente y fuera de sazón, fuese gastando su vitalidad?

Ni sus costumbres eran por otra parte muy á propósito para la conservacion de su salud. Por lo comun no daba al sueño mas que cuatro horas, tiempo insuficiente para reparar las fuerzas perdidas en tra-

bajo tan continuo (1). Su temperamento flemático no era el mas á propósito para incurrir en excesos, y sia embargo, no podia irse á la mano en el que mas le perjudicaba, que eran los placeres de la mesa. Un veneciano de aquella época refiere que antes de levantarse por la mañana, solia tomar un capon cocido con azúcar, leche y especias; á medio dia variedad de platos; por la tarde comia alguna otra cosa, y de noche cenaba anchoas ó algun manjar parecido, fuerte y apetitoso, que eran los que preferia (2). Cierta dia en que se quejaba á su mayordomo de que los cocineros no le enviaban mas que platos insípidos y de mal gusto, aludiendo este á la aficion que tenia Carlos á los relojes, le contestó que no sabia cómo complacerle, á no mandar servir á S. M. un guisado de relojes: ocurrencia que hizo prorumpir en estrepitosas carcajadas al Emperador, cosa muy nueva en él en sus postreros dias (3).

(1) Véase Bradford, Correspondencia del Emperador Carlos V. y sus embajadores en las cortes de Inglaterra y Francia, con un apéndice y algunas notas biográficas sobre el Emperador, (Londres, 1850), p. 367, obra que contiene pormenores interesantes y poco conocidos respecto á Carlos V.

(2) «Nel mangiare ha S. Maestá sempre eccesso.... La mattina svegliata ella pigliava una scodella di pesto cappone con latte, zucchero et spezierie, dopoi il quale tornava a riposare. A mezzo giorno desinava molte varietà di vivande, et poco da poi vespro merendava, et all' hora di notte se n' andava alla cena mangiando cose tutte da generare humori grossi et viscosi.» Badovaro, Notizie delli Stati et Corti di Carlo Quinto Imperatore et del Re Cattolico, MS.

(3) «Disse una volta al Maggior-domo Monfalconetto con sdegno, ch' aveva corrotto il giudicio á dare ordine a' cuochi, perche tutti i cibi erano insipidi, dal quale le fu risposto: Non so come dovere trovare pia modi da compiacere alla maestá V. se io non fo prova di

En vano su confesor el cardenal Loaysa, con una independencia que le recomendaba mucho, le reprendia semejante vicio, asegurándole que en privarse de aquella satisfaccion, contraia mas mérito para con Dios, que en disciplinarse y hacer otras penitencias (1); y es lástima que Cárlos, considerando su debilidad, no se hubiera dado un poco mas al ayuno, imponiendo la pena con que castigaba á sus espaldas á parte que en él era mas pecadora. Ni aun en el monasterio de Yuste pudo renunciar á aquel pernicioso vicio, pues procuraba regalarse con anchoas, ancas de rana y empanadas de anguila, sin atender al médico que tenia delante. Mas conveniente le hubiera sido sustituir de vez en cuando á sus opíparas comidas los sencillos manjares del refectorio.

A estos gustos perniciosos unia otros de índole mas noble y culta. Ya hemos visto cuán aficionado era á la música, y el placer que hallaba en el arte de la pintura, sobre todo en las obras del Ticiano: Este insignie maestro le retrató diferentes veces, pues queria que solo su mano le diese á conocer á la posteridad. Tenia ademas otra inclinacion, ó por mejor decir, talento, que con diferente sistema de vida

farle una nuova vivanda di pottaggio di rogoli, il che la mosse á quel maggiore et piú lungo riso che sia mai stato veduto in lei.»—Ibid.

(1) Briefe an Kaiser Karl V, geschrieben von seinem Beichtvater, (Berlin, 1848,) p. 459 et al.

Estas cartas del confesor de Cárlos, que traen algunos pormenores curiosos para ilustrar el primer período de su historia, se conservan en el archivo de Simancas. La edicion citada arriba contiene el original castellano, acompañado de una traduccion alemana.

ó en otra esfera, le hubiera dado el título de autor.

Cítase una curiosa conversacion que tuvo con el Padre Borja, el futuro santo, en una visita que este le hizo en Yuste. Preguntóle Cárlos si seria lícito á un hombre escribir su propia vida, haciéndolo modestamente y sin motivo alguno de vanidad. Dijo que habia escrito sus memorias, no con ánimo de perpetuar sus alabanzas, sino para rectificar algunos yerros en que se habia incurrido respecto á sus hechos, y para pintarse tal como en realidad era (1). Curioso seria saber (que no se sabe), la respuesta que le dió el Padre, si bien es de suponer que no le aconsejaria inutilizar el manuscrito, el cual, sin embargo, no ha llegado á publicarse.

De todos modos, no tenemos motivo para dudar de que en algun período de su vida no recapitulase parte de su historia. Habia en su palacio, como queda dicho, un literato flamenco, Guillermo Van Malé, ó Malineo, como le llamaban en latin, que siendo ayuda de cámara, sirvió mas de una vez de amanuense á Cárlos mientras yacia en el lecho, y le leia algunos ratos mientras estaba recogido, mas no para conciliar el sueño (2). Este escritor afirma que yendo

(1) «Si hallais,» dice nuestro real autor, con una humildad por cierto muy rara entre los que se dedican á esta profesion, «que alguna vanidad ecclésiastica puede mover la pluma (que siempre es prodigioso panegirista en causa propia), la arrojaré de la mano al punto, para dar al viento lo que es del viento.» Cienfuegos, Vida de Borja, p. 269.

(2) «Factus est anagnostes insatigabilis, audit legentem me singulis

embarcado Carlos por el Rin, escribió una relacion de las expediciones que habia hecho hasta el año de 1550 ⁽¹⁾; mas esto da lugar á algunas dudas, porque ¿qué podia ser una relacion escrita en semejantes circunstancias y en tan breve tiempo, sino un bosquejo insignificante? Van Male, no obstante, afirma que habia leído el manuscrito, y que era apreciable por su dición elegante y pura, tanto que se habia propuesto traducirlo al latín, porque su estilo haria recordar, sin embargo de ser tan desemejantes, á Tacito, Tito Livio, Suetonio y César ⁽²⁾; y el buen ayuda de cámara se admira y duele de que en lugar de darlo al público, lo guardase con mucho cuidado bajo llaves y cerrojos ⁽³⁾.

Mostró tambien el Emperador el deseo que tenia

noctibus facta cœnula sua, mox librum repeti jubet, si forte ipsum torquet insomnia.» *Lettres sur la Vie Intérieure de Charles-Quint*, écrites par G. Van Male, ep. 7.

(1) «Scripsi..... liberalissimas ejus occupation in navigaetiones fluminis Rheni, dum oculi occasione invitatus, scriberet in navi peregrinationes et expeditiones quas ab anno XV in presentem usque diem, suscepisset.» *Ibid*, ep. 5.

(2) «Statui novum quoddam scribenditemperatum effingere, mixtum ex Livio, Cæsare, Suetonio, et Tacito.» *Ibid*.

(3) A la muerte del Emperador se hallaban estas Memorias en poder de Van Male, quien despues solia quejarse llorando de que Quijada se las habia arrebatado, si bien recordaba bastante de su contenido, segun añadia, para escribir otra vida del Emperador, como se proponia hacerlo. (Papeles de Estado de Granvela, tom. VI p. 29.) Don Felipe, creyendo que Van Male hubiera puesto su proyecto en ejecucion, mandó á Granvela, cuando murió aquel pobre servidor, que registrase sus papeles, y si hallaba algun manuscrito que debiera remitirsele, lo arrojase al fuego. (*Ibid*. p. 273.) El amor con que don Felipe miraba la memoria de su padre debió hacerle creer que ningun hombre podia ser héroe de su propio ayuda de cámara; pero despues de todo, las tales Memorias no se encontraron.

de ser autor con otro motivo, con motivo de la traducción del poema francés *Le Chevalier délibéré*, entonces muy popular, escrito en alabanza de la corte de su antecesor Carlos el Temerario, de Borgoña. Van Male, que al parecer hizo con Carlos Quinto lo que Voltaire con Federico, diciendo que había lavado la ropa sucia del rey, tuvo el encargo de examinar esta traducción, obra, según asegura, de gran mérito en la parte relativa al idioma y á lo elegante de la dicción. El Emperador se la entregó á Acuña, distinguido poeta de aquella corte, para que la pusiese en verso castellano, y así desfigurada, se la dió á Van Male para que la copiase. Un burlon mal intencionado, el historiador Avila, aconsejó al Emperador que no debía dar á aquel funcionario menos de quinientas coronas de oro: «Y bien que las merece, dijo el monarca, porque ha tenido que trabajar mucho en esta obra (1).» Mandó que inmediatamente se imprimiesen dos mil ejemplares del poema, que en efecto se publicó, aunque anónimo; y el pobre Van Male que se había prometido otra ganancia, creyendo tener seguro el coste de la edición, de buena gana hubiera renunciado á la liberalidad de su monarca; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos: Carlos no quiso cejar de propósito tan generoso, y sin decir nada en el prólogo para imponer al público de la parte que en aquella compo-

(1) «Bono jure, ait, fructus ille ad Gulielmum redeat, ut qui plurimum in opere illo sudárit.» Ibid. ep. 6.

sición tenía el soberano, se dió á la imprenta (1).

Ni es extraño que el Emperador diese tanta importancia á la historia de su vida, porque no podría mos-

(1) «Ne in proemio quidem passus est ullam solertiam suæ laudem adscribi.» *Ibid.*

La correspondencia latina de Van Male, de la cual está tomado este entretenido incidente, la publicó primero el baron de Reiffenberg para la sociedad de *Bibliófilos Belgas*, de Bruselas, en 1843. Contiene algunas noticias interesantes sobre las costumbres personales de Carlos V durante los cinco años que precedieron á su abdicación. Van Male acompañó á su amo en Yuste, y figura su nombre en el codicillo como uno de los de la *servidumbre* que recibía pensiones del Emperador. Estas deberían producirle algo mas que la traducción de S. M., pues aunque se hicieron varias ediciones de ella en el transcurso del siglo, probablemente no daría mucho dinero al ayuda de cámara, porque falleció aun no pasados dos años de la muerte de su amo.

De la correspondencia de Van Male solo se hizo una corta edición á beneficio de los individuos de la sociedad. La copia que yo tengo la debo á M. Van de Weyer, el distinguido ministro de Bélgica en la corte de Inglaterra, cuyo amor á las letras se descubre, no solo en la biblioteca que ha reunido, y que es una de las mejores colecciones particulares de Europa, sino en la generosidad con que deja participar de ella á los literatos (*).

(*) El norte americano Ticknor, en su *Historia de la Literatura Española*, refiere así la precedente anécdota, añadiendo algunas otras indicaciones sobre la persona de Van Male.

Concluido el poema, que consta de trescientas setenta y nueve décimas cortas, fué entregado acertadamente por Carlos V, como un regalo digno de su munificencia á su pobre criado Van Male, quien refiere minuciosamente el hecho; y en seguida, habiendo mandado que no se hiciese mención alguna de él en el prólogo, dispuso que se tirase una edición tan numerosa y abundante, que el pobre literato tembló de miedo al considerar el desembolso que necesariamente habia de hacer y al riesgo que tenía que correr á consecuencia del favor imperial. *El Caballero Determinado*, título que Acuña dió á su versión poética, tuvo sin embargo mejor éxito del que suponía Van Male, habiéndose impreso siete ediciones en menos de cincuenta años (**).

(**) Guillermo Van Male, llamado Malineus en latin, y por los españoles Malinez, fué uno de los hambrientos flamencos que buscaban protección y empleos en la corte de Carlos V. Matriculado por el duque de Alba, que fué su primer patrono, y por Ayala y Zúñiga, cuyos comentarios puso en la mano á fin de granjearse su aprecio, así como por el mismo Emperador, á quien sirvió con lealtad y cariño, vióse precisado, como otros tantos de su nación que fueron á España con iguales esperanzas, á volverse tan pobre y desvalido como antes. Murió en 1580: fué hombre de letras y buen humanista, de carácter sencillo, y sin duda mereció mayor recompensa de la que el Emperador le asignó al darle el manuscrito de la versión castellana de Acuña, que Avila maliciosamente hizo creer al Emperador valía quinientas coronas de oro para un literato necesitado; á que el Emperador contestó diciendo: *Nono juris*, etc.

trarse indiferente á la fama póstuma. Sabia muy bien que por mucho que se engrandezca un nombre, cae al fin en el olvido, si no le hacen objeto el poeta de sus cantos ó el cronista de sus alabanzas; y así trataba de hallar un historiador que hiciese con su pluma lo que el Ticiano habia hecho con su pincel, presentarle en sus verdaderas proporciones y bajo una forma permanente á los ojos de la posteridad. Y en esto no parece que se dejó llevar tanto de una pueril vanidad, como de un deseo natural de que apareciesen su carácter y sus hechos bajo un punto de vista favorable, porque favorables se figuraba él que habian de serle cuantos tomasen á su cargo aquel empeño.

La persona á quien eligió el Emperador para tan delicado asunto, fué el célebre Sepúlveda. A Sleidan le tenia por calumniador, y á Jovio, que habia incurrido en el extremo contrario, y escrito con lo que él llamaba pluma de oro de la historia, tildaba por el contrario de adulador (4). Carlos alentó á Sepúlveda, previniéndole que se informase de él en cuantos puntos tocase respecto á su gobierno; y cuando el historiador le pidió permiso para leerle lo que habia escrito, el Emperador se negó á ello diciéndole: «Yo no quiero oír ni leer lo que hayais escrito de mí. No fal-

(4) Paulo Jovio correspondió tan mal á este favorable juicio, que mas adelante descubrió un nuevo defecto en el carácter de Carlos, tratándole de poco desprendido. Véase Sepúlveda, De Rebus Gestis Caroli V., lib. XXX. p. 534.

tará quien lo haga cuando yo no exista; pero si necesitais noticias sobre alguna cosa, os las daré con el mayor gusto ⁽¹⁾.» Una historia escrita en virtud de estos antecedentes puede reputarse como autógrafa, y por consiguiente quedar sujeta al mismo grado de veracidad, y á las mismas objeciones que la que merezca este nombre. Sepúlveda era uno de los pocos que podían conversar con el Emperador en su retiro de Yuste ⁽²⁾; y Carlos mostró la consideracion con que le miraba, mandando que se cuidase de no maltratar el manuscrito del historiador antes de darlo á la imprenta ⁽³⁾.

Tales son los pormenores y anécdotas personales de mas interés que hemos podido recoger del monarca que por espacio de cerca de cuarenta años sostuvo un imperio mas vasto y con autoridad mas absoluta que ningun otro, desde los tiempos de Carlo-Magno. Extraño parecerá que hayamos hablado tan ligeramente de una propiedad de su carácter, la mas marcada en la familia de quien descendia, sobre todo por parte de madre, su hipocresía; pero á mas de que Carlos no se distinguió en este concepto como otros de sus antecesores, puede decirse que, apenas

(1) «Haud mihi gratum est legere vel audire quæ de me scribuntur; legent alii cum ipse a vita discessero; tu siquid ex me scira cupis, percunctare, nec enim respondere gravabor.» Ibid. p. 333.

(2) A pesar de que Carlos recibia con gusto á los extraños que le llevaban noticias de uno ó de otro punto, no era tan tolerante, segun el historiador, con las visitas de mera ceremonia. Ibid. p. 544.

(3) Carta del Emperador al secretario Vazquez, 9 de julio, 1558, MS.

ocupó el trono, subordinó los principios religiosos á los políticos, ofreciendo en esto un paralelo mas marcado con su abuelo Fernando el Católico, que con su hijo Felipe Segundo, ó con su imbécil nieto, el tercero del mismo nombre.

Pero la melancolía religiosa que comenzó á apoderarse de su imaginacion, degeneró por fin en fanatismo, luego que se encerró en el monasterio de Yuste. Ya hemos visto que en su agonía, el legado mas precioso que halló para su hijo, fué recomendarle la inquisicion; y de la propia manera trató de infundir el espíritu de intolerancia en el corazon de la princesa gobernadora (1). Y si es cierto, como lo afirma su biógrafo, que Carlos se arrepintió de haber respetado el salvoconducto que dió á Lutero (2), no hay para qué se lamente el mundo de que trocáse el cetro y la espada por el breviario de un monje, y el trono de los Césares por un claustro de las sierras de Extremadura.

(1) «Si me hallara con fuerzas y disposicion de podello hacer, tambien procurara de enforçarme en este caso á tomar cualquier trabajo para procurar por mi parte el remedio y castigo de lo sobre dicho sin embargo de los que por ello he padescido.» Carta del Emperador á la Princesa, 3 de mayo, 1558, MS.

(2) «Yo erré en no matar á Luthero..... porque yo no era obligado á guardalle la palabra por ser la culpa del hereje contra otro mayor señor, que era Dios.» Sandoval, Hist. de Carlos V., tom. II. p. 643.

Véase tambien Vera y Figueroa, Carlos V., p. 424.

ling, que abrió camino á otra serie de obras debidas á las plumas de Amedée Pichot, Mignet y Gachard, el cual ha esclarecido de un modo que nada deja que desear cuanto se ignoraba respecto á Yuste. La publicación de estas obras ha privado á la mia de la novedad que podia tener, dado que se apoya en la misma base, á saber, en los documentos originales del archivo de Simancas. Pero la parte que Carlos tuvo en la dirección de los negocios, aun despues de estar en el monasterio, no ha podido comprenderse en el capitulo, antes bien me he aprovechado de todas estas publicaciones para añadir algunas cosas, que fácilmente conocerá el lector por la referencia que siempre he cuidado de hacer á las fuentes de donde las he sacado.

El público no ha podido hasta ahora apreciar el reinado de Carlos V. mas que por la historia de Robertson, escritor que á mas de su espíritu verdaderamente filosófico y de su penetración, se recomienda por la elegancia clásica del estilo, que le ha dado una superioridad incontestable sobre los demás historiadores del célebre Emperador; pero en la relacion que dedica á los últimos dias de Carlos V. Robertson se abiene meramente á autoridades comunes, cuyas noticias, adquiridas, digámoslo así, por segunda mano, distan mucho de ser fidedignas, segun se ve en la contradicción que resulta entre algunos documentos auténticos, como lo son las cartas del mismo Carlos, las de su servidumbre y lo que escribieron los monjes de Yuste. Pero estos documentos casi todos existian en el archivo de Simancas, donde se custodiaban en tiempo de Robertson con vigilancia digna de un harem turco, negando en él la entrada lo mismo á los propios que á los extraños. Hasta 1844 no ha habido gobierno bastante liberal que mandase abrir las puertas cerradas por tanto tiempo; y entonces por primera vez pudieron recorreerse aquellos empolvados armarios y desenterrar las preciosas memorias de época tan remota. Entonces fué tambien cuando, competentemente autorizado por el gobierno, pudo mi amigo don Pascual de Gayangos pasar algun tiempo en Simancas reuniendo, con otros muchos, los datos en que se funda el capitulo precedente.

Conocidos de esta suerte los manuscritos de Simancas, el celoso archivero don Tomás Gonzalez, que veia cuán mal se habian interpretado los últimos dias de Carlos V., se aprovechó de los materiales que tenia á su disposicion para publicar su trabajo sobre Yuste bajo un punto de vista nuevo y mas auténtico, titulando la obra que escribió al efecto «Retiro, Estancia y Muerte del Emperador Carlos V. en el monasterio de Yuste.» La obra, cuyo valor principal consiste en los copiosos extractos sacados de la correspondencia de Carlos y su servidumbre, la retuvo manuscrita el autor, y al morir pasó á poder de un hermano suyo, que hizo un extracto de ella y anunció su venta á precios tan exorbitantes, que por espacio de algunos años no se presentó comprador alguno. Por último, la adquirió el gobierno francés por una corta suma, por solos cuatro mil francos, y aun esta parece excesiva en atención á que por entonces fué cuando se dispuso permitir la entrada en el archivo que contenia los documentos originales en que se fundaba el MS. de Gonzalez. Adquiri-la pues esta obra por el gobierno francés, pasó al archivo de Negocios extranjeros, que entonces tenia á su cargo Mr. Mignet; y no pudo en verdad caer en mejores manos, pues pocos literatos hay que con tan juicioso criterio hayan desentrañado los aconte-

cimientos mas oscuros de la historia de España. Pero sus ocupaciones no le permitieron dedicarse por el pronto á este trabajo, y por espacio de ocho años quedó el MS. de Gonzalez encerrado en el archivo de Paris, como lo habia estado en el de Simancas; hasta que por último obtuvo la publicidad que merecia, no por diligencia de ningun francés, sino de un escritor inglés, M. Stirling, autor de los «Anales de los Artistas de España,» obra en que no solo se muestra el autor familiarizado con el estado de las artes de aquel pais, sino con el de su literatura.

En un viaje que hizo á la Península en 1849, visitó M. Stirling el monasterio de Yuste; y las tradiciones y antiguos recuerdos engrandados por aquellos lugares, se imprimieron de tal modo en la imaginacion del viajero, que al volver á Inglaterra dedicó á este asunto dos curiosos artículos en el *Fraser's Magazine* de abril y mayo de 1854; y á pesar de que su asunto solo podia interesar á los eruditos, llamaron la atencion por la novedad é importancia de los pormenores que contenian, haciendo ver cuán superficialmente habian tratado de la estancia del Emperador en Yuste los predecesores de M. Stirling. Sin embargo, desatendió el autor en su narracion el punto principal de aquel periodo de la vida de Carlos V, á saber, la parte que tuvo en la administracion del reino. Esto solo podia averiguarse en los manuscritos de Simancas.

Cuando estaba escribiendo su precioso Manual de España, tuvo noticia del MS. de Gonzalez, mas no de su paradero; hasta que al saber mas adelante donde podia hallarlo, se encaminó á Paris, y consiguiendo haberlo á las menas, de tal manera se aprovechó de él, que lo eligió por argumento de otra obra con el título de «Vida obscura de Carlos V.» Excitó al punto la curiosidad de los eruditos, tanto propios como extráneos, se reprodujo en varias ediciones, en una palabra, se recibió con un aplauso que no solo indicaba la importancia de las investigaciones hechas por el autor, sino el atractivo con que habia sabido presentarlas á los ojos de los lectores.

Entonces los escritores de Paris trataron de aprovecharse del tesoro que por tanto tiempo habian tenido arrinconado; y en 1854, á los dos años de publicarse el libro de M. Stirling, dió á luz Mr. Amedée Pichot su *Crónica de Carlos V*, obra que, lejos de limitarse á los últimos dias del Emperador, comprende los sucesos de toda su vida, y una larga relacion de sus costumbres particulares, así como de la organizacion interior de su gobierno y de su sistema político; sirviendo además como de complemento una multitud de incidentes históricos que pueden considerarse mas bien como episódicos que como esenciales á la narracion, llena por otra parte de curiosos datos sobre las costumbres, artes é ilustracion moral de la época.

No mucho despues de la publicacion de esta obra, M. Gachard, á quien ya he citado en otra parte, como encargado por el gobierno belga de hacer prolijas investigaciones en el archivo de Simancas, dió tambien á luz el resultado de sus trabajos en el primer tomo de su *Retiro y Muerte de Carlos V*. En él reproduce las cartas del Emperador y de su servidumbre, iguales á las que forman el repertorio del MS. de Gonzalez, poniendo así á disposicion de los futuros biógrafos del Emperador los materiales primitivos con que poder trazar la historia de sus postreros dias.

Por último se publicó la obra, por tanto tiempo esperada, de M. Migé-

net, *Carlos V, su Abdicacion, Estancia y Muerte en el monasterio de Yuste*. Era una reproduccion en forma mas extensa de una série de documentos, de los cuales aparecieron algunos poco despues de la publicacion del libro de M. Stirling. El autor francés trata este asunto en su obra con la claridad y elevacion que caracterizan su talento; discurre con precision y sagacidad sobre los puntos mas difíciles y dudosos, y presenta toda la historia de Carlos V en Yuste bajo aspecto tan luminoso que nada deja que desear.

Para los críticos no carecerá de interés la comparacion entre los diferentes escritores que han manejado este asunto, cada cual segun su gusto ó la indole de su talento. Asi en el estilo fácil y familiar de Stirling se descubre cierto desenfado y sabor un tanto picante, análogo á su festivo ingenio, y á que se prestan muy bien por una parte la avaricia, y por otra la glotonería de Carlos.

Mignet contempla de muy diferente modo el carácter del Emperador, á quien reviste con formas heróicas, sin dejar entever en él el menor defecto que pueda amenguar la majestad de las proporciones. Finalmente, Amedée Pichot, en vez de tratar clásicamente su asunto, puede decirse que lo hace imitando á la escuela romántica, deteniéndose en varios episodios pintorescos, los cuales, sin embargo, ha sabido combinar tan perfectamente con el todo de su narracion, que no perjudica á la unidad de interés en manera alguna.

Cualquiera que, comparándolos entre sí, sea el mérito de estos eminentes escritores en la ejecucion de su plan, el efecto de sus publicaciones ha sido indudablemente poner en claro la parte mas oscura que antes habia en la historia de Carlos V.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

ESTADO DE LOS PAISES BAJOS.

Instituciones civiles.—Prosperidad comercial.—Carácter del pueblo.
Doctrinas protestantes.—Sistema de persecucion de Carlos Quinto.

Llegamos en nuestra narracion á un punto que puede considerarse como episodio, mas bien que como parte integrante de esta historia; aunque por su importancia y grandeza dé bastante de sí para formar una historia exclusiva é independiente. Hablo de la guerra de los Países Bajos, origen de la série de revoluciones, á que ha dado ejemplo nuestro propio pais tan favorecido de la naturaleza. Pero antes de entrar en tan vasto asunto, será bien indicar ligeramente cuál era el estado de la misma nacion en aquella época.

Al heredar Felipe Segundo el trono, cerca de la

mitad del siglo décimo sexto, los Países Bajos, ó la Flándes, como generalmente eran llamados ⁽¹⁾ comprendian diez y siete provincias que ocupaban el mismo territorio, aunque algo mas reducido, que el que pertenece hoy á los reinos de Holanda y Bélgica ⁽²⁾. Con las denominaciones de ducados, condados y señoríos, formaban antiguamente áquellas provincias otros tantos estados distintos, y sometidos cada cual al gobierno de su respectivo soberano; y aunque dos ó tres de ellos, como á veces acaecia, dependiesen de un mismo cetro, coaservaba cada uno su independencia propia. Asmejábanse mucho entre sí estos estados en sus instituciones, y especialmente en el goce de las inmunidades concedidas á los ciudadanos, mayores que las que se disfrutaban en casi todos los pueblos de la cristiandad. No podia imponerse contribucion alguna sin el consentimiento de una asamblea compuesta del clero, la nobleza y los representantes de las ciudades. Ningun extranjero podia tampoco desempeñar cargo público, para lo cual se conside-

(1) «Vocatur quoque syacchlochia, per universam ferme Europam, Flandria, idque ob eam Provincie potentiam atque splenderam: quamvis sint, qui contentant, vocabulum ipsum Flandria, á frequenti exteriorum in ea quosdam Provincie mercatorum commercio, derivatum, atque inde in omnes partes diffusum: alii rursus, quod hæc ipsa Flandria, strictius sumta. Gallis, Anglis, Hispanis, atque Italis sit vicinior, ideoque et notior simul et celebrior, totam Belgium eo nomine indiglitam perhibent.» Guicciardini, Belgica, sive Inferioris Germaniæ Descriptio, Amstelædani, 1632, p. 6

(2) Estas provincias eran los ducados de Brabante, Limburgo, Luxemburgo y Güeldres; los condados de Artois, Hainault, Flándes, Namur, Zutphen, Holanda y Celantia; el Marquisado de Ambres y los señoríos de Filapdia, Malinas, Utrecht, Overysel y Greeninga.

raban como tales los nacidos en una provincia respecto de otra. Estos eran por tradicion derechos inagotables, bien que en los últimos tiempos sufriesen algun menoscabo por parte de los gobiernos (1).

La condicion de las comunidades en los Países Bajos, durante la edad media, distaba mucho de ser tan ventajosa como en otros países de Europa por el mismo tiempo; lo cual era debido al carácter del pueblo, ó por mejor decir, á las circunstancias particulares que influian en su carácter. Nacidos en un suelo que con infinito trabajo y perseverancia habian ido arrancando á las aguas que lo cubrian, pasaban la vida en perpétua pugna con los elementos. Desde la infancia se acostumbraban á menospreciar los peligros del Océano; y así los marinos flamencos se distinguian por la intrepidez de sus viajes á desconocidos y remotos climas. La extensión del comercio les abria un vasto campo de experiencias y observaciones; y como á su carácter determinado é intrépido se añadia

(1) Buscage, Annales des Provinces-Unies, avec la Description Historique de leur Gouvernement, (La Haye, 1719), tom. I. p. 3.—Guicciardini, Belgique Descriptive, p. 81, et seq.

El ministro veneciano Tiepolo recomienda eficazmente la lealtad de aquellos pueblos á sus príncipes para que se respetasen mas sus privilegios constitucionales. «Sempre si le sono mostrati quei Popoli molto affezionati et amorevoli, contentandosi de esser gravati senza che mai facesse alcun resentimento forte piú de l'honesto. Ma così come in questa parte sempre hanno mostrato la sua prontezza, così sono stati duri et difficili, che punto lo fossero sminuiti li loro privilegi et autorità, né che ne iloro stati s'introducessero nuove leggi, et ndovo ordini ad instantia massime, et per ricordo di gente straniera. Relazione di M. A. Tiepolo, ritornato Ambasciatore dal sermo. Ré Cattolico, 1667, MS.

el espíritu aventurero y los instintos de libertad é independencia, eran los flamencos muy á propósito para defender los grandes intereses de la comunidad. Creció maravillosamente la poblacion; de la actividad comercial provino la riqueza, y de los recursos que hasta los pueblos mas pequeños proporcionaban á los príncipes, nació la concesion de importantes privilegios políticos que aseguraron por fin la independencia de los ciudadanos.

Propendian sin embargo mas bien los pueblos á conservar la distincion é individualidad de las provincias, que á juntarlas en uno en virtud de comunes vínculos políticos. Habitaban el pais diferentes razas, que hablaban diferentes lenguas, en unas provincias el francés, y en otras un dialecto aleman. Además, por su posicion, frecuentemente se habian suscitado entre ellos emulaciones, y á veces sangrientas guerras, cuyos efectos continuaban aun despues de no existir las causas á que se debian, quedando asi reconcentrado el gérmen de mútuas hostilidades, que producian un espíritu permanente de desavenencia.

Supuestos estos antecedentes, y dada la reunion de la mayor parte de las provincias bajo el cetro de la casa ducal de Borgoña, en el siglo décimo quinto, ¿cómo era posible que formasen verdadera nacion? Ni Cárlos Quinto con todo su poder y ascendiente personal pudo lograrlo ⁽¹⁾, viéndose obligado á abando-

(1) Basnage, *Annales des Provinces-Unies*, tom. 1. p. 8.

nar la idea de formar de todos aquellos estados una monarquía, y contentarse con la posición (para un déspota español no muy lisonjera) de cabeza de una república, ó mejor dicho, de una confederación.

Advertiase, no obstante, un principio de unidad nacional en la institución creada, así que los estados se sometieron á un solo cetro; porque, aunque cada una de las provincias conservaba sus tribunales de justicia, había uno supremo establecido en Malinas, jurisdiccional y de apelación respecto á los provinciales. Del mismo modo, aunque cada estado contaba con su asamblea legislativa, existían los generales, compuestos del clero, la nobleza y los diputados que mandaban por separado las provincias. En esta asamblea, que raras veces se reunía, se ventilaban las cuestiones que más interesaban á los pueblos; pero no gozaba de autoridad legislativa, limitándose sus facultades á presentar al soberano peticiones en pro de los intereses de los pueblos. Ni poseía derecho alguno más que el de discusión; pues en punto á contribuciones, no podía establecerse subsidio alguno sin la sanción expresa de las respectivas legislaturas provinciales. Semejante forma de gobierno era sobrado embarazosa y lenta para improvisar reformas eficaces, aunque á veces no dejaba de facilitar la prontitud y energía que demandaban las empresas militares: gobierno en fin que, aunque insuficiente para lo que exigía Carlos Quinto, no dejaba de acomodarse al ca-

rácter de sus habitantes y al estado de tranquilidad que les convenia. No codiciaban conquistas extrañas: con las artes de la paz habian llegado á tan envidiable y desconocida prosperidad, y solo de la paz, no de la guerra, podian prometerse su conservacion.

Sin embargo, con el largo gobierno de los príncipes de Borgoña, y mas aun con el de Carlos Quinto, sintió el pueblo de los Países Bajos la influencia de las circunstancias que en otros puntos de Europa fueron inclinando el elemento popular, ó mas bien feudal, al espíritu de centralizacion. Con el tiempo reclamó el soberano el derecho de nombrar al alto clero; en algunos casos eligió los jueces de los tribunales provinciales, y el supremo de Malinas quedó tan sometido á su autoridad, que la corona era quien nombraba los jueces y quien pagaba sus asignaciones. No contento con esto, amplió el mismo soberano sus prerogativas, aplicándose mas de una vez el derecho que tenian los ciudadanos de elegir sus propios magistrados, derecho que habian considerado siempre como de suma importancia. En cuanto á los nobles, no es fácil calcular el predominio que ejerceria el dueño de un imperio como el de Carlos Quinto sobre hombres cuya ambicion podia satisfacer tan completamente ⁽¹⁾.

(1) Ibid. loc. cit.—Bontivoglio, Guerra di Fiandra, (Milano, 1806), p. 9 et seq.—Ranke, Spanish Empire, p. 79.

El último escritor, con su habitual discernimiento, ha elegido los hechos particulares que mas ilustran la política interior de los Países Bajos en tiempo de Carlos V.

Añádase á esto que el carácter personal y la posición peculiar de Carlos le inclinaban á ensanchar cada vez mas el círculo de su soberanía. Era de origen flamenco, y flamencas eran tambien todas sus inclinaciones y costumbres; habia pasado en Flándes sus primeros años, y deseaba tornar de vez en cuando á su patria, siempre que los negocios se lo permitian, y dar entre la franca y alegre sociedad de la capital de Flándes alguna tregua á la severa etiqueta de la corte de Castilla: preferencia á que los flamencos sabian corresponder con pruebas de la mas completa adhesion.

Y razon tenian para mostrarse agradecidos á las mercedes que la benevolencia de Carlos les dispensaba. Para los flamencos se reservaban siempre en España los principales cargos, y esta preferencia fué precisamente la que dió margen á los disturbios de Castilla. Siempre acompañaban á Carlos en sus expediciones militares los soldados flamencos, y su caballería parecia ser la mejor pagada y disciplinada del ejército imperial. La vasta extension de sus dominios esparcidos por las cuatro partes del mundo, ofrecia ancho mercado al comercio de los Países-Bajos, que por donde quiera se hacia con las mas favorables condiciones; y sin embargo de ser tan propenso á la violencia y abuso de su poder, no carecia de la sagacidad necesaria para proteger los intereses materiales de un país que de tal manera acrecentaba sus

recursos. A impulsos de su benéfica política, la industria y comercio de Flandes hallaba fáciles salidas para su agricultura, sus manufacturas y su tráfico; en su territorio se contaban tantas ciudades como aldeas en otros países, pues á mediados del siglo décimo sexto se calculaba en unas trescientas cincuenta el número de las primeras, y en mas de seis mil trescientas el de las poblaciones de menos importancia ⁽¹⁾. Y no eran estos pueblos que sirviesen de albergue á monjes y mendicantes, como en otros puntos de Europa, sino llenos de una poblacion industrial y laboriosa. En los Países-Bajos nadie comia el pan de la ociosidad. En la época á que nos referimos, Gante contenia setenta mil habitantes, Bruselas setenta y cinco mil, y cien mil Amberes; y por el mismo tiempo en Lóndres no pasaban de ciento cincuenta mil ⁽²⁾.

Fertilizado el país por innumerables esclusas y canales, ofrecia todo él cierto aspecto de prolijo y constante cultivo que todavía le distingue á la sazón, pero que á mediados del siglo décimo sexto solo podia compararse con las tierras que labraban los moriscos del Mediodía de España. El despejo natural del pue-

(1) «Urbes in ea sive mœnibus clausæ, sive clausis magnitudine propemodum pares, supra trecentas et quinquaginta censeantur; pagi verò majores ultra sex millia ac trecentos numerantur, ut nihil de nihil de minoribus vicis arcibusque loquar, quibus supra omnem numerum consitus est Belgicus ager.» Strada, De Bello Belgico, tom. I. p. 32.

(2) Guicciardini, Belgicæ Descriptio, p. 207 et seq.

Los geógrafos nos dan la poblacion de algunas de las principales capitales de Europa á mediados del siglo XVI. La de Paris, que tenia 300,000 habitantes, parece que escedia en mucho á la de todas las demas, excepto Moscou.

blo se conocia en su aptitud para las artes mecánicas y en su facilidad de inventar, que parece ser característica de los que desde la infancia se acostumbran al libre ejercicio de sus facultades; y tan adelantados estaban en los procedimientos para simplificar el trabajo, que hasta los niños, á la edad de cuatro y cinco años, se dice que empezaban á ganar su subsistencia ⁽¹⁾. No habia ciudad que no se distinguiese por su superioridad en uno ú otro género de manufacturas: Lila era conocida por sus tejidos de lana; Bruselas por sus alfombras y tapices; Valenciennes por sus camelotes, mientras los pueblos de Holanda y Celandia sostenian un mercado de queso, manteca y salazones ⁽²⁾. De todas estas industrias se tenia en Amberes una gran feria, dos veces al año, que duraba veinte dias, y atraia la concurrencia de multitud de extranjeros y naturales.

En los siglos XIII y XIV los flamencos importaban de Inglaterra gran cantidad de lanas que después tejian en su país; pero los que emigraban de Flándes llevaban á Inglaterra estas manufacturas, y en tiempo de Felipe Segundo se importaban del

(1) «Atque hinc adeo fit, ut isti opera sua ea dexteritate, facilitate, ordineque disponant, ut et parvuli, ac quadriennes modo aut quinque annos eorum filii, victum illico sibi incipient querere.» Guicciardini, Belgicæ Descriptio, p. 207 y sig.

(2) Relatione di M. Cavallo tornato Ambasciatore dal Imperatore 1554, MS.

El embajador no duda comparar á Amberes, en la extensión de su comercio, con su ciudad misma de Venecia. «Anversa corrisponde di mercantia benissimo a Venetia, Lavania di studio a Padova, Gante per grandezza a Verona, Brusellis per il sito a Brescia.»

mismo país hasta los vestidos por valor de unos cinco millones de coronas anuales, y se cambiaban por los productos naturales de los Países Bajos⁽¹⁾; y este solo dato respecto al comercio con uno de los países vecinos, puede dar idea del que sostendrían con los demás aquellos pueblos.

Ni era extraño que lo extendiesen á los puntos mas remotos del globo. Acostumbrados desde que nacian á arrostrar el impetu de las olas, contemplaban aquellos habitantes el Océano como su elemento, pues «á medida que la naturaleza, dice un escritor, iba estrechándoles la tierra, ellos dilataban su imperio por los mares⁽²⁾.» En todos se veia tremolar su pabellon; en el Ponto Euxino y en el Mediterráneo rivalizaban con los venecianos y genoveses, y no menos con los ingleses y hasta con los españoles en los mares donde estos imperaban.

La riqueza que resultaba al país de tan extenso tráfico se dejaba conocer á primera vista en la numerosa poblacion de sus provincias y en el esplendor de sus capitales. La mas importante era la ciudad de Amberes, que ocupaba en el siglo XVI el mismo lu-

(1) «Liquido enim constat, eorum, anno annum pensante, et carissimis aliisque panniculis ad integros pannos reductis, ducenta et amplius milia annuatim nobis distribui, quorum singuli minimum aestimantur vicenis quinque scutatis, ita ut in quinque et amplius milliones ratio tandem exerescat.» Guicciardini, Belgicæ Descriptio, p. 244.

(2) «Quæ verò ignota marium litora, quæsvè desinentis mundi oras scrutata non est Belgarum nautica? Nimirum quantum illos natura intra finis terræ contractiores inclusit, tantò ampliores ipsi sibi aperuere oceani campos.» Strada, De Bello Belgico, lib. I. p. 32.

gar que Brujas en el precedente, como metrópoli comercial de los Países Bajos, viéndose en su muelle de continuo doscientas cincuenta embarcaciones que estaban de cargamento ⁽¹⁾; por sus puertas entraban diariamente de Francia, Alemania y Lorena, dos mil carros, también cargados ⁽²⁾; y una multitud de bajeles llenos de mercancías de diferentes partes del mundo, poblaban al propio tiempo las aguas del Escalda ⁽³⁾.

Como las demás ciudades de Brabante, distinguíase Amberes por ciertos privilegios políticos que la hacían apetecible aun para los extranjeros, tanto que muchas mujeres de otras provincias iban allí á dar á luz á sus hijos para que tuviesen derecho á las franquicias de que se gozaba en aquella parte de los Países Bajos ⁽⁴⁾. Tan celoso de sus libertades era el pueblo de aquella provincia, que, al prestar juramento de fidelidad á su nuevo soberano, decia la fórmula que quedaban libres de toda obediencia desde el momento que él dejase de respetar sus privilegios ⁽⁵⁾.

(1) Schiller, *Abfall der Niederlande*, (Stuttgart, 1838), p. 44.

(2) *Ibid.*, ubi supra.

(3) Burgon, *Life of Sir Thomás Gresham*, (London, 1839), vol. I. p. 72.

(4) «In quorum (Brabantinorum) Provinciam soimus transferre eo solitas e vicinis locis parituras mulieres, ut Brabantinas immunitates filiis eo solo genitis acquirerent, crederes ab agricolis eligi plantaria, in quibus eantæ arbusculæ, primoque illo terræ velut ab ubere lactentes, aliò dein secum auferant dotes hospitalis soli.» Strada, de *Bello Belgico*, lib. II. p. 61.

(5) *Histoire des Provinces-Unies des Pais-Bas*, (La Haye, 1704), tom. I. p. 88.

Llevados pues del incentivo de los derechos municipales, se establecieron multitud de extranjeros en Amberes. Los ingleses poseían allí una factoría, existiendo asimismo una compañía portuguesa, otra italiana, otra de mercaderes de las ciudades anseáticas, y finalmente otra turca, que atendía desde aquel punto al comercio de Levante. Facilitaban el tráfico los billetes de cambio, y en breve tiempo se hizo Amberes el Banco de Europa toda, fijando en ella su residencia varios capitalistas, que eran los Rothschild de aquellos tiempos, con casas que parecían de príncipes, y haciendo de aquella ciudad respecto á la Europa del siglo décimo sexto, lo que es Londres en el presente, el centro de la circulación comercial (1).

En 1534 se construyó la Bolsa pública, que excedía á cuantos edificios de aquel género se habían hasta entonces visto; é inmediatamente se llenó la ciudad de fábricas grandiosas. La mas importante de ellas, la catedral, que fué destruida por un incendio á poco de abrirse la Bolsa, se edificó de nuevo, y todavía subsiste como un monumento magnífico del arte de aquella época. Después se adornaron sus paredes con las bellísimas obras de Rubens y sus discípulos, que elevaron la escuela flamenca á la altura en que tenían la suya los grandes maestros de Italia.

De la opulencia cada vez mayor de la ciudad,

(1) Guicciardini, *Belgicae Descriptio*, p. 225 y sig.

daban testimonio las muchas comodidades y lujo con que vivían los habitantes, pues los mercaderes podían allí competir con los nobles de otros países en la magnificencia de sus trajes y en lo suntuoso de sus habitaciones. Ostentación muy parecida se hallaba entre las personas de la clase media; y hasta las de humilde condición tenían en sus casas cierto bienestar que podía reputarse como lujo, y que llamó la atención de un escritor italiano del siglo décimo sexto, el cual alaba el escrupuloso orden y la limpieza que se observaba en lo interior de los edificios, maravillándose no solo del esmero con que atendían las mujeres á sus cuidados domésticos, sino de la extraordinaria capacidad que mostraban para los negocios únicamente propios de los hombres. Donde mas ejemplos se veía de esto era en Holanda (4), sin que la libertad aneja á estas ocupaciones perjudicase en lo mas mínimo á sus cualidades naturales, pues nunca degeneraba en licencia; tanto que el mismo escritor concluye el panegírico de las matronas flamencas pintándolas tan discretas como hermosas.

Las clases ínfimas que en tan misera condición vivían por entonces en otros puntos de Europa, participaban asimismo de todo aquel bienestar y de los resultados de tan envidiable civilización. Apenas se ha-

(4) «Ut in multis terræ Provinciis, Hollandia nominatim atque Zelandia, vix omnium fore rerum suarum curam uxoribus sæpe relinquunt.» *Ibid.*, p. 38.

llaba entre ellas, por lo menos así se dice, persona alguna tan ignorante, que no tuviese algunos conocimientos de gramática, y raro era el paisano que no supiese leer y escribir ⁽¹⁾; esto en un tiempo en que el leer y escribir eran en otros países primores de que no salían estar adornados ni aun los hombres de alguna categoría.

Pueblo que tan adelante caminaba por las vías de la civilización, no era posible que permaneciera por mucho tiempo indiferente á la gran reforma religiosa que, nacida cerca de su suelo, iba rápidamente propagándose por el resto de la cristiandad. La proximidad de los Países Bajos á Alemania, y el comercio en que vivían con otros países, introdujeron allí el protestantismo tal como existía en estos. Los extranjeros y los mercenarios suizos y alemanes acuartelados en las provincias llevaron consigo los principios de la misma reforma; y por último los nobles flamencos, que por ser á la sazón de moda, iban á estudiar á Ginebra, volvían de aquel emporio de Calvino amaestrados en las doctrinas del reformador ⁽²⁾. De este modo las semillas del protestantismo, ya bajo la forma

(1) «Majori gentis parti nota Grammaticæ rudimenta, et vel ipsi etiam rustici legendi scribendique periti sunt.» *Ibid.*, p. 55.

Guicciardini, que cita este hecho notable, tuvo ocasión de averiguar por sí lo que hubiese en él de verdad, pues aunque italiano de nacimiento, residió en los Países Bajos cuarenta años ó mas.

(2) Schiller, *Abfall der Niederlande*, p. 55.—Vandervynckel, *Histoire des Troubles des Pays-Bas*, (Bruxelles, 1822), tom. II. p. 6.—Groen Van Prinsterer, *Archives ou Correspondance Inédite de la Maison d'Orange-Nassau*, (Leiden, 1844), tom. I, p. 464.

luterana, ya bajo la calvinista, iban cobrando fuerza por aquella parte y se arraigaban en terreno tan á propósito. El flemático carácter de las provincias septentrionales las predisponia á recibir una religion destinada á obrar mas directamente sobre la inteligencia, en los momentos que menos preocupadas estaban por el catolicismo, al paso que este, con sus pomposos accesorios y por lo que halagaba las pasiones, se acomodaba mejor á la viva y sensible imaginacion de los pueblos meridionales.

No se crea, sin embargo, que Cárlos Quinto permaneció mucho tiempo extraño á la defeccion de sus vasallos de Flándes, pues quien habia gastado la vida en combatir con los luteranos de Alemania, no era posible que viese con paciencia irse introduciendo la herejía en sus dominios propios. Temió que aquella novedad perjudicase no menos á los intereses temporales que á los espirituales, habiendo demostrado la experiencia que la libertad de pensar en materias de religion, naturalmente conduce á las mismas ideas en política, y que la empresa de los reformistas habia de recaer lo mismo en el estado que en la iglesia. Guiado pues por su intento despótico, buscó remedio Cárlos en uno de aquellos actos de arbitrariedad á que se arrojaba sin escrúpulo siempre que creia la ocasion propicia.

En marzo de 1520 publicó el primero de sus inhumanos edictos, prohibiendo las nuevas creencias; y no

mucho despues dictó otros por el mismo estilo, que repitió de vez en cuando durante su reinado. El último apareció en setiembre de 1550 ⁽¹⁾. Como este en cierto modo derogó todos los precedentes, aunque sustancialmente era lo mismo, y como ademas se tomó por base para la futura legislacion de don Felipe, no parecerá mal que transcribamos sus principales disposiciones.

Este edicto ó bando, como se le llamaba, prescribia que todos los que estuvieran convictos de herejía, sufrieran pena de muerte, en la hoguera, en el encierro ó en el cadalso⁽²⁾, ó en otros términos, que fuesen quemados, enterrados vivos, ó degollados: penas terribles en que incurrian cuantos lejan, copiaban ó compraban obras heréticas, cuantos asistian ó se afiliaban á las reuniones de aquellasectas, cuantos argüian contra la Escritura pública ó privadamente, y cuantos predicaban ó defendian las doctrinas de la reforma. Alentábase á los delatores prometiéndoles la mitad de los bienes confiscados á los herejes. Ninguna persona de quien se sospechase que fuese tal, podia hacer donacion alguna, ni vender ninguno de sus efectos, ni disponer de ellos en su testamento; y últimamente los tribunales tenian órden de no conceder remision ni minoracion de pena, cediendo á la falaz idea de mi-

(1) Once fueron los bandos publicados por Cárlos V. Sus fechas pueden verse en Gachard, correspondencia de Felipe II en los asuntos de los Países Bajos, (Bruxelles, 1848), tom. I pp. 403, 406.

(2) «El hierro, el foso, y el fuego.» *Ibid.*, ubi supra.

sericordia en favor de los convictos; y se establecian tambien penas para los amigos de los acusados que demandasen indulgencia en su favor ⁽⁴⁾.

Para dar mas fuerza á estas disposiciones, se valió del terrible tribunal con que estaba familiarizado en España, la Inquisicion, obteniendo una bula de su antiguo preceptor, Adriano VI. en que nombraba un inquisidor general autorizado para examinar á las personas acusadas de herejia, encarcelarlas, darles tormento, confiscar sus bienes, y por último condenarlas á destierro ó muerte. Diéronse tan formidables facultades á un lego, jurisperito distinguido é individuo del consejo de Brabante, el cual hizo uso de su autoridad en términos, que excitó la indignacion general de sus conciudadanos y tuvo que huir para siempre de su patria.

Consiguióse entonces otra bula de Roma nombrando en lugar del fugitivo cuatro inquisidores, todos eclesiásticos, y no dominicos como eran los de España, sino del clero secular. A estos se dispuso que diesen ayuda todas las autoridades públicas para descubrir y prender á las personas sospechosas, determinando que les sirvieran de lugar de reclusion las cárceles comunes.

(4) Meteren, *Histoire des Pays-Bas, ou Recueil des Guerres et Choses memorables, depuis l' An 1315, jusques á l' An 1612*, traduit de Flamend, (La Haye, 1618,) fol. 40.—Braudt, *History of the Reformation in the Low Countries*, traducida del Aleman, (London, 1720,) vol. I p. 88.

A primera vista el pueblo ganaba poco en que los inquisidores fuesen cuatro en vez de uno; pero en la práctica no sucedió así, pues la enérgica resistencia que se hizo á las facultades inconstitucionales del inquisidor general, obligó á Carlos á mandar que se ciñesen los nuevos funcionarios á las prescripciones de la ley. Por espacio de veinte años ó mas no se consiguió marcar bien sus atribuciones, hasta que en 1546 se dió un decreto para que ningun inquisidor pudiese pronunciar sentencia que no fuese confirmada por algun individuo del consejo provincial; de suerte que en medio de ser tan bárbara la ley á que quedaba sometido, tenia por lo menos el pueblo la seguridad de que seria interpretada é impuesta solamente por sus tribunales ordinarios (1).

Estos fueron los medios de que se valió Carlos Quinto para la represion de la herejía en los Países Bajos; mas á pesar del nombre de *Inquisicion*, el nuevo tribunal apenas era sombra del llamado así en España, con el cual se ha confundido muchas veces (2). El

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 408.—Grotius, Annales et Historia de Rebus Belgicis, (Amstelædami, 1657,) p. 11.—Brandt, Reformation in the Low Countries, vol. I, p. 88.

(2) Viglio, que despues fué presidente del Consejo privado, dice terminantemente en una de sus cartas á Granvela que se habia dado á la Inquisicion de Flandes el nombre de española para hacerla odiosa al pueblo. «Querantur autem imprimis, a nobis novam inductam inquisitionem, quam vocant Hispanicam. Quod falsó populo a quibusdam persuadetur, ut nomine ipso rem odiosam reddant, cum nulla alia ab Cæsare sit instituta inquisitio, quam ea, quæ cum jure scripto scilicet Canonico, convenit in hac Provincia.» Viglii Epistolæ Selectæ, ap. Hoynck, Analeccta Belgica, (Hagæ Comitum, 1743), tom. II. pars. I. p. 349.

Santo Oficio era un vasto y enredado laberinto, manoseadamente adaptado á las instituciones existentes en Castilla, donde puede decirse que formaba parte del gobierno mismo, y cuyas facultades, por mas que en sus principios se hubiesen restringido, con el tiempo constituyeron un formidable poder político, que equivalia á otra religion. Investido el inquisidor general de una autoridad ante la cual se humillaba la del monarca mismo, hubo ocasiones en que se sobrepuso á la de este. Los tribunales de la Inquisicion, diseminados por todo el pais, ostentaban un aparato mucho mas solemne que los civiles; contruyéronse para ellos espaciosos edificios, figurando las anchas cárceles de la Inquisicion como fortalezas inespugnables en las principales ciudades del reino; siempre estaban esperando sus órdenes un enjambre de alguaciles y familiares; los nobles mas distinguidos se creian honrados con este título; y en medio de toda su ostentacion, se corria un velo impenetrable que llenaba de terror á todo el mundo, pues esta era la idea que acompañaba á sus actuaciones. Desaparecia un individuo de entre las gentes, y nadie sabia que era de él, hasta que le veian cubierto con el *sambenito* fatal y formando parte del trágico espectáculo de un *auto de fé*, que era el gran triunfo de la Inquisicion, parecido á los de la antigua Roma en magnificencia, pero muy superior á ellos en la solemnidad y misterioso interés de sus ceremonias. Presenciábanlo con entusiasmo los fanáticos

españoles de aquellos tiempos, que en el martirio de un infiel solo veian un sacrificio mas aceptable que otros á la Divinidad. La Inquisicion prevaleció en España porque estaba en armonía con el carácter de los españoles. (*)

Mas no se acomodaba del propio modo al independiente y libre del pueblo flamenco. Consideraba este la libertad de pensar como un derecho natural, y el proyecto de coartarlo introduciendo las perniciosas costumbres de España, llenaba á todo el mundo de indignacion. Semejante institucion era una parte accesoría y no integrante de la constitucion; era una cáries maligna en un cuerpo robusto y sano, que no podia propagarse, y que tarde ó temprano habia de desaparecer.

Tal como era, sin embargo, no permaneció del todo ociosa, mientras duró, en los Países Bajos; y si hubiéramos de dar crédito á los cálculos del vulgo, cincuenta mil personas pasaron por manos del verdugo á causa de sus opiniones religiosas en el reinado de Carlos Quinto (1); suma monstruosa que ha ido transmitiéndose de un historiador en otro, pero probablemente sin la menor prueba ni discernimiento; ejemplo, entre otros muchos, que muestra con cuánta faci-

(*) Con el carácter de la época, pudiera decir nuestro autor mas propriamente; porque juzgando sin pasion, tan fanáticos eran los católicos como los protestantes.

(1) Grocio hace llegar este número á cien mil! (Annales, p. 12); lo cual no solo es increíble, sino improbable.

lidad suelen admitirse los datos mas increíbles, sobre todo si se presentan bajo la forma de cálculos numéricos. Los números parece como que seducen la imaginación, porque resumen una cuestión cualquiera clara y precisamente; pero en esta ocasión, por mas crédito que queramos dar á las investigaciones de lo pasado, es menester convenir en que la mencionada especie no parece muy fidedigna.

Es increíble, porque en sí misma lleva la refutación. Llorente, el célebre secretario del Santo Oficio, cuyas aseveraciones no pueden inspirar desconfianza, calcula que el número de víctimas sacrificadas en Castilla durante los primeros ochenta años de la institución, es decir, cuando desplegó mas energía, no pasaba de diez mil ⁽¹⁾; y sabido es que la persecución recayó principalmente en los judíos, raza maldita, de quien no habia católico celoso por su religion que no hubiera deseado ver purificada la tierra por el fuego y el esterminio. No es por lo tanto creíble que pereciesen un número cinco veces mayor de víctimas en una nación como los Países Bajos, y en un espacio de tiempo que no llegaba á la mitad del que se menciona respecto á España; en los Países Bajos, donde las persecuciones, lejos de ser miradas como el triunfo y la exaltacion de la cruz, se hubieran contemplado como insolentes ultrajes hechos á la liber-

(1) Historia de la Inquisición de España, (París, 1818,) tom. I, p. 280.

tad. Y no parecerá aventurado decir que tan gran multitud de mártires como se dice, hubiera ocasionado una rebelion fatal para la autoridad del mismo Cárlos, dejando á su sucesor en los Países Bajos menos territorio en los primeros días de su reinado, que el que llegó á poseer en los postreros.

Por otra parte, la frecuente reproduccion de los edictos, que fué menester repetir hasta nueve veces durante el gobierno de Cárlos V., prueba mas que nada lo remisos y poco dóciles que habian andado en su cumplimiento. En algunas provincias, como Luxemburgo y Groninga, no llegó á entrar absolutamente la Inquisicion; Güeldres conservó sus privilegios, ratificados por el mismo Emperador al subir al trono; y Brabante representó tan al vivo los perjuicios que el solo nombre de la Inquisicion causaria á su comercio, especialmente en su capital Amberes, que creyó conveniente el Emperador modificar algunas de sus prescripciones y suprimir del todo el título de inquisidor ⁽¹⁾. El mejor medio de despertar la sensibilidad de un pueblo comercial es tocar á sus intereses, y Cárlos no queria llevar las cosas á tanto extremo, pues era demasiado político y estaba muy identificado con la prosperidad de su pueblo para que intentase aventurarla ni en casos de conciencia. En esto consiste la diferencia que hay entre él y su hijo.

(1) Correspondance de Philippe II, tom. 1, pp. 423, 424.

Así que, no obstante el abuso que hacia de su poder y el menosprecio con que interiormente miraba los derechos civiles de sus vasallos, el gobierno de Cárlos, como queda indicado, fué muy favorable á sus intereses comerciales. Aquel pais le facilitaba cuantiosos recursos, y le era de grande auxilio para cuantas empresas le sugerian sus ambiciones. En pocos años, segun asegura un contemporáneo, sacó de los Paisos Bajos hasta veinte y cuatro millones de ducados ⁽¹⁾; y estos subsidios, que á decir verdad no daban de buena gana, se consumieron casi todos en proyectos que apenas interesaban á la nacion. De las rentas de los Paisos Bajos sacó tambien Felipe para hacer frente á la guerra que sostuvo poco despues de heredar el trono. «Estos son, exclama el embajador de Venecia, Soriano, los verdaderos tesoros del Rey de España, estas sus minas, estas las Indias que han proporcionado al Emperador los medios de sostener tantos años sus guerras con Francia, con Alemania ó Italia, y han conservado y defendido sus estados, dignidad y reputacion ⁽²⁾.»

Esta era tambien la situacion de aquel pais al pasar el cetro de las manos de Cárlos Quinto á las de su hijo Felipe Segundo: sus estensas llanuras cubier-

(1) «Dove che l' Imperatore ha potuto cavare in 24 milioni d' oro in pochi anni.» Relatione di Soriano, MS.

(2) «Questi sono li tesori del Re di Spagna, queste le minere, queste l' Indie che hanno sostenuto l' imprese dell' Imperatore tanti anni nelle guerre di Francia, d' Italia et de Alemagua, et hanno conservato et difeso li stati, la dignità et la riputatione sua.» Ibid.

tas de los productos de un esmerado cultivo; sus ciudades llenas de artesanos diestros en toda especie de ingeniosas manufacturas, y su comercio que se extendia á todos los mares y tornaba con ricas adquisiciones de remotos climas. La generalidad del pueblo, consumado en las artes de la civilizacion, gozaba de «tal abundancia de todo,» dice un extranjero, testigo de su prosperidad, «que no habia hombre alguno por humilde que fuese, que no pudiera considerarse rico segun su clase» (1). En tan activo ejercicio de sus facultades, la inquieta imaginacion de aquellos pueblos naturalmente habia de mostrarse solícita en investigar los grandes problemas de religion que tan desasosegados traian á los pueblos limítrofes de Alemania y Francia. Inútiles eran los esfuerzos de Cárlos para reprimir este espíritu investigador; asi que en el último año de su reinado, francamente confesó que habia trabajado en vano queriendo atajar el incremento de la herejía en los Países Bajos (2). Mejor hubiera hecho su sucesor en aprovecharse de esta advertencia de su padre, y sustituir una política mas conciliadora al infructuoso sistema de persecucion. Pero no era esta la política de don Felipe.

(1) «Et però in ogni luogo corrono tanto i denari et tanto il spacciamento d'ogni cosa, che non vi è huomo per basso et inerto che sia, che per il suo grado non sia ricco.» *Relatione di Cavallo*, MS.

(2) Véase un extracto de la carta original de Cárlos, escrita en Bruselas el 27 de enero, 1555, ap. *Correspondance de Philippe II.*, tom. I., p. CXXII.

CAPITULO II.

SISTEMA ESTABLECIDO POR FELIPE.

Carácter impopular de Felipe.—Confirma los edictos.—Aumentase el número de los obispados.—La gobernadora doña Margarita de Parma.—Reunion de los Estados Generales.—Dignidad con que se conducen.—Organizacion de los consejos.—Ascendiente y carácter de Granvela.—Marcha de Felipe.

4559.

No era completamente extraño Felipe Segundo á los Países Bajos. Habia estado en ellos, como recordaremos, cuando príncipe, para darse á conocer á sus futuros vasallos; en cuya ocasion disgustó no poco al pueblo la impenetrable reserva que á vuestras de su altivez se traslucía en su semblante, en verdad poco parecida á la afabilidad del Emperador su padre. Carlos vió asimismo con disgusto la impresion que habia producido el viaje del príncipe; y gracias á sus paternales advertencias, mostró Felipe exterior mas complaciente en la visita que despues hizo á Inglaterra. Mas como la naturaleza es al fin

mas poderosa que la costumbre, cuando á consecuencia de la abdicacion de su padre, volvió para tomar posesion de la soberanía de los Países Bajos, notóse otra vez en él la misma frialdad y grave aspecto que en otro tiempo.

Fué su primera diligencia visitar las diferentes provincias y recibir su juramento de obediencia y fidelidad. Coyuntura mas favorable para captarse la buena voluntad de aquellos pueblos, no podia ofrecerse: en todos era acogido con fiestas y regocijos públicos; abrianle las puertas de todas las capitales, y se agolpaba el pueblo á rendir el homenaje debido á su soberano. Dias de júbilo fueron aquellos para la nacion.

En medio de alegría tan general, únicamente se mostraban tristes los ojos de don Felipe (1). Metido en su carroza, parecia no tener mas deseo que el de ocultarse á las miradas de sus nuevos vasallos, que se atropellaban para contemplarle y merecerle una mirada de benevolencia (2); pero él era

(1) Esta bella expresion es de Schiller, que la aplica á Felipe II con otro motivo. *Abfall der Niederlande*, p. 61.

(2) «Il se cachait ordinairement dans le fond de son carrosse, pour se dérober á la curiosité d'un peuple qui courait audevant de lui et s'empresait á le voir; le peuple se trait dédaigné et méprisé.» *Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas*, tom. II, p. 17.

Los coches eran entonces cosa nueva en Flandes, y hasta algunos años despues no se conocieron en Londres. Sir Tomás Gresham escribia desde Amberes en 1560: «The Regent ys here still; and every other day rydes abowght this town in her cowche, *brave come le sol*, trymméd after the Natione fasshione.» *Burgoyne, Life of Gresham*, vol. I, p. 306.

insensible á todo aquel entusiasmo; así que viendo el despego con que recibia las primeras manifestaciones de su lealtad, en vez de abrirle los corazones, empezaron á mirarle con desconfianza.

Cuando el Emperador visitaba los Países Bajos, se conocia que estaba en medio de su patria. Hablaba en el lenguaje del pueblo, vestia á lo flamenco, y á lo flamenco vivia, pues hacia en todo gala de serlo. Felipe por el contrario era español en todo. Solo hablaba en castellano, y por parecerle mejor, adoptó la etiqueta y ostentoso ceremonial de España. Siempre iba rodeado de españoles, y á excepcion de alguno que otro, solo en españoles ponía su confianza. Carlos disgustó á la gente de España por la preferencia que daba á los flamencos; Felipe al contrario, se enemistó con los flamencos por haberlos pospuesto desde luego á los españoles. Los Países Bajos vieron con sentimiento que el cetro de aquel pais habia pasado á manos de un extranjero.

Mientras permanecia allí, mandó Felipe que para su gobierno se estendiesen informes relativos al estado de cada provincia, su poblacion y comercio, de suerte que presentasen una coleccion de datos estadísticos para poder formar juicio, como siempre acostumbra á hacerlo. Su primer cuidado fué mirar por los intereses de la religion. Reprodujo los edictos de su padre respecto á la Inquisicion, y al año siguiente confirmó el bando contra los herejes; pero (y en esto

siguió el consejo político de Granvela), procurando conservar en lo posible el lenguaje de los edictos originales, á fin de que no le achacaran á él innovacion alguna, y recayese en su primitivo autor el ódio engendrado por aquellas providencias impopulares ⁽¹⁾.

Pero lo que mas llamaba la atencion de Felipe, era la reforma ciertamente muy necesaria del estado eclesiástico del pais. Parecerá extraño que en todos los Países Bajos no hubiese mas que tres obispados, Arras, Tornay y Utrecht. Gran parte del territorio estaba incorporado á algunas de las vecinas diócesis alemanas. Los obispados de Flándes tenian una estension considerable, pues solo el de Utrecht comprendia trescientos pueblos amurallados y mil y cien iglesias ⁽²⁾; de forma que era imposible hubiese obispo alguno por diligente que fuera, capaz de proveer á las necesidades de diócesis tan ilimitadas, ni que pudiera ejercer vigilancia sobre los clérigos, que habian decaido mucho, no solo en disciplina, sino en moralidad.

De confiarse á extrangeros la autoridad episcopal, sobrevenian nuevos inconvenientes; porque ignorantes de las instituciones de los Países Bajos, conculcaban á cada paso los derechos de la nacion; y esto sin

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, pp. 408, 426.—Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 40.—Brandt, Reformation in the Low Countries, tom. I, p. 407.

(2) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 94.

contar con la precision de llevar las causas eclesiásticas por via de apelacion á los tribunales extrangeros; cosa que por otra parte apenas era practicable en tiempo de guerra.

A Cárlos Quinto, como hombre sagaz, que dejó impreso su sello en la legislacion permanente de los Países Bajos, no podia ocultársele la necesidad de una reforma análoga, y por lo mismo acudió á Roma para que le permitiese añadir seis obispados á los ya existentes; si bien tuvo que emplear su eficacia en otros asuntos que no le daban tiempo de llevar el proyecto á cabo. Pero á su hijo ninguna otra cosa podia distraerle tratándose de los intereses de la iglesia; y proponiéndose efectuar la reforma con alguna mas latitud que su padre, rogó á Paulo IV que le permitiese crear catorce obispados y tres sedes arzobispa-les. La mayor dificultad consistia en las rentas que habian de señalarse á los nuevos dignatarios; y consultado el punto con Granvela, que no habia tenido noticias del proyecto hasta despues de la gestion entablada con Roma, acordaron entre ambos que satisficiesen aquella carga los bienes de las abadías existentes en las respectivas diócesis, y que las mismas abadías quedasen en lo sucesivo sometidas á la direccion de los priores ó prebostes que dependian de los obispos. Entretanto, y hasta que se recibiesen las bulas de Roma, determinaron guardar profundo secreto sobre este asunto, porque era de temer que ha-

bia de suscitarse terrible oposicion, no solo por parte de los interesados en el presente orden de cosas, sino por la nobleza, que veia con mal semblante la admision en su clase de multitud de personas que servilmente se consagraban á los intereses de la corona (1).

Obviadas estas dificultades respecto al estado interior del pais, naturalmente volvió á España los ojos don Felipe; España á donde cada vez tenia mas deseos de regresar, por las noticias que recibia de que en esta nacion tan fiel como religiosa, de dia en dia iban arraigándose mas las doctrinas de los herejes, tan estendidas ya por los paises comarcanos (*). No habia hostilidades que le precisasen á estar mas tiempo en los Países Bajos, porque la guerra con Francia habia ya terminado. Las provincias, como queda dicho, habian suministrado al rey un buen subsidio para sostener aquella guerra, concediendo una derrama anual por espacio de nueve años. No bastó esto á satisfacer todas sus necesidades; pero tampoco debian esperarse nuevas concesiones de los Estados, que no sin repugnancia habian sostenido las pesadas cargas

(1) *Ibid.*, ubi supra.—Historia de los Alborotos de Flandes, por el caballero Renom de Francia, señor de Noyelles, y presidente de Malines, MS.—Meteren, *Hist. des Pays-Bas*, fol. 34.

(*) No parece que fuera esta la única causa de la impaciencia de don Felipe: «Lo primero que pidieron con instancia, como lo mas importante y urgente, los procuradores de las ciudades, (en las córtes de Valladolid de 1556.) fué que el rey se vitiese cuanto antes á residir en sus reinos.» La fuente, *Historia General de España*, tom. VIII, p. 57.

que sobre ellos impuso Carlos, no obstante ser monarca á quien tanto amaban. ¿Con cuánta mas repugnancia satisfarian lo exigido por un príncipe á quien profesaban tan poco afecto! Este, sin embargo, no vacilaba en sacrificar sus mayores intereses, á trueque de verse libre de sus apuros; y la correspondencia que sobre el particular entabló con Granvela, pues comunicaba á este ministro todos sus ruinosos planes, puede ofrecer una muestra de los conocimientos históricos de aquellos tiempos (4). Viendo, pues, cuán difícil era proveer al gobierno de los Países Bajos en tan angustioso estado de recursos, el primer deseo del monarca fué regresar á su país nativo; cuyo pueblo congeniaba tanto con él en costumbres y en ideas.

Mas para realizarlo, era necesario antes echar mano de persona de confianza que quedase encargada de aquel gobierno. El duque de Saboya, que desde la abdicacion del Emperador lo habia desempeñado, estaba para volver á sus dominios; recobrados en virtud del tratado de Cateau-Cambresis; pero habia otros varios que aspiraban á aquel puesto, siendo uno de los mas notables Samoral, príncipe de Grave y conde de Egmont, el héroe de San Quibin y de Gravelinas. Por su ilustre casa, su carácter caballeresco,

(4) Véase en particular la carta del Rey en que propone se echase mano del fondo reunido por los Estados para el pago de la deuda que habían contraído en los auxilios que le suministraron los Países de Estado de Granvela, tom. V. p. 804.

generoso y franco, y las proezas que como militar habia llevado á cabo, era el ídolo del pueblo. No faltaba quien opinase que todos sus hechos eran mas propios de un soldado afortunado que de un gran caudillo ⁽¹⁾, y que si se habia señalado en los campos de batalla, se ignoraba cuál seria su capacidad en tan importante puesto civil como el gobierno de los Países Bajos. De lo que no podia dudarse era de que su nombramiento satisfaria los deseos del pueblo; y esto precisamente le hacia poco recomendable para don Felipe.

Era otro de los candidatos Cristina, duquesa de Lorena y prima del rey, cuyos grandes estados se hallaban próximos á los Países Bajos. Habia mostrado aptitud para los negocios políticos en las gestiones que practicó en el convenio de Cateau-Cambresis. Decíase que el príncipe de Orange, viudo poco tiempo haela, deseaba conseguir la mano de su hija; y tampoco esto era título de recomendacion para don Felipe, que no queria elevar por aquel medio la casa de Orange, y menos aun hacerla árbitra de aquel gobierno: en una palabra, las intenciones del monarca eran no confiar este á ninguno de los individuos de la nobleza ⁽²⁾.

Para tan distinguida prueba de confianza, eligió

(1) «Il Duca di Sessa et il Conte d' Egmont hanno acquistato il nome di Capitano nuovamente perche una giornata vinto o per verta o per fortuna, una sola fattione ben riuscita, porta all' huomini riputatione et grandezza.» Relatione di Soriano, MS.

(2) Strada, De Bello Belgico, lib. I P. 42.—Alborotos de Flándes, MS.—Bentivoglio, Guerra di Fiandra, p. 25.

por último á su medio hermana Margarita, duquesa de Parma, hija natural de Carlos Quinto, nacida cuatro años antes de su matrimonio con doña Isabel de Portugal. La madre de esta señora, Margarita Vander Gheenst, pertenecia á una familia noble de Flándes, y habiéndola dejado sus padres huérfana en la infancia, se educó en casa de los condes de Hoog-straten, quienes la trataron con el mismo cariño que á sus hijos. A los diez y siete años tuvo la desdicha de llamar la atencion de Carlos Quinto, que contando entonces veinte y tres de edad, no pudo resistir á los encantos de la bellissima flamenca, ni la virtud de Margarita á las seducciones de su real amante; y víctima esta del amor ó de la vanidad, se vió madre de una niña á quien puso su propio nombre.

Encargóse de su crianza la tia del Emperador, á la sazón gobernadora de Flandes, y á la muerte de esta, quedó al cuidado de la hermana de Carlos, María, reina de Hungría, que tambien obtuvo el gobierno. No pudo tenerse mucho tiempo secreta la condicion de Margarita, que recibió una eddeacion correspondiente á su dignidad futura. A los once años, fué dada en matrimonio á Alejandro de Médicis, gran duque de Toscana, que contaba á la sazón mas de sesenta; y como tan desproporcionado enlace no podia ser duradero, no habian pasado doce meses, quando se disolvió por la muerte violenta de aquel anciano.

Así que estuvo en edad nubil, logró la mano de la joven viuda, y además la posesion de los ducados de Parma y Plasencia, que adquirió en dote, Octavio Farnesio, nieto de Paulo III. Esta vez llevaba á su esposo doce años; que fué desgracia de Margarita dar con maridos cuya edad no podia inspirarle simpatía, ni contribuir á su conformidad de gustos; así que al verse enlazada con un mozo imberbe, no pudo menos de mirarle con cierto menosprecio, origen de la indiferencia que mas adelante reinó entre ambos, y que según la *candorosa* expresion de un contemporáneo, no llegó á trocarse en benévola amistad hasta que marido y mujer se separaron (1). Margarita era en verdad demasiado ambiciosa de poder para no contemplar á su esposo como rival.

En su fisonomía, en su aspecto y en el aire con que andaba, se asemejaba extraordinariamente á su tía, la gobernadora; tenia la misma afición que ella á la caza; en cuyo ejercicio manifestaba tal intrepidez, que hubiera dejado atrás al cazador de mas aliento. De las gracias propias de su sexo, contaba pocas, pues su figura y continente eran enteramente varoniles, de manera que repitiendo la frase familiar de un historiador, aunque iba vestida de mujer, parecia llevar ropilla de hombre (2). Para que la ilusion fuese

(1) Strada, De Bello Belgico, lib. I p. 52.

(2) «Sed etiam habitus quidam corporis incensusque, quo non tam femina sortita vici spiritus, quam vir eminentius veste feminam videtur.» Ibid., ubi supra.

mas completa, habíale dado tambien la naturaleza su poco de bozo; y para que nada le faltase, el achaque de que comunmente padecia era una enfermedad que rara vez acomete á las mujeres, á saber, la gota (1); herencia sin duda alguna de su padre Carlos Quinto.

A vueltas de su aspecto masculino, no carecia Margarita de las bellas cualidades que constituyen la gloria de su sexo. Era de excelente índole, si bien se dejaba llevar demasiado de consejeros, de suerte que los desaciertos en que incurria, se debian mas bien á la influencia de estos, que á propia inclinacion suya.

Era de entendimiento despejado y de penetracion nada comun. El acomodarse á las diferentes exigencias de su posicion, no le costaba trabajo alguno, y la destreza con que munejaba los negocios, mostraba bien haberse educado en la escuela de los políticos italianos. En la observancia de la religion era tan celosa como podia desear Felipe Segundo; en sus primeros tiempos tuvo por confesor al célebre Ignacio de Loyola, que supo inspirarle verdaderos sentimientos de humildad, pues todas las Semanas Santas lavaba los pies, prohibiendo que se los limpiasen de antemano, á doce muchachas pobres (2). Tal era el carácter de Margari-

(1) «Nec deerat aliqua mento superiorique labelle barbula: ex qua viridis ei non magis species, quám auctoritas conciliabatur. Immo, quod raró in mulieres, nec nisi in prævalidas cadit, podagrâ identidem laborabat.» *Ibid.*, p. 53.

(2) «Ob eam causam singulis annis, tum in sanctiori hebdomada, duodenis pauperibus puellis pedes (quos et sordibus purgatos ante-
vetuerat) abluibat.» *Ibid.* ubi supra.

ta, duquesa de Parma, que á la edad de treinta y ocho años y en tan críticas circunstancias, se hizo cargo del gobierno de los Países Bajos.

Esta dignidad parece que le halagó á ella tanto como á su esposo, de modo que ninguna oposicion hicieron al proyecto de Felipe de llevarse á España á su hijo Alejandro Farnesio; nombre que andando el tiempo habia de hacerse tan célebre en los Países Bajos. El pretexto era dar al niño una educacion correspondiente á su clase, al lado de don Felipe; mas segun algunos historiadores, el verdadero motivo era tener empeñada aquella prenda para que respondiese de la fidelidad de Margarita y de su marido, cuyos dominios de Italia partian términos con los que poseia Felipe en aquella parte ⁽¹⁾.

Al llegar Margarita de Parma á los Países Bajos, en junio de 1559, se dirigió á Bruselas, en cuya capital entró vestida de ceremonia, esperándola don Felipe rodeado de toda su córte de caballeros españoles y flamencos. Tambien estaban presentes el duque de Saboya, y el de Parma, esposo de Margarita, que á la sazón formaba parte de la servidumbre de don Felipe. No dejó de agradar al pueblo el nombramiento de la duquesa, porque no solamente habia nacido en aquella tierra, sino pasado en ella sus primeros años; y no menos satisfecho se mostró Felipe de su llegada, pues

(1) Ibid., pp. 46—53—543.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. V. cap. 2.—Vandervyuckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 43.

no veía la hora de emprender el viaje; mas como antes debia presentar ante la nacion á su nueva gobernadora, citó á los Estados generales para la ciudad de Gante en el próximo mes de agosto.

El 25 de julio llegó con la córte á esta antigua capital, cuyos habitantes se resentian aun de los castigos impuestos por su padre, castigos terribles, pero que no habian bastado á intimidarlos. Celebróse la presencia de la córte con festejos públicos, que duraron tres dias, en los cuales celebró Felipe un capítulo de la órden del Toison de Oro para la eleccion de cuarenta caballeros. La ceremonia se hizo con la magnificencia propia de tan ilustre órden, y fué acto memorable por ser el último capítulo que se verificó ⁽¹⁾. Fundada por los duques de Borgoña, la órden del Toison de Oro nombraba á sus individuos de entre la nobleza de los Países Bajos; pero desde que se hicieron jefes de ella los soberanos españoles, que no residian en el país, dejaron tambien de celebrarse los capítulos, y los caballeros entraban en aquella dignidad por nombramiento del monarca.

Reuniéronse al propio tiempo los Estados generales el dia 8 de agosto, y los ciudadanos que acudieron á ellos fueron en ánimo de no guardar contemplaciones con el gobierno; pues como de tiempo atrás reconcentraban en su pecho tantos motivos de disgus-

(1) Vandervynckt, *Troubles des Pays-Bas*, tom. II., p. 24.

to y queja, se desahogaron á la sazón en vivas y coléricas recriminaciones. Andaba el pueblo sobresaltado desde que vió al gobierno seguir el sistema de persecucion religiosa, que no otra cosa era la renovacion de los antiguos edictos en contra de los herejes y en favor de la Inquisicion. Comenzaron tambien á cundir rumores, probablemente abultados, de las reformas que pretendian hacerse en el episcopado, y que aunque necesarias, se consideraban meramente como parte del gran plan de persecucion. Cada nacion, decian, debe regirse por sus leyes, pues porque una convenga á España, no es razon para que haya de aplicarse á los Países Bajos. Añadian que no debia imponerse la Inquisicion á hombres acostumbrados desde que nacia á pensar y obrar sin sujecion alguna; y que en materias de conciencia, tampoco debia emplearse la persecucion, ni tratar de sacar á los hombres de sus errores espirituales por medio de la violencia, sino de la dulzura y la persuasion.

Pero lo que dió mas causa á la oposicion de los oradores flamencos, fué la presencia de las tropas extranjeras en el pais. Al disolver Felipe su ejército, terminado que hubo la guerra con Francia, quedó en pié un cuerpo de la antigua infantería española, de tres ó cuatro mil hombres, que se creyó conveniente conservar en las provincias occidentales. El propósito aparente era librar al pais de una agresion por parte de los franceses; tambien se alegaba por razon la di-

ficultad de reunir fondos para pagar sus atrasos; más el verdadero motivo, á juicio de los Estados, era proteger la ejecución de las nuevas medidas y frustrar la resistencia que pudieran hacer los habitantes. Pero aquellas tropas, que como casi todas las de su tiempo, se mantenían del pillaje como de sus pagas, lo mismo atropellaban los derechos y propiedad de sus aliados, que los de sus enemigos. Estaban alojados en las pacíficas casas de los vecinos, y cuando les faltaba el haber, recurrían á hurtos y extorsiones que empobrecían al pueblo y le exasperaban. Diariamente había choques con los soldados, y en algunas partes hasta se negaban los paisanos á reparar los diques, prefiriendo ver anegadas sus tierras á pasar por desmanes semejantes «¿Por qué causa, exclamaba el intrépido síndico de Gante, tenemos acuartelados en nuestras casas soldados extranjeros, con manifiesta infracción de nuestras libertades? ¿No son bastante nuestras tropas para librarnos de los riesgos de una invasión? ¿Es bien que quedemos aniquilados por las exacciones de estos mercenarios, estando en paz, después de haber tenido que cargar con su manutención durante la guerra?» A estos argumentos acompañaba una petición al trono, firmada por individuos de las demás clases, pidiendo al Rey que se dignase tener en cuenta los privilegios de la nación, y sacar del país el ejército extranjero.

Felipe, que asistía á la asamblea con su hermana,

la futura gobernadora, no esperaba hallar tanta independencia en los ciudadanos de Flándes; ni sus oídos estaban acostumbrados á cargos semejantes por parte de sus vasallos, desde que en la rota de Villalar espirió la voz de las comunidades; y no queriendo disimular su disgusto, bajó del trono y bruscamente se retiró de la asamblea (4).

Pero no desfogó su indignacion, como Cárlos I en Inglaterra, aprisionando y persiguiendo á los que se le habian declarado en contra, pues hasta el enérgico síndico de Gante se retiró sin que nadie le molestara. En blanco mas elevado tenia Felipe puestas sus miras, en los que habian atizado en los comunes aquel espíritu de hostilidad. De todos los descontentos, el mas impaciente era Guillermo de Orange, caballero, que como recordaremos, quedó en la corte de Enrique II por rehenes para el cumplimiento del tratado de Cateau-Cambresis. Estando allí, obtuvo del monarca francés la extraña revelacion de que por medio del duque de Alba habia firmado un tratado secreto con su soberano el rey de España para la extirpacion de la herejía en todos sus dominios. Hizo el monarca francés á Guillermo tan imprudente confesion teniéndole por defensor de la fé católica romana y persona de toda confianza; pero cualquiera que

(4) Bentivoglio, Guerra di Fiandra, p. 27 et sig.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. V, cap. 2.—Strada, De Bello Belgico, lib. I, p. 57.—Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 22.—Métren, Hist. des Pays-Bas, fol. 24.—Schiller, Abfall der Niederlande, p. 84.

fuesen entonces las creencias del príncipe en materia de religion, lo cierto es que no era amigo de don Felipe, y que poseia una virtud cristiana de que carecian lo mismo el monarca español que Enrique, la de la tolerancia (*). Sorprendido con tan inesperado descubrimiento, púsolo Guillermo en noticia de los amigos que tenia en los Países Bajos. Una de las cartas cayó por desgracia en manos de don Felipe; poco despues se concedió permiso al príncipe para volver á su pais, de donde, como dice en su Apología, pretendia echar aquella canalla de españoles (1). Felipe, que conocia su carácter, no le perdía de vista, y comprendió á quién debia atribuirse, por lo menos en gran parte, la oposicion presente; así que á poco tiempo un caballero castellano avisaba al príncipe de Orange y al conde de Egmont que no harian mal en mirar algo mas por sí; que se habian apuntado los nombres de cuantos habian firmado la peticion para la salida de las tropas, y que don Felipe y su consejo estaban resueltos, cuando creyeran la ocasion oportuna, á sentarles la mano por su temeridad (2).

(*) La tolerancia de aquellos reformadores, que tanto ensalza nuestro autor, consistia tambien en hacer de la religion un arma politica, y en ser no menos pérfidos, injustos y sanguinarios que algunos de sus enemigos. De esta verdad nos suministrará mas de una prueba la presente historia.

(1) «Je confesse que je fus tellement esmeu de pitié et de compassion que dès lors j'entrepris à bon escient d'aider à faire chasser cette vermine d'Espaignoles hors de ce Pays.» Apología del príncipe de Orange, ap. Dumont, Corps Diplomatique, tom. V. p. 392.

(2) «Que le Roi et son Conseil avoyent arresté que tous ceux qui avoient consenti et signé la Requeste, par laquelle on demandoit que

Con todo esto, allanóse el rey á los deseos del pueblo hasta el punto de prometer que en breve se ausentarían las tropas; pero por nada del mundo hubiera faltado á su propósito con perjuicio de los que creía intereses de la religion, ni alterado en lo mas mínimo las enérgicas providencias de los edictos. Cuando uno de los ministros, mas resuelto que los otros, se atrevió á indicarle que el persistir en semejante política pudiera costarle la soberanía de aquellas provincias, «prefiero no reinar, respondió, á reinar en país de herejes.»⁽¹⁾ respuesta que unos han celebrado como colmo de lo sublime, y ridiculizado otros como el desvarío de un fanático. Bajo cualquier aspecto que se considere, estas palabras bastan para comprender la política constante de don Felipe en su gobierno de los Países Bajos.

Antes de disolver los Estados generales, no sabiendo expresarse en la lengua del país, se dirigió á los diputados por medio del obispo de Arras: Encareció el afecto que profesaba al pueblo flamenco, é hizo grandes elogios de su lealtad para con su padre y para con él mismo. Recomendóles que con igual respeto tratarasen á la gobernadora, compatriota suya, á quien habia confiado el gobierno; que reverenciasen las le-

la Gendarmerie Espagnolle s'en allast, qu'on auroit souvenance de les chastier avec le temps, et quand la commodité s'en presenteroit, et qu'il les en advertissoit comme amy.» Metereu, *Histor. des Pays-Bas*, fol. 25.

(1) «Che egli voleva piuttosto restar senza regni, che possedergli con l'eresia.» Bentivoglio, *Guerra di Fiandra*, p. 34.

yes y mantuviesen la tranquilidad pública; que esto lo conseguirían cumpliendo fielmente los edictos, pues para ellos era un deber sagrado cooperar al exterminio de los herejes, enemigos mortales de Dios y de su soberano; y concluyó ofreciendo á los Estados que volvería en breve á Flándes, ó enviaría á su hijo don Carlos en representación suya.

La contestacion de la asamblea fué respetuosa y prudente. No hicieron la menor alusion á las reformas eclesiásticas propuestas por don Felipe, porque tampoco habia él indicado nada sobre el particular; renovaron sin embargo sus instancias para la salida de las tropas extranjeras, y para que se quitasen los cargos públicos á los que no eran naturales del país, como cosa tan contraria á su constitucion. Este último tiro iba dirigido á Granvela, que tan alto puesto ocupaba en el gobierno, y que parecia gozar de la absoluta confianza del monarca. Felipe reiteró su promesa de sacar el ejército en el término de cuatro meses; de lo demas no tuvo á bien darse por entendido; pero demasiado mostró sus recelos en la pregunta que dirigió á uno de sus ministros: «Yo tambien soy extranjero. ¿Se negarán á obedecerme como soberano (4)?»

Para auxiliar á la gobernadora debia de haber

(4) Ranke, Spanish Empire, p. 84.—Schiller, Abfall der Niederlande, p. 83.—Bentivoglio, Guerra di Fiandra, p. 27.—Strada, De Bello Belgico, p. 57.—Metcereu, Hist. des Pays-Bas, fol. 25.

tres consejos, que de tiempo atrás habían existido en aquellos países; el de hacienda, para la administración de las rentas, como su mismo nombre lo dice; el consejo privado, para los asuntos de justicia y los demas particulares del país, y el de estado para cuanto se referia á paz y guerra, y á la política extranjera. En este último, que era el supremo, entraron varios caballeros flamencos, ademas del príncipe de Orange y el conde de Egmont. Presidente del consejo de Hacienda era el conde de Barlaimont, del privado Viglio, y del último, Granvela, obispo de Arras.

La gobernadora debia proceder con el dictámen de estos diferentes consejos en sus respectivos departamentos, y en los asuntos de gobierno, oír al de estado; mas en virtud de instrucciones privadas de don Felipe, la decision de los que fuesen de suyo mas delicados, por referirse á la tranquilidad del país, habia de someterse antes á individuos particulares, bien que la duquesa, cuando lo creyera conveniente á los intereses del Estado, pudiera adoptar el parecer de la minoría. Las personas con quienes debia consultar Margarita en las cosas de entidad, formaban la llamada *Consulta*, que se componia de Barlaimont, Viglio y el obispo de Arras ⁽¹⁾.

(1) La existencia de este consejo confidencial debia ser causa de desastrosas complicaciones, no habiéndose dado á la regente los nombres de sus individuos en las instrucciones con que quedó, y que lo dejaban todo á su discrecion; no obstante, segun Strada, Felipe ma-

El conde de Barlaimont, que era el primero, pertenecía á una familia antigua de Flándes, y además de su reconocido talento y de su firmeza de carácter, se recomendaba por su adhesion á los intereses de la corona. Viglio era un jurisconsulto de mucha erudicion, ya anciano entonces, y tan achacoso, que para cualquiera otro menos laborioso que él, hubiera sido insoportable aquella carga. Vivía en estrecha amistad con Granvela; y como sus ideas de gobierno eran muy análogas á las de este ministro, estaba sojuzgado por él hasta cierto punto. Granvela era de los tres, así por su larga práctica en los negocios, como por la destreza con que sabia manejarlos, el mas eminente y autorizado ⁽¹⁾; por lo que ejercía tal ascendiente sobre ellos, que en rigor venia á quedar el gobierno depositado en sus manos; y como quiera que por espacio de algunos años desempeñó papel tan importante en la historia de aquellos tiempos, bueno será que el lector adquiera alguna idea de sus principios.

Nació Antonio Porrenot (pues el nombre de Granvela lo tomó de una posesion que su padre habia

nifestó plenamente su real voluntad en este asunto. (De Bello Belgico, tom. I. p. 57.) En la correspondencia de Felipe II, tom. II. Apéndices números 2 y 4, se hallan copias del nombramiento de Margarita y de otros dos documentos, el uno, que tiene la nota de «instrucciones privadas» y el otro de «secretas,» los tres del 8 de agosto de 1559.

(1) «Ma non del tanto alcuno dell' altri nè tutt' insieme quanto Mr. d' Arassolo, il quale per il gran giudizio che ha et per la longa pratica del governo del mondo et nel tentar l' imprese grande più accorto et più animoso di tutti più destro et più sicuro nel maneggiarle et nel finirle più costante et più risoluto.» Relatione di Soriano, MS.

comprado) en 1517, en Besanzon, ciudad del Franco-Condado. Su padre Nicolás Perrenot labró el cimiento de la fortuna de su familia, pues de oscuro abogado, fué subiendo hasta la dignidad de canciller del Imperio; y no porque debiese á la casualidad tan singular acrecentamiento, sino por su incansable actividad, su ciencia y su natural despejo, juntamente con la fidelidad que mostró siempre á su señor y soberano Carlos Quinto. En la aptitud para los negocios se distinguia de suerte, que no solo desempeñó á satisfaccion cargos oficiales, sino diplomáticos de la mayor importancia: poseia en una palabra la confianza del Emperador en mayor grado que nadie; y cuando murió en 1550, hizo Carlos Quinto su elogio en una sola frase á don Felipe, diciéndole que con Granvela habian perdido un hombre en quien podian descansar tranquilos (1).

Antonio Perrenot, que últimamente se distinguió de su padre por el título de cardenal Granvela, era el mayor de sus once hermanos, y dió de sí tales muestras en la niñez, que el canciller se esmeró personalmente en su enseñanza. A los catorce años le envió á Padua, y mas tarde le trasladó á Lovaina, que era entonces la universidad mas célebre de los Países Bajos, pues hasta algun tiempo no se

(1) «Mio figliuolo et io e voi habbiamo perso un buon letto di riposo,»-literalmente, buena cama para descansar. Leti, Vita di Filippo II., tom. I., p. 195.

fundó el seminario de Donay bajo los auspicios de Felipe Segundo ⁽¹⁾. Lució en breve en la universidad el jóven Perrenot por la viveza de su ingenio, su fácil comprension, una actividad enteramente igual á la de su padre y la singular perspicacia de su talento. Además de una larga serie de estudios académicos, adquirió por sí el conocimiento de siete lenguas, hasta el punto de leer y hablar en ellas sin ninguna dificultad. Era poco inclinado á las diversiones propias de la mocedad: su pasion eran los libros; y con tanto ardor se aficionó á ellos, que se resintió su salud, y hubo de suspender los estudios por algun tiempo.

O por obedecer á su padre, ó por inclinacion propia, abrazó la carrera eclesiástica, ordenándose á la edad de veinte y un años, y así fué medrando rápidamente y entrando en posesion de algunos pingues beneficios. La ambicion y emprendedor carácter de Granvela no se satisfacian con los modestos deberes del sacerdocio, y á poco tiempo fué introducido en la córte por su padre, donde hallaron mágica perspectiva sus altas aspiraciones.

Manifestó á poco tiempo idoneidad tal para los negocios, y tan sutil penetracion de carácter, que unidas estas cualidades á los copiosos conocimientos

(1) El principal motivo que tuvo Felipe II para fundar esta universidad, segun Hopper, fué proporcionar á los flamencos medios de instruirse en la lengua francesa, sin necesidad de tener que ir á países extranjeros.—Recueil et Méorial des Troubles des Pays-Bas, cap. 2, ap. Hoynek. Analecta Belgica, tom. II.

que le adornaban, sirvió de mucho auxilio á su padre, acompañándole en algunas de sus embajadas, y entre otras al concilio de Trento, donde, habiendo ya sido promovido á la mitra de Arras, tuvo por primera vez ocasion de desplegar los grandes recursos de su elocuencia, no menos seductora que convincente.

Quedó prendado el Emperador de las esperanzas que daba de sí aquel jóven, calculando que podria llegar un dia en que le fuese tan útil como su padre; y en verdad no tuvo que esperar mucho tiempo, pues á medida que la salud del canciller iba deteriorándose, se hacia su hijo mas lugar en los consejos de Carlos Quinto. Correspondió en efecto á su confianza mostrándose incansable en las improbas tareas del gabinete; tareas que solia no interrumpir ni aun para el preciso descanso de la noche. A veces tenia empleados cinco secretarios á un mismo tiempo, dictándoles á todos en otras tantas lenguas ⁽¹⁾: cosa que por lo que tiene de admirable, se ha referido de algunos otros hombres célebres, anteriores á él y posteriores. Granvela quiso hacer sin duda en esto un esfuerzo de talento; pero las correspondencias que escribió de aquella suerte no son las que dan mas luz respecto á los acontecimientos de la época, porque aunque se re-

(1) «On remarque de lui ce qu'on avoit remarqué de César et même d'une façon plus singulière, c'est qu'il occupoit cinq secrétaires à la fois, en leur dictant des lettres en différentes langues.» Levesque, Mémoires pour servir à l'Histoire du cardinal de Granvelle, (Paris, 1753), tom. I, p. 245.

daclaran asi, no debieron ser dignas de publicarse.

Todas las noches se presentaba Granvela al Emperador, y le leia la nota que llevaba preparada sobre los negocios de que habian de tratar al dia siguiente, ya ilustrados con su parecer ⁽¹⁾. Los embajadores extranjeros residentes en la córte se maravillaban de que el nuevo ministro estuviese tan enterado de los secretos del monarca, y tan al cabo de lo que habia de hacerse como el mismo Emperador ⁽²⁾. En una palabra, Cárlos Quinto, que con tanta dificultad se determinaba á conceder á uno su confianza, tuvo desde luego en Granvela la misma con que á su padre habia mirado; y padre é hijo podian vanagloriarse de ser las dos únicas personas que mas se habian captado el afecto del Emperador, desde el momento en que tomó en sus manos las riendas del gobierno.

Veinte y cinco años tenia Granvela cuando recibió el báculo episcopal de Arras. Dificil es que hubiese ceñido mitra hombre mas ambicioso. Lejos de menospreciar las cosas del mundo, dejábase llevar de sus pompas y vanidades. Vivía con ostentacion, y esta

(1) «Di modo che ogni sera sopra un foglio di carta che lor chiamono beliero esso Granvela, manda all'Imperatore il suo parere del quale sopra li negotii del seguente giorno sua maestá ha da fare.» *Relatione di Soriano, MS.*

(2) «Havendo prima lui senza risolvere cosa alcuna mandata ogn'informazione et ogni particolare negotiatione con gli Ambasciatori et altri ad esso Monsignore, di modo che et io et tutti gl'altri Ambasciatori si sono avveduti essendo rimesse a Monsignor Granvela che sua Eccellenza ha inteso ogni particolare et quasi ogni parola passata fra l'Imperatore et loro.» *Ibid.*

necesidad por una parte, y el placer que en ello tenia por otra, le obligaban á codiciar el poder y las riquezas. Ambas cosas obtuvo, y fué mayor y mas rápida su fortuna desde el momento en que, á consecuencia de la renuncia del Emperador, pasó la corona á las sienes de su hijo.

Recomendóle Cárlos á su heredero como la persona mas digna de su confianza; pero Granvela conocia que la mejor recomendacion, la mas eficaz al menos, era la que por sí mismo se proporcionase; y asi se dedicó á estudiar detenidamente el carácter del nuevo soberano, procurando acomodarse en un todo á su voluntad, y ofreciendo una nueva prueba de que los talentos superiores recurren á veces á las mismas artes que los vulgares para prevalecer al lado de los príncipes.

Bien que á decir verdad, no tenia Granvela que violentarse mucho para acomodar sus inclinaciones á las de don Felipe. Como este, no precipitaba nunca el término de un negocio, sino que procedia con pulso, examinando la cuestion por todos lados antes de determinarse á una cosa ú otra. Ya hemos visto que empleaba en sus trabajos la misma asiduidad que don Felipe, de suerte que uno y otro parecia que se deleitaban en sus quehaceres. En la defensa y celo por la verdadera fé, rivalizaba con el mismo rey; bien que por convencimiento y naturaleza, á haberle sido dado obrar por sí, de seguro hubiera adoptado otra políti-

ca que la intolerante y rígida sancionada por el monarca.

Parte de su ascendiente provenia asimismo de lo agraciado y simpático de su persona, cuyos finos é insinuantes modales parecian cautivar hasta la fria indiferencia de don Felipe: ascendiente que conservaba por su singular habilidad en sugerirle siempre ideas análogas á su política, pero de manera que pareciesen dictadas por el rey mismo. Cauto en no despertar los recelos de su soberano, preferia estar en posesion del poder, á aparentar meramente que lo estaba (4).

No tardó mucho tiempo en conocerse que era tan dueño de la confianza de Felipe, como lo habia sido antes de la de Carlos; pues á pesar de la aparente reparticion de poder entre la gobernadora y los consejeros, las providencias adoptadas por el Rey indicaban que la régia autoridad quedaba de hecho en manos de Granvela. Vióse pues el raro ejemplo de un mismo hombre que conservaba el favor de dos soberanos seguidos; mas no pudo sobreponerse Granvela á la suerte que corren todos los favoritos: bien lo llevase en sí la fuerza de las circunstancias, ó como

(4) Un ejemplo palpable del modo con que Granvela comunicaba al rey sus ideas, se vé en la carta á don Felipe escrita en Bruselas el 17 de julio de 1559. En ella indica el ministro los argumentos que pudieran hacerse á las autoridades de Brabante para confirmar los edictos; y en ella se vé á las claras que aunque Granvela fuese por naturaleza mas tolerante que don Felipe, de tal modo sabia acomodarse al carácter enteramente contrario de su soberano, que le sugeria muchos de los fundamentos en que habia de apoyar su persecucion. Papeles de Estado de Granvela, tom. V, p. 614.

otros pretenden, porque no se condujese en su elevación muy modestamente, ello es que jamás ha incurrido hombre alguno en mayor odio y aborrecimiento de toda una nación (1).

Antes de ausentarse de los Países Bajos, nombró Felipe los gobernadores de algunas provincias, confirmando á la mayor parte de los que los desempeñaban en estos cargos. Egmont prosiguió en el gobierno de Flándes y el Artois; el príncipe de Orange en el de Holanda, Zelanda, Utrecht y la Frisia occidental. El título expedido á Guillermo, segun costumbre, expresaba haber sido nombrado «por los buenos, leales y notables servicios hechos, no solo al Emperador, sino al presente soberano (2).» Dióse asimismo el mando de dos coronelías de españoles á dos nobles; arbitrio demasiado inocente para reconciliar á la nación con la permanencia de aquellas tropas aborrecidas en el país.

(1) Levesque, Mémoires de Granvelle, tom. I, p. 207 y sig.—Courchetet, Histoire du cardinal de Granvelle, (Bruxelles, 1784,) tomo I, passim.—Strada, De Bello Belgico, p. 85.—Burgon, Life of Gresham, vol. I, p. 267.

El autor de las Memorias de Granvela era un benedictino del convento de Besançon, á cuyas manos fué á parar por una casualidad el manuscrito del cardenal Granvela un siglo despues de la muerte de este. El buen padre Levesque nos sacó gran partido de la rica colección de materiales que tenía á su disposición, reuniéndolos en dos volúmenes en dozavo, en que lo poco que hay de algun valor parece haberse sacado de los MS. inéditos de otro biógrafo anterior del cardenal. Sin embargo, la obra del benedictino tiene el mérito de la autenticidad. Mas adelante tendré ocasion de hablar mas detenidamente de la colección de Granvela.

(2) «En considération des bons, léaux, notables et agréables services faits par lui, pendant plusieurs années, á feu l'Empereur, et de puis au Roi.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 484.

Con ánsia habia deseado Felipe la llegada de la bula pontificia que autorizase la creacion de los obis-pados, y con no menos impaciencia la aguardaba tam-bien Granvela, pues notaba amagos de próxima tor-menta, y se hubiera alegrado de ver al rey participar personalmente de aquel peligro; pero la córte de Ro-ma procedia en esto con su acostumbrada lentitud, y el nuncio apostólico enviado al efecto no llegó hasta la víspera de ponerse en camino el soberano, que era ya demasiado tarde para que presenciase la publica-cion ⁽¹⁾.

Terminados los preparativos, á mediados de agosto, se encaminó el rey á Zelanda, en cuyo puerto de Flesinga le esperaba ya una hermosa escuadra que debia conducirle á España con toda su comitiva. Com-pañase de cincuenta embarcaciones españolas y otras cuarenta de diversos puntos, todas perfectamente en órden, con provisiones para mucho tiempo ⁽²⁾. Fueron escoltando á Felipe hasta el punto de su embarque, gran número de caballeros flamencos, los embajado-res extranjeros, y el duque y duquesa de Saboya. Próximos ya á entrar en las embarcaciones, dícese que ocurrió una curiosa escena. Volviéndose brusca-mente el rey al príncipe de Orange, que le habia ido

(1) Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 69 y sig.—Strada, De Bello Belgico, p. 40.—Hupper, Recueil et Mémoires, cap. 2.—Francia, Alborotos de Flandes, MS.

(2) La cocina real por lo menos debia llevar buen repuesto de aves, pues Meteren hace mencion de una partida de cincuenta mil capones. Hist. des Pays-Bas, tom. I, fol. 25.

acompañando todo el camino, le motejó de ser el causante de la oposicion que se le habia hecho en los Estados Generales. Sorprendido Guillermo de cargo tan inesperado, replicó que la oposicion no debia atribuirse á un individuo, sino á los Estados. «No,» replicó acalorado el monarca, asiéndole violentamente del puño y sacudiéndoselo, «no á los Estados, sino á vos,» repitiendo esta palabra hasta tres veces ⁽¹⁾, lo cual añadía gravedad á la expresion, porque el vos asi empleado, era en Castilla fórmula de menosprecio ^(*). Guillermo no creyó prudente replicarle, ni andar cuenta del suceso á los demas señores flamencos que iban á embarcarse ⁽²⁾.

Repartidos, pues, cada cual en su galera, levó anclas la escuadra el 22 de agosto de 1559; y despidiéndose Felipe del duque y duquesa de Saboya, y de los demas nobles que habian ido acompañándole, en breve se alejó de aquellas playas que no habia de ver mas en lo sucesivo.

(1) «Le Roi le prenant par le poignet, et le lui secouant, repliqua en Espagnol. *No los Estados, mas vos, vos, vos*, repétant ce vos par trois fois, terme de mépris chez les Espagnols, qui veut dire *toy, toy en François.*» Aubéri, Mémoires pour servir á l' Histoire d' Hollande et des autres Provinces-Unies, (Paris, 1714.) p. 7.

(*) Si los cincuenta mil capones de que se habla arriba son tan exactos como el sentido que dá Aubéri á la repetición del vos en castellano, medrada estaria de provisiones la galera real de don Felipe. El vos asi repetido solo resulta enfático.

(2) Esta anécdota necesita confirmarse por escritor mas autorizado, en atencion á que no está conforme con lo que sabemos de la vida y carácter de don Felipe, que tanto supo dominarse á sí mismo en todas ocasiones. El caso lo refiere al pie de la letra Aubéri (loc. cit.) El cronista asegura que se lo oyó contar á su padre, el cual lo habia sabido por un íntimo amigo del príncipe de Orange, que presencié la

ecena. Aubéri, como escritor, es pobre cosa, aunque según la opinión de Voltaire, tenía buenas noticias,—écrivain médiocre, mais fort instruit.

Lucas Juan José Vandervynckt, á quien me he referido varias veces en el capítulo precedente, era un flamenco, nacido en Gante en 1691. Se dedicó á las leyes, fué eminente en su profesion, y á la edad de treinta y ocho años, se vió nombrado individuo del consejo de Flándes. Ocupó sus momentos de ocio en estudiar las antigüedades históricas de su país; y á instancias de Coblenz, primer ministro de Maria Teresa, escribió su obra de la Revolución de los Países Bajos, la cual se señaló para la instruccion de los príncipes mas jóvenes de la familia imperial, tirándose de ella únicamente seis ejemplares en 1765. Despues de la muerte del autor, que ocurrió en 1779, cuando tenía ochenta y ocho años, se hicieron varias reimpressiones.

Como Vandervynckt tenía franco el archivo nacional, pudo adquirir noticias muy auténticas. Era hombre de ciencia y discernimiento, despreocupado y juicioso en sus opiniones, y así tiene importancia su obra, en que por otra parte se hallan anécdotas muy interesantes que ningun otro autor refiere. Consta únicamente de cuatro tomos, pero comprende un largo periodo, desde el matrimonio de Felipe el Hermoso en 1495 hasta la paz de Westfalia en 1648. La ejecucion literaria no la hace tan recomendable. La escribió en francés; mas por desgracia era hombre que hablando con facilidad el flamenco, y hasta el latin, tenía poco conocimiento de la lengua francesa.

CAPITULO III.

EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA.

Llega á España don Felipe.—Doctrinas de la Reforma.—Su supresion.—
Autos de fé.—Persecucion de Carranza.—Extincion de la herejia.—
Fanatismo de los españoles.

1559.

Breve y próspero fué el viaje de don Felipe; mas el 29 de agosto de 1559, próximo ya al puerto de Laredo, y cuando estaba á vista de tierra, varió de repente el viento que le habia sido hasta entonces favorable, y se levantó una furiosa tempestad que dispersó su escuadra. Fuéronse á pique nueve galeras; y aunque el rey, gracias á la diligencia de un experto piloto, tuvo la fortuna de escapar en un esquife y llegar salvo á la orilla, vió con sentimiento que su galera habia corrido la suerte de las demas, perdiéndose las inestimables riquezas que llevaba de los Países Bajos, muebles, tapicerías, joyas preciosas, objetos de escultura y cuadros, riquísimas producciones del

arte flamenco é italiano, cuya coleccion le habia costado reunir al Emperador su padre algunos años. Con verdad, pues, se dijo que «habia saqueado la tierra para enriquecer el mar (1).» Para colmo de desastres, mas de mil personas perccieron en aquel naufragio (2).

Sin detenerse, tomó el rey el camino de Valladolid, y, ó por el disgusto que habia causado en él aquella desgracia, ó por su habitual repugnancia á ostentosas fiestas, no quiso admitir las que le preparaban aquellos fieles habitantes, gozosos por el regreso del monarca á sus dominios. Recibióle allí afectuosamente su hermana doña Juana, que cansada del gobierno, devolvió el cetro á sus manos con mas placer del que hubieran sentido otros en adquirirlo. Tuvo tambien la satisfaccion de abrazar en el mismo punto á don Carlos, su hijo y heredero. La larga ausencia de don Felipe fué causa de que hallase algun cambio favorable en la persona del príncipe, aunque si ha de creerse lo que afirman algunos, no participaban de esta mudanza las cualidades de su carácter imperioso y pertinaz, que comenzaba á inspirar ya recelos sobre la futura suerte de la nacion.

No habian trascurrido muchos dias sin que se so-

(1) «Carlo V. haueua saccheggiato la Terra, per arricchirne il Mare.» Leti, Vita di Filippo II, tom. I, p. 333.

(2) Cabrera, Felipe Segundo, lib. V, cap. 3.—Sepulveda, De Rebus Gestis Philippi II, Opera, tom. III, p. 63.—Leti, Vita di Filippo II, tom. I, p. 335.

lemnizase la presencia del rey en Valladolid con uno de aquellos espectáculos que desgraciadamente podían llamarse nacionales en España, un *auto de fé*; y no como en otro tiempo de moriscos y judíos, sino de protestantes españoles. La Reforma había cundido caílada, pero no lentamente, por la Península, y esta novedad, como ya hemos visto, fué una de las causas del repentino viaje de don Felipe. La breve, bien que fatal tentativa de una revolucion religiosa en España, es acontecimiento demasiado importante para que deje de tener cabida en las páginas del historiador.

A pesar de la apartada situación de España, tan en contacto se halló bajo el cetro imperial de Carlos con los demas estados de Europa, que no podia menos de participar del impulso de reforma religiosa que iba minando aquellos estados por su cimiento; y precisamente habia contraído relaciones mas estrechas que con otro alguno, con el pais donde mas fecunda comenzaba á brotar la semilla de la Reforma. Ni los españoles del siglo décimo sexto dejaban de ser en gran parte deudores de su instruccion á las universidades alemanas. Los hombres de saber que acompañaban al Emperador, se familiarizaban con las doctrinas religiosas tan profusamente estendidas por Alemania y Flándes; los soldados oían discurrir en el mismo sentido á los luteranos que solian servir con ellos en las banderas imperiales; y por mas que se-

mejantes opiniones fuesen extrañas en su mayor parte, entraban con ellos en su patria, y predisponian los ánimos, siquiera por curiosidad, á recibir las ideas (*) que fructificaban en otras naciones de Europa. A los hombres de educacion esmerada que regresaban á España, no les faltaban medios de esparcir aquellas ideas. Establecíanse sociedades secretas; celebrábanse conciliábulos; y con el mismo secreto que en vida de los primitivos cristianos, se predicaba y explicaba el Evangelio á las congregaciones cada vez mayores de aquellos sectarios. La principal dificultad consistia en la falta de libros; pero al cabo triunfaron de ella unos cuantos prosélitos determinados.

Habíase impreso en Alemania una traduccion castellana de la Biblia, y publicándose en el mismo pais otros libros protestantes, ya escritos en español, ya trasladados á este idioma. De vez en cuando lograba introducirse por los Pirineos alguno que otro perteneciente á tal ó cual individuo; pero eran casos muy raros; en esto que un español llamado Juan Hernandez, residente en Ginebra, cuyo oficio era el de corrector de imprenta, se propuso, estimulado solo por su aficion á la Reforma, introducir gran cantidad de libros prohibidos en su patria.

Dióse maña para burlar la vigilancia de los em-

(*) El autor llama grandes verdades (*great truths*) á lo que nosotros no podemos calificar de tales, sino de ideas, que es palabra mas exacta.

pleados de las Aduanas, y lo que era mas difícil, la de los espías de la Inquisicion, y al cabo consiguió desembarcar dos grandes cajones de libros prohibidos, que inmediatamente se distribuyeron entre los individuos de la nueva comunión. Siguieron el ejemplo de Hernandez, con el mismo resultado, otros intrépidos sectarios, y gracias á estos auxilios y á las pláticas de los dogmatizadores, fué diariamente acrecentándose por toda la nacion el número de los afiliados (4). Entre estos se observó que el número mayor en proporcion era el de personas de clase y de cultivo intelectual, debido sin duda á que esta era la gente que mas habia frecuentado los Países Bajos, cátedra del luteranismo. Asi, pues, prosperó la Iglesia reformada, no como en la libre atmósfera de Alemania é Inglaterra, sino como podia prosperar bajo la influencia de la Inquisicion; á la manera que algunas plantas delicadas criadas en la oscuridad, que solo esperan la llegada de la estacion favorable para des-

(4) Los editores de los «Documentos Inéditos para la Historia de España,» en una noticia circunstanciada que insertan del proceso del arzobispo Carranza, refieren todos los tratos que mediaron entre los protestantes alemanes y españoles, con mucha mas estension que en el mismo texto. Segun ellos, existia un depósito constante en Medina del Campo y Sevilla para la venta de libros prohibidos á precios ínfimos. «De las imprentas de Alemania se despachaban á Flándes, y desde allí á España, al principio por los puertos de mar, y despues cuando ya hubo mas vigilancia de parto del gobierno, los enviaban á Leon de Francia, desde donde se introducian en la península por Navarra y Aragon. Un tal Vilman, librero de Amberes, tenia tienda en Medina del Campo y en Sevilla, donde ventaba las obras de los protestantes en español y latin. Estos libros de Francfort se daban á buen mercado (á poco precio), para que circularan con mayor facilidad.» Documentos Inéditos, tom. V, p. 399.

arrollarse. Semejante estacion, sin embargo, no debia llegar nunca para España. Parecerá á la verdad extraño que los síntomas de la reforma religiosa permaneciesen por tanto tiempo ocultos á los agentes del Santo Oficio; pero es indudable que la primera noticia que llegó sobre el particular á los inquisidores españoles, la recibieron del extranjero; algunos eclesiásticos que estaban al servicio de Felipe, y comenzaron á sospechar de varios de los españoles que existian en los Países Bajos, se apoderaron de ellos, y los enviaron á España para que la Inquisicion los examinase. Tras investigaciones mas amplias, se descubrió que aquellas personas habian seguido larga correspondencia con amigos de las propias ideas que tenian en la península; y de este modo se supo la existencia, ya que no la propagacion, de la Reforma española ⁽¹⁾.

No bien se dió el grito de alerta, cuando Paulo IV, siguiendo la pista á la herejía por todos los ángulos de los dominios pontificales, dirigió un breve en febrero de 1558 al inquisidor general de España. Excitábale en él Su Santidad á no omitir diligencia alguna para dar y acabar con la hidra recién nacida, facultándole al propio tiempo para encausar é imponer

(1) Para las páginas precedentes véase á Llorente, *Historia de la Inquisicion de España*, tom. II, p. 282; tom. III, pp. 191, 258.—Montanus, *Discovery and playne Declaration of sundry subtile Practises of the Holy Inquisition of Spayne* (London, 1560), p. 73.—Sepulveda, *Opera*, tom. III, p. 54.

rigoroso castigo á todo aquel en quien recayeran sospechas de herejía, cualquiera que fuese su estado ó clase, obispos ó arzobispos, nobles, reyes ó emperadores. Envaneciase Paulo IV al contemplarse sentado en la cátedra de los Inocencios y los Gregorios, imponiendo desde ella á los príncipes su autoridad; y probablemente cobraría alas su natural arrogancia al ver las concesiones que Felipe Segundo habia creído del caso hacerle, despues de sembrar la guerra y el espanto por sus dominios.

Otro hubiera oido con ceño el altivo tono de aquella intimacion apostólica, pero Felipe la confirmó el mismo año con un monstruoso edicto parecido al de los Países Bajos, que condenaba á ser quemado vivo á todo el que comprase, vendiese ó leyese libros prohibidos.

Para dar mayor fuerza á esta prescripcion, publicó Paulo en el siguiente mes de enero otra bula, en que mandaba á todos los confesores, bajo pena de excomunion, que averiguasen de sus penitentes todas las personas, aunque fuesen allegados suyos, á quienes pudiera acusarse de tales prácticas. Con el objeto de estimular el celo de los denunciadores, Felipe restableció por su parte una ley que ya no estaba en uso, en cuya virtud el acusador recibía la cuarta parte de los bienes confiscados al reo convicto; y finalmente en otra bula de Paulo se facultaba á los inquisidores para que negasen el perdon á los herejes que se re-

tractasen, si quedaba duda respecto á su buena fé, dejando así la vida y hacienda de los desdichados reos á merced de los jueces, que tenían por lo mismo un interés en suponerlos criminales. De esta suerte prosiguieron el Papa y el rey apurando sus invenciones, pues mientras Su Santidad tendía la red, el rey levantaba la caza que había de caer en ella (4).

Por fortuna suya, la Inquisición se hallaba entonces en manos de un hombre muy á propósito para el caso, como lo era Fernando Valdés, cardenal arzobispo de Sevilla, de carácter violento é inexorable, y fanático cual ningún otro inquisidor desde los tiempos de Torquemada. Valdés se aprovechó al momento de las armas que se le daban; mas para no infundir recelo á los sospechosos, caminó pausadamente y con disimulo. Era cabeza de un tribunal que actuaba con gran misterio, ayudado de agentes invisibles; y á fuerza de trabajo, fué labrando la mina que había de reventar con general estrago de sus enemigos.

Bullían sus espías por todas partes, mezclándose con los sospechosos, y ganándose poco á poco su confianza; hasta que por medio de la traición de unos y de los escrúpulos religiosos de otros, consiguió averiguar el oculto asilo de los nuevos herejes y el espacio mas ó menos ancho en que maniobraban, hallando que era mucho mas de lo que se había figurado, á pesar

(4) Llorente, Historia de la Inquisición de España, tom. I, pp. 470, 471; tom. II, pp. 483, 484, 215-217.

de que la Reforma no parecia en España tan formidable por el número de sus afiliados, como por su carácter y su posición. Habia entre ellos muchos eclesiásticos que creían conservar así la pureza de la fé. Los puntos en que mas prevalecieron las doctrinas heréticas, fueron Aragon, que se daba la mano con los hugonotes de Francia, y las antiguas ciudades de Sevilla y Valladolid, no tanto por sus ventajas de localidad, cuanto por el ascendiente de un corto número de personas que desde luego habian abrazado los principios de la Reforma.

Por fin, hechas ya las averiguaciones preliminares, marcados los reos y perfectamente dispuesto el plan de ataque, se dió una orden para prender á un mismo tiempo á todos los acusados como herejes en la vasta estension del reino; y cayeron como un rayo sobre las desdichadas victimas, que estaban reunidas en sus conciliábulos secretos, muy ajenas del golpe que les aguardaba. Ni siquiera trataron de resistirse; hombres y mujeres, eclesiásticos y seglares, individuos de todas clases y profesiones fueron arrancados de sus casas y sumidos en los calabozos secretos de la Inquisicion; mas como estos no bastasen para tan considerable número, pasaron muchos á las cárceles ordinarias, y aun á los conventos y habitaciones particulares. Solo en Sevilla prendieron á ochocientos el primer dia; por miedo de que se escapasen los cargaban de hierros, y se reforzaron las guardias

en las prisiones. Acaeci6les á los inquisidores lo que al pescador que de improviso se le llenan sus redes en t6rminos de no poder levantar tan enorme peso (1).

La prision de unos conducia gradualmente á la averiguacion de nuevos c6mplices. Sacados de sus solitarios calabozos para comparecer ante el secreto tribunal de la Inquisicion, solos, sin un amigo que los aconsejase 6 los mirára con rostro afable, sin saber el nombre de su acusador ni averiguar los testigos que habian declarado bajo juramento, sin mas conocimiento en fin de su proceso que los extractos truncados que la astucia de los jueces creia conveniente presentarles, ¿qu6 extraño es que las desdichadas v6ctimas, en medio de sus dudas y desamparo, hiciesen revelaciones fatales á sus correligionarios y á sí mismos? Si los jueces no quedaban satisfechos de estas revelaciones, tenian por recurso la eficacia del tormento, las ruedas, las cuerdas y las garruchas, hasta que dislocados sus miembros y crujiendo sus coyunturas, se veia el bárbaro tribunal obligado á suspender, no á terminar la prueba, por la imposibilidad en que se hallaba el paciente de resistirla. Tales eran las horribles escenas representadas en nombre de la religion y de sus ministros, asi como en el de

(1) Mc Crie, *History of the Reformation in Spain*, (Edinburgh, 1820), p. 243.—Relacion del Auto que se hizo en Valladolid el dia de la Santisima Trinidad, Año de 1569, MS.

la Inquisicion; escenas de que no se atrevían á hablar los pocos que habian sido actores en ellas y escapado con vida; porque el revelar los secretos de la Inquisicion era condenarse á muerte ⁽¹⁾.

A los ocho meses de efectuada la prision, y terminadas las diferentes pruebas, se pronunciaba la sentencia de los presos, para que los calabozos se viesen desocupados de huéspedes ya inútiles. Eligióse Valladolid como teatro del primer auto de fé, ya por su importancia de capital, ya por residir en ella la córte, que con su presencia sancionaría y daría mas solemnidad á la ceremonia. Verificóse en mayo de 1559, concurriendo la gobernadora doña Juana, el príncipe de Asturias, don Carlos, y los principales señores de la córte. Querér familiarizar así al heredero de la corona desde sus primeros años con los espectáculos del Santo Oficio, parecia que era predisponerle en favor de esta institucion; y si tal fué el objeto, dícese, y es probable, que se frustró del todo, pues únicamente le causó indignacion y repugnancia.

En breve siguieron el ejemplo de Valladolid Granada, Toledo, Sevilla, Barcelona, en una palabra, las doce capitales en que existia el tribunal del Santo Oficio. En Valladolid se celebró otro auto el 8 de octubre del mismo año, al cual se dignó asistir el

(1) El lector que desee saber mas sobre la materia podrá satisfacer su curiosidad viendo el origen y organizacion de la Inquisicion moderna en mi «Historia de Fernando é Isabel, parte I capitulo 9.»

soberano; y como muchos de los procesos habian concluido meses antes, es de creer que se retrasase el sacrificio de algunas de las victimas con el fin de dar mayor lucimiento al acto ⁽¹⁾.

Era el auto de fé la mas imponente y triste de las solemnidades autorizadas por la Iglesia católica romana. En ella parece que se trató de combinar la pompa del triunfo romano con el terror del dia del juicio ⁽²⁾; y con efecto puede reputarse como una de las sangrientas fiestas que se daban para diversion de los Césares en el Coliseo. La importancia religiosa de un auto de fé se deducia de celebrarse siempre en domingo, ó en otro dia señalado por la Iglesia. Su Santidad concedia indulgencia de cuarenta dias á todo el que presenciase el acto; como si hubiese sido menester estimular con mercedes el deseo de ver padecer á sus semejantes, mucho mas en España, donde las diversiones eran y continuan siendo sanguinarias.

Representóse este segundo auto de fé de Valladolid en la plaza mayor, donde estaba situada la iglesia de San Francisco. En uno de sus extremos se levantó un tablado, cubierto de ricos tapices, con graderías y asientos para los inquisidores, paños y doseles con

(1) Véase la lista de los que fueron quemados en Sevilla y Valladolid en 1509, ap. Montanus, *Discovery of sundry subtill Practices of the Inquisition*.—Relacion del auto que se hizo en Valladolid el dia de la Santísima Trinidad, 1539, NS.

(2) Mc Crie, *Reformation in Spain*, p. 374.

las armas del Santo Oficio, y al lado una galería para las personas reales, que por este medio quedaban separadas de la multitud. Enfrente se construyó un cadalso, que pudiera verse desde todos los puntos, destinado á los infelices que iban á figurar como víctimas en aquella tragedia horrible.

A las seis de la mañana comenzaron á tocar las campanas de la capital, y salió una solemne procesion de las cárceles inquisitoriales. Delante iban abriendo paso unas hileras de soldados; en seguida los reos, llevando cada cual á su lado dos familiares del Santo Oficio; y los condenados á la hoguera dos frailes además, que iban exhortándolos á abjurar sus errores. Los penitenciados llevaban un saco negro, pero los sentenciados á la última pena iban cubiertos con una ancha túnica amarilla, el *sambenito*, y una caperuza de carton de forma cónica, la coraza, que, como la túnica, tenia pintadas llamas y figuras de diablillos en actitud de soplar y atizar el fuego; alegoría con que se indicaba la suerte que cabria al alma del hereje en el otro mundo, y á su cuerpo en el presente. Detrás iban los magistrados de la ciudad, los tribunales, las corporaciones religiosas, y el cuerpo de la nobleza á caballo; seguian los individuos del terrible tribunal y el fiscal, con un estandarte de damasco carmesí, que en un lado tenia las armas de la Inquisicion; y en otro las de sus fundadores, Sixto Quinto y Fernando el Católico; y cerraban la marcha gran número de fami-

liares á caballo, mezclados con varios señores de las provincias, que hacian gala de mostrar así su veneracion al Santo Oficio. En pos de la procesion iba una concurrencia inmensa del pueblo bajo, llevada en esta ocasion sin duda por el deseo de ver á su nuevo soberano, no menos que por el de presenciar el triunfo de un auto de fé. El número de personas que se reunieron de la capital y los puebllos inmediatos, muy superior al que concurría otras veces, se calcula que no bajaria de doscientas mil almas ⁽¹⁾.

A medida que la multitud iba colocándose en la plaza, ocupaban los inquisidores los asientos que les estaban señalados. Subieron los reos al cadalso, y Felipe se colocó en la galería con las personas de su servidumbre, acompañado de su hermana doña Juana, su hijo don Carlos, su sobrino, Alejandro Farnesio, varios embajadores extranjeros, y los grandes é individuos del clero que servian en la córte: brillante reunion de lo mas distinguido y elevado que en ella habia. Pero hasta el espectador mas indiferente que hubiera sentido en su pecho un impulso de humanidad, hubiera comparado con asombro aquella ostentacion de grandeza mundana con la desventura de los que sin otra fuerza que la que de sí mismos sacaban, menospreciaban el poder de que eran víctimas y sacrificaban su vida para vindicar los derechos de la

(1) De Castro, Historia de los Protestantes Españoles, (Cádiz, 1854,) p. 477.

conciencia. Entre tanta multitud de gente, alguien habria animado de estos sentimientos; pero su número era insignificante en comparacion de los que consideraban á las víctimas como enemigos de Dios, y su cercano sacrificio como el mas glorioso triunfo de la cruz.

Dióse principio á la ceremonia con un sermón, que era el de la fé, pronunciado por el obispo de Zamora. Fácil es adivinar cual seria su argumento; fácil presumir que no faltarian en él textos de la Escritura; y á menos que el orador no renunciase al gusto de la época, que tampoco quedarian olvidados los escritores paganos, á pesar de lo mal que cuadrarian sus palabras á discurso tan ortodoxo.

Concluido que hubo el obispo, exigió el gran inquisidor juramento á toda aquella multitud, que con toda solemnidad lo repitió puesta de rodillas, de defender la Inquisicion, de conservar la pureza de la fé y de delatar á todo el que faltase á ella. Al prestar don Felipe el juramento, acompañó sus palabras con la accion, y puesto de pié, desenvainó su espada como para declararse campeón valeroso del Santo Oficio. En los primeros autos de moriscos y judíos, no se exigió al soberano semejante juramento.

En seguida leyó el secretario del tribunal en alta voz un instrumento en que se manifestaba que los reos estaban convictos, y la sentencia que se habia dado contra cada uno. Los que quedaban penitencia-

dos, así que se pronunciaba la sentencia, se arrodillaban, y puesta la mano en un misal, abjuraban solemnemente sus errores, y quedaban absueltos por el inquisidor general; absolucion sin embargo no tan lata, que dejase al reo completamente libre de pena en este mundo. A unos se condenaba á prision perpétua en las cárceles de la Inquisición, y á otros á castigos menores; pero á todos se les confiscaban sus bienes, formalidad que interesaba mucho á la Inquisición para que se omitiese nunca. Además, en muchos casos el reo, y por una evidente perversion de la justicia, sus descendientes inmediatos, quedaban privados para siempre de cargos públicos, y condeados sus nombres á perpétua infamia. Perjudicados así en su fortuna y reputación, entraban, según el lenguaje inquisitorial, en la clase de *reconciliados*.

Según iban volviendo aquellos infelices, custodiados por una fuerte escolta, á sus prisiones, fijábase la atención de todo el mundo en sus compañeros que, cubiertos con el sambenito, aguardaban la lectura de la sentencia, con una soga al cuello, una cruz en las manos, y otras veces una vela al revés, como para indicar su pronta disolución. Aumentaba el interés de los espectadores, en el presente caso, la circunstancia de ser algunas de aquellas víctimas, no solo ilustres por su clase, sino por sus talentos y virtudes. Sus miradas fieras, sus rostros macilentos, y á veces hasta sus miembros quebrantados, revelaban la his-

toria de sus padecimientos en prision tan larga, pues algunos de ellos se hallaban sumidos en los calabozos de la Inquisicion hacia mas de un año. Pero en sus altivos semblantes, que no mostraban indicio alguno de temor ó debilidad, se descubria un destello de entusiasmo, como de hombres determinados á dar con su sangre testimonio de su creencia.

Terminada la lectura de aquella parte del proceso en que los reos resultaron convictos, los entregó el inquisidor general al corregidor de la ciudad, rogándole que los tratase con benignidad y misericordia ⁽¹⁾; fórmula afectuosa, y por lo mismo doblemente hipócrita, dado que el magistrado civil nada podia hacer en el particular, sino ejecutar contra los herejes la terrible sentencia de la ley, cuyos preparativos se habian hecho una semana antes ⁽²⁾.

El número total de convictos ascendia á treinta, de los cuales diez y seis eran reconciliados, y los restantes *relegados* al brazo secular, es decir, entregados al magistrado civil para que los ajusticiase; mas hubo pocos de los condenados á las llamas que, al acercarse á la hoguera, llenos de terror por la horrosa pena que los aguardaba, y confesándose antes de morir, obtuviesen una conmutacion de la misma pena;

(1) «Nous recommandons de le traiter avec bonté et miséricorde.» Liorente, *Inquisition d'Espagne*, tom. II, p. 253.

(2) Colmenares, *Historia de Segovia*, cap. XLII, sec. 3.—Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. V, cap. 3.

en cuyo caso morian en garrote, antes de que arrojasen sus cuerpos al fuego.

De todos aquellos únicamente hubo dos cuya fortaleza triunfó hasta el fin del temor de los padecimientos, no queriendo aminorarlos por no transigir con su conciencia. Bien merecen sus nombres conservarse en las páginas de la historia.

El primero fué don Carlos de Seso (*), noble florentino, que habia estado muy en gracia de Carlos Quinto. Unido con una señora distinguida de Castilla, se trasladó á España y fijó su residencia en Valladolid; y habiendo abrazado las doctrinas de Lutero, no solo instruyó en ellas á su familia, sino que con el mayor celo comenzó á predicarlas en Valladolid y en los pueblos inmediatos: en una palabra, no hubo hombre á cuya intrepidez y constancia debiese mas en España la causa de la Reforma; y así, desde luego se señaló por blanco á la Inquisicion.

Durante los quince meses que permaneció encerrado en sus tétricos calabozos, privado de todo trato y auxilio humano, se mantuvo constante en sus creencias. La noche que precedió á su ejecucion, así que acabaron de leerle la sentencia, pidió recado de escribir. Creyeron que querría congraciarse con sus jueces haciendo confesion plena de sus errores; pero no era este su intento, sino el de ratificar su invariable creencia en

(*) De Sesse ó Seseé, escriben otros historiadores.

los grandes principios de la Reforma. La protesta, que ocupaba dos pliegos de papel, según el famoso secretario de la Inquisición, era un escrito notable por su precisión y energía ⁽¹⁾. Al pasar por delante del rey cuando le llevaban al suplicio, se encaró con él y le dijo: «¿Así permitís que se persiga á vuestros inocentes vasallos?» A lo cual contestó el rey con aquel célebre dicho: «¡Si mi hijo cayese en el mismo error que vos, yo mismo llevaría la leña para quemarle!» Estas palabras son en verdad un rasgo característico ⁽²⁾.

En el cadalso mostró Seso la misma fortaleza de ánimo, confesando la verdad de la gran causa por que se sacrificaba; y como tardasen mucho las llamas en quemarle, llamó á unos soldados para que atizasen la hoguera y terminasen antes sus agonías. Sus verdugos, indignados de su obstinación, es decir, de su heroísmo, se apresuraron á obedecerle ⁽³⁾.

El compañero de infortunio de Seso era Domingo de Rojas, hijo del noble cuanto desventurado marqués

(1) Llorente, Inquisición de España, tom. II, p. 236.

(2) La anécdota es completamente cierta (Cabrera, Felipe Segundo, lib. V, cap. 3). El padre Agustín Dávila hace mención de esta que él llama *sentencia famosa* en el panegirico funeral que pronunció en Valladolid poco después de la muerte del rey don Felipe, (*Sermones funerales en las honras del rey don Felipe Segundo*, fol. 77). Colmenares tributa aun elogios mas enfáticos á estas palabras, considerándolas dignas de la religión y del monarca. «El primer sentenciado al fuego en este auto fué don Carlos de Seso, de sangre noble, que osó decir al rev, cómo consentia que le quemasen, y spero respondió: Yo traeré la leña para quemar á mi hijo, si fuere tan malo como vos. Accion y palabras dignas de tal Rey en causa de la suprema religion.» Historia de Segovia, cap. XLII, sec. 3.

(3) Llorente, Inquisición de España, tom. II, p. 237.

de Poza, que habia visto condenados por la Inquisicion cinco individuos de su familia, entre ellos su hijo primogénito, á penas humillantes por sus heréticas opiniones. Figuraba como reo de muerte, (*) á pesar de ser fraile dominico, siendo singular que una órden de donde salian los principales ministros del Santo Oficio, contase tanto número de prosélitos de la Reforma. Siguiendo la costumbre establecida con los eclesiásticos, se permitió á Rojas conservar el hábito sacerdotal hasta que se le leyó la sentencia, verificándose en seguida la ceremonia de la degradacion, despojándole de su vestido y poniéndole el repugnante sambenito con grande algazara y burla del populacho. Viendo que se acercaba su postrer momento, trató de hablar á la muchedumbre que cercaba el cadalso; mas no bien pronunció las primeras palabras, mandó el rey indignado que le pusieran una mordaza, con la que, ademas de sujetarle la lengua, se lograba atormentarle; y no se vió libre de ella, como era costumbre, ni aun al arrojarle á la hoguera, temiendo sin duda sus enonigos los efectos de una elocuencia que asi triunfaba de la agonía y espanto de la muerte (1).

El sitio de la ejecucion, el quemadero, que asi se llamaba, era un lugar elegido con este objeto, extra-

(*) Otras relaciones dicen que Rojas fué ajusticiado *en cadaver*. Véase la Historia de España de don Modesto Lafuente, tom. XIII, p. 73.

(1) Montanus, *Discovery of sundry subtil Practises of the Inquisition*, p. 52.—Llorente, *Inquisicion de España*, tom. II, p. 229.—Sepulveda, *Opera*, tom. III, p. 38.

muros de la ciudad ⁽¹⁾. Los que asistían á un auto de fé no tenían que presenciar necesariamente, como creerán algunos, la trágica escena con que concluía. La mayor parte del pueblo y muchas personas de distincion se trasladaban al referido sitio; y en el caso presente, hay motivos para creer, á pesar del lenguaje equívoco del biógrafo de don Felipe, que el monarca quiso mostrar su afecto á la Inquisicion presenciando la horrible conclusion del drama, mientras sus guardias, mezclados con los agentes del Santo Oficio, ayudaban á atizar el fuego ⁽²⁾.

Tal fué la cruel ceremonia que bajo la apariencia de una festividad religiosa se creyó mas á propósito para recibir al monarca católico en sus dominios; y en todo el tiempo que duró, que fué desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde, no se advirtió síntoma alguno de impaciencia entre los especta-

(1) Puigblanch, *la Inquisicion sin máscara*, edic. ingl. (Londres, 1846), vol. I, p. 336.

(2) «Hallóse por esto presente á ver llevar y entregar al fuego muchos delinquentes acompañados de sus guardas de a pie y de a caballo, que ayudaron a la execucion.» Cabrera, *Filipe Segundo*, lib. V. cap. 3.

Queda la duda de si el historiador quiere dar á entender que Felipe presenció tambien la ejecucion del reo, á la cual asistieron sus guardas. Dávila, el religioso, que como queda dicho, pronunció la oracion fúnebre en las exequias del rey, solo dice que asistió al auto de fé,—«asistir a los actos de fé como se vió en esta ciudad.» (Sermones funerales, fol. 77). Si el buen predicador hubiera podido glorificar la memoria de Felipe con decir que habia presenciado la quema, no hubiera omitido esta circunstancia. Leti, menos escrupuloso, asegura que el rey presenció la ejecucion desde las ventanas de su palacio, oyó los gritos de agonía de los reos, y se complació en aquel espectáculo. La pintura que hace de la escena no peca por falta de colorido. *Vita di Filippo II*, tom. I, p. 342.

dores, ni tampoco es creible que mostrasen interés alguno por las víctimas ⁽¹⁾. Difícil sería hallar espectáculo mas pernicioso para pervertir la moral y embotar la sensibilidad de un pueblo ⁽²⁾.

Con la sancion que recibió del trono, comenzó á arcejar mas que nunca la persecucion ⁽³⁾; no había título bastante sagrado ni clase tan elevada, que pudieran eximirse de las asechanzas de un delator. En el trascurso de pocos años fueron condenados nueve

(1) ¿Qué poca simpatía revela la salvaje satisfacción con que un sabio y juicioso historiador de la época habla del postrer castigo de uno de los mártires en el primer auto de Valladolid! «Jureque vivus flammis corpore cruciatus miserimam animam efflari ad supplicium aempilerna.» Sepulveda, Opera, tom. III, p. 58.

(2) Balmes, uno de los mas diestros campeones de la fé romana en nuestro tiempo, halla en la apatía con que se miraba los padecimientos de aquellas víctimas, una prueba de que entonces existía un sentimiento religioso mas enérgico que al presente. «A nosotros, dice, se nos erizan los cabellos á la sola idea de quemar á un hombre vivo. Hallándonos en una sociedad donde el sentimiento religioso se ha amortiguado en tal manera, y acostumbrados á vivir entre hombres que tienen religion diferente de la nuestra, y á veces ninguna, no alcanzamos á concebir que pasaba entonces como un suceso muy ordinario el ser conducidos al patibulo esta clase de hombres.» El protestantismo comparado con el catolicismo. Barcelona, 1844, tom. II, p. 316.— El autor concluye diciendo que, segun este modo de ver, cuanto mas religion haya, tanto mas insensible serán los hombres.

(3) El celo que mostraban á una el rey y la Inquisicion para llevar adelante sus persecuciones, había puesto á la nacion en mas de un conflicto con los extrangeros. Mann, el ministro inglés, se vió forzado á representarle contra la manera en que fué violada la independencia de su propia casa por los agentes del Santo Oficio. Las quejas de Saint Sulpice, el embajador francés, á pesar de que el asunto era tan grave, tienen un carácter de desenfado tan cáustico, que sin duda excitarán la sonrisa de los lectores: «me he quejado al rey de la manera con que maltrata la Inquisicion á los marseleses y demas franceses; y se me ha excusado diciendo que él apenas tiene poder ni autoridad en lo que depende de este cuerpo; que no puede hacer mas que encargar al Inquisidor general que administre bien y con prontitud la justicia. El Inquisidor general ha prometido que tratará á los franceses del mismo modo que á los castellanos; y lo de administrar pronto y bien justicia, ha venido á parar en haberlos quemado vivos en presencia del rey.» Raumer, Sixteenth and Seventeenth Centuries, vol. I, p. 144.

obispos á castigos humillantes por sus opiniones heterodoxas; pero la víctima mas ilustre de la Inquisición fué don Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo. Como primado de las Españas, se consideraba su dignidad en la Iglesia Católica Romana únicamente inferior al pontificado (1); y el proceso que se entabló contra este prelado, causó mas impresion en la cristiandad, que cuantos hasta entonces se habian visto en los tribunales de la fé.

Carranza, hijo de una familia antigua de Castilla, entró siendo jóven en un convento de dominicos, inmediato á Guadalajara. Por su vida ejemplar, por sus grandes cualidades y su ciencia, mereció la estimación de Carlos Quinto, que le nombró confesor del príncipe don Felipe. Envióle ademas al concilio de Trento, donde maravilló á todos con su elocuencia y con un escrito que publicó en contra de la pluralidad de beneficios, que ya empezó á disgustar á algunos de los de su órden. Cuando don Felipe pasó á Inglaterra para casarse con la reina María, llevó consigo á Carranza, y tambien se distinguió en aquella córte por el celo y habilidad con que rebatió las doctrinas de los protestantes; únicamente manifestó cierta into-

(1) El arzobispo de Toledo, segun Lucio Marineo Siculo, que escribió pocos años antes de aquella época, ejercia jurisdicción sobre mas de quince poblaciones grandes, ademas de otras pequeñas, que elevaban sus vasallos á un número extraordinario. Sus rentas, importantes ochenta mil ducados, excedian á las del grande mas opulento; y las que todos los años sacaban los beneficiados de su iglesia, no bajaban de ciento ochenta mil ducados. Cosas memorables de España, (Alcalá de Henares, 1539), fol. 43.

lerancia y espíritu de persecucion que le hicieron generalmente odioso, llamándole por esta razon el fraile negro, nombre que le convenia, no solo por su color atezado, sino por el hábito de su órden. Al volver Felipe á Flándes, Carranza, que por dos veces habia rehusado una mitra, fué nombrado, no sin tenaz resistencia por su parte, para la silla arzobispal de Toledo. El «*nolo episcopari*,» en este caso parecia sincero; y mas le hubiera valido persistir en ello, pues la elevacion á la Sede primada fué el origen de todos sus contratiempos.

Era proverbial el encono de los teólogos de aquel tiempo, y en lo rencoroso nadie podia compararse á los eclesiásticos españoles. Entre los enemigos que suscitó á Carranza su fortuna, el mas implacable era el inquisidor general Valdés, pues no podia el buen arzobispo de Sevilla llevar con paciencia que un humilde fraile dominico se hubiera elevado así desde la oscuridad de un claustro á la mas ilustre y rica de las mitras de España. Con incansable pertinacia, que solo puede inspirar la envidia, sondeó la vida del nuevo prelado para ver si descubria en sus escritos ó en sus conversaciones alguna palabra contra la fé; y por fin se fijó en la circunstancia de que, si bien Carranza se habia mostrado siempre fiel á la Iglesia Católica Romana, su larga permanencia en los paises protestantes, y el haber manejado sus obras, habian dado á su lenguaje, ya que no á sus actos, cierto colorido un

tanto semejante al de los reformistas; de tal manera, que parecia pensar del mismo modo que Pole, Contarini, Morone y otros ilustres católicos, cuyo espíritu liberal y dilatada série de estudios sancionaron algunos de los dogmas luteranos, que fueron despues proscritos por el concilio de Trento. Uno de los cargos mas fuertes que se hacian al primado era su asentimiento á la doctrina herética de la justificacion por medio de la fé; en confirmacion de lo cual, el padre Regla, confesor de Carlos Quinto, como recordará el lector, y un digno coadyutor de Valdés, denunciaron á Carranza por las palabras de consuelo, que estando ellos presentes, dirigió al Emperador en sus últimos momentos (1).

La elevada posicion del acusado aconsejaba á sus enemigos proceder con gran cautela, pues nunca los esbirros de la Inquisicion habian tenido que haberse las con presa tan importante. Confiado en su propia autoridad, no quiso el prelado dar crédito á sus sospechas, pero tampoco pudo esquivar el golpe, porque el brazo invisible que le amenazaba era mas fuerte que el suyo. El 22 de agosto de 1559, los emisarios del Santo Oficio sorprendieron al arzobispo en su pueblo de Torrelaguna, abriéndose las puertas de su palacio á la voz de los ministros del terrible tribunal.

(1) Salazar, Vida de Carranza (Madrid, 1788), cap. 1-11.—Documentos Inéditos, tom. V, p. 389 y sig.—Llorente, Inquisicion de España, tom. II, p. 463, tom. III, p. 483 y sig.

Sacáronle de la cama á media noche, le metieron en un coche, y dando órden á los vecinos para que nadie se asomase á las ventanas, fué llevado con una fuerte escolta á la cárcel de la Inquisicion de Valladolid. Este suceso produjo grande asombro en todas partes; pero nadie se atrevió á pedir por su libertad.

Hubiera debido el primado apelar de aquel atropello ante la Santa Sede, como único poder competente para juzgarle, pero no quiso indisponerse con don Felipe que le habia asegurado podia contar con él en cualquier extremo; sin embargo, como á la sazón estaba en los Países Bajos, pudieron los enemigos del arzobispo inducirle á sospechar de su fidelidad; y una sospecha de herejía bastaba en semejante caso, sobre todo cuando tan reciente estaba su promocion al arzobispado, no solo para debilitar en el ánimo del rey el recuerdo de sus pasados servicios, sino para trocar en despego y aun en aversion todo su afecto. Por espacio de dos años estuvo Carranza consumiéndose en un encierro y expuesto á todos los sinsabores con que trataba de afligirle la malicia de sus enemigos; y tan aislado se hallaba y tan apartado del mundo, que no tuvo noticias de un incendio que consumió mas de cuatrocientas casas de las principales de Valladolid, hasta pasados algunos años ⁽¹⁾.

(1) «En que se quemaron mas de 400 casas principales y ricas, y algunas en aquel barrio donde él estaba; no solo no lo entendió el arzobispo, pero ni lo supo hasta muchos años despues de estar en Roma.» Salazar, Vida de Carranza, cap. 45.

Por último, participando el concilio de Trento de la indignacion de toda la cristiandad al ver que se prolongaba la prision del arzobispo, rogó á Felipe que mediase en el asunto y pasára la causa á otro tribunal; pero el rey hizo poco caso de la súplica, porque los inquisidores creian que admitiéndola se menoscababa su autoridad.

En 1566 ascendió al trono pontificio Pio Quinto, hombre de austera moralidad y de la mas inflexible entereza, y siendo dominico como Carranza, vió con escándalo el rigor que se empleaba contra el prelado, y la vergonzosa lentitud con que se seguia el proceso. Desde luego envió á España la orden de separar de su cargo al inquisidor general Valdés, reclamando al mismo tiempo la causa y el reo para ante su tribunal; pero el audaz inquisidor, temiendo perder su presa, se propuso despreciar el poder de Roma como habia despreciado el del concilio de Trento. Acudió Felipe al pontífice, mas Pio Quinto no cejó en su resolucion, sino que amenazó con una excomunion al rey y al inquisidor Valdés. No quiso Felipe entrar en nuevas desavenencias con la córte pontificia, mucho menos oyendo rugir á lo lejos la tormenta próxima á descargar sobre su cabeza; y asi al cabo de mas de siete años de encierro, fué enviado el arzobispo con la correspondiente custodia á Roma. Recibióle el pontífice afectuosamente, hospedándole en el castillo de Sant Angelo, y en las habitaciones que tiempos pasa-

dos habian ocupado los mismos papas; pero aun se le consideraba como preso.

Propúsose Pio Quinto examinar detenidamente el proceso de Carranza: tarea sobrado impropia para Su Santidad, por el cúmulo de papeles que era preciso tener á la vista, y sobre todo, porque á cada paso le suscitaba inconvenientes la torcida intencion de los inquisidores; mas cuando al cabo de otros seis años se disponia á publicar su sentencia, que se creia favorable á Carranza, ocurrió la desgracia de pasar el pontífice á mejor vida.

Irritado el Santo Oficio al verse burlado de aquella suerte, recurrió á todas sus artífias para que el nuevo Papa Gregorio XIII fallase á medida de sus deseos. Reuniéronse nuevos testimonios, se añadieron nuevas notas á los escritos del primado, apoyándolas con la sancion de los mas insignes teólogos españoles, y por último, al cabo de otros tres años, anunció el Padre Santo su propósito de resolver negocio tan enmarañado. Verificóse este acto con extraordinaria ceremonia; sentado el pontífice en su trono y rodeado de todos los cardenales, prelados y funcionarios de la cámara apostólica, se mandó comparecer al arzobispo, solo y sin defensor alguno, pues nadie se atrevia ni aun á saludarle. Llevaba descubierta la cabeza; de su natural robustez, por efecto de sus enfermedades, mas que de los años, no conservaba señal alguna, y en su rostro macilento se veia pintada la languidez de

la desconfianza. Hincóse de rodillas á cierta distancia del Papa, y en esta humilde actitud recibió su sentencia.

Declaróse que estaba contaminado con la perniciosa doctrina de Lutero; se confirmó el decreto de la Inquisicion que prohibia el uso de su catecismo; y despues de abjurar de diez y seis proposiciones, que hallaron en sus escritos, quedó suspenso del ejercicio de sus funciones episcopales por espacio de cinco años, en cuyo tiempo habia de vivir desterrado en Orvioto, en un convento de su orden; y finalmente se le impuso por penitencia el visitar siete de las principales iglesias de Roma y decir misa en todas ellas.

Este fin tuvo el proceso despues de diez y ocho años de dudas, ansiedades y encierros. Saltáronse las lágrimas al desventurado sacerdote al oír aquella sentencia, pero se sometió sin proferir una palabra á la voluntad de su superior. Al día siguiente comenzó á cumplir su penitencia; sin embargo, no pudo resistir mas, y el 2 de mayo, diez y seis días despues de haber fallado su proceso, murió Carranza de una afeccion de corazon. El triunfo pues de la Inquisicion no pudo ser mas completo.

El pontífice erigió un monumento á la memoria del primado, con una pomposa inscripcion en que se tributaban justos elogios á su talento y ciencia, celebrando su valor cristiano y recomendando la conduc-

ta ejemplar con que habia correspondido á la confianza de su soberano (1).»

Esta es la historia de la persecucion de Carranza, que en atencion á su elevada clase, á la lentitud nunca vista del proceso, y á la sensacion que produjo en Europa, es la mas notable que se encuentra en los anales de la Inquisicion (2); si bien la compasion que nos inspira su suerte puede en cierto modo atenuarse reflexionando que hicieron con él lo propio que habia hecho él mismo con otros.

Mientras duró la persecucion de Carranza, prosiguieron ardiendo por todas partes las hogueras encendidas contra los protestantes, hasta que por fin disminuyeron sus rigores y aun terminaron enteramente, por falta de victimas con que alimentarlas. El año 1570 puede considerarse como la época del pos-trer auto de fé en que figuraron los luteranos; los que

(1) Salazar, Vida de Carranza, cap. 19-35.—Documentos Inéditos, tom. V, pp. 463-463.—Llorente, Inquisicion de España, tom. III, p. 218 y sig.

(2) La persecucion de Carranza ha dado asunto á las plumas de algunos escritores españoles. La biografia mas completa que se tiene de él, es del doctor Salazar de Miranda, que se valió para su esmerada y exacta narracion, de los mejores originales. Llorente tuvo la ventaja de registrar los archivos del Santo Oficio, de quo era secretario, y en su tercer tomo dedicó largo trecho al proceso de Carranza, que con todos los documentos legales que figuraron en tan largas actuaciones, componian, según asegura, nada menos que veinte y seis mil fóllos manuscritos: enorme copia de testimonios que nos hace sospechar si el objeto de la Inquisicion seria mas bien encubrir la verdad que averiguarla. Los ilustrados editores de los «Documentos Inéditos,» se han aprovechado de las dos obras mencionadas y de algunos manuscritos de la época, no publicados y relativos al mismo asunto, para ilustrarlo plenamente, y aqui encontrará el lector lo que eran las instituciones del tiempo de sus padres.

se celebraron desde entonces fueron únicamente de judíos y mahometanos relapsos; y si de vez en cuando figuraba en las listas algún protestante, era tan raro «como hallar un racimo de uvas después de la vendimia (1).»

Ni jamás ha habido persecucion alguna de tan completos resultados. Dícese que la sangre de los mártires es el cimiento sobre que se funda una iglesia; pero el implacable azote con que se castigó á los protestantes españoles se asemejó al rigor que acabó con los albigenses en el siglo XIII, que no quedó ni gérmen de ellos que se reprodujera en lo sucesivo. Bien puede gloriarse España de haber desarraigado por completo la cizaña de la herejía; pero lo consiguió á tanta costa, que no solamente sacrificó la fortuna y la existencia de algunos miles de ciudadanos, sino que se atrajo las funestas consecuencias que labraron la infelicidad perpétua del pais. Resguardada con las sombrías alas de la Inquisicion, cerró España los ojos á la luz que en el siglo XVI iluminaba el resto de Europa, alentando á las naciones á grandes empresas en los diferentes ramos de las ciencias. Amortiguóse el génio del pueblo, y se entibió su espíritu bajo la maligna influencia de una suspicacia que ja-

(1) Así dice Mc Crie, cuya obra de la Reforma en España comprende un juicioso exámen de este importante suceso: y si bien no parece haber hecho uso de materiales raros ni recónditos, se ha aprovechado de los que tenía á su disposicion, además de las obras publicadas, y los ha compendiado en una relacion que se distingue por su templanza y exactitud.

más dormía, y de un brazo invisible que no le consentía reposo. Ni ¿cómo había de existir la libertad de pensamiento donde ni aun para hablar la había? ¿Ni cómo libertad de hablar, donde tan peligroso era pecar por exceso como por defecto? La libertad no puede vivir amedrentada. La inteligencia de los españoles yacía entre los hierros de la esclavitud.

Todos sus sentimientos se hallaban pervertidos; juzgábase á los hombres no por su modo de obrar sino por las opiniones que profesaban, y las creencias se tuvieron por norma de la conducta. La diferencia de fé constituyó un antagonismo mayor que la de raza, la de lengua, y aun la de intereses. Entre España y el resto de las naciones cristianas no mediaba ya vínculo alguno, separando una barrera indestructible á aquella nacion de los protestantes de Europa. El primitivo estado de incesante guerra con los árabes que habian invadido su pais, fué causa de que los españoles hiciesen una extraña amalgama de la religion y de la política; cesó la causa, pero continuó el efecto. Las guerras con las naciones europeas las convirtieron en religiosas, y en Inglaterra y en los Países Bajos contemplaban como enemigos de Dios á sus enemigos. Y donde quiera se conducian del propio modo, pues á los inofensivos naturales del Nuevo Mundo los trataron tambien como enemigos de sus creencias. En una palabra, sus guerras tomaron el carácter de una cruzada perpétua, sostenida con to-

da la ferocidad que puede inspirar el fanatismo.

El mismo espíritu tenebroso parece haberse comunicado á su literatura nacional, y aun al género literario que en otras naciones expresa meramente los festivos desenfados del ingenio ó la tierna efusion de los sentimientos, pues hasta sus poetas mas célebres, sus grandes dramáticos y líricos, modelos de invencion maravillosa, manifiestan haber recibido sus inspiraciones en los altares de la Inquisicion.

Privados de la libertad de pensamiento ¿qué adelantos habian de hacer en las ciencias los españoles? Las ciencias están sujetas á perpétuas vicisitudes; deducen sus lecciones de lo pasado y establecen nuevas máximas para lo futuro; aspiran á desterrar abusos envejecidos, á desacreditar rancios errores y á establecer nuevas verdades: su vida en una palabra es el progreso. Pero en España, no solo se tenia fija la vista en lo pasado, sino que ni siquiera se pensaba en lo futuro: se respetaban los abusos por su misma antigüedad; y se consideraba la reforma como un crimen, porque era una innovacion. Lejos de progresar, se hallaba todo como estacionado. La Inquisicion dijo «no hay mas allá,» y dejaron de cultivar su inteligencia los españoles.

Veíanse palpablemente estos efectos en todos los ramos científicos, no solo en las ciencias especulativas, sino en las físicas y en las prácticas, en las extravagantes declamaciones de sus teólogos, en las pue-

riles y quiméricas teorías de sus economistas políticos. No habia materia en que no se advirtiesen síntomas de decadencia prematura, aferrada la nacion á sistemas antiguos que mucho tiempo antes habia proscrito la civilizacion de otros países. De aqui los ridiculos ensayos hechos, y con tanta frecuencia repetidos, en la administracion económica del reino, que hicieron de España la fábula de las naciones, y que produjeron la ruina del comercio, la mengua del crédito, y por último la bancarrota del Estado.—Pero dejemos ya de contemplar el melancólico cuadro de los destinos de aquel país, para presenciar escenas mas agradables de la historia de don Felipe (*).

(*) El autor, como nuestros lectores habrán visto, no escasea en el capítulo precedente los colores mas rubidos para pintar el estado de abyeccion de nuestra patria en una época en que, por confesion de muchos escritores coetáneos, así propios como extraños, seguia siendo envidiada de los extrangeros. Los adelantos que ha hecho la historia, y el espíritu de verdadero progreso que ha cuindido por el mundo, no permiten desacreditarlo ya todo como Voltaire, ni dar únicamente oídos á censuras y detracciones. Al llegar á este punto, renuncia Prescott á su habitual templanza, y ataca tan duramente á las instituciones y á los hombres, que nos hemos visto mas de una vez obligados á suprimir algunas de sus frases y palabras, por ser demasiado inconciliables con las creencias de nuestro dogma. Los reformistas han pretendido siempre el don de la infalibilidad, como si poniendo en duda la de los demas, no nos enseñasen á desconfiar de la suya propia.

Terrible, funesta, odiosa se hizo la Inquisicion: ¿quién ha de negarlo hoy dia? Pero pintar á los españoles como verdugos de la libertad y del pensamiento, y no decir que algunos de sus enemigos solian valerse de la máscara de religion para ocultar sus traiciones y su perfidia, es dejarse cegar mucho del amor propio. Entre los reos condenados por la Inquisicion, habia cuando menos algunos conspiradores y fanáticos, que en último resultado no merecian otro concepto que el de perturbadores políticos. Se los castigó con rigor excesivo; se abusó del nombre de la religion para cometer mil atropellos y crueldades; pero tales eran los principios de aquellos tiempos. Prescott se apoya con toda confianza en la autoridad de Llorente; mas recordando que este sirvió

primero á los inquisidores y despues á sus enemigos, quizá parezca sospechoso su testimonio.

Para que no se presuma que tambien nosotros obedecemos á un ciego impulso de patriotismo, copiaremos lo que en su reciente *Historia de la Revolucion de los Países Bajos, en tiempo de Felipe II*, dice Mr. Teodoro Juste, apoyado en los documentos originales de los archivos y en los escritores extrangeros de mayor crédito:

«La nueva secta, (la de los anabaptistas) trataba principalmente de encender las pasiones más peligrosas de la clase infima; y á la codicia, á la ignorancia y á la sensualidad del populacho, se dirigian las arengas del vidriero David Jorge, del panadero Juan Mathieu, y del pastor Juan de Leyde.... Anunciaban un nuevo orden social fundado en la comunidad de bienes y en la poligamia....

«Los soberanos protestantes que en Inglaterra y en los reinos del Norte impusieron á sus vasallos la Reforma, se mostraron por su parte no niendos implacables. Inútil es recordar las crueldades y cinismo de Enrique VIII.... mas para adquirir idea mas cabal de aquella época, basta comparar el inexorable fanatismo de Calvino con el fervor de Paulo IV y la inflexibilidad de Felipe II. Calvino que huyó de su patria por librarse de la muerte, y que tanto vociferaba contra la intolerancia de los soberanos católicos, se hizo inquisidor y perseguidor en Ginebra; y no solo sometió el Estado á la Iglesia, y la sociedad civil á la religiosa, sino que proclamó que la Iglesia y el Estado tienen el derecho de castigar á los herejes. No contento con esclavizar las conciencias, estendió su vigilancia á los actos de la vida privada. Los agentes del consistorio, como los familiares de la Inquisicion, podian penetrar á todas horas en lo interior de las casas, sobre todo durante las comidas, para observar si eran sobrios y oír lo que hablaban los convidados. El tirano legislador de Ginebra llegó á prescribir la forma que habian de tener los vestidos y los zapatos y el peinado de las mujeres, reduciendo á captividad fija el gasto de las comidas.... El poder é inflexible carácter de las nuevas leyes se probaban en multitud de autos de fé... Calvino, que se rebeló contra la Iglesia romana, no podia sufrir que la Iglesia de Ginebra tuviese antagonistas. Servet fué condenado por anti-trinitario el 27 de octubre de 1553, y quemado vivo en presencia del mismo Calvino, que quiso presenciar desde una ventana los tormentos de aquel desventurado.» *Histoire de la Revolution des Pays Bas, sous Philippe II; par Théodore Juste (Bruxelles-Paris, 1856) tom. I, pp. 292, 315 y sig.*

La intolerancia, vicio de todo el mundo en aquellos tiempos, tambien hallaba acogida en la voluble imaginacion del insensato Martín Lutero.

CAPITULO IV.

TERCER MATRIMONIO DE FELIPE.

Recibimiento de Isabel.—Fiestas de las bodas.—Método de vida de la Reina.—Trasládase la corte á Madrid.

1560.

Apenas don Felipe estuvo de vuelta en España, cruzó los Pirineos, segun estaba convenido, su joven esposa, Isabel de Francia; y acompañada del cardenal de Borbon y de otros caballeros franceses, llegó á principios de Enero de 1560 á la frontera de Navarra, donde fué recibida por el duque del Infantado, elegido al efecto, y encargado de acompañarla hasta la corte.

Era don Iñigo Lopez de Mendoza, cuarto duque del Infantado, cabeza de esta casa, una de las mas ilustres de Castilla. Tenia á la sazón cerca de setenta años, y habia pasado la mayor parte de su vida empleado en la corte, donde siempre habia gozado de las consideraciones debidas á su ilustre cuna y cuan-

tiosos bienes que, como su título lo indica, radicaban en la parte septentrional del reino. Mirábasele como uno de los mas cumplidos caballeros castellanos, y vivia con la magnificencia de un monarca. Habia recibido una esmerada educacion, y su aficion al estudio en nada perjudicó á las prendas y valor caballeresco que le adornaban; su librería tenia fama de ser la mas rica de cuantas se hallaban en las casas particulares (1).

En la ocasion presente, claro es que no perdonaria gasto alguno para hacer aquel viaje con lucimiento, acompañándole su servidumbre y sus parientes, señores de las casas mas nobles de España. Seguíanle cincuenta pajes, ricamente vestidos de brocado y seda, con libreas de la casa de Mendoza; los caballeros que le acompañaban, todos en soberbios caballos, llevaban consigo hasta dos mil quinientas personas, tambien gallardamente aderezadas y con lujosos arreos, pues eran tan pródigos los castellanos de aquellos tiempos en el adorno de sus caballos, que «habia gualdrapas de dos mil ducados de coste, sin compatar el valor de las piedras» que las guarnecian (2). El mismo gusto se observa ahora en sus descendientes,

(1) Hállase una estensa noticia de este duque del Infantado en la obra ya muy rara de Nuñez de Castro, Historia eclesiástica y seglar de Guadalupe, (Madrid, 1643), p. 180 y sig. Oviedo, en sus curiosas noticias de la nobleza castellana, que alcanzan á 1356, dice del duque del Infantado que llevaba una guardia personal de doscientos hombres, y podia pasar revista á un ejército de treinta mil.

(2) «Cabrera, Felipe Segundo, lib. V. cap. 7.»

sobre todo en la América Meridional y Méjico, donde la afición á engalanar extravagantemente los caballos, se emplea como un medio para distinguirse de las clases populares.

Pasáronse algunos dias en acordar la etiqueta que habia de observarse en el acto de la presentacion del duque y su comitiva á la princesa; materia grave siempre y delicada para los caballeros españoles; y al verificarse la entrevista, dió principio á la ceremonia el cardenal arzobispo de Burgos, hermano del duque, prologando una difusa arenga á la augusta novia, á que esta contestó en tono franco y jovial, que si no pecó de demasiado llano, estuvo mas en el carácter de su nacion que en el de los españoles (1). El sitio donde se encontraron fué Roncesvalles, nombre que á los aficionados á la lectura de los romances, les recordará escenas muy diferentes de la que se representaba ahora entre dos naciones tan unidas y tan galantes (2).

Desde Roncesvalles, seguida de su numeroso acompañamiento, se encaminó la princesa al palacio de Guadalajara, propio del duque, donde habia de

(1) «Elle répondit d' un air riant, et avec des termes pleins tout ensemble de douceur et de majesté.» De Thou, tom. III, p. 426.

(2) Esta entrevista está minuciosamente referida por dos personas de las que acompañaron á Isabel á Castilla, en las cartas que escribieron al cardenal de Lorena, y se hallan en la importante coleccion de documentos históricos que comenzó á publicarse bajo los auspicios de Luis Felipe. Documents inédits sur l' Histoire de France, Négociations, etc. relatives au Règne de François II, p. 174 y sig.

solemnizarse el régio enlace. Los habitantes de la ciudad habian hecho grandes preparativos para celebrar este acontecimiento de un modo digno de su soberano y de la que habia de ser su reina. A la entrada de la poblacion se formó un extenso cerro ó monte, con un bosque de encinas naturales, que se trasplantaron á aquel sitio, en el cual se echó gran cantidad de caza. Fué recibida Isabel por el Ayuntamiento, y pasó por las principales calles con todo el séquito de nobles que la acompañaban. Iba vestida de armínio, montada en un caballo blanco que manejaba con una gracia y soltura que enamoraba á todo el mundo; á un lado llevaba al duque del Infantado, y al otro al arzobispo; y despues de haber hecho oracion en la iglesia, donde se cantó el *Te Deum*, se encaminó al palacio ducal, en el cual habia de celebrarse la ceremonia del matrimonio. Al entrar en la córte salió á recibirla la princesa doña Juana, y despues de saludarse afectuosamente, la condujo al salón, donde el rey, acompañado de su hijo, estaba ya esperándola (1).

Era la primera vez que Isabel veía al que habia de ser su esposo, y con tanta atencien le contempló, que el rey hubo de preguntarla sonriéndose: «¿Qué

(1) Luceo Marineo, en su curiosa compilacion de cosas memorables, habla del suntuoso palacio de los duques del Infantado en Guadalajara. «Los muy magníficos y sumptuosos palacios que alli están de los muy ilustres duques de la casa muy antigua de los Mendocas.» Cosas Memorables, fol. 43.

mirais, si tengo canas?» Desconcertóla tan brusca pregunta ⁽¹⁾, pues no tenia Felipe mucha menos edad que cuando su padre habia empezado á encanecer; pero la desproporcion en los años no era tal, que pudiera contemplarse aquel enlace como una excepcion, tratándose de reyes: Isabel tenia quince años ⁽²⁾, y Felipe treinta y cuatro.

Lo que menos recomendable hacia á aquella señora, bajo todos aspectos, era la juventud. «Isabel de Valois, dice Brantôme, que la conoció muy bien, era verdaderamente hija de Francia, discreta, de talento, bella y virtuosa como ninguna ⁽³⁾: bien formada, alta de cuerpo, y por esto mas admirada en España, donde de las mujeres son por lo comun de mediana estatura. Tenia los ojos negros, y sus brillantes cabellos, del propio color, hacian resaltar la hermosura y delicadeza de su semblante ⁽⁴⁾. En su aire se advertia

(1) «J'ay ouy conter á une de ses dames que la premiere fois qu'elle vist son mary, elle se mit á la contempler si fixement, que le Roy, né le trouvant pas bon, luy demanda: *Qué mirais, si tengo canas?* les mots luy touchèrent si fort au cœur que depuis on augura mal pour elle.» Brantôme, OEuvres, tom. V, p. 131.

(2) Sigo en esto el calculo de Sismondi; pero un hecho tan sencillo como es el de comprobar la edad de una señora, da lugar, en el caso presente, á incertidumbres, pues segun Cabrea, Isabel tenia diez y ocho años al tiempo de su matrimonio; al paso que De Thou le da unicamente once años quando se acordó el tratado de alianza por los comisionados de Cateau-Cambresis. Estos son el mas y el menos, pero entre ambos extremos hay otras opiniones de las autoridades que han consultado, y que no es posible conciliar.

(3) «Elizabeth de France, et vraye fille de France, en tout, belle, sage, vertueuse, spirituelle et bonne, s' il en fust oncques.» Brantôme; OEuvres, tom. V, p. 126.

(4) «Son visage estoit beau, et ses che veux et yeux noirs, qui adombroient son teint.... Sa taille estoit très belle; et plus grande que

cierta dignidad llena de dulzura, como si modificase la majestad castellana con la viveza propia de su nacion.» Tan encantadora era, añade el galante cuanto anciano cortesano, que ningun caballero se atrevia á fijar en ella sus ojos por no enamorarse y ocasionar celos á su esposo, con riesgo de la vida ⁽¹⁾.

Algunos de los cronistas refieren que en el rostro de Isabel se notaba cierta melancolía, la cual atribuyen á la comparacion que sin duda haria entre el que iba á ser su esposo, y su hijo el príncipe de Asturias, á quien en un principio estuvo prometida ⁽²⁾. Pero la hija de Catalina de Médicis, añaden, habia sido muy bien educada desde la cuna para no saber encubrir sus sentimientos. Don Carlos llevaba á su padre la ventaja de los años, aunque en medio de no pasar de catorce, debia presumirse que no llegaria á la mitad de los que el rey tenia. Tambien indican, y no con mucha discrecion, los propios escritores, que prendado, desde el momento en que la vió, de los encantos de su madrastra, concibió el príncipe un secreto resentimiento contra su padre, que asi habia estorbado

toutes ses sœurs, qui la rendoit fort admirable en Espagne, d'aautant que les tailles hautes y son rares, et pour ce fort estimables.» Ibid., p. 128.

(1) «Les seigneurs ne l'osoient regarder de peur d' en estre espris, et en causer jalousie au roy son mary, et par consequent eux courir fortune de la vie.» Ibid., p. 128.

(2) «La regina istessa parve non so come sorpresa da vn sentimento di maliuconica passione, nel vedersi abbracciare da un ré di 33 anni, di garbo ordinario alla presenza d' vn giouine prencipe molto ben fatto, e che prima dell' altro l' era stato promesso in sposo.» Leti, Vita di Filippo II, tom. I, p. 345.

la union que se le preparaba (1); y esta ligereza de los cronistas es la que ha suministrado á los poetas y novelistas de los postreros tiempos deleznable materia á la ficcion con tan vivos colores presentada de los amores entre Carlos y su madrastra. Pero ya tendré ocasion de discurrir sobre esto cuando hable del fin que tuvo este príncipe desdichado.

Asi que terminaron los desposorios, manifestó el pueblo de Guadalajara su lealtad celebrando el acontecimiento con toda clase de regocijos, iluminaciones, músicas y bailes, fuentes de vino y mesas puestas en las calles con abundantes manjares para todo el mundo. Por la noche se presentaron á besar la mano á los reyes los regidores de la poblacion en número de cincuenta, vestidos de toda gala, de terciopelo encarnado y amarillo, llevando cada uno una servilleta al brazo, y en las manos un plato de confitura, que ofrecieron á los augustos cónyuges y á las señoras de la córte. Al otro día por la mañana salieron Felipe y su esposa de Guadalajara, y seguidos de toda su comitiva, tomaron el camino de Toledo; no sin que antes de partir obsequiase el duque del Infantado á la reina y demas damas, con joyas, telas y otros ricos adornos

(1) Brantôme, que era ciertamente uno de los que creian en los celos de Felipe, si no en la pasion de Isabel, indica la circunstancia de haber suplantado el rey á su hijo de un modo muy natural. «Mais le roy d'Espagne son pere, venant á estre veuf par le trespas de la reyno d'Angleterre sa femme et sa cousine germaine, ayant veu le pourtrait de madame Elizabeth, et le trouvant for belle et fort á son gré, en coupa l'herbe sous le pied á son fils, et la prit pour luy, commençant cette charité á soy mesme.» Œuvres, tom. V, p. 427.

para sus trajes; despidiéndose los soberanos de su noble huésped, que quedó sumamente complacido del recibimiento que les había hecho (1).

Ya en Toledo se habían hecho también preparativos para la llegada de Felipe é Isabel, con la ostentacion correspondiente á la antigua córte de los visigodos. En la espaciosa vega que se estiendo por delante de la ciudad, se representó un combate de tres mil infantes españoles aderezados á la antigua, con un cuerpo de caballería morisca, que en sus trajes y en los vistosos caparazones de los caballos, imitaban perfectamente los de los árabes; terminando la funcion con danzas nacionales en que tomaron parte hermosísimas doncellas de la Sagra, y las de espadas, antigua invencion de españoles (2).

Al llegar á las puertas de la ciudad, fueron recibidos los reyes por el ayuntamiento, debajo de un palio de tisú de oro, en que se veian bordadas las cifras de sus nombres. La procesion se componia de los principales magistrados, de los individuos de las órdenes militares, los inquisidores y familiares del Santo Oficio, pues Toledo tenia uno de los principales tribunales, y finalmente de los grandes

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. V. cap. 6.—Florez, *Reynas Catholicas*, p. 897.

«A la despedida presentó el duque del Infantado al rey, reina, damas, dueñas de honor, y á las de la cámara; ricas joyas de oro y plata, telas, guantes, y otras preseas tan ricas por la proligidad del arte, como por lo precioso de la materia.» De Castro, *Hist. de Guadalajara*, p. 446.

(2) Cabrera, Felipe Segundo, lib. V., cap. 6.

y señores de la corte. Entre el lucido acompañamiento se distinguía el severo duque de Alba y su cortesano rival, Ruy Gomez de Silva, conde de Melito, que eran los dos nobles á quienes principalmente dispensaba Felipe sus favores. Las calles, llenas de alegre muchedumbre, estaban atajadas con arcos de triunfo en que se veían primorosos adornos, inscripciones y figuras emblemáticas de la antigua mitología. En los balcones, cubiertos de ricas colgaduras y guirnaldas de flores, habia un gentío inmenso de ambos sexos, todos vestidos de fiesta, cuya alegre variedad y mezcla de colores recordaba las de las ricas alfombras y tapices de Flándes (1). Con toda aquella pompa y muchedumbre, fueron pasando los reyes por las principales calles hasta llegar á la catedral; y hecha en ella una devota oracion ante sus venerables reliquias, se dirigieron al alcázar ó palacio de Toledo.

Todo el tiempo que permanecieron en esta ciudad, que fué algunas semanas, continuaron las diversiones (2). Representáronse en obsequio de la reina todos

(1) «Por la mucha hermosura que avia en las damas de la ciudad i Corte, el adorno de los miradores i calles, las libreas costosas i varias i muchas, que todo hazia un florido campo ó lienço de Flandres.» *Ibid.*, ubi supra.

(2) Sobre estas bodas se escribió un poema latino en dos libros, «De Pace et Nuptiis Philippi et Isabella.» Fué obra de Fernando Ruiz de Villegas, insigne literato de aquellos tiempos, cuyas obras no se imprimieron hasta dos siglos despues, y esto tampoco en su patria, sino en Italia. En este epitalimio, si tal puede llamarse, representa el poeta á Juno invocando á Júpiter para que interceda por la monarquía francesa, expuesta á ser aniquilada por las armas de España. Vé-nus, bajo la apariencia del duque de Alba, que es cuanto puede imaginarse, asiste al Consejo Real y ruega á Felipe que admita las pro-

los espectáculos propios de España, toros, juegos de cañas, torneos y combates á pié, en que tomó parte don Felipe varias veces, armado de punta en blanco, y haciendo su *deber* cual cumplido caballero en presencia de su bella dama. Dispúsose asimismo para obsequiar á la reina una fiesta que bien hubiera podido dejarse para ocasion de menos regocijo; pues como estaban reunidas en Toledo la grandeza y las córtes, creyó el Santo Oficio favorable coyuntura aquella para celebrar un auto de fé, que así por el número de víctimas, como por la calidad de los espectadores, fué la mayor solemnidad de aquel género que habia presenciado hasta entonces la poblacion.

En ningun país de Europa se advierte carácter tan marcado como en España, no solo en el de sus habitantes, sino en las mas miuciosas circunstancias de la vida, en sus diversiones, trajes y costumbres nacionales. La tenacidad con que el pueblo conserva estas, á vueltas de tantas dinastías y leyes como allí ha habido, verdaderamente es admirable. Separados del centro y oriente de Europa por las montañas que forman sus fronteras, y durante la mayor parte de su existencia

posiciones de Francia y acepte la mano de Isabel como prenda de paz entre las dos naciones. Felipe se digna acceder á sus súplicas; se proclama la paz; se celebra el matrimonio entre ambas partes, conforme al rito cristiano, y aparece Vénus, ya en su verdadera forma, para bendecir esta union. Cualquiera creeria que esta mezclanza de los ritos cristianos y de la bárbara mitología hubiera escandalizado al Santo Oficio, y expuesto á su ingenioso autor á cargar con la gala del sambenito; pero nadie arrebató sus laureles al poeta, que por el contrario murió tranquilamente en su lecho. Véase Opera Ferdinandi Ruizii Villegatis, (Venetiis, 1736), pp. 30—70.

puestos en contacto con la civilizacion oriental, apenas han experimentado los españoles la influencia de las causas á que deben su homogeneidad las demas naciones cristianas. El sistema que entre ellos rige es tan peculiar suyo, que no cede á semejantes influencias, y tan profundamente grabadas están en su imaginacion las ideas heredadas de sus antepasados, que difícilmente podrán nunca olvidarse. España es en la actualidad un espejo de lo pasado. En otros países envejecen las modas, se proscriben antiguos errores y se reforma el gusto primitivo; pero en la Península no sucede así: con solo atravesar los Pirineos puede contemplarse un viajero trasladado al siglo décimo sexto (*).

Termináronse, cuando menos lo esperaban, los festejos de la córte, á causa de haber caído la reina enferma de viruelas. No corrió peligro su vida, pero hubo grandes temores de que aquel mal perjudicase á su hermosura. Su madre, Catalina de Médicis, no sossegaba con esta idea, y á cada momento pasaban postas por los Pirineos, mientras duró la enfermedad de la reina, con recetas, algunas por cierto bien extraordinarias, de los doctores franceses, para evitar el estrago que pudiera hacer el mal en la paciente (1).

(*) Otros, por el contrario, se lamentan del espíritu de imitación que se ha introducido entre nosotros, y que parece ser un síntoma funesto á nuestra nacionalidad.

(1) El remedio mas heroico, segun Brantôme, eran los huevos recién puestos; y es lástima que se haya perdido la receta. «On luy secourust son visage si bien par des sueurs d' œufs frais, chose fort pro-

Fuese efecto de tales remedios, ó de su excelente constitucion, lo cierto es que la reina tuvo la fortuna de verse buena y sin señal alguna en su semblante.

Don Felipe parecia estar muy satisfecho, no solo de los atractivos personales, sino de las cualidades de su esposa; y como aquel matrimonio habia sido uno de los artículos del tratado últimamente hecho, los españoles dieron en llamarla *Isabel de la Paz*, asi como sus paisanos la daban el afectuoso nombre de «*Oliva de la Paz*», aludiendo á la dulzura de su carácter⁽¹⁾. Bajo este aspecto puede decirse que era el reverso de María de Inglaterra, por lo menos desde que hicieron en ella tanto estrago las enfermedades y las desgracias á la postre de su vida.

Si Isabel no era tan erudita como María, tampoco carecia de cierta instruccion, no comun en aquella época, siendo muy aficionada á la lectura, especialmente de los poetas. Era de suyo despejada, y aprendió en poco tiempo á hablar el castellano con bastante facilidad y no poca gracia, por el acento extranjero que hacia muy agradable su pronunciacion. Por lo demas supo acomodarse tan bien á los usos de la

pra pour cela, qu'il n'y parut rien; dont j'en vis la reyne sa mere fort curieuse á luy envoyer par force couriers beau coup de remedes, mais celui de la sueur d'œuf en estoit le souverain.» *Oeuvres*, tom. V. p. 420.

(1) «Aussi l'appelloit-on *la reina de la paz y de la bondad*, c'est-à-dire *la reine de la paix et de la bonté*; et nos François l'appelloient *l'olive de paix*.» *Ibid.*, ubi supra.

nación, que se ganó muy pronto los corazones de sus vasallos. «Ninguna reina de Castilla, dice Brantôme, dejando á un lado á Isabel la Católica, fué nunca en España tan popular.» Cuando salia llevaba siempre el rostro descubierto como las francesas; y era de ver cómo se atropellaba la multitud para contemplarla y saludarla, y cuán feliz se creia el que podia admirar de cerca su belleza (1).

Ni dió jamás al olvido la patria que la vió nacer, pues tenia gusto en recibir con la mas afable cortesía á cuantos franceses llegaban á la corte de Castilla. Llevó consigo á varias señoras ilustres por su nacimiento; pero al punto se suscitaron competencias entre ellas y las españolas que habia en palacio, lo cual la obligó, viendo que era imposible reconciliarlas entre sí, á enviar á Francia gran número de las primeras, bien que procurando proporcionarlas casamientos ventajosos (2).

En todo su servicio mostraba extraordinaria pompa, conformándose con los deseos de don Felipe, que parecia desquitarse en el amor con que la miraba, de la frialdad con que habia tratado á la desdichada Ma-

(1) «Et bien heurenx et beurenne estoit celuy ou celle qui pouvoit le soir dire «J'ay veu la reyne.» Ibid., ubi supra.

(2) Comenzó esta rivalidad apenas pasó Isabel la frontera. La condesa de Ureña, hermana del duque de Alburquerque, que era uno de los que acompañaron al duque del Infantado, reclamó la preferencia sobre la condesa de Rieux y la señorita de Montpansier, parienta de la reina. Esta hubiera evitado la competencia dando asiento en su coche á la señora castellana; pero la misma condesa prefirió arreglar por sí el negocio, y sus criadas promovieron un altercado con las de las señoras francesas que trataban de dejar un hueso para la útera de sus

ría Tudor; y no solo ostentaba diariamente magníficas joyas, sino que tenía un guardarropa incomparablemente rico. Casi ninguno de sus vestidos bajaba de trescientos á cuatrocientos escudos, que para aquel tiempo era suma considerable; y como su contemporánea del mismo nombre, Isabel de Inglaterra, era muy raro el que se ponía dos veces; pero en seguida se los regalaba á su servidumbre ⁽¹⁾, y en esto ya no se parecía á la inglesa, tan codiciosa de guardarlo todo, que al morir dejó una coleccion de trajes de su época. Brantôme, que por francés, y por haber visto repetidas veces á la reina en la córte de Castilla, goza de autoridad de juez en la materia, se entusiasma al recordar la elegancia con que vestía, el buen gusto de sus adornos y la perfeccion de su tocado.

Un manuscrito de aquel tiempo, debido á un testigo ocular, refiere algunos pormenores sobre su sistema de vida, que quizá se lean con agrado. Entre las personas de la servidumbre de la reina, hace mencion el escritor de su confesor, del capellan y de

amas cerca de la de la reina. Isabel, que deseaba conciliarlo todo, se dejó llevar sin embargo del cariño hacia sus damas, sentenciando en favor de ellas, y la de Ureña se vió obligada, aunque de mala gana, á ceder el puesto á la sangre real de Francia. Mas fácil hubiera sido, como despues dijo Isabel, ó mas bien su esposo, conciliar las diferencias entre dos Estados rivales, que entre dos bellezas que quieren competir en una córte. De este asunto habla Lansac, *Négociations relatives au Règne de François II*, p. 471.

(1) «Elle ne porta jamais une robe deux fois, et puis la donnoit à ses femmes et ses filles: et Dieu sçait quelles robes, si riches et si superbes, que la moindre estoit de trois ou quatre cens escus; car le roy son mary l'entretenoit fort superbement de ces choses là.» Brantôme, *OEuvres*, tom. V, p. 440.

cuatro médicos. Estos parece que han gozado siempre de gran consideracion en España, y por cierto que atendido el empirismo de los que profesaban aquel arte, no habia razon para tanto. Solian acompañar á la reina, quando comia, treinta de sus camaristas; dos de ellas estaban encargadas de trinchar los manjares, que no deja de ser extraño; otra servia de escanciadora, y se colocaba junto á la silla de la reina, y las demas andaban por la habitacion hablando con sus galanes, que segun la costumbre desconocida en las córtés de Francia, permanecian con el sombrero puesto durante la comida, pues decian estar allí, no para acompañar á la reina, sino á sus damas (*). Luego que acababa de comer, se retiraba Isabel con las damas á su cámara, donde unas veces oyendo música, y otras entretenidas con sus bufones y juglares de palacio, pasaban una parte de la noche (1).

Así retratan los contemporáneos á Isabel de Francia, y así encarecen la popularidad de que gozaba y la magnificencia con que vivia. No es pues extraño que al recordar todo esto exclame tristemente Brantôme: «¡Ah! ¡Qué pasajera habia de ser tanta grandeza!» Aquella niña mimada de la fortuna, delicia del monarca, ornamento y orgullo de la córte, habia de

(*) De todo esto ya sabrán rebajar nuestros lectores lo que sea razon. El comedor del palacio de Felipe II convertido en un *terrero!*

(2) El MS., que está en italiano, se halla en la biblioteca real de París. Veanse los extractos que hace de él Raumer *Sixteenth and Seventeenth Centuries*, vol. I, p. 404 y sig.

trocar en breve la gloria y fausto de su régio esplendor por la fúnebre morada del Escorial.

Desde Toledo pasó la córte á Valladolid, que por mucho tiempo habia sido la residencia favorita de los reyes de Castilla, aunque no declarada formalmente capital del reino. Ni habia ciudad alguna, desde el tiempo de los visigodos, que pudiese reclamar semejante preeminencia. Estaba reservado este honor para Madrid, donde definitivamente habia de establecer la córte su residencia bajo el cetro de don Felipe, realizando en esto los planes de su padre Carlos V.

Habia en efecto pasado largo tiempo el Emperador en esta poblacion, que le parecia preferible á todas por sola una circunstancia, por su clima. Situada sobre una loma escueta y arenosa, y en una elevacion de dos mil cuatrocientos pies sobre el nivel del mar, probaba perfectamente á la salud de Carlos su pura y despejada atmósfera, pues gracias á ella, se vió libre sobre todo de las calenturas, de que padecia con frecuencia, tanto como de la gota. Eligió para palacio y residencia el antiguo alcázar de los moros en que hizo algunas mejoras, y Felipe ejecutó en él nuevas obras, añadiéndole habitaciones, y gastando considerables sumas en ensanchar y embellecer las antiguas. Mandó dorar los techos y ricos artesonados, cubrir las paredes de magníficos tapices, y adornar los salones y galerías con esculturas y cuadros, ejecutados muchos de ellos por artistas españoles, primeros discípulos de

una escuela que habia de competir mas adelante con la de los grandes maestros de Italia. Hiciéronse ademas extensas plantaciones alrededor del palacio, y un anchuroso parque, que con el tiempo se vió cubierto de bellos árboles y poblado de caza. Mejorado asi el alcázar, fué una residencia digna de los soberanos de España; y si hemos de dar crédito á la hipérbole de un contemporáneo, era hasta para los extrangeros la mansion mas grandiosa que ningun príncipe tuviese en el mundo ⁽¹⁾. Continuó siéndolo de los de España, hasta que en 1734, reinando Felipe Quinto, quedó destruido por un incendio que duró cerca de una semana. Pero renació como el fénix de sus cenizas, levantándose un palacio en el mismo terreno que el antiguo, aunque de mayores dimensiones, que por lo selecto de sus materiales y por su ejecucion artística, es uno de los monumentos mas grandiosos de la arquitectura del siglo XVIII. ⁽²⁾.

Terminadas estas reformas, estableció Felipe su residencia en Madrid en 1563. La poblacion contenia entonces unos doce mil habitantes, mas con el aliciente de la córte se acrecentó en términos, que á fines de su largo reinado constaba de trescientos

(1) «Don Felipe Segundo nuestro señor, el qual con muy suntuosas y exquisitas fábricas dignas de tan grande príncipe, de nuevo le ilustra, de manera que es, consideradas todas sus calidades, la mas rara casa que ningun príncipe tiene en el mundo, á dicho de los extrangeros.» Juan Lopez, op. Quintana, Antigüedad, Nobleza y Grandeza de la villa y córte de Madrid, p. 334.

(2) Ibid., ubi supra.—Sylva, Poblacion de España, (Madrid, 1675,) cap. 4.—Estrada, Poblacion de España, (Madrid, 1748,) tom. I, p. 123.

mil ⁽⁴⁾, número que desde entonces probablemente no se habrá aumentado. En proporción de la población, crecieron también los edificios, construyéndose todos los que se hicieron con mucha solidez. En lugar de las casas deleznables, que solo podían servir para algún tiempo, se formaron calles de edificios sólidos y de buen aspecto; emprendiéronse multitud de obras bajo los auspicios del monarca, y se adornó Madrid con puentes, acueductos, hospitales, un museo y una armería, construcciones que todavía merecen nuestra admiración, no solo por sus buenas plantas, sino por las riquezas de sus colecciones y el ilustrado gusto que suponen en época tan antigua.

A juicio de sus habitantes, y aun podemos decir que de la nación toda, era Madrid superior, no solo á las demás poblaciones del reino, sino á todas las conocidas. «No hay sino un Madrid; donde Madrid está, calle el mundo,» dicen los proverbios españoles; y los antiguos escritores castellanos celebran las glorias de su capital diciendo que «no se conoce cielo mas benévolo, mas apacible clima, influjo mas favorable, con que sobresalen hermosos rostros, disposiciones gallardas, lucidos inge-

(4) Copio las palabras de una obra que se ha hecho rara. «De dos mil y quinientas y veinte casas que tenía Madrid quando su Magestad traxo desde Toledo á ella la corte, en las quales quando mucho avría de doce mil á catorce mil personas,..... avía el año de mil y quinientos y noventa y ocho, repartidas en trece parroquias doce mil casas, y en ellas trescientas mil personas y mas.» Quintana, Antigüedad de Madrid, p. 334.

nios, corazones valientes y generosos ánimos (1).»

Pero á pesar de tan pomposo panegírico, los extranjeros ven la corte de España con ojos menos patrióticos que los nacionales; y los viajeros que llegan á Madrid encuentran poco que alabar en una poblacion donde los vientos de las sierras inmediatas ocasionan graves enfermedades, y donde reina una atmósfera tan sutil, que segun el dicho vulgar no mata un candil y mata á un hombre (2); una capital que aislada en medio de un árido desierto, parece no gozar de grandes simpatías con las provincias, aunque está en comunicacion con ellas (3); una poblacion en fin que en lugar de un anchuroso rio que facilitase su comercio con los puntos mas distantes del globo, se vé únicamente saludada por un arroyo, el famoso Manzanares, que en verano corre casi enteramente seco. Con razon pues duda cualquier viajero de si la ponderada ventaja de ser el centro de España, basta para compensar los innumerables perjuicios de posicion semejante, presumiendo que quizá sea esta una de las

(1) Sylva, Poblacion de España, cap. 4.

(2) «El aire de Madrid es tan sutil,
Que mata á un hombre, y no apaga un candil.»

(3) Lucio Marineo pinta de otro modo los alrededores de Madrid en tiempo de Fernando é Isabel; pintura que como hecha por un contemporáneo y que tanto contrasta con lo que es hoy dia, merece muy bien copiarse. «Corren por ella los ayres muy delgados: por los quales siempre bive la gente muy sana. Tiene mas este lugar grandes términos y campos muy fértiles: los quales llaman lomos de Madrid. Porque cojen en ellos mucho pan y vino, y otras cosas necessarias y mantenimientos muy sanos.» Cosas Memorables de España, fol. 13.

causas que mas han influido en el desmedro de la nacion ⁽¹⁾.

Persuadido de los inconveniente que tenia el hallarse situada en aquel punto la capital, ideó Cárlos Tercero trasladarla á Sevilla; pero ya tarde, porque Madrid era para los españoles la única córte del mundo ⁽²⁾, el foco á donde se dirigian los talentos, las aspiraciones y la riqueza de todas las demas provincias. Estableciéronse en ella algunas sociedades patrióticas para evitar su abandono; y á pesar de sus inconvenientes locales, continúa la capital fundada por Felipe Segundo, y probablemente continuará, siéndolo de la monarquía española.

(1) Tal á lo menos es la opinion de Ford. (Véase su *Manual de España*, Handbood of Spain, p. 720 y sig.) Sus exactas y cáusticas observaciones sobre el clima de Madrid, desilusionarán á los viajeros que solo conozcan esta capital por lo que dicen de ella los naturales.

(2) «Solo Madrid es córte.»

Ford, que seguramente no lisonjea la vanidad de los madrileños, ha traído á cuento estos dichos vulgares con mucha gracia.

CAPITULO V.

DESCONTENTO DE LOS PAISES BAJOS.

La Reforma.—Lo que adelantaba en los Países Bajos.—Descontento general.—Guillermo de Orange.

A mediados del siglo XVI presenciarnos una de aquellas crisis que de vez en cuando ocurren en la historia de Europa, cuando el trascurso de los acontecimientos ha ejercido un influjo permanente en la suerte de las naciones. Apenas habían pasado cuarenta años desde que Lutero arrojó el guante al Vaticano, quedando públicamente en Wittenberg la bula pontificia, y ya imperaban sus doctrinas en Suecia y Dinamarca. En Inglaterra, tras vacilaciones y alternativas que duraron tres reinados, se reconoció el protestantismo, en la forma peculiar en que aun subsiste, como la religion del Estado. La insignia del Crucificado se había refugiado á las alturas y valles de Escocia, congregándose miles y miles de hombres para oír de los labios de Knox la palabra de consuelo y vida. Por la parte septentrional de Alemania se habían propagado las doctrinas de Lutero, hasta que por el tratado de

Passau quedó finalmente asegurada la libertad de culto. Los Países Bajos eran el palenque en que luteranos, calvinistas, protestantes ingleses, en una palabra, todas las sectas de reformadores, pugnaban por sobreponerse á la iglesia establecida. Algunos cantones de Suiza abrazaron el calvinismo, y su apóstol puso cátedra en Ginebra, desde donde se trasmitieron á Francia sus doctrinas, para dividirse mas adelante la nacion y quedar sumida en la peor de las guerras, que es la que encienden hermanos contra hermanos. La voz de la Reforma traspuso tambien los Alpes, y se dejó oír hasta en el mismo recinto del Vaticano. Ya habia por otra parte pasado los Pirineos, declarándose el rey de Navarra protestante, é introduciéndose el espíritu de reforma ocultamente en España, donde, como hemos visto, comenzó á cundir por la parte central y las provincias meridionales de este reino.

Un observador de aquella época, que reflexionando en la marcha progresiva de la nueva religion, á pesar de los obstáculos que se la oponian, viera agruparse alrededor de su bandera estados y naciones que en otro tiempo eran los súbditos mas fieles y poderosos de Roma, no hubiera podido menos de creer que antes de expirar el siglo se habria estendido la Reforma por toda la cristiandad. Mas por fortuna del catolicismo, se hallaba el imperio mas poderoso de Europa en manos de un príncipe consagrado con toda

su alma á la defensa de la Iglesia. Felipe Segundo comprendió la importancia de su situación; su vida entera prueba que se creyó especialmente predestinado á emplear cuantos recursos tenia á su disposición, no solo para sostener el vacilante edificio de la fé católica, sino para atajar el torrente que invadía las tierras todas donde se profesaba la primitiva.

Ya hemos visto de qué manera reprimió en España á los protestantes; fué el primer golpe que llevó la Reforma; y no deben parecer exageradas sus consecuencias inmediatas, que hubieran sido leves sin la resolución y actividad que desplegó despues la misma Iglesia romana. Sin embargo, tambien es incalculable la influencia moral de semejante golpe, una vez intimidados los ánimos con aquella série de contratiempos; en vista de lo cual no duda afirmar uno de los mas eminentes escritores católicos que el poder y habilidad de Felipe Segundo contrabalancearon de tal modo el progreso del protestantismo, que á no haber sido por él, se hubiera hecho el segundo dueño de toda Europa (4). El golpe en verdad fué duro, y desde aquel momento poco adelantó sus conquistas la causa de la Reforma.

No debía esperarse que Felipe, una vez exterminada la herejía en una parte de sus dominios, tolerase en ninguna otra su existencia, y menos en un

(4) Balmes, El Protestantismo y el Catolicismo comparados, p. 216.

pais tan importante como el de Holanda; pero á poco que hubiera reflexionado, se hubiera convencido de que no era dable aplicar el mismo sistema de represion con probabilidades de buen éxito á dos pueblos tan diferentes entre sí como España y los Países Bajos. La fé católica puede decirse que estaba como encarnada en el corazon de los españoles, que no solo la defendian como forma de religion, sino como principio de honor. Formaba parte de la historia nacional, pues por espacio de ocho siglos habian estado los españoles derramando su sangre por la Iglesia; palmo á palmo habian rescatado su patria del dominio de los infieles; todas sus guerras, como mas de una vez hemos tenido ocasion de observar, fueron religiosas. El mismo espíritu los animaba en el mar, donde tenian tambien que venir á las manos con los infieles. Su vida fué una larga cruzada. ¿Cómo, pues, los campeones de la Iglesia habian de abandonarla en el mas apurado trance?

En semejante disposicion ninguna dificultad podia hallar Felipe Segundo para ser obedecido de un pueblo que, á mas de ser naturalmente fiel á sus soberanos, desde la funesta guerra de las Comunidades se habia acostumbrado á una sumision enteramente oriental. Atrinchurada detrás de la muralla del Pirineo, poco ó nada podia sentir España el sacudimiento que experimentaron Francia y otros estados de Europa; con lo cual y con el auxilio de máquina tan formi-

dable como la Inquisicion, era fácil aventar, antes de que prendiesen, las semillas de herejía que la tempestad había llevado hácia las montañas.

Hallábanse por otra parte situados los Países Bajos como un llano rodeado de alturas, adonde daban las vertientes de todos los territorios inmediatos, sirviendo como de depósito comun á cuantas opiniones se ventilaban en aquellos pueblos limítrofes. Al Mediodía estaban los luteranos de Alemania; los hugonotes franceses se extendian por la parte occidental, y se comunicaban por medio del Océano con la Inglaterra y las naciones del Báltico; y el soldado que acampaba en su territorio, el marinero que arribaba á sus playas, y el mercader que traficaba en sus poblaciones, todos llevaban consigo las diferentes formas de la nueva religion, circulando ademas entre el pueblo, que casi todo sabía leer, los libros impresos en Francia y en Alemania.

Empezaron á discutir sobre las nuevas doctrinas hombres acostumbrados á pensar y obrar por sí mismos; y la libertad para discurrir en materias de religion, en breve se hizo extensiva á los asuntos políticos, porque tales eran las tendencias naturales de la Reforma. El mismo espíritu de libre exámen que minaba por sus cimientos la unidad de la fé, se preparaba á atacar tambien en breve la unidad de gobierno, comenzando á dudar sin reparo de los derechos de los reyes y los deberes de los vasallos.

Ni dejaban de proteger el espíritu de independencia las instituciones mismas del país. En la forma podían no ser republicanas las provincias de Holanda, mas dominaba en ellas el espíritu republicano, y tenían muchos puntos de contacto con los Estados libres de Italia durante la edad media. Bajo el cetro de los reyezuelos que en un principio las gobernaron, obtuvieron, como hemos visto, privilegios que les concedían cierta especie de libertad constitucional; y en especial la provincia de Brabante se mostraba envanecida con su *Joyeuse Entrée* (*), en que se le otorgaban privilegios é inmunidades de carácter mas liberal que las que gozaban los demas Estados de Holanda. Cuando por último quedaron las provincias bajo el cetro de un solo soberano, subsistió así por largo tiempo encomendándose su gobierno á un virey; mas desde que quedó unida á España, se vió casi toda su administracion en manos de una mujer; y la prestada autoridad de una mujer no era la mas á propósito para tener á raya el carácter de los flamencos.

Ni el mismo Carlos Quinto, en medio de manifestarse tan benévolo como hemos visto á sus Países Bajos, pudo tolerar su espíritu turbulento, y trató repetidas veces de reprimirlo; pero el celo con que aten-

(*) En alemán *blyde inkomst*, nombre que se daba á los importantes privilegios de los estados de Brabante (comprendido Ambéres) y Limburgo. El principal artículo de ellos era el que absolvía á los súbditos de toda obligacion de obediencia, así que el duque intentaba destruir uno de aquellos privilegios.

dia al bienestar espiritual de su pueblo no le permitió proteger sus intereses materiales. No se proponía enervar su fuerza por medio del castigo, ni mucho menos exasperarle; y así cuando la gobernadora María de Hungría, su hermana, le previno que sus leyes eran demasiados rígidas para ser obedecido por aquel pueblo, trató al punto de mitigar su severidad. Sin embargo, los edictos que publicó en nombre de la religión estaban escritos con sangre; pero la frecuencia con que hubo de repetirlos manifiesta, según hemos observado, con cuánta repugnancia se ejecutaban; y lo probaban todavía más la prosperidad del pueblo, el floreciente aspecto en que se veía la industria, y las grandiosas empresas para facilitar las relaciones de comercio y dar impulso á la actividad de los naturales. A fines del reinado de Carlos, ó más bien á principios del de su sucesor, en 1560, se concluyó el gran canal que se extendía desde Amberes á Bruselas, en cuya construcción se habían invertido treinta años, y un millón ochocientos mil florines ⁽¹⁾: obra que en aquellos tiempos, y como resultado, no de la munificencia régia, sino del espíritu público de los ciudadanos, era prueba evidente no solo de sus cuantiosos recursos, sino del talento con que se llevó á cabo. Así

(1) «Il y avoit bien 30 ans que ceux de Bruxelles avoyent commencé, et avoyent percé des collines, des champs et chemins, desquels ils avoyent achapte les fonds des propriétaires, on y avoit fait 40 grandes escluses..... et costa dix huit cent mille florins.» Meteren, Hist. des Pays-Bas, tom. I, fol. 26.

las cosas, no era de extrañar que convencidos de su propia fuerza los flamencos, empleasen un tono algo mas libre é independiente del que estaba dispuesto á oír el soberano; y tanto fué cundiendo este espíritu de libertad, ó de licencia, como entonces se llamaba, en el postrer período del reinado del Emperador, que al abdicar este la corona, prefirió tambien dejar el mando su hermana María, diciéndole en una carta «que no podia continuar viviendo, y mucho menos mandando, en un pueblo cuyo carácter habia experimentado tal mudanza, que parecia no tener ya respeto ni á Dios ni á los hombres ⁽¹⁾.»

Un filósofo que al presente hubiera contemplado la situacion del pais y el punto de civilizacion á que habia llegado, se hubiera convencido de que el medio mas acomodado á la índole de aquel pueblo y al carácter de sus instituciones, hubiera sido la tolerancia en materias religiosas. Pero ni Felipe era filósofo, ni la tolerancia era virtud conocida de los calvinistas, para que pudiera serlo de los católicos. No se trata pues de averiguar si el fin que se proponia era el mejor, que en esto pocos habrá que no estén conformes, mas de si Felipe se valió del mejor medio para realizar aquel mismo fin; y bajo este punto de vista debe-

(1) «Je vois une grande jeunesse en ces pays, avec les moeurs desquels ne me scaurois ny ne voudrois accommoder: la fidélité du monde et respect envers Dieu et son prince si corrompuz.... que ne désirerois pas seulement de les pas gouverner.... mais aussy me fasche de le veoir, congnoistre et de vivre..... entre telles gens.» Papiers d'Etat de Granvelle, tom. IV, p. 476.

mos considerar su conducta en los Países Bajos.

Desde luego puede decirse que incurrió en un grave yerro, en resignar gran parte del gobierno en manos de un extranjero, como Gravela. Contábase en la nación multitud de nobles, algunos de elevada cuna, cuyos antepasados se habían identificado con la causa nacional, y á quienes, por lo mismo y por sus servicios, miraba el pueblo con el mayor afecto. A muchos de ellos debía Felipe no poco agradecimiento por el auxilio que en la última guerra le habían prestado, ya en los campos de Gravelinas y San Quintín, ya en las negociaciones del tratado que dió fin á sus hostilidades con Francia; y no debía esperarse que aquellos altivos señores, penetrados de su mérito y acostumbrados á ejercer tan grande autoridad, y á la deferencia con que les miraban sus conciudadanos, se sometiesen humildemente al mando de un extraño, hombre de oscuro origen, y que, como su padre, debía su elevación al favor del rey.

Ademas de estos señores, habia una aristocracia numerosa de nobles y caballeros inferiores, de los cuales habian servido muchos bajo las banderas de Carlos Quinto en sus dilatadas guerras, y formado las terribles compañías llamadas de *ordenanza*, que quizá aventajaban á todos los demas cuerpos de la caballería imperial. Un autor moderno ha comparado la situación de todos estos hombres, ociosos en la actualidad, paseándose con su traje militar y con aire muy

desenvuelto por el país, á la de los soldados de Napoleón, tantas veces conducidos á la victoria, en la restauración de los Borbones (1). Para mas causa de desasosiego, habia muchos, y esto tambien entre los de la primera nobleza, acosados de deudas contraídas en sus campañas, ú obligados á desplegar un fausto inusitado para poder competir con los españoles. «Los nobles flamencos, dice un escritor de la época, se han desmandado y empeñado por usura y gastos supérfluos, gastando casi mas que doble de lo que tenían en edificios, muebles, festines, danzas, mascaradas, juegos de dados, naipes, vestidos, libreas, seguimiento de criados y generalmente en todas suertes de deleites, luxuria, y superfluidad, lo que se avia comenzado antes de la yda de su magestad á España. Y desde entonces uvo un descontento casi general en el país, y esperanza de esta gente asi alborotada de ver en poco tiempo una mudanza (2).»

Otro elemento de disgusto, de que por cierto participaban todas las clases, era la antipatía á los españoles, antipatía que no habia podido vencer ni el mismo Carlos Quinto, mostrándose tan decidido protector de los flamencos, cuanto menos despues un monarca que ponía todo su afecto en los españoles. Semejante prevención dimanaba indudablemente del carácter

(1) Gerlache, Histoire du Royaume des Pays-Bas, (Bruxelles, 1842), tom. I, p. 71.

(2) Renom de Francia, Alborotos de Flandes, MS.

opuesto de ambas naciones, que no establecía entre ellas el menor punto de contacto; pero también debía atribuirse en gran parte á los españoles mismos, que mientras en España se mostraban tan magnánimos y nobles, en presencia de los extranjeros parecían hacer alarde de un carácter despegado y altanero. Frios y reservados, afectando un tono arrogante de superioridad respecto á las demás naciones, en cualquier país donde se hallasen, Inglaterra, Italia ó Flándes, y bien como aliados, bien como enemigos, se hacían objeto de aborrecimiento; y el verse, cómo se veía el pueblo de Flándes, sometido á su mismo yugo, daba lugar á comparaciones y competencias que mantenían viva é inextinguible la causa de su irritación.

Acrecentábanse las dificultades por la situación de los países inmediatos, donde se hallaban los ánimos de los habitantes profundamente conmovidos por las opiniones religiosas: en una palabra, donde quiera se veía la atmósfera cargada de electricidad, en términos que amenazaba una tempestad terrible. Por la cual era evidente que solo á fuerza de tino y de una política prudente, podía restablecerse el sosiego en los Países Bajos; política que debía atender no menos á los sentimientos de la nación, que al respeto que merecían las instituciones.

Dada ya una idea del aspecto que en general presentaba aquel país cuando se hizo cargo de su gobier-

no, la duquesa de Parma; á fines de 1559, seguiremos refiriendo los principales sucesos que dieron lugar á la guerra de la Revolución.

— Hemos ya visto que al salir Felipe de Flandes dejó el cuidado de su administracion á tres consejos, bien que nominadamente, porque en realidad el Consejo de Estado era el que había de llevar el peso del gobierno. Pero: ni aun los nobles que componian este intervinian en asuntos de alguna importancia, pues todos estos se reservaban á una *consulta*, que se componia, ademas de la Gobernadora, de Granvela, el conde Barlaumont y el sábio juriconsulto Viglió; y como estos dos dependian completamente de Granvela, y la Gobernadora tenia orden de atemperarse en un todo á su parecer, el gobierno de los Países Bajos venia á quedar de hecho en manos del obispo de Arras.

— A la cabeza de los nobles flamencos que formaban parte del Consejo de Estado, y por consiguiente de la nacion, atendidas su clase, fortuna y merecimientos, se hallaban el conde de Egmont y el principe de Orange. Del primero tenemos ya algunas noticias, ya el lector ha visto qué papel tan importante desempeñó en las grandes victorias de Gravelinas y San Quintin. Al principe de Orange era deudor don Felipe de los consejos que le habia dado sobre el modo de hacer la guerra, y mas aun de lo que habia trabajado en las negociaciones para la paz. Pero convenirá que antes de pasar adelante entereemos al lector,

de algunas circunstancias que concurrían en este célebre personaje, que fué el gran caudillo de la guerra con los Países Bajos.

Guillermo, príncipe de Orange, nació en Dillenburg, en el ducado alemán de Nassau, el 25 de abril de 1533. Descendía de una casa que había dado un emperador á Alemania, procedente de una de sus ramas; y sus antepasados se habían distinguido en varios cargos públicos, y en los servicios que prestaron, no menos en Alemania que en los Países Bajos. Dejábase decir que mas le debía Felipe á él que él á Felipe, y en cuanto á la casa de Nassau, que el rey de España no podía ágregar tantos títulos á su nombre como él al suyo (1).

A la edad de once años, y por muerte de su primo Renato, entró en posesion de una rica herencia en Holanda y de otra mayor en Brabante, de donde tomó el título de señor de Breda. A estos bienes agregó el rico patrimonio de Chálons y el principado de Orange, que sin embargo, como estaban situados lejos, en el centro de la Francia, pareció que no le daban grandes rendimientos.

El padre y la madre de Guillermo eran luteranos y le educaron en esta religion; pero á Carlos Quinto le disgustó la falsa direccion que se daba al jóven,

(1) Apologie de Guillaume IX Prince d'Orange contre la Proscription de Philippe II. Roi d'Espagne, présentée aux Etats Généraux des Pays-Bas, le 13 decembre, 1690, ap. Dumont, Corps Diplomatique, tom. V, p. 384.

que algun día habia de ocupar tan alta posición entre los señores flamencos, y con anuencia de sus padres le llevó á Bruselas á los doce años, agregándole á la familia de su hermana la Gobernadora María de Hungría; porque parece indudable que no era tanto el celo que mostraban aquellos por el interés espiritual de su hijo, que sacrificasen á él sus conveniencias temporales. En el palacio de la Gobernadora, todos los jóvenes se criaban en la fé católica, y en lo demás recibían la educación correspondiente á su clase ⁽⁴⁾; en el caso presente hay la singular circunstancia de que el preceptor de Guillermo fué un hermano de Granvela, del mismo á quien andando el tiempo tuvo por enemigo irreconciliable.

A los quince años entró en el palacio imperial, en clase de paje de Carlos V; y como éste sabía descubrir á primera vista las cualidades que distinguían á los jóvenes que le rodeaban, á medida que fué creciendo, le confió comisiones de importancia. Acompañóle en sus expediciones militares, y Carlos le dió una gran prueba de confianza, anteponiéndole, cuando llegó á los veinte y dos años, á algunos de sus generales veteranos, pues le nombró jefe de las

(4) M. Groen Van Prinsterer se ha tomado el trabajo de explicar el proceder de los padres de Guillermo, fundándose principalmente en que tuvieron alguna razón para presumir que su hijo seguiría las máximas que le habían imbuido (p. 495). Pero por mas concesiones que hiciese Carlos á los protestantes, llevado de una idea política, cualquiera que haya estudiado su carácter se inclinará á creer que nunca hubiera consentido en que uno de su casa, uno que en cierto modo estaba confiado á su tutela, se educase en los principios de la herejía

fuerzas imperiales destinadas al sitio de Marienburg. En los seis meses que Guillermo desempeñó este cargo, que no menos tiempo se tardó en el sitio, y en la construcción de una fortaleza que sirviese de resguardo á Flándes por aquella parte, tuvo poca ocasion de mostrar su aptitud para la milicia; pero sí su mucha prevision y cordura, con motivo de la escasez de víveres y de pagas á que se vieron sus tropas reducidas. Despues le confió el Emperador algunas comisiones diplomáticas, y en esto ya dió pruebas de su aventajado talento, mas á propósito para los negocios civiles que para los militares.

La estimacion que hizo de él Cárlos V fué cada dia mas grande, como se vió á fines de su reinado, cuando en el acto de su abdicacion se presentó apoyado en su hombro, y cuando mas tarde le designó para el honroso encargo de llevar la corona imperial á su hermano don Fernando. Renunciado el cetro, le recomendó eficazmente á don Felipe, el cual se aprovechó de sus servicios al principio de su reinado, llevándole consigo á la guerra de Francia y nombrándole uno de los cuatro plenipotenciarios que habian de negociar por su parte el tratado de Cateau-Cambresis, en seguridad del cual quedó despus en Francia como en rehenes.

Estando en la córte de Enrique II, recordaremos que llegaron á noticia del príncipe los planes ocultos de los monarcas español y francés contra los protes-

tantes de sus dominios; y que desde aquel momento resolvió apurar todos sus recursos hasta arrojar á la *canalla española* de los Países Bajos. No se crea por esto, que Guillermo pretendiese sacudir el yugo de España por entonces: proponíase únicamente librar á su patria de la odiosa presencia de los soldados extranjeros, y depositar su gobierno en manos de quien legítimamente debía tenerlo. Pero los que dan impulso á una revolucion, no siempre son dueños de reprimirla; si á veces consiguen encaminarla bien, no tardan por lo comun en verse arrastrados mas allá de donde desean, hasta que confiados en el buen éxito, van á parar á un punto muy distante del que se habian propuesto; y esto le aconteció cabalmente al príncipe de Orange.

A pesar de la recomendacion del Emperador, no llegó á obtener la entera confianza de don Felipe; ni era posible tampoco que Guillermo mirase al rey con el mismo afecto que hácia su padre habia sentido. Con Carlos le unian vínculos de gratitud, por deberle cuanto era desde sus primeros años; además de que no podia resentirse su orgullo nacional de tener por soberano á un español, dado que Carlos V no lo era ni por naturaleza ni por afición. Mas en Felipe sucedia lo contrario, no viendo en él Guillermo mas que la personificación de un pueblo á quien detestaba. La prudente reserva que caracterizaba á entrambos impedía sin duda que públicamente se mostrasen su an-

tipatia, pero de sus hechos podriamos deducir desde luego la aversion que reciprocamente se profesaban.

Siendo aun muy mozo, de diez y ocho años, casó Guillermo con Ana de Egmont, hija del conde de Buren; enlace venturoso, á juzgar por el tono apasionado de su correspondencia; mas no disfrutó mucho de esta felicidad, pues á los pocos años murió aquella señora. Mal hallado el príncipe con su viudez, pasó en seguida los ojos en la hija de la duquesa de Lorena; pero el proyecto de semejante boda disgustó á don Felipe sobremanera, no pareciéndole bien la alianza de uno de sus vasallos flamencos con la familia de tan principales feudatarios como lo eran en Francia los de Lorena. Desatendido por aquella parte, entabló Guillermo sus pretensiones á la mano de Ana de Sajonia, heredera de una casa cuyas grandezas las hacian aquel matrimonio uno de los mas venturosos de Alemania, y fué de ver cómo supo armonizar su pasion con sus intereses.

Pero esta vez no se le mostró el amor tan risueño como él creia. Era Ana hija de Mauricio, héroe y campeón de los luteranos y enemigo implacable de Carlos V. la cual, habiendo quedado huérfana en edad temprana, fué educada por su tio el elector de Sajonia en las mas rígidas máximas del luteranismo. No era, pues, extraño, que semejante enlace desagradase tambien á don Felipe, cuyo beneplacito sin embargo, solicitó Guillermo, deseoso de congraciarse su

benevolencia ⁽¹⁾. La correspondencia que con este motivo sostuvieron así la Gobernadora como Granvella, y que ocupa una buena parte de las colecciones de aquella época, prueba que se consideró este asunto como uno de los mas importantes. El príncipe trató de vencer los escrúpulos del rey asegurándole, que tenia sobrado arraigado en su corazón el catolicismo para enlazarse con una mujer que profesase otras creencias, y que el elector le habia respondido que en este particular su esposa se conformaria enteramente con sus deseos. La verdad era que el elector desaprobaba aquella boda no menos que don Felipe, aunque por la razón contraria; y es extraño, después de las seguridades que dió al rey, que Guillermo prometiese al elector no contrariar en lo mas mínimo la fé religiosa de Ana ⁽²⁾. Tan calculada doblez perjudica no poco al concepto de Guillermo, bien que á juzgar por lo que fué después, no conoció nunca otro sistema. Dícese que el autor que con mas frecuencia estudiaba era Maquiavelo ⁽³⁾, y la conducta que siguió el resto de su vida, induce seguramente á creer que tomó por modelo al político italiano.

Celebróse el matrimonio con magnífica pompa en

Amsterdam el día 20 de mayo de 1674.

(1) Véase principalmente la carta de Margarita al rey, de 13 de marzo de 1669. Correspondence de Marguerite d' Autriche, p. 260 y sig.

(2) M. Groen Van Prinsterer ha formado un ingenioso paralelo de la correspondencia de ambas partes, que es en verdad un capítulo muy curioso para los anales de la diplomacia en materia de matrimonios. Vid Archives de la Maison d' Orange Nassau, tom. I, p. 202.

(3) Memorias de Granvella, tom. I, p. 254.

Leipsic, el 25 de agosto de 1564, asistiendo como convidados el rey de Dinamarca, algunos de los electores y varios principes y nobles alemanes y flamencos, cuyo número se calculó en unas seis mil personas ⁽¹⁾. El rey de España felicitó á la novia, enviándola una joya valuada en tres mil ducados ⁽²⁾; mas nada de esto evitó que se realizase la prediccion de Granvela respecto á boda tan mal fraguada, pues despues de vivir juntos por espacio de trece años, cansado el príncipe de los defectos de su esposa, se separó de ella y la envió á Alemania con sus hermanos.

Durante su residencia en Bruselas, adquirió Guillermo fácilmente todas las costumbres de los demás señores flamencos. Era muy aficionado al saludable ejercicio de la caza, sobre todo á la de volateria con halcones; gustaba de reuniones y convites, segun la moda de su pais ⁽³⁾, y fué tan dado á galanteos la mayor parte de su vida, que se hizo célebra por el desarreglo de sus costumbres. Ocupaba el antiguo palacio de su familia en Bruselas, siempre rodeado

(1) Raumer, Hist. Taschen, p. 409, ap. Archiv. de la Maison d'Orange-Nassau, tom. I, p. 202.

(2) Correspondence de Marguerite d'Autriche, p. 284.

(3) Puede formarse idea del pié en que Guillermo tenia su casa, con solo saber que tratando de reducir sus gastos, despidió á veinte y ocho cocineros. (Van der Huer, De Initio Tumult., p. 182, ap. Archiv. de la Maison d'Orange-Nassau, tom. I, p. 206.) El mismo autor refiere que apenas habia en Alemania príncipe alguno que no tuviese un cocinero, cuando menos, que hubiese servido de aprendiz en la cocina del de Orange, pues era la mejor escuela de aquel tiempo para la noble ciencia de la gastronomía.

de señores y caballeros, y de una numerosa comitiva de pajes ⁽¹⁾; desplegaba extraordinario fausto y profusa magnificencia en sus tertulias, y raro era el compatriota ó extranjero que llegaba á su puerta que no fuese recibido con afectuosa hospitalidad ⁽²⁾. Consecuencia de sus prodigalidades fué la cuantiosa deuda con que gravó su casa, y que, si hemos de creer á Granvela, ascendia á novecientos mil florines ⁽³⁾; aunque á ser cierto lo que dice el mismo Guillermo en carta escrita un año despues, no debía llegar á semejante suma ⁽⁴⁾.

Mas con ser por hábito y por temperamento tan amigo de placeres, y distinguirse tanto por los atractivos de su persona, carecia del carácter abierto y franco que parece inseparable de aquellas cualidades. Llamábanle sus contemporáneos *Guillermo el Taciturno*, epíteto que en este caso no denota al hombre que solemos llamar callado, sino la impenetrable re-

(1) «Audivi rem domesticam sic splendide habuisse, ut ad ordinarium domus ministerium haberet 24 Nobiles, pueros vero Nobiles (Pagios nominamus) 48.» *Ibid.* ubi supra.

(2) «Rei domesticæ splendor, famulorumque et asseciarum multitudo magnis Principibus par. Nec ulla toto Belgio sedes hospitalior, ad quam frequentius peregrinis Proceres Legatione diverterent, exciperenturque magnificentius, quam Orangi domus.» Strada, *De Bello Belgico*, p. 99.

(3) «Le prince de Orange, qui tient un grand état de maison, et mène à sa suite des comtes, des barons et beaucoup d'autres gentilshommes d'Allemagne, doit, pour le moins, 900,000 fl.» *Correspondance de Philippe II*, tom. I, p. 239.

(4) En enero de 1564 escribia á su hermano en estos términos: «Pues restan solo mil quinientos florines por año, en breve nos veremos libres de deudas.» *Archives de la Maison d'Orange-Nassau*, tom. I, p. 496.

serva con que ocultaba sus secretos. Nadie sabia encubrir como él sus determinaciones, aun de aquellos que le ayudaban en sus empresas; pero tampoco le igualaba nadie en sagacidad para penetrar los desig-nios de los demas. Seguía largas correspondencias con países extrañeros, y no omitia medio alguno de adquirir noticias; de suerte que fácilmente podia bur-larse de quien se le autojaba, y era muy raro que na-die lograra burlarse de él. A pesar de que por lo co-mun solia ser parco de palabras, si una vez hablaba, no dejaba de causar efecto, pues era su elocuencia en extremo persuasiva (1); y como ademas tenia el talento de ser afable y condescendiente con sus inferiores, adquirió un alto concepto entre sus conciudadanos (2). Fuerza es, pues, confesar que el principe de Orange poseia cualidades extraordinarias para caudillo de una gran revolucion.

La conducta que observó Guillermo tratándose de la religion que su esposa profesaba, puede dar lugar á dudas sobre si era católico ó protestante, ó por mejor

(1) «Il estoit d' une eloquence admirable, avec laquelle il mettoit en évidence les conceptions sublimes de son esprit, et faisoit plier les autres seigneurs de la court ainsi que bon luy sembloit.» Gachard. (Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, Prefac., p. 3), el cual copia un manuscrito del siglo XVI que se conserva en la Biblioteca de Arras, con este título: «Commeucement de l' Histoire des Troubles des Pays-Bas, advenuz soubz le Gouvernement de Madame la Duchesse de Parthe.»

(2) «Sy estoit singulièrement aimé et bien voulu de la commune, pour une gracieuse façon de faire qu' il avoit de sçavoir, caresser et agréablement privéement et familièrement tout le monde.» Ibid., ubi supra.

decir, si miraba una y otra creencia con igual desvío. Esta última conjetura parece tener alguna fuerza, pues se dice «que no quería se aburriese la princesa con libros tan melancólicos como el de la Sagrada Escritura, sino que en su lugar leyera el Amadis de Gaula ú otros no menos entretenidos del mismo género ⁽¹⁾. El príncipe de Orange, dice un escritor de la época, pasaba por católico entre los católicos, y entre los luteranos por luterano: si hubiera querido, bien hubiera podido profesar una religion compuesta de ambas, pues á la verdad contemplaba la religion cristiana como las ceremonias que introdujo Numa, á la manera de una invencion política ⁽²⁾.» Granvela, en una carta escrita á don Felipe, habla en igual sentido ⁽³⁾. Estos retratos se trazaron por manos poco favorables; los que consideran de diferente modo su carácter, no desmienten que en sus primeros tiempos tuviese opiniones poco seguras en materias de fé, pero afirman que despues obró con sincera conviccion en favor de las doctrinas que defendió su espada. Asi pa-

(1) Il ne l'occueroit point de ces choses mélancoliques, mais il lui feroit lire, au lieu des Saintes-Ecritures, Amadis de Gaule et d'autres livres amusants du même genre.» Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. I, p. 203.

(2) Il estoit du nombre de ceux qui pensent que la religion chrétienne soit une invention politique, pour contenir le peuple en office par voie de dieu, non plus ni moins que les cérémonies, divinations et superstitions que Numa Pompilius introduisit á Rome.» Commencement de l'Hist. des Troubles, M. S. ap. Gachard, Corr. de Guillaume, tome II, Préface, p. 5.

(3) «Tantôt Catholique, tantôt Calviniste, ou Luthérien selon les différentes occasions, et selon ses divers desseins.» Mémoires de Granvelle, tom. II, p. 54.

rece que debió ser; pero el lector podrá juzgar por sí mismo al ver al caudillo de la Reforma empeñado en las borrascosas vicisitudes de su suerte.

Extraño sería en verdad que el protagonista de una revolución religiosa no hubiera estado animado del convencimiento de su religión. Pero lo indudable es que se hallaba poseído de un espíritu de tolerancia, tanto mas honroso, cuanto mas raro era en aquellos tiempos. Acusaba á los calvinistas de turbulentos y sediciosos, y á los católicos por su exclusivo apego á un solo dogma; condenaba absolutamente la persecucion en materias de fé, pues en esto creia que la libertad de pensar era un derecho incontestable del hombre ⁽¹⁾; y estas ideas que solo ha podido adquirir el mundo despues de tres siglos, y de un cúmulo inmenso de padecimientos (si es que todavía las ha adquirido) no pueden menos de redupdar en alabanza del carácter de Guillermo.

(1) «Estimant, ainsy que faisoient lors beaucoup de catholiques, que c' estoit chose cruelle de faire mourir un homme, pour seulement avoir soutenu une opinion, jasoit qu' elle fût erronée.» M. S. citado por Gachard, Corresp. de Guillaume, tom. II, Prefac., p. 4.

CAPITULO VI.

OPOSICION AL GOBIERNO.

Causas del disgusto público.—Las tropas españolas.—Nuevos obispos.—Influencia de Granvela.—Opóneuse á ella los nobles.—Impopularidad del cardenal.

1559.—1562.

Lo que comenzó á desasosegar los ánimos; después que partió Felipe de los Países Bajos, fué la permanencia en ellos de las tropas españolas. Habia el rey dado palabra, como recordaremos, de que las retiraria todo lo mas en el término de tres meses; pero pasó este tiempo, y no se advertia preparativo alguno de marcha; con lo que creció mas y mas la indignacion del pueblo, que contemplaba ya como un insulto la presencia de aquellos extranjeros aborrecidos. Estaban en tiempo de paz; no amenazaba ninguna invasion de fuera, ni interiormente habia el menor recelo de insurreccion; de suerte que con nada podia justificarse la existencia de aquellas fuerzas, y mucho menos componiéndose de extranjeros; á no ser que el

rey, desconfiando de los flamencos, tratase de imponerles miedo con aquellos mercenarios, y de valerse de su fuerza para incurrir á mansalva en actos de arbitrariedad. Con estas sospechas se iban encolerizando los ánimos poco sumisos de los flamencos, y resueltamente pedían la salida de los españoles.

Hasta el mismo Granvela, que de buena gana hubiera dado gusto á su soberano conservando una fuerza con que poder contar en caso de necesidad, confesaba que el proyecto era irrealizable. «Las tropas deben retirarse, escribia, y muy pronto, pues de lo contrario estallará una rebelion (1).» Aseguraba ademas que los estados no querian suministrarles auxilios mas tiempo, y que el príncipe de Orange y el conde de Egmont renunciaban á seguir mandándolas, y no se atrevian á complacer en esto al rey, por no perder su popularidad (2).

Los desmanes que por otra parte cometian los soldados aumentaban á cada paso los conflictos. Todos procedian de la masa general, ó mejor dicho, de la hez del pueblo, y la vida militar habia acabado de pervertirlos. En tiempos de servicio activo, observaban estrictamente la disciplina, pero su actual inaccion la

(1) «No se vea que puedan quedar aquí mas tiempo sin grandísimo peligro de que donde agora las cosas entrassen en alboroto.» Papiers d'Etat de Granvell, tom. VI, p. 166.

(2) «Harto se declaran y el príncipe d' Oranges y Monsr. d' Egmont, que aunque tuviesen la mayor voluntad del mundo para servir en esto á V. M. de tener cargo mas tiempo de los españoles, no lo osarian emprender si volviesen, por no perderse y su crédito y reputacion con estos estados.» Ibid., p. 497.

habia relajado sobremanera, consintiéndoles entregarse á todo género de excesos, que necesariamente habian de redundar en perjuicio de las desdichadas poblaciones donde estaban acuartelados.

Entretanto don Felipe difería el dar respuesta á las instancias que por medio de sus cartas le hacian la gobernadora y el ministro, y cuando por fin contestó, fué dando largas al compromiso, lamentándose de la falta de fondos, y declarando que estaba dispuesto á sacar las tropas asi que pudiera pagarlas sus atrasos. Hallábase indudablemente el tesoro publico apurado, y mas apurado aun en España que en los Países Bajos (4); pero no hasta el punto de no poder satisfacer sus atrasos á un cuerpo de tres ó cuatro mil hombres. La gobernadora, sin embargo, conocia que con instrucciones ó sin ellas, era menester salir del conflicto; y habiéndose constituido en fiadores del pago de aquel crédito los individuos del Consejo, se encaminaron por fin las tropas á Celandia, con orden de embarcarse para España. No les ayudaron los vientos, y dos meses despues todavía estaban detenidos en tierra, ó

(4) Podemos figurarnos lo que serian estos apuros por una esquila que firmó el rey de su propio puño en setiembre de 1560. De ella se deduce que las rentas ordinarias estaban ya hipotecadas, y que tomando en cuenta todos los medios de que podia disponerse, era de temer que á fines del siguiente año resultase un alcance que no bajaría de nueve millones de ducados. «De donde han de venir recursos para salir de esto, lo ignoro, como no sea de las nubes, pues están agotados todos los recursos.» Pesada carga legó al jóven monarca la ambicion de su padre.—El documento se halla en los papeles de Estado de Granvela, tom. VI., pp. 156.—166.

á bordo de los buques que habian de trasportarlos. Armaron mil peticiones con la gente empleada en los diques; los habitantes, recelando que recibiesen contraórden para no proseguir el viaje, determinaron, si tal sucedia, abandonar los diques, aunque se inundase toda la tierra ⁽¹⁾; pero afortunadamente no llegó el caso á tanto extremo, pues en enero de 1564, un año despues del plazo designado por don Felipe, quedó libre el pais de sus invasores ⁽²⁾.

No es fácil comprender la conducta que observó don Felipe en este asunto. Por mas que en un principio se propusiese tener alguna tropa en los Países Bajos para apoyar en ella la ejecucion de sus disposiciones, tampoco podia ocultársele que la utilidad que prestasen en reprimir una insurreccion, quedaba neutralizada con el riesgo que habia en que al propio tiempo la provocasen. Era carácter de aquel monarca no retirarse sino muy pausadamente una vez tomadas sus posiciones, y como despues tendremos ocasion de observar, adolecia de un temperamento apático y negligente que le obligaba á dejar que los sucesos caminasen por si solos, sin que él tratase de dirigirlos.

No bien se orilló esta dificultad, nació otra no menos grave. En el capítulo precedente hemos visto que

(1) «Dicen todos los de aquella isla que antes se dejarán ahogar con ellos, que de poner la mano mas adelante en el reparo tan necesario de los diques.» *Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. VI. p. 300.

(2) *Correspondance de Philippe II.*, tom. I., p. 492.—*Strada*, de Bello Bélgico, p. 114.

se había acordado añadir trece obispados á los cuatro que habia en los Países Bajos; y aunque la determinacion era buena en sí, y la situacion de aquellos pueblos la reclamaba, en el punto á que las cosas habian llegado, podia producir no solo contradiccion, sino general disgusto y levantamiento. Por este motivo habia tratado el gobierno de que nada se trasluciese sobre el particular, hasta que en 1561 comunicó Felipe su proyecto por medio de una carta á algunos de los principales nobles del Consejo de Estado, si bien mucho antes habia ya transpirado y producido sensacion muy profunda en todo el país, considerándolo el pueblo como una tentativa para someterle al mismo sistema eclesiástico que existia en España. En virtud de su cargo, se hallaban revestidos los obispos de ciertas facultades inquisitoriales, á que los últimos edictos régios daban aun mas amplitud;— todo el mundo sabia cuán afecto á la Inquisición era don Felipe; y hasta los niños habian oído hablar del auto de fé que habia autorizado con su presencia al volver á sus dominios. Así que todas aquellas novedades se miraban como preparacion de un gran proyecto para introducir la Inquisición en los Países Bajos (1); y aunque fuesen conjeturas falsas, es creíble

(1) «Háse con industria persuadido á los pueblos que V. M. quiere poner aquí á mi instancia la Inquisición de España so color de los nuevos obispados.» *Granvele* á don Felipe, *Papiers d'État de Granvele*, tom. VI., p. 554.—Véase tambien *Correspondance de Philippe II.*, tom. I., *passim*.

que las sugiriesen los mismos que estaban persuadidos de su falsedad.

La oposicion de los nobles se fundaba en otras razones. Los obispos debian ocupar en la asamblea el puesto primitivamente designado á los abades, que debian su eleccion á los monasterios de que eran cabeza; pero los nuevos prelados debian por el contrario ser nombrados por la corona, y los nobles temian ver amenazada su independencia por una nueva clase de funcionarios, que naturalmente habian de estar identificados con los intereses del monarca. En cuanto á que la corona se proponia alguna de estas ventajas, lo prueba una carta del ministro, que calificaba á los abades de hombres que solo servian para la administracion de sus monasterios, ingratos para con el rey é ignorantes como la gente mas baja del pueblo (1).

Pero lo que mas fundamento daba á la oposicion, eran los recursos con que habian de sostenerse los nuevos dignatarios, y que habian de sacarse de la supresion de las abadías y de la aplicacion de sus ren-

(1) «Los cuales, aunque pueden ser á propósito para administrar sus abadías, olvidan el beneficio recibido del príncipe, y en las cosas de su servicio y beneficio comun de la provincia son dárchimos, y tan rudos para que se les pueda persuadir la razón, como sería cualquier menor hombre del pueblo.» Papiers d'Etat de Granville, tom. VIII. pág. 96.

Las intenciones de la corona se ven mas claramente en la confesion que hizo Granveia cosa de veinte años despues, en 1563, á la duquesa de Parma, diciéndole, que el objeto que se proponia el rey, era oponer en los estados un contrapeso á la autoridad de Guillermo y sus compañeros.—Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. VIII. pág. 96.

tas á la manutencion de los obispos. De esta resolucion parece que el principalmente responsable era Granvela; de suerte que los cincuenta mil ducados de renta de la abadía de Afflighen, una de las mas ricas de Brabante, debian aplicarse á la silla episcopal de Malinas, que iba á ocupar el mismo ministro ⁽¹⁾, con cuya dignidad quedaba Granvela hecho primado de los Países Bajos.

Con este motivo se levantó gran clamoreo entre los individuos de las cofradías religiosas y todos los que directa ó indirectamente tenian interés en el asunto, porque era distraer por completo los fondos del objeto con que se daban, y mezclarse en la parte económica de unas instituciones que estaban protegidas por los privilegios nacionales; y asi el pueblo de Brabante apeló á la *Joyeuse Entrée*. Consultóse á los juristas mas eminentes de Europa sobre la legalidad de aquellos procedimientos: solo la provincia de Brabante gastó treinta mil florines en este asunto y en pagar un agente en la córte de Roma que expusiese á Su Santidad el verdadero estado del negocio, y contrastase los esfuerzos del gobierno de España ⁽²⁾.

Recordará el lector que poco antes de la salida de Felipe de los Países Bajos, llegó una bula de Roma autorizando la ereccion de los nuevos obispados. Este fué el primer paso, pero necesariamente tenian que

(1) Papiers d'Etat de Granvelle, tom. VI., p. 17.

(2) Vandervynckt, Troubles des Pays Bas, tom. II, p. 74.

darso otros muchos hasta la conclusion del negocio; de modo que entre los embarazos que opusieron las provincias y la habitual lentitud de la córte de Roma, transcurrieron cerca de tres años sin que expidiese sus últimos breves el pontifice Pio IV. Interpuso despues nuevos obstaculos la suspicacia de los flamencos, que en todo aquel negocio no veian mas que una conspiracion del papa y del rey contra las libertades del pais. Utrecht, Güeldres y otras tres poblaciones se negaron á recibir sus obispos, en términos de que no llegaron á entrar en ellas. Ambéres, que habia sido declarada tambien sede episcopal, mandó al rey una comision que le hiciese presente la ruina que de ella se originaria á su comercio, pues creian íntimamente enlazados el establecimiento de los obispos y el de la Inquisicion española; mas el rey tardó un año en hacerse cargo de la peticion, consintiendo por último en aplazar la resolucion definitiva hasta su regreso á aquellas provincias, de modo que Ambéres no llegó á tener obispo (1).

Estableciéronse, si embargo, en algunos otros puntos, aprovechándose Granvela de la ausencia tem-

(1) Papiers d'Etat de Granvelle, tom. VI, p. 612. Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 263.—Meteron, Hist. de los Países Bajos, folio 31.

Despues se hizo un convenio en virtud del qual se permutaron las rentas de Afflighen y otras abadías de Brabante por la suma anual de ocho mil ducados destinada á la manutencion de los obispos; cuyo convenio, asi como el de Ambéres, quedaron mas adelante anulados sin escrúpulo alguno por el duque de Alba, que se atuvo en un todo á las primitivas intenciones de la corona.

poral de los nobles; aunque en ninguna parte fueron recibidos con entusiasmo, sino con un desden y silencio que mostraban bien la aversion de los habitantes. Asi le sucedió al mismo arzobispo de Malinas, que entró en la capital de su diócesis, y nadie se presentó á felicitarle. En suma, se contempló á los nuevos prelados como salteadores que á la callada acometen un redil, no como pastores encargados de su custodia.

Y entre tanto recayó en la persona del ministro toda la odiosidad de la medida, porque desplegó la mayor actividad en llevarla á efecto, y todo el mundo estaba en la persuasion de que no solo era su autor, sino de que se la habia propuesto al soberano. De este cargo le sinceró no obstante el mismo don Felipe en una carta á la gobernadora, en que confiesa que aquel proyecto estaba muy adelantado cuando se le comunicó á Granvela (1); de suerte que no sin razon preguntaba este si siendo ya uno de los cuatro obispos que existian, ganaba algo en recomendar un plan que le dejaba reducido á ser uno de diez y siete (2); aunque por lo mismo, no faltaba quien le devolviera el argumento, diciendo que mas valia ser cabeza de diez y siete, que uno de cuatro, é igual á ellos.

(1) «En ce qui concerne les nouveaux évêchés, le roi déclare que jamais Granvelle ne lui en conseilla l'érection; qu'il en fit même dans le principe un mystère au cardinal; et que celui-ci n'en eut connaissance que lorsqu'il s'agit déjà de lui en adresser la correspondance de Philippe II; tom. I; p. 307. » Hist. de la Maison d'Orléans, t. III, p. 61.

(2) Archives de la Maison d'Orléans-Nassau, tom. VIII, p. 61.

Más cualquiera que fuese en un principio el modo de pensar de Granvela sobre el asunto, lo cierto es que ó por deseo de complacer, ó por las ventajas que le reportaba un proyecto que le ofrecía el puesto de primado, se consagró con alma y vida á secundar los designios de don Felipe. «Estoy convencido,» escribía en la primavera de 1560 al secretario Gonzalo Perez, «de que no puede darse cosa mas útil para el país ni mas necesaria para el bien de la religion; y si así conviniese al buen resultado, sacrificaría con gusto mi sangre y mi propia vida (1).»

En su consecuencia vemos que no omitió medio alguno para la realizacion de aquel proyecto, imaginando expedientes con que aumentar las rentas episcopales y exponiéndose de este modo á las murmuraciones de todo el mundo. Apesadumbrado de esto, y en medio de toda su entereza, no podía ocultar el sentimiento que le causaba. «Aunque no me quejo, decía en el mes de setiembre de 1561 al embajador español en Roma, siento el peligro del caso en que el rey me ha puesto: veo el odio de los estados cargar sobre mí, mas pluguiese á Dios que con sacrificarme fuesse todo remediado.... Que pluguiera á Dios que jamás se hubiera pensado en esta ereccion destas iglesias, amen, amen (2).»

(1) «Il seroit prêt à y contribuer de sa fortune, de son sang et de sa propre vie.» Correspondance de Philippe II, to. 1, p. 189.

(2) Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. 1, p. 117.

En Febrero de 1561. recibí ó Granvela de manos de Pio IV el capelo de cardenal, mas sin demostrar la alegría con que comunmente se aceptaba tan alto honor. Habíalo obtenido por mediacion particular de la duquesa de Parma; y aunque al pronto temió que desagradara á don Felipe el que no le debiese á él semejante distincion, tranquilizóse luego con saber que el rey se habia alegrado cordialmente, y mas habiéndole mandado á decir que no era recompensa que excediese á su merecimiento.

Investido asi con la púrpura romana, con la dignidad de primado de los Países Bajos, y por último con la de primer ministro de estado, podia ya Granvela reputarse muy superior á los nobles mas orgullosos de la tierra. Tenia á su cargo el gobierno tanto civil como eclesiástico del país, concentrada en sí toda autoridad, y por otra parte, de tal manera se habia organizado el consejo de estado, que no solo era cabeza del gobierno, sino que por sí solo le constituia.

En el consejo seguian los negocios del modo que don Felipe lo habia prescrito: los corrientes pasaban por manos de todos, y los de importancia quedaban reservados al cardenal y sus dos compañeros, que despachaban con la gobernadora. En este caso no se citaba á los demas ministros, ó se citaba únicamente á los que el cardenal elegia para que oyesen leer las comunicaciones de España, pues los demas expedientes se reservaban para la *consulta*. Si, como á veces

acaecia, suscitaban los nobles alguna oposicion á Granvela, daba cuenta inmediatamente á la córte de Madrid ⁽¹⁾, y por este medio no solo ganaba tiempo, sino que conseguia tarde ó temprano una resolucion en su favor. La gobernadora se conformaba siempre con el dictámen del cardenal, dado que reinaba entre ambos la mas perfecta armonía, á juzgar por el tono de las correspondencias que dirigian al rey, en que uno y otro se deshacian en recíprocas alabanzas. En sus relaciones oficiales mediaba, sin embargo, una reserva extraordinaria, porque aun cuando vivian en el mismo palacio, dícese que siempre se comunicaban por escrito ⁽²⁾, á fin de que estando, como estaban, continuamente juntos, no pareciese que obraba la gobernadora con entera sujecion al ministro. Lo que puede afirmarse es que tanto Margarita como Granvela, tenian una aficion indecible á la correspondencia epistolar, como lo prueban la multitud y prolijidad de las cartas que escribian, sobre todo al rey, especialmente Granvela, que se detenia en los pormenores mas insignificantes, como si fuera aquella su única ocupacion. Afortunadamente don Felipe poseia en alto grado la virtud de la paciencia, y no solo leia sus despachos palabra por palabra, sino que iba apuntando al márgen cuantas observaciones se le ocurrían.

Residia el ministro en un palacio de Bruselas, y

(1) Metereu. Hist. des Pays Bas, fol. 63.

(2) Strada, de Bello Belgico, p. 88.

poseía otra habitacion á corta distancia de la capital (1). Reinaba en toda su casa gran boato; tenia una servidumbre numerosa, y se distinguia por la magnificencia de sus trenes y libreas; daba grandes banquetes; celebraba en su córte besamános; vivia, en una palabra, con toda la ostentacion propia de su dignidad, sin que tuviera en nada de esto que violentar su gusto. Era, pues, natural que los grandes señores del pais, cuyos antepasados habian por espacio de algunos siglos ocupado las primeras dignidades, llevasen muy á mal que un hombre levantado de pronto á aquella altura por la sola voluntad del rey, los tuviese sumidos en la oscuridad; y no menos indignados debian mostrarse de que no representando papel alguno, quisiera hacérselos responsables para con el pueblo de todo cuanto se mandaba: asi que el resentimiento personal con que veian á Granvela, tan arrogante y envaneecido con su fortuna, no era tampoco extraño que diese pábulo al descontento de todo el mundo.

Lo cierto, sin embargo, es que los señores flamencos no anduvieron muy impacientes en manifestarse resentidos, pues hasta 1562 vemos que nada habia dicho el cardenal en sus cartas escritas á España respecto á desatencion ninguna de los nobles, ni nada que indicase hallarse desavenido con ellos. En la

(1) Vandervyuekt, Troubles des Pays Bas, tom. II, p. 52.

primavera del año anterior se dirigia á él el príncipe de Orange, «recomendándose afectuosamente á su bondad,» y firmándose «vuestro buen amigo que desea servirlos (1);» y cuatro meses despues, en 23 de julio, él y el conde de Egmont escribieron al rey otra carta con el mismo cumplimiento. En ella se quejan de que para ningun asunto de importancia se contase con ellos en el consejo de Estado, consultándoseles únicamente los de escaso interés; lo cual era contrario á la palabra que les habia dado su majestad cuando, aunque con repugnancia, admitieron aquel cargo; y ahora se lo participaban por haberles mandado que así lo hicieran, si llegaba semejante caso (2); con todo, que hubieran seguido guardando silencio, si el pueblo no hubiera llegado á hacerles responsables de cosas en que no tenían la menor parte (3). Considerando el modo con que Felipe habia organizado la *consulta*, no es muy de alabar su prevision en este asunto; ni mucho menos la profundidad de su política. No haciendo por reparar aquel agravio, y no queriendo tampoco que se le atribuyera, poco satisfechos debia dejar á los reclamantes. Les respondió dándoles gracias por el co-

(1) Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 46.

(2) Parece que dichos nobles se quejaron á don Felipe del desairado papel que hacian en el gabinete del duque de Saboya cuando éste gobernador de los Países Bajos. Gravola refiere esto en una carta á la gobernadora María, en el año 1618, bien que dándolo como una suposición suya. (Véase la Correspondencia de Guillermo el Taciturno, tom. II, Prefacio, p. IX.) Los sucesos que ocurrieron manifiestan que no carecia semejante sospecha de fundamento.

(3) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 1357.

lo que mostraban en su servicio, y prometiendo escribirles mas despacio cuando el conde de Hoorne regresase á Flandes (4).

No hay razon alguna para suponer que Granvela fuese extraño al hecho á que se referian las cartas de aquellos señores. El privilegio que tienen los novelistas de transcribir las correspondencias de sus héroes, tambien se concede al historiador. Con los materiales desenterrados del polvo de los archivos, puede adquirir el lector una idea de los motivos y opiniones que indujeron á obrar á los principales actores del drama de hace tres siglos, mas exacta que de los que han figurado en ninguna otra época. Esta ventaja ofrece el período á que nos referimos, por la diligencia con que se han conservado en colecciones públicas y privadas las correspondencias de las personas que intervinieron en todos los acontecimientos; diligencia que rara vez se ha empleado en documentos históricos de esta especie anteriores al siglo décimo sexto.

Hasta pasado algun tiempo, hasta un año despues de la fecha de la mencionada carta, no se trasluce el menor indicio de tibieza, y menos aun de rompimiento formal, entre Granvela y los descontentos nobles. Entretanto la discordia religiosa habia hallado en Francia brazo que la diera impulso, y recogidos á sus huestes uno y otro bando, siguiendo á sus respectivos

(4) *Ibid.*, p. 497.

caudillos, se aprestaban á la pelea. Felipe Segundo, campeón del catolicismo, no solo en sus dominios, sino en toda la cristiandad, observaba sobresaltado el incremento que aquella disidencia iba tomando en el vecino reino. Reputábala en extremo peligrosa por lo cercanos que estaban los Países Bajos, pues si sus posesiones de Italia tenían por resguardo los Alpes, y España los Pirineos, entre la Flandes y Francia no mediaban montañas ni antemural alguno; ni aun la diferencia de lenguaje establecía entre sus provincias limítrofes verdadera desigualdad. La menor chispa prendida en Francia podía incendiar el confin mas apartado de los Países Bajos; lo cual tenía á Granvela tan cuidadoso, que creyó conveniente rogar al rey no apartase la vista de los franceses, y los ayudase á mantener la religion católica romana, como cosa que importaba tanto á los unos como á los otros. «Que bien claro muestran muchos, decía, que no les pesaría de que fuese mal, y que si lo de allá diese al través, bien brevemente se iría por acá el mismo camino. Y ha sido nuestra dicha que ninguno de estos señores se haya declarado, que si lo hiciera alguno, otro que Dios no pudiera estorbar que lo de aquí no siguiera el camino de Francia ⁽¹⁾.»

En virtud, pues, de estas insinuaciones, y realizando sus propios designios, envió don Felipe órden al cardenal para que reclutando dos mil hombres, los

(1) Correspondence de Philippe II, tom. I, p. 230.

mandase ir en auxilio de los católicos franceses. A esta determinacion se opuso formal resistencia en el consejo de Estado. Los señores flamencos se mostraban por entonces, fuéseno ó no realmente, adictos á la religion establecida; pero conocian que habia cundido mucho el gérmen de la herejía por el pais para que semejante orden se recibiese con indiferencia. Creian además que no era oportuno mezclarse sin necesidad en las contiendas de un pais extraño; hicieron presente que no era fácil sacar á la sazón tropas de donde la opinion pública inspiraba tan poca confianza; y por último, que si ellos salian contra los protestantes de Francia, no faltarian protestantes alemanes que saliesen tambien contra ellos.

Granvela por su parte exacerbaba el rigor de las órdenes de don Felipe creyendo afianzar así el sosiego de la nacion, mientras Margarita, estrechada por ambos lados, no sabía á cuál inclinarse, porque ó tenia que desobedecer al rey, ó exponerse al resentimiento, y quizá á la resistencia de los vasallos. Orange y Egmont la aconsejaban que convocase los estados generales, únicos que podian prevenir aquel conflicto, y que con menos causa se habian congregado bajo el gobierno de María de Hungría; pero el cardenal no pensaba valerse del auxilio de « animal tan feroz como lo era el pueblo ⁽¹⁾. » Habia ya visto reunidos los

(1) «Ce méchant animal nommé le peuple;» decia el cardenal en una carta al rey. *Ibid.*, p. 290.

estados antes de la marcha de don Felipe, y no podia olvidar el tono independiente en que se expresaron; además de que las últimas instrucciones que dió el rey á su hermana eraa que de ningun modo procediese á reunir la legislatura nacional hasta que él regresase allí.

Cumplió ella exactamente esta prescripcion, mas al propio tiempo creyó conveniente convocar una junta de la órden del Toison de Oro, de quien debia aconsejarse en casos extraordinarios. Los caballeros que la componian eran personas muy respetadas en el país, incluyendo en este número á los gobernadores de las provincias. Congregáronse en Bruselas en mayo de 1862, y antes de verificarlo en público, los invitó el príncipe de Orange á celebrar una conferencia en su palacio. Allí les representó el estado de la nacion, y trató de concertar con ellos algun medio de resistir á la arbitrariedad y demasías del cardenal; y aunque no se adoptó resolucion alguna definitiva, muchos de los presentes parece que asintieron á los propósitos del príncipe, si bien algunos opinaron de distinto modo, declarándose satisfechos de Gravela y no queriendo imponer al soberano la eleccion de sus ministros. Los que principalmente sostuvieron este dictámen, fueron el duque de Arschot, católico fervoroso, y el conde de Barlaimont, presidente del Consejo de Hacienda, y como queda dicho, amigo del ministro. Este caballero refirió á Margarita la conversacion ha-

bida en el palacio de Orange; y la infanta procuró tener á los caballeros tan distraídos con otros asuntos mientras permanecieron en la capital, que no halló oportunidad el príncipe de Orange de insistir en su proyecto de resistencia ⁽¹⁾.

Antes de que se disolviese la asamblea del Toison de Oro, se decidió mandar un emisario al rey para hacerle presente el estado del país, así respecto á la excitacion religiosa, estimulada en algunos puntos por el ejemplo de Francia, como sobre el quebranto del tesoro, cuyos apuros tenían en gran cuidado al gobierno. La persona elegida al efecto fué Florencio de Montmorency, señor de Montigny, caballero de suficiente valor para defender los derechos de la conciencia, y que como debe suponerse, no era muy afecto á la política del ministro.

Así que se puso en marcha, se suscitó en el consejo la enojosa cuestion del auxilio á Francia, proponiéndose conmutar el servicio personal por dinero; y con efecto se acordó un subsidio de cincuenta mil coronas, que se remitirian al gobierno francés ⁽²⁾.

Llego Montigny á España en el mes de junio de 1562, y fué bien recibido por don Felipe, que en una larga audiencia le preguntó muy detenidamente por la situacion de los Países Bajos, á todo lo cual

(1) Strada, De Bello Belgico, p. 145.—Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 202.

(2) Correspondance de Philippe II, tom. I, pp. 240, 244.

respondió punto por punto el enviado, dándole también cuenta de la desavenencia que existía entre los nobles y su ministro.

Pero la duquesa de Parma no quiso fiar negocio tan delicado á la representacion de Montigny, sino que de su propia mano escribió á su hermano en italiano, que era la lengua de que usaba para asuntos de importancia, en lugar del francés, en que por lo comun extendian sus comunicaciones los secretarios. En italiano se expresaba con gran facilidad, y para mayor secreto, se valia de este idioma.

Informó al rey de las turbulencias suscitadas entre los nobles, achacando la culpa principalmente al de Orange y á Egmont. Acusábalos de ser los que maliciosamente habian hecho correr la voz de que el cardenal habia aconsejado al rey que invadiese el pais con fuerza armada, y cortase la cabeza á media docena de descontentos ⁽¹⁾. Encarecia con grandes alabanzas la lealtad del ministro y su especial aptitud para los negocios, y suplicaba al rey que desimpresionase á Montigny de la idea de que se pensase entronizar allí la Inquisicion de España y proscribir las instituciones.

Ya se habian francamente roto las hostilidades entre los nobles y el cardenal, pues por mas que tra-

(1) «A qui ils imputet d' avoir écrit au Roi qu' il fallait couper une demi-douzaine de têtes, et venir en force, pour conquérir le pays.» Ibid., p. 203.

tasen de ocultarlo, nadie dudaba ya de la prevencion con que aquellos y este se miraban. En una carta escrita poco antes de la de la infanta, refiere el cardenal al rey cuál era su situacion; y por ella se ve que no era hombre á quien amedrentaran amenazas ni peligros. Despues de algunas indicaciones sobre la poca confianza que debia tenerse en la fé religiosa del príncipe de Orange, añade: «Hace como que me mira con buen semblante, mas por detrás bien manifiesta su ódio. Han formado liga contra mí, y dicen que conspiran contra mi vida, pero yo no temo sus amenazas, y creo que son demasiado cuerdos para intentar semejante cosa. Se quejan de que los aparto de los empleos, y de que procuro una autoridad absoluta á vuestra majestad, y esto lo dicen á voces en sus banquetes, sin que el pueblo haga caso de ellos; pero la verdad es que jamás los gobernadores de las provincias han tenido el poder que tienen ellos, ni han dispuestó de los empleos como ellos lo hacen. Su principal objeto, en una palabra, es que ni vuestra majestad ni la señora infanta manden aqui en cosa alguna.

«No quieren venir á comer conmigo, prosigue diciendo, y yo me rio de sus desaires, porque no falta nunca á mi mesa bastante gente, entre magistrados, caballeros y honrados ciudadanos, á quienes procuro contentar por si llega dia en que la discordia alza la cabeza. Todo esto lo sufro con la mejor paciencia que

puedo, pues las adversidades vienen de manos de Dios, que recompensa siempre á los que padecen por la fé, la religion y la justicia.»

La carta concluye rogando al rey que paso pronto á los Países Bajos «acompañado de suficientes fuerzas y provisto de recursos, para no carecer de tropas, bien por sí hubiese necesidad de enviarlas fuera, bien porque su presencia aquietaria los ánimos que allí andaban desasosegados (1).» El político ministro no dice qué ocupacion habia de darse á aquellas tropas en el país, y esto justifica los cargos que ya se le habian hecho; pero bien podia dejar este cuidado á cargo de su soberano.

Llegó Montigny á Bruselas, de vuelta de su comision, en diciembre de 1562, é inmediatamente se presentó en el consejo de Estado á dar cuenta de su desempeño. Mostróse satisfecho de la solicitud con que atendia Felipe á los intereses de la nacion; refirió cuán lejos estaba de su ánimo introducir allí la Inquisicion de España; que su único deseo era extirpar la herejía que comenzaba á irse propagando, y valerse de los que con su autoridad podian prestarle ayuda en tan meritoria empresa; y finalmente, que aunque apurado por la falta de fondos, así que pusiera en órden los negocios de España, se encaminaria otra vez á Flán-

(1) «Lo principal es que venga con dinero y crédito, que con esto no faltará gente para lo que se huviesse de hazer con los vezinos, y su presencia valdrá mucho para osossegar todo lo de sus súbditos.» *Papiers d'Etat de Granvela*, tom. VI, p. 562.

des.—No era la primera que Felipe había ofrecido emprender en breve aquel viaje. El recibimiento que hizo á Montigny parecia haberle halagado mucho: ello es que iba muy confiado en las palabras del rey, al paso que Guillermo se mostraba algo mas incrédulo; y tanto insistió el uno, y tan enojado replicó el otro, que no queria ser tenido por cándido en demasía, que promovieron un altercado delante de la duquesa. Asi al menos lo refieren los historiadores (1); pero en tiempos de parcialidades, no son estos los mejores testimonios; para los hechos á que nos referimos, la autoridad mas segura son las correspondencias de los que en ellos intervinieron.

Fué Montigny asimismo portador de algunos despachos de don Felipe á la duquesa de Parma. En ellos la aconsejaba la política que habia de seguir respecto á los nobles disidentes, metiendo entre ellos cizaña, si fuese posible, por medio de celos y rivalidades (2). Egmont era católico decidido, hombre de consecuencia, ambicioso y vano; y no seria difícil apartarle de los demas, dándole alguna muestra de preferencia, que al propio tiempo que lisonjeara su vanidad, excitase en aquellos celos y desconfianzas.

(1) Vanderviack, *Troubles des Pays-Bas*, tom. II, p. 91.—*Memorias de Granvela*, tom. II, p. 24,—autoridad dudosa, pero que no puede rechazarse.

(2) «No es cierto, dice don Felipe en una carta á la duquesa de 17 de julio de 1562, que Granvela me haya aconsejado nunca cortar media docena de cabezas; aunque quizá hubiera sido mejor acudir á este remedio.» *Correspondance de Philippe II*, tom. I, p. 207.

Algo de esto habia existido, con efecto, en otro tiempo entre Egmont y el príncipe de Orange; por lo menos se habian mirado con extrañeza: lo cual podia atribuirse en cierto modo al contraste de sus caracteres, que establecia una absoluta oposicion entre ellos. Egmont, franco, activo é impetuoso, en nada se asemejaba al de Orange, lento, reservado y frio. Las brillantes cualidades del primero, como inseparables de la exterioridad de su persona, le hacian mas visible á los ojos del pueblo; mas en el carácter de Guillermo habia algo de insondable, una reserva habitual, incomprendible aun para aquellos mismos que por tratarle á menudo, estaban en el caso de conocerle. Sin embargo, el desvío que en ambos caballeros se notaba, no provenia tanto de su diferencia de caracteres, como de la semejanza de su posicion, dado que por su nacimiento y por sus servicios, uno y otro gozaban de general estima, y era por lo tanto difícil que no llegasen un dia á embarazarse mutuamente en sus pretensiones. Pero si en otro tiempo habian estado discordes, á la sazón se hallaban tan unidos por la fuerza de las circunstancias, que no era dable los enemistase don Felipe, ni aun apurando toda la sutileza de su política. Animados por su comun hostilidad contra el gobierno y sus arbitrariedades, obraban ahora de consuno, y con tan buena inteligencia, que podia sacarse provecho hasta de la misma oposicion de sus caracteres; porque ¿qué mayor seguridad de

buen éxito que la que prometian, una vez unidas, la cordura en el consejo y la firmeza en la ejecucion?

No tardaron mucho en experimentar los Países Bajos, segun se habia previsto, las consecuencias de las alteraciones de Francia. Formaban los protestantes de aquel tiempo una especie de república federativa, ó mas bien una vasta asociacion secreta, diseminada por toda Europa, pero tan íntimamente ligada entre sí, que del menor golpe dado en cualquiera parte, se resentian los demás inmediatamente. Los calvinistas de las provincias fronterizas de los Países Bajos eran los que mas simpatizaban con sus correligionarios franceses, y entre ellos se refugiaban algunos hugonotes; comenzaron otros á propagar sus doctrinas; se leian con avidez los escritos que circulaban en lengua francesa; difundian sus doctrinas los predicadores que arengaban en los conciliábulos; y el pueblo, congregado públicamente á centenares y á millares de personas, y marchando en procesion, cantaba los salmos de David en la traslacion de Marot ⁽¹⁾.

Tan manifiesta desobediencia de los edictos, necesariamente habia de ocasionar la inmediata intervencion del gobierno. En Tornay prendieron á dos predicadores calvinistas, y despues de procesados en for-

(1) «Strada, de Bello Belgico, pp. 78, 79, 433, 434.—Renom de Francia, Alborotos de Flandes, MS.—Meteren, Hist. de los Países Bajos, fol. 31, 32.

ma, fueron sentenciados á muerte, y murieron en la hoguera. El mismo castigo se impuso á otros dos en Valencienncs; pero habiendo salido el marqués de Bergen, gobernador de la provincia, á visitar un punto lejano, se dilirió la ejecucion hasta su regreso. Pasaron siete meses, y hubo de escribir al marqués la gobernadora, reconviniéndole por ausencia tan inoportuna; á lo cual se atrevió el marqués á contestar «que ni por su carácter ni por sus principios se juzgaba á propósito para desempeñar el oficio de verdugo (1).» El marqués de Bergen habia abrazado desde luego el partido del príncipe de Orange: de él decia Granvela en sus cartas, que era el mas activo de todos los descontentos; y seguramente podia considerársele como contrario al sistema de persecucion empleado por el gobierno. Apurando por fin Granvela, se encargaron los magistrados de la ciudad de dar cumplimiento á la sentencia contra los reos, y el dia prefijado salieron ambos al patíbulo. Todo estaba preparado, cadalso, leña y tizoncs, cuando á una seña que hizo uno de los reos, entróse la multitud en el sitio de la ejecucion, cayó sobre los soldados y ejecutores de la justicia, arrojó los haces de leña, dió libertad á los presos, y formando una procesion, fueron recorriendo las calles de la ciudad y entonando salmos y cánticos calvinistas.

(1) «Qu' il n' étoit ni de son caractère ni de son honneur d' être le bourreau des hérétiques.» Mémoires de Granvelle, tom. I, p. 304.

Entretanto la gente de justicia logró prender otra vez á aquellos desdichados y conducirlos á la cárcel; pero volviendo á reunirse sus amigos en mayor número que antes, asaltaron la prision en que estaban, forzaron las puertas, y rescatándolos de nuevo, los pasearon en triunfo.

Desafuero semejante, fácil es presumir qué indignacion causaria en la córte de la gobernadora. Mandó inmediatamente levantar tres mil hombres de tropa, y poniéndolos á las órdenes del marqués de Bergen, los envió á que atacasen á los insurgentes. Fué inútil la resistencia; hiciéronse nuevas prisiones en gran número, y quedó vindicada la majestad de la ley con el castigo de los promovedores de aquel molin ⁽¹⁾.

«En las cosas de la religion, escribia don Felipe, no se sufre temporizar, sino castigarlas con todo rigor y severidad; que estos bellacos (aludia á los reformadores) sino es por miedo, no hacen cosa buena, y aun con él, no todas veces ⁽²⁾.» Pero esta idea, por muy política que fuese, en los Países Bajos no se recibia como en España. «Es menester irse con tiento,» escribia el cardenal al secretario Perez, «para publicar estos decretos absolutos, que en manera alguna se obedecen aqui tan ciegamente como en Italia ⁽³⁾.»

(1) Strada, de Bellu Belgico, pp. 456, 437.—Renom de Francia, Alborotus de Flandes, MS.—Brandt, Reformation in the Low Countries, vol. I, pp. 437, 438.

(2) Papiers d'Etat de Granvelle, tom. VI, p. 421.

(3) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 207.

Los flamencos apelaban á sus leyes, y á pesar de todo el celo del ministro, era imposible proporcionaries la tremenda paz de la Inquisicion de España.

«Se levantaria de pronto un tumulto, decia otra vez, si nos aventurásemos á prender un hombre, no habiendo la mas completa evidencia. Contra nadie puede procederse sin pruebas legales⁽¹⁾.» La opinion del pueblo era un obstáculo insuperable para que se llevasen á efecto los edictos; y ley que la opinion rechaza, no puede ser duradera. «Yo no acusaré á ninguno de los nobles como herejes,» escribia á su hermano la gobernadora, «pero es lo cierto que muesttran poquisimo celo por la religion, y que los magistrados no cumplen con su deber por temor al pueblo⁽²⁾.» «¿No es ridiculo,» decia Granvela, «que por las declaraciones que se dan ante la Inquisicion de España hayamos aqui de buscar herejes, como si no se contasen á miles en Ambéres, y que con haber tantos, haga mas de un año que no se ha prendido á uno?⁽³⁾» Pero aunque en efecto anduviesen tan remisos en la persecucion, no por eso es menos cierto que

(1) Papiers d'Etat de Granvelle, tom. VI, p. 280.

(2) «Quoiqu' elle ne puisse dire qu' aucun des seigneurs ne soit pas bon catholique, elle ne voit pourtant pas qu' ils procedent, dans les matiéres religieuses, avec toute la chaleur qui serait nécessaire.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 240.

(3) «Y si lo osasse dezir, es cosa de risa cubiarnos deposiciones que se hazen ay delante de los inquisidores, para que busquemos aqui hereges, como si no lo professassen aqui millares, á los quales no osariamos dezir nada, ay ya los apreenden los ministros, que mas de un año ha que no se tomó calvinista en Enveres.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 252.

el temor de la que mas adelante pudiera suscitarse traía tan sobresaltado á todo el mundo, que si hemos de dar crédito á un contemporáneo, llegaban á diez y ocho ó veinte mil los que habian emigrado á Inglaterra, huyendo del riesgo que podian correr en Flándes (1).

Y toda la odiosidad de aquel recelo recaía en la persona del cardenal, que siendo instrumento ciego del poder de España, y España esclava del de la Inquisicion, necesariamente habia el cardenal de proponerse introducirla en los Países Bajos. De tan conciso argumento se valía el pueblo, asociando el nombre de Granvela al de aquel pavoroso tribunal (2), y cargando al ministro la responsabilidad no solo de las impopulares disposiciones del gobierno, sino tambien de su ejecucion. Sobre su vida política y privada circulaban mil especies extravagantes, que es de suponer no tratasen de desmentir los nobles. Rara vez el favorito de un príncipe consigue serlo del pueblo, mas ni aun así puede darse ministro mas impopular que lo fué Granvela. Odiábanle los nobles por su improvisado engrandecimiento, y por los ruines medios de que creían se habia valido para lograrlo; odiábale

(1) «C'est une grande confusion de la multitude des nostres qui sont icy luis pour la religion. On les estime en Londres, Sandvich, et comarque adjacente, de xvij á xx mille testes.» Carta de Assonleville á Granvela, *Ibid.*, p. 247.

(2) «Et qu' aussy ne se feroit rien par le cardinal sans l' accord des seigneurs et inquisiteurs d' Espaigne, dont necessairement s' ensuyvroit que tout se metroit en la puissance et arbitrage d' iceulx seigneurs inquisiteurs d' Espaigne.» Hopper, *Recueil et Mémorial*, p. 24.

el pueblo porque empleaba aquel poder en menoscabo y ruina de sus libertades. Nunca gobierno alguno, á no exceptuar el del duque de Alba, fué mas aborrido de los flamencos.

Así que, sin embargo de su entereza y del arrimo que hallaba en la gobernadora y en sus compañeros de Consejo, no podia hacer frente á tan obstinada animadversión, y cifraba todas sus esperanzas en la ida del rey á aquellos países, para que le sostuviese con su presencia. Este era el tema de su correspondencia en aquella época. «Aquí es cosa corriente,» escribia al secretario Perez, «que en España solo se piense en sacrificar á los Países Bajos; y los señores hablan tan desenvueltamente, que á cada momento me tomo una insurreccion..... Por amor de Dios, que venga el rey pronto, pues seria cargo de conciencia que no lo hiciese (1).» En seguida se queja de que al parecer le tengan abandonado. «Tres meses ha que recibí la última carta de la córte; me llegan las nuevas de España como si viniesen de Indias; y esto es sumamente perjudicial, y podrá llegar á costar caro (2).» Es pues, indudable, que su majestad, escudado con su real prerogativa, se cuidaba entonces mas de reci-

(1) «Que pour l'amour de Dieu, le Roi se dispose à venir aux Pays-Bas.... ce serait une grande charge pour sa conscience, que de ne le pas faire.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 213.

(2) «Des choses de cette cour nous ne savons pas plus que ceux qui sont aux Indes..... Le délai que le Roi met à répondre aux lettres qu'on lui adresse cause un grand préjudice aux affaires; il pourra coûter cher un jour.» Ibid. p. 199.

bir comunicaciones que de responder á ellas ; por lo menos eran sus cartas muy concisas, comparadas con la voluminosa coleccion de las de su ministro. Quizás este silencio seria político y calculado, para que en tales circunstancias no se interpretasen como leyes sus pareceres ó sus deseos. Preferia no dar ocasion á que sus designios se trasluciesen, y conforme á la naturaleza de su carácter, dejar obrar á los acontecimientos, y no violentarlos con precipitacion poco acertada. Porque no debemos olvidar que en el catálogo de los soberanos españoles, Felipe II se distingue con el sobrenombre de *el Prudente*.

CAPITULO VII.

CAIDA DE GRANVELA.

Liga contra Granvela.—Margarita propone su separacion.—Indecisiones de don Felipe.—Manda al cardenal retirarse.—Deja este los Países Bajos.

1562—1564.

A medida que los ánimos de los flamencos iban enconándose contra Granvela, según hemos ya visto en el capítulo precedente, mas y mas pugnaban los nobles que componian el consejo de Estado, por derribarle del ministerio. Una vez arrojada la máscara, determinaron no guardarle mas consideraciones, y de la oposicion con que recibian sus providencias, pasaron á ponerle en ridiculo, valiéndose de burlas y de sarcasmos; y viendo que ni aun por este medio lograban desconcertarle, y menos aun hacerle variar de política, recurrieron al de dejar de asistir á las deliberaciones del Consejo, en que se les daba tan escasa parte: terrible embarazo para la gobernadora, que necesitaba escudarse con ellos de los tiros de los de-

mas, y declinar así en parte la responsabilidad en que sus actos impopulares la habían puesto.

El mismo Granvela, á despecho de toda su serenidad, contemplaba tan grave aquel conflicto, que acudió solicitando su ayuda, siquiera fuese aparente, para conciliarse la benevolencia de sus enemigos, y así autorizó á la duquesa para que les dijese que él no tenía inconveniente en que asistiesen á la *consulta*, ni empeño en acudir á sus reuniones; y por último, que abandonaría el ministerio con tal que el rey consintiese en ello ⁽¹⁾. Si Margarita puso ó no esto en conocimiento de los nobles, no se sabe; mas de todas suertes, como semejantes concesiones no eran espontáneas, de poco provecho podían ser para calmar la irritación de sus adversarios ⁽²⁾.

Por el contrario renovaron estos sus esfuerzos para consolidar su liga, de cuya existencia recordaremos que ya había dado Granvela noticia en una carta del año precedente; y por de pronto se unieron entre sí con juramento de guardar secreto ⁽³⁾. Los que prin-

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, pp. 236, 242.

(2) La respuesta de don Felipe á la carta en que la duquesa le participaba la proposición de Granvela, fué muy característica. Si Margarita no podía conseguir otra cosa, que por lo menos procurase entrar en negociaciones sobre el particular con los descontentos, pero sin darse prisa á enviar relación de ello á España; y el rey por su parte diferiría cuanto le fuese posible sus respuestas; pues cualquiera resolución que se tomase, perjudicaría no menos á la justicia que á los intereses de la corona. (Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 237). Tal era la política espectante de aquel monarca.

(3) «Conclusero una lega contra 'l cardenal p' detto á diffesa commune contra chi vollesse offendere alcun di loro, la cual confortorono con solennissimo giuramento, ne sí curarono che se non li particulari

principalmente formaban esta confederacion eran los gobernadores de las provincias, los caballeros del Toison, en una palabra, gran número de los que componian la aristocracia mas autorizada del pais. Imposible parecia que resistiese gobierno alguno á semejante coalicion, y menos no pudiendo contar con las simpatías del pueblo; pero viendo que todas sus tentativas para derribar al cardenal eran infructuosas, determinaron por fin acudir al rey para conseguirlo. Decíanle en su representacion que conociendo cuán graves atenciones tenia su majestad sobre sí, habían disimulado y guardado silencio, por no molestarle mas con sus quejas, y que si ahora faltaban á su propósito, era porque sus deberes respecto al rey, y el riesgo que amenazaba á la nacion, así se lo prescribian. Encarecian el lamentable estado de los negocios, y sin especificar cargo alguno determinado, le imputaban la culpa al cardenal, ó mas bien á la situacion en que se hallaba respecto al pais, que no consentia hacer nada provechoso, siendo el ministro generalmente aborrecido del pueblo. Concluian rogando al rey que adoptase en breve alguna providencia para evitar un mal que podia ser causa de que todo se perdiese, suplicándole tambien que admitiera la dejacion que hacian de sus puestos en el consejo de Estado, donde en el actual estado de cosas era completamente inútil

foussero secreti per all' hora; ma publicorono questa loro unione, et questa lega fatta contra il cardinale. Relazione di Tiepolo, M. S.

su presencia. Esta representacion, de fecha 44 de marzo de 1563, iba firmada, en nombre de la coaliccion, por tres señores del consejo de Estado, el príncipe de Orange, el conde de Egmont y el conde de Hoorne ⁽¹⁾.

Este último pertenecía á una de las familias mas antiguas y distinguidas. Tenia á su cargo el almirantazgo de Holanda, y habia sido gobernador de Zutfen y de Güeldres. Acompañó á don Felipe á España, y durante su ausencia se dió el mando de la provincia de Güeldres al conde de Megen, que lo obtuvo, en concepto de Hoorne, por los buenos oficios del cardenal. Apenas volvió á su patria, se puso de parte de la oposicion. Era hombre sin duda alguna arrojado, activo é impaciente, pero, sin embargo, parece que debió su celebridad menos á su carácter, que á las circunstancias particulares en que se halló colocado.

La víspera de la fecha de esta representacion escribió Granvela una carta al rey, de la que se deduce que no estaba ignorante de lo que pasaba entre los señores. Decia haberlos reconvenido por su deslealtad en coligarse así contra el gobierno, falta que en otro tiempo hubiera dado ocasion á un procedimiento judicial ⁽²⁾; pero no cita nombre alguno mas que el

(1) Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, pp. 36, 38.

(2) «Que en otros tiempos por menor causa se havia mandado á fiscales proceder.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 154.

de Egmont, y esto para recomendarle como el mas razonable y prudente de los confederados, que si bien se habia dejado llevar de aviesos consejeros, debia esperarse que al fin reconoceria su yerro, y volveria á la obediencia de la autoridad. Añadia que no era fácil comprender la aversion con que los naturales miraban á los españoles, diciéndose en todas partes que la corte de Madrid trataba á estos como hijos legítimos, y á los flamencos como bastardos ⁽⁴⁾; y que era menester desimpresionar al pueblo de esta idea, procediendo con los flamencos del mismo modo que con los españoles, dándoles empleos lucrativos, pues los necesitaban, bien en España, bien en Italia, y que no seria malo poner en el vireinato de Sicilia al príncipe de Orange. Por este medio, el sagaz ministro, al propio tiempo que recompensaba á sus rivales, los tenia apartados de su pais; pero mal conocia el carácter de Guillermo si creia que con semejantes halagos podría alejarle de la oposicion.

Cuatro meses trascurrieron sin que los confederados recibieran respuesta alguna, en cuyo tiempo siguieron presentando los Países Bajos el mismo aspecto sombrío; hasta que por fin llegó la anhelada respuesta en pliego de 6 de junio. Su contenido era muy breve. Felipe agradecía á aquellos señores el celo é interés que mostraban por su servicio; mas bien con-

(4) «Que solos los de España sean legítimos, que son las palabras de que aquí y en Italia se usa.» Ibid. p. 453.

siderado el asunto, no hallaba bastante fundamento para sus quejas, ni para seguir el consejo que le daban de deshacerse de su ministro. Que esperaba dentro de poco visitar en persona los Países Bajos, aunque se alegraría de ver en España á alguno de los nobles para enterarse por menor de lo que pasaba, pues no tenia costumbre de condenar á sus ministros sin saber antes de qué se los acusaba ⁽¹⁾.

La circunstancia de no haber los señores formulado explícitamente queja alguna contra el cardenal, dió al rey una ventaja evidente en su correspondencia. Era mucho exigir que retirase inmediatamente á su ministro sin mas que la vaga asercion de su impopularidad, y sin un hecho siquiera en que fundar la acusacion de los desaciertos que se le atribuian. Pero tal era la situacion en que necesariamente habian de hallarse los enemigos de Granvela. El ministro obraba al tenor de las órdenes del rey, y desaprobando los actos del primero, era tanto como perder el respeto debido al soberano. Algun tiempo despues tuvo Egmont la franqueza poco comun de declarar, estando de sobremesa con un amigo del cardenal, que el golpe no tanto se dirigia al ministro como al monarca ⁽²⁾.

(1) «Car ce n'est ma coutume de grever aucuns de mes ministres sans cause.» Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 42.

(2) «S'estant le comte d'Egmont advanché aujourd'huy huit jours post *pocula* dire à Hoppérus, avec lequel il fut bien deux heures en devises, que ce n'estoit point à Granvelle que l'on vouloit, mais au roy, qui administre très mal le public et mesmes ce de la religion, comme

Fácil es colegir el descontento con que recibirían los señores tan lacónica carta. Indignábanse de que en tan poco se tuviesen sus reflexiones, y de que se los sacrificara á ellos y al país solo por el empeño del rey en sostener al ministro; así que se dirigieron á la gobernadora obligándola á consentir en la reunion de los caballeros de la órden, para tratar con ellos y con los demas nobles de la resolucion que deberia tomarse.

Decidióse en aquella junta que escribiesen los señores otra carta al rey, en nombre de todo el cuerpo, y que desde aquel dia no concurriesen mas al consejo de Estado ⁽¹⁾.

En la carta, que llevaba la fecha del 29 de julio, expresaban el sentimiento con que habian visto que su majestad no tomaba ninguna resolucion definitiva, cuando el país corria á su perdicion si no se atajaba el daño con prontas y enérgicas providencias. En cuanto á presentarse en España, se excusaban con lo crítico de las circunstancias en que se veian, dejando para otra ocasion y con otro objeto el emprender aquel viaje, si en ello era el rey gustoso. Que no habian intentado constituirse en acusadores, ni entablar un proceso contra el ministro, aunque esperaban que tendria su palabra suficiente autoridad en aquel asun-

¹ on luy at assez adverty.» Morillon, Archdeacon of Mechlin, to Gravelle, Archiv. de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 247.

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, pp. 256, 259, 259.

to. Que no se trataba de condenar al ministro, sino de separarle de un cargo para el cual no servia en manera alguna ⁽¹⁾. Que confiados en su amor y acrisolada lealtad al trono, no creian que fuese menester entrar en una minuciosa relacion de cargos, que por otra parte era muy fácil hacer; aunque el descontento y el desorden que en el pais reinaban, eran suficiente prueba de la incapacidad del ministro ⁽²⁾.

Añadian haber dado parte á la gobernadora del propósito que habian formado de no asistir en lo sucesivo á las deliberaciones del consejo, donde era inutil su presencia, esperando que fuese esta resolucion del beneplácito de su majestad. Afirmaban tambien estar determinados, como hombres leales y sinceros, á no admitir cargo alguno de los que el gobierno pretendiera confiarles; y por último concluian disculpando el lenguaje sobrado llano de su carta, porque no eran retóricos ni oradores, sino hombres mas acostumbrados á obrar que á hablar, como solia acontecer á las personas de su clase ⁽³⁾. Este último tiro

(1) «Il n'est pas icy question de grever ledict cardinal, ains plus-tost de le descharger, voire d'une charge laquelle non-seulement lui est peu convenable et comme extraordinaire, mais aussi ne peult plus estre en ses mains, sans grand dangier d'inconveniens et troubles.» Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 45.

(2) «Quand il n'y auroit que le desordre, mescontentement et confusion qui se trouve aujourd' huy en vos pays de par deçá, ce seroit tesmoignage de combien peu sert icy sa présence, crédit et auctorité.» Ibid. p. 46.

(3) «Que ne sommes point de nature grans orateurs ou harangueurs, et plus accoustumez à bien faire qu' à bien dire, comme aussy il est mieulx séant à gens de nostre qualité.» Ibid. p. 47.

Indudablemente se dirigia á Granvela. Firmaban la carta los tres mismos señores que la primera, y no tenia el mérito de la brevedad, sino que era difusa por extremo y estaba perfectamente escrita: su lenguaje el de hombres que al ejercicio de su autoridad, estaban acostumbrados á unir el sentimiento de su propio respeto, y así se lo imponian á sus adversarios. No eran seguramente capaces de ceder á lisonjas ni intimidaciones; siendo aquella la primera vez que Felipe oía hablar en tono tan resuelto á vasallos poderosos; lo cual debiera haberle hecho abrir los ojos para estudiar la condicion y carácter de sus súbditos flamencos.

Al propio tiempo extendió la confederacion una minuciosa memoria, y se la presentaron á Margarita. Enumeraban en ella los trastornos y desórdenes del pais, y con especialidad los causados por el estado de la religion, y los apuros en que se veía la hacienda. Contra todos aquellos males, el único remedio era la reunion de los estados generales, á que el rey se había opuesto sin duda por la perniciosa influencia de personas contrarias á los verdaderos intereses de la nacion. Y como de ningun fruto podian ser sus servicios mientras no se aplicase el único y verdadero remedio que exigian sus necesidades, rogaban á la gobernadora no llevase á mal que mientras se insistiera en la actual política, dejasen ellos de asistir al consejo de Estado, donde habian sido meramen-

te unas sombras en los cuatro postreros años (1).

Y con efecto, no volvieron á presentarse en el consejo, causando la mayor inquietud en el ánimo de Margarita, porque se veía abandonada de los nobles, en quienes el país tenía puesta su confianza, y sin otro auxilio que el del hombre aborrecido de todo el mundo. Tiempo hacia que adivinaba la tormenta que había de caer sobre la consagrada cabeza del ministro, y el intento de ofrecer un arrimo á su fortuna vacilante, hubiera equivalido á envolverse ella en su ruina. En semejante apuro recurrió á los confederados, y no pudiendo introducir entre ellos la division, trató de distraerlos de sus proyectos. Ellos por su parte rogaron á la gobernadora que no hiciese mas tiempo causa común con un ministro que tan perdida la tenía. Posible es que además infundiesen en su ánimo alguna sospecha respecto al papel secundario que estaba representando al lado de la ambicion presuntuosa del cardenal. Lo cierto es que en su conducta se efectuó un cambio completo, y que al paso que fué entibiándose su afecto hácia Granvela, contrajo mas estrechas relaciones con sus enemigos, sobre todo con Egmont, cuyos modales francos y cortesés, no menos que su adhesión, parece que le granjearon en sumo grado la estimación de la duquesa.

Convencida por último de que era imposible sos-

(1) «Faisons cesser l'ombre dont avons servy en iceluy quatre ans.» *Ibid.* p. 50.

tener mas tiempo el gobierno en aquel estado, resolvió Margarita escribir á su hermano sobre el particular, y al mismo tiempo enviar á España á su secretario privado Armenteros para que claramente expusiese al rey el aspecto que presentaban los negocios de los Países Bajos ⁽¹⁾.

Después de pintar minuciosamente su perturbación, y los obstáculos con que á cada paso se tropezaba, pasaba á hablar la duquesa de las disensiones entre los nobles y el cardenal. Refería quantos pasos habia dado para reconciliarlos entre sí, todos en balde; mostrábase penetrada del mérito de Granvela, de su gran capacidad, de su experiencia en los negocios, y del celo y preferencia con que atendia al mejor servicio del rey y la religion ⁽²⁾; pero en medio de esto conocia que empeñarse en sostenerle en los Países Bajos contra las exigencias de los nobles, era exponerse, no solo á graves disgustos, sino al peligro de un levantamiento general ⁽³⁾. La obligacion que habia contraido al encargarse de tan alto puesto, la imponía la de dar cuenta al rey del verdadero estado en que se hallaba el país, para que determinase lo que habia

(1) Mémoires de Granvelle, tom. II, p. 39 y sig.—Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 236.

2) «Elle connaît tout le mérite du cardinal, sa haute capacité, son expérience des affaires de Etat, le zèle et le dévouement qu' il montre pour le service de Dieu et du Roi.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 266.

3) «D' un autre côté, elle reconnaît que vouloir le maintenir aux Pays-Bas, contre le gré des seigneurs, pourrait entraîner de grands inconvénients, et même le soulèvement du pays.» Ibid., ubi supra.

de hacerse. Provisto de esta carta, y de minuciosas instrucciones de la duquesa, salió inmediatamente Armenteros para España.

Por entonces fué cuando el público descubrió, ó sospechó por lo menos, el estado en que se hallaba el gabinete de Bruselas, pues no faltaba gente interesada en divulgarlo; y abandonado el cardenal de sus amigos, quedó mas expuesto que antes á la ojeriza de sus adversarios. Desatáronse contra él en libelos, sátiras y pasquines. La mayor parte de estas composiciones, á manera de insectos que mueren cuando caen el agujon, caian en el olvido asi que pasaba la ocasion que los habia dictado; pero otros se han conservado hasta el presente, ó se conservaban á fines del siglo último, y aun con aplauso de un crítico, por el mérito literario de su ejecucion ⁽⁴⁾.

Era costumbre de los jóvenes, en la época á que nos referimos, reunirse en las ciudades y pueblos, y celebrar lo que se llamaban *justas académicas*, que consistian en disertaciones retóricas sobre los asuntos del día, y á veces versaban sobre puntos de carácter político ó teológico. Las especies que entre el público corrian, suministraban abundante materia á aquel entretenimiento, y de sus resultas cada vez quedaba el cardenal mas mal parado. Tratóse de poner coto á aquellas libertades, pero solo se consi-

(4) Reiffenberg, Correspondance de Marguerite d' Autriche, p. 26, nota.

guió estimular el ingenio y aviesa indole de los murmuradores ⁽¹⁾.

Claro es que no tardaría Grauvela en conocer lo que habia perdido para con la gobernadora, y las intimas relaciones que habia esta contraido con sus enemigos; su altivez, sin embargo, ó su política le sostuvieron de modo, que la duquesa no pudo traslucir siquiera su mortificacion. Maltratado de todo el mundo, excepto de los pocos conocidos con el nombre de *cardenalicios*, cada vez mas mermada su influencia en el ánimo de Margarita, en incesante pugna con la nobleza y detestado del pueblo, jamás ministro alguno se vió en tan precaria situación, ni ninguno hubiera podido sostenerse un solo día en semejantes circunstancias. Pero Grauvela no desalentaba: á medida que todos le abaulonaban, era mayor su confianza en sí propio, y el denuedo que mostraba en su aislamiento, la audacia con que hacia frente á toda una nacion, hubieran debido infundir respeto á sus enemigos. No hizo la mas mínima concesion para atraerse el apoyo de la nobleza ni para recobrar el favor de la gobernadora; no se amilanó ante los peligros y responsabilidad de su cargo, aunque esta era ya muy grave. Hablando de los continuos cuidados que lo aquejaban, escribia al secretario Perez: «Mis cabellos han encanecido de manera, que no me conoceriais ⁽²⁾.» Y no

(1) Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 53.

(2) «Vous ne me reconnoîtrez plus, tant mes cheveux ont blanchi.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 206.

tenia á la sazón mas que cuarenta y seis años. En cierta ocasion llegó á decir al rey que «si su majestad no iba pronto á los Países Bajos, se veria obligado á retirarse (1);» pero este fué un arranque repentino que le sugirió lo apurado de su situación. Mas ingenuo era despues escribiendo al mismo secretario Perez: «Me veo tan amenazado por todas partes, que muchos me deben de dar ya por muerto; pero con la ayuda de Dios espero vivir cuanto me sea posible, y aunque acaben conmigo, no conseguirán gran cosa (2).» Nunca, sin embargo, manifestaba descos de ser de puesto, ni su ambicion le consentia abandonar el timon que tenia empuñado, pues cuanto mas arreciaba la tormenta, con mas fuerza se asia á la tabla de su fortuna.

La llegada de Armenteros y las nuevas que llevaba causaron en la córte de Madrid una impresion muy profunda. «Estamos en visperas de un terrible incendio,» escribia uno de los secretarios de don Felipe, y se equivocan mucho los que presumen que llegará á apagarse como otras veces.» Mostrábase éste mismo deseoso de que Granvela se retirase antes de que le hicieran retirar por fuerza; «pero la ambicion, añade, y el pundonor se oponen á esto; ade-

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 274.

(2) «Moi qui ne suis qu' un ver de terre, je suis menacé de tant de côtes, que beuaconp doivent me tenir déjà pour mort; mais je tâcherai, avec l' aide de Dieu, de vivre autant que possible, et si l' on me tue, j' espère qu' on n' aura pas gagné tout par là.» Ibid., p. 284.

mas de que tampoco lo desea su majestad (1).»

Ni era fácil asegurar qué deseaba el rey, y mucho menos la determinación que adoptaría. Repugnábale (y era muy natural) abandonar á un ministro cuyo yerro mas grande consistia en haber obedecido al pié de la letra las prescripciones de su soberano; y así aseguraba que no se desprendería de él, aunque le costase la pérdida de los Países Bajos (2). Pero ¿cómo sostener á un ministro que tenia contra sí á toda la nación? En semejante apuro, pidió Felipe consejo al hombre que mas confianza le merecía, al duque de Alba, y por cierto que no podía elegir otro peor en tan árduas circunstancias.

La respuesta del duque fué la que debía esperarse de su carácter. «Cada vez que veo, decia, los despachos de aquellos tres señores de Flándes, me mueven la cólera de manera, que si no procurase mucho templarla, creo parecería á V. M. mi opinion de hombre frenético (3).» Tras este apacible exordio, aconseja al rey que por ningún motivo separe á Granvela del gobierno de los Países Bajos. «Seria indudable, añade, que el cardenal vendria á resultar la primera víctima. Toda rebelion contra un príncipe empieza

(1) Archives de la Maison d'Orange Nassau, tom. I, p. 199.

(2) «Hablándote yo en ello,» escribe el secretario Potez á Granvela, «como era razon, me respondió que por su lee ántes aventuraria á perder esos estados que hazer esse agravio á V. S.; en lo qual conociera la gran voluntad que le tiene.» Papiers d'Etat de Granvelle, tom. VII, p. 102.

(3) Carta del duque de Alba al rey, á 21 de octubre de 1563. M. S.

naturalmente por la guerra contra sus ministros. Mejor seria, prosigue, reducirlo todo de una vez á justicia sumaria; y si esto no es posible, ver de dividir á los nobles, ganando al de Egmont y á los que le siguen, con favores, y mostrándose desabrido con los que han ofendido menos. A los grandes que lo merezcan, quítenles las cabezas; y hasta poderlo hacer, disimular con ellos ⁽¹⁾.»

Siguió el rey en parte este dictámen, pues el disimular no le costaba gran trabajo; pero cuanto mas reflexionaba en el asunto, mas se convencía de que era imposible sostener al peligroso ministro en aquel cargo. Creíalo así, y sin embargo no se atrevía ni aun á indicarlo. Iban pasando los meses, y en vez de regresar Armenteros con sus despachos, continuaba esperando en Madrid. No parecia sino que en esto, como en cosas de menos importancia, se habia propuesto don Felipe dejar obrar por sí á los acontecimientos, y no intervenir en ellos directamente.

A principios de enero de 1564, la duquesa de Parma advirtió á su hermano que los señores llevaban muy á mal su largo silencio; que, segun decian, se tomaba muy poco cuidado por las cosas de Flándes, y se dejaba llevar de consejeros perniciosos, que le inducian á tratar aquel país como tierra conquistada; y concluía rogándole que respondiera á la

(1) *Ibid.*

carta de los nobles, y sobre todo escribiera afectuosamente al conde de Egmont, pues merecia esta benevolencia por el celo que mostraba en favor de su soberano (1).

Es extraño que la gobernadora recomendase á uno de los caudillos de la oposicion en términos tan diferentes de los que antes habia empleado; y esto prueba que el conde ejercia ya algun ascendiente sobre su ánimo. Adviértese con efecto, tanto en las cartas de la duquesa como en las del cardenal, que se habla de Egmont mas favorablemente que de sus compañeros. En punto á prácticas religiosas, su conducta era irreprochable: su trato afectuoso y su carácter jovial y franco, le grangeaban la aficion de todos cuantos le trataban; era opinion general que á poca costa podia apartársele de los descontentos con quienes andaba unido; al contrario de lo que sucedia con el príncipe de Orange.

En una carta de Granvela á don Felipe, que no lleva fecha, aunque probablemente debió escribirse por este tiempo (2), se ven retratados, ó mas bien bosque-

(1) «Comme je l' ai toujours trouvé plein d' empressement et de zèle pour tout ce qui touche le service de V. M. et le avantage du pays, je supplie V. M. de faire au comte d' Egmont une réponse affectueuse, afin qu' il ne désespère pas de sa bonté.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 281.

(2) Esta carta, que se halla entre los MSS. de Besançon, la inserta don Próspero Levesque en su vida del cardenal (Mémoires de Granvelle, tom. II, p. 52.) El ilustrado benedictino dice en el prólogo de su obra que copia exactamente el texto de la correspondencia de Granvela tal como se lee; pero con solo ver esta carta se persuadirá cualquiera de la alteracion hecha en todas sus frases por el curioso investigador.

jados, aunque de mano maestra, los dos jefes de la oposicion. Egmont está representado como hombre de incontrastable fé, y leal en su proceder, pero fascinado por el de Orange y fácil de ganar con lisonjas ó con mercedes ⁽¹⁾; el otro, por el contrario, aparece como enemigo astuto y peligroso, profundo en sus miras, insaciable en su ambicion, nada voluble, y duro á las impresiones que trataran de comunicarle ⁽²⁾. En este último se ve el verdadero caudillo de la revolucion.

Disgustados con la indiferencia que probaba el tenaz silencio del rey, y á pesar de las reflexiones de la duquesa, mandaron los nobles al correo que habian enviado á Madrid para que les llevase los despachos reales, que no esperase mas y se volviera á Flándes ⁽³⁾. Por fortuna volvió don Felipe en sí, y á fines de enero de 1564 despachó á Armenteros con su respuesta. Lo mas importante que en esta se contenia, eran las dimisorias que enviaba al cardenal. La carta era muy breve. «Teniendo en consideracion lo que me habois escrito, lo decia, creo conveniente que dejéis los Paises Bajos por unos dias, y vayais á Borgoña á ver á vuestra madre, contando con la vénia de la du-

(1) Mémoires de Granvelle, tom. II, p. 55.

(2) «Le prince d' Orange est un homme dangereux, fin, rusé, affectant de soutenir le peuple.... Je pense qu' un pareil génie qui a des vûes profondes est fort difficile à ménager, et qu' il n' est guères possible de le faire changer.» Ibid. pp. 53, 54.

(3) «Causant l' autre jour avec elle, le comte d' Egmont lui montra un grand mécontentement de ce que le roi n' avait daigné faire un seul mot de réponse ni à lui, ni aux autres. Il dit que, voyant cela, ils etaient décidés à ordonner à leur courrier qu' il revint sans attendre davantage.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 283.

quesa de Parma. Por este medio conservaremos, yo mi autoridad y vos vuestra reputacion (1).»

Mucho se ha cuestionado hasta hoy sobre si la retirada del cardenal fué voluntaria, pero el reciente descubrimiento de la carta de don Felipe no deja ya duda alguna sobre este punto (2); se retiró por orden del soberano; pero esta fué dictada por la necesidad, y se dió de modo que no lastimase la sensibilidad ni el crédito del ministro. Nadie presumió que la ausencia de Granvela durase largo tiempo, y menos que fuese la última; pues el mismo don Felipe, aun escribiendo aquella carta, abrigaba la esperanza de que el cardenal volveria en breve: por lo menos así lo dió á entender en los despachos que al propio tiempo envió á doña Margarita.

No mucho despues, el 19 de Febrero, contestó por fin á los señores flamencos, pero en un tono que indicaba hallarse muy ofendió. Maravillábase de

(1) «Il a pensé, d'après ce que le cardinal lui a écrit, qu'il serait très à propos qu'il allât voir sa mère, avec la permission de la duchesse de Parme. De cette manière, l'autorité du roi et la réputation du cardinal seront sauvées.» Ibid, p. 285.

(2) El infatigable investigador de MSS., M. Gachard, tuvo algun indicio de que existia semejante carta en el archivo de Simancas, y por espacio de dos meses la anduvo á los alcancos, hasta que en hora dichosa tropezó con aquella joya. El lector participará sin duda del entusiasmo del literato belga, oyéndole referir el caso: «Je redoublai d'attention; et enfin, après deux mois de travail, je découvris, sur un petit chiffon de papier, la minute de la fameuse lettre dont faisait mention la duchesse de Parme: elle avait été classée, par un mépris de je ne sais quel official, avec les papiers de l'année 1562. On lisait en tête: *De mano del rey; secreta*. Vous comprenez, monseigneur le ministre, la joie que me fit éprouver cette découverte: ce sont là des jouissances qui dédomagent de bien des fatigues, de bien des ennuis! — Rapport à M. le ministre de l'Intérieur, Ibid. p. cixxxx.

que por una causa cualquiera hubieran abandonado el consejo para el cual los habia nombrado (1), esperando que volviesen á tomar parte en sus deliberaciones y que antepusiesen el bien público á consideraciones particulares (2); y respecto á la destitucion del ministro, pues no habian tenido á bien especificar los cargos que contra él resultasen, se tomaría tiempo para pensar la resolucion que creyera conveniente. De manera que habian pasado tres semanas desde que envió las dimisorias al cardenal, y escribia á sus enemigos como si aquel asunto estuviese aun en el mismo estado, confiando sin duda en que levantando la voz de su autoridad, impondria respeto á la contumacia de los nobles, y por el temor los obligaria á obedecer sus mandatos. Si llegaba á conseguir esto, podia volver el cardenal á empuñar las riendas del gobierno (3).

Pero Felipe ignoraba que tenia que habérselas con hombres no tan sumisos como los castellanos. El tono

(1) «M' esbayz bien que, pour chose quelconque, vous ayez délaissé d' entrer au conseil où je vous avois laissé.» Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 67.

(2) «Ne faillez d' y rentrer, et monstrez de combien vous estimez plus mon service et le bien de mes pays de delà, que autre particularité quelconque.» Ibid., p. 68.

(3) La intencion de don Felipe se ve palpablemente en sus comunicaciones á Margarita y en las dos cartas que la incluía para Egmont. En cada una de estas se expresaba en sentido contrario: en la una dispensaba á Egmont de ir á Madrid, segun se habia tratado, y en la otra le invitaba á verificarlo; y á la discrecion de Margarita quedaba el entregarle la que tuviera por conveniente. Esto puso en un grande apuro á la duquesa, viendo que tendria que decidirse por el extremo que menos la agradaba. Felipe no conocia á los flamencos tan bien como ella.

altivo de aquella carta encendió en ira á los señores flamencos, que presentándose á la gobernadora, le manifestaron estar resueltos á no poner mas los piés en el consejo. Ni llevaba trazas su determinacion de parar en esto; y Margarita, llena de sobresalto previó la conmocion que resultaria si el resto de la nobleza llegara á enterarse de aquella carta (1). Temiendo, pues, un paso impremeditado, que no pudiera tener remedio, decidió que anunciase el cardenal su partida, y en caso contrario anunciarla ella. El designio de don Felipe quedó frustrado; y así fué menester que declarase públicamente el ministro que habiendo llegado á Bruselas su hermano, el enviado que estaba en Francia, habia logrado permiso de la gobernadora para acompañarle á visitar á su anciana madre, á quien hacia catorce años que no habia visto (2).

(1) «En effet, le prince d'Orange et le comte d'Egmont, les seuls qui se trouvaient à Bruxelles, montrèrent tant de tristesse et de mécontentement de la courte et sèche réponse du roi, qu'il était à craindre qu'après qu'elle aurait été communiquée aux autres seigneurs, il ne fût pris quelque résolution contraire au service du roi.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 294.

(2) «Con la venida de Mons. de Chantonnay, mi hermano, á Bruselas, y su determinacion de encaminarse á estas partes, me pareció tomar color de venir hacia acá donde no habia estado en 19 años, y ver á madama de Granvela, mi madre, que ha 14 que no la habia visto.» Ibid., p. 298.

Parece que Granvela dió en la candidez de creer que solo Margarita tenia noticia de la existencia de la carta del rey, que era secreta y estaba escrita de su propio puño; así es que en varias esquelas en que hablaba de su marcha, decia ser una resolucion espontánea que habia formado de ver á su venerable madre. Debí, pues, reirse el secretario Perez al leer una de aquellas esquelas, dirigida á él mismo, pues tenia en su cartera un extracto del despacho real. Tambien los señores de Flándes, sin duda por el secretario de la duquesa, Armenteros; parece que sabian la verdad del caso. Era novedad muy grande para que se tuviese oculta.

La noticia de la renuncia del ministro y su pronta marcha se propagó instantáneamente por todas partes, y causó un regocijo universal. Aguzaron el ingenio los satíricos de la época, y acosaron al ministro caído con innumerables libelos, pasquines y caricaturas. Una de estas, que se hizo llegar á sus manos, como si hubiera sido un memorial, le representaba empujando una eria de obispos pequeñitos, que iban saliendo de sus cascarones. Encima se veía la figura del diablo, de cuya boca salía un letrero con estas palabras: «Este es mi hijo; oídle (1).»

Por entonces ocurrió que en un convite á que habían concurrido varios nobles, recayó la conversacion en los excesivos gastos que hacia la aristocracia, y con especialidad en la multitud y lujo con que iban vestidos sus criados. Llevaban, con efecto, ricas y costosas libreas, cuyos colores indicaban la casa á que cada cual pertenecía, y Granvela habia dado tambien en este género de ostentacion. Propusieronse, pues, aminorar este gasto, usando de vestidos mas modestos y uniformes, y eligieron á Egmont para que in-

(1) Schiller, *Abfall der Niederlande*, p. 447.

Entre otras invenciones, hubo una mascarada en que salió un diablo persiguiendo á un cardenal con unas disciplinas hechas de cola de zorra. «Deinde sequebatur diabolus, equam dicti cardinalis caudis vulpinis iustigans, magna cum totius populi admiratione et scandalo.» (*Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. VIII, p. 77.) Las colas de zorra eran una ingeniosa alusion á Renard, que tomó una parte muy activa y terrible en la guerra por escrito con que se dió principio á la revolucion. Renard, segun recordará el lector, era el ministro imperial en Inglaterra en tiempo de la reina Maria, y enemigo implacable de Granvela, á quien sin embargo habia debido algun tiempo muchos beneficios.

ventase libreas sencillas como las que se usaban en Alemania. Decidióse él por un traje verde oscuro, sustituyendo á los cordones y agujetas que llevaban pendientes de los hombros, unas tiras anchas de paño en que se viese bordada una cabeza con un birrete. En la cabeza se procuró imitar con toda exactitud la de Granvela, y el birrete, que era encarnado, adquirió completa semejanza con un capelo. No fué menester mas. La invencion pareció extremada y se recibió con grande aplauso, vistiendo inmediatamente los nobles á sus criados con la nueva librea, que tenia la ventaja de ser muy económica. Hízose de ella un distintivo de partido, y no se daban mano los sastres de Bruselas á servir á sus parroquianos. Luego ya no se contentaron con retratar á Granvela, sino á Arschot, á Aremberg y á Viglio, amigos del cardenal. La duquesa celebró al principio la ocurrencia, y tuvo la humorada de enviar á don Felipe algunas muestras de los bordados; pero Granvela creyó demasiado pesada aquella chanza, declarando que era un insulto contra el gobierno, y el rey prohibió gastar semejantes distintivos. Un poco difícil era por lo mucho que se habian generalizado; si bien consiguió Margarita al cabo persuadir á los señores que adoptasen otro en que no se viese tan patente la personalidad, y se substituyó con un hacecillo de flechas. Tambien en esto se halló una interpretacion harto ofensiva, pues indicaba la liga de la nobleza; y de aqui se dice que tomó ori-

gen la insignia que adoptaron despues las siete Provincias Unidas ⁽¹⁾.

El dia 13 de marzo de 1564, salió Granvela de Brusélas, adonde no habia de volver mas ⁽²⁾. «Extraordinaria fué con este motivo, dice uno del consejo privado, la alegría de los nobles: parecian chiquillos al salir de la escuela ⁽³⁾.» Los tres señores, individuos del consejo de Estado, dijeron á la duquesa en un papel que la enviaron, que estaban prontos á tomar de nuevo parte en las sesiones, pero en la inteligencia de que si volvía el ministro, ellos tambien volverian á retirarse ⁽⁴⁾. Granvela habia extendido la voz de que seria breve su ausencia; sin embargo, la gobernadora escribió á su hermano recomendándole eficazmente á los señores, de lo cual se hubicra abstenido á creer que el cardenal regresaria; y ellos por

(1) Strada, De Bello Belgico, pp. 461, 464.—Vander Haer, De Inimicis Tumultuum Belgicorum, p. 166.—Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 53.—Correspondance de Philippe II, tom. I, pp. 294, 295.

(2) Cita esta fecha el principe de Orange en una carta al landgrave de Hesse, escrita quince dias despues de la salida del cardenal. (Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 226.) En este hecho, que fué tan público y notorio, reina, sin embargo, poca conformidad. Hopper, amigo de Granvela, dice que partió el último dia de mayo; pero el que cultivo la historia no extrañará semejantes contradicciones.

(3) «Ejus inimici, qui in senatu erant, non aliter exultavere quam pueri abeunte ludimagistro.» Vita Viglii, p. 33.

Hoogstraten y Brederode, así que vieron que el cardenal salia de Brusélas, tuvieron el capricho de montarse en un caballo, el uno en la silla y el otro en la grupa, y embozados en sus capas, ir siguiéndole por espacio de media legua ó mas. El mismo Granvela refiere el caso, en una carta que escribió á doña Margarita, aunque no sospechó quienes eran, pues supuso que aquello seria una calaverada de muchachos. Papiers d' Etat de Granvelle, tom. VII, p. 410, 426.

(4) Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 226.

su parte la aseguraron que si tal acontecia, el ministro pondría en riesgo su vida, y el rey su dominio en los Países Bajos (1).

Tambien los mismos señores escribieron á Felipe dándole cuenta de que habian vuelto al consejo, y haciéndole las mayores protestas de lealtad. El rey por su parte les contestó muy afablemente, sobre todo al príncipe de Orange, que habia aludido á las calumnias con que se habia tratado de malquistarle en su real ánimo, asegurándole «que jamás habia dudado un solo momento de que Guillermo continuaria mostrando por su servicio el mismo celo que hasta entonces, y que él no daría oídos á los que le inspirasen recelos acerca de una persona de su clase, á quien tan perfectamente conocia (2).» Bien se ve que en estos cumplimientos habia algo de ambigüedad, pero el resultado era que parecian haber vuelto uno y otro á mirarse con confianza. Para los que solo juzgaban por exterioridades, que eran la mayor parte, la destitucion del cardenal ponía término á todas las diferencias; mas á los perspicaces no se les ocultaba que aquella calma era superficial, pues veian, mas clara-

(1) «Le comte d' Egmont lui á dit, entre autres, que, si le cardinal revenait, indubitablement il perdrait la vie, et mettrait le Roi en risque de perdre les Pays-Bas.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 295.

(2) «Je n' ay entendu de personne chose dont je peusse concevoir quelque doute que vous ne fussiez, á l' endroit de mon service, tel que je vous ay cogneu, ny suis si légier de prêter l' oreille á ceulx qui me tascherent de mettre en ombre d' ung personnage de vostre qualité, et que je cognois si bien.» Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 76.

mente que si el mar estuviese alborotado, las rocas que por todas partes se levantaban, y contra las cuales la nave del estado tarde ó temprano se estrellaria.

Dejó, pues, el cardenal los Países Bajos, y se retiró á su estado patrimonial de Besanzon, que le brindaba con cuantos regalos podian proporcionar la riqueza y el mas exquisito gusto. En aquella agradable morada, desvanecidas ya todas sus ilusiones, volvió el célebre político á los cuidados que en sus primeros, y quizá mas felices tiempos, le habian merecido la preferencia ⁽¹⁾. Tenia particular inclinacion á las ciencias físicas; era muy aficionado á las letras, y mostraba en su cultivo un espíritu verdaderamente liberal. Veíasele rodeado siempre de artistas y literatos, y tomaba un vivo interés en sus adelantos. Secretario suyo fué Justo Lipsio, que se hizo despues tan célebre, y favorecido Plantino, que rivalizó en Flándes con los famosos Aldos de Venecia. Dispensaba fácilmente su proteccion á todos los talentos, cualquiera que fuese la esfera donde brillaban, y asi no es extraño que en el transeurso de su vida recibiese, segun se dice, mas de cien dedicatorias. Aunque codicioso de riquezas, no era amigo de guardarlas, an-

(1) «Quiero de aqui adelante hazerme ciego y sordo, y tractar con mis libros, y negocios particulares, y dexar el público a los que tanto saben y pueden, y componerme quanto al reposo y sosiego.» *Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. VIII, p. 94. Ilusiones y no mas, tan antiguas como la de Horacio en su *Beatus illic*, etc.

tes bien invertía sus cuantiosas rentas en la fundación de museos, colegios y bibliotecas públicas. Besanzon, que era donde habitaba, no fué la que menos se aprovechó de su munificencia (1).

Tal es el retrato que los historiadores han hecho del ministro ya retirado de los negocios. Sus propias cartas manifiestan que en medio de todos aquellos placeres, no se mostraba insensible á otros menos espirituales, pues escribió á uno de los secretarios de Margarita, á poco de llegar á Besanzon, y concluía con estas palabras: «Sé que Dios recompensa á los hombres segun sus obras, y confío que no me negará su ayuda, y aun que podrá aprovecharme aquello mismo que mis enemigos fraguan para perderme. Tal es mi filosofía; y con ella espero vivir alegremente en cuanto es posible, riéndome del mundo, de sus calumnias y sus pasiones (2).»

A vueltas de todo su estoicismo, el político cardinal no se resignaba con su suerte hasta el punto de renunciar á la esperanza de verse reintegrado en la posesion de su autoridad. «Dentro de dos meses, decía, calculo que habré vuelto ahí (3).» Seguía en continua correspondencia con sus amigos de Bruselas, y

(1) Gerlaché, Royaume des Pays-Bas, tom. I, p. 79.

(2) «Véla ma philosophie, et procurer avec tout cela de vivre le plus joyeusement que l'on peut, et se rire du monde, des passions, et de ce qu'ilz dieut sans fondement.» Archives de la Maisop d'Orange-Nassau, tom. I, p. 240.

(3) «Ilz auront avánt mon retour, que ne sera, á mon compte, plus tost que d'icy á deux mois, partant au commencement de juing.» Ibid., p. 236.

transmitia cuantas noticias adquiria por este medio, añadiendo sus propias reflexiones, á la corte de Madrid. Felipe agradecia y tenia en mucho sus consejos; por lo que el desterrado ministro presumia seguir ejerciendo desde su oscuro rincon grande influencia en los destinos de Flándes.

Los papeles de Granvela tienen una historia muy curiosa. Este ministro se parecia á su soberano, Felipe II, en la fecundidad de su talento epistolar. Que el rey hallaba un verdadero deleite en escribir, á pesar de que descargaba este peso en otro, siempre que le convenia, lo prueba la multitud de cartas suyas que se conservan. El ejemplo del monarca parece que influyó en los cortesanos; y no hay reinado alguno de aquella época que mas se haya dado á conocer por la multitud de materiales escritos de mano de los principales actores que en todo él figuraron. El historiador no tiene que quejarse de falta de datos, sino mas bien de un exceso que ya embaraza.

Granvela desempeñó los cargos mas importantes de los dominios españoles, y en todos ellos, en los Países Bajos como ministro, en Nápoles como virey, en España como jefe del gabinete y en Besanzón como retirado ya de la vida pública, dejó copiosas memorias de su puño y letra, sobre todo en el último punto, que era su patria, y el que eligió, como hemos visto, para desquitarse del tráfico de los negocios en la apacible tranquilidad del retiro, aunque bien mirado, no debia agradarle tanto como el borrascoso torbellino de la política, á juzgar por la tenacidad con que procuró mantenerse en el ministerio.

Dejó, pues, depositadas en su biblioteca de Besanzón, no solo sus propias cartas, sino cuantas hasta entonces habia recibido, pues todas las conservaba, aunque fuesen de personas humildes, teniendo la costumbre, lo mismo que el rey, de poner al márgen lo que se le ocurria; y como sus relaciones personales y políticas eran con los hombres mas importantes de la época, nada tiene de extraño que fuera inmenso el cúmulo de correspondencias que tenia archivadas. Mas desgraciadamente, al morir, en vez de legar sus manuscritos á un establecimiento público, que hubiera sido responsable de su conservacion, los dejó á herederos que no supieron apreciarlos; andando el tiempo los amontonaron en desvanes, considerándolos como papel viejo; echaron mano de ellos los muchachos y los criados, y una gran cantidad se vendió á un especiero, que destinó la correspondencia de tan gran político á envolver las menudencias de su mercancia.

De tan ignominioso destino libró felizmente al resto de la coleccion el

abad Boissot con sus generosos esfuerzos. Esta excelente é ilustrado religioso era superior del monasterio de benedictinos de San Vicente, en Besanzon, y ademas natural de la misma ciudad, y tenia noticias circunstanciadas de los papeles de Granvela, asi como de su importancia. En ocho años que habian trascorrido desde la muerte del cardinal, se habian repartido los manuscritos entre varios herederos, de los cuales unos se los cedieron gratuitamente al abad Boissot, y otros se los vendieron; por cuyo medio logró por fin reunir todos los que se conservaban de tan vasta coleccion, y dedicó el resto de su vida á estudiar y coordinar aquella multitud de papeles segun los asuntos á que cada uno se referia. Como complemento de sus trabajos hizo encuadernar los manuscritos ya arreglados en ochenta y dos volúmenes en folio; con lo que quedaron asi asegurados de todo extravío en lo sucesivo.

No vivió Boissot bastante tiempo para publicar una nota de su coleccion, que á su muerte dispuso heredasen los monjes de San Vicente, á condicion de que habian de facilitarla siempre al público de Besanzon; y es por lo mismo extraño que siendo conocida de los eruditos la existencia de aquel importante repertorio de documentos originales, tan pocos se aprovechasen de ellos. Sin duda la situacion de aquel punto, en medio de una provincia distante, retrajo á muchos de los investigadores, y mas en una época en que el público era bastante crédulo y no se tomaba el trabajo de acudir á las verdaderas fuentes para buscar noticias. Lo que sí es mas raro, que los benedictinos compañeros de Boissot se tomasen tan poco interés por un tesoro que tenian en su propia casa. Uno de ellos, dom Próspero l' Evesque, se aprovechó sin embargo de la coleccion de Boissot para dar á luz sus Memorias de Granvela, obra en dos tomos, en 4.º, que á pesar de referirse á tan buenos materiales, apenas contiene nada curioso, como no sea el extracto casual de las correspondencias de Granvela.

Por fin, en 1834, llamó este asunto la atencion de Mr. Guizot, ministro entonces de Instruccion Pública en Francia, que nombró una comision de cinco literatos, presidida por el sabio Weiss, para que examinase los papeles de Granvela con el objeto de publicarlos inmediatamente. Levóse esta empresa á cabo con una diligencia y celo que no podrian menos de satisfacer al ilustrado ministro; y en 1839 quedaron perfectamente analizados y clasificados todos aquellos papeles, y elegidos los que se creyeron mas dignos de darse á la estampa. En 1844 sedió á luz el primer tomo, en cuyo prefacio decia el presidente de la comision, Mr. Weiss, que esperaba estoviesen publicados los demas para 1843; pero no ha sucedido asi, pues en 1854 habian salido nueve tomos, y despues ignoro lo que habrá adelantado la publicacion.

Los Papeles de Estado no contienen solo las correspondencias de Granvela, sino una porcion de documentos históricos, entre ellos muchos oficiales, papeles de Estado y correspondencias diplomáticas de los ministros extranjeros, la de Renard, por ejemplo, tantas veces citadas en esta historia. Comprenden ademas multitud de cartas de don Felipe y de Carlos V, pues los primeros volúmenes se refieren á la época del emperador. Y no es la parte menos preciosa de la coleccion la de la correspondencia particular del ministro, pues merecia la confianza de su soberano hasta el punto de que aun no estando al frente de los negocios, era consultado incesantemente por el rey so-

Bra el mejor medio de manejarlos. Contra lo que sucede á la mayor parte de los ministros, seguia disfrutando del favor régio, aunque no de su elevacion; y así pocas asuntos de importancia ocurrían en que directa ó indirectamente no tomase alguna parte. Sus cartas son una guia que conduce al historiador por enmedio de caminos enmarañados, revelándole los verdaderos motivos que obligaron á obrar de éste ó aquel modo determinado.

Las relaciones de Granvela con las personas mas eminentes de la época eran tan íntimas, que sus correspondencias son, por decirlo así, el espejo de la misma época, en que se ven retratadas sus opiniones y sus principios. Por la misma razon pueden considerarse llenos de datos así personales como políticos, y no solo con relacion á España, sino á los demas países de Europa con quienes aquella estaba en comunicacion no interrumpida. El gobierno francés ha hecho un importante servicio con la publicacion de una obra tan llena de ilustraciones para la historia del siglo décimo sexto. El editor Mr. Weiss ha procedido en sus trabajos observando los principios que todo editor debe tener presentes; y en lugar de encarcerar las dificultades de su empresa, y ponerse á sí propio en evidencia para con el lector, ha procurado únicamente esclarecer lo que resultaba oscuro en el texto, y suministrar cuantas noticias ha creído convenientes para la mejor inteligencia de los documentos.

CAPITULO VIII.

REFORMAS SOLICITADAS POR LOS SEÑORES.

Política de Felipe.—Ascendiente de los nobles.—Incertidumbres de la Gobernadora.—Egmont enviado á España.

1564.—1565.

Hemos llegado en la historia de la revolución de Flándes á la época en que llenos ya de inquietud los ánimos de los naturales, se vió el rey obligado á destituir á su impopular ministro, y poner las riendas del gobierno en manos de la nobleza. Mas antes de internarnos en el asunto, será bien que volvamos la vista atrás, para que comprendamos mejor las relaciones que unian entre sí á cada una de las partes al principio de la contienda.

En una carta que escribió á su hermana la gobernadora, cosa de dos años despues de este período, le decia: «Yo no he tenido nunca otra mira que el bien de mis vasallos. En todo quanto he hecho he seguido los pasos de mi padre, bajo cuyo cetro es notorio que el pueblo de los Países Bajos vivió satisfa-

cho y feliz. Con respecto á la Inquisicion, digan lo que quieran, no he tratado de hacer novedad alguna; y en cuanto á los edictos, como yo me he propuesto siempre vivir y morir en la fé católica, no he podido permitir que mis vasallos obren de otra manera, y no sé cómo conseguir esto sin castigar á los transgresores. Dios sabe cuán enemigo soy de la efusion de sangre cristiana, mucho mas siendo de esos mis vasallos; y asi consideraré como una de las mayores dichas de mi reinado el no tener que recurrir á esta necesidad (1).»

Cualquiera que sea el concepto que hayamos formado de la sensibilidad de don Felipe, ó del afecto particular que profesase á sus vasallos de Flándes, es innegable que su política hasta entonces era sustancialmente la misma que la de su padre. Pero este vió querido y murió llorado de los flamencos, y á don Felipe desde luego le recibieron con odio y oposicion. Para apreciar con exactitud esta diferencia, bastará una sucinta reflexion.

Tanto Cárlos Quinto como Felipe Segundo, se constituyeron en acérrimos campeones del catolicismo; pero el celo del Emperador era tan racional, que siempre se acomodaba á las circunstancias, como en mas de una ocasion lo demostró, lo mismo en Flándes

(1) Esta notable carta, que lleva la fecha de Madrid de 6 de mayo (1566), se halla en el suplemento de Strada, tom. II, p. 346.

La carta que el autor cita está en francés; y asi no debe extrañarse que la traduccion conserve tan poco carácter del original.

que en Alemania. Felipe, por el contrario, ningun compromiso reconocia; era enemigo inexorable de los herejes; recurria á la persecucion como único remedio, y al tribunal de la fé como á la defensa mas segura. Su primer acto, apenas pisó la tierra de España, fué asistir á un auto de fé, lo cual hizo públicos sus designios, y asoció su nombre para siempre al de aquella terrible institucion.

Flándes libre, contemplaba la Inquisicion como debe suponerse que la contemplaria cualquier pueblo ilustrado y libre de nuestros dias. Amedrentábase á considerar el cúmulo de miserias que iba á atraer sobre sus hogares, la ruina y desolacion que con ella caeria sobre el pais. Todo lo que en cualquier concepto podia referirse á ella, se mostraba con el lúgubre aparato de sus rigores. Los edictos de Cárlos Quinto, escritos con sangre, parecian mas terribles porque señalaban las penas que debía imponer aquel tribunal; y hasta la creacion de los obispados, que era tan necesaria, se miraba con prevencion por los poderes inquisitoriales que desde luego se habia dado á los obispos, como una fuerza adicional al arma de la persecucion. La opinion del pueblo iba tomando creces, ya por los que nuevamente se convertian al protestantismo, ya por los que con sus rigores atizaban mas y mas el fuego de la rebelion.

Otra de las causas que influian en que se opusiese á la política de don Felipe mayor resistencia que á la

de su antecesor, era la mudanza que en su condicion habia experimentado el mismo pueblo. Con la relajacion general á que habian venido las leyes, ó mas bien la ejecucion de todas ellas, en los postreros tiempos de Cárlos Quinto, se habia aumentado considerablemente el número de los reformadores. En Luxemburgo, el Artois, Flándes y los estados limítrofes á Francia, predominaba el calvinismo; Holanda, Celandia y la parte del Norte formaban el campo de los anabaptistas; los luteranos se habian acogido á los distritos rayanos de la Alemania, mientras Ambéres, capital del comercio de Brabante y universal emporio de las naciones, daba abrigo á los partidarios de todas sectas. Hasta los judíos, tan perseguidos en la edad media, se dice que vivian allí tranquilos. Es, pues, evidente que circunstancias como aquellas requerian distinta legislacion que la existente en tiempo de Cárlos Quinto; porque una cosa era extirpar la cizaña de algunos campos, y otra sofocar enteramente las semillas de herejía que por todas partes fructificaban.

Otra razon, que debe tenerse muy en cuenta, del desvío con que se miraba á don Felipe, era su calidad de extranjero. Cárlos al fin era flamenco, y á los propios se les perdonan muchos yerros; pero su hijo era español, nacion mal mirada de los naturales de aquellas tierras. Por esto su política hubiera debido atender á contemporizar con las preocupaciones nacionales, y á mostrar por lo menos alguna confianza

en los principales de la nobleza; pero lejos de esto, comenzó don Felipe poniendo en sus fronteras un ejército español, cuando por aquella parte no había temor de guerra; dejó en manos extrañas las riendas del gobierno; y mientras en lo interior ofendía de esta suerte el amor propio de la nación, todo el mundo sabía que en el consejo de Madrid, adonde iban en última instancia los asuntos de los Países Bajos, como los de las demás provincias, no tenía asiento ningún flamenco (1). De todo esto se murmuraba en público; los nobles se quejaban y oponían, y el rey se veía obligado á retroceder, otorgando hoy una concesión, mañana otra: Por fin retiró las tropas y destituyó al ministro; triunfaba la nobleza, y pasaba á sus manos la administracion de los negocios. Con esto creyó el pueblo que habían cesado las zozobras, y entonces era cuando empezaban. La solución del gran problema sobre los derechos de la conciencia, quedaba en pié, tan á los principios como antes: lo que se había hecho era abrir el camino á las discusiones que iban á entablarse y á la sangrienta pugna que debía empezar con aquel motivo.

(1) Hopper no duda atribuir á esta circunstancia la principal causa del descontento de los flamencos: «Se vóyans desestimer ou pour mieux dire opprimer par les seigneurs espagnols, qui chassant les autres hors du conseil du Roi, participent seulz avecq iceluy, et présument de commander aux seigneurs et chevaliers des Pais d'embas: ny plus ni moins qu' ilz font á aultres de Milan, Naples et Sicille; ce que eulx ne veüllans souffrir en manière qu' ce soit, á esté et est la vraye ou du moins la principale cause de ces maulx et alterations.» Recueil et Memorial, p. 79.

Así que partió Granvela, volvieron, como hemos dicho, los señores descontentos á ocupar sus puestos en el consejo de Estado. Hicieron al rey las mayores protestas de lealtad, y parecian descosos de borrar el recuerdo de lo pasado mostrando extraordinario celo por los negocios. Margarita oyó aquellas protestas con la misma sinceridad con que se le hacian; y la confianza que un tiempo habia tenido en Granvela, la depositó enteramente á la sazón en sus émulos victoriosos (1).

Es curioso leer las cartas que escribia esta señora en aquella época, y compararlas con las que habia dirigido al rey el año precedente. El nuevo colorido con que pintaba ahora á los señores no dejaba distinguir bien á ninguno de ellos; no hallaba palabras con que ponderar sus servicios (los del príncipe de Orange y Egnont especialmente) y el celo con que atendian al procomunal y á los intereses del soberano. Rogaba una y otra vez á su hermano que se mostrase con ellos en sus cartas todo lo complaciente que le fuese dable (2); pero en Felipe parece que no hicieron gran melía aquellos ruegos. Supera, sin embargo, á todo encarecimiento el disgusto con que recordaba Margarita el carácter y conducta de Granvela: él era quien por tanto tiempo se habia interpuesto entre el monarca

(1) Viglio se lamenta de esto muy amargamente en sus cartas á Granvela. Vid. Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 319 et alibi.

(2) Correspondance de Philippe II, tom. I, pp. 342, 332 et alibi.

y el afecto de sus vasallos; y no estaba todavía tranquila al pensar que se hallaba tan cerca de los Países Bajos, por lo cual era menester enviarle á Roma (1). Desconfía aun de la influencia que pudiera ejercer en el gabinete de Madrid, pues segun sus noticias, continuamente estaba diciendo que era muy probable regresar pronto á Brusélas, y si esto sucedia, podia tenerse por segura la insurreccion (2).—De esto se deduce que la duquesa habia tenido que sufrir mucho con la tiranía de Granvela (3).

Mas á pesar de la cordial armonía que reinaba entre Margarita y los principales señores, la máquina del gobierno se movia dificultosamente. Faltaba el cardenal, pero quedaba el partido *cardenaticio*, que representaba sus opiniones, y que aunque pequeño en número, era formidable por la vehemencia de su oposicion. Al frente de los que lo componian, figuraban el vizconde de Barlaimont y el presidente Viglio.

Era el primero presidente del consejo de hacienda, noble flamenco, de los mas ilustres, bien que mas distinguido por su carácter que por su nobleza, de intachable integridad, acérrimo en su lealtad á la

(1) «Il faudroit envoyer le cardinal á Rome.» Ibid., p. 329.

(2) Ibid., p. 295.

(3) En una carta á Granvela, de 9 de julio de 1564, le habla Morillon del odio profundo que le tenia la duquesa, porque la habian dicho que el ministro la habia engañado, ó por cualquiera otra causa, pues no oia vez alguna su nombre sin mudar de color. Papiers d'Etat de Granvelle, tom. VIII, p. 431.

Iglesia y á la corona, é inalterable en sus determinaciones, como hijas que eran de sus principios.

Su compañero Viglio era un jurisconsulto eminente, hábil escritor y sagaz político. El emperador se habia servido de él en muchos negocios, pues sabia manejarlos con una precaucion, que ya rayaba en timidez. Era amigo personal de Granvela, cuyas ideas habia adoptado, y seguia con él continúa correspondencia, que nos suministra ahora preciosos datos. Frugal y modesto en sus costumbres, no daba, como el ministro, pábulo á la murmuracion con el boato y la prodigalidad de su vida; pero se hacia tambien temible por el poder oficial de que estaba revestido, y la dura pertinacia con que llevaba á cabo sus propósitos. Tenia á su cargo la presidencia del consejo privado y del de Estado, y era ademas canciller del sello real, de suerte que sin dificultad podia frustrar los desigñios de sus contrarios; y que mas de una vez lo habia hecho, lo demostraban las reiteradas quejas de la duquesa. «El presidente, decia á su hermano, me hace pasar las penas del purgatorio por el modo que tiene de desbaratar mis proyectos (4).» El objeto que se propone, lo mismo que Granvela y sus compañeros, decia en otra ocasion, es trastornar todo el país; lo que quieren es pescar en rio revuelto, y te-

(4) «Viglius lui fait souffrir les peines de l'enfer, en traversant les mesures qu'exige le service du roi.» Ibid., p. 314.

men que haya tranquilidad, porque con ella se verian claras sus malas mañas ⁽¹⁾.

A estas acusaciones generales añadía la duquesa otras mas vulgares sobre ilícitos manejos. Viglio se habia ordenado de sacerdote con el fin de obtener la dignidad de preboste de la iglesia de San Bavon; y Margarita le atribuía el hurto de ricos tapices, plata, ropa, alhajas y hasta considerables sumas de dinero que pertenecian á dicha iglesia ⁽²⁾; insistiendo en lo perjudicial que era tener á aquel hombre en tan importante puesto del gobierno.

Ni era mas reservado el presidente por su parte, y en sus cartas á Granvela devolvía con creces aquellas acusaciones á sus enemigos. Los nobles principales incurrian, segun él, en todo género de simonías y extorsiones; ponian en pública almoneda los oficios, tanto eclesiásticos como seculares, y sin pudor alguno se los adjudicaban al mejor postor; y de este modo habian evitado la quiebra que les amenazaba por sus deudas, contentando con las plazas vacantes á sus acreedores. Tampoco las manos de la gobernadora estaban enteramente libres de la mancha de aquel trá-

(1) «Ils espèrent alors pêcher, comme on dit, en eau trouble, et atteindre le but qu'ils poursuivent depuis longtemps: celui de s'emparer de toutes les affaires. C'est pourquoi ils ont été et sont encore contraires à l'assemblée des états généraux... Le cardinal, le président et leur séquelle craignent, si la tranquillité se rétablit dans le pays, qu'on ne lise dans leurs livres, et qu'on ne découvre leurs injustices, simonies et rapines.» *Ibid.*, p. 314.

(2) *Ibid.*, p. 320 et alibi.

fico ⁽¹⁾. Acusaba además á los señores de prevalerse de su autoridad para interrumpir á cada paso el curso de la justicia, de haber adquirido ilimitado ascendiente sobre el ánimo de Margarita, y de tratarla con una deferencia «muy á propósito para cautivar á una mujer ⁽²⁾.» Hallábase especialmente sojuzgada por su secretario Armenteros, hechura de la nobleza, el cual se aprovechaba de su posición para enriquecerse á costa del tesoro ⁽³⁾. Por lo que á sí propio hacia, había caído tan en desgracia, á consecuencia de oponerse á tales amaños, que la duquesa le dejaba intervenir lo menos que podía en el manejo de los negocios, tratándole con manifiesta frialdad; y que á no ser porque deseaba cumplir con su deber, ni un día mas permanecería en aquel cargo de que anhelaba que le relevase cuanto antes el soberano ⁽⁴⁾.

Viglio, según parece, no llegó nunca á entenderse

(1) «Ce qu' elle se résent le plus contre v. i. S. et contre moy, est ce que l' avons si longuement gardé d' en faire son prouffit, qu' elle fait maintenant des offices et bénéfices et aultres grâces.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 406.

(2) «Ipsam etiam ducissam in suam pertraxere sententiam, honore etiam majore quam antea ipsam afficientes, quo muliebris sexus faciliù capitur.»—Esta observacion, sin embargo, está tomada, no de su correspondencia con Granvela, sino de su auto-biografía.—Vid. vita Viglii, p. 40.

(3) Las extorsiones del secretario de Margarita, de quien se decía que había hecho una fortuna de setenta mil ducados en su destino, dió ocasion al pueblo para llamarle maliciosamente *Argenteros* en vez de Armenteros. Esta escandalosa especie llegó á oídos del rey en una carta escrita á uno de sus secretarios por fray Lorenzo de Villacancio, de quien daremos noticias mas adelante. Gachard, Correspondance de Philippe II, tom. II, Rapport, p. xliii.

(4) Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 273 et alibi.

directamente con don Felipe, pues esto hubiera bastado, como él decia, para exponerle á las sospechas y cavilaciones de sus enemigos. Como político cauto, escarmentó en el ejemplo de Granvela. Mas como todas sus cartas al cardenal iban á parar al rey, resultaba que este, teniendo tambien á la vista la correspondencia de su hermana, podia examinar el pro y el contra de todos los hechos, y convencerse de que á cualquiera de los dos partidos que confiase el gobierno, habian de estar poco atendidos los intereses del pais. Si hubiera ocupado el trono á la sazón el emperador su padre, bien puede afirmarse, que á las veinte y cuatro horas de concebir aquel recelo, se hubiera puesto en camino para los Países Bajos. Felipe era mas apático: no carecia seguramente de gran fuerza pasiva, de increíble asiduidad para los trabajos del gabinete, y era un hecho que desde su palacio daba leyes á todo el orbe cristiano; pero antes que exponerse á las penalidades de un viaje, parece que preferia aventurarse á perder sus mas hermosas provincias (4).

(4) Granvela veia que este era el único remedio eficaz contra los desórdenes de los Países Bajos. En una carta muy notable que escribió á don Felipe en 20 de julio de 1565, procuraba pintarle la conducta del gobierno de modo que le inspirase gran cuidado. La justicia y la religion estaban menospreciadas; de los cargos públicos se disponia en almoneda; los individuos del consejo hablaban con la mayor libertad en sus discusiones de asuntos de religion. Era indudable que muchos de ellos habian aceptado la confesion de Augsburgo. La verdad no sabia llegar nunca á los oídos del rey, pues las cartas que se enviaban á Madrid estaban escritas conforme á la opinion de la mayoría del consejo, y nunca pintaban desfavorablemente el estado del pais. Viglio

Con todo, escribió á su hermana dándole esperanzas de que haria un viaje hácia aquella parte asi que saliese del cuidado en que le tenia la guerra con el Turco; indicándole al propio tiempo que le refiriese mas detenidamente algunas circunstancias sobre el mal proceder de Viglio, si bien esperaba que no faltarian medios para hacerle desistir de su oposicion ⁽¹⁾.

Hoy día no es fácil conservarse neutral entre ambas parcialidades, ni decidir respecto á la justicia de estas mútuas recriminaciones, atribuyendo á cada cual la parte de responsabilidad que podia haberle en los desaciertos del gobierno. Que se cometian desaciertos, es indudable; que los empleos andaban en pública licitacion, tampoco puede negarse, pues la duquesa consultó al rey sobre el particular en una carta que le escribió, lo cual por lo menos atenúa la gravedad del hecho, quitándole el carácter de reservado. El conflicto que se habia suscitado entre el consejo de Estado y los dos restantes, era causa de repetidos desórdenes, porque los decretos del consejo privado, que entendia en los asuntos de justicia, á lo mejor resultaban nulos por las amnistias y perdones que solia otorgar el de Estado. Para remediar este inconve-

tenia miedo de escribir. Segun él, estaba rodeado de espías, que si se apoderaban de sus correspondencias, quizá le costaria la vida. Concluye Granvela rogando al rey que acuda con su persona y con dinero bastante para reclutar gente que le defendiera.—*Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. VII, p. 620 y sig.

(1) *Correspondance de Philippe II*, tom. II, p. 347.

niente, opinaban los nobles que era menester someter los decretos de los consejos á la aprobacion del Estado, ó lo que era lo mismo, concentrar en este último toda la autoridad del gobierno ⁽¹⁾. El consejo de Estado, como compuesto principalmente de la mas alta clase, miraba con menoscabo á los otros, que eran inferiores, y en su mayor parte formados de hombres de condicion humilde, que por su elevacion á aquel cargo, tenian obligacion de defender los intereses de la corona. Pretendian poner la administracion del pais en manos de una oligarquia, compuesta de los principales señores flamencos; lo cual hubiera destruido el sistema de segregacion por departamentos establecido por Carlos V para el mejor despacho de los negocios: en una palabra, la introduccion de esta reforma en la constitucion del pais, hubiera equivalido á una revolucion.

En circunstancias tales como las que quedan descritas, adquirió la Reforma incremento rápido en el pais. Generalmente, segun ya hemos visto, se conservaban los nobles fieles á la Iglesia Católica Romana, y solo algunos jóvenes de las primeras casas, que se habian educado en Ginebra, volvian contagiados con las doctrinas heréticas de la escuela de Calvino ⁽²⁾.

(1) Hopper, Recueil et Mémorial, p. 39.—Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. I, p. 222.—Correspondance de Philippe II, tome I, p. 347 et alibi.

(2) El embajador de España en Inglaterra, Guzman de Silva, en una carta escrita desde los Países Bajos, indica la tendencia de los jóvenes de la nobleza, vista la descuidada educacion de su patria, á

Pero la aristocracia flamenca, fuesen católicos, fuesen protestantes, miraba con repugnancia el sistema de persecucion, contemplando la Inquisicion con el mismo ódio que el pueblo. Y no fué poca fortuna para la Reforma de los Países Bajos el verse desde su origen secundada hasta por los católicos, que rechazaban la Inquisicion como opresora de su libertad política.

Bajo la ley ineficaz de los edictos, los fugitivos que se habian salvado de la persecucion en otros puntos, diéronse priesa á volver á Flándes. Los ministros calvinistas y los refugiados de Francia cruzaban las fronteras y se dedicaban á hacer prosélitos. Circulaban papeles sediciosos en que se aconsejaba á la gobernadora que secuestrase los bienes eclesiásticos y los aplicase á las necesidades del estado, como se habia hecho en Inglaterra ⁽¹⁾. De la Inquisicion se hablaba no solo con aborrecimiento, sino con menosprecio; y dos de los principales funcionarios escribieron á don Felipe que si no se les daba auxilio, nada podrian hacer en una situacion de algun riesgo para sus personas ⁽²⁾. En Brújas y en Brusélas asaltó el populacho

viajar por el extranjero. «La noblesse du pays est généralement catholique: il n'y a que les jeunes gens dont, à cause de l'éducation reçue qu'ils ont reçue, et de leur fréquentation dans les pays voisins, les principes soient un peu équivoques.» *Correspondance de Philippe II*, tom. 1, p. 383.

(1) «Se dice público que ay medios para descargar todas las deudas del rey sin cargo del pueblo tomando los bienes de la gente de yglesia ó parte conforme al ejemplo que se ha hecho en Inglaterra y Francia, y tambien que ellos eran muy ricos, y volberian mas templados y hombres de bien.» *Renom de Francia, Alborotos de Flándes*, MS.

(2) «Leur office est devenu odieux au peuple; ils rencontrent tant

las prisiones y puso á los presos en libertad. Pero en Ambéres ocurrió mayor desacato contra la justicia; pues como hubiese comenzado un fraile misionero, llamado Fabricio, á predicar y propagar las nuevas doctrinas, fué procesado y condenado al suplicio. Por el camino le gritaba el pueblo desde las puertas y ventanas que no desmayase, y se conservase firme hasta la postre ⁽¹⁾. Llegado que hubo al suplicio, donde estaba ya ardiendo la hoguera, descargó el populacho tal lluvia de piedras sobre los que le rodeaban, que se vieron obligados á huir; pero el infeliz, aunque ileso por el fuego, cayó herido por el verdugo, que pudo escaparse entre la multitud. A la mañana siguiente aparecieron pasquines escritos con sangre en los edificios públicos, pidiendo venganza contra todos los que habian tenido parte en la ejecucion de Fabricio; y un testigo de los que depusieron contra él, que por mas señas era una mujer, á duras penas logró escapar del furor de la muchedumbre ⁽²⁾.

Profunda sensacion causó en Madrid el relato de aquellos acontecimientos, y Felipe recomendó á su hermana con grande instancia que se descubriera y castigara á los que en tamaños excesos tuvieran parte; mas no era fácil lograrlo doade habia tantas perso-

de résistances et de calomnies, qu' ils ne peuvent l' exercer sans danger pour leurs personnes.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 353.

(1) Brandt, Reformation in the Low Countries, tom. I, p. 147.

(2) Ibid., ubi supra.—Strada, de Bello Belgico, p. 474.—Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 327 et alibi.

nas que aun sin mezclarse en el suceso, lo contemplaban digno de toda su aprobacion. Felipe seguia encareciendo la necesidad de dar vigor á las leyes dictadas en materia de fé, como la cosa que mas interesaba á su corazon; y á veces indicaba en sus cartas el nombre de un individuo sospechoso, el traje que solia llevar y hasta sus señas personales, descendiendo á pormenores que no pueden menos de sorprendernos, considerando cuántos negocios de mayor entidad no debian tener embargada su atencion ⁽¹⁾. No tiene duda que Felipe habia nacido para inquisidor.

Pero el azote de la persecucion no estaba del todo ocioso. El historiador de la Reforma habla de setenta personas que sufrieron la última pena por sus opiniones religiosas en el transcurso del año 1564 ⁽²⁾: número sensible, pero pequeño, si es exacto, comparado con los millares de víctimas que se dice perecieron en igual espacio de tiempo en el anterior reinado; pequeño para ser considerado como una gran persecucion; pero en los que presenciaban el suplicio de aquellos desdichados, que entonaban himnos en medio de las llamas, servia para avivar su celo é inspirarles odio á sus opresores.

La hacienda debia necesariamente participar del desconcierto de los demas ramos; y la deuda pública,

(1) Strada, De Belio Belgico, p. 172.—Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 327 et alibi.

(2) Brandt, Reformation in the Low Countries, tom. I, pp. 146, 149.

que como ya hemos visto, era de consideracion, se aumentó en términos, que el *déficit* anual de las rentas, segun los cálculos de la gobernadora, ascendia á seiscientos mil florines ⁽¹⁾; y no veia medio de librar al pais de sus apuros, mientras no le acudiese el rey con algun auxilio. El recurso mas eficaz que se encontraba, era la convocacion de los estados generales; y alegábase por razon que solo este cuerpo estaba autorizado para votar los subsidios precisos y reparar los muchos agravios de la nacion. En realidad sus poderes se habian limitado hasta el presente poco mas que á someter los subsidios á la aprobacion de cada una de las provincias, y á exponer los agravios de la nacion; y el investir á los estados generales con el poder de reparar los agravios, hubiera sido tanto como concederles funciones legislativas, que rara vez ó nunca habian tenido; tanto como variar la constitucion del pais, dando mayor preponderancia al elemento popular; alteracion de que los grandes señores, que tenian ya á su disposicion la nobleza inferior ⁽²⁾, hubieran sabido sacar provecho ⁽³⁾. Margarita estaba

(1) «La dépense excède annuellement les revenus, de 600,000 florins.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 328.

(2) «Quant á la moyenne noblesse des Pays-Bas, les seigneurs l'auront tantost á leur cordelle.» Chantonay á Granvela, octubre 6, 1563, Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. I, p. 426.

(3) Que Granvela comprendió bien las consecuencias de convocar los estados generales, es evidente por el modo con que trata de este suceso en las cartas que escribia al rey. Véase en particular la que lleva la fecha de 20 de Agosto de 1563, en que recapitula sus ideas sobre el asunto, diciendo: «En suma, lo que ellos querrian seria cambiar la forma de gobierno, de modo que quedase muy poco á la autori-

á la sazón tan sometida á su voluntad, que á pesar de las evidentes consecuencias de aquellas resoluciones, recomendó á Felipe que reuniese los estados generales y reorganizase el consejo de Estado (1); esto á un monarca mas celoso de su autoridad que ningun otro príncipe de Europa.

Para colmo de confusiones, se recibieron órdenes de Madrid á fin de que se publicasen en los Países Bajos los decretos del célebre concilio de Trento. Habia este terminado sus largas sesiones en 1563, cuyos efectos, como no podia menos de suceder, habian de reducirse á consumar el rompimiento entre católicos y protestantes, y á consolidar, ó por lo menos robustecer con mas firmeza, la autoridad del papa. Una consecuencia, sin embargo, debe aplaudirse, la de haber provisto con mas estricta rigidez á la moralidad y disciplina del clero; lo cual hizo que entre esta clase se recibiesen con poca aceptación sus decretos.

Esperaban algunos que don Felipe imitaria el ejemplo de Francia, dando de mano á los decretos que tanto exaltaban la autoridad del papa; y no faltaba quien fundase aquella esperanza en la mortificación que debió últimamente sufrir el rey con motivo de la decision del pontífice respecto á la precedencia

dad de la gobernadora, representante de V. M. ó á la de V. M. misma, así que pusiesen enteramente á V. M. en tutoria.» *Papiers d'Etat de Granvelle*, tom. VII, p. 486.

(1) *Correspondance de Philippe II*, tom. I, p. 529.

en su córte de los embajadores de España y Francia. Este delicado asunto, pendiente hacia mucho tiempo, se resolvió en favor de Francia por Pio V, que creyó más político asegurar por este medio á un aliado voluble, que congraciarse al que habia de seguir siéndole fiel. Semejante resolución hirió á Felipe en lo más vivo del alma. Inmediatamente mandó retirarse de Roma á su embajador, y se negó á recibir al nuncio de Su Santidad ⁽¹⁾. Parecia que esto daria lugar á rompimiento más formal; pero no era Felipe Segundo hombre que pudiera vivir desavenido con la córte de Roma. En una carta á la duquesa de Parma, de 6 de agosto de 1564, confiesa francamente que en materias de fé preferia siempre sacrificar sus sentimientos personales al interés público ⁽²⁾; y con efecto, poco despues mandó que se recibiesen en sus dominios como deyes los decretos del concilio de Trento, añadiendo que rigiesen también en los Países Bajos, que no habian de constituir una excepcion con respecto á España ⁽³⁾.

Recibióse, pues, la promulgacion de los decretos como era de presumir, con general disgusto; el clero se quejaba del menoscabo de sus prerogativas; los ciudadanos de Brabante pedian resueltamente la ob-

(1) Cabrera, Felipe Segundo, lib. VI, cap. 44, 46.—Strada, de Bello Belgico, tom. I, p. 476.

(2) Strada, de Bello Belgico, tom. I, p. 479.

(3) «Si, après avoir accepté le concile sans limitations dans tous ses autres royaumes et seigneuries, il alloit y opposer des réserves aux Pays-Bas, cela produirait un fâcheux effet.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 328.

servancia de los derechos que les concedia la *Joyeuse Entrée*; el pueblo todo oponia una tenaz resistencia, por la idea en que estaba de que aquellos decretos tenian alguna analogía con la Inquisicion; y, como siempre que amenazaba algun mal, todo el mundo levantaba el grito, atribuyéndoselo á Granvela.

En tan desventajosas circunstancias, determinó el consejo de Estado enviar una persona á Madrid, que representando al rey los agravios de la nacion, le propusiese lo único que en su concepto seria eficaz remedio; y lo que por otra parte sugirió este dictámen, fué los términos poco lisonjeros de las comunicaciones del monarca. No podian aquellos señores ver sin disgusto que don Felipe apenas se dignase de acusar el recibo de sus cartas ⁽¹⁾. Ni aun á las prolijas que Margarita le escribia solia dar respuesta las mas veces, y cuando lo hacia, era de un modo tan vago y general, que apenas le hablaba mas que de la necesidad de administrar justicia y de velar por la pureza de la fé.

La persona á quien se eligió para comision tan

(1) Aunque don Felipe fué en esta parte negligente con los señores, dió á Guillermo una gran prueba de confianza. Ya dejamos dicho que la cocina del principe era célebre en toda Europa; y Felipe le pidió su cocinero mayor para que reemplazase al suyo, que poco antes habia muerto. El rey en este caso parece que no atendió tanto á la habilidad de aquel funcionario, como á su probada lealtad; recomendacion muy importante para un monarca. En tiempos tan desconfiados, no dejó de ser una galantería en favor de Guillermo, que, en nuestro concepto, se hubiera mirado bien en corresponder á ella, poniendo su vida en manos de un cocinero procedente del palacio de Madrid. Véase la carta de don Felipe en la Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 80.

poco envidiable, fué el conde de Egmont, cuyos sentimientos de lealtad y de amor á la fé católica se creia que le harian mas acepto al rey; al paso que su gran reputacion, su nacimiento y su gallarda presencia le congraciarian con la córte y hasta con el pueblo. Tampoco á él le disgustaba aquel encargo, pues tenia algunos negocios particulares de que le interesaba hablar con el mismo rey.

A esta eleccion contribuyó Guillermo con grande empeño, pues mediaba la mejor inteligencia entre él y el conde, á pesar de los esfuerzos que habian hecho los cardenalicios para renovar sus antiguas rivalidades. Todas aquellas emulaciones parece que se trasmítieron á sus esposas, segun se vió en la porfia con que respectivamente sostuvieron una y otra su precedencia. Ambas eran de elevada cuna, y como no tenian facultades para dirimir tan delicada cuestion, al fin hubieron de convenirse en que siempre que se presentasen en público, irian enlazadas del brazo; igualdad á que su altivez no les consintió volver á renunciar, sin embargo del ridículo espectáculo que ofrecian cuando tenian que pasar juntas por una puerta ó un corredor estrecho⁽¹⁾. Si la cuestion hubiese

(1) Margarita quiso cortar la disputa dando á la condesa de Egmont la precedencia en la mesa, y no á su bella rival (Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 445.) Pero Ana de Sajonia y su servidumbre protestaron enérgicamente contra semejante decision, y aun quizá contra el derecho que asistia á la gobernadora para adoptarla. «Les femmes ne se cèdent en rien et se tiennent par le bras, *ingrédients pari passu*, et si l' on rencontre une porte,

dependido del carácter de cada cual, fácilmente hubiera podido resolverse. Los disturbios domésticos á que dió lugar la conducta de Ana de Sajonia, comenzaron para el príncipe su esposo al propio tiempo que los políticos ⁽¹⁾.

Antes de que Egmont emprendiese el viaje, se celebró una junta del consejo de Estado para acordar las instrucciones que debían dársele. El presidente Viglio emitió su parecer respecto á la comision, calificándola de supérflua, y respecto á lo demas, dijo que solo con que los nobles reformasen su sistema de vida, se efectuarían las reformas de que habia menester el pais. La gobernadora habia encargado á Egmont que hiciese presente al rey la deplorable condicion de Flándes, el quebranto del crédito publico, el decaimiento de la religion, y los síntomas de descontento y rebelion que en el pueblo se advertian. El remedio mas eficaz que habia para todos estos males, era instar al rey para que cuanto antes se encami-

trop estroicte, l' on se serre l' ung sur l' aultre pour passer également par ensamble, affin que il n' y ayt du devant ou derriere. Archives de la Maison d' Orange-Nassau, supplément, p. 22.

(1) Hay una curiosa carta en la coleccion de Groen, de Guillermo al tío de su esposa, el elector de Sajonia, en que le daba muchas quejas de su sobrina. Parece que esta señora era muy amiga de pendencias, y acostumbraba regañar á voces con su marido delante de la gente. Guillermo dice con cierta candidez que habia soportado su mal humor hasta donde habia podido, estando con ella á solas, pero que en público era intolerable. Por desgracia dió Ana á su marido otros motivos de disgusto, ademas de los que provenian de su carácter, que al cabo fueron causa de su separacion. La carta á que nos referimos no llegó á enviarse, porque la buena señora, al tener noticia de ella, prometió que se enmendaria.—Ibid., tom. II, p. 34.

nase á Flándes; «y de no tenerlo á bien su majestad; decia doña Margarita, persuadirle de la necesidad de suministrar nuevos recursos y de darme instrucciones precisas para conducirme en lo sucesivo (1).»

El príncipe de Orange tomó parte en la discusion con una vehemencia que rara vez se notaba en él. Tiempo es ya, dijo, de que el rey salga del error en que está respecto á las cosas de Flándes. Deben modificarse los edictos, pues en el estado en que se hallan los ánimos, no es posible ni llevarlos á efecto, ni mantener tampoco la Inquisicion (2). No menos odioso es ademas el Concilio de Trento, y será imposible que se respelen sus decisiones en los Países Bajos cuando en otros límites las rechazan. El pueblo no puede tolerar mas tiempo la falta de justicia ni la miserable abyeccion de los consejeros (este tiro se dirigia contra el presidente); y así no encuentro mas remedio que aumentar el consejo de Estado y robustecer su autoridad. Por mi parte, acabó diciendo, no puedo comprender cómo hay príncipe que se crea con derecho á mandar en las conciencias de sus vasallos, sobre todo en materias de religion (3).—El tono apasionado de

(1) «Au cas que le roi s' en excuse, il doit demander que S. M. donne à la duchesse des instructions précises sur la conduite qu' elle a à tenir.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 337.

Las instrucciones originales, redactadas por Viglio, fueron modificadas despues por su amigo Hopper, y por sugestion del principe de Orange. Vid. vita Viglii, p. 44.

(2) Ibid., ubi supra.

(3) «Non posse ei placere, velle principes animis hominum imperare, libertatemque Fidei et Religionis ipsis adimere.» Ibid., p. 42.

su elocuencia, tan contrario á la calma habitual de Guillermo el Taciturno, y la frialdad con que profirió estas razones, produjeron profunda impresion en la asamblea (1). Aquella noche la pasó Viglio, que refiere minuciosamente el suceso, dando vueltas en la cama, y pensando en el triste papel que hacia en el consejo, donde apenas tenia un amigo que se atreviese á defenderle en la pugna que traia empeñada, no solo con los nphles, sino con la gobernadora.—A la mañana siguiente, al ir á levantarse, cayó con un ataque de apoplejia, que le privó en parte del habla y del movimiento (2), y estuvo algun tiempo sin poder asistir á las deliberaciones del consejo. Este nuevo contratiempo proporcionó una buena ocasion para pedir al rey que le exhonerasse de su cargo; á lo cual cooperó doña Margarita, no solo ponderando la incapacidad del ministro, sin compadecerse de su situacion, sino rogando eficazmente á su hermano que le pidiese cuentas de los fondos que habia distraido, y especialmente de las alhajas de la iglesia que se habia apropiado (3).

(1) Burgundio pone con este motivo en boca de Guillermo un brillante trozo de declamacion, en que recapitula la historia de las herejias desde Constantino el Grande hasta los tiempos modernos; alarde de erudicion escolástica tan impropia de la varonil sencillez del príncipe de Orange, que puede reduplicar en alabanza del historiador mas que del héroe. — Burgundius, Hist. Bélgica (Ingoist., 1633), pp. 126, 134.

(2) «Ataque mano de lecto surgens, inter vestitendum apoplexia attactus est, ut occurrentes domestici amicum in summo eum discrimine versari judicarent.»—Vita Viglii, p. 42.

(3) «Dile conseilie au Roi d'ordonner á Viglius de rendre sus

Felipe, que parece habia evitado toda comunicacion directa con sus vasallos de Flándes, trató de que no se enviase á Madrid ni á Egmont, ni á ninguna otra persona; mas al saber lo que por fin se habia resuelto, escribió á Margarita que procuraria recibir al conde afablemente, y no mostrar el menor disgusto por la conducta de los nobles. Que la comision, sin embargo, era peligrosa, lo prueba un documento singular que ha llegado hasta nosotros. Está firmado por unos cuantos amigos personales de Egmont, que escribieron sus nombres con su propia sangre, obligándose cada uno, á fuer de nobles y caballeros, á que si algun daño se ocasionaba al conde de Egmont durante su ausencia, tomarian cumplida venganza en la persona del cardenal Granvela ó de cualquiera que tuviese parte en el atentado ⁽¹⁾. El cardenal era la personificacion de todo lo malo en el concepto de los flamencos. El instrumento, que quedó en poder de la condesa de Egmont, iba suscrito por siete nobles, algunos muy conocidos despues en los trastornos que sobrevinieron. Por lo demas, fácil es presumir que semejante documento habia de servir mas para desa-

comptes, et de restituer les meubles des neuf maisons de sa prévôté de Saint-Bavon, qu' il a dépouillées.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 350.

(1) «Lui promettons, en foy de gentilhomme et chevalier d' honneur, si durant son aller et retour lui advienc quelque inconvenient, que nous en prendrons la vengeance sur le cardinal de Granvelle ou ceux qui en seront participans ou penseront de l' estre, et non sur autres.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 346.

sosiego que para tranquilidad de la señora que lo guardaba (1).

Egmont emprendió su viaje á principios de enero; signiéronle detrás algunos de sus amigos, que en Cambray le obsequiaron con un suntuoso banquete. Entre ellos se hallaba el arzobispo de Cambray, que se habia hecho impopular por el celo que habia desplegado en la persecucion de los reformistas. Mientras se apuraba una y otra copa, se entretenian algunos jóvenes de los que estaban convidados, en dirigir á menudo brindis al arzobispo, con el objeto de ver si renunciaba á la compostura propia de su dignidad; mas como él no prescindiese de ella, sino de los importunos que así le molestaban descaradamente, comenzaron á hacerle mofa, en términos que uno de aquellos desvergonzados, picado de cierta respuesta del arzobispo, le hubiera tirado á la cara una gran fuente de plata, si no hubiera parado Egmont el golpe con su brazo. Otro, sin embargo, le descargó una puñada en la cabeza (2), lo cual dió lugar á una escena tremenda, de que por fin libraron al arzobispo, no sin dificultad, los mas cuerdos y circunspectos de la reunion. Este exceso, que desagradó mucho á Eg-

(1) Este curioso documento, publicado por Arnoldi (Hist. Denkw, p. 282), lo trasladó Groen á las páginas de su coleccion. Véase Archives de la Maison d' Orange-Nassau, ubi supra.

(2) «Ibi tum offensus conviva, arreptam argenteam pelvim (quæ manibus abluendis mensam fuerat imposita) injicere Archiepiscopo in caput conatur: relinet pelvis Egmondanus: quod dum facit, en alter conviva pugno in frontem Archiepiscopo eliso. pileum de capite deturbat.» Vander Haer, De Initio Tumult., p. 490.

mont, dice lo que era el pais en aquella época en que os negocios de mas importancia se trataban en los banquetes, como vemos que sucedió en los primeros tiempos de la revolucion.

El recibimiento que se hizo á Egmont en Madrid fué muy lisonjero. Don Felipe le trató con extraordinaria benignidad, y los cortesanos, que son siempre un remedo de los reyes, rivalizaban entre sí en prodigar atenciones al hombre de quien podía decirse que habia dado á España las insignes victorias de Gravelinas y San Quintín: en suma, Egmont, cuyo gallardo aspecto y noble comportamiento realizaban doblemente su reputacion, fué objeto de admiracion general en las pocas semanas que permaneció en Madrid; y no parecia sino que la córte de Castilla iba á variar de política segun las lisonjeras demostraciones que se hacian al representante de los Países Bajos.

Obtuvo varias audiencias, en que hizo presente al rey los males que amenazaban á la nacion y los medios á que habia de recurrirse para precaverlos: los dos mas eficaces eran reformar los edictos y reorganizar el consejo de Estado ⁽¹⁾. Oyó Felipe con suma bondad las peticiones de los nobles flamencos, y si

(1) Si fuera digno de crédito el informe de Morillon á Granvela, Egmont negó á uno que le hizo cargo de ello, que hubiese recomendado á don Felipe la reforma de los edictos (Archives de la Maison d' Orange-Nassau, supplément, p. 374). Pero Morillon habla demasiado para ser tenido por autoridad; y como este punto era uno de los que llevaba á su cargo el conde, creemos mas exacta la opinion de los que aseguran que cumplió con su cometido.

por el pronto no accedió á ellas, tampoco manifestó oposicion alguna, como no se tome por tal el haber asegurado al conde que estaba resuelto á conservar la integridad de la fé católica. Con Egmont en particular se mostró muy condescendiente, de suerte que los que le acompañaban hablaban de él en los términos mas satisfactorios; con todo, una anécdota se refiere que indica estar resuelto don Felipe, aun entonces, á no cejar un ápice de sus propósitos.

No mucho despues de la llegada de Egmont, reunió privadamente una junta de los teólogos mas eminentes de la capital para darles cuenta del estado en que se hallaban los Países Bajos, y de sus pretensiones respecto á la libertad de conciencia en materias de religión, concluyendo con rogarles que expusiesen su opinion en tan delicado asunto. Ellos, creyendo que el rey no necesitaba mas que de su sancion para salir del apuro en que se encontraba, replicaron «que considerando la crítica situacion de Flándes, y el riesgo que amenazaba, si se veian contrariados, de que fuesen infieles á la corona y á la iglesia, podia otorgarles la libertad de culto que deseaban.» A lo cual contestó don Felipe severamente, «que no los habia llamado para saber si *podia*, sino si *debía* conceder esto á los flamencos (1).» Vieron los del cónclave que habian errado en el cálculo, y trocaron su dictámen en nega-

(1) «Négav t accitos á se illos fuisse, ut docerent an permittere id posset, se t an sibi necessario permitteendum pesseribent.» Strada, De Bello Belgico, tom. I. p. 133.

tivo; y entonces don Felipe, prosternándose ante un crucifijo, exclamó. «Yo imploro tu divina majestad; Señor Omnipotente, para que me conserve en el propósito que he formado de no ser ni querer que me llamen á mí señor los que no quieren darte á ti este nombre (1).» Un historiador tuvo noticia de este hecho por uno de los que asistieron á la junta, que se llenó de admiracion al contemplar el piadoso celo del monarca. Desde aquel momento se dictó la sentencia contra los Países Bajos.

Mas Egmont estaba tan poco enterado de lo que pasaba, que concibió los mas gratos presagios para lo futuro. Su índole afectuosa y franca fácilmente se hacia sensible á las afectuosas demostraciones de que era objeto, así como su vanidad, que se pagaba de las lisonjas que todo el mundo le dirigia. Antes de abandonar á España, hizo un viaje á Segovia y al Escorial, magnífica fábrica, ya comenzada por don Felipe, y que le sirvió siempre por mas ó menos tiempo de residencia durante su reinado. Egmont, en una carta que escribió al rey, se muestra en extremo satisfecho de cuanto habia visto en aquellos dos puntos, y asegura á su soberano que regresaba á Flándes con la mayor satisfaccion del mundo (2).

(1) «Tum Rex in eorum conspectu, humi positus ante Christi domini simulacrum, Ego vero, inquit, Divinam Majestatem tuam oro, quæsoque, Rex omnium Deus, hæc ut momentum perpetuam velis, ne illorum, qui te Dominum respuerint, uspiam esse me aut dice Dominum acquiescam.» Ibid., ubi supra.

(2) «Il retourne en Flandre, l'homme le plus satisfait du monde.»—Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 349.

Llegó allí á principios de abril de 1565, enagado de gozo con las benévolas disposiciones que habia observado en la córte de Castilla respecto á los Países Bajos; y todos sus conciudadanos, excepto Guillermo de Orange y unas cuantas personas no tan impresionables, participaron de la propia ilusion, lisonjeándose con la creencia de que iba á prevalecer en Madrid otra política, y de que su país iba á atesorar en lo sucesivo todos los bienes de la tolerancia religiosa. Halagüeña era la ilusion, pero no muy duradera.

CAPITULO IX.

INFLEXIBILIDAD DE DON FELIPE.

Doblez con que procede el rey.—Sus dilaciones.—Despacho dado en Segovia.—Efecto que produce en los Países Bajos.—Compromiso.—Orange y Egmont.

1565.—1566.

A poco de regresar Egmont á Brusélas, convocó Margarita el consejo de Estado, donde se abrieron y leyeron los pliegos de Madrid de que fué portador el conde. Empezaba el rey hablando tan lisonjeramente de la conducta del enviado, que daba á entender lo grata que le habia sido. En seguida hacia una declaracion, que por lo terminante, no podia menos de infundir recelos. «Preferiria, decia el monarca, perder cien mil vidas, si las tuviera, á que se haga novedad alguna en materias de religion ⁽¹⁾.» Encargaba, sin embargo, que se reuniese una comision compuesta de

(1) «En ce qui touche la religion, il déclare qu' il ne peut consentir á ce qu' il y soit fait quelque changement; qu' il aimerait mieux perdre cent mille vies, s' il les avait.» *Correspondance de Philippe II*, tom. I, p. 347.

tres obispos y cierto número de letrados, que de acuerdo con el consejo, viesen el mejor modo de instruir al pueblo, sobre todo en las doctrinas espirituales; y que además sería conveniente valerse de algún método secreto para las ejecuciones públicas, pues el actual tenía un atractivo para los herejes; dado que rodeaba con cierta aureola de gloria aquella especie de martirio y producía un efecto perjudicial en el pueblo (1). Ninguna otra alusión hacia á las urgentes reclamaciones que se le habían dirigido, aunque en una carta que al propio tiempo enviaba á la duquesa, confesaba que ninguna resolución había adoptado respecto al consejo de Estado, cuyas proyectadas reformas no dejaban de ofrecer inconvenientes (2).

¿Era este el resultado del viaje de Egmónt á Madrid, esta la variación tan decantada de la política de don Felipe? «El conde, exclamaba el príncipe de Orange, ha servido de juguete á la astucia de los españoles.» Así era la verdad; y el mismo Egmónt se convenció de ello, y del ridículo papel á que se había expuesto por la confianza con que había hablado de las benévolas disposiciones de la corte de Castilla, y del crédito que le habían estas granjeado (3).

En el pueblo produjo aquello una sensación profunda; pues había concebido esperanzas mucho más

(1) *Ibid.*; ubi supra.—Strada, de Bello Belgico, tom. I, p. 487.

(2) *Correspondance de Philippe II*, tom. I, p. 347.

(3) *Vandervyckel, Troubles des Pays-Bas*, tom. I, p. 304.

grandes que Guillermo y los pocos que, como él, conocian harto bien el carácter de don Felipe para dar entero asenso á las promesas de Egmont. Públicamente se quejaban de la poca sinceridad del rey; y acusaban al conde de que habia mirado más por sus intereses propios que por los del público; y como esta especie era tan ofensiva al honor de este caballero, comenzó él á decir que todo provenia de artificios del rey para ponerle en mal con sus conciudadanos; y en prueba de su buena fé, añadía que estaba resuelto á renunciar cuantos cargos tenia por el gobierno ⁽¹⁾.

Adormecido por algun tiempo, tornaba á revivir ahora el espíritu de persecucion; mas donde quiera se recibia á los inquisidores con el mismo desprecio y resistencia que antes, y se alentaba á sus víctimas con palabras afectuosas por todos los que presenciaban alguna ejecucion. Para evitar el estímulo del ejemplo, inventaron hacer estas secretamente en las mismas cárceles ⁽²⁾; pero semejante misterio solo servia para hacer mas horrible el procedimiento. Todos los dias acudian al gobierno con quejas los estados, los magistrados y el pueblo, denunciando las persecuciones

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 364.

(2) «Y en todas partes hacían los mayores esfuerzos para poner en libertad á los presos, así que se supo que les quitaban la vida secretamente en la cárcel; pues no atreviéndose los inquisidores á ajusticiarlos públicamente, recurrieron á este nuevo sistema, que el mismo rey habia prescrito, y que por lo comun se practicaba así: ataban al reo de pies y manos, y le metian en una tinaja de agua, en la que le tenían sumergido hasta que se ahogaba.» Brandt, *Reformation in the Low Countries*, vol. I, p. 156.

á que se veian expuestos, pues segun decian, en cada casa tenian quien les espiaše las miradas, las palabras y hasta los gestos, y nadie estaba seguro en sus bienes ni en su persona. Gemia el pueblo en la mas dura esclavitud ⁽¹⁾; y mientras los emisarios de los hugonotes desplegaban mayor actividad que nunca en la propagacion de sus doctrinas, adelantaba terreno la reforma é iba fructificando la semilla de la revolucion.

Comprendió la gobernadora el riesgo á que estaba expuesta y lo imposible que era evitarlo, y claramente expuso á Felipe el disgusto con que no solo el de Egmont, sino la nacion toda, habian visto las instrucciones de España; concluyendo su carta, segun costumbre, con mil ruegos para que se encaminase á Flándes, si no queria perder alli completamente su autoridad ⁽²⁾; á lo cual no contestaba el rey; y cuando lo hacia, era vagamente y en términos poco satisfactorios.

«Todo lo deja don Felipe para otro dia,» decia Chantonnay, el ministro que habia sido en Francia, á su hermano Granvela; «todo lo deja para otro dia, y la única resolucion que forma es mantenerse irresoluto ⁽³⁾. Dará materia para que esto se enrede de modo, que cuando quiera venir aqui, le sea mas fácil dejar-

(1) Ibid., tom. I, p. 154.

(2) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 364 et alibi.

(3) «Tout va de demain á demain, et la principale résolution en telles choses est de demeurer perpétuellement irrésolu.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 426.

lo todo como está, que poner enmienda. Los señores son ya mas reyes que el mismo rey ⁽¹⁾. Llevan á los demas nobles con andadores. Trabajo le ha de costar á don Felipe mostrarse hombre ⁽²⁾. Su objeto solo es halagar á los nobles de esta tierra, de suerte que no tenga necesidad de venir á ella.»

«Es triste cosa,» decia el secretario Perez, «que el rey maneje los asuntos como lo hace, tomando parecer tan pronto de uno como de otro, reservándose de aquellos mismos con quienes consulta, declarándose á otros, y no teniendo confianza en nadie. Procediendo en esta forma, nada tiene de extraño que en los despachos haya contradicciones ⁽³⁾.»

Indudablemente eran en don Felipe vicios incorregibles la lentitud y la desconfianza, seguidos de todos sus inconvenientes: adolecia asimismo, como hemos visto, de una incuria tan natural, que no sabia moverse de Madrid cuando hubiera debido hallarse en Brusélas, adonde, en semejantes circunstancias, se hubiera encaminado su padre inmediatamente, y visto por sus propios ojos lo que don Felipe veia solo con los ajenos. Pero en el caso presente, no solo puede atribuirse su política á la naturaleza de su carácter, sino á cálculo deliberado. Habíase propuesto desde luego, como principio invariable, no condescender en

(1) «Il y en a qui sont plus Roys que le Roy.» Ibid., ubi supra.

(2) «Le Roi aura bien de la peine á se montrer homme.» Ibid., ubi supra.

(3) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 358.

punto á tolerancia religiosa con sus vasallos; lo cual sobradamente claro lo habia anunciado en todas sus comunicaciones al gobierno de Flándes. No lo declaró en términos mas absolutos y positivos, quizá por el recelo de que en el estado en que se hallaban los ánimos del pueblo, no prorumpiesen en una sublevación, dejándolo para despues como un recurso extremo. Al propio tiempo pensaba cansarlos permaneciendo en su actitud de fria reserva, hasta que convencidos de la ineficacia de su resistencia, por fin desistiesen de ella. Hacia, en una palabra, lo que el pescador que deja á la trucha irse debilitando con sus esfuerzos, por no exponerse á perderla con la violencia de sus movimientos. Esto quiere decir que Felipe no conocia á los flamencos, cuyo carácter era tan tenaz y duro como el suyo propio.

Considerando esta inclinación natural del rey, no hay razón alguna para imputar á Granvela, como generalmente se le imputó en Flándes, la dirección que habia tomado su política; pero, sin embargo, tambien es innegable que en todas las grandes cuestiones coincidia exactamente la opinión del ministro con la del soberano. «Si vuestra majestad reforma los edictos,» le escribia el cardenal, «irán las cosas en Flándes peor que en Francia (1).» Era tambien de opinión

(1) «Le roi peut être certain que, s' il se souvient que les édits ne s' exécutent pas, jamais plus le peuple ne souffrira qu' on châtie les hérétiques; et les choses iront ainsi aux Pays Bas beaucoup plus mal qu' en France.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 323.

que no debía hacerse mudanza alguna en el consejo de Estado ⁽¹⁾, y que la reunion de los estados generales seria para el rey una injuria que ni pasados treinta años podria olvidarse ⁽²⁾. Granvela sostenia una larga correspondencia con sus amigos de los Países Bajos, y comunicaba el resultado de ella, probablemente las mismas cartas originales, á Madrid; y asi don Felipe, con los informes por una parte de los pobles, y por otra de los cardenalicios, podia examinar las novedades de Flándes bajo los mas opuestos puntos de vista.

Las cartas en que el rey contestaba á las del ministro eran algo lacónicas, á juzgar por las quejas que sobre el particular tenia el mismo Granvela; éste, sin embargo, confesaba hallarse muy contento porque se veia libre de una carga tan pesada como era el gobierno de los Países Bajos. «Aqui, decia á su amigo Viglio, estoy contento, cuidando de mis propios negocios, escribiendo mi correo sossegadamente, y saliendo rana vez de casa, como no sea á dar un paseo, á rezar á la iglesia ó á visitar á mi madre ⁽³⁾.» En este sencillo método de vida parece que el filósofo político pasaba el tiempo satisfecho, aunque á pesar de todo, alguna vez se le venia á la memoria el recuerdo de los Países Bajos, teatro de su efimera autoridad. «El

(1) Ibid., tom. I, p. 374.

(2) Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 246.

(3) «Entendant seulement à mez affaires, ne bougeant de ma chambre sy non pour promener, à faire exercise à l' église, et vers Madame, et faisant mes dépesches où je doibtz correspondre, sans bruyet.» Papiers d' Etat de Granvelle, tom. IX, p. 639.

odio del pueblo de Flándes, escribía á don Felipe, me entristece y aflige profundamente, mas me consuela haber incurrido en él por haber servido á Dios y á mi soberano ⁽¹⁾.» En medio de todas sus quejas por la negligencia del rey, se mostraba el cardenal completamente sumiso á su voluntad. «Yo iria á qualquiera parte, á las Indias, al fin del mundo, y hasta me arrojaría al fuego por complacer á vuestra majestad ⁽²⁾.» No mucho despues puso Felipe á prueba esta abnegacion, pues accediendo á las instancias de la gobernadora, en octubre de 1565, mandó á Granvela que se trasladase á Roma; y en lugar de obedecerle, «iré á cualquiera parte, contestó el cardenal, menos á Roma. Es lugar de muchas ceremonias y vanas apariencias, que á mí no me sientan bien; además de que parecería sobrada sumision en vuestra majestad. Me necesita mi diócesis de Malinas; y solo parecería oportuno que fuese á España, como á solicitar la proteccion que debo procurarla ⁽³⁾.» Pero el gabinete de Madrid no podia mirar bien que se pusiese la direccion de los consejos del rey en manos de un político tan astuto; y así se reiteró la órden del viaje á Roma. Hubo, pues, de emprenderlo el ministro contra toda su voluntad; y el 1.º de febrero de 1566, escribió

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 326.

(2) «Il lui suffit, pour se contenter, d'être ou il est, de savoir que c'est la volonté du roi, et cela lui suffira pour aller aux Indes ou en quelque autre lieu que ce soit, et même pour se jeter dans le feu.» Ibid., p. 301.

(3) Ibid. p. 380.

desde aquella capital una carta al rey, en que le aconsejaba que de ninguna manera pretendiese introducir en Flándes la Inquisicion de España (1). Parecia que con la mudanza de clima se habia efectuado tambien algun cambio en el modo de pensar del cardenal; y desde esta época, Granvela, que por tanto tiempo habia sido el terror de los Países Bajos, desapareció de aquella escena. Mas adelante volveremos á hallarle, primero como virey de Nápoles, y despues en Madrid ocupando el puesto de mas confianza en los consejos de su soberano.

A principios de julio de 1565, la comision de reforma decretada por don Felipe remitió su consulta á España. En ella recomendaba que no se hiciese alteracion alguna en las leyes vigentes, excepto en la de autorizar á los jueces para tomar en consideracion la edad y sexo de los acusados; y en caso de mostrarse arrepentidos, para conmutar la pena capital de los convictos de herejes en destierro; y el rey aprobó la mencionada consulta en todas sus partes, menos en la que se referia al perdon de los herejes arrepentidos (2).

Pero al fin resolvió dar á entender su voluntad en términos tan decisivos, que no dejasen lugar á nuevas dudas, y en lo futuro le librasen de tantas importunaciones. El 17 de octubre de 1565 escribió á su

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 396.

(2) Ibid., p. 372.—Hopper, Recueil et Mémorial, p. 67.

hermana desde el Bosque de Segovia aquella memorable carta que puede decirse fijó definitivamente la suerte de los Países Bajos. En ella se mostraba sorprendido de que pareciesen á Egmont sus cartas poco conformes con lo que en Madrid habia oido de sus labios; que su deseo era no se hiciese novedad en cosa alguna; que la Inquisicion queria estuviese en manos de los inquisidores, como hasta entonces lo habia estado, y como debia estar por derechos divinos y humanos ⁽¹⁾. Respecto á los edictos, que en el estado en que al presente se hallaba la religion, no convenia hacer en ellos alteracion ninguna, sino dar el debido cumplimiento á los suyos y á los de su padre. Que á los anabaptistas, secta en cuyo favor se habia interesado mucho, por ser la mas perseguida, se los tratase con todo el rigor de las leyes; y concluia rogando á la gobernadora y á los señores del consejo que obedeciesen al pie de la letra sus mandatos, pues haciéndolo así, prestarian un gran servicio á la religion y á su pais, el qual, en otro caso, perderia su estimacion ⁽²⁾.

En una carta particular á la gobernadora, que tenia con corta diferencia la misma fecha, hablaba don Felipe de las innovaciones propuestas en el consejo

(1) «Car, quant à l'Inquisition, mon intention est qu'elle se face par les inquisiteurs, comm' elle s'est faite jusques à maintenant, et comm' il leur appartient par droits divins et humains.» Correspondance de Philippe II, tom. I, «Rapport,» p. cxxix, nota.

(2) Ibid., ubi supra.

de Estado, como de una cosa que todavía no habia resuelto (1); y de la convocacion de los estados generales, como de un proyecto que, en vista del desorden que reinaba en el pais, era de todo punto inconveniente (2). Asi resolvia el rey todas las cuestiones que por tanto tiempo habian estado empeñadas entre la nacion y la corona. Nadie podia ya quejarse en lo sucesivo de ambigüedad ó reserva en las expresiones con que mostraba el monarca su voluntad. «Dios sabe, escribia Viglio, qué gesto pusieron los del consejo al saber la absoluta resolucion del rey (3).» Ni uno solo de sus individuos, sin excluir al presidente ni á Barlaimont, dejaron de comprender que era necesario alejar la tormenta, suspendiendo, ya que no alenuando, el rigor implacable de la ley. Contemplaban temerosos los sucesos que pudieran sobrevenir; y Viglio insistió con mucho empeño en que no se publicasen los despachos del rey hasta poner en noticia de Su Majestad las consecuencias que esto produciria. Pero á semejante resolucion se opuso el príncipe de Orange. «Ya es demasiado tarde,» dijo, «para gastar en pláticas el tiempo que debe emplear-

(1) Esta carta llevaba la fecha del 20 de octubre. En otra dirigida á Granvela dos dias despues, no se descubre ya vacilacion de ninguna especie, pues dice el rey. «En lo que toca á las alteraciones propuestas en el gobierno, no se trata ahora de ellas.» «Quant aux changements qu' on lui a écrit devoir se faire dans le gouvernement, il n' en est pas question.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 375.

(2) Documentos inéditos, tom. IV, p. 333.

(3) «Dieu sçait que visages ils ont monstrez, et que mécontentement ils ont, voyans l' absolute volonté du Roi.» Archiv. de la Maison d' Orange-Nassau, tom. I, p. 442.

se en obras. Toda vez que Su Majestad manifiesta tan inequívocamente su voluntad, al gobierno le toca solo ejecutarla (1).» En vano se ofreció Viglio á tomar sobre sí la responsabilidad de aquel aplazamiento; Guillermo, Egmont y Hoorne decidieron en su favor á la gobernadora, que por otra parte tenia poca resolucion para desobedecer y causar este disgusto á su hermano; y como se retirasen del consejo á hora muy avanzada de la noche, se oyó exclamar á Guillermo: «veremos en breve el principio de una famosa tragedia (2).»

En el mes de diciembre mandó la duquesa que se enviasen á los gobernadores y consejos de cada una de las provincias copias de los despachos y extractos de las cartas que habia recibido, con orden de que se les diese entero cumplimiento; y ademas se nombraron personas que cuidasen de la ejecucion de aquellas órdenes ó informasen al gobierno de cuanto ocurriera en el particular.

El resultado fuó tal cual se habia previsto, y la publicacion de los despachos, valiéndonos de las palabras de un escritor flamenco, produjeron una impresion en el pais parecida á la que hubiera causado una declaracion de guerra (3). Hasta entonces, siem-

(1) Hopper, Recueil et Mémorial, p. 59.

(2) «Quá conclusione acceptá, Princeps Auriacensis cuidam in aurem dixit (qui post id retulit, quasi lætus gloriabundusque: viros nos brevi egregiæ tragediæ initium.» Vita Viglii, p. 45.

(3) «Une déclaration de guerre n'aurait pas fait plus d'impression

pre que habia ocurrido algun motivo de desconfianza, no habia nadie que no esperase la venida de mejores tiempos: el número cada vez mayor de los reformadores, la resistencia incansable á la Inquisicion, las reiteradas exposiciones al gobierno, y la persuasion en que vivia todo el mundo de que no solo los principales nobles, sino hasta la gobernadora, estaban en su favor, todo habia contribuido á infundir la esperanza de que al fin don Felipe se mostraria tolerante hasta cierto grado (1). Ya semejante esperanza quedaba desvanecida. Los últimos despachos no daban lugar á ninguna duda, pues á manera de un huracan, ahuyentaban las nieblas que por tanto tiempo habian tenido oscurecidos los ojos de todo el mundo, dejando ver la política de la corona, aun para los menos perspicaces, tan clara como la luz del dia. El pueblo se entregó al extremo de la desesperacion, figurándose tener ya delante el espectro de la Inquisicion española con todos sus horrores, trayendo á la memoria los espantosos casos que de ella se referian, y

sur les esprits, que ces dépêches, quand la connaissance en parvint au public.» Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 94.

(1) «Se comienza á dar esperanza al pueblo de la libertad de conciencia, de las mudanzas del gobierno.» Renom de Francia, Alborotos de Flándes, MS. «Unos piden que se modifiquen los edictos; y otros, como dice Viglio, sumamente enojado, á Granvela, desean que por lo menos se les trate con la tolerancia con que tratan á los cristianos los turcos, que no persiguen á los enemigos de su fé, como nosotros á los del gremio de la nuestra, por tal ó cual diferencia en la interpretacion de la Escritura.» (Archivos de la Maison d' Orange-Nassau, tomo I, p. 237.) Viglio era sin duda de la opinion de M. Gerlache, que alababa la tolerancia de don Felipe porque no habia decretado un doguello general. Vid. Hist. du Royaume des Pays-Bas, tom. I, p. 83.

las atrocidades cometidas por los españoles en el Nuevo Mundo, que, aunque equivocadamente, atribuían al Santo Oficio. «Será bien, decían, humillarnos ante ellos para que como á los miserables indios nos degüellen á millares? (1)». Reuníanse las gentes en corrillos en las calles y plazas públicas para hablar de la conducta del gobierno y de la necesidad de contrar asociaciones secretas y alianzas con los extrangeros. Otros se encaminaban encubiertamente á los bosques, y en ellos y en las afueras de las poblaciones daban oídos á algunos predicadores fanáticos, que so pretexto de imponerles en las doctrinas de la Reforma, mañosamente los instigaban á la resistencia. Imprimíanse papeles, que circulaban libremente, sobre las recíprocas obligaciones de señores y vasallos, y con el objeto de defender el derecho de resistencia; cuestiones difíciles que en algunos casos se trataban con extraordinaria habilidad. La forma de que mas comunmente se valían eran las sátiras y los mas groseros pasquines, arma favorita de los primeros Reformadores. En ellos se denigraba lo mismo al trono que á la Iglesia. De los obispos, á ninguno se perdonaba, y se escribían comedias con el único proposito de ridiculizar al clero. Desde el descubrimiento del arte de la imprenta, que habia tenido lugar un

(1) «On défait les espagnols de trouver aux Pays Bas ces stupides américains et ces misérables habitants du Pérou, qu' en avait égorgés par millions, quand on avait vu qu' ils ne savaient pas se défendre.» Vanderwyckel, Troubles des Pays-Bas, tom. I, p. 97.

siglo antes, no se habia visto convertida la prensa en arma política tan resueltamente como en los primeros pasos de la revolucion de los Países Bajos. Tirábanse miles y miles de aquellos papeles sediciosos, y circulaban rápidamente entre el pueblo, cuyos mas humildes individuos poseian lo que los nobles de otros países apenas conocian en aquella época, á saber, el arte de la lectura. Por último, se fijaban pasquines á las puertas de las casas de los magistrados de algunas ciudades, en que se decia que Roma necesitaba de nuevos Brutos; y otros en los palacios de Egmont y Orange, excitándolos á sublevarse y libertar su patria (1).

Margarita estaba sobresaltada viendo los síntomas de hostilidad que ofrecia el país, y sentia estremecerse la tierra bajo sus plantas. Escribió repetidas veces á Felipe, enterándole por mejor del estado de la opinion pública y del espíritu sedicioso que parecia anunciar una insurreccion; se manifestó deseosa de dejar el gobierno (2); le suplicó que convocase los estados generales, y en todo caso, que se trasladase allí y recobrase el cetro de sus manos, sobradamente débiles para sostenerlo por mas tiempo. Felipe respondió friamente que «sentia hubiesen disgustado tanto los despachos de Segovia, pero que no habia tenido otro

(1). Véase una carta de Morillon á Granveia de 27 de enero de 1566, Archivos de la Maison d' Orange-Nassau, supplément, p. 32.

(2). Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 330.

objeto que el servicio de Dios y el bien de sus estados.» (1)

En medio de tan general efervescencia, tomaron parte en la lid otra clase de hombres, que no dejaban de ser importantes por su número, dado que hasta entonces no se hubiesen mezclado aun en los asuntos políticos. Tales eran los nobles de segunda clase; hombres de distinguida prosapia, y algunos emparentados ó por la sangre ó por los vínculos conyugales con las primeras casas de la nación. La mayor parte habian venido muy á menos, unos por su prodigalidad, y otros por la de sus antepasados; y esto unido á la circunstancia de haberse educado muchos en pais extranjero, sobre todo en Ginebra, cátedra de Calvino, naturalmente los inclinaba á las doctrinas del célebre reformista. Acosados por la necesidad, sin mas bienes que la herencia de sus gloriosas tradiciones ó el recuerdo de mejores días, sentíanse animados de una impaciencia tal, que no era extraño cediesen al deseo de ver cambiado cuanto antes el orden de cosas existente. Se habian criado ademas entre el estrépito de las armas, y en tiempo de Carlos Quinto dado vuelo á los ensueños de su ambicion militando bajo las banderas imperiales; pero Felipe, menos político que su padre, no se habia cuidado de halagar á unos vasallos

(1) «Ila appris avec peine que le contenu de sa lettre, datée du bois de Ségovie, a été mal accueilli aux Pays-Bas, ses intentions ne tendant qu'au service de Dieu et au bien de ces Etats, comme l'amour qu'il leur porte l'y oblige.» Ibid., p. 400.

que por lo mismo que carecian de principios fijos y de móviles conocidos de accion, parecian fluctuar á merced de los acontecimientos, y estar siempre dispuestos á lanzarse en el camino de la revolucion.

Unos veinte de estos caballeros, jóvenes la mayor parte, se reunieron el mes de noviembre, en Bruselas, en casa del conde de Culemborg, noble adicto á las opiniones protestantes. Decian ir allí con el fin de oír á un predicador flamenco llamado Junio, persona de algun mérito y ciencia, que se habia educado en la escuela de Calvino, y de vuelta á los Países Bajos, adoptado, sin siquiera recatarse de la gobernadora, el peligroso ministerio de misionero. En aquella reunion de nobles descontentos, se suscitó, como era natural, la conversacion del dia; se habló de los males que amenazaban y de los medios, mas á propósito para evitarlos; y de una opinion en otra, vinieron á acordar la formacion de una liga, cuyo principal objeto se consignó por escrito en un papel conocido con el nombre de *Compromiso*.⁽¹⁾

En este célebre documento declaraban que el rey habia sido inducido por pérfidos consejeros, extranjeros la mayor parte, y contra su palabra empeñada,

(1) Los historiadores suelen atribuir el origen de la *Union* á una junta de nueve nobles de Breda, que así lo refiere Strada. (De Bello Belgico, tom. 1. p. 208) Pero en comprobacion del hecho, tal como arriba se presenta, tenemos el testimonio del mismo Junio; testimonio aceptado por Groen, que camina siempre muy sobre seguro por el resbaladizo terreno de la historia. (Véase Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. II. p. 2) Brandt adopta tambien la especie de Junio. (Reformation in the Low Countries, tom. 1, p. 162).

á establecer en los Países Bajos la Inquisicion; tribunal opuesto á todas las leyes divinas y humanas, con cuya barbarie no podia compararse ninguna otra invencion de los tiranos ⁽¹⁾, pues sumia á la nacion en la mas espantosa ruina, y á los ciudadanos en la mas mísera servidumbre; y así para no ser víctimas de los que con capa de religion solo trataban de enriquecerse á costa de la vida y bienes de los demas ⁽²⁾, se obligaban los confederados con solemne juramento á no consentir el establecimiento de la Inquisicion bajo cualquiera forma que se introdujera, y á defender recíprocamente de semejante agresion sus haciendas y su existencia. Al propio tiempo declaraban que lejos de intentar por este medio nada que deshonrase al rey, su único fin era mantenerle en sus estados y conservar la tranquilidad del reino. Concluidos invocando solemnemente las bendiciones del Altísimo sobre su legítima y santa confederacion.

Tales eran los principales puntos de que se hacía mérito en instrumento tan singular, en el cual apenas se tocaba el de los edictos, porque todo parecía de

(1) «Iniquo et contraire à toutes loix divines et humaines, surpassant la plus grande barbarie que oncques fut practiquée entre les tyrans.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. II, p. 3.

Ya puede imaginarse que en las primeras palabras de esta cita aludian los confederados á las de Felipe, relativas á los derechos divinos y humanos de los inquisidores.—Dépêche du Bois de Ségovie, octobre 17, 1568.

(2) «Affin de n' estre exposéz en proye á ceulx qui, sous ombre de religion, vandroient á enrichir aux despens de nostre sang et de nos biens.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. II, p. 4.

escaso momento al lado de la aborrecida Inquisición; y hé aquí por que en las traducciones á varios idiomas que se hicieron del *Compromiso*, se daba á este el nombre de «Liga de los Nobles de Flándes contra la Inquisición Española (1).»

Lo que no puede negarse es que los que firmaron este instrumento, quedaron desde aquel instante comprometidos en la rebelion, declarándose abiertamente contra la ejecucion de la ley y la autoridad de la corona. Culpaban al rey de haber violado su juramento, y le acusaban de fomentar una persecucion que tomando la máscara religiosa, solo servia para despojar á sus víctimas de cuanto poseian. Y ninguna significacion podia darse á sus protestas de lealtad, pues con ella se cubren siempre las primeras tentativas que se hacen en toda revolucion.—Por lo demas, las copias del documento difieren algo entre sí: una tengo presente en que para dar mas carácter de insulto personal á sus calificaciones, comprende en la misma categoría á los vagabundos, á los clérigos y á los españoles (2).

Entre los pocos que firmaron el documento, se leen los nombres de algunos que adquirieron despues celebridad en las violentas escenas de la revolucion.

(1) Vandervynckt, Troubles des Pays-Bas, tom. II, p. 134.

(2) «De sorte que si un Prestre, un Espagnol, ou quelque mauvais garnement veut mal, ou nuire á autrui, par le moyen de l' Inquisition, il pourra l' accuser, faire apprehender, voire faire mourir, soit á droit, soit á tort.» Supplement á Strada, tom. II, p. 390.

Uno era el conde Luis de Nassau, hermano menor del príncipe de Orange, el *buen caballero*, como Guillermo acostumbraba á llamarle, digno de este título por su generoso ánimo y por otras distinguidas cualidades que le adornaban. Habíase educado como luterano, y era celoso defensor de la causa de la Reforma, por la cual manifestaba aun su hermano muy poco interés, reprimiendo con sus advertencias y prudentes consejos la impetuosidad propia de su carácter; y él le correspondía con todo su cariño, y con la intrepidez y entusiasmo que convenían á sus proyectos. Era Luis, en una palabra, la mano derecha de Guillermo.

Contábase asimismo entre los confederados Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegonda, íntimo amigo del de Orange, y como dice un escritor belga, hombre de los mas simpáticos de su época⁽¹⁾, conocido como militar, como político y como erudito. A su pluma se atribuye generalmente la redacción del *Compromiso*; pero algunos críticos presumen que su tono desdice de lo apacible y sosegado de su carácter: con todo, la divisa que adoptó *Repos ailleurs*⁽²⁾, parece indicar una imaginación fogosa y un alma impaciente y mal avenida con la ociosidad.

Pero el que con mas decisión se arrojó desde luego á las primeras oleadas de la revolución, fué Enrique,

(1) «L' un des beaux caractères de ce temps.» Borguet Philippe II et la Belgique, p. 43.

(2) *Ibid.*, ubi supra.

vizconde de Brederode. Hijo de una antigua casa, que pretendia descender de los condes de Holanda, se veia reducido por única posesion al señorío de Viana, que trataba de hacer independiente del rey de España y de cualquier otro potentado. Habia consumido su patrimonio en disipaciones y placeres, restándole únicamente algunos títulos y pretensiones estériles, de que, á decir verdad, estaba muy pagado y satisfecho. Andaba siempre en festejos y convites, y era hombre nada aprensivo y de genio desenfadado; por lo cual tenia partido en el pueblo, no menos que por su tenaz odio á la tiranía; bullicioso, de carácter voluble, y como otros muchos, muy á propósito para empezar una revolución, y luego desaparecer con ella; á semejanza de las aves de mal agüero que con gritos y chirridos presagian la tempestad, y en seguida se pierden en el espacio.

Inmediatamente circularon por todas partes multitud de copias del *Compromiso*, con los nombres que llevaba al pié, á los cuales se apresuraron á agregar los suyos no solo los nobles de segundo orden y las personas de algun viso, sino los ciudadanos acomodados y los mercaderes mas ricos, hombres cuyos intereses podian llegar á verse comprometidos. Hames, rey de armas de la Orden del Toison de Oro, que se mostró muy favorable á la confederacion, aseguraba tener un traslado del documento con dos mil firmas⁽¹⁾.

(1) Strada, De Bello Belgico, tom. I, p. 209.

Entre ellas se veían algunas de católicos romanos, pues creemos del caso repetir que esta revolución protestante fué secundada en un principio hasta por los católicos, que prescindieron de diferencias religiosas por el odio de que participaban contra las arbitrariedades del poder.

Pero de la nobleza principal fueron muy pocos ó ninguno los que firmaron el *Compromiso*, y en cuanto á los del consejo de estado, ni uno solo. Hubieran hecho mal en invitar á los consejeros, es decir, al gobierno, á tomar parte en la confederacion, pues por su oficio estaban obligados á revelar su existencia á la gobernadora. Pero si por entonces no entraron en la liga, sobrado sabido era que la miraban con buenos ojos, no poniendo en ejecucion las leyes que la reprobaban. El 24 de enero de 1566, dirigió el príncipe de Orange una carta desde Breda á doña Margarita, contestándola al despacho de Segovia, que le habia remitido como gobernador que era de las provincias. En esta notable carta expone Guillermo con mas libertad de la que solia sus razones para no cumplimentar las órdenes del monarca. «Hablo con toda franqueza y claridad, dice, en un punto sobre el cual no me han consultado; pero no quiero incurrir por mi silencio en la responsabilidad de los males que puedan sobrevenir.» Y en pocas y resueltas palabras añadia lo perjudicial que eran la Inquisicion, introducida á pesar de las palabras del mismo rey, y los edictos. En la

interpretación de estos últimos se había procedido con mucha indulgencia; y resucitarlos ahora de repente, ó quererlos poner en práctica con todo el rigor antiguo, podía ser causa de mil desastres. Ni la ocasión presente era tampoco oportuna, apurado como estaba el pueblo por la escasez de alimentos, y teniendo á la vista el ejemplo de las perturbaciones religiosas que se iban apoderando de los estados contiguos: lo cual podía costar al rey el cetro de los Países Bajos, y á estos el venir á ser presa de sus vecinos (1).

«Por mi parte, concluye diciendo, si su majestad insiste en llevar á cabo estas providencias, primero que incurrir en la mancha que caeria sobre mí y sobre mi casa, coadyuvando á ellas, resignaré mi cargo en manos de otro que se acomode mejor á la indole del pueblo, y que sea mas capaz de mantener el orden en el pais (2).»

En los propios términos respondieron á Margarita los demas gobernadores de las provincias, declarando que jamás podrian mirar con indiferencia que se condenara á parecer en la hoguera á cincuenta ó sesenta mil de sus conciudadanos por causa de sus errores en

(1) «Mettant le tout en hazard de venir es mains de nos voisins.» Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II. p. 469.

(2) «J'aurois mieux, en cas que Sa dicte Majesté ne le veuille dilayer jusques à là, et dès à présent persiste sur cette inquisition et exécution, qu' elle commisae quelque autre en ma place, mieux entendant les humeurs du peuple, et plus habile que moi à les maintenir en paix et repos, plustost que d' encourir la note dont moi et les miens porriens estre souillés, si quelque inconvenient adyint au pays de mon gouvernement, et dursu ma charge.» —Ibid., ubi supra.

materia de religion ⁽¹⁾. La gobernadora se vió confusa presin tiendo el abandono de los hombres en quienes tenia toda su confianza; y asi les escribió en tono de súplica, rogando, en particular al príncipe, que no agravase el estado en que las cosas se hallaban, separándose de un puesto tan á propósito para conservar su ilimitada influencia y el afecto del pueblo ⁽²⁾.

Al mismo tiempo proseguia aumentándose el desasosiego del pais. Escaseaba el pan, lo cual suele ser anuncio de revoluciones, pues habia subido considerablemente de precio; y el pueblo se veia amenazado del hambre, si no recibia algun socorro de España ⁽³⁾.

En este estado comenzó á difundirse el rumor de que don Felipe llegaria alli en breve con suficiente ejército para castigar á sus vasallos; rumor que fácilmente adquirió crédito entre los que andaban ya metidos en planes de rebellion. El duque Enrique de Brunswick hacia levas en gran número por las fronteras de Alemania, y generalmente se creia que con destino á Flándes; sin que bastase que doña Margarita desmintiese formalmente aquella especie para disuadir al pueblo de sus recelos ⁽⁴⁾.

Poco tiempo antes, en el mes de junio, se habia

(1) «Addidere aliqui, nolle se in id operam conferre, ut quinquaginta aut sexaginta hominum millia, se Provincias administrantibus, igni concrementur.» Strada, de Bello Belgico, tom. I, p. 203.

(2) Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 442.

(3) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 378.

(4) Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. II, p. 33.

verificado en Bayona una entrevista entre la reina madre Catalina de Médicis y su hija la reina de España. Acompañaba á esta, en vez de su esposo, el consejero en quien tenia el rey depositada su confianza, el duque de Alba, y otros muchos señores por una y otra parte, que formaban un brillante séquito. Prolongáronse las conferencias bastantes dias, celebrándose entretanto bailes, torneos y magníficos banquetes, en que contrastaron las galas y ricos trajes de los señores franceses con la no menos ostentosa sencillez de los españoles; pero esta sencillez tan contraria á la pompa de la corte de Castilla, fué prescripcion del rey, que previendo los excesos á que daría lugar una insensata rivalidad, prohibió los gastos que solian hacerse en semejantes ocasiones, y que en efecto hizo Francia con grave perjuicio de sus intereses.

Alternaron con los brillantes festejos que tuvieron entretenido al público, las conferencias secretas que se verificaban todos los dias entre Catalina y el duque de Alba, cuyos resultados permanecieron secretos, aunque se traslució de ellas lo bastante para saberse que su principal objeto fué el exterminio de los herejes en Francia y en los Países Bajos. La reina madre estaba por medidas suaves, que aunque lentas, no dejaban de ser seguras; pero el inexorable duque insistió en que el otorgar la libertad de conciencia, era tanto como dar rienda á la licencia mas desenfrenada. Su opinion era que se debía extirpar

el mal á sangre y fuego; y entonces fué cuando habiendo manifestado Catalina que era mas fácil sacar partido de los refractarios comunes que de los nobles, replicó el de Alba: «Cierto; pero diez mil ranas no valen nunca lo que una sola cabeza de salmon (1);» similitud poco delicada, de que despues le hicieron acordarse, cuando era gobernador de los Países Bajos (2).

Llegado que hubo á estos la noticia de aquellas misteriosas conferencias, todo el mundo se persuadió de que su objeto habia sido asegurar la cooperación de Francia para acabar con la libertad de Flándes (3);

(1) «A. ce propos le duc d'Alba répondit que dix mille grenonilles ne valaient pas la tête d'un saumon.» Sismondi, Hist. des Français, tom. XVIII, p. 447.

Dávila, refiriendo la misma escena, traduce la respuesta del duque en otras palabras:—«Diceva che.... bisognava pescare i pesci grossi, e non si curare di prendere le ranocchie.» Guerre Civili di Francia (Milano, 1807), tom. I, p. 344.

(2) Entre el acompañamiento de Catalina iba Enrique IV., de edad de once años á la sazón, y estuvo presente á una de las conferencias. Dicese que oyó las palabras del duque que quedan referidas, y que quedaron perpétuamente grabadas en la memoria del futuro campeón del Protestantismo. Enrique se las repitió á su madre Juana de Albret, por quien inmediatamente se hicieron públicas. Sismondi, Hist. des Français, tom. XVIII, p. 447. — Sobre el pátrno precedente véase tambien De Thou, Hist. Universelle, tom. V, p. 34 y sig.—Cabrera, Felipe Segundo, lib. VI, cap. 23.—Brantôme, Œuvres, tom. V, p. 58 y sig.

(3) Es opinion comun que en la junta de Bayona se acordó entre la reina madre y el duque de Alba renovar la tragedia de las Visperas Sicilianas en la horrible matanza de San Bartolomé; pero yo no he hallado indicio alguno que justifique semejante opinion, ni en las cartas del duque, ni en las de don Juan Manrique de Lara, mayordomo de la reina doña Isabel, cuyas originales se conservan aun en la Biblioteca Real de Paris. En la copia que tengo de estos MSS., las cartas del duque á Felipe II ocupan largo espacio, y refieren minuciosamente sus conversaciones con la reina madre. Su objeto principal parece que fué persuadirla á que abandonase la política contemporizadora, y en vez de permanecer neutral en la contienda de unos y otros, declararse resueltamente por los católicos romanos. Procuró ademas

y tal fué el terror que se propagó por todas partes, que no hubo ninguna persona medrosa ó prudente, sobre todo de las que habitaban en los puertos de mar, que no empezase á hacer preparativos para ponerse á salvo por medio de la emigracion. Trataron de refugiarse en los estados Protestantes, y especialmente en Inglaterra, adonde, segun afirman algunos contemporáneos, no bajaron de treinta mil los que se acogieron al amparo de Isabel ⁽¹⁾. Acopláronse en Londres y Sandwiche, y la política reina les señaló ademas el puerto de Norwich para su residencia. De este modo la industria flaménca se trasladó á Inglaterra, y se invirtió el órden del comercio entre las dos naciones, pues las sedas y tejidos de lana que antes se enviaban de Flándes á Inglaterra, eran los objetos de comercio mas lucrativo que despues salieron de Inglaterra para Flándes. «Los Países Bajos, dice el corresponsal de Granvela, son las Indias de Inglaterra,

animarla con el ejemplo de su soberano, el rey de España, repitiendo el dicho de Felipe, tantas veces citado, bajo distintas formas, que «preferia perder su reino, es decir, su vida, á reinar en pais de herejes.»

De que el duque tratase en un principio de rebatir los argumentos de Catalina de Médicis en favor de una conducta mas humana, mas racional y hasta mas política para con los hugonotes, no puede deducirse que recomendase directamente una atrocidad que infamó el nombre de aquella. Lo que sin embargo no debe negarse, es que bien pudo ser resultado de la política que aconsejó el duque catástrofe tan sangrienta.

(1) «On voit journellement gens de ce pays aller en Angleterre, avec leurs familles et leurs instruments; et já Londres, Sandwiche et le pays allenviron est si plain, que l'on dit que le nombre surpasse 30,000 testas.» Assonleville á Granvela, Enero 18, 1565.—Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 392.

que hace la guerra á nuestra hacienda, como algunos años há la hacian los franceses á nuestras ciudades (1).»

Pero otras provincias flamencas en vez de caer en el desaliento, recurrieron á sus privilegios, para preservarlos de las arbitrarias providencias de la corona. Las principales poblaciones de Brabante, y Ambéres á su cabeza, buscaron defensa en su famosa *Joyeuse Entrée*; y llevada la cuestion al consejo, se dió un decreto en favor de los exponentes, que no pudo menos de ratificar la gobernadora: con lo que el territorio de Brabante quedó libre de la Inquisicion (2).

Entretanto iban condensándose mas y mas las nubes sobre el trono de Margarita, y la persona menos digna de envidia que habia en los Países Bajos, era precisamente la misma que mandaba en ellos. Roto el lazo que la unia con Granvela, por la interposicion de los señores, se veia al presente obligada á echar mano de la misma política arbitraria que habia desaprobado, y á prescindir del apoyo de aquellos mismos en quienes habia puesto toda su confianza. Alejábanse de ella los del Consejo; negábante su obediencia los magistrados de las provincias, y el pueblo se declaraba en pugna contra el gobierno. Lo que

(1) «Il y a longttemps que ces Païs Bas sont les Indes d' Angleterre, et, tant qu' ilz les auront, ilz n' en ont besoing d' aultres.» Ibid., p. 382.

(2) Meteren, Hist. des Pays-Bas, tom. I, fól. 39, 40.—Correspondance de Marguerite d' Autriche, p. 47.

mas extraño parece es que hasta la primavera de 1566 no tuviese noticias positivas de la existencia de la liga, de que la informaron Egmont y algunos otros del consejo de Estado ⁽¹⁾. Mas como suele suceder, llegó á sus oídos la especie muy abultada, pues segun decian, habia ya veinte ó treinta mil hombres sobre las armas, y la mitad de estos estaban prontos para encaminarse á Brusélas, y asegurar la persona de la duquesa hasta que diese satisfaccion cumplida á sus demandas ⁽²⁾.

En los primeros momentos ocurriósele á Margarita refugiarse en la ciudadela, pero volviendo sobre sí, determinó mostrar el ánimo de que debia hacer alarde una hija de Cárlos Quinto. Mandó, pues, reforzar las guarniciones de todas las fortalezas; llamó á la capital á las compañías de *ordenanza*, y les hizo renovar su juramento de fidelidad al rey. Escribió á los ministros que tenia España en las vecinas córtes, dándoles cuenta de la liga, y previniéndoles que cuidaran de que no se mandase allí socorro alguno de los puntos donde respectivamente residian. Finalmente convocó una junta de los caballeros de la órden del Toison de Oro y los individuos del consejo de Estado para el 27 de marzo, con objeto de que se deliberase en ella sobre la peligrosa situacion del pais; y tomadas estas precauciones, escribió á su hermano dándole

(1) Supplément á Strada, tom. II, p. 293.

(2) Ibid., ubi supra.—Strada, De Bello Belgico, tom. I, p. 212.

noticia circunstanciada de todo, y al propio tiempo del remedio mas eficaz á que en dictámen de sus consejeros podia acudirse; y esto en tono mas resuelto que otras veces, como quien algo desasida ya de su aficion al mando, deseaba verse libre de los cuidados y zozobras que la amenazaban ⁽¹⁾.

Dos caminos decia que podian seguirse, el de la fuerza y el de las concesiones ⁽²⁾. El primero, prescindiendo de lo ruinoso que era para el país; ofrecia grandes dificultades, por la falta de dinero para pagar á las tropas, y por la de jefes de confianza que las mandasen; las concesiones consistian en abolir la Inquisicion, tribunal inútil, dado que discurrían libremente los sectarios por las poblaciones, en modificar los edictos, y en conceder perdón general á todos los que hubiesen firmado el *Compromiso*, con tal que de nuevo entrasen en sus deberes ⁽³⁾. Admitidos estos términos, se obligaban los señores del consejo á responder de la obediencia del pueblo; y de todas suertes ofrecieron á Margarita su apoyo y cooperacion. Ella no mostraba preferencia alguna por ninguno de los dos extremos que proponia, sino que se limitaría á ejecutar

(1) Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 402.—Strada, De Bello Belgico, tom. I, p. 212.—Correspondance de Guillaume le Taciturne, tom. II, p. 132.

(2) Supplément à Strada, tom. II, p. 234.

(3) «Ostant l'Inquisition, qui en ce temps est tant odieuse.... et ne sert quasi de riens, pour estre les seclaires assez cogouuz; moderant quant et quant la rigueur des Placcarts.... publiant aussy quant et quant pardon general pour ceulx qui se sont meslez de ladite Ligue.» Ibid. p. 215.

estrictamente lo que se le mandase, y del mejor modo que pudiera.—No se mostraba inclinada á ninguno de ambos extremos, pero bien podia conocerse cuál juzgaba preferible.—Concluía su correspondencia rogando encarecidamente á su hermano que no dejase de contestarla á vuelta de correo.

La persona que parecia merecer en este tiempo mayor confianza de Margarita, era Egmont. Permanecia en Brusélas, y continuaba asistiendo al consejo aun despues de haberse retirado Guillermo á sus estados de Breda. Esto en efecto se habia ausentado de la capital lleno de disgusto, mas no asociádose á los confederados, ni mucho menos, como se dijo falsamente y él supo con desagrado, puéstose al frente de ellos (1). Verdad es que su hermano y algunos de sus amigos entraron en la liga; pero Luis declara que lo hizo sin conocimiento de Guillermo; y asi fué que cuando quince dias despues supo el príncipe la existencia de aquella, la desaprobó enérgicamente (2). Valióse ademas de su autoridad, segun parece, para evitar que los confederados recurriesen á medidas

(1) «Le prince d'Orange et le comte de Hornes disoyent en plain conseil qu'ils estoient d'intention de se vouloir retirer en leurs maisons,.... se deuilans mesmes le dit Prince, que l'on le tenoit pour suspect et pour chief de ceste confédération.» Extracto del proceáo de Egmont, Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. II, p. 42.

(2) «De laquelle estant advertis quelques quinze jours après, devant que les confédérés se trouvassent en court, nous déclarames ouvertement et rondement qu'elle ne nous plaisoit pas, et que ce ne nous sembloit estre le vray moyen pour maintenir le repos et tranquillité publique.» Extracto de la *Justificacion* de Guillermo (1587), Archives de la Maison d'Orange-Nassau, tom. II, p. 41.

violentas, y entre otras á apoderarse de Ambéres, prometiéndoles ayudarlos á realizar sus miras por medios mas pacíficos ⁽¹⁾. Lo que deseaba era que el rey convocase los estados generales, mas sin tomar una actitud hostil, como los confederados, para forzarle á adoptar determinacion tan desagradable ⁽²⁾. Una vez reunidos, se proponia que la legislatura no pasase de los límites constitucionales, y que se redujera á manifestar al trono los males y perjuicios de que se quejaba la nacion.

Tan juicioso proceder era poco análogo á la oposicion y exigencias de los confederados. «Vuestro hermano,» escribia Hames á Luis, «es demasiado paciente y frio. Quiere que no hagamos mas que representar contra estos lobos hambrientos, contra enemigos que nos degüellan, nos destierran y nos queman vivos. Haremos bien en hablar mientras ellos obran; y peharemos con la pluma, mientras ellos lo hacen con la espada ⁽³⁾.»

(1) Este hecho se apoya en la autoridad de un MS. atribuido á Janio. (Brandt, *Reformation in the Low Countries*, vol. I, p. 162.) Groens, sin embargo, desconfia de la autenticidad de este MS. (Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. II, p. 12.) Pero cualesquiera que sean las reflexiones á que dé lugar la expedicion contra Ambéres, consta por declaracion del mismo Guillermo que los confederados proyectaron alguna empresa arriesgada, de la cual los disuadió el príncipe. Véase su *Apología* en Dumont, *Corps Diplomatique*, tom. V, p. 392.

(2) «Les estatz-généraulx ayans pleine puissance, est le seul remède à nos maux; nous avons le moyen en nostre pouvoir sans aucune doute de les faire assembler, mais on ne veult estre guéri.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, tom. II, p. 37.

(3) «Ils veulent que à l'obstination et endurcissement de ces loups affamez nous oppositions remonstrances, requestes et en fin parolles, là où de leur costé ils ne cessent de brusler, couper testes, bannir et

La verdad era que Guillermo no estaba dotado del feroz celo que animaba á muchos de los reformadores. En sus primeros años estuvo sometido, como hemos visto, primero á la influencia de la religion protestante, y despues á la católica romana; y si por una parte pudo inspirarle esto cierta indiferencia filosófica en las grandes cuestiones que se ventilaban, por otra le era muy favorable, comunicándole su espíritu de tolerancia. Aborreció el sistema de persecucion que condenaba á los hombres por sus opiniones religiosas. Poco despues de llegar los despachos de Segovia, escribia á un amigo: «El rey manda dar muerte, no solo á los herejes contumaces, sino á los arrepentidos. Yo no sé si podré tolerar esto; y me parece que semejantes determinaciones no son ni propias de cristianos, ni realizables. (1).» Y en otra carta dice: «Mucho temo que los tales despachos sean causa de una sublevacion. Yo me alegraría, si pudiese, de salvar al pais de su ruina, y á tantos inocentes de la muerte. Cuando digo algo en el consejo, se interpreta siniestramente; de suerte que me veo confuso, pues el hablar y el callar son igualmente malos (2).»

exercer leur rage en toutes façons. Nous avons le moyen de les refrenner sans trouble, sans difficulté, sans effusion de sang. sans guerre, et on ne le veult. Soit donques, prenons la plume et eux l'espée, nous les parolles, eux le fait. Ibid., p. 36.

(1) »ire Mat gar ernstlich bevelt das man nit allain die sich in andere loren so begeben, sol verbrennen, sonder auch die sich widderumh bekeren, sol koppen lasen; welges ich wahrlich im hertzen hab gefült, dan bei mir nit finden kan das cristlich noch thunlich ist.» Ibid., tom. I. p. 440.

(2) Ibid., tom. II. p. 30.

Obrando, sin embargo, con su acostumbrada cautela, hablaba poco, y escribiendo, rara vez decía lo que sentía. «Cuanto menos escriba uno, decía á su hermano, que era menos prudente, mejor (1).» Pero cuando la ocasion lo requería, no vacilaba en manifestar sus sentimientos, de palabra y por escrito. Así lo hizo en el consejo antes de encaminarse Egmont á España; y así en la carta que dirigió á la gobernadora al recibir los despachos de Segovia. Con todo; aunque reservado, todo el mundo conocía sus opiniones, porque para obrar conforme á ellas, no se ocultaba de nadie. Apenas Margarita le comunicó las últimas instrucciones de don Felipe, hizo lo que en tiempo de Granvela, dejar de asistir al consejo y ausentarse de Brusélas (2). En Breda, y despues en Hoogstraten, reunió en la primavera de 1566 á varios de los principales nobles, con el pretexto acostumbrado de un banquete. Entablóse la cuestion sobre el estado del pais, y algunos de los confederados que concurrieron al primer punto, estaban por resoluciones mas violentas que las que Guillermo aprobaba; y no pudiendo este conseguir que adoptasen su política conciliadora, hubo de consentir en que se extendiese una peticion que, como veremos en el capitulo siguiente, se presentó á la gobernadora (3). En suma, por el tiempo

(1) Ibid., tom. I, p. 432.

(2) Hopper, Recueil et Mémoires, p. 67.

(3) «Tant y a que craignant qu' il n' en su vit une très dangereuse issue et estimant que cette voye estoit la plus loüée et crayment ju-

que vamos recorriendo puede decirse que la conducta del príncipe de Orange fué no menos cuerda que invariable; y bajo cierto aspecto no deja de formar contraste con la de su célebre compeltidor el conde de Egmont.

Este caballero era sincero amante de la fé católica romana, y de una fidelidad al rey á toda prueba. Al propio tiempo tenia un entrañable afecto á su país, y sentía una generosa indignacion contra los males ocasionados por sus gobernantes: así que obraba á impulsos de encontrados sentimientos; y como hombre por otra parte impetuoso, su proceder, en el hecho de ceder tan pronto á uno como á otro de aquellos móviles, puede calificarse de voluble. Respecto á su sinceridad, no puede ponerse en duda.

Este carácter de Egmont fué el que desde luego descubrió Granvela con su perspicacia natural, pintándole al rey como hombre que se pagaba de favores, y que con agasajarle, seria defensor seguro (4); y esta mira se llevaron respecto á él así Felipe como su hermana. No hubieran podido intentar lo mismo con el de Orange; pero la vanidad personal de Egmont le hacia mas accesible á sus halagos; y esto

ridique, je confesse n' avoir trouvé mauvais que la Requête fut présentée. » Apology, in Dumont, tom. V, p. 392.

(4) «He escrito diversas vezes que era bien ganar á M. d' Aigmont; él es de quien p. M. puede echar mano y confiar mas que de todos los otros, y es amigo de humo, y haciéndole algun favor extraordinario señalado, que no se haga á otros, temas que socá ganar lo mucho, pondrá zelos á los otros.» Granvela á Gonzalo Perez, junio 27, 1663, Papiers d' Etat de Granvelle, tom. VII, p. 115.

quizá, no menos que su lealtad, fué la causa de que no obstante el desaire, como él lo consideraba, que le hizo el rey, permaneciese en Bruselas, y siguiese ocupando en el consejo el puesto de la gobernadora que habia dejado Guillermo vacante. Con todo, en la correspondencia de Granvela vemos tambien que hablando de Egmont, le supone demasiado unido á los señores para poder apartarle de ellos. «A decir verdad, son sus palabras, vacila en las cosas de religion, y de lo que hoy dice en una de ellas, se desdecirá mañana en otra (1).» Hombre que no era consecuente consigo mismo, mal podia ser cabeza de los demas.

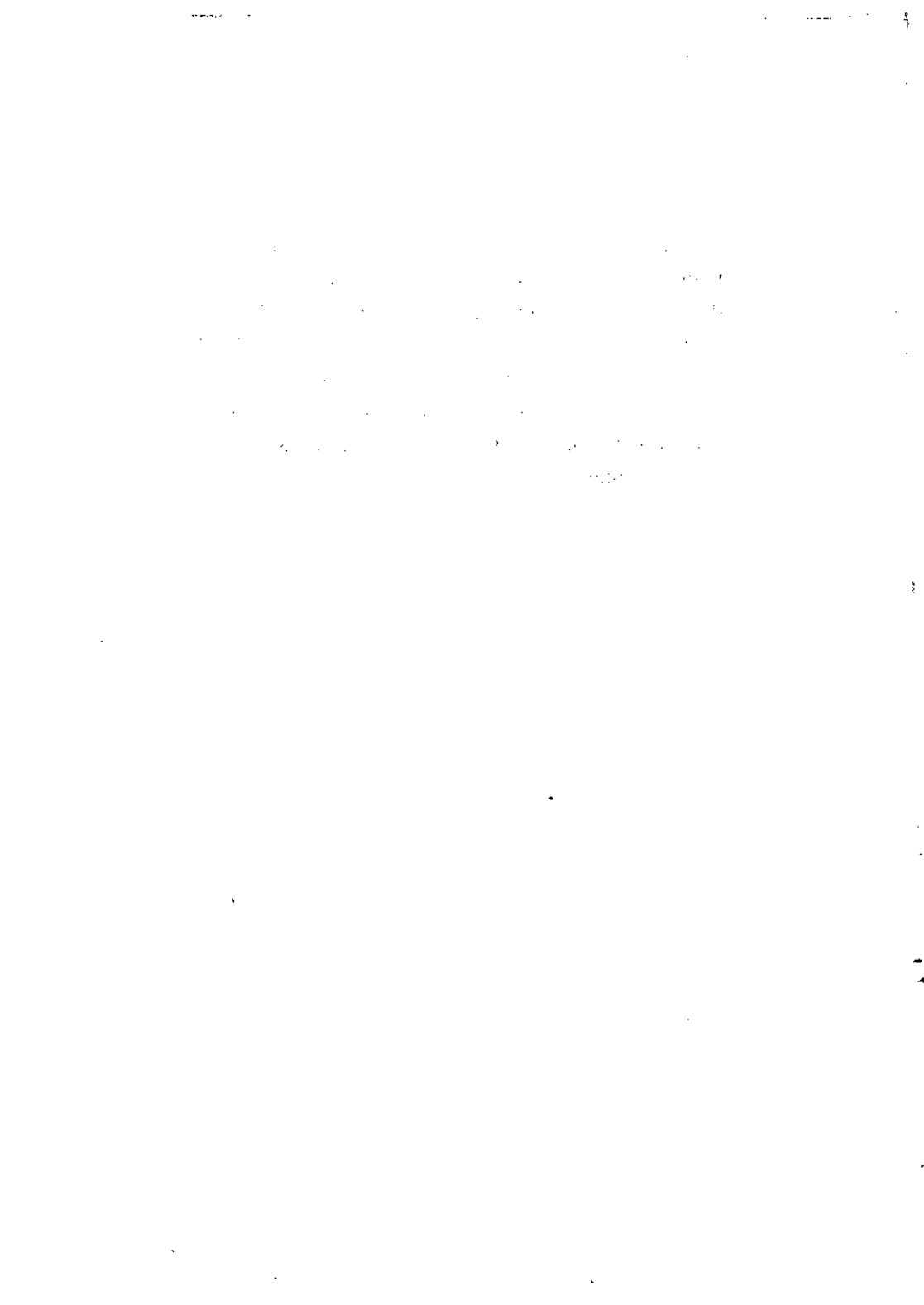
«Ponen por delante á Egmont,» decia el secretario de la gobernadora, «como mas osado, y para que diga lo que ellos no se atreverian á decir (2).» Esto era á poco de recibirse los célebres despachos. «Se queja amargamente, prosigue diciendo, de la poca sinceridad del rey. El príncipe es mas hábil, y goza de mas crédito con la nacion; y si fuese posible ganarle, todo lo demas quedaria seguro (3).» Pero Felipe no intentó semejante medio: á pesar de todas sus

(1) «Il est tant lié avec les seigneurs, qu'il n'y a moien de le retirer et pour dire vray, *nutat in religione*, et ce qu' il dira en ce aujourd' huy, il dira tout le contraire lendemain.» Archives de la Maison d' Orange-Nassau, supplément, p. 26.

(2) «Ce seigneur est á présent celui qui parle le plus, et que les autres mettant ent avant, pour dire les choses qu' ils n' oseraient dire eux mêmes.» Correspondance de Philippe II, tom. I, p. 394.

(3) «Le prince d' Orange procède avec plus de finesse que M. d' Egmont: il a plus de crédit en général et en particulier, et, si l' on pouvait le gagner, on s' assurerait de tout le reste.» Ibid., ubi supra.

riquezas, tenía pocas para lograrlo. Estaba convencido de esto, y por lo mismo le aborrecia cuanto puede aborrecer un déspota á un vasallo como era el de Orange. Conocia perfectamente su carácter; y la nacion le conocia tambien, pues sin embargo de admirar las generosas prendas de Egmont, ponía en su rival los ojos para que la acaudillase en el inminente empeño de la revolucion.



de Portugal.—Su viage á Flándes.—Festejos públicos.—Proyectos ambiciosos.—Su vuelta á España.

De 28 á 77

CAPITULO III.

ALIANZA CON INGLATERRA.

1553.—1554.

Estado de Inglaterra.—Carácter de María.—Propónese el matrimonio de don Felipe.—Capitulaciones matrimoniales.—Insurreccion de Inglaterra.

De 78 á 108

CAPITULO IV.

ALIANZA CON INGLATERRA.

1554.—1555.

Ratificacion del matrimonio de María.—Doña Juana, regente de Castilla.—Embárcase don Felipe para Inglaterra.—Magnífico recibimiento que se le hace.—Matrimonio de Felipe y María.—Vida de los nuevos esposos.—Influencia de don Felipe.—Restauracion de la iglesia católica.—Partida de don Felipe.

De 109 á 145.

CAPITULO V.

GUERRA CON EL PONTIFICE.

1555.—1556.

Domínios de Felipe.—Paulo IV.—Córte de Francia.—Liga contra España.—El duque de Alba.—Preparativos de guerra.—Triunfos.

De 146 á 182.

CAPITULO VI.

GUERRA CON EL PAPA.

1557.

PÁGINAS.

Entra Guisa en Italia.—Operaciones en el Abruzzo.—
Sitio de Civitella.—Rechaza el duque de Alba á los
franceses.—Amenazan á Roma los españoles.—Ac-
cede Paulo á la paz.—Prosigue y concluye su pon-
tificado. De 183 á 216.

CAPITULO VII.

GUERRA CON FRANCIA.

1557.

Inglaterra toma parte en la guerra.—Preparativos que
hace don Felipe.—Asedio de San Quintin.—Derra-
ta del ejército francés.—Asalto de San Quintin.—
Triunfo de los españoles. De 217 á 262.

CAPITULO VIII.

GUERRA CON FRANCIA.

1557.—1559.

Esfuerzos extraordinarios de Francia.—Sorprende á
Calais el duque de Guisa.—Invaden los franceses

á Flandes.—Sangrienta batalla de Gravelinas.—Negociaciones para la paz.—Muerte de María.—Asciendo al trono Isabel.—Tratado de Cateau-Cambresis. De 263 á 308

CAPITULO IX.

ÚLTIMOS DIAS DE CÁRLOS QUINTO.

1556.—1558.

Don Carlos en Yeste.—Su sistema de vida.—Su interés en los negocios públicos.—Celebra sus funerales.—Su última enfermedad.—Su muerte y carácter. De 309 á 372.

LIBRO II.

CAPITULO I.

ESTADO DE LOS PAISES BAJOS.

Instituciones civiles.—Prosperidad comercial.—Carácter del pueblo.—Doctrinas protestantes.—Sistema de persecucion de Carlos Quinto. De 373 á 396.

CAPITULO II.

SISTEMA ESTABLECIDO POR FELIPE.

1559.

Carácter impopular de Felipe.—Confirma los edictos.—Aumentase el número de los obispados.—La go-

PAGINAS.

bernadora doña Margarita de Parma.—Reunion de los Estados Generales.—Dignidad con que se conducen.—Organizacion de los consejos.—Ascendiente y carácter de Granvela.—Marcha de Felipe. . . De 397 á 427.

CAPITULO III.

EL PROTESTANTISMO EN ESPAÑA.

1559.

Llega á España don Felipe.—Doctrinas de la Reforma.—Su supresion.—Autos de fé.—Persecucion de Carranza.—Extincion de la herejia.—Fanatismo de los españoles. De 428 á 462.

CAPITULO IV.

TERCER MATRIMONIO DE FELIPE.

1560.

Recibimiento de Isabel.—Fiestas de las bodas.—Metodo de vida de la Reina.—Trasládase la corte á Madrid. De 463 á 482.

CAPITULO V.

DESCONTENTO DE LOS PAISES BAJOS.

La Reforma.—Lo que adelantaba en los Países Bajos.—Descontento general.—Guillermo de Orange. De 483 á 505

CAPITULO VI.

OPOSICION AL GOBIERNO.

1559.—1562.

PÁGINAS.

Causas del disgusto público.—Las tropas españolas.—
Nuevos obispados.—Influencia de Granvela.—Opó-
nense á ella los nobles.—Impopularidad del car-
denal. De 506 á 536.

CAPITULO VII.

CAIDA DE GRANVELA.

1562.—1564.

Liga contra Granvela.—Margarita propone su separa-
cion.—Indecisiones de don Felipe.—Manda al car-
denal retirarse.—Deja este los Países Bajos. . . . De 537 á 566.

CAPITULO VIII.

REFORMAS SOLICITADAS POR LOS SEÑORES.

1564.—1565.

Política de Felipe.—Ascendiente de los nobles.—In-
certidumbres de la Gobernadora.—Egmont enviado
á España. De 567 á 596.

CAPITULO IX.

INFLEXIBILIDAD DE DON FELIPE.

1565.—1566.

PAGINAS.

Doble con que procede el rey.—Sus dilaciones.— Despacho dado en Segovia.—Efecto que produce en los Países Bajos.—Compromiso.—Orange y Eg- mont.	De 597 á 633.
--	---------------
